



El descapotable rojo y otras historias

LOUISE ERDRICH



Lectulandia

Mujeres masculinas, fantásticos deportivos cargados de historias familiares, llanuras escarpadas, ríos caudalosos, tozudez y entropía... Todos estos elementos se entrelazan en esta cautivadora antología de cuentos de la ganadora del National Book Award, Louise Erdrich. Muchos de sus protagonistas son indios americanos (sobre todo chipewa, kapshaw y ojibwe), de ascendencia diversa (francesa, alemana, etcétera) y pocos medios. Los relatos se centran en los personajes y en los misterios del día a día, se enraízan en el folclore pero alcanzan la vida moderna, resultan frescos por su manejo del absurdo y su sentido del humor tirante.

Los admiradores de Erdrich recibirán con los brazos abiertos a viejos conocidos como Gerry Nanapush, Margaret Kashpaw o Fleur Pillager, mientras que los neófitos encontrarán en estas historias un buen punto de iniciación.

Excepcional colección de relatos, una clase magistral de narrativa breve que confirma la reputación de Erdrich y asegura su posición en el panteón de los cuentistas estadounidenses, junto a figuras tan eminentes como Flannery O'Connor o Charles Baxter.

Lectulandia

Louise Erdrich

El descapotable rojo
y otras historias

ePub r1.0

Castroponce 18.10.17

Título original: *The Red Convertible*
Louise Erdrich, 2009
Traducción: Susana de la Higuera Glynne-Jones
Diseño de cubierta: Editorial

Editor digital: Castroponce
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

El descapotable rojo y otras historias

Cuentos escogidos e inéditos
1978-2008

Traducción del inglés de
Susana de la Higuera Glynne-Jones

A mi madre y a mi padre

Prólogo

Siempre que escribo un relato corto, tengo la certeza de que he llegado al final. Ya no hay más. Pero las historias raras veces terminan conmigo. Cobran fuerza, peso y complejidad. Comienzan a dar vueltas y ejercen cierta influencia centrífuga. Nunca me planteo mis cuentos como si fueran novelas; sin embargo, parece ser que la forma en que suelo escribir mis novelas (aunque no siempre) consiste en empezar con historias que ya están concluidas en mi cabeza.

La mayoría de los cuentos de esta antología son esos textos germinales que no han querido soltarme. Algunos han esperado muchos años para abrirse paso en mis novelas. Otros fueron publicados primero en revistas. Otros permanecieron en mis cuadernos hasta que decidí acabarlos para esta colección y aparecen publicados ahora por primera vez.

Tengo una librería, o más bien, al igual que la bebida domina al borracho empedernido, la librería me tiene a mí. Desde hace años, Brian Baxter, el extraordinario librero que dirige el establecimiento, no deja de insistirme para que publique estos relatos. Cuando le respondo que muchos de esos cuentos ya están integrados en las novelas, no se da por satisfecho. A mí también me gustan los cuentos como cuentos, así que he decidido seguir su consejo.

Con la ayuda de mi admirable amiga Lisa Record, quien encontró y catalogó los relatos tal y como fueron publicados en su origen, he podido reunirlos en esta colección. En casi todos los casos he mantenido los textos sin cambio alguno, tal y como vieron la luz por primera vez. He intentado no retocarlos y solo los he revisado cuando no quedaba más remedio o cuando, como en el caso de «Mujer desnuda tocando a Chopin», el relato tuvo que sufrir algún corte por su extensión.

En cuanto a los nuevos y por ende inéditos relatos, estoy segura, como siempre, de que están terminados y permanecerán como cuentos.

Me gustaría dar las gracias a los primeros editores de las revistas que se arriesgaron a publicarme; a mi editora Terry Karten, por su omnisciente trabajo en este proyecto; a Trent Duffy, como es habitual; y, por último, a mis padres, Rita Gourneau Erdrich y Ralph Erdrich, que me contaron historias desde el principio.

El descapotable rojo y otras historias

Cuentos escogidos e inéditos
1978-2008

El descapotable rojo

Yo fui el primero de la reserva en conducir un descapotable. Y, por supuesto, era rojo, un Oldsmobile rojo. Era dueño de ese coche junto con mi hermano Stephan. Ambos éramos los dueños hasta que sus botas se llenaron de agua en una noche ventosa y él me compró mi parte. Ahora Stephan es el propietario de todo el coche, y su hermano pequeño Marty (es decir, yo) va caminando a todas partes.

¿Cómo logré ganar el dinero suficiente para comprar mi parte en un primer momento? Mi único talento ha consistido siempre en saber ganar dinero. Tengo ese don, algo nada habitual en un chippewa y todavía menos en mi familia. Desde siempre he tenido esa peculiaridad, y todo el mundo lo reconoce. Por ejemplo, fui el único crío al que dejaron pasar a las dependencias de la American Legion^[1] de Rolla para limpiar botas, y una Navidad vendí estampas religiosas puerta a puerta para la misión. Las monjas dejaron que me quedara con un porcentaje. Así que, una vez que empecé, parecía que cuanto más ganaba, más fácil me venía el dinero. Todo el mundo me jaleaba. Cuando cumplí quince años, conseguí trabajo fregando platos en el Joliet Café, y fue entonces cuando tuve mi primer golpe de suerte.

Muy pronto me ascendieron a camarero; luego la cocinera de comidas rápidas renunció y me contrataron para ocupar su puesto. En menos de lo que canta un gallo llegué a gerente del Joliet. El resto es historia. Estuve dirigiendo el negocio durante un tiempo. Rápidamente me convertí en copropietario y, por supuesto, ya no hubo forma de pararme. No pasó mucho tiempo hasta que todo fue mío.

Cuando el Joliet llevaba ya un año siendo mío, ardió. El negocio entero. Yo solo tenía veinte años. Lo tenía todo y todo lo perdí, visto y no visto; pero antes de perderlo, habían venido a cenar todos y cada uno de mis parientes, así como los parientes de mis parientes, y también me había comprado ese Oldsmobile rojo al que me he referido, junto con Stephan.

¡Recuerdo la primera vez que lo vimos! Os contaré cómo fue esa primera vez. Alguien nos había llevado a Winnipeg y ambos teníamos dinero. No me preguntéis por qué, ya que ninguno de los dos había hablado de coches ni de nada, simplemente llevábamos todo nuestro dinero encima. El mío era en efectivo: un enorme fajo de billetes. Stephan tenía dos cheques: la paga de una semana extra por su despido y el talón habitual de la fábrica de cojinetes de joyas.

El caso es que estábamos caminando por Portage, visitando la ciudad, cuando lo vimos. Allí estaba, aparcado, real como la vida misma. De verdad, parecía estar vivo. Acudió a mi cabeza la palabra «descanso», porque el coche no estaba parado, aparcado o lo que fuera, sin más. El coche descansaba, sereno y resplandeciente, con un cartel de SE VENDE en la ventanilla izquierda delantera. Entonces, antes siquiera de

que nos lo pensáramos un poco, el coche pasó a ser nuestro y nuestros bolsillos quedaron vacíos. Teníamos el dinero justo para la gasolina de vuelta a casa.

Fuimos a un montón de sitios en ese coche Stephan y yo. Cobré algo de dinero del seguro por el incendio y estuvimos todo un verano viajando de acá para allá. No podría decir todos los lugares a los que fuimos. Salimos hacia el río Little Knife River y Mandaree en Fort Berthold, y de algún modo aparecimos en Wakpala y, después, no sé cómo, en Montana en la reserva de los Rocky Boys, y eso que no había pasado ni la mitad del verano. Hay quien se fija en los detalles cuando viaja, pero nosotros no nos preocupamos por esas menudencias y simplemente vivimos el día a día de un lado para otro.

Lo que sí recuerdo es que había un lugar con sauces; en cualquier caso, me tumbé bajo esos árboles y me sentí a gusto. Tan a gusto. Las ramas descendían a mi alrededor a modo de una carpa o un establo. Y silencioso, era silencioso, aunque había un baile lo bastante cerca como para verlo. Aquel día, el aire no era demasiado sofocante ni soplaba demasiado fuerte. Cuando la tierra se levanta y envuelve a los bailarines de esa manera, me siento bien. Stephan se había dormido. Más tarde, despertó y seguimos el viaje. Nos hallábamos en alguna parte de Montana, quizá en la reserva Blood; podría ser cualquier sitio. En fin, fue allí donde conocimos a la chica.

Tenía todo el pelo recogido en moños alrededor de las orejas, fue lo primero en que me fijé. Estaba junto a la carretera con un brazo extendido, así que nos detuvimos. Era bajita, tanto que su camisa de leñador resultaba cómica en ella, como un camisón. Llevaba vaqueros y unos mocasines adornados, y sujetaba una pequeña maleta.

—Sube —dijo Stephan. Y la chica se sentó entre los dos.

—Te llevaremos a casa —dije—. ¿Dónde vives?

—Chicken —respondió.

—¿Y eso por dónde queda? —le pregunté.

—En Alaska.

—Vale —dijo Stephan. Y arrancamos.

Fue llegar y no querer marcharnos nunca. Allí el sol no se pone del todo en verano y las noches se parecen más a un suave crepúsculo. Puede que dormites a veces, pero antes de darte cuenta ya estás de nuevo en pie, como un animal en la naturaleza. Nunca se siente la necesidad de dormir profundamente ni de olvidarse del mundo. Y allí todo crece. Donde solo hay tierra o musgo, al día siguiente todo son flores y hierbas altas. La familia de la chica se encariñó con nosotros. Nos dieron de comer y nos abrieron las puertas de su hogar. Plantamos nuestra tienda junto a su casa y los niños entraban y salían de allí tanto de día como de noche.

Una noche, Suzy (la chica tenía otro nombre muy largo, pero la llamaban por el

diminutivo, Suzy) vino a vernos. Nos sentamos en círculo en la tienda y hablamos de todo un poco. Para aquel entonces la oscuridad se había vuelto más profunda y el frío incluso más intenso. Le dije a Suzy que ya era hora de que nos marcháramos. Se puso de pie en una silla y dijo:

—Nunca habéis visto mi pelo.

Era cierto. Se había subido a una silla, y sin embargo, cuando se soltó los moños, el pelo llegó hasta el suelo. Abrimos los ojos como platos. Era imposible imaginarse la cantidad de pelo que tenía cuando lo llevaba recogido tan pulcramente. Entonces, Stephan hizo algo gracioso. Se acercó a la silla y le dijo:

—Súbete a mis hombros.

Ella le obedeció y su pelo alcanzó más allá de la cintura de Stephan, que se puso a dar vueltas y vueltas, de modo que la cabellera flotaba de un lado a otro.

—Siempre quise saber cómo sería tener una bonita y larga melena —soltó Stephan.

Nos echamos a reír. Era una imagen graciosa verlo hacer eso. A la mañana siguiente nos levantamos y nos despedimos.

Adonde la hierba es más verde, como quien dice. Bajamos por Spokane y cruzamos Idaho y luego Montana, y muy pronto nos encontramos echando una carrera al mal tiempo bordeando la frontera con Canadá a través de Columbus, Des Lacs. Después entramos en el condado de Bottineau y enseguida estuvimos de vuelta en casa. Aquel verano hicimos la mayor parte del viaje sin poner la capota del coche ni una sola vez. Y resultó que llegamos a casa justo a tiempo de que el Ejército le recordara a Stephan que se había alistado.

No me extraña que el Ejército se alegrara tanto de contar con Stephan, que lo convirtió en un marine. Además estaba hecho como una letrina de ladrillo. Nos gustaba meternos con él y decirle que en realidad lo querían por su nariz de indio. Tenía una nariz grande y afilada como un hacha, una nariz como la de Tomahawk Rojo, el indio que mató a Toro Sentado y cuyo perfil aparece en todos los carteles de todas las carreteras de Dakota del Norte. Stephan se marchó al campo de entrenamiento, estuvo en casa por Navidad, y lo siguiente que supimos de él fue por una carta suya escrita desde el otro lado del océano. Era 1968, y estaba destinado en Khe Sanh. Le escribí varias veces. Le daba noticias del coche. La mayor parte del tiempo estaba sobre unos bloques de madera en el patio o medio desmontado, porque aquel largo viaje lo había estropeado bastante aunque, todo hay que decirlo, se portaba de maravilla cuando lo necesitábamos.

Transcurrieron al menos dos años antes de que Stephan regresara a casa. No quisieron recuperarlo durante un tiempo, supongo, así que se quedó con nosotros después de Navidad. Durante esos dos años, yo había puesto el coche a punto y estaba casi como nuevo. Siempre pensaba en él como su coche, mientras estaba fuera, aunque cuando se marchó, me dijo:

—Ahora es tuyo.

Y me lanzó las llaves.

—Gracias por la llave de repuesto —le contesté—. La guardaré en tu cajón por si acaso la necesito.

Se echó a reír.

Cuando volvió a casa, sin embargo, Stephan no era el mismo, y añadiré que el cambio no fue para bien. Tampoco cabía esperar que cambiase a mejor, lo sé. Pero estaba callado, muy callado, y no podía quedarse quieto sentado tranquilamente en ningún sitio; siempre estaba moviéndose de un lado para otro. Yo recordaba las veces en que nos quedábamos sentados durante tardes enteras, sin mover un músculo, tan solo cambiando nuestro peso de un lado a otro, charlando con quienquiera que se sentara con nosotros y mirando a nuestro alrededor. Entonces él siempre soltaba alguna broma, pero ahora era imposible hacerlo reír, o cuando se reía, parecía más el sonido de un hombre ahogándose, un sonido que helaba la risa en la garganta de aquellos que lo rodeaban. Terminaron por dejarlo solo la mayor parte del tiempo y no se les podía reprochar. Era un hecho, Stephan se mostraba nervioso e irascible.

Yo había comprado una televisión en color para mi madre y los chicos mientras Stephan estuvo fuera (el dinero seguía llegando con facilidad). Sin embargo, me arrepentí de haberla comprado por Stephan, y también lamenté haberla comprado en color porque en blanco y negro las imágenes parecían más antiguas y lejanas, pero ¿qué se le va a hacer? Él se sentaba delante, mirándola, y ese era el único momento en que se quedaba totalmente quieto. Pero era el mismo tipo de quietud que uno detecta en un conejo cuando se queda petrificado justo antes de echar a correr. No estaba a gusto. Se sentaba en su sillón y se aferraba a los brazos con todas sus fuerzas, como si la butaca se estuviese moviendo a toda velocidad y temiese, si se soltaba, salir disparado como un cohete y estrellarse contra el televisor.

Una vez me encontraba en la misma habitación que él y oí cómo sus dientes mordían algo. Lo miré y vi que se había mordido el labio. La sangre le caía por la barbilla. Os aseguro que en ese instante me entraron ganas de romper el aparato en mil pedazos. Me acerqué, pero Stephan debió de suponer lo que me disponía a hacer. Se abalanzó desde el sillón y me apartó de un golpe, contra la pared. Me convencí de que no sabía lo que hacía.

Mi madre llegó, apagó el televisor con toda tranquilidad y nos dijo que había preparado algo de cena. Así que nos fuimos y nos sentamos a la mesa. La sangre seguía cayendo por la barbilla de Stephan, pero él no reparaba en ella y nadie lo mencionó, aunque cada vez que daba un bocado a su trozo de pan, este se manchaba con su sangre y él acababa tomándose su propia sangre mezclada con comida.

Cuando Stephan no andaba cerca, hablábamos de lo que iba a ser de él. No había médicos indios en la reserva, ni hechiceros, y mi madre tenía miedo de que, si lo trasladábamos al hospital, lo dejaran ingresado.

—Además, jamás conseguiríamos llevarlo hasta allí —dije—, así que más vale

olvidarlo.

Entonces pensé en el coche. Stephan ni siquiera lo había mirado desde su regreso, aunque, tal y como ya he contado, se encontraba en un estado inmejorable y listo para que lo condujesen.

Una noche en que Stephan había salido a algún sitio, cogí un martillo. Fui hasta el automóvil y le hice un montón de cosas en los bajos. Lo golpeé. Doblé el tubo de escape. Desprendí el silenciador. Para cuando hube acabado con él, tenía peor aspecto que el de cualquier típico coche indio que se ha pasado toda la vida recorriendo las carreteras de la reserva, que están (como suele decirse) como las promesas del Gobierno: llenas de agujeros. ¡Me dolió hacerlo, os lo juro! Eché tierra en el carburador y arranqué toda la cinta aislante de los asientos. Lo dejé tan desvencijado como pude. Luego esperé a que Stephan lo viera.

Aun así le costó más de un mes darse cuenta. No importó, porque ya comenzaba a hacer más calor, sin que por ello la nieve se derritiera, para poder trabajar al aire libre, cuando reparó en ello.

—Marty —dijo un día al entrar en casa—, ese coche rojo está hecho una mierda.

—A ver, está viejo —respondí—. ¿Qué te puedes esperar?

—¡De eso nada! —dijo Stephan—. ¡Es una joya de coche! Pero vas tú y lo revientas, Marty, y sabes que no se merece eso. Yo tenía ese coche en perfecto estado. Tú no lo recuerdas. Eres demasiado joven. Pero cuando me marché, ese coche iba como la seda. Ahora no sé si seré capaz de hacerlo arrancar siquiera, ya ni hablemos de volver a dejarlo como antes.

—Vale, adelante, inténtalo —dije, fingiéndome cabreado—, pero para mí que no es más que un montón de chatarra.

Después, salí antes de que cayera en la cuenta de que había pronunciado más de seis palabras seguidas y que yo me había percatado de ello.

Después de aquello, creí que se moriría de frío trabajando en ese coche. Se pasaba el día allí fuera y, por la noche, improvisaba una lámpara, pasando un cable por la ventana, para alumbrarse mientras trabajaba. Estaba mejor que antes, lo que no era mucho decir. Le costaba menos hacer las mismas cosas que hacíamos nosotros. Comía más despacio y no se levantaba una y otra vez durante las comidas para ir a buscar cualquier cosa o mirar por la ventana. Yo había metido mano en la parte trasera del televisor, lo confieso, manipulándolo a conciencia, de modo que era casi imposible lograr una imagen nítida. Ya no lo miraba muy a menudo. Siempre andaba fuera con el coche o yendo a buscar repuestos. Para cuando comenzó en serio el deshielo, ya lo había reparado.

En aquella época yo tenía el ánimo por los suelos a causa de Stephan. Antes siempre andábamos juntos. Stephan y Marty. Pero ahora se había vuelto tan huraño que no sabía cómo tomármelo. Así que no dejé pasar la oportunidad un día que él se mostró más simpático. No es que sonriera ni nada. Solo dijo:

—Vamos a dar una vuelta en ese trasto.

Pero la manera en que lo dijo me hizo pensar que quizá se estaba recuperando.

Nos dirigimos al coche. Era primavera. El sol brillaba con fuerza. Bonita, mi hermana pequeña, nos hizo posar juntos para una foto. Él apoyó el codo en el parabrisas del coche rojo y con el otro brazo me rodeó el hombro, con sumo cuidado, como si le pesara mucho y no quisiera dejar caer todo el peso de golpe.

—Sonreíd —dijo Bonita. Y sonrió.

Esa fotografía. Ya no la miro nunca. Hace unos meses, no sé muy bien por qué, saqué su retrato y lo clavé con chinchetas en la pared. Entonces me sentía bien con Stephan, cerca de él. Me gustaba tener su foto en la pared hasta una noche en que yo estaba viendo la televisión. Estaba algo borracho y colocado. Levanté los ojos hacia la pared y Stephan me estaba mirando. No sé cómo explicarlo, pero su sonrisa había cambiado. O quizá había desaparecido. Lo único que sé es que no pude permanecer en la misma habitación que esa imagen. Me puse a temblar. Tuve que levantarme, cerrar la puerta e ir a la cocina. Un poco más tarde llegó mi amigo Rayman y juntos volvimos a la habitación. Metimos la foto en una bolsa que doblamos una y otra vez antes de dejarla en el fondo de un armario.

Todavía veo esa fotografía, como si me tirase de la manga, cuando paso junto a la puerta de ese armario. Aparece muy nítida en mi mente. Aquel día hacía tanto sol que Stephan tuvo que entrecerrar los ojos. O quizá la cámara de Bonita lanzó un destello como un espejo, cegándolo, antes de sacar la fotografía. Mi cara sale a pleno sol, enorme y redonda. Pero es posible que él retrocediera un poco porque las sombras en su rostro son profundas como pozos. Hay dos sombras curvas como dos pequeños ganchos en los extremos de su sonrisa, como si quisieran enmarcarla o retenerla: esa primera y única sonrisa suya que más bien parecía una mueca de dolor. Va vestido con su chaqueta militar y con la ropa desgastada con la que había vuelto y que seguía poniéndose desde entonces. Después de que Bonita sacara la fotografía y entrara en casa, nos subimos al coche. Llevábamos una nevera llena en el maletero. Pusimos rumbo al este, hacia Pembina y el río Rojo, porque Stephan dijo que quería ver la crecida del río.

El viaje hasta allí fue espectacular. Cuando todo comienza a cambiar, a secarse y a clarear, te sientes tan bien como si tu vida empezara de nuevo. Y Stephan también sintió lo mismo. Habíamos bajado la capota y el coche zumbaba como una peonza. Lo había dejado como nuevo, incluso las cintas en los asientos estaban pegadas con mimo y en varias capas. No es que volviera a sonreír ni bromeara ni nada mientras conducíamos, pero me pareció que tenía un gesto más relajado y sereno. Daba la impresión de no estar pensando en nada especial, tan solo en los campos vacíos, las hileras de árboles y las casas que desfilaban ante nosotros.

El río estaba crecido y cargado de desechos del invierno cuando llegamos. Todavía hacía sol, pero corría un aire más fresco junto al río. Aún se veían

montoncillos de nieve sucia aquí y allá en las riberas. El agua no había inundado los márgenes todavía, pero lo haría, era evidente. Estaba al límite, las aguas bravas brillaban como una vieja cicatriz gris. Encendimos una hoguera y nos sentamos a contemplar la corriente. Mientras miraba, noté que algo se tensaba dentro de mí, se aflojaba e intentaba soltarse, todo a la vez. Supe que no era una sensación propia; comprendí que estaba sintiendo lo que Stephan experimentaba en ese momento. Solo que Marty no podía soportar esa sensación. Me levanté de un salto. Agarré a Stephan por los hombros y me puse a zarandearlo.

—¡Despierta! —le grité—. ¡Despierta! ¡Despierta! ¡Despierta!

No sé qué se apoderó de mí.

Volví a sentarme a su lado. Stephan tenía el rostro lívido y duro como una roca. Y entonces se quebró, al igual que revientan las piedras de golpe cuando el agua hierve en su interior.

—Lo sé —dijo—. Lo sé. No puedo evitarlo. Es inútil.

Empezamos a hablar. Dijo que sabía lo que yo había hecho con el coche. Era evidente que se lo había destrozado a propósito y no por culpa de un descuido. Dijo que quería darme el coche para siempre; que así no servía de nada. Dijo que lo había reparado solo para entregármelo y que yo debía aceptarlo.

—No —repongo—. No lo quiero.

—Está bien —dice—. Cógelo.

—Pero no lo quiero —objeto y luego, para dar más fuerza a mis palabras, solo para darle más fuerza, os lo juro, le pongo la mano en el hombro. Me la aparta de un manotazo.

—Coge ese coche —insiste.

—No —digo—. Oblígame a hacerlo.

Entonces me agarra de la chaqueta y me arranca una manga. Me vuelvo loco y lo empujo hacia atrás, y hago que se caiga del tronco. Se pone en pie rápidamente y se abalanza sobre mí. Rodamos por el suelo enganchados uno con otro, nos levantamos y la emprendemos a golpes, a puñetazo limpio, con ganas. Me lanza un directo a la mandíbula con tal fuerza que creo que se me ha desencajado. Entonces arremeto contra sus costillas y le propino un buen golpe debajo del mentón que hace que eche la cabeza hacia atrás. Está noqueado. Me mira y lo miro, y entonces se le inundan los ojos de lágrimas y sangre, y al principio creo que está llorando. Pero no, se está riendo.

—¡Ja, ja! —hace—. ¡Ja, ja, ja! ¡Cuídalo mucho!

—Vale —respondo—. Vale, no hay problema. ¡Ja, ja, ja!

No puedo evitarlo y yo también me echo a reír. Tengo la impresión de tener la cara hinchada y extraña. Al cabo de un rato, saco una cerveza de la nevera portátil del maletero y, cuando se la ofrezco a Stephan, se coge la camisa para limpiar mis gérmes.

—Fiebre aftosa —dice.

Por alguna razón, me desternillo de risa, de modo que durante un buen rato nos reímos a carcajadas, y después terminamos con todas las cervezas, una tras otra, arrojando cada lata al río para ver hasta dónde las lleva la corriente antes de llenarse de agua y hundirse.

—¡Soy un indio! —grita al cabo de un tiempo.

—¡Uh! ¡Estoy en el sendero del amor! ¡Estoy buscando el amor!

Pienso que ha vuelto el Stephan de antes. Se yergue de repente y comienza a sacudir las piernas, como un bailarín tradicional. Lo que hace está a medio camino entre la danza de la grulla y el salto de un conejo, no se parece a ninguna danza que ni yo ni nadie haya visto antes en esta verde tierra. Se vuelve loco. ¡Quiere armar jaleo! Está frenético. Yo no paro de reírme, tan fuerte que se me hacen nudos en el estómago.

—¡Tengo que refrescarme! —grita de pronto.

Sale corriendo hacia el río y se tira al agua.

La corriente arrastra tablas de madera y más cosas. La crecida del agua es enorme. No se oye el menor sonido procedente del río después de que se haya zambullido, así que me precipito hacia la orilla. Miro a mi alrededor. Está oscuro. Lo veo ya en medio del cauce y sé que no ha llegado allí nadando sino arrastrado por la corriente. Está lejos. Oigo su voz, no obstante, muy clara por encima del agua.

—Se me están llenando las botas de agua —dice.

Lo dice con voz tranquila, como si acabara de reparar en ello y no supiera qué pensar. Después, desaparece. Pasa una rama. Luego otra. Para cuando salgo del río y me suelto del tronco al que me he agarrado, el sol ya se ha puesto. Camino hasta el coche, enciendo los faros y acerco el descapotable hasta la orilla. Meto primera y quito el pie del embrague. Salgo del coche, cierro la puerta y observo cómo se abre camino dentro del río. Las potentes luces hienden el agua a medida que se va sumergiendo mientras buscan, todavía encendidas después de que el agua haya engullido la parte trasera. Al final todo es oscuridad. Luego solo queda el agua y el murmullo del agua que va y corre, va y corre y sigue corriendo.

Básculas

Estaba sentada ante mi tercer o cuarto Jellybean, que es un licor de anís, alcohol de grano, una cerilla encendida y una explosión húmeda en el cerebro. A mi izquierda estaba sentado Gerry Nanapush, de la tribu chippewa. A mi derecha estaba sentada Dot Adare, del pueblo de los-que-ya-fueron, o de los-que-nunca-fueron o de los-que-a-ver-qué-me-espera. Aún en su vientre y crispado en sus fluidos se acurrucaba el fruto de su unión, el hijo que esperábamos, el hijo cuyo nombre buscábamos larga y afanosamente en un sucio y exiguo bar en el límite mismo de aquella ciudad de Dakota.

Gerry llevaba trece años sin probar una sola gota de alcohol. Estaba tomando un vaso de tónica en el que flotaba una sucia rodaja de limón junto con un par de guindas al marrasquino. Tenía treinta y seis años y había estado en la cárcel, o fuera de la cárcel y dado a la fuga, durante exactamente la mitad de ese tiempo. Todavía no se hallaba fuera de peligro ni nunca lo estaría, por eso llevaba la visera amarilla de jugador de tenis bajada hasta la montura de sus gafas. La iluminación en el bar era escasa y estaba lleno de humo; sus gafas eran muy oscuras. La mala visibilidad debió de ser la razón por la que el agente Lovchik lo vio primero.

Lovchik caminó hacia nosotros con la mano en la cadera, pero Gerry ya había saltado por encima del respaldo del banco corrido y escapado por la puerta cuando Lovchik estuvo lo bastante cerca como para poder identificarlo con seguridad.

—Siéntese con nosotras —dijo Dot a Lovchik cuando se acercó a nuestra mesa—. Lo invito a un trago. Este sitio está muerto. No ha entrado nadie en toda la noche.

Lovchik suspiró y se pidió un licor de moras.

—Y ahora dígame —dijo la mujer, mirándolo fijamente a la cara—, con sinceridad, ¿qué le parece el nombre de Cara de Kétchup?

Fue a través de Dot que conocí a Gerry, en un bar parecido a este, solo que con una mayor concentración de bebedores empedernidos y trabajadores de la construcción que se encontraban en la ciudad por la autopista. Me había sentado al lado de Gerry al principio de la noche y entablamos una larga conversación en la que intimamos lo suficiente como para que Gerry me rodeara los hombros con su brazo. Dot llegó exactamente en el peor momento. Además siempre había tenido un genio de mil demonios y ahora el embarazo (Gerry la había dejado preñada durante una visita a la cárcel cinco meses antes) no había hecho más que aumentar su irascibilidad. Por lo que fue normal, supongo, que me arrancara el taburete en el que estaba sentada y amenazara con matarme. Solo que en ese momento yo no sabía que me amenazaba de muerte. No conocía a nadie como Dot, por lo que no sabía que hablaba en serio.

—Voy a retorcerte el pescuezo —voceó, estirando las manos hacia mí.

Eran unas manos pequeñas, anchas, eficaces y con uñas puntiagudas. A veces, cuando yo bebía más de la cuenta, solía meter la pata, y en aquella ocasión hice lo que no debía a pesar de estar tendida en el suelo bajo el peso de su cuerpo. Me eché a reír porque sus manos eran muy pequeñas (aunque fuertes y decididas, algo que debería haber tenido más en cuenta). Se disponía a precipitarse contra mí con su barriga de cinco meses y todo, pero Gerry la cogió en el aire y la sacó fuera entre gritos. Al día siguiente, fui a trabajar. Era mi primer día de trabajo y la única otra mujer en la obra, aparte de mí, era Dot Adare.

El primer día, Dot se limitó a lanzarme miradas asesinas desde lejos. Ella trabajaba en la caseta de básculas y a mí me contrataron para pulsar botones en la cinta transportadora. Lo único que debía hacer era ajustar la velocidad de la cinta según llevara arena, piedras o grava, y asegurarme de que estas se dirigían hacia el montón correcto. Había una pirámide para cada clase de material, que servía para fabricar asfalto o cemento. Al otro lado del enorme patio veía a Dot, que emergía de vez en cuando de la diminuta caseta blanca. No sabía si me había reconocido, pero al final del día pensé que seguramente no. Al día siguiente, comprobé lo equivocada que estaba cuando me dirigí al camión de la compañía para tomar café.

Me pilló por banda y me empujó contra el lateral del camión, lejos de donde estaban los hombres. No dijo ni una palabra, solo sostenía una navaja para que yo la viera, con la hoja apuntando hacia mí. La agitó y la punta onduló como la cabeza afilada de un crótalo. Ciego. Buscando el calor. Yo me quedé atónita. Acababa de poner la tapa de plástico en mi vaso de café y me quemaba en las manos.

—Siento haberme reído —dije. Dio un paso atrás. Quitó la tapa de mi café, tomé un sorbo y, después, volví a meter la pata—. Y no le estaba tirando los tejos a tu novio.

—¿Por qué no? —dijo de sopetón—. ¿Qué tiene de malo?

Vi que iba a perder esta discusión dijera lo que dijera, así que, por una vez, hice lo correcto. Le arrojé el café a la cara y eché a correr. Más tarde ese mismo día, Dot salió de la caseta de básculas y me gritó:

—¡Está bien!

Yo me encontraba lo bastante cerca para ver que incluso sonreía. La saludé con la mano. A partir de entonces las cosas mejoraron entre nosotras, lo cual fue una suerte, porque resultó que se me daba tan bien apretar botones que dos semanas después me ascendieron a la caseta de básculas para ayudar a Dot.

Tampoco era que Dot necesitara ayuda para pesar los camiones, sino que se trataba de una simple formalidad de cara al Departamento de Carreteras. Nunca lo llegué a entender, pero por lo visto Dot fue durante una temporada la encargada del pesaje de los camiones y al mismo tiempo la inspectora del pesaje de los camiones,

hasta que alguien terminó enterándose. Me contrataron entonces para pesar los camiones, para la empresa, y a Dot la contrató el estado para cerciorarse de que yo anotaba los datos correctamente. Lo que ella de verdad hacía era dormir, tejer, o comer todo el día. Entre camión y camión, yo hacía lo mismo. Ni siquiera tenía que levantarme del taburete para pesar los camiones, porque el brazo de la báscula se proyectaba a través de un agujero rectangular y los pesos aparecían justo ante mis ojos. Los camiones volquetes corrientes, los volquetes con descarga por el fondo y los camiones amarillos de la empresa subían a una plataforma que se levantaba sobre el brazo junto a la caseta. Anotaba el peso en un pequeño impreso rosa, lo sujetaba con una pinza de la ropa al mango de una escoba y así se lo aproximaba al conductor. Yo guardaba una copia de la hoja rosa en una ficha amarilla que dejaba en un archivador metálico. Nadie miraba nunca ese archivador, por lo que jamás he sabido para qué servían esas fichas amarillas. La empresa me pagaba muy bien.

A comienzos de julio, Dot y yo empezamos a trabajar juntas. Al principio, me sentaba lo más alejada posible de ella y nunca apartaba la vista de sus agujas de tejer, aunque verla trabajar me producía cierto mareo. No pasó mucho tiempo hasta que llegamos a entendernos, y después me sentí muy a gusto con Dot. Veréis, era una persona muy directa y enseguida me soltó que solo tres cosas la sacaban de quicio. La primera era que alguien flirteara con Gerry. La segunda, una sanguijuela de cigarrillos (alguien que siempre estaba dejando de fumar, pero que luego se fumaba los tuyos). La tercera, las hormigas cojoneras. Le pregunté qué era eso.

—Una hormiga cojonera —explicó— es un tío culo gordo que intenta venderte cosas, un Jaycee, un Elk o un Kiwanis^[2].

Con Dot yo siempre sabía a qué atenerme, de modo que confié en ella. Sabía que si caía en desgracia ante ella, me amenazaría y me daría tiempo para salir corriendo antes de que intentara alguna acción física.

A mediados de julio, nuestra caseta se volvió insoportable, ya que atraía el calor del patio desnudo y lo retenía. Pasábamos la mayor parte del tiempo sentadas afuera, buscando alrededor de la caseta la más mínima sombra, dejando que el viento árido y caliente de los campos de remolacha aspirase el sudor de nuestras axilas y piernas. Pero las estaciones cambian muy rápido en Dakota del Norte. El último día de agosto estuvimos saltando de un pie entumecido al otro hasta que Hadji, el capataz, arrastró hasta nuestra caseta una pequeña y alargada bombona de gas con forma de columna. Encendió la ruedecilla con púas que tenía arriba, esta resplandeció y a partir de ahí nos acurrucamos junto al calefactor: para comer, dormir o quedarnos sentadas tontamente dentro del pequeño perímetro de calor seco.

En aquella época Dot pesaba casi cien kilos, gracias principalmente a los dulces de mantequilla de cacahuete y sándwiches de huevo duro con mayonesa. Era una mujer bajita y de amplias posaderas, con alargados ojos amarillos y espacios entre sus fuertes dientes. Cuando comenzamos a trabajar juntas, tenía el pelo muy corto. Al llegar los meses de frío, había crecido en indomables remolinos: castaño en la raíz y

naranja en la punta. El tinte naranja no le favorecía a su color de piel. Por esas fechas, su barriga estaba muy abultada, ya que salía de cuentas en octubre. La criatura estaba muy arriba y Dot a menudo descansaba en la tripa los antebrazos mientras tejía; uno de sus rasgos más peculiares era la capacidad que tenía para transformar esa dulce tarea en algo perverso. Tejía con saña, estirando la lana con brusquedad alrededor del pulgar hasta que la yema se le quedaba blanca, apretando cada punto de tal manera que, una vez terminadas, las diminutas prendas se sostenían de pie solas como trajes de cota de malla en miniatura.

Pero a mí me parecía que aquel bebé iba a necesitar ese sólido tejido cuando viniese al mundo. Aunque Dot vivía una vida de futura madre muy tranquila, era evidente que también se había movido con soltura en ambientes peligrosos. Sin ir más lejos, el niño había sido concebido en la sala de vis a vis de una cárcel estatal. Dot se había sentado a horcajadas sobre Gerry en una esquina, fuera del alcance del circuito cerrado de televisión. A través de una carrera en sus medias y un agujero hecho en los vaqueros de Gerry, lograron unirse de alguna forma y, milagrosamente, concebir a su hijo. Cuando Dot estuvo segura de que estaba embarazada, Gerry se escapó de la cárcel para ir a verla. Al poco tiempo de aquella conversación que mantuve con él en el bar, lo detuvieron. Esa vez acompañó a la policía con docilidad, sin ofrecer resistencia. En realidad estaba en la cárcel fundamentalmente por fugarse de continuo, ya que su delito (de lesiones cuando tenía dieciocho años) le había supuesto una condena de tres años con reducción de pena por buena conducta. Solo que nunca había conseguido cumplir esos tres años ni tener buen comportamiento. Huía una y otra vez, y lo atrapaban en cada ocasión, con la precisión de un reloj.

Gerry tenía un don especial para fugarse, era un hecho. Se jactaba de que no había talego ni de acero ni de hormigón capaz de retener a un chippewa, y poseía las cualidades de una anguila a pesar de su enorme tamaño. En una ocasión, se untó el cuerpo con tocino, se deslizó por un muro de casi dos metros de grosor y se esfumó. Algunos creyeron que se había quedado atrapado ahí, emparedado para siempre, y que les traería buena suerte como los huesos de los esclavos sellados dentro de la Gran Muralla china. Pero Gerry se había frotado la tripa para conjurar la buena suerte y no le dio buena suerte a nadie más, porque de pronto apareció en casa de Dot y ella se las vio negras para esconderlo.

Lo consiguió durante casi un mes. Esconder a un indio de casi dos metros y más de ciento diez kilos en medio de un pueblo al que, para empezar, no le gustan los indios, no es tarea fácil. Un mes suponía todo un logro, cuando sabías a lo que ella se enfrentaba. Se pasó la mayor parte del tiempo yendo y viniendo, caminando de su casa a la tienda de comestibles con los pies hinchados, dejando a los vecinos atónitos ante la enormidad de lo que ellos suponían que era su apetito. Montones de chuletas de cerdo, freidoras enteras y los más gruesos filetes desaparecían de la noche a la mañana, y puesto que Gerry no podía sacar la basura durante el día, a veces arrojaba los huesos por las ventanas, donde iban amontonándose y donde los perros pronto

aprendieron a esperar allí las sobras y peleaban con gran escándalo por el más mínimo resto.

Los vecinos terminaron por quejarse y, un día, mientras Dot estaba trabajando, Lovchik llamó a la puerta de la caravana. Gerry abrió, suspiró y caminó hasta el coche. Con lo bien que se le daba fugarse y con qué facilidad se dejaba atrapar. Parecía como si no pudiera librarse del alcance de sus manos. Dot conocía su problema y le dijo que estaba loco si creía que podría escapar de la cárcel y luego vivir como una persona normal. Le explicó que eso no funcionaba así. Le dijo que desapareciera durante una temporada de la reserva, de cualquier reserva, que cambiara de nombre y, aunque no podía dejarse barba, que al menos dejara que los desgñados pelos encima de su labio dibujasen una especie de bigote que camuflara un poco su rostro. Pero Gerry no estaba dispuesto a hacer nada de eso. Solo sabía que la cárcel no era para él, pero reconocía que le había venido bien cuando tenía dieciocho años y no sabía cómo ser un delincuente, por lo que había tomado clases de profesionales. Ahora que ya sabía cuanto había que saber, sin embargo, le parecía un sinsentido permanecer en la cárcel y recibir las mismas clases una y otra vez. «Una fábrica de odio», así la llamó una vez, y añadió que producía en su estómago oscuros venenos de los que no podía librarse aunque se metiera los dedos en la garganta y tratara de ser una persona limpia y normal a pesar de todo.

El problema de Gerry, veréis, era que creía en la justicia, pero no en las leyes. Tenía el convencimiento de que ya había pagado por su delito, cometido en el fragor de una borrachera para zanjar con un vaquero la cuestión de si un chippewa también era un negro. Gerry aseguraba que no lo habían zanjado, pero que al menos ese vaquero había aprendido que si un chippewa era un negro también era un jodido peleador. Porque en temas de broncas, Gerry solo respetaba las reglas de la reserva, lo que venía a ser que lo primero que Gerry hizo al vaquero, tras ponerse en guardia, fue propinarle una patada en los huevos.

Después de eso, no hubo mucha pelea, y dado que había testigos tanto blancos como indios, Gerry pensó que el asunto no iría a mayores si llegaba ante la justicia. Pero nada hay en el mundo más vengativo y terco que un vaquero al que le duelen los huevos, y Gerry iba a comprobarlo muy pronto. También descubrió que los blancos son buenos testigos si están de tu parte, porque tienen nombre, dirección, número de afiliación a la Seguridad Social y teléfono de trabajo. Pero son testigos terribles si los tienes en contra, casi tanto como testigos indios a tu favor.

Los amigos de Gerry no solo carecían de cualquiera identificación, aparte de la tarjeta tribal; no solo desaparecían (no por maldad, fue porque el juicio de Gerry coincidió con la temporada de *powwows*), sino que los pocos que logró reunir no tenían la menor gana de mirar a un juez o un jurado a los ojos. Farfullaron cabizbajos. Es que, veréis, los amigos de Gerry no confiaban en el sistema judicial de los Estados Unidos. No parecían nada cómodos en el juzgado, y eso no hizo más que aumentar su falta de credibilidad a ojos del juez y del jurado. Por lo visto, si confías en las

autoridades, ellas confían en ti. O al menos eso le pareció a Gerry.

Un médico de la zona testificó a favor de los testículos del vaquero y aseguró que la fertilidad del hombre podría verse afectada. Gerry se enfadó un poco ante eso y exclamó sin más que le costaba creer que le hubiera causado tanto daño ya que los huevos del vaquero eran de por sí un blanco muy pequeño, que estaba oscuro y que además no podía tener buena puntería después de tomarse tres, o quizá fuesen dos, cervezas. Aquello empeoró las cosas, por supuesto, y Gerry recibió una sentencia muy dura para un muchacho de dieciocho años, aunque no para un indio. En opinión de algunos, había salido bien parado del juicio.

Lo único bueno de todo aquello, había dicho Gerry, era que tal vez el vaquero no tendría vaqueritos, aunque, añadió, a veces tenía pesadillas en las que el vaquero conseguía tener vaqueritos. Todos nacían con una sonrisa y todos los dientes, sombreros Stetson y huevecillos duros como huesos de ciruelas.

De modo que, como puede constatarse, resultaba difícil para Gerry, como indio, conservar el buen humor natural de sus ancestros en esas circunstancias modernas. Pero lo intentó, y puesto que creía en la justicia y no en las leyes, Gerry sabía cuál era su lugar (fuera de la cárcel y junto a su familia). Y a pesar de que no había sido entrenado para una vida honrada, la deseaba. Incluso le interesaba conseguir empleo. No le importaba qué tipo de trabajo. «Lo que sea, para cambiar», solía decir Gerry. Lo cierto es que quiso presentarse a un trabajo nada más salir de la cárcel. Pero por supuesto Dot se lo impidió. Y así, ya que quería quedarse con Dot, permaneció escondido en la caravana de ella aunque ambos sabían, o debían de saber, que no pasaría mucho tiempo hasta que la policía viniese a hacer preguntas o que los vecinos cayeran en la cuenta y Gerry Nanapush acabase de nuevo en el punto de partida. Y así fue. Lovchik fue a buscarlo. Y Dot estaba ahora convencida de que tendría que pasar el resto del embarazo y el parto sola.

Dot estaba furiosa por tener que enfrentarse a todo eso en solitario, y además amaba a Gerry con un amor profundo y sincero, era evidente. Tejía su ausencia en forma de gruesas prendas para el niño, prendas cuyos colores habrían detenido un camión en una carretera oscura: rosa chillón, azul eléctrico y el naranja fosforito que usan los tipos que agitan las banderitas en las obras.

El niño era un recluso tan inquieto como su padre, y se volvía más y más nervioso y revoltoso a medida que se aproximaba su hora. Como lugar donde cumplir una condena de nueve meses, Dot no era gran cosa. Su cuerpo resultaba inhóspito. Su piel estaba flácida, cetrina y formaba pliegues como un tapizado sobre sus cortos y sólidos huesos. Al igual que la caseta donde pasábamos los días, ella parecía contrahecha, arrojada al mundo con los miembros clavados de cualquier manera y con las articulaciones fijadas con poca masilla. Las barrigas de algunas embarazadas dan a veces la impresión de que siempre hubieran tenido ese aspecto. Pero la tripa de Dot tenía una forma extraña, casi cuadrada, y parecía un añadido, como un mirador

nuevo aún sin pintar. Claramente el niño estaba listo para escapar sin esperar a la libertad condicional, pues mantenía despierta a su madre toda la noche golpeando sin motivo sus paredes internas o pegándole en la vejiga hasta que ella lanzaba algún improperio. «Está como loco por salir», gemía la pobre Dot. «¿Crees que podría ser prematuro?». Visto desde fuera, el niño parecía lo bastante grande como para sostenerse en pie, echar a andar o incluso salir corriendo de la sala de maternidad en cuanto naciera.

En aquella época, amanecía sobre las siete y llegábamos a la caseta de básculas cuando una espesa capa de escarcha todavía cubría la grava. Cada mañana yo encendía la estufa de gas: abría la llave, daba un paso atrás y lanzaba la cerilla como quien da de comer a una fiera. Una mañana, vi el punto rojo a través de la ventana, ya encendido. Pero cuando abrí la puerta, la caseta estaba vacía. Había, no obstante, huellas de un visitante nocturno: colillas y unas cuantas latas de cerveza aplastadas y convertidas en discos planos. Barrí los restos y no le mencioné nada a Dot acerca de esto cuando entró.

Sin embargo, parecía saber que había algo en el aire; durante toda la mañana de cuando en cuando alzaba la cabeza. Olfateaba el aire e incluso yo podía percibir el olor a sudor, como a trigo agrio, el suave hedor de ropas sudadas en las que se ha dormido, y la gasolina. En un momento dado, esa mañana, Dot me miró y entrecerró sus alargados y pesados ojos.

—Tengo dolores —dijo—. Cada dos por tres. Como si no faltara mucho ya. Lo único que puedo decir es que más vale que Gerry mueva el culo y venga pronto.

Después, cerró los ojos y se quedó dormida.

Ed Rafferty, uno de los conductores, llegó con una carga. Tenía exceso de peso y cuando le entregué el impreso rosa, sonrió. Veréis, había dos básculas de camino a la cementera, y si un conductor pasaba temprano por la báscula del estado, antes de que llegasen los funcionarios del estado, la empresa le abonaba la diferencia. Pero no era grava ilegal la que había inclinado el fiel hacia la zona roja. Cuando entré de nuevo en la caseta, observé que el peso había disminuido justo por debajo de la línea roja. Ed arrancó y se fue, sin dejar de reír, y yo pensé que se había apoyado en el brazo de la báscula para aumentar el peso.

—Ese Ed —mascullé—. Me la ha vuelto a jugar.

Pero Dot tenía la mirada perdida más allá de mí, sujetando las agujas de tejer como las lanzas de un picador en una postura amenazadora. No era el tipo de postura a la que conviniera dar la espalda, pero lo hice para así seguir su mirada hasta la puerta, que de pronto se llenó con el cuerpo de un hombre.

Gerry, por supuesto, era Gerry. Él había hecho que aumentara el peso del camión hasta superar la línea roja antes de saltar, con la ligereza y el silencio de un felino a pesar de su corpulencia. No había oído sus pasos. Por lo visto la grava crujía, pero no rodaba bajo sus finas y ajustadas botas.

Era más grande de lo que recordaba, o tal vez simplemente fuera que llevábamos tanto tiempo viviendo en esa caseta de muñecas que cualquier cosa me parecía enorme en comparación. Era tan fornido que tuvo que encoger un hombro y meter la tripa para poder pasar por debajo del dintel al tiempo que apretaba el marco de la puerta con sus dos largas y suaves manos. Eran esas manos lo que yo miraba mientras Gerry ocupaba toda la caseta. Sus rollizos dedos parecían elegantes y artísticos si se comparaban con su rotunda figura. Los movía con gracia. Articulando ágilmente las muñecas, alargó la mano los pocos centímetros que lo separaban de Dot. Después, dobló los dedos meñiques como una dama tomando el té y desarmó a su mujer. Retiró las agujas de las manos de Dot y examinó la diminuta prenda que colgaba debajo como una fruta extraña.

—Muy bonito —dijo, escrutando las minúsculas y regulares puntadas—. ¿Es *pa'l* crío?

Dot asintió con solemnidad y bajó la mirada. Era un momento casi tierno. El silencio se prolongó tanto que me hizo sentir incómoda y de buena gana me habría marchado, si la cadera de Gerry no me hubiera mantenido atrapada en una esquina.

Gerry se quedó allí, alisándose el pelo negro detrás de las orejas. De nuevo había una extraña delicadeza en la manera en que lo hacía. Muchos gestos de Gerry evocaban la forma en que se tocaría una mujer hermosa, desnuda ante el espejo: con amor y consciente de sus atractivos. Luego asintió con la cabeza para darle ánimos.

—Pues vamos allá —dijo Dot.

Con gracia, majestuosos y gigantescos, cruzaron el aparcamiento y, de un modo misterioso, deslizaron sus cuerpos dentro del pequeño coche de Dot. Yo me esperaba que el vehículo se hundiera, pensé que el tubo de escape arrastraría por el suelo. Pero en cambio salieron volando, levantando una enorme polvareda que siguió flotando en el aire mucho tiempo después de que hubieran desaparecido.

Regresé a la caseta en cuanto se disipó el polvo que habían levantado. Me aburría, me aburría mortalmente. Y como lo mismo me daba una cosa que otra, cogí sus agujas y me puse a tejer, al menos lo mejor que podía, tirando del hilo después de cada punto, cada vez más concentrada, hasta que de pronto acabé la prenda, corté la lana y anudé los extremos sueltos en el cuello del pequeño jersey.

Eché de menos a Dot en los días siguientes, días tan parecidos entre sí que se enlazaban uno tras otro sin costura visible, dejándome la mente vacía. Tenía la impresión de vivir en un estado de suspensión y me pasaba el tiempo sentada ante la ventana con la mirada extraviada, sin ver nada hasta que el sol se ponía, magullando el cielo al caer y coagulando mi corazón. Ya no podía poner nombre a nada de lo que sentía, aunque sabía que no era más que una especie de hartazgo. Llevaba viviendo la misma vida demasiado tiempo. En la diminuta caseta hacía saltos de tijera, flexiones

y el pino para combatir el aburrimiento, pero tanta soledad pudre el cerebro. Me preguntaba cómo lo había podido soportar Gerry. A veces sacaba a los conductores de sus camiones y les hablaba muy alto, atropelladamente y sin mucho sentido, como una chiflada. Otras veces no podía articular palabra porque la lengua se me había quedado oxidada y pegada al paladar.

A veces soñaba despierta con Dot y Gerry. Tenía muchos posibles sueños donde elegir, pero el suyo era mi favorito. Me los imaginaba en la alargada, tostada y aguamarina caravana de Dot, pasando hambre. Ladeando la cabeza y con las manos unidas, balaceándose entre ellos como trompas de elefante enroscadas, iban y venían por la cocina comiendo al azar de cajas y bolsas que había en las encimeras, como dos pesados animales abandonados a su suerte en el bosque. Después de alimentarse, se dirigían al dormitorio y se acomodaban sobre la enorme colcha de satén de Dot. Se frotaban, juntaban y separaban sus partes. Hacían que la caravana se sacudiera sobre sus cimientos de hormigón y contrachapado y que los temblores se extendieran, tirando tazas y rompiendo en mil pedazos platos de porcelana en las vitrinas de sus vecinos más establecidos.

Pero ¿qué había de ese niño, suspendido entre ellos dos? ¿Sabría él cómo capear semejantes tormentas tropicales? Habían transcurrido siete días desde la semana en que salía de cuentas, y yo aguardaba la buena nueva de un momento a otro. Estaba ansiosa por saber el resultado, pero así y todo me sorprendí cuando Gerry, con un ruido sordo, se detuvo delante de la caseta conduciendo una enorme antigualla, totalmente oxidada, que inspiraba poca confianza, y que no se parecía a ninguna moto que yo hubiese visto antes.

—Pregunta por ti —masculló—. ¡Rápido, sube!

Monté detrás de él, aunque no me quedaba mucho espacio en el asiento. Busqué dónde aferrarme en su espalda lisa y al final me colgué, o al menos eso parecía, de su grueso cinturón. Como una mosca y pegada a él por la succión del aire, volábamos como una sola persona, levantando una gran polvareda. Los coches se apartaban y las luces parpadeaban en la calle principal. Los peatones se giraban para mirarnos: una trepidante montaña en equilibrio sobre un juguete, en cuya ladera noroeste, pegada, una joven y escuchimizada muchacha aullaba algo que resonaba como un Doppler más allá del puente hasta desvanecerse, al fin, en el aparcamiento del hospital Saint Francis.

En la sala de espera nos sentamos en unas butacas de plástico moldeado naranja. Las delgadas patas se abrieron bajo el peso de Gerry, pero consiguieron soportar aquella carga las cuatro horas que duró la espera. Pasaban las enfermeras, revoloteando como gaviotas entre informes y recetas médicas, mirándonos con una hostilidad contenida. Gerry apenas habló. No hacía falta. Observaba cómo el sudor iba oscureciéndole las costillas y los riñones, pues aquel túnel bien iluminado, la sala

de espera, y el revistero metálico, no eran más que los accesorios y las inevitables particularidades de las instituciones. De vez en cuando Gerry deambulaba de un lado para otro como hacen desde tiempos inmemoriales los presos y los futuros padres. Hacía largas incursiones hasta el cuarto de baño. Toda agilidad y gracia habían desaparecido de sus movimientos, y ya no era más que un pobre tipo, gordo y exhausto, un marido preocupado por su mujer, amenazado y cansado de que lo atraparan.

Las gaviotas aparecieron al fin y se llevaron a Gerry. Estuvo con Dot durante una media hora quizá, y después salió de su habitación. Volvió a sentarse y la silla de plástico gimió bajo su peso. Parecía asombrado, atontado y un poco desconcertado con lo que acababa de ver. Los cristales oscuros de sus gafas le resbalaban una y otra vez por la nariz. A su lado, yo sentía que la onda de choque se extendía desde el epicentro, en el corazón de su carne, hacia una parte de su ser que se había desplazado a lo largo de una fisura. Los temblores formaban círculos concéntricos que iban ampliándose. Cuando alcanzaron la superficie de su persona y Gerry se puso a temblar, se levantó de golpe.

—Voy a por unos puros —dijo, y se alejó a toda prisa.

Apresuró el paso hasta casi echar a correr por el pasillo. Mientras esperaba el ascensor, flexionó sus dedos entumecidos. Dot me había contado que una vez lo había mandado a la tienda a comprar un rollo de papel higiénico. Pasaron ocho meses hasta que volvió a verle el pelo, porque se había topado con la policía local por el camino. De modo que, al verlo flexionar los dedos, comprendí que se estaba planteando enfundarse los guantes de motorista y salir huyendo. Tal vez fuese la primera vez en su vida en que tuviese un motivo para huir.

En ese momento pensé que, al menos, debía hacer saber a Gerry que me parecía muy bien que se marchara, que saliera corriendo lo más rápido y lejos posible ahora mismo. Aunque me sentía pesada, tenía el cuerpo flácido y el humo de los cigarrillos me quemaba los pulmones, me levanté de un salto. Le hice señas desde el otro extremo del pasillo. Él se volvió, se volvió a regañadientes. Miró hacia mí al tiempo que dos agentes de nuestra policía local (los agentes Lovchik y Harriss) abrieron de un empujón la puerta cortafuegos que aislaba la escalera a mi espalda. Yo no los vi, y me sorprendió al principio que mi gesto de la mano provocase en Gerry una reacción tan extrema.

Se le erizó el pelo. Su cuerpo se elevó como un globo de aire caliente que acabara de inflarse. Detrás de él había un inmenso ventanal. Gerry lo abrió y envió la mosquitera volando por el aire con una elegante patada digna de la mejor corista. A continuación, siguió los pasos de la mosquitera, deslizándose de manera increíble por el marco de la ventana al igual que un enorme conejo desapareciendo en su madriguera. Había tres alturas hasta el aparcamiento de cemento y asfalto.

Los agentes Lovchik y Harriss llegaron hasta la ventana. Seguidos por las enfermeras. Yo me escabullí por la salida de incendios y bajé por las escaleras de

atrás hasta el aparcamiento, convencida de que me lo encontraría noqueado y roto en mil pedazos.

Pero Gerry había elegido la ventana con excepcional buena fortuna, ya que los policías habían aparcado su coche justo debajo. Gerry aterrizó encima del asiento del conductor, hundiendo el techo hasta el volante. Rebotó del techo y, a continuación, cojeando y quizá un poco aturdido, montó en su motocicleta. Cumpliendo con su deber, Lovchik disparó varias veces a los árboles inmóviles que había más abajo. Todavía retumbaban las detonaciones cuando llegué al pie del edificio.

Tuve el tiempo justo para ver a Gerry Nanapush, envalentonado por su salto divino y su milagrosa recuperación, haciendo un caballito antes de desaparecer entre los bien recortados setos que enmarcaban la entrada del hospital.

Dos semanas más tarde, Dot y su hijo, al que llamaron al final Jason, como la mayoría de los niños nacidos ese año, volvió al trabajo en las básculas. Todo continuó como antes, pero Jason nos mantenía ocupadas durante las horas interminables. Era grande, por supuesto, y tenía unos fuertes pulmones que usaba a menudo. Cuando lloraba, su cara se llenaba de feroces arrugas infantiles y no había chupete o trapito empapado de azúcar que lo calmara. Dot se bajaba la cremallera de la parka hasta la mitad, se levantaba la camisa y dejaba que mamara durante lo que parecían horas y horas. Nos costaba creer el apetito que tenía. Pero Dot era una eficiente productora de leche. Sus pechos, como unas cámaras de aire demasiado hinchadas, tensaban sus camisas de nailon. A veces, cuando creía que nadie la estaba viendo, Dot se levantaba y los sostenía con los brazos porque se le encorvaban los hombros bajo su peso.

Los camiones llegaban a las horas en punto o a y media. Oía el murmullo de los frenos neumáticos y el chirrido de marchas de la palanca de cambios cambiadas a escasos centímetros de mi cabeza. Se me ocurrió que, aunque yo pesara toneladas todos los días, jamás sabría cuánto pesaba una tonelada a no ser que me cayera encima. Ya no estaba sola ahora que Dot había regresado. La temporada tocaba a su fin y me preguntaba qué habría sido de Gerry.

Solo quedaban unas pocas semanas de trabajo cuando nos enteramos de que lo habían cogido. Había elegido la reserva equivocada para esconderse: Pine Ridge. En aquella época estaba infestada de agentes federales y coches blindados. Había armas escondidas por todas partes y resultaba fácil adquirirlas. Se hizo con una. Dos hombres intentaron arrestarlo. Gerry se negó a acompañarlos, así que cuando echó a correr y comenzó el tiroteo, Gerry mató a un hombre pulcramente afeitado de pelo negro y ojos claros, un agente federal, un hombre cuya fotografía salió en todos los periódicos.

Enviaron a Gerry al penal de Marion, en Illinois. Lo encerraron en el módulo de máxima seguridad. Recibe a sus visitas en una habitación donde no está permitido el contacto físico, donde la voz se transmite por medio de un teléfono, las miradas se

intercambian a través de unas hojas de plexiglás y jamás se engendrará niño alguno.

Dot y yo seguimos trabajando juntas las últimas semanas. Una vez pesamos a Jason. Desabrochamos su pequeño traje de punto, tan compacto como una armadura, y lo envolvimos en una ligera toquilla de ganchillo. Dot entró en la caseta para ajustar las pesas. Yo me quedé con Jason. Era un niño tan robusto que parecía plomo en mis brazos. Lo deposité en la rampa entre las marcas para ruedas y lo sujeté firmemente durante un momento, antes de apartar las manos lentamente. Miró con calma el lejano y encapotado cielo. No pestañeó cuando el viento se levantó desde todas partes, envolviéndonos con fuerza suficiente como para extraer hasta el último suspiro de una piedra. Estaba tan rebosante de vida, una poderosa destilación de Dot y Gerry, que parecía que podía pesar lo mismo que cualquier camión. Pero eso no era más que una impresión, por supuesto. Pues al final resultó que era demasiado ligero para que la báscula registrara nada.

El mejor pescador del mundo

I

La víspera del domingo de Pascua, June Kashpaw recorría la atestada calle principal de Williston, un pueblo petrolero de Dakota del Norte en plena expansión, matando el tiempo hasta que llegara el autobús de las doce que la llevaría a casa. Era una mujer chippewa de largas piernas que había envejecido mal en todo salvo en su manera de moverse. Fue sin duda su forma de caminar, ágil como la de una muchacha de piernas delgadas y firmes, lo que atrajo la atención del hombre que la llamó golpeando la ventana del bar Rigger. A ella esa cara le resultaba familiar, como le resultaban familiares tantas personas. Había visto pasar a muchos. El hombre dobló el brazo, invitándola a entrar, y ella obedeció sin vacilar, pensando sencillamente que podría tomarse un par de tragos con él antes de ir a buscar su equipaje para coger el autobús. Al menos deseaba comprobar si de verdad lo conocía. Incluso a través del empañado cristal, podía ver que no era tan mayor y que llevaba el pecho acolchado con un caro anorak.

En la barra había cajas de huevos de colores; cada uno de ellos brillaba como una joya en su envoltorio de celofán. Cuando ella entró por la puerta, el tipo estaba pelando uno, azul celeste como el de los huevos de los petirrojos, que sujetaba en la palma de una mano mientras desprendía la cáscara con el dedo pulgar. Aunque el día estaba nublado, la nieve reflejaba tanta luz que se quedó cegada durante un momento. Era como sumergirse bajo el agua. Avanzó directa hacia ese huevo azul en aquella mano blanca, un faro en el aire turbio.

Él le pidió una cerveza, una Blue Ribbon, afirmando que se merecía un premio por ser lo mejor que había visto en muchos días. Le peló un huevo, uno rosa, diciéndole que iba a juego con su jersey de cuello vuelto. Ella repuso que no era un jersey de cuello vuelto. Que esas prendas se llamaban camisetas térmicas^[3]. Él respondió que con mucho gusto la pelaría a ella también, si ella quisiera, y después sonrió al camarero y le ofreció el huevo a la mujer.

Al llegar de la calle, la mano de June estaba más fría que el huevo, de modo que tuvo que sostenerlo entre sus dedos un minuto para que no lo notara cálido y gomoso. Al comerlo, se dio cuenta de lo hambrienta que estaba. Se había gastado en el billete de autobús lo que le quedaba del dinero que le había dado el hombre anterior a este. No recordaba con exactitud cuándo había comido por última vez. Él pareció impresionado cuando ella acabó el huevo, y le peló otro idéntico. Ella se comió el

huevo. Y luego otro. El camarero la miraba. Ella se encogió de hombros y, con un golpecito, sacó un largo cigarrillo mentolado de una tabaquera de plástico blanco con sus iniciales grabadas en letras doradas. Dio una calada y luego se inclinó hacia su acompañante por encima de las cáscaras rotas.

—¿Qué pasa? —dijo sin entusiasmo—. ¿Dónde está la fiesta?

Para el viaje en autobús, llevaba el pelo cuidadosamente peinado con laca, y sus ojos, en unas cuencas de sombras azul marino, estaban muy atentos. Estaba tomando una decisión.

—No tengo mucho tiempo hasta que salga mi autobús... —añadió.

—¡Olvídate del autobús! —Se levantó y la cogió por el brazo—. Vamos a divertirnos. ¿Me oyes? ¿Quién nos lo va a impedir? ¡Nos lo vamos a pasar en grande!

Ella no pudo evitar advertir, cuando él pagó, que llevaba un buen fajo de billetes atados con una goma roma, como esas que sujetan los plátanos en los supermercados. Ese fajo ayudaba. Pero lo más importante era que tenía un presentimiento. Los huevos traían suerte. Y él mostraba una lentitud bonachona que parecía diferente. Quizá este fuera diferente, pensó. El billete de autobús seguiría teniendo validez, tal vez para siempre. No la estaban esperando en su casa, allá en la reserva. Ni siquiera tenía allí un hombre, salvo aquel del que se había divorciado. Gordie. Si algún día estuviese desesperada, él le enviaría dinero a pesar de todo. Así que acompañó a otro bar al hombre del anorak. Bajaron la calle en su camioneta Silverado. Era ingeniero de perforaciones. Ella no le dijo que había conocido a muchos ingenieros de perforaciones antes, tampoco le contó la historia de uno al que lo había matado una manguera de presión. La manguera había surgido del subsuelo, atravesándole el estómago.

El recuerdo de esa muerte, aunque apenas había conocido al fallecido, siempre le producía un nudo seco y angustioso en la garganta. Era por la manguera, creía, surgiendo sinuosamente como una serpiente desde su nido invisible; la idea de esa manguera atacando como un ser vivo resultaba aterradora. Había oído decir que le había vaciado las entrañas de un solo golpe. Y eso también le causaba dolor de garganta, aunque hubiera escuchado historias peores. Era ese instante, ese preciso momento en el que uno se daba cuenta de que estaba totalmente vacío. Él debió de sentirlo. A veces, cuando estaba sola en la oscuridad de su habitación, pensaba que sabía cómo debía de ser.

Más tarde, mientras la oscuridad los iba envolviendo en un ruidoso bar, ella cerró los ojos durante un momento entre el humo y vio surgir esa manguera de pronto a través de la tierra negra con su aliento letal.

—Aaaah —exclamó, sorprendida, casi dolorida—. Tienes que serlo.

—¿Tengo que ser qué, cielo?

Le ciñó con más fuerza los delgados hombros. Estaban sentados en un banco corrido junto a otras personas mientras se tomaban unas Angel Wings. La boca de la

mujer, ahora con la pintura de labios corrida, se acercó con brusquedad a los labios de él.

—Tienes que ser diferente —dijo con un suspiro.

Fue un poco más tarde cuando se sintió tan vulnerable. Mientras se dirigía a los servicios, tuvo miedo de tropezar con algo porque su piel estaba dura y quebradiza como la cáscara de esos huevos y ella sabía que era posible, en esas condiciones, romperse en pedazos al menor roce. Se encerró en el aseo y recordó la mano de él, apartando con el pulgar la piel transparente y la cáscara azul. La ropa picaba. La camiseta rosa estaba empapada de sudor y le subía demasiado en las axilas, pero no podía quitarse la chaqueta de vinilo blanco, que le había regalado su hijo Delmar, porque la camiseta rosa tenía un roto en el estómago. Pero mientras estaba sentada ahí, ocurrió algo. De pronto tuvo la sensación de deslizarse fuera de sus ropas y su piel sin la ayuda de nadie. Todavía permanecía sentada, se inclinó hacia delante y apoyó la frente en la tapa del dispensador de papel higiénico. Sentía que por debajo de todo eso, su cuerpo estaba limpio y desnudo: solo las capas de piel estaban duras y viejas. Aunque el tipo no fuera diferente, ella saldría adelante una vez más.

Se le escapó el bolso de su mano y el contenido se desparramó. Se enderezó en el asiento. El picaporte cayó del bolso abierto y rodó por el suelo debajo de la taza. Tenía que llevarse con ella el picaporte cada vez que abandonaba su habitación. No había otra forma de cerrar la desvencijada puerta. Recogió el picaporte y lo sujetó por la vara metálica. La empuñadura redonda era de porcelana, suave y blanca. Dura como una piedra. Lo guardó en el bolsillo y, sin soltarlo, regresó a la mesa entre la multitud. Su habitación estaba cerrada. Y ahora ella estaba preparada para él.

Fue un alivio cuando al fin se detuvieron, muy lejos del pueblo, en una carretera secundaria. Ella dejó que él se peleara con su ropa, pero resultó ser tan torpe que tuvo que ayudarlo. Se subió la camiseta enrollándola con cuidado, ocultando el roto, y arqueó la espalda para que él pudiera quitarle los pantalones. Estaban hechos de un tejido elástico que crepitaba con electricidad estática y soltó pequeñas chispas azuladas cuando él se los bajó hasta los tobillos. El hombre se magulló la mano con los mandos de la calefacción. Ella notó cómo la rejilla se abría junto a su hombro, como una gran mandíbula, despidiendo aire caliente, y tuvo la breve y voluptuosa sensación de encontrarse tumbada ante una enorme boca abierta. El aliento le recorrió el cuello, erizándole los pezones. Después, su anorak se abalanzó sobre ella, tan resbaladizo y mullido que parecía como si la estuviese frotando una enorme lengua. No encontró dónde sujetarse. Y sintió que se resbalaba por el liso asiento de plástico, deslizándose más y más, hasta que la coronilla de su cabeza fue a toparse con la puerta del conductor.

—Ay, Dios —gemía el hombre—. Ay Dios, ay Dios mío, qué placer.

No estaba haciendo nada, tan solo movía las caderas encima de ella, hasta que al

fin dejó caer la cabeza de golpe.

—Oye —dijo ella, sacudiéndolo—. ¿Andy?

Lo zarandeó con más fuerza. No se movió ni se alteró el ritmo de su profunda respiración. Comprendió que no había forma de despertarlo, de modo que se quedó quieta bajo el peso de su cuerpo. Permaneció inmóvil hasta que se sintió frágil otra vez. Su propia piel le resultaba sedosa y extraña. Así supo que si permanecía tumbada allí más tiempo, se resquebraría de los pies a la cabeza, no en un solo punto, sino en multitud de fragmentos que él aplastaría al moverse en sueños. Pensó en recomponerse por completo. Dobló un brazo por encima de la cabeza y apoyó el codo lentamente en el picaporte hasta soltarlo. La puerta se abrió de golpe.

June estaba tan apretada contra la puerta que, en cuanto cedió, ella cayó fuera. Sobre el frío. Fue toda una conmoción, como la de un recién nacido. Pero de algún modo aterrizó con los pantalones medio subidos, como si hubiera tirado de ellos en el aire durante la caída, y después se abrochó rápidamente el sujetador, se ajustó la camiseta y alargó la mano dentro de la camioneta. Sin necesidad de buscar a tientas, encontró enseguida su chaquetón y su bolso. Así las cosas, no tenía claro si estaba más borracha o más sobria de lo que había estado nunca en su vida. El hombre ni se movió ni alteró su respiración. Ella dejó la puerta abierta. La calefacción, regulada a una temperatura constante, bostezó a sus espaldas con un sonido ronco y lo siguió oyendo en la carretera, o eso le pareció, durante casi un kilómetro. Después ya no oyó nada más que el sonido de sus propias botas pisando la escarcha. Se concentró en sus pies, para que pisaran estrictamente los surcos aplastados de las ruedas en la calzada.

Había caminado lo suficiente como para vislumbrar el apagado resplandor anaranjado, la bóveda de nubes bajas e iluminadas sobre Williston, cuando tomó la decisión de irse a casa caminando en lugar de volver allí. Soplaba un viento suave y húmedo. El *chinook*, pensó. Abandonó la carretera hacia la derecha y subió por una acumulación de nieve hasta pasar por encima de una valla paranieves, y se puso a elegir el camino campo a través entre matas de hierba seca y costras de praderas heladas. Sus botas eran muy finas. Por eso procuraba pisar tierra seca cuando podía y evitaba el barro y los terraplenes grises y enfangados. Era exactamente como volver de la casa de alguna amiga o de un baile tradicional en el pueblo, de un paseo en carreta quizá, balanceando el bolso mientras atravesaba el amplio campo, pisando con cuidado para no mojarse los pies.

Ni siquiera cuando comenzó a nevar perdió su sentido de la orientación. Se le entumecieron los pies, pero no le preocupaba la distancia. Los fuertes vientos no podrían desviarla de su camino. Siguió avanzando. Ni siquiera cuando se le contrajo el corazón y la piel se le agrietó de frío le importó, porque la parte pura y desnuda de ella siguió adelante.

La nieve caía esa Semana Santa con más fuerza que en los últimos cuarenta años, pero June caminó por encima como si fuese agua y regresó a casa.

II

—Desde luego que era guapa —afirmaba Aurelia con las manos hundidas en una fuente llena de ensalada de patata.

—Algunas personas utilizan cucharas para remover. —La tía Zelda sacó un pesado cucharón metálico del cajón. Frunció los labios como si fuera el cierre de un monedero—. Yo solo decía que las había pasado canutas en la vida y que tenía magulladuras...

—Qué va. No la llegaste a ver.

Aurelia, una mujer entrada en carnes y de buen ver, apartó el cucharón de Zelda con la mano manchada.

—De hecho, ¿acaso la llegó a ver alguien? Nadie la vio. Nadie sabe a ciencia cierta lo que pasó, entonces ¿para qué hablar de magulladuras ni nada...? Nadie la vio.

—Bueno, yo he oído —continuó Zelda—, he oído que estaba con un hombre y que él la dejó tirada.

—Tú no has oído nada —le cortó Aurelia—. No te creas nada que no hayas visto con tus propios ojos. June había hecho el equipaje. Se disponía a volver a casa. Encontraron sus maletas cuando tiraron abajo la puerta de su habitación. Se marchó sin más ni más porque... —Aurelia vaciló y luego su voz se afianzó—: Después de todo, ¿qué le estaba esperando a la vuelta? ¡Nada!

—¡Nada! —repitió Zelda—. ¡Nada! —Hinchó las mejillas con gesto concentrado, mientras pinchaba y daba pequeños golpes en los bordes de las tartas. Eran de ruibarbo, guillomo, manzana y grosella, frutas que habían recogido y conservado diferentes tías Kashpaw—. Supongo que te habrás lavado las manos antes de meterlas en esa ensalada —le dijo a Aurelia.

Aurelia torció el gesto en dos medialunas de paciente exasperación.

—Mira, Zelda —dijo—. La hija de Patsy se va a ir a casa y le contará a su madre que me sigues tratando como a tu hermanita pequeña.

—Bueno, lo eres, ¿no? Eso no puede cambiarse.

Le di a Aurelia los encurtidos, troceados en pequeños dados. Llevaba toda la mañana siguiendo sus instrucciones. En esa casa, que no había pisado en muchos años, no estaba segura de cuál era mi lugar. Era lo bastante mayor como para permanecer junto a mis tías, pero todavía no tenía hijos ni marido, así que tuve la extraña sensación de que me consideraban parte de los pequeños. Había sentido al mismo tiempo la mansedumbre del extranjero y el bienestar de hallarme entre los míos. Mi madre no llegaría hasta unos días más tarde y ya echaba de menos la seguridad que me proporcionaba que ella hablara por mí.

—¿Dónde están esos huevos duros? —preguntó Aurelia, no a mí sino a Zelda.

—Me imagino que los habrás puesto a enfriar demasiado despacio y las yemas se

estarán poniendo verdes —dejó caer Zelda en tono de reproche—. Si los hubieras dejado bajo un chorro de agua fría nada más hervirlos, ahora el interior estaría perfecto.

—Ya, ¡pero es que así se pelan muy mal! Por eso dejo que se enfríen despacio. Pero ¿dónde habrán ido a parar?

—La cáscara sale sola... —insistió Zelda.

—Los has metido en la leñera —dije.

Aurelia había guardado los huevos en la leñera donde nadie los tocaría a esas alturas de junio. La mayoría de tíos, tías y niños había ido en coche a Spirit Lake para pescar y acampar. Habían salido por la mañana en camionetas cargadas hasta los topes para estar al aire libre con sacos de dormir, neveras portátiles llenas y cajas de anzuelos y aparejos de pesca. Iban a pasar la noche de acampada mientras nosotras preparábamos la cena del día siguiente.

—June tenía a sus críos y a Gordie —terminó por recordar Zelda—. Por no hablar de su último nieto, el pequeño Delmar. Y salta a la vista que Gordie la adoraba, solo que ahora lo ahoga en alcohol. Se pasa el tiempo metido en casa de Eli a ver si Eli lo acompaña con un trago. La verdad, después de cómo lo trató June, no sé por qué él no dejó que ella se echara a perder.

—Bueno, la única manera que tenía de echarse más a perder era muriéndose —observó Aurelia.

Lo más curioso y que me llamaba siempre la atención de mis tías (la piadosa Zelda, con su cuidada permanente y el rostro picado y grisáceo, y Aurelia, con su coleta de pelo liso negro azuleado, sus pómulos redondos, sus vaqueros ajustados y su camisa de rodeo con flecos) era que cuanto más diferente era su comportamiento más se parecían en lo fundamental. Eran como mi madre a la hora de mostrar profundas convicciones. Defendían sus creencias con tal ímpetu que llegó un momento en que ya casi no importaba el significado de esas creencias; todas se fundían en una sola terquedad.

Después del comentario de Aurelia, Zelda dejó de discutir sobre June para centrarse en mí.

—Y bien, mi pequeña Patsy. ¿Quién es ese hombre con el que, según he oído, te vas a casar? —Sus pulgares planos y grises se perseguían en círculo sin cesar, dejando tras de sí perfectos y aplanados festones—. Desde luego te has tomado tu tiempo. Al final va a resultar que eres tan quisquillosa como yo.

Aurelia soltó un gruñido, pero contuvo cualquier comentario, que sin duda habría aludido al primer y desastroso matrimonio de Zelda con un granjero sueco.

—Patsy conoció a su prometido en la universidad —respondió Aurelia por mí—. Es un muchacho indio realmente muy apuesto. He visto una foto suya.

—Es un adulto —precisé—. Fue profesor mío.

—Vaya —exclamó Zelda con alegría—. Igual que tu madre, solo que ella se casó con su profesor de instituto. ¿No es increíble?

Se detuvo con las manos en el aire, como paralizada por la coincidencia.

—Supongo que ahora le vas a enseñar un par de cosillas —me dijo Aurelia, no en broma sino que muy en serio—. No se lo digas a tu padre, pero aprendió un montón de cosas de la vida con tu madre.

Señalé que estaba de acuerdo con eso, y con lo contrario también.

—Bueno, con lo contrario no tanto —objetó Zelda.

Después preguntó si mi novio iba a misa. Yo le expliqué que había nacido católico, y ella se quedó satisfecha al menos de momento.

—Entonces siempre lo será —afirmó—, lo sepa él o no. Lo mismo que tú eres una Kashpaw. —Movi6 la cabeza hacia mí en un gesto de advertencia.

—Patsy sabe que es una Kashpaw —dijo Aurelia—. Si no, ¿qué estaría haciendo aquí?

Al ver los huevos que yo había pelado, Zelda se olvidó de mi novio y levantó uno entre dos dedos para mostrar la capa verdosa que envolvía las yemas. Aurelia se molestó. Las dos mujeres seguían con su rifirrafe sobre el arte de hervir huevos cuando Delmar y Lynette llegaron en su flamante coche con Delmar Junior en el asiento delantero y el abuelo y la abuela Kashpaw en los asientos traseros.

—Ahí está esa chica blanca —espetó Zelda asomando la cabeza por la ventana.

—¡Oh, por el amor de Dios! —gruñó de nuevo Aurelia—. ¿Y qué hay de tu suequito?

—He aprendido la lección. —Zelda limpió con decisión los bordes de la fuente de Aurelia.

—Ay, Zelda... —murmuró con tristeza y emoción la tía más joven.

No llegó a terminar la oración, pero ese inicio ya fue suficiente. Escocida por el menor asomo de lástima, Zelda se puso tensa y se marchó.

Primero aparecieron los calcetines tobilleros con puntilla y los zapatos de enfermera de la abuela Kashpaw, después la melena corta plateada de estilo paje. Y por último, el resto de su cuerpo se deslizó por la puerta, envuelto en metros de florecillas malvas. Cuando yo era pequeña, me parecía que ella tenía el mismo tamaño que los monumentos del parque. Pero cada vez que la veía ahora, me daba cuenta de que no era tan grande, sino que su silueta resultaba maciza y envejecida como una escultura tallada en la roca. Nunca había cambiado mucho, al menos no tanto como el abuelo Kashpaw; desde que me había marchado fuera a estudiar, se había convertido en un anciano. Los años habían caído sobre él de golpe, como una tormenta en otoño, arrancando las hojas ocreas en una sola noche, y ahora el invierno (profundo y silencioso) flotaba sobre él. Mientras la abuela se sacudía el vestido y sacaba paquetes del maletero, el abuelo esperaba sentado en el coche sin moverse. No se había dado cuenta de que se habían detenido.

—¿Por qué no le dices que nos hemos parado? —le pidió la abuela a Lynette.

Lynette estaba cambiando el pañal de Delmar Junior en el asiento trasero. Solía

utilizar pañales desechables con cintas adhesivas en su casa de Minneapolis, pero desde que estaba aquí Zelda la había recriminado para que usara pañales lavables de tela con imperdibles. El bebé se retorció y forcejeaba, callado y alegre. Él también se hallaba en una especie de invierno, como el abuelo, solo que el de Delmar Junior era el nuevo y tranquilo invierno de la gestación, en el que la vida se va formando y se prepara para el encuentro con el mundo.

—¿Has oído? —Delmar el Grande, ya fuera del coche mientras examinaba nervioso los neumáticos, asomó de nuevo la cabeza por la ventanilla del conductor—. Te está llamando. La madre de mi padre. Te acaba de decir que hagas algo.

Manchado e hinchado, el rostro de Lynette floreció por encima del volante. Era una rubia de bote con las raíces tan negras como el alquitrán.

—Sí, la he oído —susurró con los imperdibles entre los dientes—. Díselo tú.

Levantó al bebé de una sacudida sujetándole los tobillos entre los dedos y colocó el triángulo de tela bajo sus nalgas.

—La abuela te ha dicho que se lo digas.

Delmar se asomó un poco más en el vehículo. Tenía las largas y delgadas piernas de su madre y yo recordé de pronto, al verlo inclinado dentro del coche, cómo se había inclinado así June también. Yo me hallaba detrás de ella, que había empujado un barco de remo en una playa de guijarros de algún lago que habíamos ido a visitar juntas. Subí de un salto al bote con ella. Por entonces ya tenía dos hijos, pero todavía ninguna hija, por lo que me consentía mucho y me lo contaba todo, creyendo que no lo entendía, por la necesidad de contárselo a alguien, supongo. Me contó cosas que solo contarías a otra mujer, ya adulta, y yo la adoraba con locura por aquellas confidencias de adultos, por sus volutas de humo azulado, por su figura delgada, recia y radiante. La había adorado hasta tal punto que me contaba todo lo que necesitaba contar. Y era verdad: yo no entendía las palabras entonces. Pero ella no había reparado en mi memoria. Esas palabras permanecieron conmigo.

Incluso ahora, Delmar decía algo a Lynette con un deje tan extraño y onírico que casi me pareció oír la voz de ella.

June había dicho: «Empleó la palma de la mano. Me golpeó a base de bien».

Y ahora Delmar decía:

—La palma de la mano..., pero a base de bien...

Lynette salió del coche, quitó el pañal y los imperdibles, apoyó el niño con el trasero desnudo en la cadera, y yo era incapaz de decir lo que había pasado.

El abuelo no advirtió nada, fuese lo que fuese. Se volvió hacia la puerta abierta y miró fijamente a su casa.

—Esto me recuerda algo —dijo.

—Bueno, debería. ¡Es tu casa!

Zelda le cogió ambas manos por la puerta contraria y tiró de él. Lynette huyó de todos nosotros mientras la bolsa con los pañales salía volando.

—¡Además está aquí tu nieta! —Zelda chilló con cuidado a la cara del abuelo—.

La hija de Patsy. Ha venido hasta aquí para vernos antes de casarse.

—Patsy... La segunda... Nació el catorce de abril de mil novecientos treinta y ocho...

—No, papá. Esta es la hija de Patsy. Tu nieta.

Pero desde su desvarío retenía fechas, números y cifras, y no la monótona complejidad de su prole, que proliferaba más allá de los números hasta la eternidad. Me cogió la mano y avanzó, confiando en mí, fuera quien fuera.

Había traído aquí a la abuela Vitaline, a la primera parcela, en 1929. Juntos habían criado a seis hijos nacidos de su unión más otros cuatro nacidos entre los vecinos, alimentándolos a todos durante la Gran Depresión con los frutos del mayor huerto de la reserva. Detrás de la casa todavía se extendía un pequeño resto de ruibarbo, que desplegaba aún sus hojas venenosas de los tallos rojizos. Me dirigí allí con el abuelo del brazo. Tenía que familiarizarse de nuevo con el lugar cada vez que la abuela y él venían desde la residencia. El tío Gordie vivía ahora en estas tierras, y solo conservaba el ruibarbo de aquella primera huerta. Recordaba cuando yo mojaba los tallos en un tazón de azúcar y me los comía en las largas y calurosas tardes. Más allá del descuidado jardín lleno de rastros, se abría una amplia zanja de trigo que descendía serpenteando por la colina, se enroscaba un momento alrededor de una ciénaga de un verde intenso hasta darse de bruces con una herradura de abedules y álamos trémulos. Todo aquello eran tierras del abuelo, que ahora habían sido alquiladas a un granjero que cultivaba trigo.

El abuelo había nacido en una cabaña de corteza en las islas Apostle en el lago Superior. Se crio deambulando de una reserva a otra a lo largo de las estaciones, hasta que los misioneros o los inspectores del absentismo escolar lo enviaron a las escuelas del gobierno. Era el hermano gemelo del tío Eli, que nunca fue a esas escuelas sino que se quedó en casa y aprendió de los bosques. La mente de Eli se había tornado muy hogareña estos días, como la de la abuela, pero la mente del abuelo se había vuelto recelosa y salvaje. A veces yo tenía la impresión de que sus pensamientos nadaban entre nosotros, escondiéndose bajo las piedras, desapareciendo entre las malas hierbas, y yo intentaba pescarlos, agitando mis palabras como si fueran cebos y anzuelos.

«¿Te acuerdas de esto...? ¿Te acuerdas de lo otro...? ¿Cómo era...? ¿Las antiguas escuelas...? ¿Washington...? ¿El lago Leech?».

Esquivos y repletos de historia, se escurrían con un aleteo y desaparecían. Con el mismo color que el agua. El abuelo sacudía la cabeza, recordando fechas sin ningún acontecimiento que las acompañara, nombres sin rostros, sucesos fuera del tiempo y el lugar donde habían acaecido. Había momentos en los que yo casi envidiaba su invierno, pues su pérdida de memoria lo protegía, lo absolvía del pasado, dejándolo vivir tranquilo sin sentimiento de culpa o desolación. Cuando pensaba en June, por ejemplo, era joven. Le daba de comer ciruelas silvestres. Ella siempre sería así para

él. Delmar Junior, su bisnieto, era feliz porque todavía no había adquirido una memoria. La felicidad del abuelo residía en haber perdido la suya. Me sentí más a gusto con el abuelo que con nadie durante esta visita. Puesto que su mente había sido absorbida por el mundo que lo rodeaba y yo solo formaba parte de su hábitat, como un mueble, un elemento del paisaje, no tenía que defenderme ante él, ni siquiera hablar.

—A él le gusta esa silla de jardín destartada —vociferaba ahora la abuela, al vernos juntos—. Deja que se siente ahí un rato.

Tiré de la estructura de aluminio y plástico raído hasta darle forma de silla y él se acomodó en ella, mientras contaba algo entre dientes. Nubes. Árboles. Todas las briznas de hierba.

En casa, la abuela quitaba el envoltorio al caro jamón comprado en el supermercado. Le dio unas palmadas con amor antes de introducirlo en el horno y cerrar la puerta con cuidado para no interrumpir su descanso.

—No está acostumbrada a comprar esa cantidad de carne —explicó Zelda—. ¿Te acuerdas de que antiguamente recurriamos al trueque para conseguir carne?

—O matábamos a nuestros animales —dijo Aurelia al tiempo que lanzaba una bocanada de humo gris de un Winston por encima de la mesa.

—¡Puaj! —exclamó Zelda—. Pon la tapa en la mantequilla. —Y agitó la mano delante de su nariz—. ¿Sabes, mamá?, apuesto a que te dan ganas de que todo sea como antaño. Con todos los críos otra vez en la cocina.

—Uy, yo jamás he tenido problemas con los críos. —La abuela se limpió cada dedo en un paño de cocina—. Salvo de vez en cuando.

—¿Salvo cuándo? —preguntó Aurelia.

—Pues, a ver... —La abuela se sentó en un taburete alto mientras apartaba con un gesto de la mano la silla más sólida de Zelda. A la abuela le gustaba encaramarse en ese taburete como un oráculo en un trípode—. Como aquella vez cuando alguien intentó colgar a su prima pequeña —declaró antes de callarse de golpe.

Las hermanas le dirigieron unas rápidas e incrédulas miradas. Ambas permanecieron en un obstinado silencio, sin que ninguna estuviera dispuesta a echarle una mano y contar la historia que yo conocía acerca de June. Yo había oído reír a June y a mi madre, acusándose mutuamente del ahorcamiento, cuando todavía era una anécdota de la infancia y no el detonante personal de sus culpas particulares. Las tías me miraron, preguntándose si yo estaría al tanto de la historia, pero ninguna abriría la boca para averiguarlo, de modo que yo misma les dije que se lo había oído contar a June en persona.

—Eso es —saltó Aurelia—. June lo contó ella misma. Si a ella le molestó que la colgasen, ¡pues nunca lo demostró!

—¡Ah! —dijo Zelda—. ¿Que si la molestó? Estabais jugando a los vaqueros. La habíais subido a una caja con una cuerda enganchada en una rama y atada a su cuello, todo muy real. ¡Que si la molestó! ¡Tuve que salvarla yo misma!

—Ya lo sé —admitió Aurelia con un mohín de consternación—. Lo habíamos visto en las películas. Los niños las imitan, ¿sabes? Después de aquello nos hicimos tristemente famosos, Gordie y yo. ¿Te acuerdas, Zelda? ¡Cómo entraste en casa chillando para buscar a mamá!

—¡Mamá! ¡Mamá! —cantó a la tirolesa la abuela imitando a su hija—. ¡Están colgando a June!

—Saliste a todo correr, mamá. —Zelda se vio arrastrada por la historia—. Yo no sabía que podías correr tan rápido.

—Le habíamos puesto la soga alrededor del cuello y la habíamos enganchado en el árbol, y la pobre June no dejaba de gritar del miedo que tenía. Pero jamás lo habríamos hecho.

—¡Sí! —sostuvo Zelda—. ¡Teníais intención de hacerlo!

—Anda que os di una buena tunda a los dos —recordó la abuela—. Aurelia, a Gordie y a ti, a los dos. ¡Tuve que daros una buena tunda!

—Después te llevaste a la pequeña June a casa... —Zelda se vino abajo de repente.

Aurelia se llevó las manos a la cara. Y, detrás de los dedos, soltó un sonido con la garganta semejante a un palo que se quiebra.

—Ay, mamá, podríamos haberla matado...

Zelda se aplastó el puño en los labios.

—Pero entonces entró en casa. Le limpiaste la cara —recordó Aurelia—. Esa June. Nos espetó: «¡No tuve nada de miedo! ¡Malditos huevos podridos, al infierno con vosotros!».

Y entonces Aurelia dejó escapar una risita nerviosa detrás de las manos. Zelda pegó un puñetazo sobre la mesa con sorprendente fuerza.

—¡Huevos podridos! —dijo Zelda.

—Y tuviste que darle una buena tunda a ella también... —gorjeó Aurelia mientras se secaba los ojos.

—Por decir palabrotas —dijo la abuela a punto de perder el equilibrio.

—Entonces se puso todavía más furiosa —intervine.

—¡Y tanto! —Ahora la abuela levantaba la barbilla para contener la risa—. Me llamó maldita gallina vieja. ¡Allí mismo! ¡Una maldita gallina vieja por darle un azote!

Entonces se echaron a reír a carcajadas, enjugándose las lágrimas en los delantales y las mangas de sus camisas, sin dejar de hacer aspavientos.

—¡Patsy! Tu madre lloró de compasión por June. Y luego también se puso furiosa y le gritó. Llamó a June...

—¿Qué le gritó? —pregunté a la abuela—. Nunca me ha contado esa parte.

—Algo feo... —La abuela hizo un esfuerzo por recordar—. No sé de dónde se había sacado esa palabra tan horrible.

Fuera, el motor de Delmar se embolsó con grandilocuencia y comenzó a oírse un

hilo de música.

—Tiene un radiocasete en ese coche —explicó Zelda, mientras se daba palmadas en el corazón y el pelo para recomponerse—. Supongo que eso tuvo que costar un dinero extra.

El coche se alejó, las ruedas chirriaron en la grava y la toba. Después, todo fue silencio otra vez. Las tías resoplaron, sacaron unos pañuelos de papel de sus mangas, se miraron pensativas y dieron por terminada la historia.

—Supongo que han ido a buscar a Gordie —pensó Zelda en voz alta—. ¿Está en casa de Eli? Eso queda allí perdido en medio del monte.

—Quería llevar a su tío abuelo a dar una vuelta en su nuevo coche —explicó la abuela con un tono comedido y cómplice.

—Eli no se va a montar.

Aurelia encendió un cigarrillo. Cabeceaba de delante hacia atrás en medio de bufandas de humo. Por una vez la cabeza de Zelda también osciló mostrando su conformidad, y a continuación también la de la abuela. Se levantó, apoyando sus mullidos y anchos brazos sobre la mesa.

—¿Y por qué no? —Tenía que saberlo—. ¿Por qué no se iba a montar Eli en ese coche?

—Patsy no sabe lo del seguro —dijo Aurelia señalándome con la barbilla.

Entonces Zelda se volvió hacia mí y me habló con voz baja, melindrosa y explicativa:

—Verás, el corazón de June se detuvo. Le hicieron la autopsia y eso descubrieron. Entonces se cobró el dinero del seguro y todo ese dinero fue a parar a manos de Delmar. Porque es el mayor. Con una parte de lo del seguro, Delmar le compró una gran lápida rosa, que depositó en la colina. Mamá, ¿iremos allí arriba a verla? Todavía no he visto esa lápida.

La abuela estaba en los fogones, inclinada con dificultad para comprobar la cocción del jamón y nos ignoró.

—Hace muy poco se compró este nuevo coche —prosiguió Zelda— con el resto de ese dinero. Tiene un radiocasete y viene completamente equipado. A Eli no le gusta, o eso he oído. Ese coche le recuerda a su sobrina. Ya sabes que Eli crió a June como si fuera su propia hija cuando murió su madre.

—Delmar se quedó con ese maldito dinero —repuso la abuela de repente con voz clara—, no porque fuera el mayor. June le había nombrado heredero porque era el que más se parecía a ella.

De modo que el seguro explicaba lo del coche. Más aún, explica por qué mis tíos y mis tías trataban ese coche con tanto mimo. Yo había pensado que se debía a que era un nuevo y carísimo Firebird. Aun así, nadie parecía tan orgulloso de él salvo Delmar y Lynette. Nadie se apoyaba en el elegante guardabarros, ni ponía los codos en el techo, ni seguía con el dedo los diminutos y resplandecientes pájaros, ni dejaban

los platos de cartón en la capota. Nadie quería escuchar siquiera las cintas de música de Delmar. Era como si el coche estuviese conectado a algo. Como si fuese a soltar alguna descarga si se le tocaba. Acariciaban los acabados en cromado brillante o daban suaves golpecitos con los pies en los tapacubos. Se negaban a montarse, aunque Delmar los apremiara a que experimentasen lo rápido y suave que iba.

—Bueno, ¿y dónde están? —preguntó Zelda—. ¿De parranda?

La abuela dormitaba en la habitación contigua y Aurelia había sacado la última tarta del horno. La secadora amarilla de Gordie, comprada en Sear's, seguía resoplando en el cuarto añadido a la casa, que albergaba el aseo, la lavandería y el fregadero de la cocina. Las cañerías, solo de dos años de antigüedad, colgaban a un lado de la casa. Las partes superiores de la lavadora y la secadora estaban cubiertas con toallas limpias y se habían colocado encima todas las tartas para que se enfriaran dejando la masa curruscante.

—Esa blanca —dijo Zelda— parece una camionera. Menos mal que tú eres delgada, Patsy. No va a conservar a Delmar a su lado mucho tiempo.

—¡Por Dios, Zelda! —Aurelia llegó de la habitación contigua—. ¿Por qué no puedes dejar las cosas como están? De acuerdo, es blanca. ¿Y qué hay del sueco? ¿Y cómo crees que se siente Patsy oyéndote hablar así?

—Él es diferente —se defendió Zelda.

—Él se quedó con su mujer —dije.

—Vaya... —exclamó Aurelia—. ¡Te ha pillado, Zelda! Aprende rápido. Por algo le pusieron el nombre de Patsy, la Grande.

Cuando Delmar y Lynette regresaron al fin, casi había anochecido y ya habíamos llevado al abuelo dentro de casa con la cena preparada.

Lynette se sentó al lado del abuelo, con Delmar Junior en el regazo. Comenzó a dar de comer a su hijo un potito de hígado picado. El bebé intentaba golpear con las dos manos en la cuchara cada vez que esta se acercaba a la boca. Cada vez que conseguía atrapar la cuchara, esta se le escapaba de las manos y regresaba con más hígado. Lynette estaba agotada, con los ojos húmedos y enrojecidos. Su cabello amarillento, recogido en una rígida cachiporra, parecía haber servido para arrastrarla hasta allí.

—Tú no tienes hijos, Patsy, ¿verdad? —dijo mientras apartaba la cuchara y la lamía, torciendo el gesto de asco—. Así que no puedes saber que nunca dejan nada tranquilo.

—Todavía no se ha casado —puntualizó Zelda, mientras agitaba un colorido juego de llaves de plástico ante el bebé—. Ella tiene la intención de esperar a después de casarse para tener a su hijo... Cuchi cuchi —gorjeó cuando Delmar se concentró en ella y, en un esfuerzo de inmenso regocijo, atrapó las llaves y las atrajo hacia él.

Lynette se levantó como una flecha, le arrancó las llaves de las manitas y lo llevó a la habitación contigua. El niño soltó un breve e indignado berrido antes de quedarse

callado. Lynette regresó, bajándose la camisa. Era del color morado de las magulladuras.

—Pensaba que querías ir a ver la lápida —recordó rápidamente Aurelia, dirigiéndose a Zelda—. Será mejor que te pongas en marcha antes de que se haga de noche. Dile a Delmar que te lleve allí arriba.

—Supongo —respondió Zelda, volviéndose hacia mí— que Aurelia no ha visto esas dos cajas de repugnante cerveza en el asiento trasero. Yo no voy a ningún sitio en coche con un borracho.

—¡No es ningún borracho! —protestó Lynette movida por una repentina pasión—. Pero yo también me tomaría unas cuantas cervezas si tuviera que pertenecer a esta familia.

Después, dio media vuelta y salió a toda prisa.

Delmar estaba repantingado y malhumorado en el asiento delantero del coche con una cerveza entre las rodillas. Tamborileaba con los dedos a ritmo de las cintas de Johnny Rivers.

—Ni siquiera dejes que lo conduzca ella —contestó cuando le pregunté. Señaló con la cabeza a Lynette, que caminaba lentamente a lo largo de la cuneta añadiendo flores a un ramo de rosas silvestres de la pradera. Observé cómo se agachaba y tiraba de una rama resistente.

—Se va a hacer daño en las manos.

—Es que no sabe nada de nada —dijo Delmar—. Nunca ha ido a la escuela. Yo vi un poco de mundo cuando estuve en el ejército. ¿Recibiste mi foto?

Me había enviado una foto suya en uniforme. Me sorprendí mucho cuando vi la fotografía porque caí entonces en la cuenta de que el bruto de mi primo, de mi misma edad, se había convertido en un joven de afilados pómulos y mirada de estrella de cine. Ahora, mientras rumiaba bajo la visera de su gorra azul, dirigió esa mirada lúgubre hacia el parabrisas y movió la cabeza observando a su mujer.

—Ella no encaja.

—Está muy bien —me sorprendí a mí misma diciendo aquello—. Solo dale una oportunidad.

—Una oportunidad. —Delmar tomó un trago de cerveza—. Una oportunidad. Ella tuvo su oportunidad cuando se casó conmigo. Sabía a quién me parecía.

Después, como si respondiera a una señal, aquel a quien Delmar no se parecía llegó hasta el patio al volante de su coche con una ostentosa entrada, haciendo chirriar las ruedas y tocando la bocina con insistencia.

Al tío Gordie Kashpaw se le consideraba un hombre apuesto, aunque no tan elegante como su hijo Delmar. El rostro de Gordie era moreno, redondo e impaciente, con pliegues y arrugas tras haber sido cosido después de un accidente de coche. Siempre desprendía un encanto irresistible. De alguna manera extraña, todos esos

puntos y pliegues habían contribuido a aumentar su atractivo en vez de disminuirlo. Su cara semejaba algo valioso que se hubiese roto y recompuesto con esmero. Y resultaba tanto más entrañable por el cuidado que había requerido esa recomposición. Inspirado por un fogonazo de ebriedad, dio dos vueltas por el patio antes de que su viejo Chevrolet se detuviera con un resoplido. El viejo tío Eli se bajó.

—Bueno, sigue en pie —dijo Eli a la casa—. Igual que yo. Pero tú —se dirigió a Gordie—, tú no.

Era verdad, los pies de Gordie no le daban tregua. Se tropezaban con cosas mientras se agarraba a la capota para salir del coche. La alfombrilla de goma, el guardabarros, los pequeños surcos y las piedras mientras trepaba hacia los peldaños de la entrada.

—Zelda está allí —gritó Delmar—. ¡Y la abuela también!

Gordie se sentó en los escalones para recobrar fuerzas antes de hacer su aparición.

Una vez en casa, el tío Eli se sentó junto a su hermano gemelo. Ya no se parecían tanto, pues Eli se había marchitado y endurecido mientras el abuelo era más corpulento, fofo e incluso más pálido que su hermano. Dio la casualidad, sin embargo, de que iban vestidos iguales, con pantalones y chaqueta de trabajo, solo que el conjunto del abuelo era azul marino y el de Eli, verde oliva. Eli llevaba una gorra manchada y arrugada que parecía formar parte de su cabeza, de tal modo que ni siquiera a Zelda se le ocurrió pedirle que se la quitara. Sonrió y saludó al abuelo con la cabeza. Desplegaba una enorme sonrisa desdentada que le llenaba toda la cara.

—Aquí está el tío Eli —dijo Aurelia, depositando un plato de comida para él—. Aquí está mi tío favorito. ¿Lo ves, papá? Ha venido el tío Eli. Tu hermano.

—Ah, Eli —dijo el abuelo extendiendo la mano. El abuelo sonrió y saludó con la cabeza a su hermano, pero no dijo nada más hasta que Eli se puso a comer.

—Yo ya no como mucho. Me estoy haciendo viejo —nos explicó Eli.

—Pues estás comiendo una barbaridad —señaló el abuelo—. ¿Va a quedar algo?

—Tú ya has comido —respondió la abuela—. Ahora quédate sentado tranquilito y charla con tu hermano.

—Es demasiado tarde —repuso el abuelo—. Se lo está comiendo todo.

Observaba fijamente cada bocado que daba su gemelo. A Eli eso no le molestaba lo más mínimo. Al contrario, disfrutaba descaradamente de la comida ante su hermano.

—¡Oh, por el amor de Dios! —suspiró Zelda—. ¿Es que no vamos a salir nunca de aquí? Aurelia, ¿por qué no coges el coche de Gordie y nos llevas en él? De todos modos ya se ha hecho tarde para ir a ver esa lápida ahora, pero que me aspen si me pillan aquí cuando abran esas cajas de la parte trasera del coche de June.

—Tiende la ropa de la lavadora —ordenó la abuela—. Yo ya estoy lista. Y tú, Patsy... —Me hizo un gesto con la cabeza mientras salían por la puerta—. Pueden comer todo cuanto quieran. Siempre y cuando no toquen las tartas. Esas tartas son

para mañana.

—¿Seguro que no quieres venir con nosotras? —insistió Zelda.

—Es joven —respondió Aurelia—. Además, tiene que vigilar que esa panda de borrachos no toque las tartas.

Se inclinó a mi lado. Su aliento tenía el dulce aroma de los glaseados mezclado con el del tabaco rancio.

—Volveré más tarde —susurró—. Tengo que ir a ver a un amigo.

Después, me guiñó un ojo exactamente de la misma manera como lo hacía June cuando iba a visitar a sus amigos secretos. Con un ojo cerrado y los labios fruncidos hasta dibujar un signo de interrogación con un punto de autoironía.

El abuelo se acomodó en el asiento trasero y se quedó sentado tal y como se le había ordenado, con los brazos extendidos a ambos lados, sujetando la pila de ropa doblada.

—¡Pueden comer! —gritó la abuela una vez más—. ¡Pero guarda las tartas para mañana!

Dio una sacudida hacia adelante cuando el coche dio un bandazo en un bache en el camino de entrada y después salieron disparados colina arriba.

III

—Oye, Patsy, ¿sabías que tu tío Eli es el último hombre de la reserva capaz de cazar un ciervo con una trampa?

Gordie abrió una cerveza y la deslizó por la mesa de la cocina hasta mis manos. Seguíamos sentados a aquella mesa, solo que ahora los platos, las fuentes de ensalada y los moldes de tartas habían dado paso a ceniceros, cervezas y paquetes de tabaco.

—Tenía que ahorrar cartuchos —dijo Eli, pensativo—. Eran muy caros.

—Solo los auténticos indios de antes conocen así de bien a los ciervos —aseguró Gordie—. Tu tío Eli es uno de los de verdad, de los de antes.

—¿Recuerdas lo primero que atrapaste? —preguntó Eli a Delmar.

Delmar bajó la mirada a su cerveza y a continuación me lanzó una orgullosa y arrogante mirada de reojo.

—Un vietnamita de mierda —respondió—. Estaba en los Marines.

—Una mofeta —puntualizó Gordie alzando la voz—. Delmar atrapó una mofeta cuando tenía diez años.

—¿Has comido mofeta alguna vez? —me preguntó Eli.

—Es como un trozo de pollo frío —aventuré. Eli y Delmar asintieron con sonrisas solemnes.

—¿Cómo despellejas tú a las mofetas? —preguntó Eli a Delmar.

Delmar se bajó la visera, protegiéndose los ojos del anillo fluorescente de la cocina. En la parte delantera de la gorra estaba cosido un parche azul y blanco. «El mejor pescador del mundo», rezaba. Delmar levantó las manos en gesto de triunfante

ignorancia.

—Y tú, ¿cómo despellejas tú a tus mofetas? —preguntó a Eli.

—Primero le quitas las glándulas —explicó Eli con cuidado, señalando distintas partes de su cuerpo—. Aquí, aquí y aquí. Después, la despellejas como a cualquier otro animal. Y tienes que cocerla en tres aguas seguidas.

—Entonces ¿en serio os las coméis? —preguntó Lynette. Acababa de entrar en la habitación con otra cerveza y ahora se mordisqueaba alegremente la punta abierta de un mechón de pelo.

Eli se enderezó en la silla e inclinó su pequeño sombrero negro hacia atrás.

—¿Tú también eres una tiquismiquis? ¡Como Zelda! Una vez vino a verme con su primer marido, Johnson el Sueco. Era la hora de la cena. Yo había preparado una mofeta, así que se la puse para cenar. Madre mía, cómo se enfadó conmigo cuando descubrió lo que había comido. «¡Mofeta!», me espetó. «¡Qué asco! ¡Vosotros los viejos coméis cualquier cosa!».

—Yo me lo comería —afirmó Lynette, apartándose el pelo de la cara con el canto de la mano—. Yo me lo comería sin problema.

—Tú comerías mierda —soltó Delmar.

Contemplé su nítido perfil. Tenía la vista puesta en el otro extremo de la mesa, sin mirar a nadie. Frunció los labios hacia abajo, a la manera de una bravuconería de culebrón, pero le temblaba la barbilla. Vi cómo apretaba las mandíbulas y luego sentí cómo se abatía sobre nosotros una tristeza de aguafiestas. Lynette se encogió de hombros con buen ánimo y desdeñó su comentario. Pero aquello permaneció sobre la mesa, como si hubiese abierto una puerta sobre algo. Una escena triste y fea en la que no podíamos evitar participar. Tomé un largo trago e, incómoda, me incliné hacia el tío Eli.

—Un zorro duerme como un lirón, ¿verdad? —comentó Eli al cabo de un rato.

Delmar se inclinó hacia delante y bajó todavía más su gorra de modo que parecía descansar sobre su nariz.

—Una vez yo maté a un zorro dormido —dijo—. ¿Has visto el agujerito negro que el zorro tiene debajo del rabo? Le disparé ahí mismo. Tenía un arco y mi flecha atravesó al zorro enteramente. Se quedó tieso. La flecha cruzó el aire volando. Cayó como un rayo y desapareció por el agujerito. Jamás se la saqué.

—Tú nunca has tirado con arco —negó Gordie.

—Ya, tienes razón. Nunca he tirado con arco —admitió Delmar con una risita extraña y acerba—. Pero una vez oí hablar de un tipo que le clavó una flecha a un zorro y después dejó que se retorciera por el monte hasta que creyó que ya estaba muerto. Entonces fue a buscarlo. ¿Sabéis lo que encontró? Ese zorro había roído la flecha por ambos lados de su cuerpo y había desaparecido.

—Por algo se les llama así —observó Eli.

—Zorros —dijo Gordie, mirando detenidamente el agujero de su lata de cerveza.

—¿Me das un cigarrillo, Eli? —pidió Delmar.

—Aquí, para pedir un cigarrillo —explicó Gordie— no se dice: «¿Me das un cigarrillo?». Se dice: *Ciga swa*.

—Así hablan los michifs —dijo Eli—. Hay que preguntarle las palabras exactas a un viejo indígena cree de verdad como yo.

—Díselas, tío Eli —dijo Lynette con un brusco estallido de entusiasmo digno de una animadora—. ¡Tienen que aprender su propio legado! ¡Cuando tú ya no estés, todo habrá desaparecido!

—Pero ¿qué dices, mujer? ¡Oye! —protestó Delmar, llenando la cocina con su rota y entrecortada voz—. Cuando te dirijas a mis parientes, ten un poco más de respeto. —Levantó los brazos y le dio un golpe en los pechos—. Que no te quepa duda, tío Eli —dijo con voz más queda mientras se apoyaba de nuevo en la mesa—. Tú eres el mejor cazador. Pero yo soy el mejor pescador del mundo.

—No, no lo eres —objetó Eli. Su voz era suave y alegre—. Yo pesqué una trucha de treinta y cinco centímetros.

Delmar lo miró detenidamente. Ahora le costaba más concentrarse que a su hijo.

—Entonces eres el mejor —reconoció—. Toma.

Se inclinó hacia adelante y levantó la grasienta gorra oliva de Eli. La cabeza de Eli mostraba una calva morena y lustrosa, rodeada de un anillo aplastado de cabellos canos muy cortos. Delmar se quitó su gorra azul y la calzó en la cabeza de Eli. La gorra cubrió sus ojos.

—Le queda demasiado grande —chilló Lynette con una vocecilla indignada.

Delmar ajustó la cinta de plástico de la gorra.

—¡Yo te regalé esa gorra, Delmar! ¡Es tu mejor gorra! —La voz de Lynette se elevó en un agudo trino—. ¡No puedes regalar esa gorra!

Eli se quedó sentado tranquilamente bajo la gorra. Le quedaba muy bien. No parecía darse cuenta del sacrificio de Delmar y simplemente permanecía sentado con su vieja gorra colgada de la rodilla, haciendo girar la lata de cerveza entre las manos sin beberla.

Delmar se puso en pie, vacilante, y se aferró al respaldo de plástico acolchado de la silla. Su voz sonaba fuerte y rota.

—Tío Eli. —Se inclinó hacia el anciano—. Tío Eli, eres mi tío.

—¡Y tanto que lo soy! —asintió Eli.

—¡Yo siempre he pensado bien de ti, tío! —exclamó Delmar con un sonoro y triste gemido.

—¡Y tanto que sí!

—Vamos a seguir viéndote aquí otros veinte años más, ¡coño!

—¡Y tanto que sí! —Se volvió hacia Gordie—. Está como una cuba. Tengo que darle la razón.

—¡Creo que eres cojonudo, tío!

—¡Y tanto que sí! Soy un anciano —respondió Eli con voz suave y apagada.

Era la voz de la omnisciencia para Delmar; de pronto se llevó las manos a los

oídos y salió dando tumbos.

—Le sentará bien un poco de aire fresco —dijo Gordie con alivio—. Oye, Patsy, ¿te sabes el chiste del indio, el francés y el noruego durante la Revolución francesa?

—¿Es un chiste noruego? —preguntó Lynette—. Oye, que yo soy noruega de pura cepa. No sé nada de mi familia, pero sí sé que soy noruega de pura cepa.

—No, en realidad no va de noruegos —prosiguió Gordie—. En fin...

Pese a todo, Lynette siguió a Delmar fuera de la casa.

—Había tres tipos: un indio, un francés y un noruego. Era durante la Revolución francesa. E iban todos de camino a la guillotina, ¿vale? Pero cuando le tocó al indio, la hoja se quedó atascada a la mitad del recorrido.

—¡Hija de puta! ¡Dame las llaves! —chilló Delmar al otro lado de la puerta.

Gordie se calló un momento. Hubo un silencio. Luego continuó con el chiste.

—Entonces dijeron que esa era la voluntad de Dios. «Puedes irte», le dijeron al indio. Así que el indio se levantó y se marchó. Después llegó el turno del francés. Le metieron el cuello en el cepo y se dispusieron a ejecutarlo. Pero pasó lo mismo. La hoja se quedó atascada.

—¡Hija de puta! ¡Hija de puta! —gritó Delmar otra vez.

La puerta del coche se cerró con un fuerte portazo. Los ojos de Gordie se dirigieron rápidamente hacia la puerta y volvieron sobre mí con gesto interrogante.

—¿Deberíamos salir? —pregunté.

Pero él continuó con el chiste.

—Entonces el francés se marchó y salvó la vida. Pero cuando llegó el turno del noruego, este levantó la mirada hacia la guillotina y dijo: «Pero qué brutos sois. ¡Si lo engrasarais un poquito, el chisme funcionaría a las mil maravillas!».

—¡Zorra! ¡Putas! ¡Te mataré! ¡Dame las llaves!

Sonó un breve estruendo de cristales rotos y dejamos a Eli sentado a la mesa.

Lynette se había cerrado con llave en el coche nuevo, agazapada en el asiento del copiloto. Delmar le chillaba, se abalanzó con todo el cuerpo contra la puerta, golpeó el capó con huecos mamporros, dio fuertes puñetazos por todo el techo, arrancó las antenas y el espejo retrovisor lateral con las manos y se lio a patadas en los huecos rotos de los faros. Al final, arrancó de cuajo el espejo del conductor y se puso a dar patadas al coche frenéticamente sin dejar de jaderar. Pero por mucho que golpeará el parabrisas y las ventanas laterales con el espejo, una y otra vez, no conseguía romperlos.

—¡Del, hijo! —Gordie bajó los escalones de un salto, abrazó a Delmar y lo tiró al suelo con su fuerte corpulencia—. Es su coche. Eres el hijo de June, Del. No llores.

Mientras permanecían allí tumbados, unidos por la conmoción, el rostro de Delmar se hundía más y más en la escoria y sus hombros sufrían sacudidas con fuertes sollozos. Desde el suelo le gritó a su padre:

—Es horrible estar muerto. Dios mío, ella está tan fría.

De repente estaban de nuevo en pie. Retorciéndose, Delmar se liberó del abrazo

de Gordie y adoptó la postura de un luchador libre.

—Es culpa tuya y quieres llevarte el coche —afirmó, fuera de sí.

Se abalanzó contra su padre, pero Gordie dio un paso atrás, preparándose, y volvió a apresarlo entre sus brazos con vigor y de nuevo Delmar se echó a llorar hundiéndose en el pecho de su padre. Gordie lo tiró de nuevo al suelo. Mientras lo tenía agarrado, Lynette se deslizó fuera del coche y corrió hasta la casa. Cruzó la cocina con paso agitado, echó un vistazo al bebé y luego dio la vuelta a la mesa, pavoneándose mientras emitía pequeños y frenéticos sonidos explosivos con las manos.

¡Clap! Caminó hasta Eli. ¡Clap! ¡Clap!

—Tienes problemas allí fuera —declaró el hombre.

—¡Sí! —respondió ella—. ¡Su madre le dio el dinero! —Cogió un cigarrillo del paquete de Eli, con una mirada codiciosa—. Porque ella quería que él tuviera responsabilidades. Nunca ha tenido responsabilidades. Ella quería que él cuidara de su familia.

Eli asintió y empujó el paquete hacia ella cuando apagó el cigarrillo a medio fumar. Encendió otro.

—Es que debe de querer mucho a su tío —aulló Lynette con una vocecilla aguda. Se dejó caer al lado de Eli y sonrió largamente a la gorra azul—. Esa gorra de pesca. Es su gorra favorita. Yo le puse ese escudo. Delmar. Lo tienen en gran estima en Minneapolis y Saint Paul. Todo el mundo lo conoce. Lo conocen por esa gorra. Es su favorita. Será mejor que nunca se la quites.

Eli levantó la gorra y le dio vueltas en las manos. Entrecerró los ojos para mirar el escudo y leyó lo que ponía en voz alta. Después, asintió, como si por fin hubiera comprendido de lo que hablaba Lynette y la hizo girar una vez más.

—Deja que me la ponga un ratito —pidió Lynette con voz zalamera. Después la cogió, se la puso y ajustó la visera—. Ya está.

El tío Eli se quitó la vieja gorra de la rodilla y volvió a ponérsela en la cabeza.

—Esta me queda bien —dijo.

En la habitación contigua, Delmar Junior soltó un pequeño gorjeo.

—¡Ay, mi niño! —chilló Lynette como si estuviese en peligro, y salió disparada como una flecha.

Oí cómo susurraba el nombre de Delmar cuando padre e hijo entraban de nuevo en casa. Delmar se sentó a la mesa y hundió la cabeza entre los brazos cruzados, respirando con dificultad. Gordie le cogió las llaves a Lynette y anunció a Eli que se marchaban a casa.

—Estará bien —dijo señalando a Delmar con la cabeza.

—Siempre y cuando se le deje en paz.

Así que se marcharon en coche esa noche clara y azul de junio y dejaron a Delmar solo. Eché una manta sobre los hombros de Lynette. Pasamos por delante de

su marido. Seguía resoplando con desesperación entre sus brazos cruzados. Ella tenía una botella de ron blanco y se detuvo para tomar largos y entrecortados tragos hasta los pies de la colina. Cada vez que se acordaba de pasarme la botella, yo también intentaba beber. Entonces, cuando al fin llegamos abajo, levantamos la vista al cielo mientras bebíamos y estuvimos a punto de caernos, de asombro, ante tan abrumadora belleza.

Auroras boreales. Algo en la atmósfera fría y húmeda las provocaba. Entramos flotando en el campo y nos dejamos caer, aplastando el trigo verde. Masticamos los granos dulces con la mirada perdida en el cielo, y nos quedamos absortas. Todo parecía ser una sola cosa. El aire, nuestros rostros, todo fresco, húmedo y oscuro, y el cielo fantasmagórico. Pequeñas motas de luces verde claro latían antes de desvanecerse. Luces vivas. Sus fuegos dibujaban un arco más allá de la bóveda celestial y se apagaban en la oscuridad. De vez en cuando, el cielo entero se cubría de concéntricos puntos fugaces y pliegues de luz, que se reunían y caían, palpitando y desvaneciéndose, con el ritmo de una respiración. De una sola pieza. Como si el cielo fuera un sistema nervioso que nuestros pensamientos y recuerdos recorrieran. Como si el cielo fuera una memoria gigantesca de todos nosotros. O un salón de baile. Y allí bailaban todas las almas errantes del mundo. Pensé en June. Ella también estaría bailando allí, si hubiera un salón de baile en el espacio. Ella bailarían el *two-step* de las almas errantes. Sus largas piernas subiendo y bajando. Su risa triunfal. Su dulce perfume, el mismo que han de desprender las mujeres adultas. Su diversión ante lo bueno y lo malo. Su derrota. Su victoria temeraria. Su hijo.

—¿Has soñado alguna vez que volabas por el aire? —preguntó Lynette—. ¿Has soñado alguna vez que aterrizabas en un planeta o una estrella?

No respondí, porque la pregunta me pilló por sorpresa. Como si me estuviera leyendo el pensamiento.

—Una vez soñé que volaba allá arriba —dijo—. Pero cuando aterricé en la luna, no me atrevía a respirar.

—¿No te atreviste? —Me sentí hundida cuando dijo eso. Sonaba tan terriblemente triste.

—No —respondió—. No. Me daba miedo respirar.

Desperté. Me había quedado dormida bocarriba en el frío y húmedo trigo, bajo el cielo resplandeciente. Oí un estruendo de metal golpeado y de ollas rodando por la casa. Gordie se había marchado. Eli se había marchado. Lynette se había marchado. Me precipité corriendo a la cocina iluminada y vi de inmediato que Delmar intentaba ahogarla. Le hundía la cabeza en el fregadero lleno de agua fría. La sujetaba por la nuca y las orejas. Ella agitaba los brazos, tirando cucharas, cuchillos y cuencos del escurrer platos. Se debatía con furia, pero él la tenía bien sujeta. Agarré un tronco de abedul de la leñera y golpeé a Delmar en la nuca. La madera se me escapó de las manos con el golpe. Él le hundió más la cabeza y ella se atragantó y gorgoteó.

Me abalancé sobre su espalda. Apenas se percató de ello. La hundió todavía más. De modo que no tuve otra elección... Le mordí la oreja. Mis dientes chocaron y su sangre me inundó la boca. Retrocedió tambaleándose, mientras intentaba zafarse de mí, y salí despedida por la habitación, me golpeé violentamente con el frigorífico y me puse en pie.

Tenía los puños levantados como un boxeador. Trataba de decidir a quién pegar primero, pensé, y no parecía tener mucha importancia. Lo observé detenidamente durante un momento, antes de despreocuparme. Miré más allá. Y entonces vi lo que habían hecho.

Todas las tartas estaban destrozadas. Abiertas de par en par. Un jugo negro rezumaba por la corteza. Había trozos de masa pegados en la pared y algunas tartas se habían dado la vuelta por completo. Había pedazos de ruibarbo por el suelo. Le chorreaba merengue del codo.

—¡Las tartas! —chillé—. ¡Maldito hijo de puta, has destrozado las tartas!

Abrió los ojos como platos. Miró la destrucción a su alrededor. Lynette se escabulló bajo la mesa. Él absorbió todo cuanto pudo y, después, bajó los puños; un gesto que parecía de vergüenza y confusión le cubrió el rostro, y pasó a mi lado a toda prisa. Mientras salía corriendo pisoteó su gorra de pescador, que recogí cuando ya se hubo marchado.

Metí la gorra debajo del colchón de Delmar Junior. Después, permanecí sentada durante largo tiempo en esa oscura habitación, escuchando su respiración suave y ajena a lo sucedido. Era un bebé bueno, o más probablemente un alma sabia, que se quedaba dormido en cualquier situación. Gordie trajo el coche un poco más tarde y también se quedó dormido, en el sofá. La cocina permanecía a oscuras, de modo que no se dio cuenta de nada.

Lynette había apagado las luces al abandonar la casa, y ahora la oía detrás de la ventana, rogando a Delmar que la llevara en el coche.

—Vámonos de aquí antes de que vuelvan todos —dijo—. Son ellos. Siempre te pones como loco cuando estás en tu casa. Vamos a coger al niño y nos vamos. Volvamos a Minneapolis... Es como si me costara respirar aquí, ¿sabes?

A continuación, soltó un grito, pero claramente era de placer. Me pareció oír sus cuerpos crujiendo, o quizá solo eran los peldaños de madera debajo de ellos, las viejas y desgastadas tablillas que soportaban su peso.

Después de aquello, se subieron al coche. Se oyeron portazos. Pero solo recorrieron unos pocos metros y se detuvieron. El claxon aulló un segundo. Supongo que lo pulsaron en un arrebató de pasión. De vez en cuando se oía el rugido de la calefacción. Era una madrugada fría y austera.

En algún momento de aquella mañana, volví a meter el relleno dentro de las tartas con una cuchara, uní bloques de masa, alisé los bordes con el dedo humedecido, rematé los repulgos e incluso el merengue sobre las bayas o los pasteles. Trabajé con

sumo cuidado. Pero una vez destrozadas, ya no hay forma de arreglarlas.

Santa Marie

De modo que, cuando me dirigí hacia allí, ya sabía que el pez oscuro iba a aparecer. Unos penachos resplandecientes se habían adherido a mí. Ninguna muchacha de la reserva había rezado nunca con tanto ahínco. Era inútil tratar de ignorarme por más tiempo. Yo subiría a esa colina con las mujeres de vestidos negros. Ellas no eran más etéreas que yo. Iría allí arriba para rezar tan bien como ellas, porque yo no tengo tanta sangre india. Y jamás pensaron que una chica de esta reserva pudiera ser una santa ante la que tendrían que arrodillarse. Pero me tendrán a mí. Y seré tallada en oro macizo. Con labios de rubí. Las uñas de mis pies serán pequeñas conchas rosas del océano y ellas tendrán que bajarse de sus grandes caballos para besármelos.

Yo era ignorante. Tenía casi catorce años. El cielo tiene más o menos el tamaño de mi ignorancia. Y es casi tan puro. Y aquello, la pura amplitud de mi ignorancia, fue lo que me condujo colina arriba hasta el convento del Sagrado Corazón y me trajo de vuelta con vida. Pues es posible que Jesús no mordiera mi anzuelo, pero ellas, las hermanas, trataron de tragarme entera.

¿Habéis visto alguna vez cuando un lucio muerde tan fuerte el cebo que el anzuelo le sale prácticamente por detrás antes de sacarlo? Eso mismo fue lo que hicieron conmigo. No me gusta esa lamentable comparación, pero he visto un lucio así una vez. Y eso mismo fue lo que intentó la hermana Leopolda para tenerme en sus garras.

Yo tenía el alma católica que se vende por correo, la que suele encontrarse en una chica criada en el monte, cuyo único empeño es irse al pueblo. Porque la misa del domingo era el único momento en que mi padre llevaba allí a sus hijos, además de la escuela, donde nos engancharon. Nuestras almas se vendieron baratas. Estábamos tan ansiosos por ir allí que hubiésemos caminado sobre las manos y las rodillas. Soñábamos con ir a las tiendas, lanzar chapas de botellas al suelo y poner cara de tonto. Y por supuesto, íbamos a la iglesia.

El convento se encuentra en lo alto de la colina más elevada, para que, desde sus ventanas, las hermanas puedan ver el centro del pueblo. Hacía poco habían plantado un cortaviento delante del bar «para cumplir los requisitos del seguro contra tornados». No me lo creo. Pusieron esa cortina de álamos para ocultar a los bebedores mientras se produce la metamorfosis. Mientras se transforman en la bestia de su carga. Cuando beben, ese cuerpo cae sobre ellos y, después, salen del bar dando tumbos o arrastrándose, llevando un peso que no pueden cargar hasta más allá de los álamos. No quieren ningún testigo sagrado de su caída.

De todos modos, subí a la colina. Ocurrió un día, hace mucho. Un serpenteante

camino para carretas lleno de surcos conducía hasta lo alto de la colina, donde tenían sus construcciones de ladrillos pintadas de un blanco rutilante. Tan blanco que el sol reverberaba con un despliegue deslumbrante de formas que danzaban detrás de los párpados. La cara de Dios a la que apenas uno podía mirar. Pero ese día lloviznaba, de modo que pude mirar todo cuanto quise. Vi el lado menos atractivo. La cal resquebrajada, y los nidos de golondrinas en los aleros vencidos de los tejados. Vi las recortadas tablas de madera del tamaño de los cristales rotos de las ventanas y los árboles frutales desmochados. Solo florecía el recio ruibarbo silvestre. Unas varas de oro trepaban por las paredes. Era un convento pobre. Ahora lo sé. Comparado con otros era humilde, tosco, perdido en medio de la nada. Para algunos, aquello era el fin del mundo. Allí donde terminaban los mapas. Allí donde Dios solo había intervenido a medias en la Creación. Donde el Oscuro había sembrado el denso monte, el alcohol, los perros salvajes y los indios.

Más tarde escuché decir que el convento del Sagrado Corazón era el sumidero de las monjas que no se adaptaban a ningún sitio. Monjas que se quejan demasiado o que han perdido el juicio. Ahora que he oído decir eso, siempre me preguntaré de dónde sacarían a la hermana Leopolda. Quizá había lacerado a otra persona, del mismo modo que había dejado su marca en mí. Quizá la enviaban, aquí y allá, solo para poner a prueba la fe de sus hermanas, como el inspector sorpresa en una fábrica. Porque ella era la prueba más dura para comprobar el aguante de cualquiera, incluso para aquellas que comenzaban con un velo de condenado amor en los ojos.

Yo era esa chica que creía que el dobladillo de su vestido negro me ayudaría a elevarme. Velos de amor, que no eran sino odio petrificado por el ansia, así era yo. Yo era como esos indios del monte que robaban el sagrado sombrero negro de los jesuitas y tragaban trocitos de él para curarse las fiebres. Pero el mismísimo sombrero transmitía la viruela y los mataba a golpe de fe. ¡Velos de fe! Yo tenía ese tipo de fe en Leopolda. Ella era diferente. Hacía mucho tiempo que las demás hermanas se habían olvidado de Satán y habían tirado la toalla. Para ellas, él estaba dormido. Sus idas y venidas les pasaban inadvertidas. Pero Leopolda le seguía la pista y conocía todos sus hábitos, las mentes en las que se abría camino, los amplios espacios donde se escondía. Ella sabía tanto de él como mi abuela, que lo llamaba por otros nombres y no le tenía miedo.

En su clase, la hermana Leopolda tenía un largo palo de roble para abrir las ventanas altas. En el extremo tenía un gancho de hierro con el que podía tirarte de un mechón de pelo o agarrarte del cuello desde lejos. Utilizaba ese gancho letal para coger a Satán por sorpresa. Él podía haber entrado en ti sin que lo supieras, por la boca o la nariz o cualquiera de tus siete orificios, y haberse apoderado de tu mente. Pero ella lo vería. Ese palo podía partirte la crisma por detrás. Y él resollaría, aturdido, y tomaría lo primero que ella le ofrecía: dolor.

Ella tenía una serie de niños que solo podían respirar si ella lo decía. Yo era la peor de todas. Ella siempre sostenía que el Oscuro me quería a mí más que a las

demás, y yo me lo creía. Yo destacaba sobre las otras. El Maligno era una cosa corriente en la que yo creía. A veces, antes de dormirme, venía y me susurraba palabras en la antigua lengua del monte. Yo escuchaba. Me decía cosas que no solo le decía a los indios. Yo tenía el privilegio de acceder a su conocimiento de ambos mundos. La escuchaba pero, aun así, confiaba en Leopolda. Pues era la única de la panda en quien él reparaba.

Llegó un día, sin embargo, en que Leopolda cambió el curso de las cosas con su palo-gancho.

Era un día tranquilo, todos estábamos trabajando en nuestros pupitres, cuando lo oí. Se había deslizado en los armarios del fondo del aula. Arañaba las paredes, se comía las migajas de nuestros bolsillos, robaba botones y manchaba con su oscuro jugo nuestros forros y zapatos. Yo fui la única que lo oí, y me volví atrevida. Sonreí. Eché un vistazo atrás y sonreí, y luego la miré de reojo para ver si ella se había dado cuenta. El corazón me dio un vuelco. Porque ella había fijado su atención en mí. Y olisqueaba. Tenía una enorme, descarnada y huesuda nariz pegada en mitad de la cara para oler el azufre y los malos pensamientos. Lo había olido en mí. Se levantó. Alta y pálida, era una negrura hundiéndose en la todavía más profunda negrura de la pared de pizarra a sus espaldas. El palo de roble había volado hasta su mano. Me había visto con los ojos puestos en el armario. Ah, lo sabía. Sabía exactamente dónde estaba él. Observé cómo ella lo escrutaba en su mente. Ahora toda la clase estaba mirando. No quitaba ojo de su escaramuza, midiéndolo. Y de pronto, se tensó, se arrodilló con serenidad y echó el brazo atrás. Lanzó el palo de roble, que pasó silbando por encima de mi cabeza. Atravesó la delgada puerta de madera del armario del fondo y el pesado y puntiagudo gancho se clavó en su corazón. Me giré. Había atravesado su propia bota de goma negra donde él se había refugiado, en el extremo más oscuro de la punta.

Algo aulló en mi mente. Pérdida y oscuridad. Lo comprendí. Yo iba a sufrir por esa sonrisa mía.

Él se alzó con fuerza en mi corazón. No pestañeé cuando el palo crujió. Tenía la cabeza dura. No me estremecí cuando ella me gritó al oído. Simplemente me encogí de hombros ante las flores del infierno. Él me quería. Más que cualquier otra cosa, él me deseaba. Pero entonces ella hizo lo peor. Hizo algo que me puso a su merced. Me cogió por el cuello y me arrastró con los pies en el aire por la habitación hasta arrojarme al armario junto a su negra bota de goma muerta. Y allí estaba yo. La única luz provenía de una rendija por debajo de la puerta. Le pedí al Oscuro que entrara en mí y despertara mi mente. Le pedí que contuviera las lágrimas que brotaban por debajo de mis párpados. Pero él tenía miedo de volver allí. Tenía miedo de su afilado palo. Y yo también temía al palo de Leopolda, por primera vez. Sentía el gélido gancho en mi corazón. Podía atravesar la puerta en cualquier momento y sacarme a rastras, como un pez muerto en un arpón, para dejarme caer en el suelo como una ardilla a la que habrían disparado en las tripas.

Yo no era nada. Me pegué contra la pared cuanto pude. Respiré el polvo de tiza. El dobladillo del manto negro de Leopolda me cortaba la mejilla. Él me había abandonado. La lanza de ella podría alcanzarme en cualquier momento. Su fino oído dirigiría el gancho hasta el latido de mi corazón.

¿Qué era ese ruido?

Llenaba el armario, lo llenaba hasta rebosar, pero no reconocí como mía la voz que se alzaba y lloraba hasta que la puerta se abrió de golpe, vi la luz y ella me levantó hasta sus labios, que olían a alcanfor.

—Él te desea —dijo—. Esa es la diferencia. Yo te doy amor.

Amor. El gancho negro. La lanza silbando por mi mente. Entendí que ella había seguido al Oscuro hasta mi corazón y lo había dejado al descubierto. De modo que ahora mi corazón era un nido vacío donde ella podía agazaparse.

Está bien, fui débil. Fui débil cuando la dejé pasar, pero ella se afianzó dentro de mí. Era difícil desalojarla de allí con el paso de los meses. A veces, notaba la presencia de él (el roce de unas alas tenues), pero solo en raras ocasiones se imponía su voz. Ahora la lucha había cambiado de contendientes y se libraba entre Marie y Leopolda. Comencé a comprender que me había equivocado de camino con las frutas del infierno. La verdadera forma de vencer a Leopolda consistía en llegar al paraíso la primera. Y entonces, cuando la viera llegar, cerraría la puerta. ¡Así se quedaría fuera! Por eso, además de por las inclinaciones y reverencias que me harían, deseaba sentarme en el altar como una santa.

Con ese fin subí la colina. La hermana Leopolda era la monja consagrada que me había instado a ir allí.

—No eres vanidosa —había dicho—. Eres demasiado honesta para eso cuando te miras al espejo. No eres inteligente. No tienes ambición suficiente para salvarte. Solo te quedan dos opciones: una, puedes casarte con un indio inútil, darle hijos y morir como un perro. O dos, puedes entregarte a Dios.

—Iré allí arriba —respondí—, pero no por lo que usted piensa.

Yo podía conseguir a cualquier maldito hombre de la reserva en aquella época. Y habría logrado que me quisiese más que a su propia vida. Era guapa. Y parecía blanca. Pero yo deseaba el corazón de la hermana Leopolda. Y esa era la cuestión: a veces deseaba su corazón por amor y admiración. Y otras deseaba su corazón para asarlo en un palo negro.

Abrió la puerta trasera, donde me había ordenado llamar. Me quedé allí con mi hatillo. Me miró de arriba abajo.

—Está bien —dijo al fin—. Pasa.

Me cogió la mano. Sus dedos, delgados y secos, semejaban un haz de paja de escoba, pero desprendían una fuerza que no era natural. Jamás habría sido capaz de soltarme aunque me hubiese llevado a un horno al rojo vivo. Su fuerza era una especie de milagro perverso, porque la obtenía ayunando hasta alcanzar una delgadez

extrema. Y debido a ese ayuno, sus labios tenían el color marrón de las heridas y su piel, una palidez mortal. Las cuencas de sus ojos eran demasiado profundas, dos agujeros sin pestañas. Ya os he hablado de su nariz. Sobresalía mucho y volvía aún más hondo el hueco de sus ojos, como si mirara desde el cañón de un arma. Me quitó el hatillo de las manos y lo lanzó a una esquina.

—Dormirás detrás del fogón, niña.

Era enorme, como un inmenso horno. Justo detrás surgía un pequeño catre.

—Parece que allí hará calorcito —dije.

—Calor. Desde luego.

—¿Me van a dar un hábito?

Yo quería algo como lo que llevaba ella. De algodón negro y amplio. Tenía la cara cubierta de vendas blancas, y una cresta de cartón almidonado le colgaba de la frente como un pico brillante. En la medida de lo posible, yo quería un pico más grande, más largo y más blanco que el suyo.

—No —objetó, sonriendo con su enorme sonrisa de cráneo—. Todavía no tienes derecho a uno. Quién sabe, puede que no te gustemos. O que tú no nos gustes a nosotras.

Pero ella me había amado, o me había ofrecido su amor. Y había intentado cazar al Oscuro. De modo que me sentía confiada.

—Heredaré sus llaves —afirmé.

Me dirigió una mirada severa y su sonrisa se torció en una mueca extraña. Siseó mientras tomaba aire. Después, se giró hacia la puerta y sacó una llave del cinturón. Era una llave gigantesca, que abría la despensa donde se guardaba la comida.

Adentro había toda clase de manjares. Cosas que yo solo había probado una o dos veces en mi vida. Había fruta seca, tarros de cáscara de naranja y especias como la canela. Latas de galletas saladas con barcos pintados en el lateral. Vi encurtidos. Frascos de arenques y de corteza de cerdo. Queso, un gran trozo parduzco hecho con la espesa leche de las cabras. Y enormes cantidades de productos cotidianos como harina y café.

El queso me impresionó. Nada más verlo, sentí un hueco en el estómago. Se me hizo la boca agua. Me encantaba ese queso de cabra más que ninguna otra cosa que hubiese comido antes. Lo miré fijamente. La suntuosa curva de la tela que lo cubría.

—Cuando heredes mis llaves —dijo con tono ácido, cerrando la puerta en mis narices—, podrás comer todo el queso del cura que quieras.

Después, pareció reflexionar sobre lo que acababa de hacer. Me miró. Sacó de nuevo la llave de su cinturón y volvió para cortar un trozo de queso que me puso en la mano.

—Si eres buena, volverás a probar de este queso. Cuando yo esté muerta y enterrada —añadió.

Después, arrastró fuera el enorme saco de harina. Cuando terminé ese manjar de los dioses, me ordenó que me arremangara y me pusiera a hacer la obra de Dios.

Durante un rato trabajamos en silencio, mezclando la masa y extendiéndola sobre losas de piedra.

—La obra de Dios —dije al cabo de un rato—. Si esta es la obra de Dios, entonces llevo haciéndola toda mi vida.

—Bueno, la habrás hecho con el demonio en tu corazón —repuso—. No con Dios.

—¿Cómo lo sabe? —pregunté. Pero yo sabía que lo sabía. Y me arrepentí de haber sacado el tema.

—Veo en ti como en un cristal —dijo—. Siempre lo he hecho. Tú no lo sabes —prosiguió tras una pausa—, pero él ha venido aquí enfurruñado. Él ha venido rumiando algo. Tú lo has traído hasta aquí. Él conoce mi olor y va hacer un último y desesperado intento por recuperarte. No dejes que lo haga. —Me dirigió una intensa mirada. Tenía una expresión gélida en sus ojos encendidos—. No dejes que te toque. Nos llevará mucho tiempo deshacernos de él.

Así que tuve cuidado. Tuve cuidado de no cederle ni un centímetro. Recé un rosario, y hasta dos y tres, en voz muy baja. Dije el credo. Recité cada palabra de latín que conocía mientras amasábamos con los puños. Y aun así, solté la taza, que cayó rodando bajo la monstruosa cocina de hierro, encendida para cocer el pan.

Y ella se abalanzó sobre mí. Vio que él se había deslizado en ese descuido mío.

—Nuestra buena taza —dijo—. Sácala de allí debajo, Marie.

Busqué el atizador para sacarla de debajo del fogón. Pero al mismo tiempo sentí un nudo de angustia en el estómago. Y, desde luego, el largo brazo de ella pasó ante mí como un látigo. El atizador aterrizó en su mano.

—Venga —dijo—. Mete el brazo para buscar la taza. Y cuando te queme la carne, acuérdate de que las llamas que notas no son más que una fracción del calor que sentirás en su abrazo infernal.

Ella siempre hacía las cosas así, para darte una lección. Por eso no me sorprendí. De todos modos era puro teatro, porque una cocina no suele estar muy caliente por debajo, junto al suelo. No están hechas de esa forma. En caso contrario, el suelo de madera ardería. Así que asentí, me tumbé bocabajo y alargué el brazo. Tenía la intención de cogerla rápidamente y ponerme en pie enseguida, antes de que se le ocurriese cualquier otra lección, pero entonces sucedió. Por mucho que yo buscara la taza a tientas, mi mano no encontraba nada. Esa taza no estaba en ninguna parte. La oí dar un paso hacia mí, lentamente, oí el crujido de su grueso zapato de cuero, el suave «flap» de los pliegues de sus pesadas faldas, el murmullo de un fino hilo de arena que se deslizaba en alguna parte, quizá en sus entrañas, y tuve miedo. Intenté incorporarme, pero apoyó levemente el pie detrás de mi oreja, bajándose. El pie me pisó con más fuerza la nuca y me retuvo.

—Eres igual que era yo —dijo—. Él te desea muchísimo.

—Ya no me desea en absoluto —repuse—. Ha tenido suficiente. ¡Y tengo la taza!

Oí la válvula que se abría y el silbido del aire aspirado, y supe que no debí haber

hablado.

—Mientes —espetó—. Eres fría. Un hielo maligno se está formando en tu sangre. No sientes una pizca de devoción hacia Dios. Tan solo una lujuria salvaje, fría y oscura. Lo sé. Sé lo que sientes. Veo la bestia... A veces la bestia me mira a través de tus ojos. Heladora.

Un impaciente ruido metálico. Tardé un poco en saber de dónde procedía. De encima del fogón. El hervidor. Ella se mantenía firme gracias al atizador de hierro. Lo sentí como una certeza absoluta, hundiéndose en el suelo de madera. Yo no le recordaría los atizadores. Oí el agua conforme surgía y manaba de la boca del hervidor, enfriándose mientras caía, pero aun así me escaldó al golpearme. Debí de retorcerme bajo su pie porque ella me sujetó, y entonces el atizador me tocó detrás del brazo como para guiarme.

—Para calentar tu gélido corazón de ceniza —dijo.

Comprendí lo paciente que ella podría llegar a ser. Llegó el agua. Mi mente se quedó en blanco. Otra vez. Solo podía pensar en que el hervidor se enfriaba lentamente en su mano. No lo soportaba. Me mordí el labio para no complacerla con una queja. Ella me dio más motivos todavía para quedarme quieta.

—Como abras la boca, lo herviré para sacarlo de tu mente —dijo—, llenándote la oreja de agua.

Cualquier lerda con dos dedos de frente habría salido corriendo colina abajo apenas se hubiera visto libre del pie de Leopolda. Pero para entonces yo ya había caído presa de su oscura inteligencia. Era incapaz de pensar con claridad. Había rezado con tal fuerza que creo que se me rompió algún engranaje de la mente. Recé mientras su pie me aplastaba la garganta. Mientras mi piel reventaba. Recé incluso cuando oí el viento que pasaba y chillaba en los destrozados nidos de los pájaros. No me detuve cuando cayó una luz pura, dando vueltas lentamente detrás de mis párpados. El rostro de Dios. Ni siquiera eso interrumpió mi continua plegaria. Surgían palabras. Surgían palabras desde ninguna parte y me anegaban la mente.

Ahora yo podía rezar mejor que cualquiera de ellas. Que todas ellas juntas con toda su fuerza. Había quedado demostrado. Me volví hacia ella en una nebulosa cuando dejó que me levantara. Mis pensamientos se habían esfumado y, sin embargo, recuerdo lo perpleja que me sentí. En sus ojos brillaban las lágrimas, muy hondo, como un reflejo hundiéndose en un pozo.

—Ha sido tan duro, Marie —susurró. Le temblaban las manos. El hervidor chasqueó contra la cocina—. Pero he usado toda el agua. Creo que él se ha ido.

—He rezado —dije tontamente—. He rezado con todas mis fuerzas.

—Sí —contestó—. Querida mía, lo sé.

Nos quedamos sentadas en silencio porque ya no teníamos palabras. Dejamos que la masa subiera y la golpeamos una vez más. Ella me dio un tazón de papilla, sacó el salchichón de un armario especial cerrado con llave y se lo llevó a las hermanas. Se

sentaron en el comedor, masticaban el salchichón, y yo las oía. Podía oír cómo sus dientes mordían el pan y la carne. No podía moverme. Mi camisa estaba seca, pero la tela se me pegaba a la espalda y era incapaz de pensar con claridad. Estaba perdiendo el juicio intentando comprender cómo funcionaba su mente. Había pasado ante mí con el atizador y yo jamás sería una santa. Me desanimé. Sentía como si yo no tuviera ninguna voz interior, nada que me dirigiera, ninguna oscuridad, ninguna Marie. Estuve a punto de tirar esa papilla de avena a los pájaros y de salir corriendo, cuando en mi cabeza surgió de pronto la visión, resplandeciente.

Yo estaba bañada en oro. Tenía los pechos desnudos y mis pezones centelleaban y titilaban. La punta era de diamante. Podía atravesar cristales, podía atravesar ventanas. Ella estaba a mis pies, tragándose los cristales rotos a cada paso que yo daba. Yo cruzaba otra ventana, y otra. Los cristales que ella tragaba cortaban y trituraban sus entrañas hambrientas hasta que no fueron más que un fino polvo. Tosió. Tosió una nube de polvo. Y después no era más que un negro harapo que ondulaba, enganchado en un alambre de púas, y colgaba allí durante una eternidad hasta pudrirse bajo la brisa.

Lo vi, con la boca abierta y la mirada clavada en los árboles que se agitaban con el viento.

—¡Levántate! —gritó—. Basta de soñar. Es hora de cocer el pan.

Las otras dos hermanas habían llegado con ella, dos mujeres corpulentas con manos como remos. Aplanaban y extendían el fuego bajo las enormes mandíbulas del horno.

—¿Quién es esta? —preguntaron a Leopolda—. ¿Es tuya?

—Es mía —asintió Leopolda—. Una chica muy buena.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó una.

—Marie.

—Marie. Estrella del mar.

—Brillará —dijo Leopolda—, cuando hayamos quemado toda la negra herrumbre.

Las otras mujeres se echaron a reír, pero con una risa titubeante. Eran dos francesas rudas y lentas, que no entendían las retorcidas bromas de Leopolda, aunque murmuraban respetuosamente a todo lo que ella decía. Yo sabía que ellas no se creerían lo que había hecho con el hervidor. De modo que permanecí callada.

—*Elle est docile* —dijeron con aprobación al marcharse para almidonar las sábanas.

—¿Duele? —me preguntó Leopolda en cuanto salieron por la puerta.

No respondí. Me sentía mareada a causa del dolor.

—Ven —dijo.

El edificio se hallaba ahora en silencio. La seguí por las estrechas escaleras hasta un pasillo de diminutos dormitorios, lleno de puertas, igual que un hotel. Su celda se encontraba al final de todo. En el interior había un basto jergón, una pequeña

estantería sobre la que colgaba un cuadro de san Francisco de Asís, una palma andrajosa y un crucifijo. Me ordenó que me quitase la blusa y me sentase en el colchón. Obedecí. Buscó un bote de unguento en la estantería y comenzó a untármelo en mis llagas. Su mano dibujaba con firmeza lentos y amplios círculos, deteniendo el dolor. Cerré los ojos. Esperaba ver la dócil oscuridad. Paz. Pero en su lugar surgió de nuevo la visión. Mis pechos tenían todavía las puntas de diamante. Atravesaba ventanas. Y ella masticaba las esquirlas que yo iba dejando tras de mí.

—Me marcho —dije—. Deje que me vaya.

Pero ella me sujetaba.

—No te vayas —dijo rápidamente—. No lo hagas. Acabamos de empezar.

Yo me iba debilitando. Mis pensamientos eran un penoso torbellino. El dolor había alimentado mi fortaleza, pero en cuanto me abandonó, comencé a olvidarlo, no podía aguantar. Empecé a preguntarme si de verdad me había escaldado con el hervidor. Era incapaz de recordarlo. Acordarme de aquello me parecía lo más importante del mundo. Estaba perdiendo la memoria. El agua hirviendo. Derramada sobre mí. Empezaba a desvanecerse. Sentí como si mi mente se precipitara fuera, ondeando al viento, colgando por los pelos de mi propio dolor. Me retorcí para liberarme de sus manos.

—Él siempre ha estado en usted —dije—. Incluso más que en mí. La ha deseado todavía más. Y ahora la ha alcanzado. ¡Atrás!

Grité esas palabras, agarré mi blusa y salí corriendo por la puerta mientras me echaba encima la prenda. Bajé las escaleras y llegué a la cocina, pero a pesar de todo lo que yo me iba diciendo a mí misma, no logré salir. No había terminado. Y ella sabía que no me iría. Su paso tranquilo sonó enseguida a mis espaldas.

—Ahora tenemos que sacar el pan del horno —dijo.

Fingía que no había pasado nada. Pero por primera vez, yo había encontrado una fisura en su oscuridad. Había rozado una duda. Su voz era tan baja y quebradiza que se quebró al final de la frase.

—Ayúdame, Marie —articuló lentamente.

Pero yo no pensaba ayudarla, aunque ella me abrochaba tranquilamente la blusa y me metió en las manos las gruesas manoplas de tela para sacar las hogazas de pan. En ese momento podría haber salido corriendo. Pero no lo hice. Sabía que algo estaba a punto de completarse. Algo iba a suceder. Mi espalda era un muro de llamas sibilantes. Me di la vuelta. La miré mientras cogía el largo tenedor en una mano para comprobar los panes con leves golpecitos. Con la otra mano agarró el atizador negro para enganchar los moldes.

—Ayúdame —dijo de nuevo, y reflexioné.

Sí, esto formaba parte de ella misma. Me puse las manoplas y abrí la puerta con fuerza. El horno abrió la boca de par en par. Ella dio un paso atrás, dejando que se disipara la primera vaharada de calor. Me coloqué detrás de ella. Notaba el calor delante y detrás de mí. Delante, detrás. Mi piel se iba tornando del color del oro

batido. Llegaba más rápido de lo que yo creía. El horno semejaba la puerta de un infierno personal. Justo lo bastante grande y caliente para una persona, y esa era ella. Una patada y Leopolda se precipitaría allí dentro de cabeza. Y eso solo sería una millonésima parte del calor que sentiría cuando terminara al fin por derrumbarse en su abrazo diabólico.

Los santos conocen esos números.

Se inclinó hacia delante con el tenedor extendido. Le propiné una patada con todas mis fuerzas. Voló hacia dentro. Pero el atizador que sujetaba con el brazo extendido golpeó primero la pared del fondo, por lo que ella rebotó. El horno no era tan hondo como yo me creía.

Durante un fugaz momento sentí una especie de fina y ardiente decepción, al igual que cuando un pez se escurre del anzuelo. Solo que esta vez iba a ser yo quien se perdiera. Ella permanecía callada en un silencio aterrador. Se giró de pronto. Su velo presentaba bordes afilados. Sujetaba el atizador en una mano. En la otra, sostenía ese largo tenedor que había utilizado para golpear la delicada corteza de los panes. Su rostro se volvió del revés en sus hombros. Se tornó azul. Pero los santos están acostumbrados a los milagros. No sentí el menor miedo.

Si yo debía perderme, ¡que cortaran los diamantes! ¡Que comiera pues cristales rotos del suelo!

—¡Putas de Jesucristo! —grité—. ¡Arrodíllate y suplica! ¡Lame el suelo!

Y entonces me atravesó la mano con el tenedor, antes de alzar el atizador hasta la altura de mi cabeza y dejarme inconsciente de un golpe.

Volví en mí una hora más tarde quizá. Todo era tan extraño. Tan extraño que apenas puedo contarlo de lo placentero que resulta recordarlo. Pues cuando recobré el sentido, aquello estaba ocurriendo de verdad. Me estaban adorando. De algún modo yo había ascendido hasta el altar de una santa.

Estaba tumbada en el duro sofá en el despacho de la madre superiora. Miré a mi alrededor. Era como si mi sueño más profundo se hubiera hecho realidad. Las hermanas del convento estaban arrodilladas ante mí. La hermana Bonaventure. La hermana Dymyna. La hermana Cecilia Saint-Claire. Las dos con manos como remos. Todas estaban de rodillas. Algunas tenían capas negras sobre sus cabezas. Mi nombre zumbaba por toda la habitación como una enorme mosca otoñal que se hubiera posado en la punta de sus lenguas en medio del latín, revoloteando entre las pesadas cortinas oscuras como la sangre y dando vueltas alrededor de sus fajadas cabezas. ¡Marie! ¡Marie! Una muchacha arrojada a un armario. Que le tenía miedo a una bota de goma. Que estaba medio vencida. Una muchacha que entró por la puerta de atrás, donde tiraban la basura. ¡Marie! Que nunca encontró la taza. Que tuvo que comerse las gachas frías. ¡Marie! Leopolda tenía el rostro hundido entre los dedos. ¡Santa Marie de las Sagradas Sobras! ¡Santa Marie del Tenedor del Pan! ¡Santa Marie de la Espalda Quemada y el Culo Escaldado!

Estallé en una sonora carcajada.

Levantaron la mirada. Todas las puertas del santo infierno se abrieron de par en par cuando desperté. Yo seguía sin comprender lo que estaba pasando. Estaban observando y hablando, pero no a mí.

—Las marcas...

—Tiene la mano cerrada.

—*Je ne peux pas voir.*

Yo no era tan estúpida como para preguntar de qué estaban hablando. Era incapaz de explicar qué hacía yo tumbada entre sábanas blancas. Era incapaz de explicar por qué todas rezaban por mí. Pero os diré una cosa. Parecía lo más natural del mundo. Era yo. Levanté la mano como en mi sueño. Estaba totalmente flácida de santidad.

—Que la paz sea con vosotras.

Mi brazo no era más que sangre seca desde la muñeca hasta el codo. Y me dolía. Sus rostros giraron como flores planas de adoración para seguir los movimientos de aquella mano. Dejé que se balanceara en el aire, impartiendo la bendición de una santa. Había practicado. Sabía exactamente cómo actuar.

Ellas murmuraron. Me permití un suspiro y un dorado haz de luz penetró de pronto por la empañada ventana e inundó mi cara directamente. ¡Un perfecto golpe de suerte!

Necesitaban convencerse del todo.

Leopolda seguía en el fondo de la habitación. Tenía los nudillos apretados en la garganta. Dejad que os diga que una santa tiene los sentidos tan afilados como los de un lobo. Yo sabía que ya la tenía en mis manos. Cómo sucedió no importaba. Lo último que yo recordaba era que ella había salido volando del horno y me había apuñalado. Aquello no podía ser más real.

—Acércate, hermana Leopolda. —Le hice una señal con mi herida celestial. Ay, cuánto dolía. Sangró cuando abrí de nuevo la zona donde había comenzado a cicatrizar—. Arrodíllate junto a mí —dije.

Se arrodilló, pero por lo visto no le funcionaba la laringe, pues abrió la boca y la cerró, pero no brotó el menor sonido. Se me hizo un nudo en la garganta con el noble regocijo que, según había leído, caracterizaba a las santas. Ella no podía hablar. Pero estaba vencida. Lo veía en sus ojos. Ahora me miraba fijamente con todo el infinito odio que manaba de esa rueda de polvo diabólico que giraba dentro del vacío de su ser.

—¿Qué es lo que me quieres decir? —pregunté. Por fin habló.

—He contado a las hermanas lo de tu pasión —consiguió articular con voz ahogada—. Cómo los estigmas..., las marcas de los clavos... aparecieron en la palma de tu mano y cómo te desvaneciste ante la visión sagrada.

—Sí —dije con curiosidad.

Entonces, un instante después, comprendí.

Leopolda se había salvado a sí misma gracias a su rápido cerebro. Había sido testigo de un milagro. Había escondido el tenedor y relatado esa historia a las demás.

Y, por supuesto, ellas la creyeron, porque ignoraban los caminos de Satán ni dónde solía buscar refugio.

—Yo lo vi desde el principio —afirmó la más gruesa, que había metido el pan en el horno—. La humildad de espíritu. Tan rara en estas muchachas.

—Yo también lo vi —sostuvo la otra con gran satisfacción. Suspiró lentamente—. Ojalá fuera yo.

Leopolda se hallaba de rodillas y muy erguida, con el rostro encendido y crispado, una fuente de fulminante ponzoña contenida a duras penas.

—Jesucristo me ha marcado —afirmé. Esboqué una altiva sonrisa de santa en su cara. Y entonces la miré. Ese fue mi error.

Pues la vi ahí, arrodillada. Leopolda, con su alma como una bota de goma. Con su semblante de rata hambrienta. Con sus ojos desesperados, que se ahogaban en los profundos pozos de su maldad. No habría nadie más después de mí. Y yo me marcharía. Vi a Leopolda arrodillada entre los escombros de su amor.

Mi corazón había estado a punto de salirse del pecho, arrastrado por la negrura de mi dichoso ardor. Ahora volvía a su sitio. Sentí lástima por ella. La compadecí. La compasión se retorció en mis entrañas como si aquel palo con gancho me estuviera atravesando al final. Estaba atrapada. Era una sensación mucho más terrible que cualquier cantidad de agua hirviendo derramándose sobre mí y mucho peor que el tenedor clavándose en mi mano. Y aun así, no pude evitar hacer lo que hice. Yo ya había sonreído con el comedido perdón de la santidad. Me escuché a mí misma hablando con voz suave.

—Recibe el don de mi sangre sagrada —murmuré.

Pero mi corazón no estaba. No sentí alegría cuando ella se inclinó para tocar el suelo. Ni un oscuro sobresalto. Me recosté en las almohadas blancas. Un polvo blanquecino giraba en los haces de luz. Mi piel era polvo. Polvo mis labios. Polvo las uñas sucias de mis pies.

Levántate, pensé, ¡levántate y anda! ¡Este polvo es ilimitado!

El salto del guerrero

Nunca he deseado gran cosa, y he necesitado todavía menos, pero lo que ocurrió me vino servido en bandeja. Por ser un Kashpaw, solía pensar. Nuestra familia era respetada porque éramos los últimos jefes hereditarios de esta tribu. Pero los Kashpaw se fueron extinguiendo, la gente se olvidó y yo seguía recibiendo ofertas.

¿Qué clase de ofertas? No hay más que preguntar...

Para empezar, trabajos. Cuando salí de Flandreau, me pitaban los oídos por mi forma de jugar al fútbol, y lo primero que dijeron fue: «¡Nector Kashpaw, ve al oeste! ¡Hollywood te necesita!». En aquellos tiempos se rodaban muchas películas del Oeste. No suelo hablar de esto a menudo, pero estaban contratando a gente para una secuencia en Dakota del Sur y ese cazatalentos se fijó en mí cuando estaba en mi último curso. Su productora buscaba extras para las escenas del tren. Debido a mi elevada estatura me contrataron para hacer el papel del indio más grande. Pero no sabían que yo era un Kashpaw, porque tenía que morir enseguida.

«Llévate las manos al pecho y cáete del caballo», me ordenaron. Eso era todo. En el cine, el papel de los indios se reducía a morir.

Entonces me pareció que ya era suficiente con que te mataran la única vez que has de morir en esta vida y me largué de allí. Salté de un tren con rumbo al cinturón del trigo y trabajé en la trilla. Allí también recibí ofertas. Encontraba trabajo con facilidad. Trabajé durante un año. Estaba pensando en quedarme, pero de pronto me hicieron una oferta que me quitó las ganas por completo de instalarme en Kansas.

En el centro de la ciudad conocí a una vieja muy rica. Estaba en su coche parada cuando me vio pasar.

—Pregúntale al jefe si le gustaría trabajar para mí —le dijo su empleado sentado delante. Y eso mismo hizo su empleado, un soldado.

—¿Haciendo qué? —pregunté.

—Quiero que pose para mi obra maestra. Dile que lo único que tiene que hacer es quedarse de pie sin moverse y dejar que yo lo pinte.

—No parece muy difícil —dije. Y acepté.

Me pagaba cincuenta dólares. Fui a su casa. Me dieron de comer, y más tarde me enviaron al establo. Entré. Cuando la vi vestida con una bata blanca y un sombrero parecido a una torta negra y aplastada en la cabeza, sentí lástima por ella. Era una vieja decrepita. Con los dientes torcidos. Me colocó sobre un bloque de madera y me dijo:

—Desvístete.

Nunca nadie me había ordenado que me quitara la ropa así, sin más. Así que fingí que no la entendía.

—¿Si he visto qué? —pregunté.

—Desvístete —repitió.

Permanecí inmóvil con gesto perplejo. ¡Qué lamentable!, pensé. Entonces la mujer comenzó a hacerme una demostración desabrochándose la bata. Yo me disponía a ir a ayudarla cuando exclamó casi con un grito:

—¡Quítate la ropa!

Por supuesto quería pintarme totalmente desnudo. Había muchas pinturas de desnudos en el establo. Me negué a hacerlo. Me ofreció más dinero, más y más dinero, hasta que me ofreció tal cantidad que no me quedó más remedio que olvidarme de mi dignidad. De modo que aquella mujer me pagó ni más ni menos que doscientos dólares para que me quedara de pie sin moverme, solo con un pañal.

No me lo podía creer cuando, más tarde, me enseñó el cuadro. Se llamaba *El salto del guerrero*. Con el tiempo, aquella obra se haría famosa. Colgaría en el capitolio de Bismark. Allí aparecía yo, desnudo por supuesto, tirándome de cabeza desde un acantilado a un río rocoso. Una muerte segura. ¿Recordáis la frase de Custer? ¿«El único indio bueno es el indio muerto»? Pues bien, después de mis tratos con los blancos, añadiría a esa cita: «El único indio interesante es un indio muerto o el que está a punto de morir tras caerse hacia atrás del lomo de su caballo».

Cuando comprendí que al vasto mundo solo le interesaba mi muerte, volví a casa sentado en la parte trasera de un tren. «Mientras iba de polizón, una noche la luna se deslizó en el vagón». El aire era fresco. Recordé ese cuadro y supe que Nector Kashpaw engañaría a aquella patética mujer rica que lo había retratado y sobreviviría a esas aguas bravas. Aguantaría la respiración al chocar contra el agua y dejaría que la corriente me llevara a la superficie evitando las afiladas rocas. No lucharía contra ella y de ese modo llegaría hasta la orilla.

De vuelta en casa, me pareció que eso mismo estaba ocurriendo durante un tiempo. Todo estaba tranquilo. Vivía con mi madre y Eli en la vieja casa, salía a cazar, a vagar por ahí o a cortar leña. No dejaba de pensar en el único libro que había leído en el instituto. Por alguna razón, el cura de Flandreau no nos enseñó, a lo largo de esos cuatro años, otro libro que *Moby Dick*, la historia de la gran ballena blanca. Me lo sabía de memoria. Incluso había robado un ejemplar del colegio para llevármelo a casa en la maleta.

Aquello desembocó en otro famoso malentendido.

—Siempre estás leyendo ese libro —me dijo mi madre una vez—. ¿De qué va?

—Es la historia de una gran ballena blanca.

No podía creérselo. Al cabo de una larga pausa, dijo:

—¿Quién es el vaina^[4] de todos esos blancos?

Le expliqué que la ballena era un pez tan grande como la iglesia. Tampoco se lo creyó. ¿Quién podría hacerlo?

«Llamadme Ismael», decía yo a veces, pero solo a mí mismo. Pues sobrevivió al enorme monstruo blanco del mismo modo que yo escapé del cuadro de la dama rica.

Él había dejado que el agua subiera su ataúd a la superficie. En mi vida hasta ahora me había tomado las cosas con calma y había salido a flote, como él. Pero el río todavía no había terminado conmigo. Yo flotaba en los remansos, pero en alguna parte el río se bifurcaba.

Hasta ahora no he mencionado las otras propuestas que había recibido. Me ofrecían golosinas, dulces golosinas entre las sábanas. Había chicas como caramelos masticables, mujeres casadas como caramelos ácidos, viudas como sabrosas nubes, e incluso un hombre como sal gema o azúcar cande en una selva de maleza. Jamás hice nada para provocar estas propuestas. Simplemente surgían. No me lo pensaba dos veces. Hasta que me enamoré de verdad.

Lulu Nanapush fue quien despertó mi avidez.

Cuando éramos niños, en el internado, yo la trataba como a una hermana y compartía con ella mis sándwiches de mantequilla de cacahuete en el autobús para que parara de llorar. Dejaba que viniera conmigo a la ciudad. En el cine le compraba regaliz. Después, crecimos alejados el uno del otro. Yo volví a casa y la vi bailando entre el gentío de los viernes por la noche. Mariposeaba con otros dos tipos. Por primera vez, al verla, supe exactamente lo que quería. Tonteamos el uno con el otro. Nos encontramos detrás de la sala de baile y nos besamos. Supe que deseaba probar más y más del dulce sabor de su boca. Me volví egoísta. Fluíamos lentamente el uno en brazos del otro.

Entonces apareció Marie, y esto es lo que no comprendo: ¿cómo puede cambiar en un instante el curso de una vida?

Lo único que sé es que subía la colina del convento con la intención de vender unos gansos y bajé la misma colina con esos gansos todavía colgados de mi brazo. A mi lado caminaba una muchacha muy joven con la boca como una pensión de mala muerte, aunque era inocente. Me daba la mano a regañadientes. Y sin embargo yo no podía soltar su mano y dejar que caminara sola.

Tenía un sabor amargo. Yo ansiaba esa diferencia después de todos esos años de dulzura fácil. Pero todavía me apetecían las golosinas. Nunca logré saciarme de las dos cosas, y ese fue mi problema y el motivo por el que, mucho después de la bifurcación de mi vida, siguiera pensando en Lulu.

Aunque no tuve mucho tiempo para pensar en mis años de casado. Me gustaban cada uno de nuestros bebés, pero a veces hacía malabares con ellos con ambas manos y perdía el control. Tanto Marie como yo perdíamos el control. En un año murieron dos, un niño y una niña de pocos meses. Hubo un largo periodo de silencio, de un silencio terrible, antes de que los bebés comenzaran a surgir de nuevo por todas partes. En cuanto regresaron, estaban por toda la casa. En los fondos de los armarios, en la cómoda y en las camas nido. Levantabas una manta y unos cuantos se ponían a chillar debajo. Perdí la cuenta de cuáles eran nuestros y cuáles eran niños que había acogido Marie. Acogerlos la había ayudado después de que perdiéramos a nuestros dos bebés. Aquello continuó. Los más pequeños dormían con nosotros, en el lecho de

nuestra dicha, y yo trepaba por encima de ellos para hacer otros más. Parecía que aquello no tendría fin.

A veces me escapaba. Necesitaba un descanso. Salía a beber y Marie me echaba una buena bronca. Al cabo de unos años, los bebés empezaron a andar, pero eso solo significó que necesitaban zapatos en sus pies. Me rendí. Apreté la nariz contra el volante. Y la mantuve allí durante muchos años y apenas levantaba la cabeza para darme cuenta de que el mundo seguía su marcha, lleno de prodigios y criaturas, mientras yo me hacía viejo haciendo pacas de heno para granjeros blancos.

Transcurrió tanto tiempo en ese relámpago que todavía me asombra. Ha llovido mucho, como quien dice. Quizá fueron rápidos, un remolino que me arrastraba a tal velocidad que no podía mirar a los lados, solo mantener los ojos al acecho del peligro más inminente. Diecisiete años de matrimonio y de niños que iban y venían.

Y entonces fue como si el río desembocara en un remanso.

Tal vez apartara los ojos de la corriente demasiado pronto. Tal vez el desenfrenado paso del tiempo me había mareado. Fue una conmoción. Recuerdo el día que sucedió. Yo estaba sentado en las escaleras arreglando con alambre un tiesto de Marie que se había roto, cuando de pronto se produjo un gran silencio. Los niños dejaron de gritar. Marie dejó de regañar. Los bebés dormían. Las vacas también. Los perros estaban tumbados al sol. No se movía nada. Ni una hoja, ni una campana, ni un ser humano. Ni un solo sonido. Era como si el mismísimo aire se hubiera desplomado.

En aquel silencio, levanté la cabeza y miré a mi alrededor.

Lo que vi fue el tiempo que transcurría, los minutos que se acumulaban a mis espaldas antes de que yo pudiera estrujarlos y exprimirles algo de vida. Lo que yo digo es que todo iba tan rápido que me encontré sentado en el medio. El tiempo corría a mi alrededor como el agua en derredor de una enorme y húmeda roca. La única diferencia era que yo no era tan duradero como una roca. Muy pronto me desgastaría hasta desaparecer. Ya estaba ocurriendo.

Me llevé la mano a la cara. Quedaba menos de mí. Menos músculo, menos pelo, menos mandíbula fuerte, menos de lo que solía funcionar más abajo. Menos ofertas. Era 1952, y había hecho lo que se esperaba de mí: había engendrado hijos y presidido la tribu. Eso era todo. Y no dejéis que lo último os engañe. Estar en la primera fila de la política local significaba un sueldo de miseria y ni un solo agradecimiento. Ni siquiera me había presentado a las elecciones. Alguien había apuntado mi nombre en las papeletas, y la noche en que acepté el cargo me convertí en alguien mermado, casi al instante. Me salieron canas de la noche a la mañana. Al día siguiente colgaban entre las púas del peine.

Cada vez menos, hasta que terminé sentado en los escalones en 1952 pensando que debería aferrarme a lo que todavía me quedaba.

Con ese estado de ánimo comencé a pensar en Lulu. La verdad es que nunca la había olvidado. Recordé a qué velocidad fluíamos ambos hacia los brazos del otro

antes de que todo se enredara y me arrastrara lejos. En mi mente veía sus brazos extendiéndose llenos de deseo mientras yo iba encogiéndome en la distancia azulada del matrimonio. Aunque las cosas habían pasado sin esfuerzo por mi parte, para poder regresar tendría que nadar contra la corriente del tiempo.

Sacudí la cabeza para aclararme las ideas. Los niños empezaron a chillar. Marie protestó, los bebés se pusieron a lloriquear, la vaca pisoteó el suelo con fuerza y los perros gruñeron. El momento de calma había terminado; había sido breve, pero lo cierto es que cuando me levanté de las escaleras, había cambiado.

Dejé el tiesto arreglado sobre la mesa, cogí mi sombrero de la percha, salí y me dirigí al pueblo en la camioneta. Mi cerebro me enviaba el tipo de señal sorda que solía anunciar una larga borrachera, y sin embargo no era eso lo que me apetecía hacer.

De todos modos, en cuanto llegué al pueblo y me detuve en las oficinas tribales, emborracharme resultó totalmente impensable. Se produjo una emergencia.

He aquí que los acontecimientos dieron un vuelco y volvieron a enredarse.

Estamos en julio. El sol es una furibunda bola blanca. Dos enormes semirremolques de la Polar Bear Refrigerated Trucking Company están aparcados en el patio de la agencia delante de las oficinas. ¿Y qué carga creéis que llevan? Mantequilla. Eso es. Diecisiete toneladas de un excedente de mantequilla el día más caluroso de 1952. Eso es lo que se necesita para reunirnos a Lulu y a mí.

Una coincidencia. Ahí estoy, discutiendo con los conductores, que quieren descargar la mantequilla, cuando Lulu llega en su coche. La veo, conduciendo despacio y con suavidad gracias a los amortiguadores de lujo de su Nash Ambassador Custom.

—Oye, Lulu —le grito, mientras le indico que entre en el gran patio caliente—, ¿tienes un par de horas libres?

Baja la ventanilla y me responde que quizá. Es altiva y distante desde que éramos jóvenes. No estoy pensando en nada que no sea repartir la mantequilla, lo juro. Y sin embargo, cuando se baja del coche, no puedo evitar reparar en un interesante detalle de su vestido. Se vuelve de lado. Puedo ver cómo está abotonado por toda la espalda. Son botones pequeños, cuadrados, gruesos, como los caramelos de menta que ofrecen junto a la caja registradora en un restaurante elegante.

He estado en la capital del país. Allí aprendí que está mal visto escupir tabaco. Para curarme de mascararlo, me acostumbé a liar mis propios cigarrillos. De modo que llevo lo necesario en el bolsillo, y rápidamente me lío uno para distraer la mente y no pensar en si esos botones le harán daño al sentarse.

—¿Tu coche tiene aire acondicionado? —pregunto.

Responde que sí. Entonces le pido, con tono cortés y natural, que me ayude a entregar estas cajas de veinticinco kilos de excedente de mantequilla, que seguramente se derretirán y chorrearán si se quedan al sol.

Suspira. Parece molesta. Tiene el pelo rizado en la nuca. Para ella, Nector Kashpaw es un pesado. Ella no ve en él nada de su juventud. Se ha vuelto aburrido. Rígido. Parece mentira, piensa, con lo bien que se movía en una pista de baile antaño. Incluso hay canas en sus cejas ahora. ¡Cuesta creer que hubo un tiempo en que las chicas lo seguían a todas partes!

Pero, bueno, necesita de su aire acondicionado, así que ¿qué diablos? Esto es lo que leo cuando se encoge de hombros.

—Cárgalos —contesta.

De modo que cargo el coche, me subo en el asiento del copiloto y comenzamos a repartir la mantequilla. No seguimos ningún plan, puesto que se trata de una entrega imprevista. Ella se detiene en un patio y yo arrastro una caja, o dos, si tienen un sitio donde conservarla. Entre entrega y entrega no abrimos la boca.

Cada vez que volvemos a la agencia para cargar más mercancía, va quedando menos mantequilla en los semirremolques. Se ha corrido la voz y la gente se acerca a recoger la mantequilla directamente. Parece sorprendente, pero todas esas toneladas desaparecen muy rápido, demasiado rápido, porque Lulu y yo todavía no hemos intercambiado una sola palabra en el coche. La tarde se va calentando al máximo con un calor que durará varias horas. El interior del coche tiene un tapizado suave y mullido, y está fresco. Detesto bajarme cuando nos detenemos en los patios. Lulu sonríe y habla con la gente que sale de sus casas. En cuanto nos hallamos solos, sin embargo, se encierra en sí misma y tararea alguna canción que ha oído en la radio. Intento romper el silencio varias veces.

—Siento mucho lo de Henry —digo. Su marido había muerto en las vías del tren. No había tenido la oportunidad de darle el pésame.

—Era un buen hombre. —Es lo único que consigo por respuesta.

—¿Qué tal están los chicos? —pregunto más tarde. Sé que tiene muchos, pero jamás lo adivinarías. Parece tan joven.

—Muy bien.

Desesperado, le digo que tiene un arriate de petunias que son la envidia de muchos y diseminados vecinos. Marie lo ha comentado a menudo.

—Mis petunias —me dice con voz inexpresiva— no son asunto tuyo.

Eso me cierra el pico durante un buen rato. Comprendo que es inútil. Haga lo que haga, nada resulta de su agrado. Y la verdad es que yo tampoco sé lo que quiero. Quizá un simple comentario de que yo, Nector Kashpaw, un repartidor de mantequilla de mediana edad, era el musculoso joven que la entusiasmaba y seducía hace mucho tiempo.

Pero resulta que conseguiré mucho más. No por nada de lo que yo haya dicho o hecho. Es mucho más misterioso que eso.

Regresamos a la agencia después de la última entrega y solo nos quedan dos cajas en los asientos traseros, mi caja y la suya. Desde lo de las petunias, ni siquiera ha vuelto a tararear. Por lo que no salgo de mi asombro cuando, en un repentino

arrebato, me lanza lo bonito que sería subir hasta el mirador para contemplar la vista.

Ahora el tímido soy yo.

—Tengo que irme a casa —respondo— con la mantequilla.

Pero ella coge el desvío hacia la colina sin más. Su piel resplandece, como si estuviese dorada bajo la tez morena. Tiene el pelo seco y electrizado. Oí cómo le había dicho alguien, en una casa donde nos habíamos detenido, que no le había dado tiempo a rizárselo. Los rizos de su permanente han desaparecido, aquí y allá, en la frente. En algunas mujeres aquello podría resultar raro, pero a Lulu le da una cierta elegancia, al igual que sus diminutos pendientes de cristal y el colorete en las mejillas.

No la comparo con Marie. No se me ocurriría hacerlo. Pero el apremiante deseo que siento por Lulu se torna de pronto terrible y triste.

—No creo que debamos hacerlo —digo cuando nos detenemos. Las sombras se alargan, suaves y azuladas, a los pies de los árboles.

—¿Hacer el qué?

Se gira hacia mí con la boca apretada en un triángulo brillante, los pómulos altos y marcados, la barbilla como una taza y los ojos chispeantes, y me mira.

—Sentarnos aquí —respondo— a solas, así.

—Por el amor de Dios —dice—, no voy a morderte. Solo quería contemplar la vista.

Y eso es lo que hace. Se recuesta. Saca el brazo por la ventana. El aire es fresco. Extiende la vista hacia la franja de árboles y las ciénagas. Después, cierra los ojos.

—Caray, qué sitio tan bonito —dice. Su voz suena velada y satisfecha. Ya no parece enfadada conmigo, así que me animo a preguntarle lo que yo no sabía que quería preguntarle todo este tiempo. Me sorprende a mí mismo cuando brota de mis labios.

—¿Podrás perdonarme?

No me responde de inmediato, lo que me parece bien, porque debo acostumbrarme al hecho de que se lo he soltado.

—Quizá —responde al fin—, pero ya no soy la misma.

Estoy a punto de decirle que no ha cambiado nada, pero de repente me doy cuenta de lo mucho que sí ha cambiado. Se ha vuelto mucho más inteligente que yo al darse cuenta de que es diferente.

—Yo también soy otro ahora —consigo reconocer.

Me mira, y le sucede algo maravilloso en la cara. Se abre, como una flor que floreciera de golpe o la luna asomándose desde detrás de una nube. Está sonriendo.

—De modo que tu mantequilla se va a derretir —dice, y se echa a reír.

Alarga la mano hacia el asiento trasero y coge un paquete. Está envuelta en papel vegetal, blanda y aplastada, pero aún se conserva fresca. Me unta un poco en la cara. Estoy tan sorprendido que me quedo ahí sentado durante un momento, con cara de idiota. Después, me limpio la mantequilla de la mejilla. Le quito el bloque de las

manos y lo dejo en el salpicadero. Cuando nos abrazamos y nos besamos, tenemos mantequilla en las manos. Se va quitando a medida que nos tocamos y, después, desabrochamos uno la ropa del otro. ¡Todos esos botones! Hago que se dé la vuelta para no arrancar ninguno, antes de desabrocharlos con cuidado.

—Eres diferente —asiente—. Eres mejor.

No quiero que diga nada más. Le pido que se quede quieta. Sin moverse. Bajo el respaldo con una palanca. Sé cómo se hace porque estuve pensando en ello, distraídamente, mientras íbamos en coche. Sin embargo, no planeé lo que sucedió. ¿Cómo podría haberlo planeado? ¿Cómo podría haber sabido que utilizaría la mantequilla del salpicadero? Le unto un generoso puñado en la clavícula, en la curva de sus pechos, y después dejo que se deslice por el canalillo y sobre los pequeños y rugosos pezones. Le froto mantequilla en círculos sobre su vientre.

—Estás guapa así —digo—. Toda engrasada.

Se ríe, mientras permanece tumbada, y se toca donde quiere que le ponga más. Y eso es lo que hago. Después, con sus manos me guía dentro de su cuerpo.

La medianoche me encontró en mi furgoneta aquella noche de julio. Estaba sorprendido, agotado y más que asustado por lo que acabábamos de hacer, y me sentía tan bien. Me sentía ágil y fuerte en la brisa nocturna mientras volvía zumbando a casa; el aire fresco aspiraba el sudor a través de mi ropa y mis venas estaban repletas de agua dulce y caliente.

Al tomar el desvío por nuestro camino, divisé la lámpara, todavía encendida. Eso significaba que probablemente Marie estaría esperándome despierta para asegurarse de que durmiera en el cobertizo si llegaba borracho.

Entré en casa, dejando que la mosquitera se cerrara lentamente detrás de mí.

—Hola —mascullé, con la esperanza de poder alcanzar la siguiente habitación a oscuras y esconderme en la cama. Ella estaba sentada a la mesa de la cocina, leyendo un viejo catálogo. No levantó los ojos de la revista.

—¿Tienes hambre?

—No —respondí.

Ya sabía, por mi forma de andar o por el tono de mi voz, que yo no había estado bebiendo. Pasó rápidamente algunas páginas.

—Mira esta lavadora —dijo.

Me incliné para examinarla. Dijo que olía a mantequera. Le expliqué lo de las diecisiete toneladas de mantequilla a punto de derretirse y cómo no había parado de cargarla desde primera hora de la tarde.

—Ya, y te has bañado en ella también —dijo, observándome la ropa—. ¿Dónde está la nuestra?

—¿Qué?

—Nuestra mantequilla.

Me la había dejado en el coche de Lulu. Se me atragantó la lengua. Me quedé

mudo al ser consciente de mi repentina culpa.

—Te la has olvidado.

Enfadada, tiró la revista sobre la mesa y apagó la lámpara.

Yo tenía un trabajo de vigilante nocturno en una fábrica de enganches para remolques. Cinco noches por semana me instalaba en la garita del vigilante. Me pasaba la mitad de la noche barriendo con una escoba o arreglando alguna que otra cosa. La otra mitad, dormitaba, escribía mis informes como presidente tribal y hacía una ronda de vez en cuando. La sexta noche de la semana, salía de casa como de costumbre, pero en cuanto llegaba a la carretera donde vivía Lulu Lamartine, giraba. Escondía la furgoneta entre unos matorrales. Después, en la oscuridad, me encaminaba por la carretera hasta su casa.

Esas sextas noches sentía como si dejara mi cuerpo ante el volante inmóvil de la furgoneta para habitar otro mucho más joven. Me movía como agua embrujada. Lleno de fosas y rápidos. Cuando trepaba a la ventana de su habitación, crecía. Yo era una inundación que amenazaba los puentes. Incontenible. Me precipitaba en Lulu, y era un milagro que ella fuera capaz de resistir. Podía contenerme sin ceder terreno. O volar conmigo, desplegándose en sábanas y serpenteantes olas.

Yo podía retorcerme como una cuerda. Podía desaparecer bajo la superficie. Podía detenerme en seco y Lulu estaba allí en todo momento, solamente ella, sin bebés que sortear, enredados en alguna parte entre las sábanas.

De modo que aquello se prolongó durante cinco años.

Cómo logré llevar dos vidas paralelas fue una hazaña de drásticas proporciones. La mayor parte del tiempo, yo avanzaba en una difusa neblina de puro cansancio. Durante esos años, jamás conseguí dormir una mañana entera, porque siempre había niños escondidos por todas partes, dispuestos a soltar sus berridos en cuanto yo comenzara a cabecear. Ay, sí, Marie siguió acogiendo a niños. Al igual que la mantequilla, había un excedente de niños en la reserva y, por lo visto, nos llegaban de vez en cuando remesas inesperadas.

Me puse nervioso, y no era de extrañar con todas esas exigencias que pesaban sobre mí. En cuanto a Lulu, lo que comenzó como algo despreocupado e irregular se convirtió en un asunto de alta precisión de relojería. Yo debía llegar allí con puntualidad la sexta noche, marcharme justo antes del amanecer y dar y tomar todo el placer del que era capaz de aguantar entre medias. Cuanto más veía a Lulu, más comprendía que no pertenecía al misterioso país de los Nash Ambassador, sino que era una mujer real, como Marie, con una larga lista de necesidades que yo debía cumplir para complacerla.

Y yo tenía que colmar las necesidades de ambas, tanto de Lulu como de Marie. Me costaba Dios y ayuda no mezclar lo que cada una quería y cuándo.

Durante ese tiempo, sucedió que Lulu dio a luz.

Fue durante su embarazo cuando comencé a darme cuenta de que esta mujer no solo era de carne y hueso sino que además tenía la cabeza tan dura como una cuña de hierro. Por ejemplo, nunca quiso admitir que estaba embarazada.

—Me estoy poniendo como una vaca. —Chasqueó la lengua y se dio palmadas en el vientre, que lucía alto y redondo mientras el resto de su cuerpo permanecía delgado.

Una noche, mientras estrechaba a Lulu entre mis brazos, noté el movimiento del bebé. Ella no dijo nada, solo sonrió. Sus dientes blancos relucieron en la oscuridad. Trató de morderme, jugando, como haría un animal. De ese modo me desanimó para preguntarle si el niño era mío. Sentía celos de Lulu, y ella lo sabía muy bien. Estaba celoso porque no podía controlarla ni saber de sus andanzas. Yo conocía muy bien el carácter alegre y la carne dulce que tenía.

Y sin embargo no podía pedirle que me fuese fiel, puesto que yo no lo era. Yo engañaba a Lulu al estar casado con Marie, y viceversa por supuesto. Lulu me tenía sujeto por ese hilo mientras ella iba tejiendo su propio camino. Con quién se veía y lo que hacía, jamás podré saberlo. Pero mantengo que el niño se parecía a un Kashpaw.

De vez en cuando intentaba detener otra vez el tiempo buscándome un sitio tranquilo donde sentarme. Pero en cuanto experimentaba cierta sensación de placidez, apoyado en un árbol, en la furgoneta aparcada, sentado entre vacas o simplemente fumando en una roca, me inundaban los pormenores del amor y la política. Era como si yo me hubiera secado la mente solo para resultar anegado por, digamos, más asuntos tribales.

La política tribal chippewa era una espina en mis vaqueros. De hecho, nunca pedí ser presidente ni ninguna otra cosa, y sin embargo me hallaba en el tumultuoso corazón mismo de la política. Viajaba a Washington. Hablaba con el gobernador. Tenía que pelear como una comadreja, pero luchaba con una pata atada a la espalda porque además tenía otro combate que librar: comprarle una lavadora a Marie.

Durante un tiempo, Marie no quería de mí más que una cosa. No era amor, ni sexo, sino una triste lavadora. No podía reprochárselo, con tan enorme cantidad de pañales, petos y camisas. Pero nuestros pequeños remanentes de dinero iban gastándose antes siquiera de poder reunir la cantidad necesaria para pagar la entrada.

Aquellas riñas y peleas continuaron sin descanso. Estaba peor incluso que antes de que me detuviera para coger la mantequilla del salpicadero. Lulu me hacía envejecer al mismo tiempo que me devolvía mi juventud. Yo vivía a una velocidad vertiginosa, pasaba tan rápidamente del trabajo a casa, de casa al trabajo y del trabajo a los brazos de Lulu, y vuelta a empezar, que apenas lograba mantener la mente despejada. Tampoco podía luchar contra aquello. Tenía que apresurarme allí donde fuese. Solo confiaba en que me dejaran tirado en la orilla cuando todos esos que querían algo de Nector Kashpaw lo hubieran exprimido hasta la última gota.

De modo que estaba preparado para las dos situaciones que ocurrieron en 1957.

Supusieron casi un alivio, a decir verdad, porque cambiaron el curso de mi vida.

Lo primero fue un vendedor cree de Minneapolis, con mucha labia y cara achatada, que irrumpió y aparcó el coche en el patio de Lulu. Era Beverly Lamartine, hermano de Henry, un triunfador artero, capaz de ahorcar a Lulu por un dólar. Yo se lo dije. Ella solo se echó a reír.

—No haría daño a una mosca —afirmó.

—Lo mataré como te ponga la mano encima.

Me dirigió ese tipo de mirada que significaba que no pensaba contradecir un farol tan estúpido ni hablar de lo que era evidente, pero me espetó, acribillándome a balazos:

—Si no fuera por Marie...

—¿Qué? —pregunté.

Se mordió el labio y me miró. Se me heló la sangre. Se me pasó por la cabeza que pensaba casarse con este indio urbanita, con este veterano de guerra de pelo engominado y brazos tatuados.

—De eso nada —repuse—. No lo harás.

Esa idea me desazonaba, pero no pude hacer nada para influir en una cabeza tan dura. La tumbé bocarriba. Le sujeté los brazos encima de la cabeza. Le tiré del pelo de modo que tuviera que alzar la barbilla. Después, hice cuanto pude para convertirla en mi propia marioneta y hacerla bailar arriba y abajo a mi antojo. Eso fue lo que hice. Su cuerpo sudaba y se retorcía.

La obligué a absorber mi placer. Pero cuando me recosté, seguía sin encontrar la manera de que Lulu fuera mía, salvo una: dejar a Marie, algo que no era posible.

Al menos eso pensaba yo.

Aquella noche me fui en cuanto Lulu se reclinó en las almohadas. Subí a la furgoneta y me dirigí al lago. Aparqué, solo. Apagué las luces. Entonces, como yo no podía parar quieto ni a la hora más tranquila, allí junto al agua, me quité la ropa y me encaminé desnudo hacia la orilla.

Nadé hasta que sentí un claro tirón en el alma que me incitaba a regresar a casa y olvidarme de Lulu. Me dije que aquella noche la había visto por última vez. Renuncié a ella y me sumergí hasta el fondo del lago donde reinaba el frío, la oscuridad y el silencio, como el fondo de una tumba. Quizá debería haberme quedado allí sin ofrecer batalla. Quizá debería haber aspirado. Pero no lo hice. El agua me impulsó de vuelta hacia el corazón de mi vida.

Al día siguiente, me alegré de mi decisión de abandonar definitivamente a Lulu. Se aprobó el nuevo plan de ordenación territorial de la zona. Me alegré, porque si no había traicionado a Lulu antes, ahora tenía que hacerlo, por el terreno donde vivía. No era suyo. Aunque ella plantara petunias y colocara bebederos para pájaros debajo de la ventana, no era dueña del terreno, porque los Lamartine lo habían ocupado

ilegalmente. Esas tierras siempre habían pertenecido a la tribu, tal y como lamenté descubrir, y ahora el consejo tribal había decidido que el terreno de Lulu era el sitio idóneo para levantar una fábrica.

Oh, me opuse. Hice todo cuanto pude. Pero el dinero del gobierno se agitaba delante de sus narices. Al final, en mi condición de presidente tribal, se me entregó una carta mecanografiada para que yo la firmara, en la que se notificaba formalmente a Lulu que la expulsaban de sus tierras.

Mi mano descendió como en un sueño. Rubriqué mi nombre en la línea de puntos. La secretaria la metió en un sobre y después alguien la llevó hasta la puerta de Lulu. Intenté dejar que las cosas fluyeran por sí mismas, pero me encontraba atrapado detrás del volante. Me gustase o no, estaba pilotando algo que se hallaba fuera de control.

Aquella noche, intenté presentarme de improviso en la ventana de Lulu. No era la sexta noche de la semana, pero sé que me estaba esperando. Lo sé porque no me dejó pasar.

Fue entonces cuando el dolor y la quemazón se instalaron en mí con una ferocidad que me superaba. Apenas hube renunciado a Lulu, quise recuperarla.

Una calurosa noche de agosto, estoy sentado en el haz de luz, a la mesa de la cocina. Es la sexta noche, pero estoy en casa con Marie y los niños. Me rodean por todas partes, respirando profundamente o murmurando entre sueños. Aurelia y Zelda están acurrucadas en una cuna de viaje junto al fogón. Zelda gime en la penumbra y dice:

—¡Ay, rápido!

Sus piernas se mueven y se agitan como si estuvieran persiguiendo algo. Tiene la cabeza llena de horquillas negras entrecruzadas.

A mi lado está mi maletín de piel de vaca marrón, abierto y repleto de carpetas bien ordenadas, folletos y notas. Extraigo un bloc de renglones azules y un lápiz que nunca ha sido afilado. Le saco punta con la navaja. Después, limpio la hoja, cierro la navaja y me pregunto si de verdad voy a escribir lo que una parte de mi cerebro ha decidido.

Me lamo el dedo pulgar. El lápiz ataca. «7 de agosto de 1957». Mi mano se mueve hacia la izquierda. «Querida Marie». Me bajo dos renglones, tal y como me enseñaron en la escuela del gobierno. «Te dejo». Aprieto con tanta fuerza que se rompe la punta del lápiz.

Zelda se incorpora y olisquea el aire. Siempre ha tenido un sueño muy agitado. De niña solía cruzar toda la casa para ir a ver a sus padres. Muchas veces me despertaba y la encontraba a los pies de nuestra cama, agarrada a una pata con las dos manos, como si fuesen a arrastrarla a algún sitio.

Ahora, ya casi una adulta, Zelda sonrío a algo en su sueño y vuelve a echarse lentamente y desaparece bajo las sábanas, salvo por el bulto de la frente. Me rindo.

Cojo el lápiz y comienzo a escribir.

Querida Marie:

No me veo capaz de seguir así cuando cada día me hundo más y más en la miseria. Por supuesto, una vez te quise, pero durante todo este tiempo de atrás, también me he estado viendo con Lulu. Ahora me ha presionado y ha llegado el día en que tengo que levantarme y marcharme. Te pido perdón. Con ella he encontrado el amor verdadero. No tengo elección. Pero eso no significa que Nector Kashpaw vaya a olvidarse de los suyos.

Después de escribir la carta, la doblo rápidamente y la guardo en el maletín. A continuación, arranco una nueva hoja y comienzo otra.

Querida Lulu:

Quieres tenerme para ti sola desde hace tanto tiempo. ¡Pues ahora ya me tienes! Aquí estoy, cariño, todo tuyo. Esta es mi declaración oficial y por escrito. Tuyo hasta que se hiele el infierno.

Nector

Y entonces, quizá porque no lo pienso en serio, quizá porque solo quiero sacarme estos pensamientos de la cabeza, meto las cartas en el maletín y lo cierro con llave, apago la lámpara y me abro camino entre los niños dormidos hasta Marie. Cuelgo la camisa y los pantalones en la columna de la cama y me deslizo a su lado. Ella siempre duerme de costado, dándome la espalda, rodeando al bebé, que se encuentra pegado a la pared para que no se caiga. Siempre duerme así desde que yo aplastara a uno de ellos al girarme. Me pego a ella y le paso el brazo por la cintura.

Huele a leche, ceniza de leña y ropa secada al sol. Marie jamás ha utilizado un frasco de perfume. Tiene unas manos grandes, marcadas por cuchillos afilados y ásperas de tanta lejía. Su espalda es dura como una tabla de madera. Aun así me reconforta. Tengo ganas de suplicarle algo, pero no sé qué. Permanezco a su lado, mientras escucho su respiración, y el dolor se agudiza. Me inunda la garganta como un pesado trozo de metal. Quiero abrazarla fuerte y no soltarla jamás, gritarle y decirle lo que he hecho.

Emito un sonido entre dientes y ella se mueve, todavía en sueños. Aprieta más mi brazo y murmura algo en la almohada. Cojo aire con su aliento. Otra vez. Entonces mi cuerpo se convierte en su cuerpo. Respiramos como un solo ser, y me duermo lentamente todavía sin saber lo que ocurrirá.

Duermo como si me hubieran golpeado, toda la noche y muy profundamente. Cuando despierto, ya se ha ido al pueblo con Zelda. Se han levantado temprano para

preparar conservas de manzana. Los tarros están amontonados bocabajo en un extremo de la mesa, con un color oro rojizo que resulta bonito con el sol brillando a través. Me preparo café y mastico la tortita fría que ha dejado para mí. Sigo preguntándome qué voy a hacer. Me parece, sin embargo, que, en toda mi vida hasta la fecha, jamás he tenido que tomar una sola decisión. Simplemente he hecho lo que tocaba, iba allí donde me llamaban y aceptaba lo que se me ofrecía. Nunca decía que no. Pero ahora se trata de elegir entre una u otra, y mi cabeza ya no da más de sí para entenderlo.

Salgo fuera y durante largo rato me entretengo partiendo leña. Los niños saben cuidarse solos. Golpeo con todas mis fuerzas la madera, cortando una cuña y me apoyo con todo mi peso en el hacha, como si la pila de leña, cuando sea lo bastante alta, pudiera revelarme lo que he de hacer.

Mientras trabajo, pienso de pronto en Lulu. En mi mente se dibuja una nítida imagen de ella sentada en el regazo de su cuñado. Veo la gran zarpa de Beverly que se extiende para rodearle el hombro. Lulu ladea la cabeza y sus ojos brillan como los de un pájaro. Él inclina la cabeza hacia ella. Después, su boca se precipita sobre la suya.

Suelto el hacha. Esos dos tortolitos me arrastran a entrar en casa. Me vuelvo loco buscando en el maletín. Encuentro la carta para Marie y la saco; la leo una vez y después la dejo en la mesa debajo del azucarero. Guardo en el bolsillo la carta para Lulu y salgo.

Lo único que consigo ver, mientras bajo las escaleras a toda prisa y me adentro en el bosque, es la pequeña y roja lengua de Lulu lamiéndose los dientes. Mi mente se estremece, pero no puedo contenerme y veo algo más. Veo la ancha cara de Beverly que se hunde bajo la barbilla de ella. Veo las manos de Lulu alzándose para cogerle la cabeza. Luego ella desliza hábilmente su cuerpo debajo del suyo, y entonces me lanzo a través de la espesura, apartando las hojas a manotazos, casi tan cegado que apenas diviso el viejo sendero de venados que zigzaguea en el bosque.

Me acerco a su casa sigilosamente, como si quisiera pillarlos juntos, aunque haya oído decir que él se ha vuelto a Minneapolis. Me agazapo detrás de un matorral colina arriba, a la espera de que sus perros huelan mi presencia de un momento a otro. Observo. Su casa, recién pintada de amarillo con un ribete negro, reluce alegre como una abeja. Sus petunias están dispuestas delante en dos viejos neumáticos de tractor pintados de blanco. Después de un tiempo, como los perros no me descubren, caigo en la cuenta de que se han tenido que marchar a algún sitio. Y entonces comprendo lo necio que soy. La casa está en silencio. Beverly no está. No hay niños en el patio, arreglando coches o practicando tiro al blanco. Se han ido, dejando sola a Lulu.

Me llevo las manos a la frente. Está ardiendo como si tuviese fiebre. Desde lo del Nash, nunca he desnudado a Lulu a la luz del día, y ahora se me ocurre que podría hacerlo si fuera a su casa. De modo que salgo de la espesura.

Por primera vez en mi vida, me dirijo a la puerta de entrada y llamo. Me resulta tan normal que casi me da miedo. Algo en mí está a punto de estallar. Necesito que Lulu me revele qué es esa aterradora cosa. Necesito que su mano me lleve dentro de la casa y me conduzca hasta su dormitorio, y que su voz me diga que estamos destinados el uno para el otro. Necesito que ella me diga que estoy haciendo lo correcto.

Pero nadie abre la puerta. No se oye el menor ruido. Hace una tarde de bochorno y nada se mueve en el césped apagado de la casa de Lulu, aunque entre los árboles, por todas partes, tengo la sensación de que algo se aproxima lentamente. Un animal grande y sin nombre, de piel gruesa y peluda. Estos pensamientos son un disparate, lo sé, e intento apartarlos de mi mente. Rodeo la casa. El patio trasero es el único lugar donde la naturaleza ordenada de Lulu se ha visto vencida. El suelo está cubierto de piezas de coches sueltas, depósitos de aceite, trozos de bloques de hormigón y otros trastos de dudosa utilidad.

Nadie contesta a la puerta trasera tampoco, así que me siento en el porche. Me digo que no importa el tiempo que tarde Lulu en regresar a casa, la esperaré. No se me da bien esperar, no como a mi hermano Eli, capaz de permanecer sentado sin mover un solo músculo durante una hora mientras los ciervos se acercan a él. Me lío otro cigarrillo. Intento pensar en cualquier cosa que no sea Lulu o Marie o mis hijos. Me pongo a recordar al capitán chiflado de *Moby Dick* y cómo perdió la pierna. Quizá me haya equivocado, acerca de Ismael, me refiero, porque ahora veo en mí rasgos de ese capitán. Me inclino hacia adelante y recojo una lata que aplasto. ¡Sin ningún motivo! Un poco más tarde, golpeo el lateral de la casa hasta que me duele el puño. Hundo la cabeza en mis manos. Le pido a voz en grito que vuelva pronto. No sé qué haré si no viene.

Estoy cansado. Empiezo a temblar. Entonces es cuando saco la carta que guardo arrugada en el bolsillo. Decido que voy a leerla cien veces, muy despacio, antes de hacer ninguna otra cosa. Así que la leo, palabra por palabra, hasta que las palabras dejan de tener sentido. Sigo leyendo. Llevo cuidadosamente la cuenta, cuando de pronto pienso en Marie.

Ahora la imagino encontrando la otra carta. El azúcar se derrama sobre la mesa. Se sienta y, destrozada, rompe a llorar. Un frasco de manzanas explota. Los niños chillan, asustados. La grasa borbotea en el fuego de la cocina. Los perros aúllan. Ella coge la carta y la rompe en mil pedazos.

Pierdo la cuenta. Trato de leer la carta de Lulu una vez más, pero no consigo terminarla. La arrugo formando una bola y la tiro al suelo; después, enciendo otro cigarrillo y comienzo a fumar muy lentamente a la vez que lío otro pitillo más para tener las manos ocupadas.

De hecho, así es como sucede aquello horrible.

Estoy tan ansioso por fumarme el siguiente cigarrillo que no me doy cuenta de que he tirado al suelo el anterior a medio fumar y todavía encendido. Lo arrojo

directamente a la carta de Lulu hecha un ovillo. La carta comienza a echar humo. No advierto al principio lo que está pasando, hasta que el papel arde.

Aturdido, contemplo con curiosidad cómo se quema la carta.

Juro que no hago nada para alimentar el fuego.

Las malas hierbas se chamuscan en un pequeño círculo y, después, un montón de trapos grasientos se inflaman. Arden rápidamente. Abandono las escaleras. Un viejo trozo de una alfombra se enrosca y prende fuego a una mancha de aceite escondida en la hierba. Las pardas briznas chisporrotean y crepitan hasta que las llamas alcanzan una pila de astillas de madera. Detrás están los bidones de gasolina que los muchachos han extraído de varios coches abandonados. Doy un paso atrás. El sol se pone por las ventanas, negro y rojo. Me agacho. Los bidones rugen y explotan. Luces azuladas destellan bajo mis párpados y, ahora, alargadas y aceitosas llamaradas lamen el lateral de la casa, avanzando sinuosamente por las ventanas del porche, abriéndose camino dentro de la cocina, donde se almacena el queroseno y donde Lulu guarda sus paquetes de periódicos viejos cuidadosamente atados.

El fuego es imparable. Las ventanas se convierten en un horno. Estallan, llueven cristales rotos, pero yo solo cierro los ojos y permanezco indemne.

No he hecho nada.

Siento el calor que me sube por las piernas, acumulándose, ardiendo por Lulu, pero el ardor la expulsa de mi cuerpo.

No sé cuánto tiempo permanezco allí de pie, retrocediendo centímetro a centímetro al tiempo que el fuego rueda por las tablas de madera, pero casi he alcanzado el bosque antes de que el calor en mi rostro me obligue al fin a desviar la mirada y a girarme.

Entonces veo que no he estado solo.

Veo a Marie de pie en la espesura. Tiene catorce años y está delgada de nuevo. Paralizado, no puedo hacer más que contemplarla. Permanece muy erguida, alta y adusta como un ángel. Me observa. Las llamas rojas de la casa incendiada se reflejan y centellean en sus ojos. Su piel irradia luz. Nos encontramos cara a cara, y entonces ella comienza a alzarse sobre nubes de calor. Su pecho es un escudo brillante. Su brazo, una espada al rojo vivo. Cuando lo levanta, el bosque a sus espaldas se abre y se despliega como alas.

Caigo de rodillas, un hombre de harapos y yesca. Estoy listo para arder en la hoguera yo también, pero ella alarga la mano y me levanta.

—Papá —dice—, salgamos de aquí. Vámonos.

El estuche de terciopelo azul

Mucho antes de que en Argus se plantaran remolachas y se construyeran autopistas, ya había un ferrocarril. Por sus vías, que cruzaban la frontera entre Dakota y Minnesota y se extendían hacia el este hasta Minneapolis, llegó todo aquello que contribuyó a erigir esta población. Todas las cosas que menoscababan la ciudad también se marchaban por el mismo camino. Una fría mañana de la primavera de 1932, el tren trajo a la vez una suma y una resta. Llegaron en un tren de mercancías. Para cuando alcanzaron Argus, tenían los labios amoratados y los pies tan entumecidos que, cuando saltaron del vagón, tropezaron y se destrozaron las rodillas y las palmas de las manos en las escorias volcánicas.

El muchacho, alto para sus catorce años, estaba encorvado por un brusco crecimiento y muy pálido. La boca dibujaba una suave curvatura, la piel era fina como la de una niña. Su hermana tenía solo once años, pero ya se la veía tan bajita y corriente que resultaba evidente que seguiría así toda la vida. Su nombre era tan anodino y práctico como el resto de su persona: Mary. Se sacudió el abrigo y aguardó en el viento húmedo. Entre los edificios solo podía divisarse un horizonte desnudo, por donde cruzaban de vez en cuando algunos hombres. El trigo era la cosecha principal en esa época, y el suelo fértil lo habían arado hacía tan poco que todavía no había volado por completo, como en Kansas. De hecho, las cosas solían ser mucho mejores en el este de Dakota del Norte que en la mayoría de los lugares, y por eso Karl y Mary Lavelle habían viajado hasta allí en el tren. Fritzie, la hermana de su madre, vivía en el margen este de la ciudad. Tenía una carnicería con su marido.

Los dos Lavelle se metieron las manos en las mangas y comenzaron a caminar. Una vez en movimiento, entraron en calor, aunque llevaban viajando toda la noche y el frío les había calado hasta los huesos. Se dirigieron hacia el este, por la ancha calle principal de tierra y las aceras de tablas de madera, a la vez que leían los letreros en las falsas fachadas de tablillas de las tiendas por las que pasaban, así como las letras doradas en la ventana del banco de ladrillos. Ninguno de esos establecimientos era una carnicería. De pronto, los comercios se acabaron y comenzó una hilera de viviendas, grisáceas a causa de la intemperie o porque la pintura se resquebrajaba, con perros atados a las barandillas de los porches.

Unos pequeños árboles habían sido plantados en los jardines de un par de esas casas, y uno de ellos, endeble, un rasgón de luz entre todo lo demás, se balanceaba en una película de flores. Mary avanzó con paso plúmbeo sin apenas mirarlo, pero Karl se detuvo. El árbol lo atraía con su delicada fragancia. Se sonrojó, alargó los brazos como un sonámbulo y, con un prolongado y hechizado gesto, flotó hasta el árbol y hundió el rostro en los pétalos blancos.

Cuando volvió la mirada para buscar a Karl, Mary se asustó al ver lo rezagado que se había quedado y lo inmóvil que estaba, con la cara pegada a las flores. Le gritó, pero él no pareció oírla y permaneció allí de pie, extraño y galvanizado, entre las ramas. Ni siquiera se movió cuando el perro del patio ladró y tiró de la cuerda. El joven no advirtió que la puerta de la casa se estaba abriendo y que una mujer se precipitaba fuera. Ella también le gritó a Karl, pero él no le prestó la menor atención, de modo que la mujer soltó el perro. Inmenso y furioso, se abalanzó hacia delante dando enormes saltos. Entonces, o bien para protegerse o bien para coger las flores, Karl extendió la mano y arrancó una rama del árbol.

Era una rama tan grande procedente de un árbol tan pequeño que los hongos atacarían la cicatriz donde se había partido.

Las hojas se caerían más tarde ese verano y la savia retornaría a las raíces. La siguiente primavera, un día que Mary pasó por delante mientras hacía algún recado, reparó en que no tenía flores y recordó cómo, cuando el perro se abalanzó sobre Karl, este lo había golpeado con la rama y los pétalos habían caído alrededor del cuerpo estirado y feroz del animal como una nieve repentina. Después había gritado «¡Corre!», y Mary había corrido hacia el este, hacia la tía Fritzie. Pero Karl había echado a correr hacia el vagón de mercancías y el tren.

Así fue como llegué a Argus. Yo era la niña del abrigo rígido. Después de correr a ciegas y detenerme, aturdida al no divisar a Karl detrás de mí, levanté la vista para buscarlo y oí el largo y agudo silbido del tren. En ese momento comprendí que Karl había saltado al mismo vagón de mercancías y ahora estaría acurrucado entre la paja, observando por la puerta abierta. La única diferencia sería el fragante y florido palo que llevaba en la mano. Contemplé el tren que reptaba como una hilera de cuentas negras por el horizonte, tal y como lo he observado muchas veces desde entonces. Cuando desapareció, me miré los pies. Estaba asustada. No era que ahora que Karl se había ido ya no tenía quien me protegiera, sino todo lo contrario. Sin nadie a quien proteger y cuidar, me sentía vulnerable. Karl era más alto que yo, pero estaba escuchimizado, y por supuesto era mayor, pero también miedoso. Padecía fiebres que lo sumían en un estupor soñoliento y era muy sensible a los ruidos estridentes y a las luces intensas. Mi madre decía que él era delicado y yo era todo lo contrario. Yo era quien suplicaba por unas manzanas podridas en la tienda de comestibles y robaba suero de leche en las escaleras traseras de la lechería en Minneapolis, donde vivimos durante el invierno que siguió a la muerte de mi padre.

Esta historia comienza entonces, porque, antes de eso y sin el año 1929, nuestra familia probablemente habría seguido disfrutando de una vida acomodada e incluso próspera en las tierras de Minnesota, que Theodor Lavelle labró y aró y a las que trajo a Adelaide, su esposa. Pero cuando la granja quebró hasta caer en bancarrota, como tantas en la zona, nuestra familia quedó desperdigada al azar. Tras el embargo, mi

padre trabajó de jornalero en otras granjas de Minnesota. Ni siquiera recuerdo dónde vivíamos cuando nos llegó la noticia. Solo me acuerdo de que mi madre llevaba el cabello peinado en dos trenzas rojas y serpenteantes y de que se cayó redonda al suelo al oír la noticia. Era un accidente habitual cuando se cargaba el cereal, y Theodor Lavelle había muerto ahogado en avena. Después de aquello, nos mudamos a una casa de huéspedes en Minneapolis, donde mi madre pensaba que, con su cuerpo y su atractivo, podría conseguir trabajo en una tienda elegante. Lo que no sabía ella, cuando nos mudamos, es que estaba embarazada. En un periodo de tiempo sorprendentemente corto, nos vimos en apuros.

Yo no supe lo mal que estábamos hasta que mi madre robó seis cucharas de plata labradas a nuestra casera, que era amable, o al menos no tenía nada en nuestra contra, y a quien mi madre consideraba una amiga. Adelaide no dio ninguna explicación acerca de las cucharas, pero seguramente ignoraba que yo las había descubierto en su bolsillo. Días más tarde, desaparecieron y Karl y yo tuvimos unos buenos abrigos. Además, nuestra estantería se llenó de plátanos verdes. Durante varias semanas bebimos litros de suero de mantequilla y comimos tostadas untadas con mantequilla y una buena capa de mermelada. Creo que no transcurrió mucho tiempo después de aquello hasta que el niño estuvo a punto de nacer.

Una tarde, mi madre nos envió abajo con la casera. La mujer era corpulenta y tan insulsa que he olvidado su nombre, si bien recuerdo vívidos detalles de todo lo demás que sucedió aquel día. Era una tarde fría de finales de invierno. Nos quedamos mirando fijamente la vitrina de cristal donde, tras el robo, se guardaban bajo llave los vasos de plata y los platos pintados. El perfil de nuestros rostros nos devolvía la mirada como fantasmas. De vez en cuando, Karl y yo oíamos algún gemido en la planta de arriba. Era nuestra madre, por supuesto, pero ninguno de los dos abrimos la boca. En un momento dado, algo pesado cayó al suelo justo encima de nuestras cabezas. Ambos dirigimos la mirada al techo y extendimos los brazos sin pensar, como si quisiéramos cogerlo. No sé qué le pasó a Karl por la cabeza, pero yo creí que era el bebé, que al nacer pesaba tanto como el plomo y que caía directamente a través de las nubes y el cuerpo de mi madre. Como Adelaide había insistido en que el niño llegaría desde el cielo, aunque resultaba obvio que crecía dentro de ella, yo tenía una idea bastante confusa acerca del nacimiento. En todo caso, ninguna explicación de las que era capaz de imaginar justificaba los gemidos o el largo grito que desgarró el aire, y que hizo palidecer a Karl y lo llevó a derrumbarse hacia delante en la silla.

Había renunciado a despertar a Karl cada vez que se desmayaba. Para entonces confiaba en que recobraría el sentido por sí mismo, como sucedía siempre, con un gesto tierno y aturdido y, de alguna manera, recobrado. Lo máximo que hacía era sujetarle la cabeza hasta que parpadeaba y abría los ojos.

—Ha nacido —dijo cuando volvió en sí—. Vayamos arriba.

Pero, como si yo fuese consciente de que con ese grito se había completado nuestra desgracia, no me moví un ápice. Karl protestó y alegó que al menos

deberíamos subir las escaleras, aunque no llegáramos hasta la puerta, pero yo me mantuve firme en la silla y él ya casi había desistido cuando la casera bajó las escaleras y nos anunció primero que teníamos un hermanito y, segundo, que había encontrado una de las cucharas de su abuela debajo del colchón, así que no nos preguntaría cómo había llegado hasta ahí, pero nos daba dos semanas para marcharnos.

Aquella mujer probablemente tenía buen corazón. Nos dio de comer antes de enviarnos arriba. Supongo que ella tampoco tenía mucho dinero, no podía hacerse cargo de nuestros problemas y, además, debió de sentirse traicionada por Adelaide. Aun así, culpo a la casera, en cierta medida, de lo que mi madre dijo en sueños aquella noche.

Yo estaba sentada en una silla junto a la cama de Adelaide, bajo la luz de la lámpara, sujetando al bebé en una suave toquilla de lana. Karl permanecía acurrucado como una araña a los pies de Adelaide. Ella dormía profundamente con el pelo brillante y desordenado, derramado sobre la almohada. Tenía el rostro cetrino y avejentado tras el sufrimiento que había padecido, pero cuando habló, no sentí la menor lástima.

—Deberíamos dejarlo morir —murmuró.

Sus labios estaban pálidos, petrificados en un sueño. La habría zarandeado para despertarla, pero el bebé descansaba en mis brazos, pegado a mí.

Enmudeció durante un momento, luego se puso de lado y me dirigió una larga y circunspecta mirada.

—Podríamos enterrarlo en el jardín de atrás —susurró—, entre la maleza.

—Mamá, despierta —la apremié, pero ella siguió hablando.

—No voy a tener leche. Estoy demasiado delgada.

Dejé de escuchar. Miré al bebé. Tenía la carita redonda y morada, y los párpados hinchados y casi cerrados. Parecía frágil, pero cuando se movió, introduje mi dedo meñique en su boca, tal y como lo había visto hacer a otras mujeres para calmar a sus hijos, y succionó con avidez.

—Tiene hambre —dije con tono apremiante—, despierta y dale el pecho.

Pero Adelaide se dio la vuelta y miró hacia la pared.

La leche subía con fuerza en los pechos de Adelaide, al principio más de lo que el niño podía engullir. Tuvo que alimentarlo. La leche rezumaba formando manchas oscuras en sus blusas azul claro. Se movía con torpeza por culpa del dolor. No ignoró del todo al bebé. Cortó sus faldas para hacer pañales, le cosió el ajuar con el camisón, pero al mismo tiempo solo atendía a regañadientes sus necesidades básicas y a menudo dejaba que el niño llorara. A veces berreaba durante tanto tiempo que la casera subía las escaleras resoplando para ver si pasaba algo malo. Creo que le preocupaba vernos tan desesperados, porque, sin decir nada, nos traía las sobras que dejaban los huéspedes que pagaban por la manutención. No obstante, no cambió de

parecer. Cuando transcurrieron las dos semanas, nos tuvimos que marchar así y todo.

La primavera flotaba levemente en el aire el día que partimos en busca de un nuevo hogar. Las nubes eran altas y el aire cálido. Toda la ropa de diario de Adelaide había servido para confeccionar prendas para el bebé, de modo que no le quedaba más que su ropa elegante, de seda y encaje, y de cachemir fino. Llevaba un abrigo negro, un vestido verde claro adornado con puntilla color crema y unos delicados guantes de ganchillo. Su precioso pelo estaba recogido en un estricto moño. Recorrimos las aceras de ladrillos buscando anuncios en las ventanas, casas de huéspedes de las más baratas, barracones u hoteles. No encontramos nada y al final nos sentamos a descansar en un banco atornillado al lateral de una tienda. En aquellos tiempos, las calles de las ciudades eran mucho más amables. A nadie le molestaba que los indigentes recuperasen sus fuerzas, soltaran su carga o hablaran de su naufragio en la vida.

—No podemos volver a casa de Fritzie —dijo Adelaide—. No soportaría vivir con Pete.

—No tenemos otro sitio adonde ir —repuse con sentido común—, a no ser que vendas las joyas de la familia.

Adelaide me lanzó una mirada de advertencia y se llevó la mano al broche que tenía en el cuello. Me callé. Ella tenía mucho apego a los pocos y valiosos tesoros que solía mostrarnos a menudo: el labrado collar de granates, el broche de luto de ónice, el anillo con el diamante amarillo de verdad. Supuse que jamás los vendería, ni siquiera para salvarnos. Nuestras penurias la habían golpeado y estaba debilitada, pero en su debilidad también era terca. Permanecimos sentados en el banco durante quizá media hora; después, Karl percibió algo parecido a música en el aire.

—Mamá —suplicó—. Mamá, ¿podemos ir? ¡No es justo!

Como siempre ocurría con Karl, comenzó diciéndole que no, pero eso no era más que una formalidad y ambos lo sabían. En un instante él la engatusó y la convenció para que fuéramos.

La Merienda de los Huérfanos, una feria que se organizaba para ayudar a los huérfanos de Saint Jerome después del largo invierno, se celebraba justo a unas pocas calles de distancia en el recinto ferial del pueblo. Divisamos el alegre y resplandeciente estandarte rojo sobre la entrada, con el sello del santo patrón de la soledad. Había barracas de tablas de madera levantadas entre las hierbas altas y pardas tras el invierno. Unas monjas encapuchadas iban y venían con gran ajetreo entre los mostradores de escapularios y medallitas consagradas, o aguardaban dignamente detrás de hileras de rosarios, cajas de zapatos repletos de estampitas, figuritas de santos labradas en madera y juguetes corrientes. Nos adentramos en el corazón del bullicio, ojeando las cajas de sorpresas, los juegos de azar, los puestos de golosinas y de objetos religiosos. Adelaide se detuvo ante una caseta seglar, que vendía tintineantes objetos de ferretería, y sacó todo un dólar de su bolso.

—Me llevaré esto —dijo al vendedor mientras le señalaba algo. El hombre sacó

de la caja una navaja con un mango de nácar y mamá se la dio a Karl. Después, señaló un collar de cuentas, plata y oro.

—No lo quiero —dije a Adelaide.

Se sonrojó, pero tras un breve titubeo, compró el collar de todos modos. Después, le pidió a Karl que se lo abrochara en el cuello. Me puso el bebé en los brazos.

—Toma, señorita Aguafiestas —dijo.

Karl se echó a reír y le cogió la mano. Deambulando de un puesto a otro, llegamos al final a la tribuna, y Karl, atraído por el alboroto, empujó enseguida a nuestra madre hacia los asientos. Tuve que seguirlos a trompicones. El suelo estaba cubierto de octavillas y había carteles pegados en todos los árboles y paredes de tablillas de madera. Adelaide cogió uno de los papeles más pequeños.

«El Gran Omar», rezaba. «El extraordinario aeronauta. Hará su presentación a las doce del mediodía». Debajo de las palabras había una imagen del hombre: delgado, con bigote y un pañuelo amarillo ondeando al viento.

—Por favor —rogó Karl—. ¡Por favor!

Y así nos unimos a la muchedumbre boquiabierta.

La avioneta cayó en picado, serpenteó, zumbó y se deslizó por encima de nosotros, y no me impresionó más que si hubiera sido un insecto. No estiré el cuello ni suspiré emocionada, como todos los demás. Miré al bebé y contemplé su carita. Acababa de emerger del interminable sueño de los recién nacidos y, de vez en cuando, clavaba sus ojos insondables en los míos. Yo le devolvía la mirada. Al examinar su carita aquel día, hallé en ella una versión diferente de mí misma: más atrevida, lista como el hambre y con mal genio. Me miró con el ceño fruncido, sin miedo, sin ser consciente de su indefensión, molesto solamente por el ruidoso zumbido del biplano que aterrizaba y avanzaba por la pista hacia nosotros.

Al pensar en ello ahora, no puedo creerme que no tuviera una premonición acerca del poder que el Gran Omar tenía sobre nosotros. Apenas miré cuando bajó de la avioneta de un salto y no aplaudí cuando saludó de manera ostentosa al público y se dirigió hacia él. Casi ni me enteré cuando se ofreció a llevar a quien se atreviera a montar. Creo que cobraba un dólar o dos por ese privilegio. No me di cuenta. No estaba preparada para lo que sucedió después.

—¡Aquí! —chilló mi madre, levantando el bolso al sol.

Después, sin mirar atrás, sin mediar palabra, sin avisar y sin vacilar, se abrió paso a través de la gente reunida a los pies de la gran tribuna y avanzó en el espacio vacío alrededor del piloto. Entonces fue cuando miré por primera vez al Gran Omar, pero, como yo estaba tan anonadada por el arranque de mi madre, apenas recuerdo detalle alguno de su aspecto. La impresión general que daba era de gallardía, como en sus carteles. El pañuelo amarillo ondeaba al viento y, desde luego, tenía una especie de bigote. Creo que llevaba un jersey blanco con manchas de grasa, y quizá un mono que le quedaba holgado. Era delgado y moreno, mucho más bajito comparado con el biplano de lo que aparentaba en el cartel, y mucho mayor. Después de que ayudara a

mi madre a instalarse en el asiento del pasajero y acomodarse él a los mandos, se colocó unas gafas verdes en los ojos. Luego, hubo un momento sobrecogedor, interminable, mientras se preparaban para despegar.

—¡Despejad la hélice!

La hélice levantó viento. La avioneta avanzó a trompicones, se elevó sobre unos árboles bajos y ganó altura. El Gran Omar voló en círculos sobre el campo con un leve picado y divisé la larga melena encrespada y rojiza de mi madre que se salía del apretado moño y flotaba suelta formando un arco que parecía enredarse alrededor de sus hombros.

Karl contemplaba el cielo, paralizado por la fascinación, y no dijo nada cuando el Gran Omar comenzó a realizar sus acrobacias y atronadoras pasadas. Yo no miré. De nuevo clavé los ojos en el rostro de mi hermanito y, ciega ante las posibles implicaciones del repentino despegue de Adelaide, me concentré en sus rasgos. Solo deseaba que ella se bajara antes de que la avioneta se estrellara.

La muchedumbre comenzó a dispersarse. La gente se marchaba, pero yo no lo advertía. Cuando alcé la vista hacia el cielo, el Gran Omar se alejaba en línea recta de la feria con mi madre. Pronto la avioneta no fue más que un puntito blanco, antes de fundirse con el azul claro del cielo y desaparecer.

Sacudí el brazo de Karl, pero él se apartó de mí y saltó hacia el borde de la tribuna.

—¡Llévame! —gritó, inclinándose sobre la barandilla. Tenía la mirada clavada en el cielo, como si estuviera a punto de lanzarse a él.

Satisfacción. Eso fue lo primero que sentí cuando Adelaide desapareció en el cielo. Por una vez no había mostrado favoritismo entre Karl y yo, y nos había abandonado a los dos por igual. Por lo que residía cierta compensación en lo que había hecho. Karl hundió la cabeza entre sus manos y comenzó a sollozar sobre sus gruesas mangas de lana. Solo entonces tuve miedo.

Debajo de la tribuna, la turbamulta se movía en desordenadas oleadas. Sobre nuestras cabezas, las nubes se estiraban hasta formar una fina capa que cubría el cielo como un velo de muselina. Contemplamos el crepúsculo, que se concentraba en las esquinas del campo. Las monjas comenzaron a guardar sus rosarios y libros de oraciones. Se encendieron luces de colores en las casetas no religiosas. Karl se daba palmadas en los brazos, pisoteaba el suelo y soplaba en sus dedos. Era más friolero que yo. Tener el bebé en brazos me daba calor.

El niño se despertó, hambriento, y yo era incapaz de consolarlo. Succionaba con tanta fuerza que me dejó el dedo blanco y arrugado, y entonces se puso a llorar. La gente se acercó. Las mujeres extendían los brazos, pero yo no les entregué al bebé. No me fiaba de ninguna de ellas. Tampoco me fie del hombre que se sentó a mi lado y me habló con voz dulce. Era un joven de cara huesuda, triste, sin afeitado. Lo que más recuerdo de él fue la tristeza. Quería llevar el bebé a su mujer para que pudiera amamantarlo. Tenía un recién nacido, decía, y leche suficiente para los dos.

—Estoy esperando —dije— a nuestra madre.

—¿Cuándo vuelve? —preguntó el joven.

No podía responder. El hombre triste esperó con los brazos abiertos. Karl estaba sentado a mi lado, en silencio, con la mirada clavada en el cielo oscuro. Delante y detrás de nosotros, unas señoras entrometidas daban consejos y deliberaban.

—Dale el niño, querida.

—No seas testaruda.

—Deja que se lleve al bebé a su casa.

—No —respondía a cada orden y sugerencia.

Incluso llegué a propinar una fuerte patada cuando una mujer intentó arrebatarme a mi hermano de los brazos. Al cabo de un rato, se desanimaron, o simplemente perdieron el interés y se retiraron. Al final no fueron las señoras quienes me convencieron, sino el propio bebé. No dejaba de berrear. Cuanto más lloraba, más tiempo permanecía sentado a mi lado el hombre triste y más flaqueaba yo, hasta que apenas pude contener las lágrimas.

—Entonces iré con usted —le dije al joven—. Y traeré al niño de vuelta en cuanto haya comido.

—No —exclamó Karl, emergiendo bruscamente de su estupor—, ¡no puedes dejarme solo!

Me agarró del brazo con tal premura que el bebé se me resbaló, y entonces el hombre me sujetó como si fuera a ayudarme, pero en vez de eso se apoderó del niño.

—Yo cuidaré bien de él —dijo, y se alejó.

Intenté liberarme de las manos de Karl, pero, al igual que mi madre, era más fuerte cuanto más débil estaba, y no logré zafarme de él. Vi al hombre adentrarse en la penumbra. Oía el llanto del niño cada vez más apagado. Al final, me senté junto a Karl y dejé que el frío me invadiera.

Transcurrió una hora. Y otra más. Cuando las luces de colores se apagaron y salió la luna, difuminada detrás de las sábanas de nubes, supe que el joven ya no regresaría. Y sin embargo, dado que parecía demasiado triste como para poder hacerle daño a nadie, tuve más miedo por Karl y por mí. Nosotros éramos quienes habíamos sido abandonados sin paliativos. Me incorporé. Karl se levantó conmigo. Sin mediar palabra, recorrimos las calles vacías hasta nuestra antigua casa de huéspedes. No teníamos llave, pero Karl demostró una insospechada habilidad. Sacó la pequeña navaja de hoja delgada que le había regalado Adelaide y abrió la cerradura.

En cuanto pusimos los pies en la gélida habitación, la brusca presencia de la ropa de nuestra madre nos consternó. La estancia desprendía el tenue perfume de las flores secas que ella había esparcido en el baúl, la intensa fragancia de la naranja tachonada con olorosos clavos que había colgado en el armario y la esencia de lavanda con la que solía masajearse la piel cada noche. Todavía parecían flotar allí su dulce aliento, el frufú de sus enaguas de seda, el rápido martilleo de sus tacones. La añoranza

terminó por abrumarnos. Nos hundimos en su cama y nos echamos a llorar, envueltos en su colcha, abrazados. Cuando aquello hubo terminado, sin embargo, yo había conseguido una mente fría como un témpano.

Me lavé la cara en la palangana y después desperté a Karl y le dije que nos íbamos a casa de la tía Fritzie. Asintió, mostrando de nuevo un mudo letargo. Comimos todo lo que había para comer en la habitación, dos frías tortitas, y metimos nuestras pertenencias en una pequeña maleta de cartón. Karl se la llevó. Yo me llevé la colcha. Lo último que hice fue buscar en el fondo de la cajonera de mi madre y sacar su pequeña y redonda cajita de recuerdos. Estaba forrada de terciopelo azul y cerrada con llave.

—Es posible que tengamos que vender estas cosas —le expliqué a Karl. Él vaciló, pero después, con una mirada dura, cogió la cajita.

Nos escabullimos antes del amanecer y caminamos hasta la estación de ferrocarril. En los patios llenos de maleza había hombres que conocían el destino de cada vagón de mercancías. Localizamos el vagón que queríamos y nos subimos. En una esquina había paja. Extendimos la colcha encima y nos envolvimos los dos en ella, acurrucados uno contra otro, con la cabeza apoyada en la maleta y la cajita de terciopelo azul entre ambos, en el bolsillo de la pechera de Karl. Nos aferramos a la idea de los tesoros que albergaba.

Pasamos un día y una noche a bordo de ese tren, que cambiaba de vías, frenaba y avanzaba en una angustiosamente compleja ruta hacia Argus. No nos atrevíamos a bajar para beber agua o buscar algo de comer. La única vez que lo intentamos, el tren arrancó tan rápido que apenas conseguimos asirnos de nuevo a las barras laterales. Perdimos la maleta y la colcha, porque nos equivocamos de vagón y subimos a otro más atrás, y aquella noche no pegamos ojo por culpa del frío. Karl se sentía tan desgraciado que ni siquiera fue capaz de oponerse cuando le dije que me tocaba a mí guardar la cajita de Adelaide. La puse debajo de mi jersey. No me daba calor, pero aun así el destello del diamante cuando cerraba los ojos y los dibujos de los granates que giraban en el aire oscuro me reconfortaban. Mi mente se endureció, tallada en facetas y centelleante, como una piedra mágica, y vi a mi madre con total claridad.

Seguía a bordo de la avioneta, volando cerca de las estrellas titilantes, cuando Omar advirtió de pronto que la aguja de combustible estaba descendiendo. No se había enamorado de Adelaide a primera vista, ni siquiera le importaba lo que pudiera pasarle. Tenía que salvarse a sí mismo. Tenía que aligerar la carga como fuese. De modo que preparó los mandos. Se puso de pie en la cabina. Con un solo y brusco movimiento, arrancó a mi madre de su asiento como si fuera una muñeca y la arrojó al vacío.

Cayó durante toda la noche a través de un frío espantoso. Su abrigo se abrió como dos alas y su vestido verde claro se le enredó en las piernas. Su cabello rojizo se elevaba hacia arriba como una llamarada. Era una vela que no daba calor. Se me congeló el corazón. No sentía el menor amor por ella. Por eso, al amanecer, permití

que se estrellara contra el suelo.

Cuando alcanzamos a ver el cartel en la estación de ladrillos, yo era de nuevo una criatura impasible, un hosco bloque de hielo. Aun así me dolió cuando salté y me raspé las rodillas heladas y las palmas de las manos. El dolor aguzó mis sentidos lo suficiente como para poder leer los letreros en las ventanas y estrujarme el cerebro tratando de averiguar dónde se encontraba exactamente la tienda de la tía Fritzie. Habían pasado años desde la última vez que habíamos ido a visitarla.

Karl era el mayor, y supongo que no debo sentirme responsable por perderle a él también. Pero no lo llamé. No corrí tras él. No soportaba cómo su rostro resplandecía en la luz reflejada de las flores, rosa y radiante, de parecida manera a cuando nuestra madre lo acariciaba.

Cuando dejé de correr, caí en la cuenta de que estaba sola y más perdida que ningún miembro de mi familia, puesto que, desde el principio, no había hecho más que intentar sujetarlos con fuerza mientras la muerte, el pánico, el destino y la pasión los iban arrastrando a cada uno de ellos por caminos separados.

Cálidas lágrimas asomaron a mis ojos y me ardieron los oídos. Tuve ganas de llorar desconsoladamente, pero de sobra sabía que no serviría de nada así que seguí caminando. Avancé con cuidado, observando todo a mi alrededor, y fue una suerte que lo hiciera así porque me habría pasado la carnicería y, de pronto, ahí estaba, en una pequeña bocacalle sin asfaltar. Había un cerdo blanco pintado en el lateral, y dentro del cerdo, las palabras CARNES KOZKA. Me encaminé hasta allí entre una hilera de diminutos abetos. El lugar parecía a la vez descuidado y próspero, como si Fritzie y Pete estuvieran demasiado ocupados con los clientes como para preocuparse por la apariencia exterior. Me detuve en la amplia escalera de entrada y me fijé en todo cuanto podía, al igual que lo hacen los mendigos. Había una fila de cuernos de ciervo colgados encima de la puerta. Pasé por debajo.

La entrada era oscura y el corazón me latía con fuerza. Y entonces, lo que vi era algo muy natural, comprensible, aunque no fuera del todo real.

De nuevo el perro se lanzó contra Karl y las flores se desprendieron de su palo. Solo que esta vez cayeron sobre mí en la entrada de la tienda. Podía percibir el olor de los pétalos derritiéndose en mi abrigo y sentir su dulce sabor en mi boca. No tuve tiempo de preguntarme cómo aquello era posible, porque desaparecieron tan rápido como habían llegado en cuanto le dije mi nombre al hombre de detrás del mostrador de cristal.

Ese hombre, alto y gordo con un fino bigote castaño y una desgastada gorra vaquera en la cabeza, era el tío Pete. Tenía los ojos redondos, dulces, del mismo color castaño que su cabello. Su sonrisa era lenta en llegar, amables para un carnicero, y siempre esperanzadora. No me reconoció, ni siquiera después de que le dijera quién era. Al final, abrió los ojos como platos y voceó por el pasillo.

—¡La hija de tu hermana! ¡Está aquí! —gritó por el pasillo.

Le expliqué que estaba sola, que había llegado en el vagón de mercancías y él me

estrechó entre sus brazos y me levantó. Me llevó hasta la cocina, donde la tía Fritzie estaba friendo una salchicha para mi prima, la preciosa Sita, sentada a la mesa, que me miró con el ceño fruncido mientras yo intentaba contar a Fritzie y a Pete qué me había llevado, surgiendo de la nada, a entrar por la puerta de su negocio.

Me observaron con una cariñosa desconfianza, pensando que me había escapado de casa. Pero cuando les hablé del Gran Omar, de cómo Adelaide había alzado el bolso y de cómo Omar la había ayudado a subirse a la avioneta, sus rostros se ensombrecieron.

—Sita, ve a limpiar los cristales fuera —ordenó la tía Fritzie. Sita se deslizó a regañadientes de su silla—. Ahora.

El tío Pete se dejó caer en la silla. Las puntas de su bigote se le introdujeron en la boca. Juntó los dedos pulgares debajo de la barbilla y se volvió hacia mí.

—Continúa, cuéntanos el resto —dijo.

De modo que les conté el resto y, cuando hube terminado, comprobé que también me había bebido un vaso de leche y comido una salchicha. Llegada a ese punto, apenas conseguía mantenerme sentada. El tío Pete me cogió en sus fuertes brazos y recuerdo que me apoyé en él, y luego nada más. Dormí durante todo ese día y toda esa noche, y no desperté hasta la mañana siguiente. El sueño me robó tan profundamente como lo había hecho la vigilia, pues cuando al fin desperté, no tenía el menor recuerdo de dónde estaba ni de cómo había llegado hasta allí. Permanecí tumbada, sin moverme un ápice, durante lo que me pareció un largo tiempo mientras intentaba situar los objetos de la habitación.

Aquella era la habitación donde dormiría durante el resto de mi infancia, o lo que podría considerarse infancia al menos, puesto que después de aquel viaje en tren, ya había dejado de ser una niña. Era una estancia agradable, y antes que a mí había pertenecido por completo a mi prima Sita. Las paredes estaban revestidas con paneles de pino teñidos en un tono cálido. La mayor parte del espacio estaba ocupada por una alta cómoda de roble con elegantes florituras y muchos cajones. En la puerta colgaba una pequeña placa de hojalata pulida a modo de espejo. Mientras yo intentaba adaptarme a mi entorno, por esa puerta entró Sita, alta y perfecta con una trenza rubia que le llegaba hasta la cintura.

—Por fin te has despertado.

Se sentó en el borde de la cama nido y cruzó los brazos sobre sus incipientes y pequeños pechos. Era un año mayor que yo. Desde la última vez que la había visto, había crecido de golpe, como Karl, pero su desarrollo no la había convertido en una criatura delgada, torpe y huesuda. Ahora era una mujer esbelta y de gran elegancia.

Me di cuenta de que la observaba demasiado tiempo y entonces volvieron a mí como un torrente toda la sucesión de acontecimientos, y desvié la mirada. Sita sonrió. Bajó la vista sobre mí, sus fuertes dientes blancos resplandecieron y se acarició la trenza rubia que le caía por encima de un hombro.

—¿Dónde está la tía Adelaide? —preguntó.

No respondí.

—¿Dónde está la tía Adelaide? —preguntó de nuevo—. ¿Cómo es que has venido aquí? ¿Adónde ha ido? ¿Dónde está Karl?

—No lo sé.

Debí de pensar que la tristeza de mi respuesta acallaría a Sita, pero eso fue antes de conocerla. Solo trajo más preguntas.

—¿Cómo es que la tía te ha dejado sola? ¿Dónde está Karl? ¿Qué es esto?

Cogió el estuche de terciopelo azul de mi pila de ropa y la agitó con desenfado junto a su oído.

—¿Qué hay dentro?

Por un momento, al menos, me impuse al arrebatarle la cajita con una airada celeridad que ella no se esperaba. Rodé fuera de la cama, amontoné mi ropa en los brazos y salí de la habitación. La única puerta abierta en el pasillo era la del cuarto de baño, una amplia y humeante habitación de múltiples usos y que pronto se convertiría en mi refugio porque era la única puerta que podía cerrarle a mi prima.

Después de llegar a Argus, todos los días durante semanas, me despertaba pensando que me hallaba de vuelta en la granja con mi madre y mi padre y que nada de todo esto había ocurrido. Siempre conseguía creérmelo... hasta que abría los ojos. Entonces veía las oscuras vetas de la madera de pino y el brazo de Sita que caía de la cama de arriba. Olfisqueaba el aire, caliente y con olor a especias (por las máquinas de hacer salchichas). Escuchaba el rítmico chirrido de las sierras cárnicas, de las máquinas cortadoras y el ondulante aleteo de los ventiladores. La tía Fritzie fumaba sus acres Viceroy en el cuarto de baño. El tío Pete estaba fuera dando de comer al enorme pastor alemán blanco que se quedaba en la tienda por la noche para vigilar las sacas de lona donde guardaban el dinero.

Me levantaba cada mañana, me ponía uno de los heredados vestidos rosas de Sita y salía a la cocina para esperar al tío Pete. Preparaba el desayuno. Que yo supiera freír huevos y hacer un rico café a los once años de edad fue motivo de asombro para mis tíos, y de agravio para Sita. Por eso lo hacía todas las mañanas, con una delicadeza cada vez más despreocupada, hasta que tenerme allí se convirtió en una costumbre.

Desde un primer momento, me hice indispensable. Lo hice porque tenía que hacerlo, no tenía nada más que ofrecer. El día siguiente a mi llegada a Argus, cuando desperté ante la sonrisa calculadora de Sita, también intenté ofrecer lo que yo creía que era un tesoro: la cajita de terciopelo azul que contenía las joyas de la familia de Adelaide.

Lo hice de la manera más histriónica que pude, con Sita de testigo y Pete y Fritzie sentados a la mesa de la cocina. Aquella mañana, entré con el pelo mojado y deposité la cajita entre ellos dos. Miré a Sita mientras dije:

—Esto debería de poder pagar mi parte.

Fritzie me miró. Tenía los rasgos de mi madre, un poco menos hermosos al ser algo más duros. Su piel era áspera, y su cabello corto y rizado era amarillento, descolorido y no dorado. Los ojos de Fritzie tenían un increíble tono azul aguamarina que desconcertaba a los clientes. Comía con apetito, pero su hábito de fumar constantemente la mantenía delgada y demacrada.

—No tienes que pagarnos —respondió Fritzie—. Pete, díselo tú. No tiene que pagarnos. Siéntate, calla y come.

Fritzie hablaba así, directa y con guasa. Pete era más reposado.

—Ven. Siéntate y olvida eso del dinero —dijo—. Con tu madre nunca se sabe... —agregó con una voz sincera que se apagó cuando miró a la tía Fritzie.

De algún modo, las cosas terminaban por evaporarse bajo sus ojos, se desvanecían, aspiradas por el fuego azulado de su mirada. Ni siquiera Sita fue capaz de añadir nada.

—Quiero daros esto —dije—. Insisto.

—Insiste —exclamó la tía Fritzie. Su sonrisa tenía cierto aire desafiante al mostrar un diente partido delante—. No insistas —prosiguió—. Come.

Pero no pensaba sentarme. Cogí un cuchillo del plato de la mantequilla y traté de forzar el cierre.

—A ver —dijo Fritzie—. Pete, ayúdala.

Pete se levantó lentamente y fue a buscar un destornillador encima de la nevera; luego se sentó e introdujo la punta debajo de la cerradura.

—Deja que lo abra ella —dijo Fritzie cuando la cerradura cedió.

Pete empujó la pequeña caja redonda por la mesa.

—Apuesto a que está vacía —dijo Sita.

Se arriesgó mucho al decir eso, pero salió ganando cobrándomelo con creces a lo largo de los años venideros, porque, cuando levanté la tapa un instante después, lo que había dicho se convirtió en verdad. No había nada de valor en la caja.

Alfileres. Unos cuantos botones metálicos arrancados de un abrigo. Un billete que describía el collar de minúsculos granates, empeñados por una miseria en Minneapolis.

Hubo un silencio. Incluso Fritzie enmudeció. Sita casi saltó triunfante de su silla, pero se mordió la lengua, bueno, hasta que pudo despacharse a gusto más tarde. Pete se llevó las manos a la cabeza, profundamente disgustado. Yo permanecí inmóvil, anonadada.

Lo que es oscuro es luminoso y, a la larga, no hay mal que por bien no venga, me dije. Podía ver un diseño en todo lo que había ocurrido, un diseño que dejaba entrever una culminación en los años venideros. El bebé había sido alzado en el aire mientras mi madre se precipitaba contra el suelo. Karl se había marchado al oeste y yo había corrido rumbo al este. Los polos opuestos son los que terminan por encontrarse.

Golpear al perro

—Somos muy parecidos a los muertos —me dice Mary—, solo que nosotros podemos usar nuestros sentidos.

Amasa la carne para la salchicha picante y ahumada con las manos desnudas. Nubes de pimienta blanca flotan en el aire alrededor de su cabeza. Su cabello clarea y tiene el color gris de los ratones; lo lleva recogido por encima de las orejas en dos masas informes. Vuelve otra vez a desvariar, me refiero a que se pone a divagar con sus fantasías. Desde que trabajo para ella, siempre me ha parecido mi obligación traerla de vuelta a la realidad.

—Eso me recuerda a Tol Bayer —digo—. Tenía todos los síntomas de un alcohólico, solo que no bebía.

Mary Lavelle despierta en mi corazón mis peores sentimientos. No puedo evitar tomarle el pelo. Ahora se dirige al barril de la sal y se queda ahí, con la mirada perpleja, antes de coger un puñado de sal. Regresa y lo echa a la carne y vuelve a amasar. Y durante un rato se acaban sus boberías sobre los muertos.

Mary hace lo que puede para que su imaginación remiende los agujeros de su entendimiento. Por eso voy a verla, al día siguiente, a su pérgola repleta de parras. Es domingo, por lo que la tienda está cerrada y en silencio. Está sentada en una silla de jardín, desgranando unas uvas tintas. Al verme, deja la cesta en el suelo, busca algo debajo de la silla y luego me da un ladrillo rojo corriente.

—Esto entró por mi ventana —dice—. Y también la hizo añicos.

—Espero que hayas atrapado al chico que lo hizo —respondo.

—No fue ningún chico.

Me digo que es mejor no discutir con Mary, pero no puedo evitar hacerlo, de la misma manera que no puedo evitar ver la cara del hombre en la Luna.

—Alguien lo lanzó y salió corriendo —digo.

—Nadie lo lanzó.

—Entonces, según tú, ¿qué ocurrió?

—Este ladrillo es una señal —sostiene.

—¿De qué?

—De problemas.

Aquello no me sorprende. Mary nunca ha recibido una señal que anunciara nada bueno. Se retira a lavar los frascos y yo termino de limpiar las uvas en la parra. No vuelvo a darle más vueltas a lo del ladrillo rojo. No quiero volver a oír hablar de sus misteriosas afirmaciones.

Pero, esa noche, tengo un sueño.

Sueño que Sita Kozka se halla de pie en su jardín delantero, debajo del serbal. Veo las bayas naranjas que brillan detrás de ella y las hojas con forma de helechos que se agitan en el aire. Ella se retuerce las manos vestida con un delantal de cuadros azules y con la vista puesta en la carretera. Busca a alguien.

—Te llamo y no vienes —murmura.

—¿Qué? —digo.

Sus ojos se retraen en las magulladas cuencas y las mejillas parecen hundidas y pálidas como una masa.

—Te llamo y no vienes —repite.

Quizá sea el brillo de las bayas en el árbol, el azul y el blanco del delantal o la larga y enferma mirada de Sita. Sea lo que sea, el sueño me resulta más real que la vida misma. Despierto, y el cielo es del gris apagado que precede el alba. No consigo volver a dormirme. Me quedo en la cama observando cómo el cielo se aclara paulatinamente y me pregunto de qué va ese sueño sobre Sita Kozka.

Bien entrada la mañana, llego a la tienda y le pido a Mary sin rodeos que venga a sentarse antes de ponernos a trabajar. Dejo la cafetera eléctrica sobre la mesa entre las dos, y entonces le cuento mi sueño. Una cosa de la que estoy segura es que siempre estaremos de acuerdo sobre Sita. Ella se considera de la alta sociedad, muy por encima de nosotras, desde que se casó con el inspector de Sanidad del estado que a la vez era el alcalde de Blue Mound.

—Tiene una enfermedad —anuncia Mary.

—A mí me pareció que estaba medio muerta.

—Te está llamando.

—No sé para qué querrá verme.

Sin embargo, Sita y yo fuimos amigas del alma durante muchos años. Crecimos juntas, éramos uña y carne, peleándonos y haciendo las paces a todas horas. Yo nunca podía con ella. Es más alta que yo. Solía sentarse sobre mi pecho y golpearme con su larga y pesada trenza. Ahora lleva el pelo corto, peinado por una peluquera del barrio y rizado como un caniche. En mi sueño, tenía el pelo de pincho y aplastado en un lado, por lo que sé que lleva algún tiempo sin pisar la peluquería.

—Iré contigo —dice Mary—. Después de todo es mi prima. Debo ir.

Entonces nos quedamos allí pensando qué hacer con el perro.

En otras palabras, hemos decidido recorrer en coche los veinte kilómetros hasta Blue Mound y responder a la llamada de Sita. Está cerca, pero muy lejos. Blue Mound tiene una población total que no llega a los doscientos habitantes, por lo que decimos del marido de Sita que es un pez gordo en una charca pequeña. Tomaremos la carretera 189 que nos llevará directamente hasta allí. Por si acaso tuviéramos que quedarnos, metemos en la furgoneta de reparto nuestros camisones, así como una tarta rectangular y un par de salchichones. Dejo a cargo de la tienda a mi sobrino Adrian, pero como él no cuidará de Jimmy, el perro de Mary, de camino debemos pasar por casa del tío Kah a la salida del pueblo.

El tío Kah vive junto al río en una pequeña vivienda llena de pieles y trampas, que está más desvencijada y destartada que nunca. Vista desde el coche, tiene el aspecto de un montón de tablas de madera apiladas de cualquier forma. Y aunque sé perfectamente lo que es, me sorprende al ver salir de allí a mi tío Kah. Enseguida me doy cuenta por su sonrisa de que ya le ha estado dando a la cerveza oscura. Está lleno de jengibre. Y apenas le queda algún diente en la boca.

—¡Claro que sí! —Asiente con la cabeza con su nerviosismo habitual—. Dejadme el perro, pero si cuando volváis está muerto, pues estará muerto y punto.

Mary dice que Jimmy es un buen perrito guardián y no le apetece que Kah lo golpee. A veces Kah tiene muy malas pulgas. Entonces yo se lo agradezco mucho, pero prefiero llevarme al perro conmigo. Nada deja entrever que el perro nos vaya a causar muchos problemas. Ladra a los desconocidos cuando entran en casa, pero, aparte de eso, no tiene pizca de maldad. Recuerdo, sin embargo, que Sita odia a los perros, y le pregunto a Mary si cree que a Sita le importará que esté el pequeño Jimmy.

—Tendrá que aceptar lo malo junto con lo bueno —responde Mary—. Al fin y al cabo, te ha llamado ella.

—Sí —afirmo. Hay algo en todo esto que me preocupa—. Pero me lo ha pedido en mi sueño.

—No hay ninguna diferencia —repite Mary, y sé que a sus ojos no la hay.

Saca el hilo de bordar, succiona un extremo partido en dos y se pone a coser. Esa labor me lleva a pensar en la máquina de coser de Mary y en cómo Sita se la arrebató, a pesar de ser una de las pocas cosas que Mary había recibido de su madre. La máquina era un bonito mueble, a buen seguro hoy día una antigüedad. Se me ocurre que podríamos llevárnosla en la furgoneta, siempre y cuando Sita todavía la tenga olvidada en el garaje.

—Quizá podamos recuperar tu máquina de coser, Mary —digo.

—Jamás quise tenerla —responde Mary. Guarda su labor de bordado. Es un diseño de cuervos. Tras unos kilómetros, se vuelve hacia mí y suelta:

—A Sita ya no le queda mucho.

—¿Qué te hace pensar eso?

Mary saca el ladrillo de su bolsillo y escupe encima. La saliva se secará formando una fecha de calendario, asegura. Se queda observando el ladrillo como si fuese a ponerse a hablar de un momento a otro. Le digo que lo guarde.

He trabajado clasificando galletas en una cinta transportadora y cascando huevos. He trabajado haciendo recados para un contable que me pagaba con su vieja ropa desgastada. He envuelto mantequilla y he manejado una centralita telefónica. Pero nunca he trabajado con nadie como Mary.

Es una persona de aspecto corriente, salvo por sus ojos. Su forma de vestir es lo que le confiere ese aire extraño. Para el viaje se ha envuelto la cabeza en un pañuelo de seda negra con flecos. Tiene unos ojos penetrantes y vivos. Está encorvada como

una vieja tortuga, por lo que no puedo dejar de preguntarme, como siempre, en qué estará pensando. Tiene el perro en el regazo y está comiendo uvas pasas de una pequeña bolsa.

Sita vive en la única casa nueva de Blue Mound, una gran casa blanca (que ella llama «colonial») con contraventanas que no cierran. Se encuentra delante de la vivienda cuando tomamos el camino de acceso. Al igual que en el sueño, se retuerce las manos en el áspero delantal azul. Al igual que en el sueño, las bayas naranjas brillan detrás de su cabeza. Parece estar enferma. Nos bajamos del coche. A diferencia del sueño, pone los brazos en jarras y grita:

—¡Sacad al maldito perro de mis rosas!

Después, alarga la mano hacia su árbol, arranca una gruesa masa dura de las bayas y se la arroja a Little Jimmy. El perro sale pitando.

—Te las estaba regando, nada más —dice Mary—. No te pongas así.

Intento suavizar la situación haciéndole un cumplido a Sita. Los halagos suelen tranquilizarla, pero esta vez no funcionan.

—Tienes buen aspecto —digo.

Me despedaza con la mirada.

—Como las hojas antes de morir —sentencia.

Al oír esas palabras, Mary se echa a reír, lo que provoca que el rostro de Sita adquiera un color blanquecino verdoso.

—Estoy enferma —anuncia Sita, con la mirada perdida—, tan enferma como un gato enfermo.

Después, da media vuelta, sube con paso sonoro los peldaños hasta su casa y cierra la puerta con un portazo. Mary atrapa a Little Jimmy y lo atamos al fresno con un trozo de la cuerda de tender. Sacamos nuestro equipaje y la tarta rectangular de la furgoneta, y Mary me sigue por el camino con los salchichones en la mano.

Al verla vestida de negro con esas salchichas envueltas en papel blanco, pienso que me recuerda a algo. ¿Qué? Me detengo delante de la puerta de Sita y vuelvo la cabeza hacia Mary. Entonces caigo. Se parece a la imagen de la Muerte en el mes de enero. Arrastra el dobladillo de su falda negra. Parece que lo ha visto todo. Y lleva esas salchichas como si fueran los símbolos de su oficio.

Solemos llevar al menos una salchicha allá adonde vamos. Pero ahora me parece curioso que, sin pensarlo, hayamos decidido llevar dos. Mary sube las escaleras de entrada con paso lento pero ligero.

—¿Por qué te quedas ahí plantada? —pregunta con tono receloso.

Recuerdo el motivo por el que envolvimos la segunda salchicha. Para el funeral. Para acompañar la cerveza de los que porten el féretro.

Dentro de la casa de Sita todo es muy neutro. Me refiero a que Sita no deja que las cosas se acumulen, de modo que no hay manera de saber quién vive ahí. Las mesas de Sita están vacías salvo por un cenicero. No se parecen en nada a mis mesas.

Entras en mi casa y enseguida te topas con un montón de material de pesca sobre la mesa, ovillos de lana o un ejemplar de la revista *Fate* para ayudar a superar ese momento incómodo.

Sita está arriba en el cuarto de baño. Oímos la cisterna. Atravesamos entonces la sala de estar, colgamos las salchichas en la despensa y dejamos la tarta rectangular sobre la mesa. En la cocina, en concreto, esperamos encontrar alguna señal de la enfermedad de Sita y de su negligencia. Pero todas las ollas están lavadas y en su sitio. El fregadero de acero inoxidable está impoluto. Incluso las baldosas del suelo acaban de ser enceradas.

—No sé cómo lo hace —digo en voz alta, pensando que me va a oír. Pero Sita no está bajando las escaleras para darnos la bienvenida. Todavía suena el agua que corre con fuerza.

Tenía la esperanza de que hubiéramos superado ese momento incómodo, pero entonces llega. Dejamos nuestro equipaje en el suelo de la cocina, ya que nos parece la habitación más acogedora de la casa, de momento. Después, nos sentamos, sin saber qué hacer con nosotras mismas.

—Supongo que se estará arreglando un poco —dice Mary al cabo de varios minutos.

Al fin el agua deja de correr por las cañerías. Pero entonces suenan unos chasquidos y un borboteo, como si se estuviera dando un baño.

—Al menos eso puede hacerlo ella sola —observo.

Mary mira la cafetera con añoranza.

—Prepararé un poco de café. Estará calentito cuando ella baje —dice.

—Nos tomaremos un tentempié —asiento, deseando probar un trozo de la tarta todavía sin estrenar.

Mary registra los armarios en busca de café, pero por supuesto está sobre la encimera en la lata verde donde pone «Café».

—No pensaba yo que lo guardaría aquí —dice Mary.

—¿Por qué no? —pregunto—. Sita hace todo siguiendo las reglas.

Y ahora se está dando un baño siguiendo las reglas, lavando cada centímetro de su cuerpo. Desde los tiempos en los que éramos amigas íntimas, cuando yo me quedaba a dormir con ella algunas noches, sé que está usando exactamente un tapón de gel de baño. Después, se espolvoreará el cuerpo con almidón de maíz. A continuación, se sentará en el borde de su cama, se envolverá en una toalla y se limará las uñas hasta que dibujen perfectos óvalos.

—Yo —dice Mary, como si de forma extraña me leyera la mente— prefiero frotarme la cara con una rodaja de limón.

—Por eso tienes la piel tan arrugada —le contesto sin pensar.

Odio cuando me lee los pensamientos, pero ahora la he herido en sus sentimientos.

—Quizá me ponga a bordar —dice al cabo de un momento, con tono alicaído.

Busca en su desgastada maleta el diseño de los cuervos sin, por lo visto, encontrarlo. Supongo que me he vuelto muy susceptible. Sita me está dejando en mal lugar ante ella. Blue Mound no se halla precisamente a un tiro de piedra, y estamos cansadas. Fuera, Little Jimmy aúlla, sin duda ha enredado la cuerda alrededor del árbol y no puede moverse.

—Yo uso la lata de café para guardar cupones —le digo a Mary—. Me caben exactamente dos cuadernillos.

Mary se anima y retira la mano de su bolsa.

—Las latas de harina —dice— son demasiado pequeñas para esos juegos. Allí es donde me gusta guardar el destornillador y las tenacillas...

Mira las latas de Sita, luego entorna sus ojos penetrantes hacia mí y aguza el oído para ver si arriba Sita sigue ocupada.

—Adelante, ve a mirar —la animo—. Ve a comprobar si guarda harina en la lata.

Mary abre la lata verde.

—Mira tú por dónde —susurra—. ¡Cómo no iba a guardar la harina en el sitio que le corresponde! —Después agacha la cabeza y examina el contenido más de cerca—. Bichos. La harina tiene bichos —constata.

Nos sentimos mejor al instante. El café está hirviendo. Al fin tenemos una señal de que Sita no se las está arreglando tan bien sola. Me siento temeraria. Todavía puedo oír a Sita en la planta de arriba. Moriría antes que darse prisa para reunirse con nosotras.

—Tíralo a la basura —digo—. No queremos que encuentre esos bichos en su estado.

—Se están dando la gran vida —comenta Mary, sin apartar la vista. Si fuera por ella, creo que subiría las escaleras corriendo para enseñárselos a Sita, por las pocas ganas que muestra de deshacerse de ellos—. Está bien —accede al fin—, llevaré la lata detrás de la casa y lo tiraré en el jardín.

Poco después, regresa con la lata vacía y la deja en su sitio. Estamos sirviendo el café en tres de las tazas a juego y cortando la tarta, cuando baja las escaleras.

—Acabamos de preparar un poco de café —anuncio con voz agradable.

—No había —añade Mary con tono acusador. Luego, se lo piensa—. Esta tarta está recién hecha.

Su pañuelo negro se ha deslizado sobre la frente y forma una pequeña visera; cuando observa a Sita, parece que esté haciendo una apuesta.

Me vuelvo hacia Sita rápidamente, con la intención de dedicarle un cumplido sobre su buen aspecto ahora que se ha arreglado. Pero Sita tiene exactamente el mismo aspecto que antes, no parece estar más fresca que cuando la vimos en el jardín. No se ha cambiado de ropa y su peinado sigue torcido. Sé que duerme durante toda la semana con la cabeza envuelta en rulos de papel higiénico para que no se le estropee el peinado, y ahora descubro otra señal de deterioro.

Cuando se gira para sacar la leche del frigorífico, advierto que un trozo cuadrado

y rosa de papel higiénico se le ha quedado pegado en la nuca. Sin embargo, con ella incluso esto casi parece intencionado. Cuando se da de nuevo la vuelta, no digo nada. Pero Mary está sonriendo.

—Espero que te guste —le dice con voz dulce y meliflua, mientras pone delante de Sita un trozo de tarta marrón y amarillo.

Sita abre un cajón y saca tres servilletas de papel blancas con los bordes festoneados. Las deja con cuidado junto a nuestros platos. Después, se sienta y prueba un bocado, toma un sorbo de café y le da otro mordisco a la tarta. Se dispone a darle un tercer bocado cuando busca el tenedor.

Mary y yo casi hemos terminado nuestros trozos, y pienso en lo vacía que parece la cocina, sin el menor rastro de uso. ¿Acaso come Sita latas de conserva o comida precocinada?

Sita observa fijamente algo en la punta de su tenedor con gesto conmovido. Deja el trozo y, entonces, con el dedo estirado saca delicadamente del trozo de tarta algo transparente que deja en el borde del plato.

Alargamos el cuello por encima de la mesa. No podemos evitarlo. Vemos que el objeto en el borde del plato de Sita es una alita de color ámbar, bien horneada, quebradiza y llena de frágiles venas.

—Es un ala —observa Mary, dejando el tenedor.

—Para ser exactos, es el ala de una polilla india de la harina —puntualiza Sita con acritud y una mueca fruncida e irónica—. No suelen alcanzar este tamaño.

Mary se queda mirando el ala un momento, con gran interés, pero como si no tuviera nada que ver con ella. Levanta el tenedor y vuelve a hincarle el diente a la tarta, incluso saboreándola.

Sita vuelve la cabeza lentamente. El papel higiénico de su nuca ondea como una pluma. Sus ojos no se despegan de la tarta, que va del plato al tenedor y del tenedor a la boca de Mary. Sentada ahí, parece una gallina ofendida, con la nariz picuda y el gesto hambriento.

—¿Cómo sabes el nombre? —pregunto, para desviar su atención. Recuerdo entonces que su marido se encargaba más o menos del control de plagas—. ¿Lo aprendiste de Louis?

—Después de que renunciara a su cargo de inspector de Sanidad —dice entre dientes, todavía concentrada en los bocados animados de tarta—, Louis fue el entomólogo divulgador del condado.

Intento advertir a Mary de que no se sirva otro trozo, pero ya está cogiendo otro de la bandeja.

—Los bichos no pueden hacer daño si están cocidos —nos dice.

No quiero mirar a Sita. Me entretengo todo lo que puedo tomándome el café. Después, echo un vistazo y veo que ha perdido el color; está horriblemente pálida. Está tan enfadada que sus labios se han tornado azules. Dejo la taza en la mesa y me preparo, sabiendo por aquellos primeros años juntas que su ira está a punto de

estallar.

—¡No vais a traer a mi casa esos asquerosos insectos! —chilla Sita, poniéndose en pie de un salto, tan bruscamente que el trozo de papel higiénico se le despega de la cabeza.

Mary se fija en su tenedor, dubitativa, pero es demasiado tarde.

Sita levanta la tarta rectangular y, sin mediar palabra ni dirigirle la mirada, la saca por la puerta trasera. Oigo sus pasos bajando los escalones y el tintineo de la tapa del cubo de la basura; después entra de nuevo dando un portazo con la bandeja vacía y la deja en el fregadero. Se acerca por detrás a Mary, extiende el delgado y serpenteante brazo y le quita de las manos el plato y el tenedor.

Ahora Sita ha ido demasiado lejos. Cuando se dirige de nuevo hacia la puerta, con la intención de arrojar a la basura la tarta de la punta del tenedor y las migas, Mary salta. El pañuelo de la cabeza le cae sobre los ojos, por lo que debe alzar la barbilla hasta la cara de Sita para verla.

—¡Mira quién fue a hablar de bichos! —vocifera. Sus ojos lanzan chispas amarillas—. ¿Y qué hay de tu harina llena de bichos, señorita Finolis? Tienes cochinillas. Las he visto poblando tu lata.

Sita da media vuelta. Está muy delgada, y ahora toda su cara brilla azul de furia. Se precipita hasta la lata, quita la tapa y, por supuesto, está vacía. Se queda examinando el interior, al igual que lo había hecho Mary, y la agita hacia la luz. Se queda ahí tanto tiempo, con los ojos clavados en el fondo de la lata, que me pregunto si la conmoción no ha sido demasiado fuerte para ella. Mary se mira los zapatos, avergonzada. Nos quedamos quietas como estatuas petrificadas.

—Hay uno —termina por decir Sita—, un gorgojo castaño de la harina.

Cruza la cocina con la lata, abre la puerta mosquitera de una patada y lanza fuera la lata. Tintinea al golpear el suelo.

—Conozco a mis gorgojos —dice, al volverse. Tiene el gesto sombrío. Se sienta con la taza de café y se pone a beber—. ¿Qué es esto?

Al final descubre el trozo de papel higiénico que se le ha caído de la cabeza. Ha aterrizado exactamente en medio de la mesa. Nos mira, escrutando nuestros rostros fugazmente. Hunde de nuevo la mirada en la taza de café como si hubiese visto algo terrible. Es como si de pronto yo fuese capaz de leer la mente como Mary, porque creo que la oigo estrujar un pensamiento.

Han venido aquí para atormentarme hasta el amargo final.

Y sin embargo, fue Sita quien llamó.

Pobre Little Jimmy. Nos hemos olvidado su comida, así que en los días siguientes, le damos sobras o nos acercamos a la tienda de la esquina para comprar a precio de oro unas latas de emergencia. Un perro que vive en una carnicería suele estar malcriado. Pero ahora, Little Jimmy debe arreglárselas a menudo solo. Cava agujeros en los arriates de lirios de Sita en busca de algún hueso curado. La primera

noche, se desliza por el cubo de la basura y devora la tarta, bichos incluidos. No podemos mantenerlo atado porque roe la cuerda con sus fuertes dientes en cuanto le entran ganas de deambular por allí. Es un perro doméstico. Pero, por supuesto, no podemos tenerlo en casa.

Sita lo odia. Se le nota en la mirada cuando el animal suplica en la puerta. Yo relleno los agujeros que va dejando y planto de nuevo los lirios, con la esperanza de que ella no se muestre demasiado dura con Little Jimmy. Si alguna vez ha reparado en los agujeros tapados, jamás lo menciona. Ahora vemos que Sita está tan enferma como confesó en mi sueño. El médico la visita. Ella se duerme después. Él dice que no puede hacer gran cosa y me da un frasco de píldoras para que las triture.

Tras la pelea sobre los bichos, Mary se adapta a las circunstancias. Se me antoja que ella se crece ante la muerte del mismo modo que algunas mujeres se animan ante un hombre guapo. Se quita el pañuelo de flecos negro y se recoge el pelo en suaves trenzas. Lleva un vestido de flores violetas y tararea mientras prepara natillas y caldos para tentar el melindroso apetito de Sita. Agita la lata de levadura de cerveza sobre todo lo que cocina, mientras yo machaco las píldoras amargas que no le hacen nada a Sita salvo agotarla de tanto dormir. Todo lo que comemos tiene el sabor rancio de la levadura, y para Sita cuenta además con el añadido de sus medicinas. Pero esta apenas se fija ya en lo que come.

De hecho, con el paso de los días se mueve y habla cada vez menos. Por las tardes, nos sentamos en el porche y ella se envuelve en sus mejores chales de ganchillo. Una señal. Ninguna mujer se pone sus mejores chales. ¿Pero para quién los va a reservar? La visita se alarga de días a semanas, y somos las únicas personas que hemos venido a ver a Sita en todo este tiempo. No querrá guardar esos chales para nosotras.

Una noche, tiene ganas de hablar.

—¿Por qué habéis venido? —pregunta—. Mi prima, tú y vuestro maldito perrito.

—Porque sabía que estabas enferma —respondo.

—Sabías que estaba enferma. —Se mece en la menguante luz. Su cara ya se parece a un hueso tallado, y lee en mí desde el fondo de sus cuencas oscuras—. Ya, pensaste que a lo mejor podías heredar algo mío.

Eso me saca de mis casillas.

—Somos buenas contigo porque tu madre fue buena con nosotras —le digo—. No estamos aquí porque queramos nada tuyo.

Sita se queda sentada, chirriando en la silla. No sé si es la mecedora sin engrasar o sus huesos debilitados lo que hace ese ruido. Se produce un largo silencio entre nosotras, y entonces pienso en lo mezquina que ha sido, y sé que no podré contenerme y le pediré lo que había pensado en la furgoneta.

—Pero podrías darle a Mary la máquina de coser que su madre le dejó a ella en herencia —suelto.

El chirrido se detiene. Abre la boca, negra y grande como un desván. Un

murciélago podría entrar y posarse en su interior. Abre la boca todavía más cuando se echa a reír. Me doy cuenta de que no la había oído reír hasta ahora, no desde que llegamos; después, de pronto se ahoga y para.

—Esa antigüalla se rompió hace veinte años y se la regalé a los Stack.

Conozco a la familia Stack. Son los manirroto con peor fama de Blue Mound, que viven sobre todo de vender papel aluminio usado. Sé que la chica Stack es incapaz de coser nada con aquella máquina, que jamás lo haría ni tampoco lo intentaría; lo más probable es que haya despedazado el mueble para encender un fuego en el frío invierno.

No tengo nada más que decir a Sita Kozka. La dejo chirriando, con los brazos cruzados sobre su pecho consumido, y subo las escaleras para ver qué hace Mary.

Compartimos la habitación de invitados de la planta de arriba de Sita. Algunas noches, me quedo despierta en la cama durante horas escuchando a Mary, que habla en sueños. Mantiene largas y amenazantes conversaciones con gente desconocida. «Démelo», dice. «Ya no podemos esperar más tiempo».

Una noche, mientras la escucho, comprendo lo que hace mientras duerme: cobra facturas pendientes. Mete el pie en la puerta entreabierta del sueño. Grita cuando se cierra sobre su pie. «Usted firmó el recibo», vocifera. «¡Lo veré en los tribunales!». Esto es algo que se le da muy bien, y es normal ya que lleva haciéndolo toda la vida.

—Estoy agotada —dice cuando entro en la habitación.

Se ha acomodado a sus anchas. De su equipaje salió una asombrosa cantidad de objetos que ahora se encuentran colocados en la sobria habitación de invitados. El ladrillo rojo descansa en la mesilla de noche junto a su cama, cuidadosamente envuelto en una toallita para que no se escape en el aire ninguno de sus poderes cósmicos. No es del tipo de persona que esconde su ropa, ni siquiera la interior. Aparece amontonada o encima de cómodas y sillones. Solo sus enormes bombachos de algodón blanco están pulcramente sujetos con pinzas a unas perchas y cuelgan de los picaportes del armario, porque Sita no permite que los tienda en el jardín. Una estatuilla verde y agrietada de la Virgen María vigila detrás del ladrillo. Ha apilado sus libros de astrología y las labores de costura en los rincones, para tenerlos a mano. Veo que ha terminado el bordado de cuervos que descendían en picado sobre un campo.

Lo levanta para que yo lo admire.

Los cuervos son de diversos tamaños. El más grande aparece en el centro en primer plano. Tiene el pico abierto; sus ojos son salvajes y vivos. Parece que nos vaya a decir algo sobre el final de los cultivos del granjero.

Este dibujo, y los ojos penetrantes del cuervo, me recuerdan a Mary.

—El cielo nocturno está lleno de desconcertantes agujeros —dice.

Suelta el paño con su bordadura sobre el brazo del sillón. Ese no es el comentario que yo me esperaba de un cuervo. Retiro su labor del brazo del sillón y la coloco a los pies de la cama. Después, me siento en la butaca.

Me habla de los agujeros en el espacio que se tragan todas las cosas. Incluso aspiran el espacio dentro del espacio. No consigo imaginarme algo así. En mi cabeza veo otras cosas, sin embargo, que se alejan a gran velocidad hacia la oscuridad. Justamente esta mañana he descubierto un sitio lleno de porquería en la casa de Sita. En un viejo mueble en el sótano encontré un montón de cachivaches desordenados, telarañas y mugre de verdad. Las estanterías acogían botellas y latas viejas: betún Venetian, vaselina Moroline, aceite de coco para el pelo, tabletas de matarratas Kill-All. Y un libro de Thomas B. Costain titulado *La rosa negra*.

Al ver todo esto, me invade una gran tristeza. Sita es la razón por la que están allí esas cosas y, cuando ella falte, seguirán aquí. Le sobrevivirán, así como han sobrevivido a su marido. Me sobrevivirán a mí. Cosas corrientes, pero con un poder que no podemos igualar. Me entristece verlas ahí, tan humildes y sin embargo tan indestructibles, mientras Sita, a pesar de una vida entera de tribulación, ha de morir.

Me viene a la mente la extraña idea de que todo cuanto haya tocado una persona debería ser enterrado con ella, porque no tiene sentido que las cosas sobrevivan a las personas. Mientras Mary habla, imagino que surcamos el espacio de cabeza y que este nos absorbe. Nos veo volando, arrastradas por un fuerte viento, junto a nuestros felpudos y cepillos de pelo. Luego, acabamos devoradas a una velocidad espantosa y desaparecemos.

Todo se confunde. Cierro los ojos y no sé si estoy en la planta de arriba o en la de abajo, y no me importa. Ni siquiera me enfado cuando Mary de nuevo me lee la mente y dice que los túmulos de los indios que han dado nombre a este pueblo contienen los objetos que han acompañado a los indios durante toda su vida. Se han encontrado muelas de piedra, flechas de caza y adornos hechos de huesos coloreados.

Entonces me digo que es inútil. Incluso después de ser enterrados nos sobreviven nuestras cosas.

El perro ladra debajo de la ventana. La noche es cada vez más fría, y me doy cuenta de que ha roído la cuerda hasta romperla y está escarbando de nuevo en los arriates de lirios. Oigo a Sita que grita a Little Jimmy desde el porche. Eleva la voz hasta que se le quiebra. Oigo a Little Jimmy que no deja de ladrar y gruñir. ¿O es Sita? Uno de los dos gruñe. Abrimos la ventana y Mary se asoma para mirar, pero está demasiado oscuro. Unas frágiles ramas de cornejo nos impiden ver a Little Jimmy. Oímos jadeos y golpes.

—Ha encontrado algo —dice Mary—. Sita lo va a matar como haga un agujero en su jardín.

—¡Sal de ahí! ¡Fuera! —grita.

Pero los jadeos y los golpes no cesan.

Mary busca algo detrás de ella. Tiene dos cosas al alcance de la mano: la estatuilla agrietada de la Virgen y el ladrillo especial. Lanza el ladrillo por la ventana. Se oye un golpe sordo, luego un silencio, y después Little Jimmy se pone a gemir.

Corremos escaleras abajo. Todavía no ha salido la luna. Busco a tientas la luz del

porche, pero no la encuentro, y sigo a Mary por las escaleras del porche. Tengo que ir a tientas, apoyándome en las sillas del jardín y las ramas de los rosales. Cruzo el césped y entonces vislumbro sus siluetas encogidas. El vestido florido de Mary se funde con los arbustos, pero la silueta blanca en el suelo... Esa es Sita. Reconozco su chal al tacto. Es el punto *pancake-posy* verde claro que tejíó cuando era jovencita.

Estoy de rodillas y me inclino sobre ella. No se mueve durante unos segundos interminables, y después su cuerpo se estremece. Como un relámpago se me pasa por la cabeza que ha llegado su hora. Las cosas se nos escapan de las manos. La tierra removida es seca y fría. Me susurra a la cara.

—Tú también comerás mierda con las gallinas un día.

Tiene el cabello mojado justo ahí, en la cabeza, donde le ha acertado el ladrillo. Creo que tiene razón. Tiene razón. Comeré mierda con las gallinas. La llevamos dentro de casa. No pesa más que una tostada. La tumbamos en el largo sofá beis del salón. Casi me da miedo encender la lámpara, pero al final Mary lo hace, y entonces veo el mal aspecto que tiene Sita. Unas sombras oscuras cubren sus mejillas.

Paso el resto de la noche sentada a su lado, lavándole la frente y escuchando cómo su respiración se va debilitando hasta desvanecerse. La envuelvo en sus mejores chales: los de las franjas tejidas y remolinos de nubes, el punto de ratonera, los valles ondeantes y los montes azulados. Mary está sentada en la butaca con la cabeza entre las manos, sin moverse, de modo que en algún momento de la noche me olvido de que está ahí.

También me olvido de Little Jimmy. El perro recibió un buen golpe, de todas formas. Olvido el motivo que nos trajo aquí. En un momento dado, Mary comienza a farfullar entre las manos, y sé que se ha quedado dormida.

—No discuta conmigo —dice—. He comprobado su cuenta.

Sita sonrío al oír esas palabras y abre los ojos. Mira a su alrededor con serenidad, después se centra en mí y frunce el ceño. Frunce el ceño constantemente. No sé si lo hace por mí o por otra persona, pero yo la miro a la cara.

Toma aire con dificultad. No la oigo cuando lo suelta, porque de pronto recuerdo el aspecto que tenía, vista desde abajo, cuando se sentaba por encima de mí como yo hago ahora con ella. Sus labios rosados se curvaban. Sus dientes eran blancos y cuadrados. Balanceaba su larga y espesa trenza por encima de la cabeza. Caía, me golpeaba la mejilla con un sonoro *plaf*, me acariciaba la nariz y la boca. Ahora recuerdo que la trenza de Sita no hacía daño. Solo era suave y pesada, desprendía una fragancia a jabón Castile, aun así yo gritaba como si algo terrible estuviese sucediendo. «¡Para! ¡Quita! ¡Suéltame!». Porque no podía soportar lo fuerte que era con sus rodillas clavadas en mi pecho. No podía soportar que me sujetase contra el suelo mientras yo permanecía indefensa.

Cuchillos

Su osamenta es delgada, su aspecto impecable, realmente agradable, y está vestido para matar con su elegante traje negro, chaleco de color burdeos y su corbata marrón. Tiene el pelo engominado. Los labios rojos y febriles como dos capullos. Se queda ahí durante un largo tiempo, escrutándome, hasta que por fin abre la boca.

«No eres guapa», son las primeras palabras que pronuncia.

Y yo, que jamás he tenido pelos en la lengua, ni siquiera con los clientes, guardo, para mi asombro, un silencio herido, aunque no me miro en el espejo por placer sino para evaluar los estragos de la noche.

Trabajo para Mary, quien aprendió el oficio de carnicero y dirige una tienda de capa caída en las afueras de Argus, un pueblo donde no he encontrado esperanza alguna de casarme. Me llevo bien con los hombres. Trabajo codo con codo con ellos en la sala de despiece y llevo la interminable cuenta de las deudas que tienen conmigo. Pero no hay nada de romántico en eso. En las novelas que leo por las noches, experimento sin satisfacción alguna la mirada disimulada, el acercamiento cauteloso, las ansias con las que he terminado por convivir al cumplir los treinta. Me vuelvo más y más grávida con cada año que pasa sin que nadie me estreche entre sus brazos, de modo que ahora peso más que la mayoría de los hombres. Y quizá yo sea demasiado parecida a ellos, demasiado fuerte y rotunda cuando me cuadro y me pongo derecha; y demasiado acostumbrada a llevar las riendas.

Me he subido a un taburete para cambiar los precios que, cada semana, escribo con tiza en una pizarra encima del mostrador. Morcillas. Salchichas suecas. Chuletas. Filetes. Sigo anotando sin darle el gusto de una respuesta. Él está abajo y espera. Tiene la paciencia de un gato con las mujeres. Cuando termino, no me queda más remedio que bajarme.

—Pero ser guapa no lo es todo —prosigue el hombre con voz suave, como si mi silencio no se hubiera interpuesto entre nosotros.

Corto en seco.

—Dígame qué quiere —suelto—. Voy a cerrar.

—Me apuesto lo que sea a que jamás creíste que volvería —dice.

Se acerca a la vitrina llena de carne. A través del resplandor artificial del interior del cristal, puedo ver su pecho de levantador de pesas. Sus fuertes y afiladas manos. Puedo percibir el penetrante olor a brillantina, menta y tabaco de su aliento incluso por encima de la pimienta blanca y el serrín de la tienda.

—Jamás lo he visto antes —le aseguro—. Voy a cerrar.

—Mira —dice—, Mary...

—No soy Mary.

Se tensa, se lleva la mano a la nuca y se atusa el cabello, pensativo.

—¿Entonces quién eres?

—Celestine —respondo—. Como si fuera asunto suyo.

Tengo que cerrar la caja registradora, echar el cierre y activar la alarma de la caja fuerte antes de poder marcharme a casa. Sobre esa última hora de la tarde, la luz entra a raudales por las ventanas de gruesos bloques de vidrio, una luz dorada que suaviza los estantes y las barricadas. El atardecer siempre ha sido mi hora preferida, esa atmósfera especial de formas cambiantes, y se me antoja que aunque él diga que no soy guapa, quizá resulte irresistible al anochecer. Quizá yo tenga algo, como él afirma.

—Adare. Karl Adare.

Se presenta sin que yo se lo pida. Cruza los brazos sobre el mostrador, se inclina hacia adelante y sonrío deliberadamente en respuesta a mi reacción. Tiene unos dientes pequeños, brillantes y nacarados.

—Mira por dónde —digo—. El hermano de Mary.

—¿Habla de mí alguna vez?

—No —debo responder—. Y ha salido a entregar un pedido. No volverá antes de un par de horas.

—Pero tú estás aquí.

Supongo que me quedo un tanto boquiabierto. El que yo sepa quién es no le ha hecho cambiar de lo que parecen ser sus firmes intenciones, que son... ¿qué exactamente? No sé leerle la mente. Le doy la espalda y me entretengo con la caja registradora, pero me tiemblan las manos. Me giro para mirar a Karl. Sus ojos son dos pozos incandescentes e intenta atravesarme con la mirada. Desde luego así se comportan los hombres en el mundo de las novelas rosas. Solo que él es un poco más bajito que yo y además es el hermano de Mary. Y también está su irritante cantinela.

—Ser guapa no lo es todo —me dice de nuevo—. Tienes un tipo...

Se interrumpe y trata de disimular su confusión. Pero se le enrojece el cuello y se me ocurre que quizá no tenga mucha más experiencia que yo en estas lides.

—Si al menos te rizaras las puntas —farfulla, intentando recomponerse—, si te cortaras el pelo. O tal vez sea el delantal.

Siempre llevo un largo delantal blanco de carnicero, almidonado y atado a la cintura con tiras anchas. Me lo quito de inmediato, lo sacudo a mi alrededor y lo lanzo sobre el radiador. Decido que voy a ganarle a su propio juego, ya que lo he estudiado en privado y lo tengo todo muy pensado.

—De acuerdo —digo, saliendo de detrás del mostrador—. Aquí estoy.

Como he ido al mercado, llevo puesto un vestido azul marino con un ribete blanco. Un lazo en la cintura, zapatos negros y un collar de plata. Siempre he pensado que estoy arrebatadora con este atuendo y que no se me puede tomar a la ligera vestida así. Desde luego abre los ojos como platos. Parece impresionado y bruscamente inseguro de cuál ha de ser su siguiente paso, y me doy cuenta de que

ahora me toca a mí mover ficha.

—Acompáñeme —digo—. Prepararé un poco de café.

Es la cocina de Mary, por supuesto, pero no estará de vuelta hasta dentro de varias horas. No me sigue enseguida, sino que enciende un cigarrillo. Fuma tabaco fuerte; ya no es la marca que yo compro. De sus labios mana una voluta de humo.

—¿Estás casada? —pregunta.

—No —respondo.

Tira el cigarrillo al suelo y lo aplasta con el pie, después recoge la colilla y me dice:

—¿Dónde tiro esto?

Le señalo un cenicero en el vestíbulo y él tira la colilla. Después, mientras nos dirigimos a la cocina de Mary, veo que lleva una maleta negra en la que no había reparado antes. Nos encontramos en la puerta de la cocina. Estamos a oscuras. Tengo la mano en el interruptor y me dispongo a encender el anillo fluorescente, cuando él se aproxima a mí por detrás, me pone las manos en los hombros y me da un beso en el cuello.

—¡Quita! —exclamo, al no esperarme algo así tan pronto. Primero ha de haber miradas, cortejo y muchas conversaciones.

—¿Y eso? —responde—. Si esto es lo que quieres.

Le tiembla la voz. Ninguno de los dos controla la situación. Aparto sus manos con un movimiento de hombros.

—Lo que quiero —repito tontamente.

Las historias de amor siempre acaban en este punto. Nunca he tenido a una madre para explicarme qué viene después. Da un paso al frente, se queda ante mí, me estrecha en sus brazos y acerca mi cara a la suya. Se supone que he de sentir la ardiente dulzura de sus labios, pero su boca es dura como el metal.

Me lanzo hacia adelante intentando soltarme, pero él me sigue. Pierdo el equilibrio. Lucha por dominarme y me empuja hacia el suelo con todas sus fuerzas, pero yo puedo competir igual o más con sus brazos de levantador de pesas y sus piernas que se mueven con furia. Podría apartarlo hacia un lado, lo sé, pero siento curiosidad. Hay un olor a gachas de maíz, algo que ha derramado Mary por la mañana. Eso es en lo que me fijo, incluso cuando sucede y estamos juntos, rodando, abrazados, hasta que chocamos contra las patas de la mesa. Me muevo instintivamente, agitándome bajo su cuerpo. Estamos atrapados en mi cabeza como en un vaso, y veo mi propio rostro, divertido, avergonzado y aliviado. No es tan complicado, ni siquiera tan doloroso como me temía, y tampoco dura mucho. Él suspira cuando se acaba, con el aliento caliente y ronco en mi oído.

—No puedo creerme que esto haya pasado —se dice a sí mismo.

Curiosamente, ese es el momento en que arremeto contra él. Pesa tanto que me parece que voy a gritarle a la cara. Lo empujo a la altura del pecho, como un peso muerto, y después lo levanto, lo aparto hacia un lado y él se desploma en la oscuridad

lejos de mí, de modo que puedo respirar. Nos arreglamos la ropa y el pelo con tanto cuidado, en la oscuridad, que cuando al fin encendemos la luz y parpadeamos ante el lugar donde nos encontramos, es como si nada hubiera ocurrido.

Estamos de pie con la mirada puesta en cualquier sitio menos en nosotros.

—¿Qué hay de ese cafelito? —dice.

Me vuelvo hacia el fogón.

Cuando me doy de nuevo la vuelta con la cafetera, veo que está abriendo una serie de complicados accesorios de bronce que convierten su maleta en un gran expositor vertical. Parece absorto, con una sola idea fija en la cabeza, no muy diferente de como cuando estaba en el suelo. La maleta llevaba por dentro un forro de terciopelo rojo. Unos cuchillos destellan en el afelpado interior. Cada uno descansa en un compartimento ajustado, con la punta cubierta para no agujerear el paño, y los mangos de hueso están sujetos por finas tiras de piel de cerdo.

Me siento. Le pregunto qué está haciendo, pero no me responde, solo se da la vuelta y me mira detenidamente. Extiende un cuchillo y un pequeño rectángulo de madera oscura.

—Puedes cortar —comienza— madera, incluso yeso, con esta hoja serrada. O... —se saca del bolsillo un pequeño pan blanquecino— el pan más tierno que haya.

Procede a realizar una demostración: sierra sin mayor dificultad el extremo de un bloque de madera de balsa, después introduce el cuchillo en el panecillo con un delicado vaivén y lo corta en perfectos óvalos transparentes.

—Ya no pueden untarse de mantequilla. Se desharían —me escucho replicar.

—Funciona igual de bien con verduras de piel fina —dice al aire—. Con la fruta. Los filetes de pescado. —Comprueba el filo de la hoja—. Toca —me anima, y me acerca la hoja.

No le hago caso. Si de algo entiendo es de cuchillos, y los suyos son de pésima calidad y no valen la mitad del elegante estuche. Sigue adelante con la demostración, corta trozos de tela, un tomate muy maduro y un bloque de helado extraído del congelador de Mary. Me enseña todos los cuchillos, uno tras otro, y me explica el uso de cada cual. Me muestra el afilador y afila en la rueda todos los cuchillos de Mary. Y por último saca unas tijeras de uso general. Corta el aire con ellas mientras habla:

—¿Tienes un penique? —pregunta.

Mary guarda las monedas en un tarro de cristal en el alféizar. Saco un penique y lo dejo sobre la mesa. Entonces, bajo la luz de la cocina, Karl coge las tijeras y corta la moneda formando una espiral.

Vaya, me digo, esto es lo que sucede después del beso ardiente, cuando truena la música. Imagínatelo. Los amantes atrapados en una mansión desierta. Sus labios descienden con parsimonia. Ella le roza los magníficos músculos.

—Lo corta todo —afirma, dejando la espiral junto a mi mano.

Empieza otra. Observo la tensión de sus dedos y cómo frunce el ceño lentamente de placer. Deposita una nueva y perfecta espiral junto a la primera. Y entonces, como

parece dispuesto a no parar y a cortar todos los peniques del tarro, decido que ya está, ya sé lo que es el amor.

—Recoge tus cosas y lárgate —le digo.

Pero él solo sonrío y se muerde el labio, volcando toda su atención en el penique que se abre en su mano. No piensa moverse. Puedo quedarme ahí mirando a ese tipo y sus cuchillos, o llamar a la policía. Pero ninguna de estas dos cosas parece un final adecuado.

—Me llevaré este —digo, señalando el cuchillo más pequeño.

Con un solo movimiento saca un pelador de verduras del estuche de terciopelo y lo deja entre ambos sobre la mesa. Suelto un dólar en calderilla procedente del tarro de los peniques. Él cierra la maleta con un golpe seco. Levanto el cuchillo. Está afilado, lo que resulta muy práctico para quitar los ojos de las patatas. Pero él desaparece en lo que tardo en formular otro pensamiento.

En mis novelas, ellos siempre vuelven. Y eso mismo hace Karl. Hay algo en mí que él necesita seguir. No sabe lo que es y yo tampoco puedo decírselo, pero no han pasado ni un par de semanas cuando reaparece por el pueblo, sin ni siquiera haber visto aún a su hermana. Yo veo a mi hermano Russell todo el tiempo, vivo con él. Russell mira un día por la ventana y ve a Adare de pie con las piernas separadas en el camino adoquinado que llega hasta nuestra casa.

—Vaya mequetrefe —dice Russell.

Miro por la ventana por encima de su hombro y descubro a Karl.

—Tengo asuntos que tratar con él —digo.

—Pues ábrele la puerta —responde Russell—. Yo me largo.

Y sale por la puerta trasera con sus herramientas.

El timbre suena dos veces. Abro la puerta principal y me asomo.

—No necesito nada —le aclaró.

Se le borra la sonrisa de la cara. Durante un momento parece confundido, después conmocionado. Me doy cuenta de que ha venido a mi casa sin querer. Quizá suponía que no volvería a verme. Por el gesto de su rostro comprendo lo contrariado que está. Ahí me tiene, vestida con varias capas de ropa ligera y un martillo en la mano. Advierto que se pone nervioso cuando lo invito a pasar, pero es tan engreído que no puede dar ya marcha atrás. Saco una silla, sin dejar de agitar el martillo, y él toma asiento. Voy a la cocina a buscarle un vaso de limonada para la que he estado picando hielo. No me extrañaría que aprovechara para escabullirse, pero cuando regreso sigue sentado en el mismo sitio, con la maleta colocada humildemente a sus pies y con un viejo y grasiento sombrero fedora en el regazo.

—Bueno, bueno —digo mientras acerco una silla a su lado.

No tiene respuesta para mi comentario. Mientras toma pequeños sorbos de la limonada, sin embargo, mira a su alrededor, y poco a poco parece recobrar su aplomo de comerciante.

—¿Qué tal va el cuchillo? —pregunta.

Suelto una carcajada.

—Se ha roto el mango —respondo—. Tus cuchillos son un engañosos.

Aun así no pierde la compostura y recorre el salón con la mirada. Cuando concluye el inventario de cerámicas, libros, máquinas de escribir, cojines y ceniceros, vuelve la vista hacia su maleta entrecerrando los ojos.

—¿Vives aquí sola? —pregunta.

—Con mi hermano.

—Ah.

Le lleno de nuevo el vaso de limonada con la jarra. Ahora es el momento en que Karl debería derrumbarse y confesar que soy una mecha de combustión lenta en sus entrañas. Explosiva. Soy un nombre que no puede callar. Un sueño que jamás estalla.

—Pues bueno... —dice.

—¿Y eso qué significa? —pregunto.

—Nada.

Nos quedamos así un rato, mirando las musarañas, hasta que el silencio y la ausencia de Russell en la casa se hacen palpables. Entonces, dejamos los vasos y subimos las escaleras. Ante la puerta de mi dormitorio, le quito el sombrero de la mano. Lo cuelgo en el picaporte y le indico que entre. Esta vez, ya no soy tan inexperta. He tenido dos semanas para descubrir las partes que faltan en los libros. Él se escandaliza de todo lo que he aprendido. Es como si se le oscureciera la mente. Donde antes hubo roces y silencio, ahora hay gritos. Donde antes había oscuridad, ahora hay una luz deslumbrante. Subo las persianas. Lo que hacemos bien merece ser observado dos veces, aunque en los arcos negundos solo hay ardillas. En un momento dado se cae de la cama y hace temblar la casa entera. Y cuando se levanta está agotado, con toda la espalda dolorida. Se tumba y no se mueve de allí.

—Podrías quedarte a cenar —le propongo al fin, porque no parece que se vaya a marchar.

—Está bien.

Después, me mira con otros ojos, como si no lograra hacerse una idea de quién soy en realidad. Como si no pudiera abarcarme entera. Me pone nerviosa.

—Voy a ir haciendo la sopa —digo.

—No te vayas.

Tiene la mano en mi brazo, sus uñas pulidas me retienen. No puedo evitar bajar la vista y compararlas con las mías. Tengo las manos de una mujer que ha manejado demasiados cuchillos, ajadas y llenas de cicatrices, endurecidas por los condimentos y la salmuera, cuarteadas, y hasta me falta la punta de un dedo y una uña.

—Me iré si me da la gana —contesto—. ¿Acaso no estoy en mi casa?

Me levanto y me pongo por encima una bata y un jersey. Bajo las escaleras y preparo la cena en la cocina. Al poco tiempo oigo que baja y siento su presencia en el vano de la puerta a mis espaldas, sus ojos negros en una piel blanca como la ternera.

—Arrima una silla —le ordeno.

Se acomoda pesadamente y bebe el whisky con soda que le doy. Cuando cocino, voy echando a la sopa lo que haya. Espérate lo inesperado, suele decir Russell. Judías y cebada. Un cuenco de arroz frito. Rabos de buey congelados. Todo va a parar a la olla.

—¡Dios santo! —exclama Russell al entrar por la puerta—. ¿Todavía sigues aquí?

No hay duda de que Russell es mi hermano. Tenemos los mismos ojos rasgados y la boca ancha, la misma cabeza alargada y los dientes blancos y brillantes. Podríamos pasar por gemelos, si no fuera por sus cicatrices y porque yo soy una versión más pálida de él.

—Adare —dice el vendedor, extendiendo su mano perfecta—. Karl Adare. Representante multicartera.

—¿Eso qué es?

Russell ignora la mano tendida y busca una cerveza debajo del fregadero. La elabora él mismo según una receta que aprendió en el ejército. Cada vez que abre ese armario, yo doy un paso atrás, porque a veces la cerveza explota al entrar en contacto con el aire. También el sótano está lleno de cerveza. En pleno verano, en las noches tórridas y sofocantes, oímos a veces las botellas que estallan y caen al suelo.

—Así que —dice Russell— tú eres el que le vendió a Celestine esa birria de cuchillo.

—Así es —asiente Karl, tomando un trago.

—¿Despachas muchos?

—No.

—No me extraña —dice Russell.

Karl me mira, tratando de averiguar lo que le he contado. Pero como no entiende un pimiento de mí, se queda en blanco. No puede leer nada en mi cara. Le sirvo la sopa con el cazo y me siento al otro lado de la mesa. Le digo a Russell:

—Tiene una maleta llena.

—A ver.

A Russell siempre le ha gustado mirar herramientas. De modo que saca de nuevo la maleta y la despliega hasta convertirla en el exhibidor. Mientras comemos, Russell examina minuciosamente cada detalle que puedan tener los cuchillos. Los prueba en trozos de papel, en sus propios pantalones y dedos. Y durante todo ese tiempo, cada vez que los ojos de Karl se cruzan con los míos, me dirige una mirada triste y suplicante, como si yo le hubiera impuesto esa exhibición de cuchillos. Como si la manzana entre los dedos de Russell fuera el corazón mismo de Karl que se ha estado pelando. Resulta incómodo. En las revistas del corazón, cuando la pasión vacila, los hombres no caen rodando por el suelo y permanecen ahí como si estuvieran muertos. Pero Karl lo hace. De hecho, esa misma noche, poco tiempo después de cenar, cuando le digo que debe marcharse, de pronto se desploma en el suelo como una estatua derribada.

—¿Qué ha sido eso?

Me levanto de un salto, agarrando el brazo de Russell, ya que todavía estamos en la cocina. Tras haberse bebido varias botellas en el suave atardecer, Russell no tiene la mente clara. Karl ha bebido aún más. Miramos al suelo. Yace encogido debajo de la mesa donde ha caído, desmadejado, tan pálido y quieto que acerco un espejo a su finísimo bigote y no me quedo satisfecha hasta que su aliento deja en él un leve vaho plateado.

A la mañana siguiente, y a la siguiente, y también a la siguiente a esa, Karl sigue en nuestra casa. Al principio finge estar enfermo y se arrima a mí esa primera noche para evitar los escalofríos mortales. Sucede lo mismo a la noche siguiente, y a la siguiente, hasta que las cosas se vuelven demasiado predecibles para mi gusto.

Algo que comienza a hacer Karl en cuanto se siente como en su casa es sentarse a la mesa en paños menores. Jamás ayuda en nada. No vende un solo cuchillo. Todos los días, cuando me voy a trabajar, lo último que veo es a Karl matando el tiempo y hablando solo como las hojas en los árboles. Cada noche, cuando llego a casa, ahí está él, ocupando el espacio como si fuera un mueble más. Solo que ahora, está vestido. En cuanto entro por la puerta se levanta como un sonámbulo y camina hacia mí para abrazarme y llevarme hasta la planta de arriba.

—No me gusta nada lo que está sucediendo aquí —dice Russell al cabo de dos semanas transcurridas al margen de esta relación—. Me largo hasta que te canses del mequetrefe este.

Y Russell se marcha. Cada vez que las cosas se ponen tensas en casa, se queda en la reserva con Eli, su hermanastro, en una vieja casa que está empapelada con calendarios de mujeres desnudas. Pescan robaletas o cazan ratas almizcleras con trampas, y pasan las noches de los sábados medio borrachos, hojeando los largos años de la pared. No me gusta que se vaya allí arriba, pero no estoy dispuesta a renunciar a Karl.

Karl se convierte en un hábito y no levanto la vista en dos meses. Mary me dice que lo que hago con mi hermano es asunto mío, pero la sorprendo observándome con una intensa mirada amarilla. No la culpo. Karl solo ha ido a cenar a su casa una vez. Se suponía que debía ser su gran reencuentro, pero fue un fiasco. Se culparon mutuamente. Discutieron. Mary lo golpeó con una lata de ostras. La lanzó por detrás y le hizo un chichón, o al menos eso dice Karl. Mary nunca me cuenta su versión, pero después de aquella noche, las cosas cambian en el trabajo. No me habla directamente, me hace llegar sus mensajes a través de terceros. Incluso llego a enterarme por uno de los hombres que ella va contando que me he puesto en su contra.

Mientras tanto, el amor me va desgastando. Con o sin Mary, estoy harta de llegar a casa y encontrarme con la pesada respiración de Karl e incluso sus caricias comienzan a agobiarme.

—Quizá sea mejor que acabemos con esto ahora que todavía estamos enamorados —le digo una mañana.

Tan solo me mira.

—¿Quieres que te haga esa pregunta?

—No.

—Sí que quieres —insiste, mientras rodea la mesa.

Salgo de casa. A la mañana siguiente, cuando vuelvo a pedirle que se marche, me propone matrimonio. Pero esta vez lo amenazo.

—Voy a llamar al manicomio del estado —digo—. Estás loco de atar.

Se inclina hacia adelante y gira el dedo alrededor de la oreja.

—Adelante, enciérrame —dice—. Estoy loco de amor.

Algo en todo este asunto me ha hecho comprender que Karl ha leído tantos libros como yo, que sus fantasías siempre terminaban antes de que la mujer regresara a casa agotada después de cortar un ternero en filetes con una sierra eléctrica.

—No es solo por ti —le digo—. No quiero casarme. Contigo cerca, no duermo. Estoy siempre cansada. Me paso el día equivocándome en las vueltas y ya no tengo sueños. Soy el tipo de persona a quien le gusta tener sueños. Ahora tengo que verte cada mañana cuando despierto y no recuerdo si he soñado algo o incluso si he dormido siquiera, porque enseguida te tengo encima con tu aliento caliente.

Se levanta y acerca con fuerza su pecho duro contra el mío, y me recorre la espalda con sus manos y apoya sus labios en los míos. No tengo nada a mano con que defenderme. Lo empujo sobre la silla y me siento en su regazo con ansias. Pero todo el tiempo soy consciente de que lo nuestro tiene los días contados.

Yo también estoy para que me aten con una camisa de fuerza, pienso.

—Soy como una especie de animal —comento cuando ha concluido.

—¿Qué especie? —pregunta con pereza.

Estamos tumbados en el suelo de la cocina.

—Una vaquilla gorda y estúpida.

Sin embargo, no escucha lo que digo. Me levanto. Me arreglo la ropa y me marchó a la carnicería. Pero durante todo el día, mientras atiendo a los clientes y mantengo encendido el fuego en el cuarto de ahumado, mientras hago pedidos a los proveedores, corto fiambre de cabeza de cerdo y muevo las fichas en el tablero de *cribbage*, tomo la firme decisión de zanjar el asunto.

—Me voy a casa —anuncio a Mary, cuando acabo el trabajo— a librarme de él.

Estamos solas en la entrada de atrás; todos los hombres ya se han marchado. Sé que va a decir algo extraño.

—He tenido una visión —afirma—. Si lo haces, se quitará la vida.

Miro hacia el horno en la esquina, no hacia ella, y me parece que percibo una nota falsa en su voz.

—No va a matarse —le respondo—. No es ese tipo de hombre. Y tú... —Ahora estoy enfadada—. No sabes lo que quieres. Estás celosa de Karl y de mí, y al mismo

tiempo no quieres que nos separemos. Estás confusa.

Se quita el delantal y lo cuelga en un gancho. Si no fuera tan orgullosa, si no se le diera tan bien endurecer el corazón, podría haber contado lo que supuso para ella estar todo ese tiempo sola.

Pero se gira y aprieta los dientes.

—Llámame cuando haya acabado —dice— e iremos en coche hasta el Brunch Bar.

Se trata de un restaurante al que nos gusta ir las noches en que hay mucho trabajo y no tenemos tiempo para cocinar. Sé que le ha costado mucho proponérmelo, y me da pena.

—Dame una hora y te llamo —respondo.

Como siempre, cuando llego a casa, Karl está sentado a la mesa de la cocina. Lo primero que hago es ir a buscar su maletín y muestrario en el sofá, donde suele dejarlo, para tenerlo a mano cuando entren los clientes a porrillo. Lo llevo a la cocina, lo dejo en el suelo y de una patada lo lanzo por el linóleo. El cuero chirría, pero los cuchillos no hacen el menor ruido dentro del terciopelo.

—¿Qué crees que intento decirte? —pregunto.

Está sentado ante los platos sucios del día, ceniceros medio llenos y migas de pan. Lleva puesto el pantalón de su traje, el chaleco rojo oscuro y una camisa de Russell. Si hubiese tenido alguna duda, la camisa de Russell la habría terminado de eliminar.

—Largo —le suelto.

Pero él solo se encoge de hombros y sonríe.

—No puedo marcharme todavía —dice—. Es la hora de mi función de tarde.

Me acerco, pero no lo suficiente como para que me pueda atrapar, solo hasta donde no hay riesgo de que escape a mi mirada. Se inclina hacia adelante. Enciende una cerilla con la suela de su zapato y comienza a soplar en el aire un humo áspero. Mis pensamientos se estremecen arrastrados por los efectos de la tensión, pero mi gesto se mantiene firme. Solo cuando se ha fumado su Lucky hasta la colilla y se pone a hablar, desfallezco.

—No me echas. Yo soy el padre —dice.

Mantengo los ojos clavados en su frente, sin realmente haber oído ni entendido lo que acaba de decir. Rompe a reír. Levanta las manos como un empleado de banca en un atraco y entonces lo examino con la mirada, lo pondero como si fuera un desconocido. Es más atractivo que yo, con los ojos negros y labios rojos, y una tez pálida como la de un actor de cine. Todavía no se le nota que bebe, ni que fuma. Sus dientes siguen estando nacarados y blancos, aunque sus dedos muestran manchas anaranjadas, como el caucho, por culpa de las volutas de humo.

—¡Me rindo! Eres la mujer más estúpida que conozco. —Baja los brazos y enciende otro cigarrillo con el anterior—. Aquí estás, preñada —me anuncia de golpe— y ni siquiera lo sabes.

Supongo que se me queda cara de idiota al comprender en ese momento que dice

la verdad.

—Vas a tener un hijo mío —prosigue con voz más calmada, antes de que yo me recomponga.

—Tú qué sabes.

Cojo su maletín y lo arrojo detrás de él por la puerta mosquitera. Atraviesa la podrida tela metálica y aterriza en el porche con un ruido sordo. Permanece callado durante largo tiempo, dejando que asimilemos mi gesto.

—Tú no me quieres —dice.

—No te quiero —respondo.

—¿Y qué hay del niño?

—No hay ningún niño.

Ahora se pone en movimiento. Se aleja de mí y retrocede hasta la puerta, pero no puede cruzarla.

—Vamos, andando —le digo.

—Todavía no. —Su voz suena desesperada.

—¿Y ahora qué?

—Un recuerdo. No tengo nada que me recuerde a ti.

Como se eche a llorar, sé que me vendré abajo, así que cojo lo primero que pilla, un libro que lleva tiempo encima del frigorífico. Lo gané no recuerdo dónde y no llegué a abrirlo. Se lo doy.

—Toma —digo.

Coge el libro, y entonces ya no caben más excusas. Baja los escalones muy despacio, cruza el césped pesadamente y se aleja carretera abajo. Me quedo allí de pie durante mucho tiempo, observándolo desde el umbral hasta que va encogiéndose a lo lejos y desaparece. Después, en cuanto estoy segura de que ha recorrido todo el camino hasta llegar a Argus, donde quizá se ha subido a un autocar o ha hecho dedo rumbo al sur en la carretera 30, apoyo la cabeza en la mesa y dejo que mi mente divague.

Lo primero que hago nada más recuperarme es marcar el número de Mary.

—Me lo he quitado de encima —gorjeo al teléfono.

—Dame diez minutos —responde—. Paso a recogerte.

—Espera —digo—. Necesito unos días libres.

—¿Para qué?

—Me he dejado preñar.

No dice nada. Escucho el silencio al otro lado, hasta que al fin oigo cómo se quita el teléfono de la oreja y cuelga.

En las novelas rosas nunca sale un niño de todo ello, por lo que de nuevo no estoy preparada. No me espero tal debilidad ni que se me hinchen los tobillos. Las tórridas historias de amor jamás mencionan cómo acabo despierta y sin poder dormir, sola en el calor de una noche de agosto, presa del pánico. Sé que el niño me nota pensar. Da

vueltas y más vueltas, con tal frenesí que se debe de estar enredando en el cordón. Tengo miedo de que le haya pasado algo. La cabeza no le funciona bien, igual que le sucede a su padre. O se parecerá a la oveja enferma que tuve que apalear con la porra. Un millón de cosas probables y terribles van a ocurrir. Y entonces, mientras permanezco tumbada a oscuras comiéndome la cabeza, las botellas empiezan a estallar debajo de la casa. La cerveza de Russell está explotando y, durante toda la noche, con el niño sin parar de dar vueltas, no dejo de soñar y despertar al son de los cristales que vuelan atravesando la tierra.

Destino

—Yo no voy a ningún sitio donde pongan puñeteros rábanos en la gelatina — sostiene Celestine Duval, mi amiga y empleada, cuando hablo de ir a visitar a su hijo Norris.

Sin embargo, esa misma noche mi tienda se prende fuego y ella se queda sin trabajo hasta que llega el dinero del seguro. Estamos en diciembre. La boca de incendios más próxima estaba helada cuando la intentaron abrir con la llave inglesa, pero soy afortunada. Como tengo una gruesa puerta corredera entre la tienda y la trastienda donde vivo, los únicos daños que sufrió mi vivienda fueron unas manchas dejadas por unas cuantas plumas grisáceas de humo que lamieron las paredes.

—Dan cierto ambiente —me dice Celestine.

Habla al estilo restaurante porque Norris ha abierto un asador en Argus, Dakota del Norte, donde vive entre los suecos. Eso es realmente lo que ha causado las objeciones de Celestine a los rábanos. Los suecos y sus costumbres alimenticias le tocan las narices. No hace mucho, acudió a ayudar a Norris para la gran apertura, pero fue incapaz de soportar la manía que tienen de poner rodajas de cualquier cosa en la gelatina Jelly-O.

Ahora, dado que la indemnización por el incendio tardará en llegar al menos una semana y los obreros no van a empezar con los trabajos del interior, optamos por cerrar la tienda e irnos unos días fuera. Tenemos que olvidarnos un poco de esta catástrofe. Decidimos ir a Argus y visitar a Norris, a Adele, su mujer, y a su hija de nombre espantoso.

Se llama Wallacette por el padre de Adele, que murió cuando su hija llevaba nueve meses de embarazo, dejándole la mente trastornada por la pena. Nada de lo que Norris pudo decirle consiguió convencer a Adele de ponerle a su hija un nombre medianamente normal. Y Wallacette se quedó.

Al igual que su madre, Wallacette es grande e imponente, y posee una fuerte mandíbula con una sonrisa repleta de dientes. Con solo once años domina a los demás niños de su clase, y su mayor afán consiste en perseguir el amor con gran vehemencia. Para conseguirse novios, tira al suelo a los chicos y les aplasta la cara en la gravilla cubierta de nieve. Para atraer a las chicas, ata las cintas de sus vestidos a las de su propio vestido y las arrastra por todo el patio hasta que prometen que le escribirán una nota.

Las monjas no saben qué hacer con Wallacette, ni tampoco sus padres, pues tiene mucho genio y siempre quiere salirse con la suya. Estos mismos rasgos, sin embargo, la convierten en nuestra favorita para Celestine y para mí, pues pensamos que tiene agallas, y siempre estamos ansiosas por descubrir qué nuevas sorpresas nos tiene

reservadas en cada una de nuestras visitas. Pero para ir a ver a Wallacette también hemos de lidiar con Norris, y peor aún, con la hosca Adele, que insiste en que la ayudemos en el asador. La Toldilla, así se llama el local. No sabría explicaros el porqué, pero lo cierto es que el nombre es una idea más de Adele.

El nombre tiene que evocar los transatlánticos, hemos de reconocerlo. Para ahorrarse dinero en las obras de rehabilitación, Norris instaló ojos de buey en lugar de ventanas. Después, pintó el exterior de azul y blanco, como un buque, y construyó arriba de todo un pequeño puente de mando. Sin embargo, no puede disimular la forma cuadrada del edificio. Desde luego no da la impresión de que vaya a salir navegando a ningún sitio.

Tras dos horas de carretera, llegamos a Argus. El aparcamiento de La Toldilla está abarrotado. Unas peludas ramas de plástico verde enmarcan los ojos de buey: son adornos navideños. Dentro de cada ojo de buey centellea una pequeña y roja vela eléctrica.

—Celestine —digo—, vámonos a comer a otro sitio.

Lleva un turbante blanco en la cabeza y pendientes que parecen pequeños moldes cortadores de repostería. Navideños. Sus ojos rasgados son de un penetrante color amarillo, y las pequeñas arañas moradas de las venas en sus mejillas se han oscurecido como puntos de sutura.

—Si les echamos una mano, luego nos darán de comer. Todo cuanto podamos —dice.

Sin embargo, yo puedo prescindir de ayudar y tan a gusto.

Pero es sábado, y nos congratula descubrir que Wallacette atiende detrás del mostrador. Su trabajo consiste en entregar banderitas náuticas de papel así como caramelos rojiverdes Life Savers a los niños que comen en La Toldilla. Lo hace con auténtico placer. A veces insiste tanto a los niños para que se lleven los caramelos, y con tal vehemencia, que se ponen a chillar, asustados por su mandíbula de roca y sus dientes deslumbrantes.

Nos ve. Se agacha, pasa por debajo de la barra y se abalanza sobre nosotras. Oigo el violento ¡uuuf! cuando Celestine expulsa el aire de los pulmones. Cuesta imaginar a Celestine como la abuela de nadie. Sin embargo, parece perfecta como abuela de Wallacette. Las pálidas piernas de la muchacha son tan fornidas como las de un luchador. Lleva puestos unos calcetines tobilleros blancos y sucios. Una luz extraña ilumina su rostro. Encorvada en su abrigo negro, bajo el turbante adornado con un broche brillante, Celestine también muestra un aspecto extraño, y la misma luz destella en sus ojos.

Nos reunimos con los cocineros cerca de las mesas calientes en la parte trasera. Tengo que estar pendiente de la freidora, junto a las cestas metálicas y bolsas de productos congelados (patatas fritas, gambas, aros de cebolla, filetes empanados). El pescado siempre tiene mucho éxito por la temática de barco, que sigue en la carta.

—¡Un Viejo Lobo de mar del día! —vocifera la camarera—. ¡Una de almejas

Casanova! ¡Un pez Waikiki!

Alguien pide una ensalada Espinaquer y una cerveza Faro, una cerveza normal con una cereza de «luz».

Hundo una cesta de gambas con gabardina en el aceite hirviendo. Este es el plato de la carta favorito de Wallacette. Oigo su voz al otro lado de la ventana de la cocina, grave y sonora.

—Claro que te gustan los caramelos. Y a ti también. Llévate estos.

El débil llanto de un niño se eleva antes de ser enmudecido. Echo una mirada. El niño, aupado y llevado en brazos por su madre, mira por encima del hombro maternal, boquiabierto. Él no lo sabe, pero su carácter se ha visto fortalecido por ese encuentro. Wallacette se halla delante de otro niño. Esta vez introduce una banderita de papel en el ojal de la criatura. La niña no se mueve, paralizada, como si el menor movimiento pudiera llevar a la enorme muchacha a clavarle la diminuta asta de madera en el corazón.

—No seas cobardica —le suelta—. ¡Te gustan las chuches!

Cuando la hora punta del mediodía ha pasado, nos sentamos las tres en la mesa del fondo. Las velas destellan en los pequeños ojos de buey. Unas redes cuelgan de las paredes. Wallacette ha frito veinticuatro gambas con gabardina y se las ha servido a sí misma sobre un lecho de ensalada de col. Yo me tomo el jamón con rodajas de piña. Celestine, un filete de carne con cebolla salteada. Por regla general, lo acompañaría de una ensalada, pero no aquí. Se niega a acercarse siquiera a la mesa de las ensaladas, por culpa de Adele. En el refrigerador, las creativas ensaladas de gelatina Jelly-O de Adele descansan en chillonas capas de colores. Están llenas de nueces, apio rallado, macarrones, cebolla, mininubes de tonos pastel y, lo peor de todo, rodajas de rábanos.

—Me alegro un montón de que hayas vuelto —dice Wallacette a su abuela—. Papá estaba agobiado con la idea de que tuviéramos que ir a verte.

La última vez que Celestine fue a visitar a Norris y Adele tuvo lugar el desagradable enfrentamiento por la gelatina Jelly-O. Por eso, desde entonces, Adele nos ha estado evitando.

—He venido a verte a ti —dice Celestine a su nieta—. Tus padres pueden apañárselas perfectamente sin mí.

—Supongo que ellos sí —admite Wallacette, que ha heredado la sinceridad de Celestine—. Pero yo no.

Una expresión que no había visto nunca se dibuja en el gesto de Celestine. Está escruñiando a Wallacette. Es como si su rostro estuviera a punto de romperse en mil pedazos, como si los puntos de sutura de las arañas a duras penas consiguieran mantener unido su rostro. Esa mirada me desconcierta, hasta que comprendo lo que es. Cariño. El corazón de Celestine es frío como la arcilla, algo que ella misma reconoce. Pero siente un verdadero cariño por Wallacette.

—¡Llegáis justo a tiempo! —chilla Wallacette de repente. Su amplia cara redonda

como un panqueque se ilumina. Su frente de roca se eleva—. ¡Vais a poder ver nuestra función de Navidad!

Esto nos alegra mucho a ambas.

Disfrutamos con los éxitos de Wallacette y ya la pudimos ver en un concierto de piano tocando *El canto de los remeros del Volga* con un increíble ímpetu. Celestine mastica su filete con alegría, orgullo y mucho entusiasmo, ya que Wallacette acaba de anunciarnos que interpretará uno de los papeles protagonistas.

—Hago de José, padre del Niño Jesús —declara. Después, esboza una enorme y amplia sonrisa.

Al principio me parece espantoso que hayan elegido a una niña para encarnar el papel del padre de Jesús. Después, me imagino a Wallacette con una larga y canosa barba y una tosca túnica. La veo blandiendo el mazo de carpintero en su mano. Será convincente.

—La obra se titula *El destino del burro* —nos dice. Su gesto cambia bruscamente—. Odio al burro.

La luz se apaga en la ventana. Oigo claramente cómo Wallacette aprieta los dientes, que chirrían. Nunca había oído antes el chirrido de unos dientes, solo había leído sobre ello en los libros. Ahora comprendo por qué se habla tan a menudo del chirrido de los dientes. Es un sonido aterrador y de mal agüero.

Adele y Norris han convertido el sótano en lo que ellos han dado en llamar «centro recreativo». Colgada de la pared, una lámpara publicitaria de la cerveza Hamm muestra una canoa en un lago que no acaba nunca de girar. Esta lámpara provoca que Celestine enarque las cejas y se incline hacia mí.

—Sin comentarios —susurra.

A ambas nos disgusta a primera vista esa lámpara con la estúpida repetición. Pero no vamos a herir los sentimientos de nadie. Sonreímos y asentimos con la cabeza a Norris.

En un extremo de la habitación hay un enorme mueble televisión y un lujoso sofá. En el centro, una mesa de billar que, tal y como nos informa ahora Norris, se abre y se convierte en una cama para invitados. Norris parece ansioso por hacernos una demostración de ese uso doble, así que Celestine y yo tomamos asiento apoyadas en la pared forrada de paneles de madera mientras él se afana con la mesa de billar. Norris es un hombre bajito, de piel macilenta e incipiente calvicie. Es como una versión de su madre a la que hubieran dejado demasiado tiempo en remojo. Pero es más amable que Celestine, y se desvive por complacernos. Unas bisagras chirrían y los muelles vibran mientras manipula la mesa. Una bola suelta cae rodando dentro del mecanismo. Norris da un puñetazo para destrabar un pestillo oculto y la parte superior se levanta de golpe como la tapa de una caja. Después, Norris da otro golpe para aflojar un panel que se despliega y aparece la cama. Las sábanas y las almohadas están bien sujetas: ya estamos listas para pasar la noche.

—Voy a subiros el termostato —dice Norris, limpiándose la frente y con aspecto mucho más aliviado—. ¿Creéis que vais a estar bien aquí abajo?

—Siempre y cuando la mesa no se nos pliegue encima —responde Celestine.

Mira la cama con recelo. Yo sé que la bola sigue suelta dentro de la cama-mesa de billar, y eso la hace vacilar un poco. Nunca lo he oído decir, pero me imagino que es de mal fario dormir en una cama que podría tener una bola número ocho oculta en su mecanismo. A pesar ello, no tenemos elección. Norris se despide con la mano desde las escaleras del sótano. Una vez que se ha ido, Celestine se quita los zapatos y el turbante y se sienta con sumo cuidado en su lado de la cama.

—¿Quieres saber la verdad del asunto? —dice—. A Wallacette le gusta el burro.

Al principio no la entiendo. Me he olvidado de lo del burro de la obra. Pero Celestine prosigue con su explicación.

—Wallacette intentó atrapar al chico que hace el papel del burro, bueno la cabeza, no el trasero. Hasta el momento él se ha mostrado más listo que ella. Y eso la vuelve violenta.

—Debemos decirle que vaya despacito con el muchacho —aconsejo. Celestine parece de acuerdo.

—Díselo con flores —dice de modo brusco, asintiendo con la cabeza vehementemente.

Me pregunto, en cuanto pronuncia esa frase, si alguna de las dos sabe lo suficiente como para poder explicar lo que es el amor. Nuestros maridos han muerto hace mucho. Hubo un tiempo en que debimos de amarlos. Pero para mí el amor no se decía con flores, al menos no hasta que muriera. Ahora, cada primavera, cambio las rosas artificiales de su tumba.

Durante los días siguientes, Adele sigue evitándonos, mientras Norris siempre llega tarde a todas partes. Encontramos pruebas de la existencia de Adele en el café recién hecho, en los bollos y en las pequeñas notas clavadas o pegadas en distintos sitios de la casa.

«No toquéis el botón de ajuste de los colores» aparece pegado con cinta en la pantalla del televisor. «Las tartas de limón son para esta noche» está pegado en la puerta del frigorífico. «Usad las toallas de rayas» está clavado en las toallas correctas en el cuarto de baño. Celestine deja escapar una risa amarga cada vez que se topa con una nueva orden de Adele escrita en negrita.

—Vaya descaro —masculla mientras arruga los trozos de papel.

Termino por desear que las dos ajusten sus cuentas de una vez por todas. Haría las cosas mucho más agradables para Norris, Wallacette y para mí. Solo ellas dos, Celestine y Adele, disfrutaran con ese duelo a muerte.

Cuando llega la mañana de la función, estamos nerviosas y emocionadas. Incluso Norris ha cobrado más color. Wallacette se riza el pelo con una plancha eléctrica, a pesar de que lo oculta bajo una peluca. Se envuelve en un abrigo de lana de pelo

largo verde y baja la calle en tromba. Norris y Adele se marchan en coche y nos dejan solas en casa.

—Después de la función hay una cena con lo que cada uno lleve de casa —me dice Celestine—. Voy a preparar un plato secreto y especial.

A continuación desaparece en la cocina y me entrega una taza de café con un bollo por la puerta entornada. Tengo la impresión de ser el último mono mientras bajo las escaleras y me siento allí sola a primera hora de la mañana. Enciendo la televisión, pero el rostro de la presentadora matinal muestra un color azul que vibra y no me atrevo a desobedecer la nota de Adele y ajustar el dial.

Esa noche el gimnasio está muy animado y ruidoso. Las luces refulgen detrás de sus pantallas de rejilla metálica. Unos padres con la camisa arremangada sacan sillas plegables de un carrito y las añaden a la última fila. Algunas abuelas con cuellos de visión están ya instaladas, listas para disfrutar de la obra. Las monjas susurran entre ellas envueltas en sus velos azul marino. El gimnasio venido a menos de la parroquia también hace las veces de refectorio y sala de bingo, y acoge las reuniones donde se discuten los presupuestos. El telón de terciopelo morado está desgastado y procede de un desecho de la escuela. Celestine insiste en que nos sentemos en primera fila. Mientras nos abrimos paso a codazo limpio entre las monjas, perdemos a Adele y a Norris.

—Sin querer y queriendo —dice Celestine con un mohín.

Nos sentamos. Ya ha entregado en la cocina de la escuela su receta secreta, una larga fuente cubierta con papel de aluminio. Durante la cena, el plato quedará desvelado. Ha pegado el nombre de Adele justo ahí donde es imposible no verlo; será conocida como la autora de esa obra maravillosa. Por alguna razón lo que ha hecho me hace sentir incómoda. La generosidad no es lo suyo.

El ruido a nuestro alrededor va en aumento hasta que de pronto se detiene. Las luces se apagan. Se oye el susurro de los programas. Ya hemos encontrado y admirado la presencia impresa del nombre de Wallacette.

Cuando se abre el telón, el foco ilumina a un muchacho vestido con un poncho de lana y un enorme sombrero, del tipo que cuelga en las paredes la gente que ha viajado a México. El chico suelta un largo y triste monólogo sobre su amigo el burro, al que debe vender a la fábrica de pegamento para comprar comida. A sus espaldas, en unas gradas en penumbra, un impreciso coro lamenta el destino del burro.

El muchacho tira de la cuerda que lleva retorciendo un tiempo en sus manos y el burro aparece titubeante saliendo de las bambalinas. Por supuesto se trata de un burro de pacotilla. Lleva pantalones grises y zapatillas deportivas. El cuerpo tiene forma de tonel y está torcido, y la cabeza de cartón piedra cuelga como si el burro estuviese borracho. La boca, pintada abierta y sonriente, así como los ojos, rasgados y delineados de negro, proporcionan a la criatura una extraña expresión de crueldad.

Los padres sueltan «ohs» y «ahs», pero hay quienes se quedan un tanto

sobresaltados. El burro es una criatura desagradable. Su piel, hecha de yute teñido, parece apolillada. Tiene una oreja larga y otra corta. Celestine debe de ser la única persona del público a quien el burro le resulta una monada.

—Ay, mira cómo se pavonea —murmura.

Sus alargados y amarillos ojos de tártara brillan con dulzura bajo la resplandeciente hebilla del turbante. Sus guantes forman un prieto ovillo, como si fueran calcetines. Sonríe cuando el muchacho y su burro enfilan el largo camino hacia la fábrica de pegamento. En el aire flota la tragedia, su elemento favorito. Sus ojos destellan cuando el coro brama:

—¡Amigos^[5]! ¡Somos *amigos*^[6]! —chilla el niño con el sombrero.

Después, lentamente, comienzan a andar por el escenario. Están llorando. Pero antes de que lleguen a la fábrica de pegamento, aparece san José.

San José lleva una larga barba de algodón pintada con aerosol y, anudado en la cabeza, un viejo trozo de tela de tapicería. Viste un albornoz largo de color marrón que podría ser de Norris. Va descalza. Al igual que en la visión que tuve de ella, lleva en la mano un mazo de madera. Tiene un aspecto más hosco que las afables estatuas de las iglesias, y más poderoso. Yo creo en ella. El burro se acerca con su malévola y estúpida sonrisa. Ella se queda delante de él con las piernas abiertas y se balancea sobre la almohadilla de los pies. Todo lo que alcanzo a ver del muchacho del que, según Celestine, la niña está enamorada son un par de rodillas de pana gris y unas deportivas negras con flecos. Wallacette coge al burro por el cuello y las patas negras se agitan en el aire durante un momento. Después, ella lo tumba en el suelo y recita su texto al *amigo*^[7] del burro.

—Jovencito, ¿adónde vas con este burro?

—He de venderlo a la fábrica de pegamento, pues mi familia pasa hambre —responde el chico con tristeza.

—Quizá yo pueda ayudarte —dice Wallacette—. María, mi esposa, nuestro hijo Jesús y yo queremos huir del rey Herodes. Mi esposa podría montar en este burro si tuvieras a bien venderlo.

—Venderé mi burro para ayudaros —grita el niño—. ¡No lo matarán!

—Por supuesto que no —responde Wallacette—. Solo lo montaremos para cruzar el desierto hasta Egipto.

Saca del bolsillo de su albornoz unas grandes monedas hechas de papel de aluminio aplastado y se las da al muchacho.

Y así concluye la transacción. El burro del destino pertenece ahora a Wallacette, que intenta dar palmaditas en el amenazador hocico de cartón piedra. Pero entonces sucede el incidente que esperamos no marcará de por vida a nuestra nieta favorita. El burro se resiste. ¿Acaso forma parte esto del guion? Perpleja, miro a Celestine, pero su mirada se ha quedado reducida a una baliza cargada de premoniciones.

—Vamos, burrito —dice san José con los dientes apretados.

Tira de la cuerda que el burro tiene atada al cuello, tal vez con demasiada

brusquedad. De pronto una mano surge de debajo de la solapa del cuello del burro y arranca la cuerda de las manos de un sorprendido san José.

—¡Devuélvemela! —grita, furiosa—. ¡Eres mío!

El público se agita, nervioso; se oyen algunas sonoras carcajadas masculinas. San José oye al público, ¡que se ríe de ella! La furia se tensa en sus brazos y levanta el mazo muy alto. Sé lo que va a ocurrir. El público sofoca un grito. Entonces ella lo deja caer limpiamente, como un juicio rápido, sobre el cráneo de cartón del animal.

La parte delantera del burro se derrumba. La cabeza sale volando, hecha añicos. Lo último que vemos de la escena es a san José de pie, paralizada por la conmoción de su crimen, sujetando el mazo con fuerza sobre el cuerpo inmóvil de un muchacho rubio.

El telón se ha bajado y el público es un rumor de consternación. Una mujer corpulenta y rubia, presa de la histeria, la madre de la parte delantera del burro que se ha desplomado, se precipita por el pasillo. Adele y Norris están desaparecidos.

—¡Vamos! —dice Celestine, colgándose el bolso del codo—. ¡O las monjas la van a despellejar viva!

Abandonamos las butacas, encontramos la puerta lateral que lleva al escenario y nos deslizamos detrás del telón. Ángeles y pastores conmocionados se amontonan formando grupos. Las figuras de madera, pintadas de ovejas y vacas, muestran un aspecto atolondrado y desconcertado. Divisamos a Adele, corpulenta y de anchas posaderas con un traje rojo, y Norris con su coronilla de hombre calvo, de pie junto a la monja principal, gesticulando y parloteando con gran nerviosismo. No se ve por ninguna parte al muchacho herido. Wallacette también ha desaparecido.

Adele nos ve entre bambalinas y se dirige a paso largo hacia Celestine.

—Madre —dice—, vete a casa.

—¿Dónde está Wallacette? —pregunta Celestine, ignorando la orden de su nuera.

—Se ha escapado por la puerta trasera del gimnasio —masculla Norris, desolado—, y esa es la última vez que se la ha visto.

—¡Entonces hay que organizar un equipo de búsqueda! —exclama Celestine—. ¡Está descalza en la nieve!

Pero no se forma ninguna partida de búsqueda tras sus palabras.

Resulta que Wallacette se ha dirigido a su casa. Cuando llegamos, está sentada en el salón, en la mesa de centro, con los pies junto a los conductos de la calefacción.

—¡Jovencita! —vocifera Adele, avanzando hacia su hija, pero Norris llega antes.

—Espera —dice—, creo que está herida.

En efecto, en su ojo hay una lágrima excepcional. Se ha sentado hecha un ovillo, apretando en las manos su barba postiza y temblando entre sollozos. Curiosamente, con el albornoz de Norris parece un hombre corriente de mediana edad. Tiene el rostro pálido, lacerado de tristeza, y sus pequeños ojos azules se ven apagados. Adele y Norris la observan, intimidados, y no se acercan a ella para abrazarla o darle una palmadita en la mejilla, como harían unos padres normales. Quizá nunca hayan visto

llorar a su hija antes.

Celestine, en cambio, se arrodilla junto a ella, y entonces, de repente y con decisión, se abalanza hacia delante y agarra a la muchacha por el pecho y el cuello para inmovilizarla. Le sentará bien a la joven llorar lágrimas de verdad, pienso con compasión. Pero en vez de fundirse en un mar de lágrimas, Wallacette carga de pronto fuera de la habitación como un toro, pasando por encima de su abuela. Celestine cae rodando por la alfombra como una bola negra, y se oye el ruido de un portazo al fondo del pasillo. Adele la sigue y golpea la puerta para hacer entrar a su hija en razón. Norris se queda, encorvado, y mira con gesto contrito a su madre, que, extrañamente, parece encantada con lo sucedido. Aparta a Norris de un empujón y se incorpora.

—Es nieta de su abuela.

Es todo lo que dice mientras se arregla el turbante.

Aquella noche, ya tumbadas la una junto a la otra en la desplegada cama-mesa de billar en el sótano, advierto que algo me sigue preocupando, algo que me intriga. De manera que pregunto a Celestine por el plato secreto que debía situarse entre los demás platos caseros en la cena que iba a seguir a la función de Navidad.

—¿Qué era? —indago—. ¿Era tu famosa tarta de chocolate y salvado?

—No, señora —responde Celestine, apartando mi pregunta rápidamente con un gesto de la mano. La felicidad le llena la voz. Gorjea de satisfacción.

—¿Qué era?

—Gelatina Jelly-O. Mi plato secreto especial.

Por supuesto le pregunto qué tenía esa gelatina que la hiciese tan especial.

Con la audacia de un zorro, se gira en la oscuridad y me clava su mirada centellante y orgullosa. Me mira durante mucho tiempo para aumentar mi expectación.

—Tuercas y tornillos —anuncia al fin—, arandelas de todo tipo. Desvalijé la caja de herramientas de Norris para los ingredientes especiales.

Después, se pone bocarriba para regodearse en la oscuridad. Yo le doy la espalda, fingiendo dormir.

Pero desde mi lado de la cama no puedo escapar al paisaje cambiante de la lámpara de cerveza, que sigue encendida. Estoy obligada a verla girar. De modo que observo, y al cabo de un tiempo, ya no me resulta molesto. De hecho, casi es tan relajante como cualquier paisaje de verdad que se pudiera contemplar, y tiene la ventaja añadida de que puedes contemplarlo en una habitación oscura. Una y otra vez veo cómo la canoa se aleja de la orilla de Minnesota y se adentra en el agua. Los pinos que bordean el lago permanecen vivos, de un color verde oscuro. El agua trémula, iluminada desde el interior. Los barcos navegan. Casi puedo ver los peces que asoman, curiosos, bajo su sombra.

El pequeño libro

En el año 1960, mi marido Louis y yo construimos una casa a las afueras de Blue Mound. Tenía un gran jardín en la parte de atrás y, mientras yo me reponía de algún trastorno nervioso, solía entretenerme cultivando arbustos decorativos, azaleas y parras. No tenía hijos y había dejado de asistir a la iglesia por culpa de Louis, que era científico.

Todavía no estaba del todo convencida de dejar de ir a la iglesia. Durante muchos años, la parroquia de Saint Catherine había sido importante en mi vida y la religión aún mantenía cierta influencia sobre mí. Entre otras cosas, la idea de contar solamente con Louis y conmigo misma para obtener respuestas y ayuda me resultaba algo novedoso. No estaba segura de si me llegaba a gustar. Pero intenté ser fuerte, abierta a sorpresas, y quizá por ese motivo no me quedé consternada cuando mi primo, empapado hasta la médula, apareció reptando entre mis clemátides trepadoras. Al principio no lo reconocí. Hacía treinta años que no lo veía. Arrastraba una pesada maleta y sujetaba un pequeño libro.

—Hola, Sita —dijo todavía tumbado en el suelo. Se había colado en mi jardín trasero arrastrándose por debajo de la valla—. Supongo que no me reconoces —dijo, levantándose con dificultad y luego soltándose con cuidado de las hojas—. Soy tu primo Karl.

Treinta años son mucho tiempo para acordarse de alguien a quien solo había visto una vez en mi vida, cuando era niña. Lo observé a fondo. Un vagabundo y un vendedor, eso es en lo que se había convertido, por lo que me habían dicho. Se le veía desmejorado por los avatares de la vida. Tenía el cuello y los puños de la ropa desgastados. Sin sombrero. Su rostro resultaba atractivo de un modo excesivamente bello y perturbador, pero sus labios eran demasiado rojos, como si tuviera resaca. Sus ojos caían medio cerrados, ojerosos, cansados y febriles. Su cabello negro engominado colgaba en mechones en torno a sus orejas.

Tenía un aspecto inquietante, incluso peligroso con sus raídas ropas. Aun así, yo no estaba preocupada, solo interesada. Sabía que si me atacaba, solo tendría que chillar. Louis se encontraba en el garaje, a menos de cuatro metros de distancia, dando de comer a sus especímenes entomológicos. Así mi pala de jardinería como si de un arma se tratase, mientras Karl hablaba, y decidí que, como le diera por abalanzarse sobre mí, le abriría la cabeza. Mis guantes de lona blanca ocultarían cualquier huella dactilar. Louis y yo podríamos enterrarlo debajo de las dalias junto con el arma del crimen. Por aquellos días, para calmarme los nervios, yo leía cajas enteras de novelas policiacas inspiradas en hechos reales.

—Karl Lavelle —repitió—. Soy tu primo, ¿recuerdas?

Asentí con la cabeza y le respondí que sí. La mayor parte de su familia había muerto o desaparecido durante la Gran Depresión, por lo que me extrañaba que existiera siquiera, ya ni hablemos de que pudiera pensar que yo tuviera algún interés en volver a verlo.

—¿Qué te trae por aquí? —le pregunté.

—Pasaba por aquí —dijo—, de camino a un congreso de ventas. Y decidí hacerte una visita.

Supuse que era halagador recibir la visita de un primo al que no se ha visto en muchos años, aunque llegara arrastrándose por los arriates de flores. Desde luego habría dado que hablar en Blue Mound, si me hubiese apetecido contarlo. Todas las noticias que surgen por aquí son inventadas (mutilaciones de ganado, ovnis, apariciones de delincuentes buscados por la policía) o tan corrientes que me dan dolor de cabeza. Dejé la pala en el suelo.

—Qué alegría verte —dije, recordando mis buenos modales—, después de tanto tiempo. Te quedarás a comer, ¿verdad?

Asintió con alivio y echó una mirada al jardín.

—No está mal —observó.

Por el modo en que se le atragantó la voz, supe que sentía envidia de mis arriates de exuberantes flores, del patio con azulejos, de la casa a la que mucha gente por aquí consideraba una mansión, la casa más grande de Blue Mound. Louis había heredado buenas tierras de cultivo, que arrendaba.

—Háblame de ti —dije, señalando la maleta y el pequeño y voluminoso libro que llevaba en las manos. El libro me resultaba familiar, negro con rombos rojizos en la portada, y en cuanto lo abrió, supe por qué. Era una biblia, una versión más bien barata del Nuevo Testamento.

—Hay sitio para anotar acontecimientos familiares —dijo con la mirada puesta en la cubierta—. Nacimientos, muertes y bodas.

—Sentémonos —propuse, pero parece que ya me había leído la mente, porque no cerró el libro de golpe ni me siguió, sino que continuó mirando la portada con aire taciturno.

Está preparando su palabrería, pensé, y le cogí del brazo.

—Debes de estar agotado —dije— de andar de viaje a todas horas.

—Lo estoy —asintió, dirigiéndome una mirada fija llena de gratitud—. Me alegro muchísimo de verte, Sita. Ha pasado tanto tiempo.

—Demasiado —respondí con voz cálida, aunque la verdad era que nunca lo había echado de menos y apenas había pensado en él durante esos treinta años, y comenzaba a sospechar, tan solo levemente y sin que pudiera dar con nada en concreto que lo justificara, que había venido a verme con la esperanza de hacer una venta fácil.

En ese preciso momento salió Louis al jardín por la puerta de atrás. Siempre escrutaba a la gente con detenimiento, pero después nunca parecía recordar nada de

ellos una vez que se marchaban. Ahora escudriñaba a Karl con su mirada penetrante. Karl le sonrió, inseguro.

—Soy el primo de Sita —lanzó a Louis—. ¡Hacía un montón de tiempo!

Pero Louis no le hizo caso y se dirigió a la pila de compost para recoger unos especímenes más.

—¿Qué hace? —inquirió Karl.

—Busca gusanos.

—¿Para qué?

—Para ver cómo descomponen la materia orgánica.

Louis me mantenía al tanto de todas sus reflexiones. Reunía información sobre las alimañas de la zona y sus ayudantes locales. Las lombrices eran ayudantes, y Louis estaba experimentando con su hábitat. Qué había que añadir a la tierra para atraer su ayuda.

—Fabrican humus —informé a Karl con voz seria, porque su atención se había disipado. Se estaba fijando de nuevo en los detalles de nuestro hogar, en mi mobiliario de jardín de hierro forjado blanco y en los arbustos floridos y recortados. No tardó en incluirme en el recuento dirigiéndome una mirada lenta y tímida. Había estado más delgada, pero según Louis la felicidad me sentaba mejor, y sabía que tenía buen color.

—¿He cambiado mucho? —pregunté y, después, incómoda por la nota de falsa modestia en mi voz, respondí a mi propia pregunta—. Claro que sí. ¿Quién no?

—Tan guapa como siempre —dijo Karl.

Me di la vuelta. Louis raras veces me hacía cumplidos cuando estaba ensimismado en sus reflexiones abstractas y lo que Karl dijo significó más para mí de lo que debería haber sido, y por eso me fue imposible callar lo que dije a continuación.

—Unas cuantas canas, alguna que otra arruga. Los años se hacen notar.

—Qué va —respondió Karl—, estás más hermosa ahora. La madurez te sienta bien.

—¿En serio? —Me estaba comportando de una manera tan tonta como un pavo real.

—Desde luego —afirmó.

Hubo un largo silencio entre ambos, casi íntimo, y entonces brotaron más palabras de mi boca.

—Toda carne es como la hierba —dije, sin poder reconocermme en mi propia voz. Y por esa extrañeza, la frase me sonó como totalmente nueva.

Permanecimos los dos de pie mirando el césped, incómodos, y advertí que todo el jardín estaba cubierto por el mismo tipo de hierba que crece en los cementerios: una hierba fina, cortada al ras y de un color verde chillón.

—Prepararé la comida —anuncié, para interrumpirme a mí misma.

Dejé a mi primo observando a Louis, que sacaba gusanos del mantillo, y entré en

casa para preparar una fuente de sándwiches. De ensalada con jamón. Tengo una picadora que se fija al fregadero. Estaba mezclando el jamón picado con alcaparras y mayonesa cuando Karl apareció delante de la puerta mosquitera y llamó suavemente.

—¿Puedo usar el servicio?

—Por supuesto —respondí.

Lo invité a entrar. Dejó la maleta junto a la puerta y depositó el libro en la encimera de la cocina al pasar a mi lado. Lo hizo de una forma tan natural que pensé que lo había hecho a propósito, para despertar mi interés. Así pues, mientras él se encontraba en la planta de arriba, yo cogí el libro. Examiné los sosos rombos rojos en la portada. Además de ser el Nuevo Testamento, el libro también me recordaba a algo. Me llevó varios minutos de concentración para situar dónde lo había visto con anterioridad. Entonces caí en la cuenta. Hacía tres años, en una rifa a favor de la Sociedad Sainte Catherine, habíamos donado una biblia como esta y Celestine Duval, una vieja compañera de escuela, la había ganado.

—Podría ser una coincidencia —le comenté a Karl cuando regresó de la planta de arriba—, pero un libro igual que este perteneció a una antigua amiga mía.

Me dirigió una mirada inexpresiva, después tomó el libro y me lo puso entre las manos.

—Puedes quedártelo —dijo—. Rellénalo.

Luego, cogió su maleta y salió para sentarse en una silla del jardín junto a Louis. Me quedé un tanto estupefacta hasta que recordé los huecos para los acontecimientos familiares. A eso se refería con lo de «rellénalo», y abrí el libro.

Tenía el sello de la Sociedad Sainte Catherine en la guarda, y una fecha, 4 de mayo de 1957, y el nombre de Celestine Duval.

—¡Ajá! —exclamé con un fervor barato, al igual que un inspector de policía.

A continuación, confusamente avergonzada de mi descubrimiento, cerré el libro de golpe y seguí mezclando los ingredientes en el bol de metacrilato. Tras haber perdido el contacto con Celestine Duval, no estaba segura de qué hacer con esa biblia en realidad. Llevaba años sin tener ningún tipo de relación con ella. Unté la mezcla en rebanadas de pan, corté los sándwiches en triángulos y salí al jardín. Por lo visto Karl había contado a mi marido que la comida estaba casi lista, ya que Louis se había lavado con la manguera del jardín y ahora los dos estaban sentados en las pequeñas sillas de hierro forjado. La mesa no les llegaba más allá de la rodilla. Era una estampa cómica. Pero había aprendido a no reírme de todo lo que me resultaba absurdo. La risa había sido uno de los síntomas de mi debilitamiento nervioso.

—¿No es esto una delicia? —dije—. Con este sol tan suave.

Depositó la bandeja sobre la mesa con todo encima, salvo la jarra y los vasos, y volví dentro a por ello. Cuando regresé, vi que los hombres habían comenzado a comer sin esperarme, lo que me irritó.

—¡Hay que ver lo maleducados que sois los dos! —exclamé.

—Tienes razón —asintió Louis, dejando el sándwich y pasándome la fuente.

Mi primo, en cambio, siguió comiendo. Lo observé mientras cogía otro sándwich y se lo llevaba a la boca, y después lo mordía con su fuerte dentadura amarillenta. Uno, dos y engulló el sándwich. Me quedé mirándolo fijamente, preguntándome si le había hecho algo malo a Celestine, amenazado tal vez, para hacerse con el libro. O quizá la había golpeado hasta dejarla inconsciente. Y luego estaba la maleta. ¿Guardaba más pertenencias tuyas ocultas allí dentro?

Louis carraspeó y habló con un tono a la vez jocoso y preocupado.

—Sita, no le quitas el ojo a nuestro invitado, ¿no te parece?

Bajé la vista hacia mi plato. No podía evitarlo. Susurré:

—Mi primo tiene una manera de comer muy siniestra.

—No, no es verdad —objetó Louis, y miró en derredor en busca de otro tema de conversación—. A los colibríes los atraen las enredaderas de trompeta de Sita —dijo.

Sonreí a Karl, pero él había dejado de comer, supongo que había oído mi comentario en voz baja.

—Sí —proseguí—. Sobrevuelan con el pico hacia abajo apuntando a... cómo era...

—El ovario.

—El ovario de la flor.

Karl masticó un bocado del sándwich y asintió levemente a ambos. De pronto advertí, si bien probablemente llevaba ocurriendo desde el principio, que las afiladas patas de las sillas se clavaban en el césped húmedo. Debajo de él, la tierra debía de estar muy blanda, tal vez debido a tanta actividad de las lombrices, y mi primo se iba hundiendo poco a poco. Ahora le cabían las rodillas debajo de la mesa sin dificultad. Sin embargo, no parecía percatarse de ello y me dirigió una sonrisa tensa.

Le devolví la sonrisa, pero cuando les hincamos el diente a nuestros sándwiches sin mediar palabra, comprendí por qué Karl estaba aquí.

Había robado a Celestine y nosotros éramos los siguientes. ¿Por qué si no se habría escondido en las clemátides, espíándonos y estudiando nuestras costumbres, si no fuera para poder robarnos fácilmente? Y otra cosa. No subió a la planta de arriba para usar el servicio, sino para desvalijar mi joyero. Era como si lo estuviera viendo con mis propios ojos. Lo vi forzar el diminuto cierre, sacar mi prendedor de plata, mi medallón de diamantes y mi colgante de granates antiguos. Lo vi metiéndose mis joyas en el bolsillo. Mis broches, mis anillos, mi amatista.

—Me voy dentro, chicos —anuncié con tono desenfadado, y me levanté.

Louis pareció intuir algo. Miró el grueso encaje de la mesa con el ceño fruncido. Pero yo estaba segura de la culpabilidad de Karl y entré en casa para llamar por teléfono.

—El colibrí más grande... —le oí decir a Louis conforme me alejaba— alcanza el enorme tamaño de veintidós centímetros. Vive en América del Sur.

Sabía que Louis entretendría a mi primo con alguna maravilla y, en efecto, cuando hice la apropiada llamada de teléfono y regresé, vi que Karl se encontraba tan

embelesado que se había hundido mucho más. Ahora tenía la mesa a la altura del pecho. Tenía los brazos cruzados delante.

—Es triste —dije, mirándolo fijamente— que algunas personas sean incapaces de mantener las manos apartadas de lo ajeno.

—Eso es muy cierto —asintió mi marido con voz seria—. ¿Recuerdas cómo solían desaparecer todas las tijeras pequeñas de los estuches de disección?

—Louis daba clases —le expliqué a mi primo—. Enseñaba en una escuela universitaria.

—¿Sabes dónde fueron a parar esas tijeras? —preguntó Louis.

Karl abrió los ojos como platos y se encogió de hombros. Tenía la boca llena de sándwich, por lo que no pudo contestar.

—¡Las chicas las robaban para hacerse la manicura! —exclamó mi marido.

Justo entonces apareció el *sheriff* Pausch en las baldosas del jardín. Era un hombre enjuto con una afilada cara de perro y una sorprendente voz grave, que tronaba como la de un dios por la megafonía en los momentos de crisis. Antes de convertirse en el *sheriff*, había enseñado botánica en el instituto, de modo que Louis y él tenían mucho en común. Ambos eran miembros de la Sociedad Micológica de Blue Mound, que se reunía en nuestro sótano. Resultaba extraño verlo aquí por un asunto oficial, vestido con su uniforme beis y con una hoja en la mano en lugar de bolsas de pan llenas de hongos secos.

Los ojos de Karl se abrieron aún más al ver al *sheriff*. Su nerviosismo terminó de convencerme de su culpabilidad. Se levantó a medias, extendió la mano al *sheriff* y le dijo:

—Por favor, siéntese en mi sitio.

—No, gracias —respondió el *sheriff* Pausch con firmeza, señalando a Karl que se quedara sentado—. Hemos recibido una denuncia.

—El rostro de Karl, mirando hacia arriba desde su bajo asiento, adoptó una expresión infantil y afectada.

—Iré a por las pruebas —farfullé, levantándome.

—Quédate aquí —objetó Louis—. ¿De qué va todo esto?

—Sita me ha llamado —explicó el *sheriff* Pausch—. Comentó algo acerca de un robo.

Señalé a Karl y le lancé una mirada gélida.

—Ha robado el Nuevo Testamento de Celestine Duval —afirmé—, después hurgó en mi joyero. Se ha llevado collares, prendedores, todo lo que estaba al alcance de la mano. Se los ha metido en el bolsillo. ¡Registradlo! —apremié a los dos hombres—. Mirad por vosotros mismos.

—Levante las manos —ordenó el *sheriff* con su voz grave. Se colocó detrás de Karl y rápidamente le cacheó de arriba abajo—. Discúlpeme —añadió retrocediendo para situarse frente a Karl, que se había puesto lívido y tenía la mirada vidriosa—. Ya puede bajar las manos —dijo el *sheriff*, enrojeciendo hasta la abertura de su camisa

—. Parece que ha debido de haber un error.

Se produjo un largo momento cargado de tensión. Miré a cada uno de los hombres de hito en hito. Ellos me escrutaron a su vez.

—Es verdad —articulé al fin—. Dejad que vaya a por el libro.

—Creo que ha habido un error —repitió el *sheriff* Pausch, y de pronto, tal vez por la cautelosa suavidad de su voz, comprendí que había hecho algo muy malo. Peor aún, comprendí que algo todavía más nefasto iba a suceder. Bajé los ojos hacia Karl. Las patas de su silla se habían hundido incluso más.

—Deja... eso —le ordené lentamente.

—Sita, ¿quieres sentarte, por favor? —dijo Louis.

Pero yo me encontraba petrificada de pie por la tensa mirada de Karl. No podía quitarle los ojos de encima, aunque tenía que alargar el cuello por encima de la mesa para verlo con toda claridad, de lo mucho que se había hundido. El aire estaba totalmente inmóvil. Los minúsculos pájaros, ligeros como polillas, sobrevolaban las flores con forma de trompeta. Sonó una nota. Me disponía a preguntar a Louis si lo había oído. Pero entonces mi primo se inclinó hacia un lado y trajo hacia él la maleta de aspecto pesado, aquella que había arrastrado a través de las clemátides y la apoyó en su regazo. Se quedó ahí sentado apretando el maletín entre sus brazos, tal vez con la intención de abrirlo o tal vez con la idea de marcharse. En cambio, sucedió algo. Lo vi con mis propios ojos.

La maleta era tan pesada, apoyada en su regazo, que sus pies comenzaron a hundirse en la tierra y muy rápidamente el césped le llegó a las rodillas. No dije nada. Estaba paralizada de miedo. Lo había traicionado y ahora solo podía observar cómo el hombre y la silla seguían hundiéndose. La maleta quedó sumergida. La hierba subía poco a poco por su chaleco rojo sangre. La hierba le rozó la barbilla. Y sin embargo él seguía bajando.

Demasiado tarde, pensé examinándolo, a no ser que él pronunciase las palabras que sanaban.

—*Mea culpa* —mascullé—. *Mea maxima culpa*.

Pero su boca ya estaba quedando sellada por la tierra. Sus oídos se taponaron. Su mirada dulce y triste se cubrió, y entonces ya no quedó más que la blanca franja de su frente. La tierra hizo una pausa antes de tragárselo por completo y, después, repentinamente, el resto de su persona fue engullido. Lo último que vi de él fue la descuidada cruz blanca que le separaba el cabello engominado. El suelo tembló levemente para cubrirlo y ya no quedó nada allí donde él había estado.

Me quedé mirando fijamente la apacible y apagada hierba durante mucho tiempo, y luego miré a Louis. Él y el *sheriff* me estaban mirando. Parecía como si estuvieran esperando a que yo les dijera lo que aquello significaba.

—Despertamos cuando morimos. Todos somos juzgados —dije.

Después, fui hasta el árbol donde colgaban mis joyas de plata. Pulseras, anillos y antiguas monedas. Extendí las manos. Las hojas se movieron sobre mí, brillantes y

afiladas, con los bordes apagados. Cayeron formando montones. El aire era una lluvia seca y centelleante. Mientras yo me encontraba ahí, dije muchas cosas. Louis las anotó todas en una libreta. Describí el árbol. Llevaba las hojas de mi traición. Las raíces se extendían debajo de todas las cosas. Por dondequiera que yo caminara, tenía que pisar a los muertos que yacían enmarañados y mecidos, aguardando la trompeta, la voz del megáfono, a que se abra el pequeño libro que contiene un millón de nombres.

—Tú no estás en el libro —le dije a Louis—. Tú estás ahí abajo con tus especímenes.

El vestido

Todo comenzó cuando Celestine se quedó sin dinero, cuando no tuvo a quién recurrir, cuando la tienda empezó a perder terreno ante los supermercados y a duras penas lograba pagar los impuestos sobre las tierras y la vivienda. Su marido le hizo una visita relámpago a la ciudad para sacarle dinero. Su hermano, un peligroso enfermo, necesitaba un traje. No era un buen momento para que la hija de Celestine diera el estirón ni para que comenzaran las clases. Pero, para empezar, en la vida nada ocurre en el momento oportuno, le había dicho su madre una vez. A veces Celestine estaba de acuerdo con eso y otras, no. Su hija, por ejemplo, era un poco de ambas cosas (oportuna y gafe, o al revés). Dot tenía doce años, era la perfección rayando el caos, y le crecían los pechos.

—Dios mío —dijo su madre en agosto—, no te sirve nada.

—¿Y qué?

Dot era capitana de Radio Cab, uno de los dos equipos femeninos de fútbol de Argus. Su equipación, una camiseta violeta con gorra a juego, adornadas con un espectacular rayo naranja que representaba una frecuencia de radio, era lo único que se ponía Dot, a excepción de un pantalón vaquero de recambio. Celestine tenía que lavar la camiseta mientras su hija dormía. La gorra, que se había vuelto blanda y permeable, era una causa perdida. La fiera docena de integrantes de Radio Cab se reía de la lluvia, y una de sus batallas más enconadas contra el otro equipo femenino, el First National Bank, se había llevado a cabo, de hecho, en plena tormenta de granizo.

Pero todo aquello había terminado, Dot iba a comenzar el primer ciclo del instituto y, si bien ella lo ignoraba, iba a necesitar ropa, y más cosas.

—¿Y qué? —repitió, mientras miraba cómo Celestine examinaba los dobladillos de sus faldas, que ya había bajado. A Dot no le preocupaba lo más mínimo que los botones de sus camisas se entreabrieran de la tensión, ni que sus musculosos brazos cupieran con dificultad por la mangas hechas para cuerpos más delicados. Rompería las sisas y se arremangaría los puños. ¿Qué más daba si los chicos se reían cuando se agachaba para beber agua de la fuente? Ella tenía ropa interior y se la ponía, aunque a veces en el recreo se le soltaban hilos del encaje elástico en las piernas y le colgaban detrás, cuando tomaba la curva corriendo hacia la tercera base.

—Por favor —dijo Celestine, una mujer corpulenta y fornida, que casi nunca en toda su vida se había encontrado al borde de la desesperación—, por favor, siéntate en la cama conmigo, Dot, y escúchame. Tengo que explicarte algo.

Tras los ojos y la nariz, Celestine sintió un hormigueo y un sofoco que al principio no reconoció como lágrimas. Había pasado tanto tiempo desde la última vez que había llorado, casi demasiado, como para acordarse de lo que era eso. Tampoco

lo hacía ahora. No tenía sentido ponerse a ello por algo tan banal como un vestido, aunque tuviese relación, ahora lo comprendía Celestine, con asuntos de la vida de mayor calado.

Dot pasó por encima de la pila de vestidos planchados y desdoblados, de tonos pastel verde menta y azul claro. Todos ellos demasiado pequeños. Se sentó al lado de su madre sobre la colcha arrugada.

—Es hora de que tengamos una charla tú y yo —comenzó Celestine—. Vas a cambiar. Pronto cumplirás trece años y quizá antes de eso, incluso, vas a notar una...

Aquí la mandíbula abierta de Celestine se bloqueó, justo en las bisagras, como si sus huesos se hubiesen soldado de golpe. Cerró la boca con cuidado. No quería volver a abrirla.

—¿Una qué? —preguntó Dot con impaciencia.

Celestine casi podía sentir cómo sus pensamientos le recorrían el cráneo de un lado a otro, como ratones atrapados en un armario cerrado. Se había acorralado a sí misma.

Una mancha, estuvo a punto de decir, pero eso no era adecuado. Sonaba a pecado, a accidente. No sonaba bien. Con repentina rabia se ofendió del escaso saldo en el recibo del banco de esa mañana. El dinero, la falta de dinero, la había llevado a esta situación. Los pájaros y las abejas...

—Al diablo con esto. Ve a buscar el catálogo de Sears —dijo Celestine.

Dot se levantó de un salto, con una obediencia nada habitual en ella, y bajó las escaleras con paso sonoro. Quería un guante de jugador de primera, un modelo especial, un bolsillo de cuero de calidad superior con tres de los dedos unidos a un lado y dos al otro. La página en la que se mostraba el guante estaba señalada con cuadritos y estrellas. Durante todo el verano, en los distintos puntos de la casa donde uno se detiene brevemente —la mesa del desayuno, el lavabo del cuarto de baño, la mesilla de noche y apoyado en el mueble de la televisión—, Celestine había encontrado el libro abierto por la página de los guantes. Siempre cerraba el catálogo y lo dejaba a un lado, a sabiendas de que la seguiría a otra parte. Cuando Dot subió corriendo las escaleras, su madre cayó en la cuenta de que el precio del producto, su aspecto y el nombre de la marca se había grabado en su mente sutil y eficazmente, tal y como lo había deseado Dot.

Veintidós dólares con noventa y cinco centavos, pensó antes de que Dot dejara el catálogo abierto en su regazo. Demasiado caro.

—Tengo ahorrado un billete de veinte dólares para una emergencia —declaró Celestine—. Necesitas ropa, esa es una emergencia.

Pasó las páginas hasta la sección de «juvenil». Sentada al lado de su madre, Dot miró fríamente las páginas de moda. Ese otoño se llevaba el pelo largo y liso, con raya en medio, o cortado con un flequillo que apenas rozaba la frente de la modelo. Las jóvenes, cuyas perfectas caras Dot deseaba partir, llevaban vestidos acampanados con cintura alta, calcetines de fantasía que les llegaban hasta la rodilla, zapatos con la

correa en el tobillo, tacones anchos y punteras abiertas. Eran odiosas, aunque parecía una tortura ser esas chicas, algunas incluso llevaban medias, y sujetadores y pequeñas fajas.

—No creo que estés preparada para estas cosas aún —reflexionó Celestine, abandonando la sección de lencería—. Una falda, un par de camisas. Puedes hacer lo que pone aquí: combinar y conjuntar.

Pero la mano de Dot se deslizó por el libro y pasó páginas y páginas, hasta llegar a la contraportada.

—Mira —dijo. Quizá había reflexionado sobre ello, o tal vez no. Se detuvo en la sección de ofertas. Y lo que señaló su dedo fueron las palabras «Vestidos de saldo. Gran oportunidad por un dólar cada uno».

A continuación, llevada por una desesperada pasión, sobre la marcha, con la mente enumerando ideas a las que veía cobrar vida, Dot habló:

—Tengo nueve dólares ahorrados de mi cumpleaños y de devolver los cascos de las botellas. Eso más los veinte dólares suman veintinueve dólares. Dan para el guante y todavía sobran seis dólares. Seis vestidos. Uno para cada día de clase y otro para la misa del domingo.

—La misa del domingo.

Celestine dio vueltas a la idea en su cabeza, como un panqueque hasta que estuvo hecho.

—¿Irás a misa los domingos si te compro el guante?

Dot dio un respingo, impresionada tanto por la veloz reacción química que había causado su idea en la mente de su madre como por lo rápido que Celestine había conseguido complicar un poco más el trato.

—Misa, misa...

Dot se había resistido últimamente a ir a misa del único modo que ella conocía. El drama. Atrapada en la primera fila, se había desmayado. Unas manchas nublaron el aire gloriosamente delante de ella y, ya medio vencida, se abalanzó en medio del pasillo central. El momento del desfallecimiento había sido muy real, pero Dot se aprovechó de ello y, después de aquello, se negó a pisar de nuevo la iglesia. Sin embargo, ¿qué era la misa si se la comparaba con el guante, suave, oloroso y grueso, de un dorado tostado, cosido a mano y con la firma de Roger Maris, que ya casi podía tocar?

—Sí.

—Bien.

Fue uno de esos escasos y preciosos momentos, un acuerdo alcanzado por el que madre e hija consiguen ambas lo que quieren. Pronto rellenaron la orden de pedido. No se admitían devoluciones de los productos en oferta. Se depositó el dinero y escribió un cheque, que se añadió al pedido y echó al correo. Transcurrió una semana, y otra. Las clases comenzaron. Dot fue al instituto.

El primer día, Dot llevó la única prenda que le servía medianamente bien: un peto

de cuadros azules con arandelas de ventilación. El segundo día, consiguió destrozarlo. Por suerte, esa misma tarde, llegó el paquete de Sears. Aquella noche, Dot durmió con su guante, una almohada firme y suave. A la mañana del tercer día, abrió el primero de los seis paquetes, que contenían cada uno un vestido de saldo. Era un vestido extraño, pero Dot se encogió de hombros y se lo puso sin darle mayor importancia. La falda de cintura caída tenía rayas horizontales que alternaban el verde oliva con el violeta. La parte de arriba era una bolsa de punto muy apretado y cremallera, con pequeños y asustados animales bordados en un color rosa fosforito. Las mangas también eran de rayas, y parecían hincharse y ondular alrededor de sus bíceps. Tenía un cuello o, para ser más exactos, una especie de trampa con bisagras animada por alambres interiores, que se cerraba sobre el cuello de Dot apretándolo cuando se subía la cremallera.

Se dirigió a la planta baja con el vestido puesto. Los colores, tan falsos como una carpa de feria, acentuaban el riguroso tono rojizo del cabello de Dot. Su rostro era pálido, un bloque liso sobre la chillona masa del tejido.

—¿Y bien? —dijo Dot, de pie en el umbral de la cocina—, ¿qué te parece?

Su madre se volvió, con una gruesa taza de café en una mano y un plato repleto de tostadas en la otra. Se quedó paralizada. El vestido semejaba más un disfraz que una prenda de diario. Quizá el disfraz de una chica de un harén o de un payaso. Toda la falda se hinchaba hacia fuera por debajo de las caderas, y el bajo se volvía rígido a la altura de las rodillas, de modo que parecía un paracaídas suspendido en el aire por fuertes vientos.

—Madre mía —dijo Celestine despacio, acercándose a Dot con cautela—. ¡Eso sí que es mucho vestido por solo un dólar!

—Y tanto —asintió Dot.

Las costuras del guante con el que había dormido habían dejado una huella rojiza en su mejilla, que iba desapareciendo. Cogió una tostada del plato que sujetaba su madre y se la comió con la cabeza agachada mientras Celestine buscaba la etiqueta por su cuello. No oyó cómo su madre mascullaba: «Fabricado en el Infierno. Lavar por separado. Más vale que te lo creas». No la oyó, porque dentro de su libro guardaba el guante, el premio gordo.

Fue al cuarto día, el día en que llevó el guante al instituto y no recibió las muestras de admiración que esperaba, cuando Dot comenzó a sospechar que había cometido un error. Fue a la mañana del quinto día cuando comprendió que el error era muy real. Aquella mañana, el tiempo se desplomó cuando Dot abrió los paquetes restantes y descubrió, para su sorpresa, que cada uno de los vestidos era la réplica perfecta y exacta del vestido número uno.

Aquello todavía podía pasar por una ventaja. No había que elegir ni tomar decisiones. Ni preguntarse por lo que ponerse. Abrazada a su guante de jugador de primera base y ahora un tanto a la defensiva, Dot se ponía un vestido (uno de ellos, arrancado de uno de los envoltorios rotos con ferocidad; no importaba cuál) todas las

mañanas para ir a clase. En los días siguientes que se prolongaron en semanas, Dot comenzó a comprender que el error era grave, de hecho era peor que eso. Era del orden de una tremenda desgracia, algo espantoso, una calamidad de la que, socialmente, podría no recuperarse jamás en todos los años que le quedaban por pasar en el instituto de Argus.

Aquel año, en todas las escuelas del Medio Oeste había una niña con el nombre de Candy, cuya cabellera rubia o morena era naturalmente larga y espesa, y con las puntas hacia dentro; una muchacha cuyo padre era rico y cuya madre compraba en tiendas de ropa para jovencitas de doce años, una chica muy mona y un gran orgullo para su escuela. En cada centro educativo había una Candy con una dentadura perfecta, unas piernas depiladas y bronceadas por el sol del verano, unas muñecas adornadas por caras cadenas y pequeños amuletos de oro, y cuyo corazón, el de verdad que latía en su pecho, era un pequeño trozo de carbón, encendido por las hormonas e incandescente.

La Candy asignada al instituto de Argus también poseía una lengua que semejaba un cuchillo recién afilado, unos ojos fríos como los huesos de las aceitunas y una mente a la vez despiadada y obsesiva. Que esta Candy fuera además la capitana del First National Bank no habría importado, no en algunos centros, en otros lugares. Pero, puesto que aquel verano los piques habían ido creciendo e inflamándose mientras que, bajo la dirección de Dot, Radio Cab había golpeado batazos de línea y largos globos en el campo izquierdo del First National Bank y así había triunfado, al final, de un modo a la vez justo y cruel, había en Candy Pantamouny un veneno indescriptible, que la visión del vestido de Dot, el primer día que apareció con él puesto, espoleó. Un fino hilo de susurros maliciosos fue en aumento hasta convertirse en un surtidor a medida que transcurrían las semanas y que, día tras día, Dot llevaba el mismo vestido, primero con despreocupación, luego en una actitud defensiva e insegura y, por último, el día del triunfo de Candy Pantamouny, con disimulada vergüenza y asco de sí misma, demasiado intenso como para llorar.

La sala de estudios del instituto era una estancia amplia, rectangular con ventanales a lo largo de una pared y presidida por el señor Stanley Feebe, profesor de Educación Física e Higiene. En la séptima hora del día, Dot y Candy, sentadas cada una a su respectiva mesa en filas vecinas, se ignoraban deliberadamente mientras hojeaban los libros de texto y buscaban palabras de vocabulario. Al señor Feebe le gustaba llevar las clases con mano dura. Condenaba a quienes hablaban a distintas formas de excomuniación, y los obligaba a sentarse solos en la sala de música, en el suelo del pasillo o a su lado junto a su mesa metálica gris, donde preparaba cada día su clase sobre temas relacionados con el desarrollo humano. Para no molestarlo, Candy se vio obligada a atacar a Dot con astutos y silenciosos golpes. Una mañana de otoño, trajo en su cuaderno un cartel que ponía «¿queréis apostar?», y lo colocó encima de su pupitre.

Desde la primera ocasión que Dot se había puesto el vestido, y provocado algunas

miradas de asombro, se había convertido en creciente objeto de atención y comentario. Pero la mirada escrutadora de los demás no se había generalizado aún, bueno, no hasta el día que se alzó ese cartel y cada chico y chica, que deslizaban con sigilo una nota a Candy junto con cincuenta centavos, se detuvieron un momento para observar a Dot con atención.

Dot los miró fijamente a su vez, hasta que sus compañeros de clase bajaron la vista y anotaron rápidamente algo en el cuaderno de cubierta azul brillante que Candy llevaba a todas partes.

La vida transcurrió a un ritmo normal. ¿Cómo podría haber sido de otra manera? El tiempo no va a detenerse ni tampoco el sol se negará a salir tan solo porque el armario de Dot Adare constara de lo que sus compañeros percibían como un único y espantoso vestido. Iban a comer, sonaba el timbre en los pasillos, se hacían apuestas y la porra fue aumentando hasta alcanzar los cien y luego los doscientos dólares, y más aún. Todos los alumnos desde primero hasta tercero apostaron una vez, y dos, o más conforme subía el bote. Todos los alumnos, salvo Dot, que ignoraba lo que su enemiga del alma escondía en el cuaderno azul de espirales o por qué cada mañana al doblar la esquina de la casa marrón, justo delante de la entrada principal del instituto, se congregaba una multitud expectante. Le echaban un vistazo y el gentío se dispersaba a sus distintos quehaceres. Pero nunca antes de asegurarse de que Dot llevaba puesto *el* vestido.

En el dormitorio de Dot, el guante, con la firma negra garabateada y el cuidadoso trenzado, colgaba abierto del poste de la cama para recibir la bola que nadie lanzaba. El armario bostezaba y el espejo se reía. En el rincón se amontonaba una pila de vestidos. Superada por los pedidos del otoño y el trabajo atrasado, Celestine se había acostumbrado al fulgor del vestido de su hija mientras tomaba el café de la mañana y ya casi nunca se estremecía al verlo. Puesto que Dot nunca había dado importancia a su indumentaria hasta esta ocurrencia, le llevó algo de tiempo comprender por qué se sentía tan infeliz cada despertar, por qué su alma se rebelaba mientras caminaba y, por qué, al doblar la esquina y acercarse al borde de la acera, mantenía la vista bajada y conseguía producir, en su cabeza, un zumbido que acallaba con gran eficacia las voces de quienes se encontraban a su alrededor.

Avanzó por la vida como en un sueño, ignorándolo todo, existiendo tan solo en el caparazón de su cuerpo, que a su vez aparecía encerrado como en el caso de algunos desdichados animales marinos, en un aborrecible batiburrillo de rayas. El vestido hacía las veces de una especie de defensa natural, que repelía a los intrusos con sus colores venosos, y a los amigos también. Al mediodía, Dot se acercaba esperanzada a los bancos de chicas con trajes conjuntados, quienes sin excepción echaban la melena hacia atrás y se marchaban dándole la espalda. Dot comía a toda prisa, al final de la mesa más cercana a la puerta, cual espinoso solitario, una criatura de las profundidades marinas que engulle macarrones y puré de maíz. Y, ya que a Celestine todavía no le había caído ningún dinero del cielo al rescate, todo parecía indicar que,

al igual que los cangrejos ermitaños, Dot no tenía más elección que crecer con pasmosa rapidez y reventar literalmente el vestido. Con ese fin, se puso a comer con voracidad, lo cual redujo aún más el presupuesto del que disponía Celestine.

En suspensión, existiendo tan solo dentro de sí misma, Dot iba con paso pesado de aula en aula, con los brazos cargados y una gravidez por dentro y por fuera. Y es imposible decir durante cuánto tiempo, cuánta eternidad, el sufrimiento de verse ignorada se habría perpetuado de no producirse uno de esos repentinos y bruscos cambios de presión atmosférica que ocurrió justo antes de la llegada del invierno.

El cielo estaba azul, azul y muy alto. Por una vez no soplaban el viento. Las amarillentas y serradas hojas de los jóvenes olmos bordeaban las alcantarillas, y en las aceras se amontonaba una suave polvareda color bronce de los fresnos y los arces plateados. Conforme Dot se aproximaba a la esquina esa mañana, la claridad del ambiente la llevó a reparar en la multitud que la observaba antes de volverse, algunos hacia Candy Pantamouny, que permanecía allí mismo con una falda escocesa, un fastuoso jersey de lana y el cuaderno azul. Mientras se dirigía hacia Candy Pantamouny, ahora y por primera vez, Dot permitió que sus oídos abiertos percibieran los cuchicheos y comentarios un tanto displicentes que brotaban por todas partes a su alrededor.

—Yo lo dejo. Yo había apostado por ayer.

—Yo creo que se lo pondrá otra semana más.

—Mierda, tío, ¿cuánto lleva ya? ¿Dos meses?

—Yo apuesto por el largo plazo, para fin de año.

—Se habrá desgastado para entonces.

—¿Qué dices?! Es de poliéster. La profe de economía doméstica dice que eso aguanta como el hierro.

—Como la vea con eso otro mes más, vomito.

—Cállate, yo apuesto para dentro de dos semanas a partir de hoy. Como tenga razón, me llevo el bote entero.

—¿A cuánto asciende ahora?

—Cuatrocientos.

El sonido fue en aumento y las risas silbaron hasta romper como fuertes olas, dejando a Dot varada, caminando en medio de la acera. Comprendía una pizca más con cada paso que daba hasta que, al acercarse a su elegante enemiga, la totalidad del asunto la envolvió. Fue un instante deslumbrante. Lo primero que advirtió Dot fue que sus pies echaban humo en sus zapatos. Después, el calor fue subiendo en volutas por sus entrañas e irradiando a lo largo de cada costilla. Sus brazos se fundieron, derretidos por la conmoción. Su rostro, rosado y humeante, se hinchó y tembló como algo que se hubiera puesto a hervir en su cuello.

—No —masculló entre dientes.

Entonces se dio cuenta de que tenía las mejillas húmedas. Las únicas veces que Dot había llorado en toda su vida hasta ese momento solían ser por esfuerzos

calculados, intentos por convencer a otras personas y salirse con la suya. Esta era la primera vez que Dot, totalmente petrificada en medio del torbellino y vaivén de alumnos, lloraba de vergüenza. La primera y la última, se juró más tarde, cuando los demás se marcharon y se quedó aparte y sola.

Se alejó del instituto. Había un sitio al que le gustaba ir cuando necesitaba pensar: el abandonado silo de Peavey, a las afueras del pueblo. En uno de los laterales de la torre plateada colgaba una escalera que conducía hasta una pequeña plataforma de madera. Ahí era donde se refugiaba en busca de consuelo, donde intentó fumar una vez, donde se sentaba y contemplaba el vacío plano y gris. En el campo vecino, un granjero en un enorme Steiger verde acariciaba su tierra en círculos tejiendo surcos. Levantaba una polvareda que se alzaba en el aire despejado y seco. El espacio absorbía cualquier sonido, cualquier huella de ruido y violencia. Solo permanecía el pensamiento. La atención del granjero fue atraída, al alzar la mirada una vez, por una extraña mancha de colorines en el silo de Peavey, pero entonces sonó el boletín de noticias agrícolas en la radio y se olvidó de lo que había pensado hacer al respecto. Cuando echó un nuevo vistazo, de camino a casa, la mancha había desaparecido y la luz se alargaba hacia el principio del crepúsculo.

Fue entonces cuando Dot, con firme determinación, procedió a convertir su humillación en beneficio.

El primer paso del proceso, realmente clave, era el capitán del equipo de béisbol, Babe Ruth.

Era quizá el equivalente masculino de Candy Pantamouny. Desde luego, era muy popular entre los demás, tan rubio él como ella era morena. Era mayor. Y tenía el récord del pueblo de carreras completas. Sin embargo, había una indiscutible diferencia que daba esperanzas a Dot. Si bien Candy era rica, Mike Stolz no lo era. Si su falta de riqueza no le hacía sentir cierta compasión por la causa de Dot, estaba segura de que apelar a su codicia podría llevarlo a unirse a ella a pesar de todo. Mientras marcaba su número, pensaba decirle por teléfono: Mira, nos necesitamos el uno al otro. ¿Pero era eso cierto? Justo cuando el valor la abandonaba y se atragantaba, Mike Stolz descolgó:

—¿Diga?

Tenía una voz grave, sonora, y despreocupada.

—¿Mike? Soy Dot Adare.

—¿Dot quién? ¿Quieres hablar con mi madre?

—No, necesito hablar contigo.

—Está bien. Dime quién eres otra vez.

—Me llamo Dot.

—Lo siento...

—Voy al insti contigo, solo voy a primero, por eso seguramente no te has fijado en mí, o tal vez sí... Verás, suelo llevar a clase un vestido de rayas verdes y moradas...

—Dios mío, sí, eres *el vestido*.

Ambos se callaron. El silencio se prolongó en el teléfono, y Dot se animó al ver que él no había colgado.

—Mira —comenzó—, nos necesitamos el uno al otro...

Así fue cómo se amañó la apuesta, cómo, a través de Mike Stolz, Dot tuvo acceso al cuaderno azul, cómo, entre ambos, escogieron un día que nadie más había elegido y cómo, ese mismo día, cuando Dot dobló la esquina vestida con una camisa y un jersey que había tomado prestados del cajón de la hermana de Mike Stolz, fue capaz de soportar el jaleo que se armó y siguió avanzando como si tal cosa. Mike Stolz reclamó el premio y Candy bajó la mirada con recato y ladeó la cabeza.

—¿Te parece bien si te traigo todo el dinero mañana?

—Lo quiero en metálico —dijo Mike, tal y como Dot y él habían acordado—, en la sala de estudios a sexta hora.

—No hay problema —respondió Candy.

Guardó el cuaderno azul y se alejó con paso tranquilo. Su falda escocesa se movía con un seductor frufú por encima de las rodillas, pero Mike Stolz no aprovechó la oportunidad para acompañarla. Miró a Dot. Era una mirada desenfadada y no del todo descifrable, pero al fin y al cabo no podían permitirse la menor sospecha de connivencia entre ellos hasta que se pagara el dinero, y entonces... los planes y las visiones bullían en la cabeza de Dot. No le haría remilgos a las prendas de «Combinar y Conjuntar». Zapatos. Tendría un par como los de Candy Pantamounty, con espirales cosidas en las punteras. El raído abrigo marrón de su madre se convertiría en cachemira. El suyo se alargaría. Piel de imitación, de felpa azul, le enmarcaría la cara. Y la equipación. Tendría su propio bate, sus propias zapatillas de tacos. La visión duró toda la noche y todo el día siguiente cuando guardó las ropas prestadas en una bolsa y llevó puesto con orgullo su propio vestido durante el interminable tiempo hasta que al fin sonó el timbre de la quinta hora y se anunció la hora de la sala de estudios con todas sus promesas de dulce venganza y triunfo.

Después de que el señor Feebe comenzara a preparar su clase sobre el sistema digestivo del ser humano, se hizo el silencio. Los libros se abrieron, pero ningún ojo se fijó en ellos. El dinero iba a cambiar de manos, dinero de los alumnos, un pago único que, de no haber sido por el golpe de suerte de Mike Stolz, podría haber recaído en cualquiera de ellos.

Con lenta delicadeza, los dedos con las uñas arregladas y adornados con tres anillos con piedras natalicias, Candy Pantamounty abrió su bolso y sacó un fajo de billetes de veinte dólares. De uno en uno, humedeciéndose los dedos con la lengua de vez en cuando, los fue contando sobre la mesa de formica. Cualquiera que le siguiera las manos con los ojos sabía que, una vez hubiera terminado, se elevaría a cuatrocientos sesenta dólares la suma que se iba amontonando.

Solo le quedaba a Mike Stolz por pasar a su lado y recoger el dinero. Solo le quedaba por detenerse después a la altura de la mesa de Dot Adare y, tras contar en

silencio la mitad de las ganancias para dársela, proclamar su astuta connivencia y dejar claro que era más lista que Candy Pantamouny y la había vencido.

Mike Stolz se incorporó con un movimiento ligero. Recorrió el pasillo desde delante hacia el fondo hasta detenerse el tiempo suficiente para poner sus manos sobre el fajo de billetes y transferirlos de la mesa a un cuaderno con cremallera.

Ahora, justo ahora, a Dot se le aceleró el pulso. Se enderezó cuando el chico dio media vuelta y sus pasos recorrieron los escasos metros que los separaban. Se le cortó la respiración y luego se olvidó de respirar cuando Mike siguió avanzando, pasando de largo, hasta su sitio al principio de la fila, donde deslizó su musculoso torso en el pequeño asiento y abrió un voluminoso libro.

La mente de Dot se quedó en blanco. Sonaron unas páginas y la rutina volvió a las filas a su alrededor. El señor Feebe dio un golpe sobre la mesa con una regla y Mike Stolz se sobresaltó. Dot lo advirtió porque no había apartado sus ojos de la espalda del joven, ni lo haría durante los cincuenta minutos de la clase, y se convenció de que no había repartido públicamente las ganancias por pura vergüenza. Tenía que pasar junto a ella para salir. En ese momento, sabía que él se rezagaría y detendría para darle los billetes con suma discreción. Había motivo para ello.

Pero cuando sonó el último timbre y las filas de estudiantes se precipitaron hacia la salida, Mike Stolz fue el primero en levantarse. Avanzó por el pasillo central. No pestañeó cuando Dot pronunció su nombre.

Trampas

Todo comenzó a la salida de misa con Margaret y Lulu, su pequeña nieta, y no terminaría hasta que llegasen los largos días de Cuaresma y una fuerte nieve compacta. Había disensiones en la reserva por la negociación de un tratado en manos del agente de la Oficina de Asuntos Indios. Había chippewas que firmaban y otros que solo veían en el dinero que se ofrecía un endeble señuelo. Yo era uno de esos y Fleur Pillager, la madre de Lulu, era otra más que no levantaría la mano para firmar. Se contaba que todo el poder de hechizar, perjudicar y sanar se concentraba en Fleur, única superviviente del antiguo clan Pillager. Pero del mismo modo que la gente temía a Fleur, escuchaba a Margaret Kashpaw. Era la cabecilla de aquellos que se oponían a la firma, una viuda feroz y obstinada con lengua viperina.

Margaret Kashpaw tenía nudos de músculos en los brazos. Sus trenzas eran delgadas, de color gris hierro, y solía llevarlas atadas por la espalda para que no se balancearan. Tenía la parte de abajo rechoncha como una cesta y la parte de arriba dura como raíces. Su rostro parecía aplastado alrededor de una hermosa nariz aguileña. Dos pendientes con forma de conchas atrapaban la luz y refulgían cada vez que giraba la cabeza. En los largos años que siguieron a su pérdida, se había vuelto cada vez más religiosa y, al final, consiguió arrastrarme a la misa de bendición, donde me recibió el padre Damien, a quien le ganaba de vez en cuando pequeñas cantidades de dinero a los dados.

—Abuelo Nanapush —sonrió—. Al fin.

—Estos bancos son toda una prueba para un anciano —protesté—. Si los hubierais cubierto con cojines rellenos de agujas de pino, habría venido antes.

El padre Damien observó pensativo los ásperos bancos y se cruzó las manos en las mangas de su hábito.

—Has de considerar esa superficie rígida como una ayuda —sugirió—. A veces Dios entra en el alma por las partes más humildes de nuestra anatomía, si se hacen más sensibles al sufrimiento.

—Un Dios que entra por la puerta trasera —repuse— no vale más que un ladrón.

El padre Damien me conocía bien y sonrió mientras se dirigía al altar. Acomodé mis viejos huesos, ansiando algún tipo de alivio e intentando no crujir por miedo a los codazos de Margaret. El tiempo se ralentizó. Lulu hurgó en todos mis bolsillos con sus dedos hasta que encontró un trozo duro de caramelo. Yo no percibí ninguna gran presencia en aquel gélido lugar y decidí, mientras mi puerta trasera me dolía y mis hombros se anquilosaban, que nuestros dioses ancestrales eran mejores; los personajes chippewas no eran del todo perfectos, pero al menos no exigían que nos sentáramos en duros tablones de madera.

Cuando la misa acabó y el olor a incienso impregnaba nuestras ropas, Margaret, Lulu y yo salimos al frío estrellado, a la nieve y a los campos de rastrojos, y emprendimos el largo camino a casa. Anochecía. A cada lado, los gruesos árboles se elevaban, inmóviles y azules. Nuestros pasos crujían sobre la nieve seca, no se oía nada más. Hablamos muy poco, incluso Lulu dejó de cantar cuando salió la media luna, colgando como una taza en equilibrio. Nos dimos cuenta enseguida cuando alguien más pisó la carretera.

Habíamos doblado una curva y el ruido de pasos se aproximaba de forma irregular, apenas fuera de nuestro alcance. Eran dos hombres, uno mestizo o blanco, por el sonido de las rígidas suelas de sus botas, y el otro, silencioso, indio. Al poco tiempo lo escuché hablar detrás de nosotros. Por la áspera y veloz tensión de la lengua india, reconocí a Lázare. Y el mestizo debía de ser Clarence Morrissey. Ambos habían firmado el tratado y lo defendían ante todo aquel a quien conseguían acorralar en la tienda de la reserva. Incluso llamaban a las casas de la gente para suplicar y sostener que se trataba de una oportunidad única, que no se podía dejar escapar, que el gobierno podría retirar la propuesta. Pero dondequiera que estuviera, Margaret aplastaba sus palabras como si fueran mosquitos y decía que lo único que duraba vida tras vida era la tierra. El dinero arde como la leña, se escurre como el agua. Y en cuanto a las promesas del gobierno, el viento era más constante. No era de extrañar que, como hablaba tan bien, Lázare y Clarence Morrissey desearan silenciarla. Percibí sus malas intenciones en cuanto nos sobrepasaron, un desagradable fogonazo de excitación en sus miradas y saludos.

Siguieron su camino y desaparecieron entre la oscura maleza.

—Margaret —dije—, vamos a volver por un atajo.

Mi casa quedaba cerca, pero Margaret prosiguió como si no me hubiese oído. La cogí del brazo, traje a Lulu junto a mí y me dispuse a dar media vuelta, pero Margaret no quiso saber nada y me llamó cobarde. Tiró de la niña hacia ella. Lulu, a la que no le importaba que la zarandeasen de un lado a otro, se echó a reír y hundió las manos en los bolsillos de su abuela, sin dar un paso en falso. Dos años antes, se había cansado de que la llevaran en brazos y se había puesto de pie y echado a andar. Tenía el equilibrio de un pequeño visón. Era lista y escurridiza también, lo cual era una buena cosa porque, cuando los hombres surgieron de pronto de la zona más oscura de la maleza y forcejearon con nosotros durante casi todo un kilómetro, Lulu escapó y se escabulló entre los árboles.

Estaban ocupados con Margaret y conmigo de todas formas. Éramos lo bastante viejos para acabar tronchados por la mitad, nuestros miembros tan secos como unas ramas muertas, pero luchamos como si nuestros enemigos fueran los secuestradores nadouessioux de nuestra infancia. Margaret lanzó un grito de guerra que no se había oído en cincuenta años y mordió la mano de Lázare hasta el hueso, provocándole una herida que más adelante terminaría por causarle la muerte. En cuanto a Clarence,

hizo todo lo necesario para derribarme y dejarme medio inconsciente. Cuando lo hubo conseguido, me ató y me echó en una carretilla, que se encontraba escondida cerca de la carretera con el fin de arrastrarnos hasta el establo de Morrissey.

Volví en mí amarrado a un pesebre, sentado en una paca. Margaret estaba atada con una cuerda a otra paca frente a mí y miraba furiosa hacia delante con una línea de espuma entre los labios. A ambos lados, unas vacas desgredadas masticaban y golpeaban el suelo con los cascos con un ruido sordo. Me levanté y me tambaleé, con el peso del pesebre a la espalda. Se me ocurrió que Margaret podría roer mis ataduras con sus fuertes dientes, pero entonces llegaron los dos hombres.

Soy muy parlanchín, un bocazas que no sabe aclararse las ideas, pero se deja llevar por las palabras y se maravilla ante lo que sale de su propia boca. Soy un listillo. Siempre se me ha dado de miedo convencer a las mujeres. Y tampoco se me daba del todo mal convencer a los hombres, aunque de otra manera. Pero nunca antes me había encontrado maniatado.

—*Boozhoo* —exclamé—. Niños, soldadnos, ¡este juego está siendo demasiado violento!

Se detuvieron entre ambos, imbuidos de sus secretos.

—No eres más que un viejo charlatán —espetó Clarence.

—Os propongo un trato —dije, buscando una salida—. Nos dejáis marchar y no se lo contamos a Pukwan. —Edgar Pukwan era el agente de policía tribal—. A veces los chicos beben más de la cuenta y no saben lo que hacen.

Lazarre soltó una sonora carcajada.

—No estamos borrachos —respondió—. Solo queremos lo que nos corresponde, un poco de justicia y algo de dinero.

—Matadnos —dijo Margaret—. No vamos a firmar.

—Esperad —dije—. Mi primo Pukwan os encontrará, chicos, y no tendrá piedad. Soldadnos. Yo firmaré, el asunto quedará zanjado, y convenceré a la vieja viuda.

Indiqué a Margaret que mantuviese la boca cerrada. Se le hincharon las mejillas. Clarence miró a Lazarre, expectante, como si el espectáculo hubiera terminado, pero Lazarre se cruzó de brazos sin estar convencido en absoluto.

—Tú mientes cuando te conviene, viejo perro descarnado —respondió, lamiéndose los labios como si tuviese hambre—. Además, es a ella a quien queremos. Vamos a avergonzarla para que cierre el pico.

—No será muy difícil —dije con tono meloso—, ahora que la tenéis maniatada. Es atractiva y rolliza. ¡Unos ojos de cordero! Pero os olvidáis que ella y yo somos casi como marido y mujer.

Aquello de ningún modo era verdad, y el rostro de Margaret se endureció de ira y perplejidad. Yo seguía hablando.

—Así que, claro, si hacéis lo que estáis pensando hacer, me tendríais que matar después, y eso hará que mi primo Pukwan esté el doble de cabreado, porque le debo una considerable suma de dinero por una escopeta que me prestó y nunca le devolví.

Sin embargo —proseguí, dejándolos ya mareados—, olvidaré que a vosotros, chicos malos, se os pasó siquiera por la cabeza semejante crimen, algo tan terrible que el padre Damien os haría clavar en unos tablones de madera, al igual que en el ejemplo que se ve en la pared de la iglesia.

—Corta el rollo —me interrumpió Lazarre con una voz amenazante.

Era como lanzar piedras en un lago seco. Mis palabras no dejaban ninguna huella en la superficie. Vi en sus ojos que quería hacernos mucho daño. Vi su codicia. Era como ver aparecer un desagradable mapa de magulladuras y reconstruir los siniestros golpes que las habían causado.

Jugué mi última carta.

—Lo que le vayáis a hacer a Margaret, ¿se lo vais a hacer a la mujer Pillager! —bajé la voz—. La hechicera, Fleur Pillager, es la mujer de su propio hijo.

Clarence era demasiado joven para asustarse, aun así se quedó boquiabierto, con interesada perplejidad. Mis palabras produjeron un efecto muy diferente en Lazarre, y un leve destello brilló en su mirada, pues era una consecuencia que no había considerado.

Grité al advertirlo:

—¿No sabes que es capaz de pensar en ti con tanta fuerza que detendrá los latidos de tu corazón?

Lazarre todavía estaba titubeante. Levantó el puño, lo lanzó con indiferencia y me dio un leve toque en la cara. Era peor que si me hubiese pegado con ganas.

—¡Acércate! —canturreó Margaret en la lengua ancestral—. Deja que te enseñe cómo se muere.

Pero estaba atrapada como un zorro. Sus pendientes centelleaban y giraban mientras siseaba su canto de muerte una y otra vez, lo que dio la señal de algo a Lazarre, ya que se sacudió con ira y sacó una cuchilla de afeitar de la chaqueta. La afiló en la tira de cuero con rápidos y bruscos movimientos mientras Margaret entonaba con voz cada vez más estridente y tan llena de odio que las cuerdas podrían haberse quemado, marchitado y caído a sus pies. Mis esfuerzos enviaron el pesebre hasta estallarse contra las paredes del establo y confundieron aún más a las vacas, que se chocaban unas con otras entre mugidos. A una señal de Lazarre, Clarence suspiró, se levantó y me golpeó con ganas. Lo último que vi antes de perder el conocimiento, a través del minúsculo agujero de luz que iba cerrándose, fue a Lazarre que se acercaba a Margaret con la hoja de afeitar.

Cuando desperté unos minutos más tarde, la conmoción resultó todavía peor. Lazarre le había cortado a Margaret las largas trenzas y se disponía ahora a afeitarle toda la cabellera. Comenzó casi con suavidad por la zona más ancha y, después, alargó los bordes a cada lado del cráneo. Hizo un buen trabajo. No vertió ni una gota de sangre.

Y yo no podía ni hablar para maldecirlos. Pues presionándome la mandíbula, gruesas sobre mi lengua, estaban atadas sus trenzas, que nunca había cortado en toda

su vida hasta este momento, para acallarme. Impotente, saboreaba su aroma insípido y animal.

No mucho más tarde, o al cabo de una eternidad, salimos a pie en plena noche. Mudos, avanzamos por la carretera en medio de un violento dolor. Tenía el alma malherida, todavía más que Margaret. Ahora ella se cubría la cabeza rapada con el chal, olvidando su propio maltrato. Aterrorizada, gritaba a cada paso el nombre de Lulu. Pero la astuta e intrépida chiquilla se había escondido hasta que el camino quedara despejado y luego había ido corriendo hasta la casa de Margaret. Abrimos la puerta y la encontramos sentada junto a la estufa en un batiburrillo de cerillas quemadas y astillas. No tenía la habilidad suficiente para encender un fuego, pero tenía los ojos muy secos. A pesar del intenso frío, estaba despierta y enseguida quedó presa de asombro cuando Margaret se quitó el chal.

—¿Dónde está tu pelo? —preguntó.

Saqué la mano del bolsillo.

—Esto es lo que queda de él. Cogí esto cuando me soltaron.

Estaba avergonzado por haberme comportado de forma tan execrable, y fue un alivio cuando Margaret me arrancó las delgadas trenzas grises de las manos y se las enrolló en los puños.

—¡Sabía que las rescatarías, hombre listo!

Había satisfacción en su voz.

Encendí el fuego. Resultaba extraño lo generosa que se mostraba esta mujer conmigo, sin culparme ni hacer mención alguna de mi fracaso. Margaret guardó sus trenzas en una caja de abedul y simplemente me pidió que esta la acompañara en su tumba una vez llegado el momento. Después, se acercó a la estufa con un espejo roto, que había cogido al lado del lavamanos, y contempló su propia imagen.

—Madre mía —dijo con aire reflexivo—. Madre mía. —Dejó el espejo—. Van a probar mi cuchillo.

Yo también estaba reflexionando. Pensaba que no tendría otro remedio que matarlos.

Pero ¿cómo ataca un abuelo maltrecho y medio muerto de hambre a un joven y bien alimentado Morrissey y a un alto y taimado Lazarre? Más tarde, me envolví en unas mantas junto a la estufa de Margaret y dediqué todo mi ser a esta cuestión durante toda la noche hasta que, agotado, me quedé dormido. Y pensé en ello nada más despertar también, pero no se me ocurría nada. Fue solo después de comer un poco de tortita caliente y de llevar a Lulu a casa de su madre cuando una idea comenzó a esbozarse en mi mente.

Fleur nos dejó pasar, abrazó a Lulu y miró a Margaret, que se quitó el chal y permaneció de pie con la calva y el rostro de nuevo incandescente con un fuego que la consumía. Le contó a Fleur lo que había sucedido, sin ahorrarle el menor detalle. Las dos mujeres se miraron a los ojos, pero Fleur no dijo nada. Dejó a Lulu en el

suelo, alisó la pechera de su camisa estampada, apartó sobre sus hombros sus gruesas trenzas y se dio golpecitos con el dedo en los labios. Después, muy tranquila, se dirigió hacia el aguamanil y frotó la hoja de su navaja de caza hasta dejarla afilada como el cristal. Margaret, Lulu y yo observamos cómo Fleur se cortaba las trenzas y se afeitaba su propia cabeza, y guardaba su cabello en un pequeño bolso de piel adornado con plumas. Después, salió a cazar sin molestarse en esperar a que anocheciera para ocultar sus huellas.

Yo también tendría que salir de caza.

No tenía escopeta, pero además, esa era la venganza de los blancos. Yo sabía herir con dardos de palabras, pero jamás había empleado una navaja de desollar en un ser humano, y mucho menos en dos jóvenes muchachos. Si yo fallaba, me matarían, y no quería morir a manos de esos infelices.

De hecho, después de la interesante amabilidad que me había mostrado Margaret, no creía que tuviera la menor gana de abandonar este mundo en absoluto. Su cabeza, suave como un huevo, lucía una creta de hueso y brillaba como si la hubiera pulido con un trapo. Quizá fuera lo extraño de ello lo que me atrajera. Resultaba intimidante, aunque la falta de cabello hacía destacar sus ojos, tan negros y luminosos. Me recordaba a aquella reina de Inglaterra, a una serpiente de agua o a un pajarillo perspicaz. Los pendientes, que parecían formar parte de ella, reflejaban sus estados de ánimo como el agua, y cuando se asomaban como dos círculos de luces verdes e inmóviles pegados a su cuello, de nuevo me pareció sentir en mi boca el sabor suave y ahumado de sus trenzas.

Tenía cosas más importantes que hacer que pelear. Así que decidí cumplir mi venganza lo antes posible. Yo era un charlatán que usaba su cerebro como arma. Cuando salía de caza, prefería dejar que mi presa cayera sola en la trampa.

Las trampas de lazo requieren unos dedos hábiles y una mente calculadora, y los lazos nunca me habían fallado. Los lazos son silenciosos y, lo mejor de todo, actúan lentamente. Quería dar tiempo a Lazarre y a Morrissey para que se preguntaran por qué debían ser ahorcados. Reflexioné largamente. Se necesitan trampas de medio metro por debajo del lazo para evitar que el hombre pueda sacar la mano y aflojar el nudo. Los lazos que yo tenía en mente requerían además algo más resistente que una cuerda, que podría romperse, y también más delgado que una cuerda, que incluso Lazarre sería capaz de ver y evitar. Analicé el problema minuciosamente, pero aun así es posible que no hubiese dado con la solución de no haber ido a misa con Margaret y de no haber mostrado curiosidad por el objeto que colmaba de orgullo y felicidad al padre Damien: el piano al fondo de la iglesia, el instrumento sobre cuyas teclas soplaba y limpiaba hasta sacarles brillo y que, después, tocaba al terminar los oficios, y a veces en solitario. Había advertido que sus manos solían quedarse por la parte central del teclado, de modo que me llevé las cuerdas de los extremos.

Entretanto, no era el único interesado en castigar a Lazarre y Clarence Morrissey. A Fleur la habían visto por el pueblo. Sus pesadas faldas levantaban la nieve formando nubes a su paso. A pesar del frío, dejaba su cabeza al descubierto para que todo el mundo pudiera ver el fulgor del gélido sol en su cráneo. La luz se reflejaba en los ojos de Lazarre y Clarence, que se encontraban de pie delante de la puerta de la sala de billar. Soltaron los tacos sobre la nieve derretida y salieron corriendo hacia las tierras de los Morrissey. Fleur recorrió las cuatro calles, una vez en cada dirección, y luego los siguió.

Los dos hombres relataron su visita, cómo recorrió la casa de los Morrissey tocando acá y allá, esparciendo sobre la estufa ardiente polvos que se inflamaban y apestaban. Cómo Clarence se tambaleó, parpadeó con fuerza y se mordisqueó los dedos. Cómo Fleur avanzó hacia él y sacó la navaja. Él sonrió tontamente y la invitó a quedarse a cenar. Ella alargó la mano y le cortó un mechón de pelo. Después, abandonó la casa con paso airado, dejando tras ella un sabor de viento gélido, y persiguió a Lazarre hasta el establo.

Dibujaba una silueta negra recortada contra la luz de la puerta. Lazarre se pegó a las paredes de madera, observándola, hipnotizado por la visión de la cabeza de Fleur y la inmóvil y afilada hoja. No se defendió cuando se acercó, alargó la mano hacia él y le cortó lenta y eficientemente pequeños mechones de pelo y luego le cogió las manos, una tras otra, y le cortó las uñas. Agitó la afilada navaja ante sus ojos y dejó caer unas pocas pestañas en un trozo cuadrado de tela blanca cortado en un saco de harina, que dobló y guardó con cuidado en la camisa.

Durante días y días después de aquello, Lazarre farfullaba y lloriqueaba. Fleur le estaba asesinando mediante la práctica de la brujería, decía. Mostraba la mano, la mordedura que Margaret le había infligido, y la veta oscura que salía de la herida, le recorría la muñeca y le iba subiendo poco a poco por todo el brazo. Incluso utilizó esa mano vendada para rubricar el tratado con su nombre, pero fue en vano.

Supuse que los dos hombres estaban condenados ahora al menos de tres maneras. Margaret ganó la disputa con su formación católica y decidió condenar su alma cogiendo el hacha, puesto que nadie más había destruido a sus enemigos. Le rogué que esperase una semana más, a lo largo de la cual la nieve no dejó de caer, fundirse y volver a caer. Me llevó ese tiempo preparar el lazo a mi gusto cerca de la cabaña de Lazarre, en un camino que ambos hombres tomaban para ir al pueblo.

Lo coloqué una mañana antes de que se moviera nadie y me quedé observando desde un viejo pino torcido a ras del suelo. Aguardé mientras el humo se alzaba en una sedosa voluta por el diminuto pitorro de hojalata en el tejado de Lazarre. Tuve que quedarme sentado durante medio día antes de que Lazarre saliera, e incluso entonces solo fue a por leña, sin aproximarse ni remotamente al camino. Me costó mucho que mi sangre siguiera circulando y mis tripas se mantuviesen tranquilas. Comí un puñado de bayas secas que Margaret me había dado y un poco de

pemmican^[8]. Me lo administré y esperé hasta que al fin Clarence se dejó ver. Avanzaba por el sendero como un fantasma ciego y puso el pie directamente en mi nudo corredizo.

Era perfecto, o lo habría sido si yo hubiese hecho la trampa unos centímetros más ancha, ya que, al caer, Clarence consiguió abrir las piernas de alguna manera y acabar a horcajadas sobre el profundo agujero que yo había cavado. Era invisible, tapado por la nieve y, sin embargo, en un segundo durante el cual sus piernas pedaleaban, el conocimiento exacto de cómo estaba hecho saltó a la cabeza de Clarence y ordenó a sus piernas que se estiraran en busca de los bordes. No sé cómo lo hizo, pero ahí estaba, en equilibrio. Yo esperé sin dejarme ver. El nudo corredizo tiraba lo suficiente como para clavarse en el cuello del idiota, demasiado ajustado. Se encontraba con las piernas totalmente abiertas, de puntillas, con los brazos extendidos delante. Como moviese tan solo un dedo, perdiese apenas el control, incluso intentase gritar, un pie resbalaría y el nudo corredizo apretaría.

Pero Clarence no se movió. Desde detrás de las ramas, vi que no se atrevía siquiera a cambiar el gesto de la cara. La boca seguía petrificada por la conmoción. Solo movió los ojos, lanzó miradas rabiosas y salvajes de un lado a otro, mostrando toda la agitación que no debía soltar, mientras buscaba desesperadamente algún modo de escapar. Solo fijó la mirada cuando al fin salí de detrás del pino sin hacer ruido y me acerqué hasta él.

Nos encontrábamos a la vista de la cabaña de Lazarre, frente a frente. Me detuve delante del muchacho. Un simple roce, una patada o quizá tan solo una palabra bastaría. Pero lo miré a los ojos y vi que era consciente de su situación. Sentí compasión. Ni siquiera por la vergüenza de Margaret yo era capaz de hacer aquello que podría haber hecho.

Di media vuelta y dejé a Morrissey en equilibrio en la cornisa nevada.

Al día siguiente llevé todo el dinero que tenía a la tienda. Compré la mejor cofia de la reserva. Era negra como un cubo de carbón y ancha, y tenía su misma forma.

—Así destacan mis ojos de cordero —dijo Margaret y me hizo bajar la mirada.

Se la ponía todos los días, y siempre para ir a misa. Poco antes de la Cuaresma se oyeron algunas voces que decían: «Ahí va la Vieja Cubo de Carbón». A pesar de ello, podía darme cuenta de que se sentía orgullosa y se ablandaba día tras día. Para cuando tuvimos la señal de la cruz con ceniza en la frente, accedió a casarse conmigo.

—He oído por ahí que estáis pensando en intercambiar votos matrimoniales —dijo el padre Damien cuando le estreché la mano de camino hacia la salida.

—Ya mantengo relaciones con Margaret —respondí—, así es como hacemos las cosas nosotros.

Esto ya le había sucedido antes, de modo que no se quedó mudo ante el remedio que tenía que aplicar.

—Ante todo, confesaos —dijo, llevándonos de vuelta hacia el interior de la

iglesia.

Así que me introduje en el confesonario y me arrodillé. El padre Damien se deslizó al otro lado de la puerta oscura. Le conté lo que hacía con Margaret, pero él me interrumpió a medio camino.

—Basta de detalles. Reza un avemaría.

—Hay algo más.

—¿Sí?

—Clarence Morrissey lleva un pañuelo en el cuello para venir a misa cada semana. Le cacé a lazo como un conejo.

El padre Damien dejó que lo invadiera el silencio.

—Y por último —continué—, robé la cuerda de su piano.

El silencio rebosó hasta inundar mi cubículo, y no me soltó hasta que el cura habló.

—Dios odia la discordia. Has ofendido su oído. —Y por si acaso, el padre Damien añadió—: Y sus mandamientos. La violencia entre vosotros debe cesar.

—Puedo devolverle la cuerda —dije. Solo había empleado un único y largo trozo.

También me comprometí a no volver a utilizar nunca más mis trampas de lazo en seres humanos, una promesa fácil de cumplir. Lazarre ya había caído.

Tan solo dos días más tarde, mientras Margaret y yo nos encontrábamos con Lulu y su madre en la tienda, entró Lazarre gesticulando y con los ojos en blanco. Estiró el brazo, señaló la oscura vena más profunda y abrió la boca de par en par. Después, retrocedió hasta una hilera de trampas, que el tendero había preparado para mostrarnos cómo funcionaban. Los ojos de Fleur se iluminaron y su pañuelo blanco reflejó el sol cuando se dio la vuelta. Todo lo que se rumoreaba era cierto. Fleur había rascado la silueta de Lazarre en un trozo de corteza de abedul, había dibujado sus entrañas y frotado un poco de rojo a lo largo de su brazo hasta que alcanzara el corazón. No hubo el menor sonido cuando se derrumbó, ni un grito, ni una palabra, y las trampas de todo tipo que se cerraban alrededor de su cuerpo saltaron y se cerraron durante mucho tiempo, chasqueando en el aire.

Fleur

La primera vez que se ahogó en las gélidas y cristalinas aguas del lago Turcot, Fleur Pillager no era más que una niña. Dos hombres vieron cómo volcaba el bote y ella se debatía en el oleaje. Remaron hasta el lugar donde se había hundido y se tiraron al agua. Cuando la arrastraron por encima de la borda, estaba fría y rígida, por lo que la abofetearon, la zarandearon sujetándola por los talones, le movieron los brazos arriba y abajo y le dieron golpes en la espalda hasta que tosió y escupió el agua del lago. Se estremeció de los pies a la cabeza como un perro y luego tomó aire. Pero al poco tiempo de aquello, los dos hombres desaparecieron. El primero se marchó a la aventura y el otro, Jean Hat, fue atropellado por una carreta.

He ahí la prueba, sostenía mi abuela. Para ella resultaba evidente. Al salvar a Fleur Pillager, los dos hombres se habían perdido.

La siguiente vez que cayó al lago, Fleur Pillager tenía veinte años y nadie la tocó. Acabó tirada en la orilla con la piel de un gris opaco y apagado, pero cuando George Muchas Mujeres se inclinó para examinarla más de cerca, vio que su pecho se movía. Después, abrió los ojos de golpe, dos ágatas negras y penetrantes, y le clavó la mirada.

—Tú ocuparás mi lugar —susurró.

Todo el mundo se dispersó y la dejaron allí. Nadie sabe cómo consiguió arrastrarse hasta su casa. Al poco tiempo de aquello, advertimos que Muchas Mujeres cambió, se volvió miedoso, no quería salir de casa y no había manera de que se aproximara al agua. Gracias a su cautela, vivió hasta el día en que sus hijos le regalaron una nueva bañera de hojalata. Entonces, la primera vez que probó la bañera, resbaló, se golpeó la cabeza, perdió el conocimiento y tragó agua mientras su mujer preparaba el desayuno en la otra habitación.

Los hombres se mantenían alejados de Fleur Pillager después del segundo ahogamiento. Y a pesar de su belleza, nadie se atrevía a cortejarla, porque estaba claro que Misshepeshu, el Hombre Agua, el monstruo, la quería para él. Ese es un demonio, hambriento de amor y deseo, y loco por acariciar a las muchachas jóvenes, sobre todo las fuertes y atrevidas como Fleur.

Nuestras madres nos advertían de que nos resultaría atractivo, ya que se muestra con ojos verdes, piel cobriza y una boca tan tierna como la de un niño. Pero en cuanto caigas en sus brazos, le saldrán cuernos, colmillos, garras y aletas. Sus pies se fundirán en uno solo y su piel, de escamas de bronce, tintineará al tocarlo. Te quedas fascinada, sin poder moverte. Él lanza un collar de conchas a tus pies, llora centelleantes astillas que se transforman en mica y se endurecen en tus pechos. Te retiene bajo el agua. Después, adopta el cuerpo de un león o de un enorme gusano

pardo. Está hecho de oro. Está hecho de musgo de la playa. Es una criatura de espuma seca, una criatura de muerte por ahogamiento, la muerte a la que un chippewa no puede sobrevivir.

A no ser que seas Fleur Pillager. Todos sabíamos que ella no sabía nadar. Después de la primera vez, pensamos que jamás volvería al lago Turcot. Creímos que llevaría una vida tranquila y solitaria, sin dar muerte a los hombres ahogándose en el lago. Después de la primera vez, pensamos que iría por el buen camino. Pero luego, tras el segundo ahogamiento, supimos que tratábamos con algo mucho más grave. Estaba loca, fuera de control. Flirteaba con el mal, se reía ante las advertencias de las ancianas y se vestía como un hombre. Se interesó por alguna medicina medio olvidada y estudió modos y maneras de hacer las cosas de las que es mejor no hablar. Algunos dicen que guardaba en el bolsillo el dedo de un niño y que llevaba colgado del cuello el polvo de unos conejos no nacidos en una correa de cuero. Se ponía en la lengua el corazón de un búho para poder ver de noche, y salía a cazar, pero ni siquiera con su propio cuerpo. Lo sabemos a ciencia cierta porque al día siguiente, en la nieve o la tierra, seguimos las huellas de sus pies descalzos y vimos dónde se iban transformando, dónde salían las garras, dónde las almohadillas se ensanchaban y se hundían en el suelo. Por las noches, oíamos su tos jadeante, la tos del oso. De día, su silencio y la amplia sonrisa que nos dirigía para que bajáramos la guardia nos asustaba. Algunos pensaban que Fleur Pillager debía ser expulsada de la reserva, pero ni una sola de las personas que lo decían tenía el valor suficiente para hacerlo. Y al final, cuando la gente estuvo a punto de reunirse para mandarla al destierro, ella se marchó por voluntad propia y no regresó durante todo el verano. De eso trata esta historia.

Durante aquel verano, cuando ella vivía unos pocos kilómetros más al sur, en Argus, sucedieron cosas. Casi destruyó ese pueblo.

Cuando llegó a Argus en el año 1920, el poblado apenas era más que una cuadrícula de seis calles a cada lado de la estación de ferrocarril. Había dos silos, uno central y otro unos pocos kilómetros al oeste. Dos tiendas competían por atender a ochocientos ciudadanos, y tres iglesias luchaban entre sí por sus almas. Había un edificio con armazón de madera para los luteranos, otro de sólidos ladrillos para los episcopalianos y otro largo y estrecho de tablillas de madera para la iglesia católica. Este último tenía un campanario alto y espigado, dos veces más alto que cualquier otro edificio o árbol.

No cabe duda de que Fleur divisó por encima de los cortos y llanos trigales y desde la carretera mientras caminaba hacia Argus ese campanario, que se elevaba como una sombra, tan delgada como un alfiler. Es posible que en aquel espacio abierto la atrajera del mismo modo que un árbol solitario atrae los rayos. Es posible que, al final, la culpa de todo sea de los católicos. Pues si no hubiera visto esa señal de orgullo, esa afilada oración, ese jalón, quizá habría seguido su camino.

Pero Fleur Pillager tomó el desvío y el primer sitio al que se dirigió en cuanto entró en el pueblo fue a la puerta trasera de la casa del párroco adosada a la iglesia mojón. No fue allí en busca de limosna, aunque la consiguió, sino para pedir trabajo. También lo consiguió, o el pueblo la consiguió a ella. Es difícil decir quién salió peor parado de todo aquello, si ella, los hombres o el pueblo, aunque el resultado final de toda esta historia fue que Fleur continuó con vida.

Los cuatro hombres que trabajaban en la carnicería habían despiesado, entre los cuatro, unos mil animales, tal vez la mitad terneros y la otra cerdos, ovejas y animales de caza mayor como venados, arces y osos. Eso sin contar los pollos, que eran innumerables. Pete Kozka era el dueño del establecimiento y tenía contratados a Lily Veddar, Tor Grunewald y a Dutch James, mi padrastro, que se había traído a mi madre de la reserva un año antes de que ella lo defraudara muriéndose. Dutch me sacó de la escuela para ponerme en su lugar. Yo cuidaba de la casa la mitad del tiempo y trabajaba en la carnicería la otra mitad, barriendo el suelo, echando serrín o llevando al otro lado de la calle un hueso de jamón para la olla de judías de un cliente o un paquete de salchichas a la esquina. Era buena idea tener a alguien como yo cerca, porque hasta que me necesitaban era invisible. Me fundía con las paredes marrones y sucias, una muchacha escuálida de nariz grande y ojos curiosos. Y como podía desaparecer en un rincón o deslizarme bajo una estantería, estaba al tanto de todo, de lo que decían los hombres cuando no había nadie, y de lo que le hicieron a Fleur.

Carnes Kozka atendía a una clientela de granjeros en un área de ochenta kilómetros a la redonda, tanto para matanzas, ya que disponía de un corral y una jaula trampa, como para curar la carne ahumándola o picándola con especias para hacer salchichas. La cámara frigorífica era una maravilla, formada por varias capas de ladrillo, un aislamiento de adobe y madera de Minnesota, todo ello forrado con serrín y enormes bloques de hielo procedentes del lago Turcot, arrastrados cada invierno por un caballo y un trineo desde nuestra reserva.

Una desvencijada construcción de tablas de madera, mitad matadero y mitad tienda, estaba adosada al cubo bajo y macizo de los depósitos. Allí era donde trabajaba Fleur. Kozka la contrató por su fuerza. Era capaz de levantar una pata entera o cargar un palo lleno de salchichas sin tambalearse, y pronto aprendió a cortar con la mujer de Pete, una rubia delgada como un alambre que fumaba encadenando los cigarrillos y manejaba los afiladísimos cuchillos con una precisión imperturbable, cortando a ras de sus dedos manchados. Fleur y Fritzie Kozka trabajaban todas las tardes, envolvían los trozos de carne en papel y Fleur arrastraba los paquetes hasta los almacenes. Dejaba la carne delante de las pesadas puertas de roble, que solo se abrían a las cinco de la tarde, antes de que los hombres cenaran.

A veces Dutch, Tor y Lily comían en los almacenes, y cuando lo hacían, yo también me quedaba, fregaba los suelos, alimentaba los fuegos en las salas de ahumado mientras los hombres se sentaban alrededor de la achaparrada estufa de

hierro forjado y pinchaban tiras de arenques en tortas de pan. Jugaban largas partidas de póquer o *cribbage* en una tabla hecha con el fondo cepillado de una caja de sal. Hablaban y yo escuchaba, aunque no había mucho que oír, ya que casi nunca pasaba nada en Argus. Tor estaba casado, Dutch había perdido a mi madre y Lily leía folletos. Conversaban ante todo sobre las próximas subastas, los equipamientos y las mujeres.

De vez en cuando, Pete Kozka venía delante para jugar al *whist* y dejaba a Fritzie fumando sus cigarrillos y friendo buñuelos en la trastienda. Tomaba asiento y echaba un par de partidas, pero no compartía sus pensamientos. Fritzie no consentía que él hablara a sus espaldas, y el único libro que él leía era el Nuevo Testamento. Si decía algo, tenía que ver con el tiempo, un excedente de estómagos de ovejas, un jamón que había salido verde del ahumado o con las cotizaciones del maíz y el trigo. Tenía un amuleto de la suerte, el cristalino opalescente del ojo de una vaca. Cuando jugaba a las cartas, se lo frotaba entre los dedos. Ese suave sonido y el chasquido de las cartas suponían más o menos su única conversación.

Fleur terminó por procurarles un tema.

Sus mejillas eran anchas y achatadas; sus manos, grandes, agrietadas y musculosas. Los hombros de Fleur eran tan macizos como unas vigas; sus caderas, como peces, resbaladizas y estrechas. Un viejo vestido verde, que estaba desgastado donde se sentaba, se le pegaba a la cintura. Sus trenzas eran gruesas como las colas de un animal, y la golpeaban cuando se movía, pausada y lentamente, al trabajar, sujetas y medio domesticadas, pero solo a medias. Yo me daba cuenta de ello, pero los demás nunca lo vieron. Nunca miraron en sus astutos ojos castaños ni se fijaron en sus dientes, fuertes, curvos y muy blancos. Llevaba las piernas desnudas y, como caminaba con paso acolchado con sus mocasines adornados con abalorios, nunca advirtieron que le faltaba el dedo meñique del pie. Nunca supieron que se había ahogado. Estaban ciegos, eran estúpidos, solo la veían en carne y hueso.

Sin embargo, no era simplemente que fuese una chippewa, o incluso una mujer, no era que fuese atractiva o estuviese sola lo que hizo hervir sus mentes. Fue su manera de jugar a las cartas.

Las mujeres no solían jugar con hombres, de modo que la noche en que Fleur arrimó una silla a la mesa de los hombres sin haber sido invitada, fue algo perturbador.

—¿Qué es esto? —exclamó Lily.

Era un hombre gordo con unos ojos de serpiente fríos y claros y una piel delicada, suave y blanca como un lirio, a lo que le debía su nombre. Lily tenía un perro, un macho achaparrado y malo con una panza tensa como un tambor de tanto comer cortezas de cerdo. Al perro le gustaba jugar a las cartas tanto como a Lily, y se sentaba a horcajadas sobre sus muslos con forma de barricas durante las partidas de póquer abierto, *rum* póquer y veintiuno. El perro intentó morder el brazo de Fleur esa primera noche, pero retrocedió con el gruñido congelado cuando la mujer se sentó.

—He pensado —dijo Fleur con voz dulce y melosa— que tal vez me dejaríais jugar.

Había un hueco entre el pesado bote de harina con especias y la pared en el que yo cabía justito. Me acuclillé ahí, mantuve los ojos abiertos y vi cómo su cabellera negra se balanceaba por encima del respaldo de la silla y clavaba sus pies en el suelo de madera. No alcanzaba a ver la mesa donde echaban las cartas, de modo que en cuanto estuvieron absortos en la partida me incorporé en la penumbra y fui a agazaparme en el alféizar de madera.

Observé las manos de Fleur mientras amontonaba las cartas y las barajaba, cortaba y las repartía a cada jugador en una nebulosa, luego las recogía trayéndolas hacia ella con los dedos y volvía a barajar. Tor, bajito y peleón, cerró un ojo y miró de reojo a Fleur. Dutch apretó los labios sobre un puro húmedo.

—Tengo que ir a regar las plantas —farfulló y se levantó para dirigirse al retrete al fondo. Los demás hicieron una pausa, dejaron sus cartas sobre el tapete y Fleur se quedó sola bajo la luz de la lámpara, que lanzaba destellos sobre sus pechos turgentes. La observé detenidamente y entonces me dedicó por primera vez un fognazo de atención. Se volvió, me miró a los ojos y me dirigió la sonrisa blanca de loba que esbozan las Pillager a sus víctimas, solo que no me acechaba a mí.

—Oye, Pauline —dijo—, ¿cuánto dinero tienes?

Ese día, todos habíamos cobrado la paga semanal. Llevaba ocho centavos en el bolsillo.

—Apuesta por mí —continuó, extendiendo sus largos dedos.

Deposité las monedas en la palma de su mano y, después, retorné a mi insignificancia fundiéndome con las paredes y las mesas. Tardé mucho tiempo en comprender que los hombres no me habrían visto hiciese lo que hiciese o me moviese como me moviese. Yo no me parecía a Fleur en nada. Mi vestido colgaba con holgura y ya tenía la espalda encorvada como la de una anciana. El trabajo me había puesto la piel áspera, la lectura me había estropeado los ojos y cuidar de mi madre antes de su muerte había endurecido mi rostro. No era muy bonita de ver, por lo que nunca nadie me veía.

Cuando los hombres regresaron y se sentaron de nuevo alrededor de la mesa, se habían conchabado. Intercambiaban miraditas, se metían la lengua en la mejilla, estallaban en carcajadas de vez en cuando para poner nerviosa a Fleur. Pero ella no se inmutaba. Jugaron al veintiuno, manteniéndose a flote mientras Fleur iba ganando poco a poco. Aquellos escasos peniques que yo le había dado se transformaron en monedas de cinco centavos y atrajeron otras de diez hasta que una pequeña pila se fue formando delante de ella.

Luego los enganchó con un póquer de cinco cartas, nada del otro mundo. Repartió, se descartó, cogió cartas y entonces suspiró y sus naipes temblaron levemente. El ojo de Tor centelleó y Dutch se enderezó en su asiento.

—Yo pago para ver —dijo Lily Veddar.

Fleur descubrió su juego, pero no tenía nada, absolutamente nada.

La sonrisa de Tor se ensanchó y arrojó también sus cartas sobre la mesa.

—Bueno, sabemos una cosa —dijo, retrepándose en la silla—, la *squaw* no sabe tirarse un farol.

Con eso yo me dejé caer sobre un montón de serrín que había barrido y me quedé dormida. Desperté durante la noche, pero ninguno se había movido de ahí todavía, de modo que yo tampoco podía. Más tarde aún, los hombres debieron de haber salido otra vez, o Fritzie debía de haber aparecido para detener la partida, porque unos brazos femeninos me levantaron, tranquilizaron, acunaron y mecieron tan suavemente que mantuve los ojos cerrados mientras Fleur me hacía rodar dentro del armario lleno de mugrientos libros de contabilidad, papel aceitado, pelotas de cuerda y voluminosas carpetas que hicieron las veces de colchón debajo de mí.

La partida continuó después del trabajo la tarde siguiente. Recuperé mis ocho centavos multiplicados por cinco, y Fleur guardó el resto del dólar que había ganado para apostar. Esta vez no se quedaron hasta tan tarde, pero jugaron al póquer normal y luego decidieron seguir así noche tras noche. Ahora jugaban al póquer, o a alguna variante, durante una semana seguida, y cada vez Fleur ganaba exactamente un dólar, ni más ni menos, demasiado regular como para que se debiera a la suerte.

Llegados a este punto, Lily y los demás hombres estaban tan encandilados por el suspense que invitaron a Pete a que se uniera a ellos. Se concentraron, con el panzudo y tenso perro sentado en el regazo de Lily; Tor estaba receloso; Dutch se acariciaba su enorme frente cuadrada; y Pete permanecía tranquilo. No era el hecho de que Fleur ganara lo que les obnubilaba de tal manera, porque también perdía algunas partidas. Era más bien que nunca conseguía una jugada extraordinaria, ni siquiera nada mejor que una escalera. Solo ganaba con sus jugadas más bajas, lo cual no terminaba de encajar. A esas alturas, el azar ya debería de haber repartido a Fleur un full o un color. Lo irritante del asunto era que ganaba con parejas y jamás se marcaba un farol, porque no sabía hacerlo, y aun así terminaba cada noche exactamente con un dólar. Lily no podía creerse primero que una mujer fuese lo bastante lista como para jugar a las cartas, y luego que, aunque lo fuese, fuera tan tonta como para hacer trampas solo para ganar un dólar cada noche. Durante el día yo la observaba mientras le daba vueltas al asunto, con el semblante duro, blanco y apagado, tocándose los nudillos, hasta que al fin creyó haber comprendido que Fleur era una jugadora timorata que jugaba con cautela. Subir las apuestas la ofuscaría.

Ahora, más que nada, deseaba que Fleur se marchara de allí con cualquier cosa que no fuese un dólar. Veinticinco centavos abajo o diez arriba, la cantidad no importaba, tan solo que se rompiera la racha.

Noche tras noche, Fleur jugaba, ganaba su dólar y se marchaba para dormir en un lugar que solo Fritzie y yo conocíamos. Fleur se daba un baño en la cuba de escaldar y después dormía en la sala de ahumado de ladrillos que no se utilizaba, detrás de los almacenes, un lugar sin ventanas cuyas paredes estaban alquitranadas con grasa

rancia. Cuando rocé su piel, percibí el penetrante olor a madera casi quemada de las paredes. Desde aquella noche en que me metió en el armario dejé de tenerle miedo y en cambio la seguía de cerca, permanecía a su lado y me convertí en su sombra movediza que los hombres nunca advertían, la sombra que podría haberla salvado.

Agosto, el mes de los frutos, se cerró sobre la carnicería, y Pete y Fritzie se marcharon a Minnesota para escapar del calor. Noche tras noche, de forma continua, Fleur había ganado treinta dólares, y solo la presencia de Pete había mantenido a Lily a raya. Pero ahora Pete ya no estaba y, un día de cobro, cuando el calor era tan asfixiante que nadie podía moverse salvo Fleur, los hombres tomaron asiento y jugaron, y esperaron a que ella terminara de trabajar. Las cartas sudaban, blandas entre sus dedos, y la mesa estaba resbaladiza de la grasa, e incluso las paredes se notaban calientes al tocarlas. El aire estaba inmóvil. En la habitación contigua, Fleur hervía unas cabezas.

Su vestido verde, empapado, le envolvía el cuerpo como un velo transparente. Una piel de algas del lago. Unas marañas de venas negras se le pegaban a los brazos. Llevaba las trenzas sueltas, medio desatadas, recogidas en la nuca en un grueso bucle. De pie en medio del vapor, removía los cráneos en una cuba con una pala de madera. Cuando los trocitos de carne subían a la superficie, se inclinaba con una espumadera redonda de hojalata y los sacaba. Llenó dos barreños.

—¿No hay suficiente ya? —gritó Lily—. Estamos esperando.

El tocón de perro tembló en su regazo, rabioso. Nunca me olía ni se fijaba en mí, por encima del olor a madera de la piel de Fleur. El ambiente estaba cargado en mi rincón y me aplastaba. Fleur se sentó con ellos.

—¿Qué dices ahora? —preguntó Lily al perro. Soltó un ladrido. Era la señal para que comenzara la partida de verdad—. Vamos a subir la apuesta inicial —anunció Lily, que llevaba todo el mes anhelando esa noche. Tenía un fajo de billetes enrollados en el bolsillo. Fleur tenía cinco en su vestido. Cada uno de los hombres había ahorrado toda su paga.

—Pues apostado un dólar —dijo Fleur, y lanzó el suyo sobre el tapete.

Perdió, pero dejaron que fuera remontando poco a poco, centavo a centavo. Y luego ganó un poco más. Jugaba de manera inconstante, como si solo tuviera la suerte a su favor. Los fue embobinando. La partida continuó. El perro ahora no se movía, en equilibrio en el regazo de Lily, una bola de músculos despiadados con los ojos amarillos, entrecerrados de tanta concentración. Daba consejos, parecía olisquear la configuración de las cartas de Fleur, se agitaba y daba golpecitos con el hocico. Fleur ganó, luego perdió, salvada por los pelos. Tor repartió siete cartas, tres de ellas tapadas. El bote fue creciendo, ronda tras ronda, hasta que contuvo todo el dinero. Nadie se plantó. Y entonces todo se jugó a la última carta y todos enmudecieron. Fleur cogió la suya y exhaló un largo suspiro. El calor descendió como una campana. Su carta tembló, pero ella siguió jugando.

Lily sonrió y cogió la cabeza del perro entre sus manos con cariño.

—Dime, gordinflón —dijo, susurrando las palabras—, ¿tú crees que esa chica va de farol? —El perro gimió y Lily soltó una risotada—. Yo también —continuó—, vamos a ver.

Echó sus billetes y monedas en el bote y, acto seguido, descubrieron sus cartas.

Lily miró y volvió a mirar, después estrujó al perro como si fuera una masa de pan y lo arrojó con fuerza contra la mesa.

Fleur alargó los brazos y atrajo el dinero hacia ella, sonriendo con la misma sonrisa de loba que me había dirigido a mí, la sonrisa que atrapaba a todo el mundo. Metió rápidamente los billetes en su vestido y recogió las monedas en un papel encerado blanco, que ató con una cuerda.

—Juguemos una partida más —dijo Lily, con un zumbido de voz.

Pero Fleur abrió la boca y bostezó, después fue a la trastienda a buscar despojos para el enorme cerdo que aguardaba en el corral para su sacrificio.

Los hombres permanecían sentados, impávidos como rocas, con las manos abiertas apoyadas en la mesa de madera engrasada. Dutch había masticado su puro hasta convertirlo en unos jirones húmedos. El ojo de Tor estaba apagado. La mirada de Lily fue la única que siguió a Fleur. Yo no me moví. Sentí cómo se recomponían, vi las venas de mi padrastro, las de su frente que sobresalían cuando se enfadaba. El perro se había bajado de la mesa y se había encogido en un ovillo debajo de la encimera, donde ninguno de los hombres pudiera tocarlo.

Lily se levantó y se dirigió al fondo, al armario de los libros de contabilidad donde Pete guardaba su reserva privada. Volvió con una botella, la descorchó y la inclinó entre sus dedos. La nuez en su garganta se movió y, después, pasó la botella. Bebieron, notaron enseguida el fuego del whisky y expresaron con los ojos las cosas que no podían decir en voz alta.

Cuando salieron, los seguí. Me escondí al lado del corral, detrás del montón de tablas rotas y cajas de aves, donde ellos aguardaban. Al principio, Fleur permanecía invisible, y luego salió la luna y la mostró, deslizándose con cautela a lo largo de la afilada y estrecha jaula trampa de tablas ásperas con un cubo en la mano. Su cabello, hirsuto y desgredado, le caía hasta la cintura y su vestido parecía una mancha flotando en la oscuridad. Lanzó un pequeño grito para llamar al cerdo, hizo tintinear el cubo de hojalata contra la madera y se quedó inmóvil, recelosa. Pero era demasiado tarde. Lily aprovechó el tintineo para moverse, corpulento pero ágil, se situó justo detrás de Fleur y extendió sus manos lechosas. En cuanto la rozaron, Fleur se volvió y le empapó con el cubo lleno de despojos rancios. Él la empujó contra la enorme valla, el paquete de monedas se partió y estas cayeron y rebotaron contra la madera con destellos y un tintineo. Fleur rodó sobre sí misma y desapareció en el jardín.

La luna se ocultó detrás de una cortina de nubes desgarradas y Lily la siguió por el oscuro fango. Pero tropezó y se precipitó por encima del enorme flanco del cerdo,

que yacía en el lodazal hasta el hocico, con un sonoro ronquido. De un salto salí de detrás de las malas hierbas y trepé por el lateral del corral, adherida como pegamento. Vi cómo la cerda se ponía sobre sus bonitas y protuberantes rodillas, encontraba el equilibrio y se bamboleaba, con curiosidad, mientras Lily avanzaba a trompicones. Fleur había retrocedido hasta el rincón del fondo donde estaba la madera basta, más allá, y cuando Lily intentó apartarla para pasar, la cerda se alzó sobre sus patas traseras y atacó, con la rapidez y violencia de una serpiente. Hundió la cabeza en el abultado costado de Lily y de un bocado le arrancó un trozo de la camisa. Se abalanzó de nuevo y lo pilló más abajo, por lo que él gruñó de sorpresa y dolor. Pareció reflexionar, jadeante. Después, se arrojó hacia delante con todo su enorme cuerpo, como si fuera un nadador.

La cerda chilló cuando el cuerpo de Lily golpeó el suyo. Cayó rodando, propinando patadas con sus pezuñas afiladas como cuchillos, y Lily se inclinó sobre ella, cogió por las orejas su cabeza de treinta centímetros y le restregó el morro y las mejillas contra los caballetes del corral. Lanzó el cráneo compacto de la cerda contra un poste metálico, pero en vez de darle un golpe letal, solo consiguió despertarla de su letargo.

Se encabritó, chilló y lo arrastró con ella, de tal manera que ambos quedaron de pie en una pose. Intercambiaron unos saludos entrecortados, como para entrar en materia. Después, los brazos de Lily se balancearon, agitándose en el aire. La cerda le hundió sus colmillos negros en el hombro, apresándolo, y le hizo bailar arriba y abajo por todo el corral. Sus pasos fueron cobrando velocidad a un ritmo desenfrenado. Ambos se inclinaron como si fueran uno, bailaron unos pasos cruzados y tropezaron el uno con el otro. Ella le pasó la pezuña partida por el cabello. Él le agarró el rabo en tirabuzón. Cayeron y se levantaron, como si se tratara de un mismo cuerpo y, después, un mismo color, hasta que los hombres fueron incapaces de distinguirlos en la penumbra y Fleur pudo precipitarse por encima de la verja, girarse y aterrizar sobre la gravilla.

Los hombres la vieron, gritaron y la persiguieron en una carrera desesperada hasta la sala de ahumado. Lily también la siguió, en cuanto la cerda, asqueada, abandonó la partida y lo soltó. Ese fue el momento cuando yo debería de haber ido tras Fleur para salvarla, arrojándome sobre Dutch. Pero me quedé paralizada de miedo y no pude despegarme de los caballetes ni mover un solo músculo. Cerré los ojos y hundí la cabeza entre mis brazos, intentando esconderme, de modo que no hay nada que describir salvo lo que no pude apartar de mi mente: la respiración ronca de Fleur, tan sonora que me invadió totalmente, su grito en la antigua lengua, y mi nombre que se repetía una y otra vez entre las demás palabras.

El calor seguía apretando con fuerza a la mañana siguiente cuando volví al trabajo. Fleur se había marchado, pero los hombres estaban allí, con el semblante distendido y resacoso. Lily estaba más pálido y fofo que nunca, como si sus carnes

hubieran hervido en sus huesos. Fumaban y tomaban tragos de una botella. Todavía no eran ni las doce del mediodía. Yo trabajé durante un rato, atendiendo en el mostrador y afilando el acero. Pero tenía náuseas, me ahogaba y sudaba tanto que mis manos resbalaban en los cuchillos, y me limpiaba en los dedos el contacto grasiento de las monedas de los clientes. En una ocasión, Lily abrió la boca y soltó un gruñido, pero no de ira. Era un sonido que no significaba nada. Su perrito, despatarrado y sin energía junto a su pie, no levantó la cabeza ni una sola vez. Ni tampoco lo hicieron los demás hombres.

No repararon en mí cuando salí fuera, en busca de aire fresco. Y después yo me olvidé de ellos porque comprendí que todos andábamos en equilibrio en la cuerda floja, a punto de caer, salir volando o quedar aplastados en cuanto estallara la tormenta. El cielo estaba tan bajo que sentí su peso como un yugo. Los nubarrones colgaban, tetas de brujas, conos de tornado verdes y pardos, y mientras los observaba, uno desapareció y se convirtió en un delicado e inquisitivo dedo pulgar. En el instante mismo en que ponía tierra de por medio para precipitarme dentro de la tienda, un viento gélido se levantó de golpe y luego comenzó a llover.

Dentro, los hombres ya habían desaparecido y todo el lugar estaba temblando como si una mano gigantesca estuviera agarrando las vigas y las sacudiera. Atravesé corriendo la habitación, llamando a voz en cuello a Dutch o a cualquiera de ellos, hasta que me detuve delante de las gruesas puertas de las cámaras de frío, donde seguramente se habían refugiado. Permanecí allí un momento. Todo se quedó inmóvil. Entonces oí un aullido que iba creciendo en el viento, al principio débil, apenas un susurro, hasta que se transformó en un grito escalofriante, que traspasó las paredes y me envolvió por completo, que habló de una manera tan clara que entendí que debía moverme, extender los brazos y bajar la enorme barra de hierro que encajaba entre el pestillo y el pasador.

Fuera, el viento soplaba con más fuerza, como una mano levantada que me rechazara. Yo avanzaba a duras penas. Los matorrales se agitaban, los toldos batían sobre los escaparates y las barandillas de los porches repiqueteaban. El extraño nubarrón se convirtió en un enorme morro que hozaba, olisqueaba, golpeaba, arremetía contra objetos, los aspiraba, los hacía estallar en mil pedazos, rastreaba la tierra como si siguiese un olor determinado, hasta que se detuvo detrás de mí en la carnicería y se abatió sobre ella como un taladro.

Salí volando y aterricé hecha un ovillo en alguna parte. Cuando abrí los ojos y miré a mi alrededor, sucedieron cosas todavía más extrañas.

Una manada de vacas voló por los aires como pájaros gigantes, diseminando boñigas y, por la boca abierta, mugidos de asombro. Una vela, todavía encendida, pasó volando delante de mí, y también mesas, servilletas, herramientas de jardinería, un banco entero de gafas a la deriva, chaquetas en percheros, jamones, un tablero de ajedrez, la pantalla de una lámpara y, por último, la cerda de detrás de las cámaras de frío, dada a la fuga, sus pezuñas como una mancha difusa, liberada, cayendo en

picado, precipitándose hacia abajo, chillando mientras todo en Argus se desmoronaba y terminaba patas arriba, aplastado y totalmente destrozado.

Transcurrieron días hasta que el pueblo fue en busca de los hombres. Estaban solteros, al fin y al cabo, salvo Tor, cuya mujer había recibido un golpe en la cabeza que la había dejado sin memoria. Todo el mundo estaba ocupado quitando escombros, aliviados porque, aunque el campanario de la iglesia católica había sido arrancado como una gorra y salido volando cinco campos más allá, aquellos que se habían agazapado en el sótano salieron indemnes. Se habían derrumbado muros y roto ventanas, pero las tiendas permanecían intactas así como los banqueros y propietarios de las tiendas, que se habían refugiado en sus cámaras acorazadas o debajo de sus cajas registradoras. Era un desastre equitativo, nadie podía quejarse de haber padecido más daños que el vecino, al menos hasta que Fritzie y Pete regresaron.

De todos los negocios de Argus, el que más daños sufrió fue la carnicería Kozka. Las tablillas de madera de la fachada se habían visto reducidas a astillas, amontonadas en una enorme pirámide, y el material de la tienda había terminado esparcido por cada esquina. Pete midió con grandes zancadas a qué distancia había sido proyectada la bañera de hierro: más de treinta metros. El recipiente de cristal de los caramelos recorrió unos quince y aterrizó con poco más que una grieta. Hubo otras sorpresas también, ya que las habitaciones del fondo, donde tenían su vivienda Fritzie y Pete, quedaron intactas. Fritzie observó que el polvo seguía cubriendo las figuritas de porcelana y que sobre la mesa de la cocina seguía encaramado en el cenicero el último cigarrillo que había apagado a la carrera. Lo encendió y apuró mientras miraba por la ventana. Desde ahí advirtió que la sala de ahumado, donde había dormido Fleur, aparecía aplastada y reducida a una arenisca rojiza y que los corrales estaban totalmente destrozados y las vallas se amontonaban de cualquier manera. Fritzie preguntó por Fleur. La gente se encogió de hombros. Después, preguntó por los demás y, de pronto, el pueblo cayó en la cuenta de que faltaban tres hombres.

Los vecinos se congregaron para ir en su ayuda, reuniendo palas y voluntarios. Nos pasamos los tablones de madera de unas manos a otras, los apilamos, descubrimos lo que había debajo de la pila de astillas. Las cámaras, llenas de la carne que representaba la inversión de Pete y Fritzie, salieron a la luz poco a poco, sin daños. Cuando se despejó el suficiente espacio como para que un hombre pudiera ponerse de pie sobre el tejado, hubo gritos, una impaciencia generalizada, para abrir una brecha a hachazos y ver qué había más abajo. Pero Fritzie gritó que no lo consentía porque la carne se echaría a perder. De modo que el trabajo continuó, tablón tras tablón, hasta que aparecieron al fin las gruesas puertas de roble de la cámara de frío y la gente se arracimó delante de la entrada. Todos querían ser los primeros, pero dado que el desaparecido era mi padrastro, me dejaron pasar a mí

cuando Pete y Fritzie se deslizaron en el aire que se volvió de pronto glacial.

Pete prendió una cerilla con su bota y encendió la lámpara que Fritzie sujetaba, y después los tres nos quedamos quietos en el círculo de luz. El resplandor se reflejaba en las canales de carne que colgaban, las cajas de salchichas envueltas y los brillantes y nebulosos bloques del hielo del lago tan puros como el invierno. El frío nos caló hasta los huesos; al principio era agradable, después nos entumeció. Debimos de permanecer así de pie un par de minutos antes de divisar a los hombres, o más exactamente, a los bultos de pelaje, heladas y greñudas pieles de animales que los cubrían, pieles de oso que habían descolgado y en las que se habían envuelto. Nos acercamos e inclinamos la lámpara para alumbrar sus rostros debajo de las solapas de piel. El perro estaba ahí, sentado entre ellos, tan pesado como el umbral de una puerta. Los tres hombres se habían encorvado sobre una barrica en la que seguían puestas las cartas, una linterna apagada y también una botella vacía. Pero habían tirado su última mano y se habían agachado, pegados unos a otros, con los nudillos en carne viva de tanto golpear la puerta contra la que también habían arremetido con ganchos. Unas estrellas heladas brillaban en sus pestañas y en sus barbas de varios días. Sus semblantes mostraban un gesto de concentración, con las bocas abiertas como si fueran a pronunciar algún pensamiento prudente, algún acuerdo que habían alcanzado abrazados unos a otros.

El poder se transmite por vía sanguínea y se origina antes de nacer. Llega por las manos, que en los Pillager eran fuertes, nudosas, grandes, de dedos alargados, y ásperas, con la yema de los dedos muy sensible, perfecta para repartir naipes. También se transmite por los ojos, beligerantes, castaños oscuros, los ojos de los miembros del clan del Oso, displicentes porque escudriñan sin miramientos a la gente.

En mis sueños, miro a Fleur a los ojos y a los hombres también. Ya no soy la chica que observa desde el alféizar en penumbra, la muchacha escuálida.

La sangre nos trae de vuelta a casa, como si fluyera por una vena de tierra. He vuelto a casa y, salvo por hablar con mis primos, llevo una vida tranquila. Fleur también lleva una vida tranquila, a orillas del lago Turcot con su barca. Hay quien dice que está casada con Misshepesu, el Hombre del Agua, o que vive en pecado con hombres blancos o *windigos*, o que los ha matado a todos. Yo debo de ser más o menos la única que va a visitarla alguna que otra vez. El invierno pasado fui a ayudarla a su cabaña cuando dio a luz a una niña, cuyos ojos verdes y piel color de un viejo penique dieron más que hablar, ya que nadie era capaz de decidir si la niña era mestiza o qué, si había sido engendrada en la sala de humado o por un hombre con escamas de bronce, o por el lago. La niña es espabilada, sonrío en sueños, como si supiera lo que se pregunta la gente, como si oyera hablar a los ancianos mientras le dan vueltas a la historia. Cambia a cada vez, y no tiene ni principio ni fin. También se equivocaban en la parte del medio. Solo saben que no saben nada.

Un triángulo de sombra

Cualquier lugar que yo pudiera nombrarles, en el mundo entero, a nuestro alrededor, ofrece mayores atractivos que Argus. Pero resulta que yo me crié allí y la tierra acabó formando parte de mí; hay algo en el aire que yo respiré y el agua no sabe tan bien como el agua de Minneapolis y Saint Paul. Aun así, lo primero que hago, cuando vuelvo a casa de mi madre, es quedarme de pie delante del fregadero de la cocina y apurar un vaso tras otro.

—¿Ya has llenado el depósito? —Mi madre se encuentra de pie detrás de mí—. Entonces siéntate.

Es alta y cuadrada como un tablero, francochippewa, de brazos largos y nudillos prominentes. Tiene el rostro huesudo, feroz y casi masculino en sus filos y planos. Unos meses atrás, una peluquera la convenció para que feminizara su aspecto rizándose el cabello. Ahora la permanente, que ha crecido hasta convertirse en mechones canosos, se encrespa tanto como el pelo de un terrier. No me parezco a ella. No es solo por el cabello, ya que el suyo es canoso y el mío castaño cobrizo, sino por mi constitución. Soy bajita y maciza, me parezco más a mi tía Mary. Como ella, parece que soy incapaz de sacudirme este pueblo de encima.

—Hay trabajo en la fábrica de remolacha —dice mi madre.

Este rumor, seguramente falso ya que la fábrica está en crisis, cae en el aire oscuro y cerrado de la cocina. Las persianas están bajadas porque es un mes de junio muy caluroso, con cerca de cuarenta grados, e intentamos mantener la casa fresca. Fuera, el agua ha sido aspirada de todas las cosas. Los nervios de las hojas están huecos y la hierba de las cunetas, quebradiza. El cielo ha absorbido hasta la última gota. Es un fino velo azul blanquecino que se extiende de un extremo a otro sobre nosotros, una plana lona de gasa. He llegado aquí caminando debajo de ella desde la estación, arrastrando mi maleta.

Transpiramos como si estuviéramos dentro de un horno, enorme y sucio. Durante toda la semana, ha hecho demasiado calor para limpiar un poco o moverse siquiera, y los cultivos están atrofiados y deteriorados. Nuestro vecino granjero acaba de vender sus tierras para que construyan una urbanización, pero los obreros no están trabajando mucho. Llevan paños húmedos en la cabeza y se quedan sentados junto a las parcelas de las viviendas en el fulgor de la tarde. Las vigas de madera se levantan sobre ellos, pero es inútil: nada proyecta sombra alguna. El sol también los ha resecado.

—La fábrica de remolacha —dice de nuevo mi madre.

—Puede —respondo, y entonces, porque tengo algo más importante en mente, añado—. Quizá vaya y pida trabajo.

—¿Ah? —Ahora está intrigada.

—¡Dios, esto es horrible!

Cojo el vaso de agua con la mano y me derramo un poco en la cabeza. No me refresca; solo noto el vapor que mana de mí.

—Se ha estropeado el ventilador —explica mi madre—. Ahora los dos están rotos. El motor o no sé qué. Si Mary cobrase la maldita devolución de impuestos, saldríamos pitando hacia Pamida para comprar un par más y que corra un poco el aire. Entonces estaríamos algo más fresquitas aquí.

—Tu jardín debe de estar seco —digo, levantando la esquina de la persiana.

—Está enfermo, pero lo he regado. Y no pienso echar abono; atrae a las malditas babosas.

—Nada puede sobrevivir allí fuera, ni el menor bicho.

Los ojos me escuecen con tan solo mirar al jardín, que es una luminosa sábana de sol, casi incandescente.

—Te sorprenderías.

Ojalá pudiera soltárselo, decírselo sin más. Incluso ahora, las palabras se me hinchan en la boca, la famosa oración, pero tengo miedo. Y con motivo. Siempre me pasa lo mismo con mi madre: es horrible verla cuando se enfada. Aprieta los labios y se pone rígida, casi como un palo de madera, y se calla. Sus rasgos se vuelven inamovibles y distantes; se niega a hablar. Aquello dura mucho tiempo y, hasta que lo haga, uno se queda sobre ascuas. Nada de lo que dice al final resulta tan malo como esa sensación de terror. Así que espero, medio convencida de que adivinaré por sí sola mi secreto, o me lo sonsacará, aunque nunca lo intenta. Si me quedo callada, apenas repara en ello. No es como la tía Mary, que me obliga a decir más de lo que yo sé que tengo en mente.

Mi madre suspira.

—Hace demasiado calor para encender el horno. Hace demasiado calor para cocinar. Pero de todas formas hace demasiado calor para comer.

Está hablando sola, por lo que me vuelvo temeraria. Quizá esté tan preocupada por el calor que pueda deslizarse mi declaración como quien no quiere la cosa. Debería decirlo sin más, pero me pongo nerviosa y hago una introducción que la deja intrigada.

—Tengo que decirte algo.

La suerte está echada; no hay marcha atrás a no ser que se me ocurra algo rápidamente. Mis pensamientos hierven.

Pero ella aguarda, olvidándose del calor por un instante.

—Hielo —digo—. Necesitamos hielo.

Hablo con vehemencia, inclinándome hacia ella, y casi la fulmino con la mirada, pero no se deja engañar.

—No me hagas reír —replica—. No hay un solo cubito en todo el pueblo. Los refrigeradores no consiguen mantenerse lo bastante fríos.

Me escudriña de la misma manera que un cazador acecha a un animal a punto de

salir de su guarida y echar a correr.

—Está bien. —Me rindo—. Tengo algo que contarte.

Me levanto y le doy la espalda. Bajo ese calor sombrío me siento mareada, casi tengo náuseas. Ahora he conseguido preocuparla, tiene miedo de escucharme y está sin aliento.

—Habla —me apremia—. Vamos, acabemos con esto.

Así que lo suelto:

—Me he casado.

Se produce una oleada de alivio, un viento que recorre la habitación, pero enseguida se desvanece. La cortina ondea y nos hallamos atrapadas otra vez, aturcidas por un calor todavía más asfixiante. Por de pronto me toca a mí esperar; me doy la vuelta y me siento frente a ella. Ahora es el momento de decirle su nombre, un nombre chippewa que conocerá por los periódicos, puesto que es famoso. Ahora es el momento de que lo suelte de una vez. Pero no soporto la imagen que ofrece mi madre, la conmoción que le separa los labios, la atónita sombra de pena en sus ojos. He de convencerla, de algún modo, de que todo está bien.

—¡Odias las bodas! Piensa un poco, imagínatelo. Yo, con un tul blanco. Un día como este. Tú, envarada en tu traje de lana de verano, y la tía Mary, vete a saber... Y el esmoquin, el alquiler, el novio...

Ha agachado la cabeza conforme llovían mis palabras sobre ella, pero ahora levanta la frente y aparecen sus ojos que ya empiezan a endurecerse. Guardo rápidamente la lengua en la boca.

Me imita y lo convierte en una pregunta.

—¿El novio...?

Estoy atrapada, con los labios entreabiertos y un tartamudeo ahogado en la garganta. ¿Por dónde empezar? Lo he ensayado, pero las frases se esfuman, el inicio, la introducción informal. No se me ocurre nada que pueda convencerla de que él es mucho más de lo que dicen los pies de la foto que puede verse en el cartel de la oficina de correos. Ninguna foto suya está bien, ninguna representación de él le hace justicia. Así que solo extendiendo la mano sobre la mesa y toco la suya.

—Madre —digo, como si se tratase de una obra de teatro dramática—, pronto estará aquí.

Algo se va tejiendo en ella: una reacción. Me da miedo dejar que adopte su forma completa.

—Salgamos fuera y esperémoslo en las escaleras, mamá. Así lo verás.

—No entiendo —repite con una voz tan aséptica que resulta aterrador. A eso me refiero. De pronto todo resulta forzado, nada natural; estamos recitando réplicas.

—Llegaré a lo lejos. —No puedo evitar hablar como una pésima actriz—. Le dije que me diera una hora. Esperará, después vendrá caminando por la carretera.

Nos levantamos y nos despegamos las camisas del vientre y las faldas de las corvas. Después, salimos delante de la casa en fila india, yo voy detrás, y nos

acomodamos en el escalón del medio. A un lado, un viejo arce americano achaparrado proyecta una leve sombra, y al otro, las polvorientas lilas parecen recibir una suave brisa. No se está tan mal aquí fuera, sigue haciendo calor, pero el aire no es tan lóbrego ni está tan viciado. Es mucho peor más allá de los árboles. El calor espejea formando una larga franja que se eleva de los campos, mana de los postes y las vigas de esas casas que van a destrozar nuestras vistas. El horizonte y las afueras del pueblo se divisan ahora entre los resquicios de las construcciones, y mientras estamos sentadas, observamos a los trabajadores que se mueven lentamente, de un lado para otro, casi como en un espectáculo ya muy rodado. Los paños que llevan en la cabeza les llegan casi a los hombros, sus cascos son pequeñas manchas amarillas y sus camisetas blancas se funden con el tórrido aire y el cielo. No parece que estén haciendo nada, aunque podemos oír el sonido apagado de sus martillos. En realidad, salvo por el trino de unos pájaros, solo hay silencio. Desde luego nosotras no hablamos.

La espera resulta más larga de lo que yo anticipaba, quizá porque él quiere darme más tiempo. Al fin las sombras se asoman poco a poco, duras, ardientes, carbonizadas, y el calor comienza a extender sus dedos hasta instalarse entre nosotros. Nos estamos adentrando en el peor momento de la tarde cuando comienza a cobrar forma un punto al final de la carretera.

Mi madre y yo escrutamos el horizonte. No hemos apartado mucho la vista, y pestañeamos y entrecerramos los ojos para intentar ver con más nitidez. El punto no varía, al menos durante un largo tiempo. Después, surge de golpe, preciso y en relieve: una silueta, que se pierde por un momento en el resplandor y reaparece. En aquella extensión centelleante, no es más que un pequeño triángulo de sombra movediza. Continúa avanzando, creciendo de forma imperceptible, hasta que se perciben variaciones en el contorno y se nota que es corpulento. Cuando pasa junto a los obreros de la construcción, estos se giran y se detienen, todos iguales con sus cascos, completamente inmóviles.

Cada vez más ancho, como si hubiese absorbido sus miradas, se acerca a nosotras. Ahora distinguimos los detalles. Lo primero, es moreno. Tiene unos brazos recios, un torso gigantesco y los rasgos de su cara se ven amplios y abiertos. No lleva nada en las manos. Viste una camiseta negra, al revés de los obreros, y unas mullidas zapatillas para correr. Sujeta sus pantalones vaqueros más abajo del estómago con un cinturón que lleva una estrella de abalorios en la hebilla. Lleva el pelo largo, recogido en una coleta. No soy la mujer que le conviene. Soy más pálida, más bajita y en absoluto glamurosa. Pero me levanto. Mamá se une a mí, y respondo orgullosa cuando me pregunta:

—¿Se llama?

—Se llama Gerry...

Incluso ahora soy incapaz de pronunciar su apellido. Pero mamá está distraída por la visión que ofrece.

Bajamos un escalón y nos detenemos otra vez. Aquí será donde lo recibamos. Tenemos las manos cruzadas en la cintura. Estamos serenas, tranquilas. Él sigue avanzando hacia nosotras sin darse prisa, y su sonrisa blanca se vuelve cada vez más ancha a medida que sus ojos se llenan de mi visión y los míos de la suya. Al final de la carretera, detrás de él, aparece otro puntito. Avanza rápido y el sol refulge en él dos veces: un vehículo. Ahora hay dos siluetas: uno que se aproxima por detrás en una nube de polvo, y Gerry, que sigue caminando, sin ralentizar ni apurar el paso, ajeno a lo que se avecina. Parece una coreografía. Se mueven a velocidades paralelas delante de nuestros ojos. Entonces, al mismo tiempo, al final de nuestro jardín, termina la *performance*; ambos se detienen.

Gerry se queda de pie y mira hacia nosotras con los dedos pulgares en el cinturón. Saluda con la cabeza a mamá con respeto, me mira tranquilamente y esboza una media sonrisa. Arquea las cejas, y nos quedamos a la espera. El agente Lovchik emerge del coche de policía, encorvado y cansino. Se acerca a Gerry por detrás y oigo el chasquido de unas esposas, entonces salto. Me detiene, sin embargo, la mirada de Gerry mientras retrocede lejos de mí, sin dejar de sonreírme con cariño. Me quedo paralizada a la mitad del camino. Me lanza un beso en el aire mientras Lovchik lo empuja con suavidad y cautela e instala a su presa en el coche. Las puertas se cierran con violencia, el motor ruge, dan marcha atrás y media vuelta. Mientras se alejan, no se oye ninguna sirena. Creo haber oído a Lovchik hablar sobre hacerle algunas preguntas. Estoy segura de que se trata de mucho ruido y pocas nueces, un error, pero hay algo que no se puede negar: ocurre en un pésimo momento.

Me sacudo los hombros, me aliso la falda y me vuelvo hacia mi madre con gesto ofendido.

—¿Qué te parece? —tanteo.

Tiene el bolso en la mano, ha sacado las llaves del coche.

—Vamos —ordena.

—Vale —respondo—. Muy bien. ¿Adónde?

—A casa de la tía Mary.

—Preferiría ir a pagar la fianza para sacarle de ahí, mamá.

—La fianza —repite—. ¿Qué fianza?

Me lanza una mirada de sorpresa tan fría y furiosa que me encojo automáticamente en el asiento del copiloto y me retrepo contra el vinilo. Casi recibo con alegría la quemazón del plástico ardiente en mi espalda, muslos y hombros.

La tía Mary vive en la parte trasera de la carnicería que regenta. Mientras nos encaminamos hacia la Casa de la Carne, sus perros parecen alfombras en la tierra, aplastados por el calor del día. Ni uno solo ladra para avisarla de nuestra llegada. Pasamos por encima de ellos y no provocamos más reacción que un gemido y el lento movimiento del rabo. Tampoco obtenemos respuesta por mucho que llamemos a la tía Mary por todo el vestíbulo. Entramos en la cocina y nos sentamos a la mesa, donde

descansa una sandía medio pocha. Junto al fregadero, en una pequeña caja metálica hay cigarrillos. Mi madre coge uno, lo enciende con cuidado con una cerilla y frunce el ceño.

—Ya sé —dice—. Ve a mirar en las cámaras de frío.

Hay dos: un enorme frigorífico repleto de carnes etiquetadas y espacio para alquilar y una nevera complementaria más pequeña. Al pasar junto al mostrador de la carne, reparo en que la luz roja junto al botón exterior de la nevera está parpadeando. Es una señal de que la luz está encendida en el interior.

Tiro de la larga palanca de metal y las gruesas puertas se abren con un silbido. Entro en el aire fresco y picante. La tía Mary está ahí, demasiado orgullosa como para mostrar la menor sombra de sorpresa. Simplemente asiente con la cabeza y aparta la mirada, como si yo acabase de salir un minuto en lugar de los seis meses o más que llevamos sin vernos. Está descansando sobre un gran bote de pimienta que lleva la etiqueta «ZANZÍBAR» y leyendo un artículo de una revista científica. Me siento en un barril de alumbre. Sin previo aviso, suelto la bomba:

—Me he casado.

No importa cómo se lo diga a la tía Mary, porque no se mostrará, porque se negará a mostrarse, sorprendida.

—¿A qué se dedica? —pregunta sin más, dejando a un lado el fajo de papeles.

Pensé que me echaría la bronca por haber engañado a mi madre. Pero es curioso, para dos mujeres que han vivido tiempos tediosos y grandes desastres, qué pocas veces sale una en defensa de la otra y con qué frecuencia están deseosas de aprovecharse una de la ausencia de la otra. Pero en esta ocasión es en beneficio mío. Parece que la tía Mary realmente está interesada en Gerry. Así que soy sincera.

—Es algo como un activista político. Me refiero a que ha estado en la cárcel y todo eso. Pero, verás, no por cometer algún delito; solo por sus convicciones.

Me dirige una larga y penetrante mirada. Su piel es demasiado dura como para arrugarse, pero no parece joven. A nuestro alrededor cuelgan ristras de salchichas, de cualquier clase imaginable, de cada color, desde el negro morado de la morcilla hasta las tiras pálidas y blanquecinas que más le gustan a mi madre. Bloques de mantequilla y de cabeza de jabalí, un bidón de leche cruda, paquetes envueltos y pancetas curadas se amontonan en las estanterías a mi alrededor. El corazón se ha detenido en mi pecho, frío, y no puedo dejar de hablar.

—Es el tipo de hombre que es difícil describir. Muy diferente. La gente dice de él que es un espíritu libre, pero tampoco es eso, porque en algunos aspectos es muy disciplinado. Aprendió a ser ordenado en la cárcel. —Hago una pausa. Ella no dice nada, así que prosigo—. Sé que es algo repentino, pero ¿a quién le gustan las bodas? Yo las odio. Todo ese follón con los vestidos de las damas de honor para encontrar una tela a juego... Yo no tengo amigas. A ver, es muy embarazoso, ¿no? ¿Quién iba a cantar *O Perfect Love*? ¿Quién iba a llevar la alianza?

No me está escuchando del todo.

—¿A qué se dedica? —pregunta de nuevo.

Quizá no vaya a soltar prenda hasta que yo dé con la respuesta correcta, como en un juego con sustantivos y sinónimos.

—Él... pues... agita —le digo.

—¿Eso es un tipo de trabajo en una fábrica?

—No exactamente, no, no es un trabajo de nueve a cinco ni nada que se le parezca...

Ahora suelta la revista, ladea la cabeza y me mira sin pestañear con esos gélidos ojos amarillos. Tiene la mirada de un águila, de una persona que puede ver el futuro y sin embargo no te lo va a contar. Ha perdido clientes por mirarlos tan fijamente, pero no le importa.

—Me estás diciendo que él no... —Sacude la cabeza lentamente, dos veces, de un lado a otro, sin quitarme los ojos de encima—... ¿no tiene un trabajo fijo?

—Bueno, ¿y eso qué más da? —respondo con dureza—. Trabajaré yo. Estamos en los setenta.

Se levanta de un salto y me domina por completo: una mujer fornida con rasgos severos y puntas de cabello corto y cano. Sus pendientes tiemblan y centellean: pequeños ópalos incandescentes. Sus gafas de pasta marrones cuelgan torcidas de un cordón que lleva en el cuello. Nunca la he visto volverse en un instante tan furiosa y trastornada.

—Eso lo vamos a arreglar —dice.

La nevera parece de pronto mucho más pequeña, las salchichas me golpean en el hombro y la luz cegadora me hace parpadear. Soy tan testaruda como la tía Mary, no obstante, y ella sabe que puedo plantarle cara.

—Estamos casados y no hay más que hablar.

Consigo dar una patada en el suelo.

La tía Mary levanta el brazo hacia atrás, hincha las mejillas y rechaza mi afirmación con vehemencia.

—Eres una niña. ¿Cuántos años tiene él?

Me miro las rodillas con el ceño fruncido, recorro con el dedo los hilos de mi falda de algodón azul, y le respondo que la edad es irrelevante.

—Qué gran palabra —dice con sarcasmo—. Déjame que te haga esta pregunta: ¿es lo bastante mayor como para tener un trabajo?

—Por supuesto que sí. ¿Qué te has creído? Está bien, es mayor que yo.

—Ajá, lo sabía.

—¡Caray! ¿Y qué? Vamos a ver, ¿acaso tú no has estado enamorada nunca?, ¿nadie te ha dado fuerte justo aquí? —Me golpeo el pecho con el puño.

Le sostengo la mirada, pero ella no pierde ni un segundo sintiéndose ofendida.

—Claro, por supuesto que he estado enamorada. ¿Te crees que no? Sé lo que se siente, listilla. Te sorprenderías. Pero él no era ningún vago hijo de puta. Ahora, escúchame bien... —Se calla, coge aire, y yo dejo que siga—. Esto es lo que yo

entiendo por «arreglar». Le enseñaré el oficio de hacer salchichas, y a ti también, así como el negocio de ultramarinos. Además yo ya he tenido bastante, y tu madre también. Haremos lo mismo que hicieron mis tíos: te dejaremos la tienda y nos mudaremos a Arizona. Me gusta este sitio. —Alza la vista hacia la bombilla de seguridad encendida y vuelve a mirarme. Su rostro se rezaga en la luz—. Pero qué demonios, siempre he querido viajar.

Estoy anonadada, casi noqueada, tal vez avergonzada.

—Pero si tú odias ir a ningún sitio —digo, lo cual es verdad.

La puerta se abre de golpe y mamá se reúne con nosotras. Encuentra un bidón de leche y se sienta en equilibrio encima, soltando un suspiro de placer ante la deliciosa sensación de aire frío y asimilando, por el silencio, que hemos hablado. No tiene nada que añadir, supongo, y mientras el frescor se apodera de ella, cierra los ojos. La tía Mary también. No puedo evitarlo yo tampoco y mis párpados caen, aunque mi mente permanece consciente y alerta. Desde lo más hondo de la oscuridad, nos veo en la claridad. La luz llueve sobre nosotras. Estamos sentadas como nos hemos sentado, sobre nuestros botes de leche y pimienta, muy erguidas e inmóviles. Tenemos las manos encogidas en el regazo. Nuestras caras son blancas como las de los dioses. Podríamos ser estatuas en una tumba excavada en la ladera de una montaña. Podríamos estar soñando el mundo en nuestros cerebros.

Es un poco más tarde, y el tiempo no tiene piedad. Hemos quedado vaciadas de todo salvo de los pensamientos más simples. Hace demasiado calor para tener sentimientos. Mientras volvemos a casa en coche, observamos cómo, campo tras campo, las remolachas han sufrido daños, e incluso a veces algunas sojas. Las plantas están chafadas, flácidas, quemadas hasta la raíz. Solo los girasoles siguen luchando de pie, resentidos y pequeños.

Lo primero que me atrajo de Gerry fue lo inesperado. Fui a escucharlo hablar nada más inscribirme en la universidad, y luego me manifesté cuando vinieron a llevárselo del escenario. Siempre los acompañaba voluntariamente, complaciendo a todo el mundo. Comencé a visitarlo. Vendí calendarios lunares y carteles para conseguir dinero para pagar su fianza y poder ponerle en libertad. Una cosa llevó a la otra, y una noche nos encontramos solos en la cafetería Howard Johnson, una planta más abajo de donde estaba alojado, cuando acabó su discurso. Iban tras él mujeres mucho más guapas; podía elegir entre suecas, chicas de Sisseton o de Dakota, o muchachas de la reserva Turtle Mountain, que son las más atractivas de todas. Pero yo era diferente, dice. Le gustaba mi forma de ver la vida. Y luego, una vez que empezó, fue imposible dar marcha atrás, como si estuviese escrito. No teníamos elección.

Tengo esa intuición, a medida que nos acercamos a casa, en la fatídica cualidad de la luz, mientras que al atardecer el calor sigue apretando y la oscuridad, en la que el calor suele disiparse, desciende de manera constante: debemos llegar hasta el final

de algo; este día ha de tener fin.

Cuando entramos en el jardín, descubrimos a Gerry sentado en las escaleras del porche. Ahora nos toca a nosotras que nos reciba. Abro la puerta del coche de golpe y salgo tropezando, con el motor todavía en marcha. Corro hacia él y lo abrazo, mientras mi madre, que sigue el curso de los acontecimientos, aparca el coche con cuidado. Después, se acerca a su vez, agarrando el bolso por la correa. Se detiene delante de él y no dice una sola palabra, tan solo lo mira a la cara, examinándolo detenidamente como si fuera de cartón, un hombre detrás de un cristal sin poder verla. A mí me parece que está siendo grosera, pero entonces me doy cuenta de que él también la está mirando de hito en hito, y que son de la misma estatura. Sus ojos se encuentran a la misma altura.

Él extiende la mano.

—Me llamo Gerry.

—¿Gerry qué?

—Nanapush.

Ella asiente y se mueve de un pie al otro.

—Eres de esa línea, de la cepa antigua, los que...

No termina la frase.

—Y mi padre —dice Gerry— era el viejo Pillager.

—Los Kashpaw —dice ella— son mi rama, por supuesto. Seguramente estemos emparentados por el lado del hermano de mi madre.

No se mueven. Son como dos adversarios de un mismo país dividido, que se miden desde cada lado de la frontera. No mueven un músculo ni pestañean, y veo que se parecen más ellos dos que yo a cualquiera de ellos: tan altos, robustos y con el cabello tan negro. Podrían ser madre e hijo.

—Bueno, supongo que deberías pasar —lo invita ella—. Eres un pariente lejano, al fin y al cabo. —Me mira—. Lo bastante lejano.

Unas nubes de mosquitos bajan zumbando tras descubrirnos, así que queda totalmente descartado permanecer donde estamos. Entramos en casa, donde la temperatura es mucho más alta que fuera por el calor acumulado. Enseguida el sudor perla nuestra piel y no puedo pensar en nada que no sea refrescarme. Intento hacer fuerza en las ventanas de guillotina para que suban más, pero no sopla la menor brisa de todas maneras; no se mueve nada, ni una brizna de aire.

—¿Estás segura —pregunto resollando— respecto a los ventiladores?

—Buf, están más que rotos —responde mi madre, acongojada.

Muy pocas veces oigo ese tono en su voz. Enciende las luces, lo cual calienta aún más la habitación, y nos acomodamos en los sillones. Nuestras palabras retumban, como si las paredes se hubiesen cocido y quedado huecas al secar.

—Enséñame esos ventiladores —dice Gerry.

Mi madre señala hacia la cocina.

—Están encima de la mesa. Yo ya he intentado arreglarlos. A ver qué puedes

hacer tú.

Eso mismo hace. Al cabo de un rato, mi madre se levanta del sillón y se acerca a él. Ahora sus voces se aproximan hasta fundirse, absorbidas, y las herramientas chasquean con frenesí como si estuvieran enfrentándose en un duelo. Pero se trata de una carrera contra la campana de la oscuridad y su energía menguante. Pienso en el hielo. El hielo me nubla la mente.

—¡Vuelvo enseguida! —grito, al tiempo que cojo las llaves del coche del bolso de mi madre—. ¿Necesitáis algo?

No hay respuesta de la cocina, sino un sonoro chisporroteo metálico, el estruendo de tuercas y tornillos que se esparcen por el suelo.

Voy al Superpumper, la nueva y enorme estación de servicio que hay en las afueras del pueblo, a la que mi madre seguramente jamás haya ido. Ella no sabe lo que son las tiendas de veinticuatro horas, no tiene tarjetas de crédito para tiendas de ultramarinos o gasolineras, solo paga con billetes pequeños y monedas. Nunca ha utilizado una máquina de hielo. Le sacaría de quicio que una bolsa de agua congelada costase ochenta centavos, pero a mí no me molesta. Cojo la nevera de poliestireno blanco y la lleno por un par de dólares. Compró dos paquetes de seis latas de refresco Shasta y los hundo entre los hielos uniformes. Bebo yo misma dos de camino a casa, y consigo sacar toda la pesada nevera del maletero y llevarla hasta la puerta.

Los ventiladores ronronean, moviendo el aire. Los oigo funcionando en la sala de estar nada más entrar. La única luz mana de la cocina. Gerry y mi madre han tirado los almohadones del sofá en el suelo del salón, y están sentados en medio de las ondulantes corrientes de aire. Traigo la nevera y la dejo cerca de nosotros. He elegido todos los sabores oscuros (cereza negra, uva, frutos rojos, cola...), de modo que mientras bebemos, la oscuridad entra en nosotros dando vueltas con el aire de la noche, dulce y fuerte, movido por pequeños motores.

Arrastro más cojines que traigo de las habitaciones de la planta de arriba. Ni se nos ocurre probar los dormitorios y las asfixiantes camas. Y así, en la oscuridad, Gerry y yo nos damos la mano mientras él se acomoda entre mi madre y yo. Es enorme como una colina entre ambas, sólido en el viento que azota.

La carrera del hombre gordo

Estuve enamorada de un hombre llamado Cuthbert, dijo la abuela Ignatia, y hay que ver lo que era capaz de comer ese hombre. Se sentaba a la mesa ante una pata de venado, un pollo entero, dos o tres panes *gullet* o un cubo de panecillos fritos, media docena de mazorcas de maíz o un saco de zanahorias crudas. Se comía todo eso y, después, salía a trabajar en el campo. Era muy corpulento, pero a la vez estaba macizo como una roca, todo músculo y sin una pizca de grasa. Me levantaba, me sentaba en su regazo y me hablaba en michif. Me llamaba su pequeña *peti'shoo*. Pronto iba a casarme con Cuthbert y ya teníamos elegida la fecha de la boda, pero entonces sus hermanos lo pusieron en mi contra. Le contaron que yo iba tras su dinero, que quería sus tierras, y también que hacía el amor con el demonio.

Solo lo último era cierto.

Nuestro sacerdote nos había advertido de que cada uno de nosotros tenemos dos ángeles: uno es de la guarda y el otro es un ángel de perversión. Este último ángel intentará convencernos de que es el primero, y supongo que yo me dejé engañar. Por las noches, me visitaba en sueños un hombre vestido de azul: traje azul, camisa azul, corbata azul, zapatos azules, pero sin sombrero. Tenía el cabello y los ojos negros, la piel del color de un huevo marrón claro, muy lisa y sin la menor mancha. Se quitaba toda su ropa azul y la dejaba a mis pies. Su instrumento de placer (no os burléis de mí) también era azul, como si lo hubiese mojado en una hermosa tinta azul, y con la punta azul noche. Admiraba a ese hombre y me pasaba toda la noche en la cama con él. Ya me entendéis. Por la mañana me despertaba asqueada por lo que yo había hecho. Pero a la noche siguiente, vuelta a empezar. No podía resistirme a él. Me decía palabras muy tiernas, como un ángel bueno, pero las cosas que hacíamos eran de inspiración tenebrosa.

Ahora pregunto: ¿cómo es posible que las hermanas de Cuthbert conocieran la forma de mis sueños? Cuando él me dijo que sus hermanas iban contando por ahí esta historia, sobre el demonio y yo, se echó a reír. Estaba más preocupado por la idea de que tuviese los ojos puestos en sus treinta y dos hectáreas de tierras desbrozadas y cultivadas, o en el dinero que guardaba bajo llave en el banco. Se rio a carcajadas con lo del traje azul del que hablaban sus hermanas, y no se percató de cómo yo, al oírlo, por poco me desmayo. Me recompuse. Reflexioné sobre ello. No tardé en darme cuenta de que la única manera de que las hermanas de Cuthbert supieran de mis cuitas con el demonio era que él mismo se lo contara al visitarlas a ellas también.

Me puse furiosa y de puros celos tramé mi venganza. Decidí matarlo, aunque no estaba muy segura de cómo se destruye a un hombre que solo existe como fantasma, sin sustancia física. Luego se me ocurrió que debía soñar el instrumento de su muerte.

Debía concebir un cuchillo afilado y cortante, con todo lujo de detalles.

Cada noche soñaba que había un cuchillo debajo de mi almohada. Soñaba con su aspecto y su peso. Soñaba su mango de madera negra. Soñaba su filo. Soñaba el rayo de luz blanca que brotaba de la punta. Soñaba la sensación que tendría en mis manos. Soñaba cómo penetraría entre las costillas soñadas de mi ángel de perversión. Soñé todo eso con tal nitidez que la noche en que deslicé la mano bajo la almohada y descubrí el arma perfectamente soñada, era el recuerdo de un sueño que había tenido, un sueño dentro de otro sueño. La muerte que le infligí era imposible de soñar, sin embargo, y horrible. Me desperté bañada en terror y lágrimas. La pesadilla me atormentó toda la mañana mientras me preparaba para la fiesta de la Asunción. Debía celebrarse una ceremonia en la iglesia y, durante la misa, el sacerdote iba a leer las amonestaciones matrimoniales previas a mi boda con Cuthbert.

Ese día me flaqueaban las piernas y mi madre dijo que estaba pálida. Aun así preparé seis tartas. Tres para Cuthbert. Participaba en la carrera del hombre gordo. Todos los años, solo se presentaban en la línea de salida los más corpulentos de los hombres corpulentos. La carrera, cómica y estruendosa, siempre era el punto culminante de la fiesta. A su término, el ganador recibía pasteles a su antojo además de una medalla sagrada a modo de cinta: san Judas o san Cristóbal o santa Teresa de la Florecita. Mientras íbamos en nuestra carreta hasta la iglesia, yo casi me sentía embriagada de felicidad. Había matado al demonio y pronto me casaría con Cuthbert. Sus hermanas se extrañarían por la desaparición de su propio demonio azul, pero nunca sabrían que era yo quien lo había matado.

Pero entonces llegó la conmoción. Mientras los hombres gordos se alineaban al final de la pradera y nosotras los observábamos, señalando a unos y otros y haciendo pequeñas apuestas de dinero, entró en el grupo un hombre vestido con un traje azul, camisa azul, corbata azul, zapatos azules, cabello negro y piel marrón clara. Solo que él era muchísimo más colosal que en mi sueño. Se alineó con los demás. No sé si fui yo o las hermanas de Cuthbert quienes pusieron más los ojos como platos y abrieron más la boca, pero solo yo sabía que al matarlo en un sueño había dado vida al demonio. Y allí estaba, compitiendo con Cuthbert por el premio del hombre gordo.

No tenía buen aspecto en absoluto, advertí cuando comenzaron a correr. Estaba hinchado y gris como una atiborrada garrapata, con la piel de un verde casi apagado. Corría sujetándose las costillas con una mano y yo casi chillé cuando pasó junto a mí y me dirigió el fulgor de sus ojos encendidos y rojos. Tenía la boca abierta y vi que estaba llena de sangre negra. Cuthbert y él iban a la par, muy por delante de los demás, y vi cómo el demonio se mofaba y burlaba de mi futuro marido, el cual, preso de un ataque de furia, saltó hacia adelante como un enorme ciervo para avanzar significativamente.

Cuando hubo terminado, los dos hombres yacían sobre la línea de meta. Uno era Cuthbert, muerto tras estallarle el corazón. El otro hombre siempre había estado muerto, dijo la gente. Cuando le abrieron la chaqueta azul descubrieron un cuchillo

de mango negro clavado en sus costillas hasta la empuñadura.

Así que, según explicó la abuela Ignatia, en su lugar me casé con un hombre al que no le sobraba un gramo de carne, un hombre que odiaba el color azul y nunca se ponía nada de ese color, un hombre cuyas hermanas me querían. Llevo cincuenta y siete años viviendo con él, ¿verdad?, y él y yo hemos tenido ocho hijos y adoptado otros veinte. Hemos criado cualquier clase de animal que se pueda imaginar, ¿verdad?, y hemos cultivado maíz y avena, y cada otoño sacamos montañas de patatas. Hemos recogido arroz salvaje y, de vez en cuando, matamos algún ciervo desde el porche trasero, y, desde luego, hemos alimentado bien a nuestros hijos.

El salto

Mi madre es la mitad que sobrevivió de un número de trapecio con los ojos vendados, algo en lo que no suelo pensar a menudo, ni siquiera ahora que se ha quedado ciega, fruto de unas obstinadas cataratas que han ido ganando terreno. Camina lentamente por nuestra casa aquí en New Hampshire, tanteando levemente las paredes y recorriendo con las manos estanterías, libros, el amontonamiento de pertenencias y desechos de una niña convertida ahora en una adulta. Nunca ha volcado el menor objeto, ni siquiera rozado o tirado una revista al suelo. Nunca ha perdido el equilibrio ni se ha golpeado con la puerta de un armario que hubiera quedado abierta por algún descuido.

La precisión felina de sus movimientos de anciana podría ser el resultado de su entrenamiento de juventud, pero hace tan poca gala del estilo y la teatralidad que uno podría esperarse de una artista que tiendo a olvidarme de los Avalon Voladores. No ha conservado ningún traje de lentejuelas, ninguna fotografía, ningún folleto o cartel de esa parte de su juventud. De hecho, yo tendería a pensar que todo recuerdo de dobles saltos mortales y cogidas de infarto ha abandonado sus brazos y piernas, si no fuera porque de vez en cuando, mientras como sentada en la habitación de la casa reconstruida en la que dormía de niña, oigo el crepitar y percibo una vaharada de humo procedente de la estufa de la planta de abajo. De pronto la habitación se vuelve oscura, los puntos de costura queman bajo mis dedos y me encuentro cosiendo con una aguja de plata ardiente y un hilo de fuego.

Le debo tres veces la vida. La primera fue cuando se salvó a sí misma. En la plaza de nuestro pueblo se eleva ahora, clavada en el cemento, una réplica de un poste de circo, agrietado y resquebrajado. Conmemora la catástrofe que llevó al pueblo a ocupar las portadas de los periódicos sensacionalistas de Boston y Nueva York. De aquellos viejos diarios, ahora documentos históricos, consigo la información, y no de Anna de los Avalon Voladores, ni de ninguno de sus parientes, ahora fallecidos y, desde luego, tampoco de la otra mitad de su número singular, Harold Avalon, su primer marido. En una de las noticias, se cuenta que «Ese día el cielo estaba levemente cubierto, pero nada en el aire ni la temperatura hacía presagiar la repentina fuerza con la que golpearía la letal tormenta».

He vivido en el oeste, donde puede avistarse la llegada del mal tiempo desde kilómetros, y es cierto que en el pueblo estamos un poco en desventaja. Cuando las temperaturas extremas entran en colisión, un frente frío con uno caliente, surgen inmediatamente unos vientos detrás de una colina y nos azotan sin previo aviso. Eso, creo yo, fue probablemente lo que sucedió aquel día de junio. Lo más seguro es que la gente intercambiase comentarios sobre la agradable brisa que hacía, agradecidos de

que no pegara ningún sol abrasador en la carpa de rayas que ocupaba todo el parque central. Compraron sus entradas y, expectantes, las entregaron. Tomaron asiento. Comieron palomitas caramelizadas y cacahuets tostados. Hubo tiempo para tres actos antes de la tormenta. Los caballos árabes blancos de Ali-Khazar se alzaron sobre sus patas traseras y bailaron un vals. Bernie el Misterioso se dobló dentro de una caja metálica de galletas pintada, y la Dama de las Brumas apareció y desapareció en lugares sorprendentes. Mientras las nubes iban amontonándose fuera, sin que nadie lo advirtiese, el maestro de ceremonias hacía chasquear el látigo, voceaba la presentación y señalaba el techo de la carpa, donde los Avalon Voladores se habían encaramado.

Les encantaba dejarse caer grácilmente desde ninguna parte, como dos pájaros centelleantes, y lanzar besos mientras se quitaban el casco destellante adornado con plumas y la capa de cuello alto. Reían y coqueteaban abiertamente mientras remontaban las barras de los trapecios. En el último cuadro de su número, se besaban de verdad en mitad del aire, deteniéndose, planeando casi al cruzarse. En el suelo, entre dos saludos, Henry Avalon se acercaba con paso ligero a las primeras filas y señalaba la huella dejada por el pintalabios de Anna, justo en la comisura de sus labios. Formaban una pareja muy romántica, sobre todo en el número de los ojos vendados.

Aquella tarde, a medida que aumentaba la expectación, mientras el señor y la señora Avalon se ataban el uno al otro cintas brillantes alrededor de la cara y fruncían los labios fingiendo un beso (unos labios destinados «a no rozarse nunca más», tal y como alguien escribió en un largo y sobrecogedor artículo), se levantó el viento, a solo unos pocos kilómetros de distancia, se enroscó hasta formar un cono y aulló. Hubo un rugido de energía eléctrica, ahogado por el brusco redoble de tambores. Un detalle, que la prensa no mencionó y tal vez fuese desconocido: Anna estaba embarazada de siete meses, pero apenas se le notaba por la firmeza de los músculos de su vientre. Parece increíble que hubiese trabajado a tanta altura, ya que la menor caída podía resultar muy peligrosa, pero la explicación (lo sé al verla quedarse ciega) es que mi madre vive a gusto en medio de situaciones límite. Ahora forma un solo ser con la oscuridad, del mismo modo que el aire era su hogar, un lugar familiar y seguro hasta que estalló la tormenta aquella tarde.

Cada uno en un extremo de la carpa, saludaron con la mano, sonrientes y con los ojos vendados, al público sentado abajo. El maestro de ceremonias se quitó el sombrero y pidió silencio para que allí arriba los dos acróbatas pudieran concentrarse. Se frotaron las manos con polvos de talco y entonces Henry se lanzó y se balanceó una y dos veces, en enormes y calibradas oscilaciones a través del vacío. Colgaba sujeto por las rodillas y, en el tercer balanceo, abrió los brazos y extendió las manos para recoger a su embarazada mujer, que se tiraba de cabeza desde su refulgente barra.

Fue en el momento en que ambos se hallaban en medio del aire con sus manos a

punto de juntarse cuando el trueno cayó sobre el poste principal y bajó con un chisporroteo por los cables, llenando el ambiente de una luz azulada que Harry Avalon debió de notar incluso a través de la venda que le cubría los ojos mientras la carpa se desplomaba y el edificio lo arrojaba hacia adelante. El trapecio continuó su camino sin volver atrás, y Harry cayó, cayó sobre la muchedumbre con su último pensamiento, quizá tan solo un hormigueo de sorpresa ante sus manos vacías.

Mi madre me contó una vez que me asombraría la cantidad de cosas que puede hacer una persona mientras cae. Es posible que entonces me estuviera enseñando a tirarme de cabeza en la piscina municipal, porque asocio esa idea con saltos mortales. Pero también creo que ella quería decir que, incluso en ese espantoso y fatídico segundo, uno era capaz de pensar. Ella desde luego lo hizo. Cuando sus manos no encontraron las de su marido, mi madre se arrancó la venda de los ojos. Cuando él pasó junto a ella del lado equivocado, ella podía haberle agarrado el tobillo o la punta de su malla, y haberse caído aferrada a él. En lugar de eso, cambió de rumbo. Torció el cuerpo hacia un grueso cable y consiguió sujetarse al metal trenzado, todavía caliente tras la descarga del trueno. Fue tal la abrasión en las palmas de sus manos que cuando cicatrizaron se le borraron todas las líneas y solo quedaron los tejidos cicatrizados y en blanco de un futuro más apacible. La bajaron con cuidado hasta la pista cubierta de serrín justo debajo de la cúpula del techo de lona, que no se había desplomado por completo y permanecía en pie en un extremo, agujereado, roto e incluso en llamas en algunas partes a causa de la chispa gigantesca, aunque la lluvia y las chaquetas de los hombres pronto se encargaron de apagar el fuego.

Murieron tres personas, pero, salvo las manos, mi madre no había resultado herida de gravedad hasta que un miembro del equipo de rescate con exceso de celo le rompió el brazo al liberarla y provocó, al mismo tiempo, que se derrumbase una parte de la carpa, que llevaba una enorme anilla que la golpeó y dejó inconsciente. La trasladaron al hospital local y allí debió de sufrir una hemorragia porque la mantuvieron en cama durante un mes hasta que su bebé vino muerto al mundo.

Harry Avalon siempre había querido que lo enterraran en el cementerio del circo al lado del primer Avalon, su tío, y por eso ella lo envió de regreso junto a sus hermanos. El bebé, sin embargo, fue enterrado a la vuelta de la esquina, un poco más allá de esta casa y muy cerca de la carretera principal. Yo solía pasear hasta allí a veces, simplemente para sentarme un rato. Era una niña, pero nunca he pensado en ella como en una hermana, ni siquiera como un ser aparte, la verdad. Supongo que podría verse en ello el egocentrismo de una niña, de todos los niños, pero siempre la he considerado como una versión menos acabada de mí misma.

Cuando caía la nieve y proyectaba sus sombras sobre las lápidas, podía distinguir la suya fácilmente desde la carretera, ya que es más grande que las demás y tiene la forma de un verdadero cordero en posición de descanso, con las patas recogidas bajo su cuerpo. Con el paso de los años, el cordero esculpido se alza más y más amenazante en mi mente, aunque sin duda eso no se deba más que a mis ojos, a mi

vista que se nubla poco a poco como le sucedió a mi madre, y lo que está cerca se difumina y lo que está lejos se torna más nítido. De vez en cuando pienso que es el borde lo que se aproxima, el borde de todas las cosas, el horizonte del que no se habla mucho en los bosques del este. Y también se me antoja, aunque probablemente no sean más que imaginaciones mías, que los detalles de la estatua se perfilan ahora mejor, como si, en lugar de erosionarse en una masa porosa, esta se endureciera en la ladera de la colina con cada nevada para perfeccionarse.

Fue durante su ingreso hospitalario que mi madre conoció a mi padre. Lo mandaron llamar para que examinara el estado de su brazo, que presentaba complicaciones. Permaneció sentado a su cabecera, ya que tenía algo de viajero de sillón, y había pasado la guerra tranquilamente en un campo de entrenamiento de las Fuerzas Aéreas donde se convirtió en un especialista en piernas y brazos rotos durante los ejercicios de salto en paracaídas. Anna Avalon había estado en muchos de los lugares que él ansiaba conocer (Venecia, Roma, México, España entera y también Francia entera). Ella no tenía familia y había sido adoptada por los Avalon, quienes la entrenaron para actuar en espectáculos desde su más tierna infancia. Hicieron giras por Europa antes de la guerra, y luego se establecieron en Nueva York. Era analfabeta.

En el hospital aprendió a leer y escribir, como manera de superar el aburrimiento y el desánimo de aquellos meses, y fue mi padre quien insistió en enseñarle. A cambio de historias de sus aventuras, le puso nota a sus primeros ejercicios. Le compró su primer libro, y sobre su intrépida escritura, que los pálidos renglones de los cuadernos de caligrafía no podían contener, se enamoraron.

Me pregunto si mi padre sopesó el intercambio que le había propuesto: un tipo de vuelo por otro. En efecto, después de aquello y desde que tengo memoria, nunca vi a mi madre sin un libro. Hasta el día de hoy, y sigue siendo el mayor inconveniente de su ceguera. Después de la reciente muerte de mi padre, no hay quien le lea, motivo por el que yo he vuelto, de hecho, de mi fallida existencia donde la tierra es plana. He vuelto a casa para leerle a mi madre, leer en voz alta, leer hasta el corazón de las tinieblas si hiciera falta, leer toda la noche.

En cuanto mis padres se casaron, se mudaron a la vieja granja que él había heredado pero que le traía sin cuidado. Aunque había pensado en trasladarse a vivir a una ciudad más grande, se instaló y amplió su consulta en este valle. Todavía me resulta extraño que hubiesen elegido permanecer en el pueblo donde sucedió la catástrofe, y que mi padre había encontrado tan limitado en un principio. Fue mi madre quien insistió en ello, tras perder a su bebé. Y además, también le encantaba la desvencijada granja con lo poco que quedaba de las numerosas hectáreas de bosque y con sus campos de trigo escondidos, que se extendían hasta la reserva natural.

Debo por tanto mi existencia, por segunda vez, a ambos y al hospital que los unió. Es la deuda que todos contraemos dándolo por sentado, ya que ninguno de nosotros pide venir al mundo. Solo cuando tenemos la vida nos aferramos a ella con todas

nuestras fuerzas.

Yo tenía siete años cuando la casa se incendió, seguramente por unas brasas mal apagadas. A veces pueden avivarse y mi padre, que siempre andaba despistado en casa y constantemente agotado tras sus largas horas de guardia nocturna, vaciaba a menudo lo que para él eran cenizas de estufa frías dentro de cajas de madera o cartón. El fuego pudo originarse en una caja que se prendiera. O tal vez el culpable fuese una acumulación de creosota en el tiro de la chimenea. Comenzó alrededor de la estufa, y el corazón de la casa quedó reducido a cenizas. La niñera, que se había quedado dormida en el pequeño despacho de mi padre, en la planta baja, se despertó y descubrió que la escalera que conducía a mi dormitorio estaba cortada por las llamas. Llamó por teléfono y luego salió corriendo fuera para esperar debajo de mi ventana.

Cuando mis padres llegaron, los voluntarios del pueblo habían sacado agua del estanque antincendios y regaban el exterior de la casa con la intención de entrar a buscarme, sin saber en ese momento que solo había una escalera y que había quedado destruida. Al otro lado de la vivienda, la gran y viejísima escalera se partió en dos. Tal vez fuera el estruendo que provocó al chocar contra las paredes lo que me despertó, porque hasta ese momento había estado durmiendo.

En cuanto me espabilé, percibí el olor a humo. En aquellos tiempos yo era muy concienzuda y se me daba bien memorizar instrucciones, así que hice exactamente lo que se me había enseñado en los simulacros de incendios de segundo curso. Me levanté. Toqué la puerta de mi habitación sin abrirla. La encontré caliente, la dejé cerrada, enrollé la alfombra y la encajé contra la rendija. No me escondí debajo de la cama ni me metí en el armario. Me puse mi bata de franela y me senté a esperar.

Fuera, mi madre, de pie bajo mi ventana oscura, vio con toda claridad que no había rescate posible. Las llamas habían atravesado un muro lateral y el resplandor del fuego iluminaba las descomunales ramas y el tronco del vigoroso y viejo arce que, seguramente, había sido plantado el mismo año en que se construyó la casa. Ninguna hoja tocaba el muro y solo una delgada rama rozaba el tejado. Desde abajo, parecía que incluso una ardilla tendría problemas para saltar del árbol a la casa, pues aquella ramita no era más gruesa que la muñeca de mi madre.

Ahí de pie, mi madre pidió a mi padre que le bajara la cremallera del vestido.

Cuando él la trató con demasiado mimo, como si se hubiese vuelto loca, se lo hizo comprender. Él fue incapaz de usar las manos, de modo que ella se arrancó el vestido y se quedó con tan solo sus perlas y sus medias. Ordenó a uno de los hombres que apoyara la mitad de la escalera extensible rota contra el tronco del árbol. Sorprendido, obedeció. Ella trepó. Desapareció. Después fue fácil distinguirla entre las ramas sin hojas de finales de noviembre conforme iba subiendo más y más, arrastrándose bocabajo, y avanzando poco a poco por una larga rama que se curvaba sobre la ramita que rozaba el tejado.

Una vez allí, balanceándose, se puso de pie y se quedó en equilibrio. Se había agolpado mucha gente, y muchas personas todavía recuerdan, o así lo creen, cómo mi

madre se deslizó por el aire gélido y oscuro hacia aquella delgadísima extensión, cómo al caer partió la rama que se rompió en sus manos con un crujido mayor que el de las llamas mientras ella saltaba hacia el borde del tejado, cómo en un torbellino la rama se precipitó al suelo sin ella, y cómo alzaron los ojos de nuevo para ver el lugar adonde ella había volado.

Yo no la vi saltar en el aire, solo oí el brusco golpe y miré por la ventana. Estaba colgando, sujeta por los talones, del nuevo canalón que habían instalado ese mismo año, y sonreía. No me sorprendió nada verla; era tan pragmática. Dio un golpecito en la ventana. También recuerdo cómo lo hizo; era un golpecito de lo más cariñoso, un poco vacilante, como si temiera haber llegado demasiado pronto a casa de una amiga. Después, me señaló el pestillo y, cuando abrí la ventana, me dijo que la subiera más y la sujetara con un palo, para que no le aplastara los dedos. Saltó, se agarró al alféizar y se deslizó por la abertura. Una vez en mi habitación, advertí que solo llevaba puesta la ropa interior: un ceñido sujetador de algodón grueso y costuras redondeadas, que las mujeres solían usar entonces, y unas bragas de encaje. Recuerdo haberme sentido mareada, por supuesto, enormemente aliviada y, después, incómoda por ella, porque la gente la viera en ropa interior.

Seguía incómoda cuando salimos volando por la ventana, hacia el suelo, yo en su regazo, sus dedos de los pies en punta mientras volábamos hacia la diana pintada en la lona que los bomberos sujetaban más abajo.

Sé que ella tiene razón. Lo sabía ya entonces. Mientras caes, hay tiempo para pensar. Encogida contra su vientre como yo me hallaba, no me asustaron los gritos de la multitud ni los rostros que se dibujaban de forma difusa. El viento rugía y azotaba nuestra espalda con su abrasador aliento; las llamas siseaban. Me pregunté lentamente qué sucedería si fallábamos y no caíamos en el círculo o si botábamos fuera de él. Apreté las manos de mi madre entre las mías. Sentí el roce de sus labios y oí el latido del corazón en mis oídos, sonoro como un trueno, largo como un redoble de tambores.

La furgoneta del bingo

Cuando entré en el bingo esa noche de principios de primavera, no tenía novia ni casa ni apartamento ni trozo de tierra ni coche, ni tampoco llevaba aún ningún tatuaje. Ahora, miradme. Camino por la carretera de la reserva con unos pantalones prestados hacia un lugar que no es mío, con el ánimo por los suelos porque me ha dejado una mujer. Todo lo que tengo de mis riquezas pasajeras son este poni negro que galopa en el dorso de mi mano: un tatuaje que pedí que me hicieran en el salón de tatuajes de Lewey a causa de un sueño que tuve estando despierto. Todavía no he saldado mi deuda. Aún debo dinero por el pequeño caballo. Pero si Lewey quiere recuperarlo, entonces primero tendrá que atraparme.

Esta es la impresión que da llegar a la sala del bingo. Es un alargado barracón de chapa. En el interior, antiguamente flotaba una cortina de humo, pero ahora los ventiladores y extractores en el techo se han encargado de ello. Así que nada más entrar uno puede encontrar a sus amigos. Aquella noche de principios de primavera, divisé a Eber, Clay y Robert Morrissey, sentados más o menos a medio camino del escenario con el telón cerrado junto a su abuela Lulu. Por otro matrimonio, resulta que también era abuela mía. Tenía cinco cartones extendidos ante ella. Los chicos solo tenían uno cada uno. Cuando los números empezaron a dar vueltas en el bombo, cogió un marcador de bingo en cada mano. Se trataba del juego del pájaro^[9], por un premio de cien dólares, y nadie se había puesto todavía nervioso ni muy serio.

—Lipsha, tráenos una coca cola —me ordenó Lulu cuando alguien cantó bingo—. Y coge otra para ti.

Me dirigí al bar con Eber, que había terminado el instituto conmigo. Clay y Robert eran más jóvenes. Conseguimos nuestros refrescos y regresamos; los dejamos sobre la mesa, nos sentamos y extendimos una nueva tanda de cartones. Como ya he dicho, mi abuela jugaba cinco cartones a la vez, que es la manera de ganar mucho dinero. A la larga, mucho más que de cuando en cuando, era una de las pocas chippewas que de verdad sacaban algo de provecho del bingo. Pero también era su única manera de jugar. Nada de tarjetas de «rasca y gana». Nada de *blackjack*. Nada de máquinas tragaperras para ella. Nunca se metía en la sala del fondo. Cobraba todas sus ganancias. Yo creía que podía aprender de Lulu Lamartine, cuyos otros nietos tenían botas nuevas y sólidas mientras que las mías se habían desgastado hasta convertirse en unos flexibles mocasines. La observé con atención.

Concentración. Antes siquiera de que los números comenzaran a salir, apretó los labios y cerró el bolso. Agitó los marcadores bocabajo para que las almohadillas quedasen impregnadas de tinta. Comprobó la hora en su reloj de pulsera. De la coca cola, bebió un poco, pero no más de un sorbo. Era una mujer de ojos acerados con la

mandíbula redondeada y el pelo rizado. Sus gafas de pasta azul le colgaban del cuello con dos cadenas brillantes. Colocó las lentes ante sus ojos en cuanto el cantador tomó posiciones. Sujetó los marcadores inmóviles mientras el hombre extraía la bola del bombo. Cantó «B-7». Entonces, Lulu se concentró en el juego, examinando y marcando los cartones. No farfulló el menor sonido. No tenía ningún amuleto ante ella al que poder tocar. Y después, incluso si había fallado un cartón lleno por un número, jamás suspiraba ni se quejaba.

Toda una profesional, así era Lulu. Y lo profesional cotiza.

Supongo que yo también podría haber sido un profesional, como ella, si no hubiera sido por lo que se escondía detrás de la cortina y que estaba a punto de descubrirse. No lo sabía todavía, pero ese era el premio que cambiaría el curso de mi vida. Por culpa de la furgoneta, empezaría por volverme idiota, y luego sabio. ¿Sabéis?, desde el instituto no hacía más que dar un traspie tras otro mientras intentaba orientarme en el mundo. Todo eso me aguardaba y se extendía ante mí bajo el sol como una ceremonia de imposición de nombre. Solo que era incapaz de elegir el premio. Siempre había algo que detenía mi mano antes de que lo alcanzara.

Lipsha Morrissey, tienes que buscarte una vocación. Eso me decía a mí mismo, en un estado de preocupación nerviosa. Salía adelante casi sin dinero, contando con mi trabajo como vigilante nocturno en un bar. Eso me proporcionaba un techo donde dormir, veinte dólares a la semana y tanta cecina, frutos secos y salchichas picantes como era capaz de comer.

Estaba compuesto ahora de esas tres falsas sustancias. En un bar, ningún alimento lleva en las estanterías menos de cuarenta meses. Si uno es lo que come, llegué a la conclusión de que yo viviría para siempre.

Pero entonces descorrieron la cortina y comprendí que no viviría tanto como tenía previsto, a no ser que poseyera esa furgoneta. Tenía todos los extras que uno pudiera imaginar: volante recubierto de felpa azul, ventanillas laterales con forma de rombo e interior totalmente tapizado. Los asientos eran cómodos sillones con pequeños auriculares integrados y estaba totalmente sonorizada. Podías acercarte durante el descanso y acariciar los laterales. Estaba pintada de color crema, con excepción del logotipo, que destacaba en azul y representaba el ribete de un tambor sioux. En la parte trasera, había un pequeño frigorífico y una plataforma acolchada donde dormir. Era una vivienda, un estudio móvil con tracción delantera. Ya me estaba viendo dentro de ella. Veía que yo era esa furgoneta.

En la televisión dicen que uno es lo que conduce. Pues yo quería ser esa furgoneta.

Ahora sé que lo que sentí era un síntoma de la decadencia nacional. Os burlaréis de mí, me despreciaréis y me espetaréis «¿Con qué derecho el inútil de Lipsha Morrissey, que se gana la vida vigilando cerveza, se atreve a comentar asuntos fuera de los límites de su tribu?». Pero era capaz de tener una visión de conjunto de la situación, gracias a las indicaciones de mi madre y gracias a la abuela Lulu, de la que

aprendí a obstinarme en perseguir un objeto material.

Acudí a jugar al bingo noche tras noche. Cada hora que pasaba allí, me convencía más y más de que me iba acercando a mi objetivo. Se ofrecía la furgoneta como premio en una única partida cada noche, en un juego a cartón lleno en el que hay que completar todas las casillas. Cuantos más cartones se adquirían, más posibilidades había. Intenté jugar cinco tarjetas como la abuela Lulu, pero cada una costaba cinco pavos. Para conseguir la furgoneta, tuve que estrechar la mano de la codicia. Perdí cualquier tipo de escrúpulo.

Veréis, mi único talento en esta vida es un poder de sanación que he heredado de mis antepasados a través de la rama de los Pillager. Lo tengo en las manos. Chasqueo los dedos con tanta fuerza que casi saltan chispas. Después, pongo la mente en blanco y empiezo a tocar. Hasta entonces tenía fama de curar articulaciones y venas doloridas. Podía aliviar en las personas de más edad dolencias causadas por medio siglo de duro trabajo con la espalda encorvada. Poseía dentro de mí un poder que fluía hacia fuera, de modo irrefrenable. Tenía un tesoro en mis sueños y mis pensamientos despiertos. Pero nunca fui consciente de que debería renunciar a mi poder curativo en cuanto comencé a poner precio a mis servicios.

Ya sabéis lo que pasa cuando se cobra. La gente piensa de pronto que uno vale algo. Antes, yo acudía allí, dondequiera que me llamasen, y aceptaba lo que me dieran, si es que me daban algo. En cuanto hice saber que cobraba veinte dólares por mi trabajo básico, sin embargo, el teléfono del bar no cesó de sonar.

«¿Dónde está el curandero?», querían saber. «¿Dónde está Lipsha?».

Me guardaba el dinero. Y no es como si no lo intentara bajo la presión de sus veinte dólares, porque lo intentaba incluso con más fuerza que antes. Me frotaba las palmas de las manos, chasqueaba los dedos y los colocaba de manera que pudiera fluir el poder que los habitaba. Pero cuando llegaba el momento de poner la mente en blanco, fracasaba irremediabilmente. Cada vez, en el centro de la nube que descendía sobre mi cerebro, aparecía aparcada, con toda nitidez, la furgoneta.

Supongo que deseaba la furgoneta tanto como a una mujer, solo que todavía la cosa no era tan grave, pero entonces conocí a una mujer, lo que me retrasó en mi búsqueda.

En lugar de concentrar todas mis energías en la furgoneta y de ahorrar para poder comprar tantos cartones como pudiera jugar cuando llegara la partida especial, durante varias noches opté por el corto plazo, la variedad, con tarjetas de libre elección, de esas en las que uno mismo puede elegir los números.

Primero, apunté el número de calzado y la talla de pantalones de los hijos Morrissey. No hubo suerte. Fin de los chicos. Después, escogí mi fecha de nacimiento y su doble. Todavía nada. Anoté el número de la dirección de mi abuela y las fechas de sus aniversarios. Nada. Caí entonces en la cuenta de que si mi cartón de libre elección había de ganar, sería gracias a una especie de revelación más que a un acto forzado. Así que cerré los ojos allí mismo, en medio de la alargada mesa de bingo, y

dejé la mente en blanco, borrosa como una pantalla de televisión con interferencias, hasta que se formó una imagen. La furgoneta, como siempre. Pero esta vez, tenía fijada una matrícula oficial en la parte trasera. Me encomendé a ese número y lo escribí en las casillas. Y entonces grito «¡Bingo!».

Gané doscientos dólares con esa matrícula imaginaria. Llevaba el dinero en el bolsillo cuando abandoné el local aquella noche. A la mañana siguiente, me quedaban cincuenta centavos. Pero no es lo que os imagináis con Serena y os lo explicaré. Ella no esperaba sacar nada especial de mí, nunca le importó que tuviese o no dinero, ni me lo pedía. Tenía diecisiete años y un hijo de dos. Su apellido era American Horse, un viejo nombre de Dakota del Norte del que se sentía orgullosa aunque fuese desconocido en tierras chippewas. En casa de su hermana mayor, su hijo se mezclaba con los niños más pequeños, y Serena era tan solo una adolescente más. Todavía iba al instituto, con un año de retraso sobre el que le correspondía, y tenía ambiciones. Su idea era montar un negocio y vender sus diseños de ropa, de los que ya tenía seis cuadernos llenos.

No sé cómo conseguí que una chica con las ideas tan claras respecto a su futuro saliera conmigo, incluso aquella noche. Tan solo me dije: «Lipsha, eres un tipo atractivo. Un ganador». En ese momento, todavía era cierto. Me acerqué a ella junto a la máquina de monedas y le pregunté:

—¿Te apetece bailar?

Lo dije en broma, porque no había sitio donde bailar. Sin embargo le caí bien. Comimos un sándwich y una galleta de la máquina y, después, le apeteció dar una vuelta en coche, así que nos montamos en la parte trasera del coche de otra gente. Se dirigieron hacia el sur, hacia Hoopdance, fuera de la reserva, allí donde siempre pasaban cosas.

—Lipsha —susurró mientras avanzábamos—, siempre me has gustado desde lejos.

—Serena —respondí—, a mí también siempre me has gustado desde lejos.

Entonces nos acercamos el uno al otro en el asiento trasero. Tenía una mano en la rodilla y pensé en un par de maneras de moverla, dejándola caer como en un descuido sobre la suya o hablando a toda velocidad, de modo que tal vez ni se diera cuenta en el fragor del momento: su mano en la mía, los dos cogidos de la mano, nuestros labios cada vez más cerca. Pero de pronto decidí olvidarme de eso para armarme de valor y acariciarle la mano a la vez que la miraba a los ojos. Y me atreví. Delante, los otros conversaban alegremente. Nos quedamos sentados sin más. Al cabo de un rato, me dijo:

—¿Quieres besarme?

Pero respondí, sin haber previsto cómo saldrían las palabras:

—Nuestro primer beso ha de ser un momento mágico que solo compartamos tú y yo.

Sus ojos se abrieron como los de una cervatilla y su cara se iluminó con una enorme sonrisa. Tenía la piel oscura y el pelo largo de un color castaño oscuro con reflejos tostados. No llevaba joyas ni anillos, solo la ropa que había elaborado ella misma con sus propios diseños: una chaqueta y unos pantalones de tono cáscara de huevo, con símbolos bordados con hilo azul en los bordes, los puños y en el dobladillo. La contemplé embobado durante un momento, mientras avanzábamos por la carretera, antes de caer en la cuenta de que el motivo por el que el bonito conjunto de Serena me llamaba la atención era porque hacía juego con mi furgoneta del bingo. Difícilmente podía confesarle esta sorprendente coincidencia, que me convenció de que había llegado el momento, el momento perfecto.

Nos dejaron en algún lugar nada más cruzar la frontera de la reserva y nos bajamos, apenas sin apartar la vista el uno del otro. ¿Queréis saber de qué lugar se trataba? Os lo diré. Está bien. Un motel, una larga y doble hilera de habitaciones bajas de paredes blancas y puertas de madera marrón. Había un precioso cartel colgando, que representaba un lago con peces saltando en el agua. Nos quedamos junto al agua pintada.

—No he hecho esto desde lo de Jason —dijo. Era el nombre de su hijo de dos años—. Primero tengo que llamar a mi hermana.

Había un teléfono cerca de la recepción, dentro de un armazón de plástico. Se dirigió hacia allí.

—Está durmiendo —dijo cuando volvió.

Entré en la recepción y me acerqué al mostrador metálico. Tenía un número que me flotaba por la mente.

—¿Está libre la habitación veintidós? —pregunté.

Supongo que, al mirarme, no puedo ocultar mi aspecto de indio. La dueña, una mujer gruesa de cabello rubio cobrizo con una blusa negra y brillante, reparó en ello. Uno aprende a ver cómo fruncen el gesto, al igual que el viento arruga la superficie del agua. Se produjo un momento de observación y una lucha interior en la mente de esta mujer. A sus espaldas, el televisor ronroneaba. Abrió la boca, pero yo hablé primero.

—Este es Andrew Jackson —anuncié al tiempo que le alisaba un billete—. Famoso por echar a nuestros parientes del sur al sendero de las lágrimas. Y para hacerle compañía, tenemos dos señores Hamilton.

La mujer se volvió astuta y cogió los billetes.

—Nada de juergas.

Extendió una llave atada a una etiqueta de plástico naranja.

—Solo sexo.

No pude evitar tranquilizarla. Pero eso no eran más que palabras, palabras mayores para alguien que apenas tenía experiencia y nada que se pareciera a un método anticonceptivo. No era uno de esos presuntos sementales que no podían abrir la cartera sin que se les cayera un envoltorio cuadrado de papel de aluminio. No,

Lipsha Morrissey era un romántico empedernido, un tipo con una mente inquieta, me dije, un tonto redomado. Me acerqué a Serena y le cogí la mano. Yo estaba temblando pero mantenía la voz firme y las manos frías.

—Entremos. —Le señalé la llave—. No pensemos en mañana.

—Así fue como tuve a Jason —observó Serena.

Así que nos quedamos allí.

—Voy a entrar —dijo al fin—. Dos manzanas más abajo hay una estación de servicio abierta toda la noche. Allí los venden.

Y me fui. De acuerdo. Es posible que en estos tiempos la vida sea menos romántica en cierto sentido. Eso parecía bajo la fría luz del comercio abierto veinticuatro horas, mientras intentaba elegir lo que necesitaba en un estante junto al mostrador. Había un surtido impresionante con una gama desconcertante de texturas y formas. Me di cuenta de que me estaban mirando y cogí entonces lo que tenía más al alcance de la mano: dos cajas de tamaño económico.

—Una cita caliente, ¿eh?

Me imagino que el tipo del turno de noche estaba aburrido y no pudo reprimirse. Llevaba una camiseta que ponía «Big Sky Country»^[10]. Tenía una sonrisa desagradable. De modo que le contesté:

—No mucho. Es para una juerga de mis colegas blancos de Montana. Para controlar el número de la población ovina.

La sonrisa se le congeló. Quizá había oído muchas bromas sobre rubias de Montana o tal vez el tipo era de otra zona. Miré las cajas en mi mano y devolví una.

—Deja que te eche una mano —dijo el tipo—. Lo que necesitas es una bolsa de esto.

Sacó una bolsita de plástico llena de globos alargados de color rosa, naranja y azul fosforescentes.

—Demasiado llamativo —respondí—. Mi novia es diseñadora. Odia los colores chillones.

De pronto resoplaba con fuerza y él también. Nuestras miradas se cruzaron y se encendieron.

—¿Qué es lo que diseña? —preguntó—. ¿Sábanas?

—¿Y la tuya? —repliqué—. ¿Jerséis de lana? —Dejé el dinero entre los dos—. Para tu información, mi novia no solo es guapísima, sino que además ella y yo somos de la misma especie.

—¿Y cuál es esa?

—Coge el dinero —le dije—. Dame el cambio y me largo. No me obligues a hacer algo de lo que me tenga que arrepentir.

—Pero si me estás amenazando. —El tipo se apartó y me cobró—. Estaría acojonadito, si no fuera porque sé que los indios sois todos unos gallinas de mierda.

Cogí el paquete y el cambio.

—Bee... —solté y me largué de allí.

Es curioso que un tipo tímido como yo se vuelva locuaz en algunas de las situaciones más indeseables en nuestros pueblos fronterizos.

Di un rodeo para regresar a la habitación veintidós y llamé a la puerta. Había una pequeña ventana pegada a la entrada. Serena se asomó y me dejó pasar.

—Bueno —dije durante ese incómodo instante—. Supongo que ya está todo.

Me quitó la bolsa de la mano sin mediar palabra; simplemente la dejó en la mesilla junto a la cama. Había dos sillas. Cada uno tomó una. Después, nos sentamos y encendimos la televisión. Por alguna razón, la atmósfera romántica nos había abandonado, pero algo invisible me hacía albergar esperanzas con la habitación.

Se trataba de un pequeño establecimiento al otro lado de la frontera de la reserva, un lugar sencillo y limpio. Uno percibía el leve olor a insecticida nada más entrar. Se podía ver la televisión colgada en la pared o examinar el cuadro de una cascada con árboles dorados. Darse una larga ducha en el plato de cemento, sobre una alfombrilla antideslizante individual. Había un pequeño escritorio metálico. Uno podía sentarse allí y escribir una carta en una hoja de papel blanco sacada del cajón. La pantalla de la lámpara estaba hecha de caña prensada y tejida. La colcha de la cama de matrimonio era rojiza, de algodón roñoso. Había un aparato de aire acondicionado, con un ventilador que encendimos.

—No sé qué hacemos aquí —dije al fin—. Lo siento.

Serena sacó un pequeño cepillo de su bolso.

—¿Me cepillas el pelo?

Cogí el cepillo y me senté en la cama detrás de ella. Empecé por las puntas, con mucho cuidado, pero apenas tenía nudos que desenredar. Su cabello era de un apacible tono negro, sin matices. Mi mano siguió la estela del cepillo para alisarle el pelo después de cada paso, hasta que su melena se convirtió en una textura sedosa e hipnótica. Apartaba la mano de su cabeza y la seguían pequeños mechones, electrizados a mi contacto, como una suave seda que quedaba suspendida hasta que volvía a cepillarlo. Ella no se movió, salvo para apagar la luz y, después, la televisión. Volvió a sentarse en la oscuridad y me pidió por favor que continuara, así que obedecí. El aire se tornó espeso. Su pelo se volvió ligero, cargado de electricidad estática azul, de modo que la atracción magnética me mantenía allí. Una chispa dorada saltó a la alfombra. Serena se volvió hacia mí. En ese instante, su cabellera flotaba a su alrededor como una carpa de energía.

Bueno, el dinero no tiene nada que ver con esto. Bien es cierto que se lo di todo a Serena. Tenía intención de comprar telas y manufacturar las creaciones que dibujaba en sus cuadernos. Se trataba de moda con un toque de inspiración chippewa, tal como me lo explicó ella, y por lo tanto, segura ganadora de algún premio en el concurso de economía doméstica del estado. Prometió que me lo devolvería con intereses cuando abriese su propia tienda. Al día siguiente, después de separarnos, después de que yo comprobase el bar que debía haber vigilado esa noche, me adentré en el bosque para

sentarme a pensar. No en el dinero, que ahora pertenecía a Serena (y le deseaba mucha suerte), sino en ella y en mí.

Tenía dos años menos que yo y, sin embargo, tenía un objetivo en la vida y un hijo mientras yo andaba sin rumbo fijo, perdido en el hiperespacio, malgastando mis dones, que ya empezaban a desvanecerse de mis manos. Me preguntaba qué nos depararía el futuro. Una cosa era segura: no he conocido nunca a ningún hombre capaz de mantener a su familia jugando al bingo, y las llamadas para Lipsha, el curandero, disminuían de semana en semana, a medida que el poder de mis manos no conseguía curar a la gente, huía de mí y se mantenía oculto.

Me senté en el mismo suelo que pisaron antaño mis abuelos y mis bisabuelos, los Pillager. Me rodeaban árboles, abedules y robles, tupidos y de madera añeja. El lago avanzaba lentamente con olas grises y espuma blanca, formando un encaje ondulante. Unas delgadas gaviotas se alineaban en el banco de arena. El cielo se oscureció. Cerré los ojos y, en ese preciso instante, se introdujo al galope en mi mente el pequeño poni negro. Corría sobre las agitadas aguas como una piedra que rebota, su crin un estandarte y su cola una bandera, y se esfumó en la otra orilla.

Era la suerte. El animal de Serena. American Horse, el caballo americano.

«Es la última noche que voy a intentar ganar la furgoneta», me dije a mí mismo. Siempre guardaba tres billetes de veinte dólares metidos en el ribete de mi manta al fondo del bar. Cuando esos ahorros se acabaran, tomaría una verdadera decisión. Abriría las páginas amarillas al azar y, allí donde señalase mi dedo, me dedicaría a ese tipo de trabajo.

Por supuesto, no contaba con que fuera a ganar de verdad la furgoneta.

Intenté ir por el cartón lleno con el lado sombreado, algo siempre muy difícil. Como de costumbre, me senté junto a Lulu y sus hijos. Su presencia alerta me era de gran ayuda. Me prestó su marcador de repuesto y se fumó un cigarrillo con filtro, mientras observaba, sentada, el contenido frenesí que la rodeaba. Aunque la furgoneta llevaba en juego cinco meses, aunque nadie la había ganado todavía y todo el mundo proclamaba que era un timo, cuando llegaba el momento de la verdad, la mayoría de la gente compraba varios cartones. Esa noche, fui a por todas y compré ocho.

Una muchacha cantaba los números del bombo. Su voz sonaba clara y alegre por el micrófono. Yo ni siquiera me di cuenta de lo que sucedía; Lulu me señaló una casilla que se me había pasado en la tarjeta ganadora. Después, solo me faltaban dos huecos para gritar bingo y, de pronto, estaba sudando, me recorría un escalofrío, tenía frío y calor al mismo tiempo. Tras tantos esfuerzos y urdir tantos planes, era ahora N-6 y G-60. Me estreché y me encogí hasta convertirme en los huecos del cartón. Cada vez que la chica cantaba los números y no eran el seis ni el sesenta, me mareaba, me recomponía y me olvidaba de respirar.

Debió de pronunciar veinte números antes del N-6. Y entonces, justo después, salió de sus labios el G-60.

Grité. Me avergüenza confesar lo mucho que grité. La chica se acercó y mandó avisar al gerente, que comprobó lentamente y con suma atención mis números, mientras el público enmudecía.

No dijo una palabra. Examinó el cartón entero dos veces. A continuación, frunció los labios, deseando no tener que decirlo:

—Es un bingo —anunció al final a la sala.

El murmullo de la gente retumbó hasta el techo con las historias de todos aquellos que habían estado a punto de ganar y con comentarios llenos de envidia. Todos los ojos se volvieron hacia mí, lo que me incomodó. Nunca antes había sido el centro de atención. Yo, Lipsha, al que todo el mundo estaba acostumbrado a ver por aquí. Tampoco eran todas miradas benévolas; algunas eran de pura envidia, dispuestas a creerse la primera maledicencia que me quisiera atribuir alguna lengua viperina. Tenía sentido, de algún modo. De todos los que habíamos perseguido la furgoneta del bingo en estos últimos e interminables meses, yo era ahora el único que no había perdido nada de dinero en esa esperanza.

Vale, entonces ¿en qué clase de hombre convertía a Lipsha Morrissey el hecho de que las llaves no le quemaran las manos ni una pizca y que se largara esa misma noche, a toda mecha, tras hacer el mínimo papeleo? No fui corriendo a buscar a Serena, y os explicaré por qué. Aun así nunca me sentí más feliz. Al volante de aquella furgoneta, tenía la sensación de estar en el séptimo cielo, y ahí estaba el asunto. Mirar a los demás desde arriba, aunque solo sea desde el asiento de una furgoneta que uno no ha merecido de verdad, influye de alguna forma en la mente humana. Es difícil de explicar. Yo había cambiado. Bastó una sola noche recorriendo las carreteras de la reserva, adelantando coches y furgonetas y haciendo chirriar los neumáticos, para que empezara a sonreír a los bólidos manipulados para ser más veloces y llamativos, a los viejos cacharros destartalados, a los turismos de ancianas que avanzaban, altivos, por los caminos de grava de las colinas.

Comencé por decirme que debería ir a ver a Serena, y unas noches más tarde me dirigí al final a su casa. Enfilé el camino de entrada hacia la vivienda de su hermana, sin poder evitar fanfarronear un poco cuando la furgoneta derrapó en un bache e hice rugir el motor. Durante un instante, esperé en la oscuridad iluminando la puerta con las luces, hasta que se asomó el cuñado de Serena.

—¡Apaga esos faros! —gritó—. Tenemos a un niño enfermo.

Bajé la ventanilla y pregunté por Serena.

—Es su hijo. Está aquí con él.

Aguardó. Yo también, en la oscuridad. Una tenue luz estaba encendida a sus espaldas y vislumbré unas sombras: una niña en uno de esos pijamas con pies en la punta y otra persona que iba y venía.

—¿Quieres pasar? —preguntó.

Pero he aquí el meollo del asunto: solo le dije que saludase a Serena, y después

retrocedí por el mismo camino y la dejé arreglárselas sola. Podría haberme quedado. Podría haber recuperado mis poderes de donde fuera que los hubiera dejado. Podría haber ofrecido la furgoneta para llevar a Jason al centro de salud indio. Podría haberme quedado allí en silencio del mismo modo que un perro protege a su fiel compañero, su propia sangre, por muy celoso que yo estuviera. Podría haber hecho algo más de lo que hice, que consistió en largarme a Hoopdance en busca de diversión.

Conduje despacio hasta que descubrí en qué local había juerga esa noche. Me subí a la acera, entré en el patio y aparqué la furgoneta. Escruté la zona hasta que reconocí un par de vehículos y algunos rasgos indios y mestizos, para asegurarme de que no iba a verme implicado en lo que los periódicos llamaban un «suceso». La puerta, blanca, manchada y rayada por las garras de algún perro, tenía un pequeño ventanuco con forma de abanico. Entré y me quedé de pie. Se vía movimiento, una especie de discreto remolino de pelo brillante y cabello negro moviéndose juntos. Había aproximadamente el mismo número de indios que de no indios. Era lo que llamamos por aquí una fiesta de cóctel *Hairy Buffalo*, y la mayoría del público se aglomeraba con vasos de cartón alrededor de un gran cubo de basura de plástico marrón que servía de ponchera para acoger todo tipo de brebajes, es decir que cualquier bebida que trajera la gente terminaba mezclada allí con el ponche hawaiano rosa. Me había criado con buena parte de estas personas y conocía sus apodos; otras me sonaban, aunque no las conociera tanto, solo de vista. Entre estas últimas se encontraba un joven que me resultaba conocido.

Me llamó la atención. Me sonaba su cara, pero no lo conocía. No había ido a la escuela con él ni había jugado contra él en ningún deporte, porque yo no hacía deporte. No tenía ni idea de dónde lo había podido ver, hasta que, más tarde, cuando subió la temperatura, el tipo se quitó la cazadora. Entonces dejó al descubierto «Big Sky Country», en letras sencillas sobre un fondo azul vivo.

Salí de la habitación bordeando la pared hasta el vestíbulo y entablé, allí parado, una fuerte discusión conmigo mismo. ¿Me habría reconocido o solo era otro rostro más, un cliente olvidado? Seguramente no fuera en realidad de Montana, así que quizá no se hubiera sentido insultado por nuestra breve conversación o no la recordara siquiera. Puestos a especular, me imaginé que posiblemente había comprado la camiseta durante unas vacaciones, aunque ¿quién podía tener ganas de pasar la frontera para ir allí donde el mundo era más malvado? Me dije que debía tranquilizarme, volver allá dentro y divertirme. Lo que me impidió hacerlo fue ponerme a pensar repentinamente en Serena, en nuestra noche juntos, en lo que había comprado y utilizado.

En cuanto lo recordé, el momento presente se desvaneció. Una parte de mí alcanzó la otra. Comprendí que había dejado a Serena hacer frente a sus problemas sola mientras yo me había largado en mi flamante furgoneta.

Me cuesta horrores emborracharme. Yo soy así. Me pongo a pensar y olvido

rellenarme el vaso, o me acuerdo de algo que tengo que hacer y acabo marchándome de la fiesta. Ya me ha pasado dejar una lata de cerveza llena y salir para ir a desherbar la parcela de ruibarbo de mi abuela o arreglar el coche de mi primo. Ahora me ponía en el lugar de Serena y sentía lo que ella sentía.

«¿Para qué querrá él hacerme algo así?».

Oí su voz pronunciando esas palabras en voz alta, justo detrás de mí, donde no había más que una pared. Avancé hasta una puerta y luego entré en una pequeña habitación repleta de abrigos, sin toparme hasta el momento con nadie follando o tumbado inconsciente en el suelo. En esa alcoba, me senté sobre una pila de parkas y cazadoras vaqueras, con el creciente rumor de la fiesta a mis espaldas. Vi un teléfono y marqué el número de Serena. Contestó su hermana.

—Muchas gracias —soltó cuando le dije que era yo—. Has despertado a Jason.

—¿Qué le pasa? —pregunté.

Se produjo un silencio, hasta que se oyó la voz de Serena al teléfono.

—Voy a colgar.

—No lo hagas.

—Está llorando. Le duele tanto el oído que no puede soportarlo.

—Voy para allá —dije.

—Olvídalo. Que te den.

Me dijo que encontraría el dinero que le presté en el correo. Me recordó que había pasado mucho tiempo desde la última vez que la había llamado. Y después me colgó el teléfono. Sujeté el inerte auricular que zumbaba en mi mano e intenté despejarme la cabeza. Lo único que vi con suficiente claridad y nitidez era la furgoneta. Decidí que se trataba de una señal para ponerme al volante. Debía dirigirme directamente a la casa de Serena, usar el poder de mis manos y ayudar a su hijo. Así que dejé la copa que estaba tomando en el alféizar. Después, me deslicé por la puerta y bajé las escaleras del porche, solo para descubrir que me estaban esperando.

Supongo que me había reconocido y supongo que finalmente era de Montana, después de todo. Estaba con unos amigos, además. Rodeaban la furgoneta y la cabeza les llegaba a la altura del techo, pues eran todos tipos muy altos.

—Vamos a dar una vuelta —sugirió el tipo de la gasolinera abierta toda la noche.

Golpeó la ventanilla de mi furgoneta con los nudillos. Cuando le dije que no, gracias, comenzó a dar patadas de karate a la puerta. Llevaba unas botas tejanas negras, puntiagudas, con tacones afilados, que dejaban pequeñas abolladuras cada vez que daba un golpe.

—Gracias de todas maneras —repetí—. Pero no se ha acabado la fiesta.

Intenté volver dentro del local, pero como en una pesadilla, la puerta estaba atrancada o cerrada con llave. Grité y golpeé la puerta con los puños y los pies en las mismas marcas dejadas por un perro desesperado, pero la música estaba a tope y nadie me oyó. De modo que terminé sentado detrás del volante de la furgoneta. Se comportaron con gran cortesía. Insistieron en que fuera yo quien condujera. Se

mostraron tan educados, intenté convencerme, que después de todo no eran tan malos. Y en efecto, al cabo de un rato, estos tipos de Montana me anunciaron que entre todos me habían comprado un regalo.

—¿Qué es? —pregunté—. No me tengáis en ascuas.

—Sigue conduciendo —respondió el empleado de la gasolinera.

—No me van nada las sorpresas —comenté—. Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Marty.

—Tengo un primo que se llama Marty —dije.

—Que le den.

Los tipos de la parte trasera soltaron una ronca risotada llena de gruñidos cómplices. Marty sonrió y se giró hacia mí desde el asiento del copiloto.

—Si de verdad quieres saber lo que te vamos a regalar, te lo diré. Es un mapa. Un mapa de Montana.

Sus risas se convirtieron en carcajadas y se alargaron demasiado tiempo.

—Siempre me ha gustado ese estado —me atreví a decir con voz seria.

—No jodas... —exclamó Marty—. Entonces espero que te guste sentarte encima.

Me indicó dónde debía girar y, de pronto, caí en la cuenta de que la casa de Lewey se encontraba un poco más adelante. Lewey tenía su taller de tatuajes en el sótano de su casa y mantenía todo el equipo listo y preparado para los fines de semana.

—¡Basta! —frené en seco—. No podéis tatuar a alguien contra su voluntad. Es ilegal.

—Avisa a tu abogado mañana.

Marty se acercó a mí para que viese sus ojos. Arranqué la furgoneta de nuevo, pero despacio, mientras reflexionaba con desesperación. Lewey era un tipo extraño, un viejo marinero holandés que había acabado varado aquí, más o menos lo más lejos posible de agua salada. Decidí que le pediría a Marty, con buenos modales, que me diera una paliza en lugar del tatuaje. Si eso no funcionaba, le diría que existían muchos estados que no me importarían tanto, más pequeños o más redondos.

—¿Alguno de vosotros es de otro estado? —pregunté, ansioso por negociar un cambio de mapa.

—Kansas.

—Dakota del Sur.

No es que yo tenga nada en contra de esos lugares, entendedme, sino que los bordes rectilíneos nunca han sido un gusto chippewa. Si miramos a nuestro alrededor, todo lo que vemos es curvo, todo lo que hay en la naturaleza. No hay líneas divisorias perfectas, no hay fronteras. Solo las cosas hechas por el hombre tienden hacia una forma cúbica o cuadrada: la furgoneta, por ejemplo. Era una buena muestra de ello. De pronto, caí en la cuenta de que estaba conduciendo una versión sobre ruedas del estado de Dakota del Norte.

—Chicos, dadme una buena paliza y ya está. Acabemos con esto. Voy a parar.

Pero se echaron a reír, y entonces llegamos a la casa de Lewey.

El cartel colgado de la puerta del sótano indicaba «Adelante». Me empujaron por detrás, sujeto por cinco pares de endurecidas y fuertes manos de jugadores de fútbol. Fui el primero en divisar a Lewey, creo; el primero en reparar que no era solo un trozo más de todos los trastos acumulados que cubrían el suelo de cemento sino un ser humano sentado, tan inmóvil como una estatua, en una esquina, en una silla que crujió y chirrió cuando se levantó y caminó hacia nosotros.

Incluso tenía el aspecto de una estatua, no del tipo que se encuentra en los libros de historia, no me refiero a esas, sino del que se ven a la venta cuando uno va conduciendo por la autopista. Era un Paul Bunyan, tallado con una sierra mecánica. Con un acabado irregular, hecho a grandes trazos.

—¡Por favor! —supliqué—. Yo no quiero...

Marty me apretó el cuello y me desgredió el pelo, como si fuera un amigo.

—Solo tiene mieditis. Y ahora no te olvides, Lewey, el mapa de Montana. Ya sabes dónde. Y ponle muchos detalles.

Intenté chillar.

—Se me había ocurrido —continuó Marty— uno de esos mapas que hacíamos en primaria, que muestran productos de cada región. Con cabezas de vaca, pozos de petróleo, esas pequeñas espigas de trigo, etcétera.

—Atadlo —ordenó Lewey, con voz grave y tono de mando oficial— y luego marchaos.

Obedecieron. Se llevaron mis pantalones y las llaves de la furgoneta. Oí el rugido del motor, que luego se alejaba. Me contorsioné de un lado a otro para intentar soltarme de mis ataduras.

—No te muevas.

Su voz había cambiado, ahora que los otros se habían marchado, y se había convertido en un sonido menos duro, más acorde con su apariencia, y que no parecía del todo exenta de bondad. Levanté los ojos hacia él. Desde el suelo donde me encontraba, tenía el aspecto de un dios roto. Su barba era de un blanco immaculado, larga e irregular y sus ojos eran grandes y de un azul glacial. Su cabeza, medio calva, resplandecía bajo los tubos fluorescentes del techo. Nunca se sabe dónde va a encontrar uno a su hermano gemelo en el mundo, a su doble. No me refiero al físico, me refiero al alma. Nunca se sabe dónde va a encontrar uno sus mismos pensamientos en otro cerebro, pero cuando eso sucede, se sabe enseguida, como si estuvieran conectados por un diminuto cable eléctrico, que se torna incandescente y lanza chispas. Eso fue exactamente lo que ocurrió cuando conocí a Lewey Koep.

—No tengo un dibujo de Montana —me dijo.

Me desató con unos rápidos movimientos, con gesto desdeñoso al comprobar la tosquedad de los nudos. Después, volvió a sentarse en la silla de su escritorio y me observó mientras volvía en mí.

—No quiero llevar un tatuaje, señor Koep —dije—. Se trata de una especie de venganza.

El hombre aguardó en un silencio expectante, con las manos cruzadas y el gesto inescrutable. Ahora entendí que estaba a salvo, pero no tenía adónde ir, de modo que me senté sobre una pila de revistas. Me preguntó qué venganza y le conté toda la historia desde el principio, cuando entré en la sala de bingo. Evité los detalles personales sobre mi relación con Serena, pero comprendió la situación. Le conté todo lo de la furgoneta.

—Esa es una suerte poco habitual.

—¿Le ha pasado a usted alguna vez? Tener un golpe de suerte.

—Constantemente. Esos tipos me pagaron bien, aunque supongo que querrán que les devuelva el dinero. Elige un diseño. Ya me lo pagarás.

Abrió un libro que había sobre la mesa, un archivador con hojas plastificadas y sueltas, y me lo tendió. No quería un tatuaje, pero tampoco quería defraudar a aquel hombre. Hojeé dragones y corazones, mientras pensaba en cómo negarme, hasta que de pronto vi el poni. Era la misma visión que penetró en mi mente cuando estuve sentado en el bosque. Y ahora estaba allí. El poni galopaba, con las piernas extendidas, hacia el final de la página. Un pensamiento me vino a la cabeza, nítido y vital: ese pequeño poni convencería a Serena de que iba en serio con ella.

—Este.

Lewey asintió y fue a buscar su material.

Por eso hice que me tatuaran ese caballito y padecí dolores. Mi mano ahora no me deja descansar. Es un dolor profundo y lacerante, como si volviera a la vida tras una terrible helada. Sé que me dirijo a alguna parte, para llevar esta mano a Serena. Noto que avanzo incluso mientras camino por la carretera con unos pantalones verdes demasiado anchos, que pertenecen a Lewey Koep, para regresar en dirección al So Long Bar, donde guardo todo lo que tengo en la vida. Mi mano es una bola de alfileres, pero cuando bajo la vista, descubro el pequeño caballo negro que galopa a toda velocidad.

Estoy preparado para lo que ha de venir. Por eso no me caigo al suelo gritando cuando encuentro la furgoneta aparcada en un campo de trigo. Al principio, creo que se trata de la furgoneta de mis sueños, la que veo siempre en mis visiones. Después, me doy cuenta de que es la verdadera. Destrozada.

Mi furgoneta del bingo presenta los laterales abollados, rayados y golpeados, y el interior está destripado. Trozos de moqueta, de vidrio y cables del equipo de sonido yacen esparcidos por todas partes entre los nuevos brotes de trigo. Fuerzo una puerta hundida hacia dentro. Me deslizo detrás del volante, torcido en un ángulo extraño, y miro hacia fuera. El parabrisas está hecho añicos con forma de sol resplandeciente, a través del cual el mundo aparece cortado en mil pedazos.

Llevo despierto toda la noche y el día se extiende ante mí, de modo que decido

dormirme allí mismo. Una parte del asiento mantiene la tapicería intacta, gruesa y mullida, y ahora se reclina hacia atrás (de forma irreversible, pero ¿qué más da?). Me relajo en el tejido suave, mi cuerpo entra en calor como un animal y mis pensamientos comienzan a vagar a la deriva. Sé que me despertaré y no tendré nada, pero en ese preciso instante me siento rico. Mientras me adormezco, me embarga la sensación de que todo lo que merece la pena tener está al alcance de mi mano. No tengo más que extenderla en el vacío.

Jode a Kayla y estás muerto

Roman Baker se hallaba de pie en el resplandeciente y chisporroteante flujo de luz que irradiaba en repetidas oleadas bajo la marquesina ovalada de la entrada del casino. No era un jugador. El errático fulgor no lo atraía y ya le empezaba a irritar la música navideña ambiental. Un billete de veinte dólares, pulcramente doblado en el bolsillo, no le producía ningún hormigueo ni le quemaba la piel del culo. Tenía que acudir al casino porque solo faltaban unos días para Navidad y no sabía cómo celebrarlo. Tal vez los cascabeles electrónicos de las máquinas tragaperras conseguirían apaciguarlo, o contemplar las cartas que se desplegaban en arcos y olas en las manos del crupier. Dio un paso a la izquierda, hacia los precipicios de las puertas acristaladas.

Cuando abrió la mano para empujar la placa de bronce de la puerta y entrar, un hombre blanco de mediana estatura, vestido con un abrigo de cuero verde, deslizó las llaves de su coche en la palma de la mano de Roman. Sin esperar ningún resguardo, sin siquiera mirar a Roman más allá de lo que tardó en cerciorarse de que era de piel morena y se hallaba delante de un casino indio, el hombre se marchó y desapareció engullido por la penumbra tintineante.

Roman aguardó delante de las puertas con las llaves en la mano. Todos los aparcacoches estaban ocupados. Levantó las llaves. Unos segundos más tarde, bajó la mano y apretó las llaves en el puño cerrado. Nadie había visto lo que había sucedido. Roman dio la espalda a las puertas, abrió la mano y descubrió que una llave brillante en medio de otras llaves pertenecía a un jeep Cherokee. Enseguida localizó el Cherokee blanco, con el motor encendido, detenido justo delante de las luces de la marquesina. Una divertida vocecita en su cabeza lo invitó a «ir a por él». No se lo pensó dos veces, caminó hasta el coche, se subió y se alejó en él.

«No puede llamarse a esto robar, dado que el tipo me dio las llaves», se dijo Roman, «pero nos aventuramos en un terreno resbaladizo». Comprobó el piloto del nivel de gasolina y vio que el depósito estaba casi vacío. Había una estación de servicio Superstop cerca, al final de la carretera. Roman condujo hasta los surtidores e introdujo la manguera en el depósito del vehículo. Ocho dólares deberían de bastar, pensó, y luego se preguntó: ¿Bastar para qué? En la tienda decidió que tenía que ser metódico, comprarse algo de comer o beber. Después, ya sabría qué hacer. El complicado bar de máquinas de café lo reclamó y se acercó al mostrador de aluminio acanalado, eligió un vaso térmico, alto y blanco, que colocó debajo de la boquilla de la máquina con la etiqueta «vainilla francesa». Pulsó el botón hasta que el vaso estuvo tres cuartos lleno y dejó que el chorro siguiera rociándolo de una espuma dulce. Después, averiguó cuál era la tapa de plástico que le correspondía y la encajó

sobre la espuma. Para no quemarse los dedos, deslizó el vaso en una pequeña funda de cartón. Pagó todo con el billete de veinte dólares y salió fuera. Era una suave noche de invierno en medio del deshielo. Pequeñas partículas de humedad centelleaban en el aire que olía a gasolina. Una fina capa de nieve fresca y reluciente se fundía en el oscuro fango del día.

—Una navidad blanca, ¿eh? —dijo la voz de una mujer a su izquierda.

—Sí, va a ser mágico —respondió Roman.

Era el tipo de persona con quien la gente hablaba en situaciones que fácilmente podrían permanecer totalmente impersonales. Tenía una cara redonda, una nariz agradable y chata, y unos ojos grandes y amistosos. Su sonrisa era franca, según le habían comentado. Sin embargo, las mujeres nunca se quedaban con él. Quizá fuera demasiado cómodo, demasiado protector y les recordaba a sus madres. Madres desesperadas que querían que sus hijos volviesen a casa antes de que anocheciera o que no querían perderlos de vista ni un segundo. Ahora, además de ser maternal, de ser el tipo de persona con la que se habla en la calle o mientras se reposta, era el tipo en cuya mullida mano hombres blancos desconocidos deslizaban con toda confianza las llaves de su coche.

Y llaves de su casa también, y otras llaves. Roman hizo tintinear el juego de llaves delante de sus ojos y luego introdujo la correcta en la cerradura. Se montó en el coche y dejó con cuidado el capuchino en el portavasos antes de avanzar hasta el extremo del aparcamiento. Allí, encendió la luz del techo y abrió la guantera. Encontró los papeles del coche, doblados y guardados dentro de una funda de plástico transparente, y también el recibo del seguro con los números de teléfono a los que llamar. El dueño se llamaba Torvil J. Morson y su dirección era 2272 West de la calle 195 en el suburbio más cercano. Roman tomó otro sorbo del capuchino dulce, cremoso y asqueroso. Después, dejó el vaso en el portavasos y salió lentamente del aparcamiento.

El casino era próspero porque se encontraba lo bastante alejado de la ciudad como para considerarlo un complejo vacacional, y aun así lo bastante cerca como para que solo una hora de tierras agrícolas, bosques de pinos y campos cubiertos de nieve, que disminuían a gran velocidad, separasen los límites de la reserva de la larga hilera de pueblos que se habían fundido unos con otros mediante centros comerciales y urbanizaciones hasta formar el mayor centro de población de esa parte del Medio Oeste. Roman sabía más o menos a qué distancia se hallaba de la calle 195, y tardó exactamente los cuarenta y cinco minutos que había calculado en llegar allí, encontrar la casa y aparcar en la entrada, lo que no habría hecho si no hubiese advertido antes que las ventanas estaban a oscuras. La casa era una pequeña construcción de una planta de estilo rancho, pintada del mismo color verde oliva que la chaqueta del hombre que había entregado las llaves a Roman.

Roman se bajó del coche, caminó hasta la puerta de entrada y deslizó la llave en la cerradura. Entró así, sin más. Una vez en el interior, cerró la puerta tras él y se

limpió los zapatos en un áspero felpudo de bienvenida. La casa desprendía su propio aroma acogedor a humo un tanto rancio, bollos de canela y lana agria, mojada y seca. Una potente farola proyectaba una luz plateada por el ventanal de la fachada. Mientras sus ojos se acostumbraban a la penumbra, Roman pisó la moqueta grisácea y recorrió sin hacer ruido la sala de estar. Se le ralentizó el corazón. La alfombra lo relajaba. Cruzó la habitación directamente hasta la cocina, separada por una isla, y abrió el congelador del frigorífico. Había oído decir que la gente a menudo guardaba allí las joyas y el dinero, por si se producía un robo o un incendio. Había una lata de café en el congelador, pero solo contenía café molido. Unos prometedores recipientes Tupperware no contenían más que estofados antiguos, por desgracia. Roman cerró la puerta aislante y se frotó las manos para quitarse el frío de los dedos. Después, atravesó el pasillo. Entró en un dormitorio y encendió la luz. Carteles de artistas *pop*, animales disecados, dibujos hechos a lápiz y flores secas cubrían las paredes. La habitación de una adolescente. Nada. Apagó la luz y encontró la habitación principal, la más cercana al cuarto de baño. Estaba a punto de encender la luz cuando el sonido de una respiración, o al menos la sensación de una respiración, lo retuvo.

Después, ya no parecía una respiración, sino otra cosa, algo que suspiraba y fluía como el agua. Una pecera, pensó Roman. Aguzó el oído y luego encendió la luz y descubrió en una mesa junto a la ventana una pequeña fuente conectada a la red eléctrica. El agua fluía de manera ininterrumpida sobre un conjunto de piedras negras y lisas. Roman supuso que debía de pertenecer a la esposa del hombre. Frunció el ceño mirándose en el espejo del tocador y se ajustó la solapa de la chaqueta. La mujer, o la adolescente, u otro miembro de la familia podría regresar mientras él estaba en la habitación con la luz encendida. Sin embargo, Roman no notaba hormigueo en la espalda, ni punzadas de miedo, ni la menor aprensión. De hecho, se sentía tan en casa como si viviera él mismo en aquel domicilio. Incluso tuvo la tentación de acostarse en la enorme cama de matrimonio vestida con un edredón morado y almohadas colocadas sobre más almohadas. ¿Dónde había leído acerca de esto mismo? ¡Ricitos de oro! La cama parecía cómoda. Pensó en los tres osos. Había una señora Morson, seguro, se dijo Roman. Se imaginó a un oso meditando delante de la fuente. Alguien dado a la meditación no sería el tipo de persona que poseyera joyas de oro y diamantes, pero aun así tenía que comprobarlo. No había una caja fuerte en el suelo dentro del armario, ni siquiera un estuche de terciopelo encima de la cómoda donde se guardaba la ropa interior. No, solo había ropa interior, y era decente y de algodón. «¿Qué estoy haciendo?», se preguntó Roman, «¿con las manos metidas en la ropa interior de la señora Morson?».

Cerró el cajón con gesto decidido y se sentó en el borde de la cama.

«No voy a encontrar nada de dinero en efectivo», concluyó. «El señor Morson se lo ha llevado todo al casino». Mientras recorría el pasillo de vuelta y cruzaba de nuevo la mullida alfombra, se sintió estafado. Este asunto de las llaves del coche era algo que solo sucedía una vez en la vida. Roman no había hecho nunca nada

mínimamente delictivo. Pero este robo con allanamiento de morada, en el que realmente no había forzado ninguna puerta ni ventana, se lo habían puesto en bandeja. Era como si el señor Morson lo hubiese invitado a viajar hasta su casa y buscar objetos de valor. ¡Y no había nada! La casa ahora estaba en silencio; afuera, la calle estaba totalmente desierta y las casas vecinas a oscuras y cerradas. Roman se sentó en el sofá, deseando tomarse el resto de su capuchino, pero había dejado el vaso en el coche. Le parecía que había una extraordinaria energía en aquel silencio, una propiedad relajante. Sintió que debía hacer algo atrevido, o importante, con ese golpe de suerte que le había sido otorgado. Mientras cavilaba sobre qué podía hacer, alguien llamó a la puerta. El primer instinto de Roman fue no responder. Pero la expectación de ese silencio pudo con él. Caminó hasta la puerta y la abrió. Había un hombre y una mujer, ambos con abrigo pero sin gorros ni bufandas. La mujer sujetaba un regalo envuelto. El hombre llevaba una olla de cocción lenta del que manaba un leve, delicioso y ahumado aroma a sopa de judías.

—¡Ay, gracias a Dios!

La mujer entró en el vestíbulo, seguida por el hombre; ambos desprendían cierta excitación conspiratoria.

—Muy listo, al dejar las luces apagadas —comentó el hombre—. Pero ¿ese no es su coche?

—Me dio las llaves y vine hasta aquí —explicó Roman.

El hombre soltó una risa áspera que se convirtió rápidamente en tos.

—¿Dónde dejo esto? —preguntó levantando la olla levemente.

—¿En la cocina? —sugirió Roman.

—Vamos a dejar ahí también los regalos —dijo la mujer—. Debes de trabajar con T. J. ¿Nos conocemos?

—Soy Roman Baker.

—Pareces indio —observó la mujer.

—Suelen decírmelo —respondió Roman.

—Está bien, y yo soy Willa y él es Buzz y su sopa de siete tipos de judías. Es su especialidad. ¡Solo las luces de la encimera! ¡Nada de lámparas del techo!

—¡De acuerdo! —Buzz parecía muy alegre—. ¿Ha llegado Zola? ¿Ha traído la tarta?

—Creo que sí —dijo Roman. Su cabeza de pronto le parecía estrecharse, los ojos le picaban en las cuencas y se habían vuelto esquivos—. Me siento fatal —farfulló—. No tengo regalo. ¿Quizá deba ir a por unos refrescos o unas cervezas?

—Oh, T. J. no se dará cuenta. A T. J. le va a dar un ataque. Creo que todos deberíamos escondernos detrás de la barra y el sofá. ¿Te encargas de abrir la puerta, Roman?

—Pasad —dijo Roman al abrir la puerta—. Limpiaos los pies.

Dos hombres jóvenes y una mujer mayor que ellos aguardaban en el descansillo de la escalera. Uno de los hombres llevaba un cuenco pulcramente tapado con papel

de aluminio. El otro sujetaba un gran paquete envuelto en un papel de seda de color claro.

—Hemos traído a mamá —apostilló uno de los jóvenes—. Está borracha. ¡Está graciosísima!

—Me he tomado un vino espumoso de fresas. Estoy piripi —articuló la anciana con voz remilgada y sobria—. Déjame pasar para que pueda dejar aquí a estos dos idiotas. ¿Sospecha algo?

Escudriñó a Roman con un destello de exasperación y torció hacia abajo su boca escarlata.

—Muy listo, lo de apagar las luces —masculló la mujer—. Zola dice que se meará en los pantalones.

—Eso mismo dice Willa —aseguró Roman a la mujer. Mientras la dirigía hasta el sofá, decidió que haría bien en marcharse—. Me envían a por más vino espumoso de fresas —anunció y dio palmaditas en la mano de la mujer.

—Eres indio —observó ella con tono severo, como si le estuviera dando una noticia.

—Y uno grande —respondió Roman.

Los demás en la cocina daban gritos de alegría llenos de reservada expectación. Roman palpó las llaves en el bolsillo y salió por la puerta. Cuando se acercaba al Cherokee blanco, otras dos personas aparecieron en el camino de entrada y le preguntaron en voz baja y entusiasta si ya había llegado alguien más.

—Pasad —les dijo Roman—. Willa y Buzz lo están organizando todo.

—¡Dios mío! —exclamó la mujer—. ¡He visto su coche! Por un momento pensé que ya había llegado a casa. Zola viene detrás. Llegará de un minuto a otro con la tarta.

Roman subió rápidamente al coche, dio marcha atrás y se alejó en dirección opuesta a la que creía que tomaría Zola.

De nuevo en el ramal de acceso a la autopista, se preguntó si era mejor izquierda o derecha. Pero era inevitable. Se dirigió hacia el casino. El capuchino todavía estaba caliente y lo terminó de camino allí. Comenzó a sentirse bien. Sí, le habían dado las llaves de Morson, las llaves de sus vidas, y él había visitado esa vida. Era suficiente. Nada había sucedido después de aquello. No se había llevado nada salvo el coche, y solo para dar una vuelta. Mientras se aproximaba al enorme aparcamiento del casino, aminoró la velocidad e hizo un cuidadoso reconocimiento de la zona, buscando con la mirada si había más vigilantes o luces intermitentes en caso de que se hubiese denunciado el robo del Cherokee. Pero todo estaba iluminado y tranquilo. Los jugadores iban y venían, aquellos que habían aparcado los vehículos ellos mismos. Otros esperaban con el tique de resguardo en la mano sobre la alfombra con dibujos de remolinos en el vestíbulo debajo de la marquesina iluminada. Roman aparcó el

coche con cuidado en un espacio delimitado y alejado del bullicio, y se llevó con él el vaso de capuchino vacío antes de cerrar la puerta del coche con llave.

«Has tenido tu pequeña aventura», se dijo. «¿Y ahora qué?». Pero ya lo sabía. Regresó a la entrada del casino y entró, avanzando entre el tintineo y el repiqueteo de las campanas, un sonido continuo que producía efectos predecibles y agradables en su sistema nervioso central. Preso de la emoción, respiró más deprisa. Posiblemente el ruido reducía la actividad del lóbulo izquierdo de su cerebro. Se sintió conectado con un universo irracional y apremiante de buena fortuna. Notó un hormigueo en los dedos. Cada cosa a su tiempo. Examinó a los jugadores que estaban sentados en busca de la chaqueta de cuero verde, que era lo único que recordaba de Morson. Decidió peinar la zona, comenzando por el fondo del casino y comprobando primero los aseos de caballeros. Recorrió cada hilera de arriba abajo, pasó detrás de cada jugador con gesto etéreo y espectral. Le llevó tanto tiempo que pensó en tirar la toalla y entregar sin más las llaves en objetos perdidos. Pero entonces apareció T. J. Morson con la chaqueta verde colgada detrás de él y la mirada clavada en la cascada luminosa de pequeños símbolos de cueva de piratas, que desfilaban por el curvo torso de su máquina tragaperras.

Roman le dio una palmada en el hombro y Morson le apartó la mano, para que no lo molestaran. Roman observó al hombre mientras echaba en la ranura otras tres monedas de veinticinco centavos y aguantaba la respiración. Después, se retrepó en la silla, aturdido, y se pasó la mano por la cara.

Roman volvió a darle una palmada en el hombro.

—Feliz cumpleaños.

—¿Qué?

Morson se giró y clavó los ojos en él. Tenía una cara cuadrada de rasgos afilados, una sólida mandíbula noruega, ojos claros y un pelo cano que comenzaba a clarear, un poco desgredado. Le asomaba una incipiente papada en la zona del cuello y más abajo, como Roman, una causa ya casi perdida. Roman agitó las llaves.

—Creo que se le ha caído esto.

Morson palpó los bolsillos de su pantalón.

—¡Dios mío, yo pensaba que lo había dejado para que me lo aparcaran!

Roman le entregó las llaves y se dio media vuelta con intención de marcharse, pero no podía hacerlo, aún no. Dirigió una última mirada al señor Morson y vio que le pasaba algo que no estaba nada bien. T. J. Morson permanecía sentado ahí, boquiabierto, mirando las llaves del coche. No se movía.

—Oiga —Roman se inclinó hacia él, agitó la mano ante los ojos del hombre y preguntó—, ¿se encuentra bien?

—No —respondió el señor Morson.

Cerró la boca y, después, muy lentamente, como un anciano, se levantó y se puso la chaqueta. Se le cayeron las llaves y las recogió. Volvió a sentarse y miró de nuevo la máquina tragaperras. Despacio sacó del bolsillo del pantalón unas monedas. Las

extendió con gesto inquisitivo hacia Roman, que hurgó en sus bolsillos y le cambió lo que el señor Morson ofrecía por una moneda de veinticinco centavos. Morson la sujetó un momento y luego la jugó. Nada.

—¿Está usted bien? —preguntó de nuevo Roman.

Pero Morson tenía la mirada perdida. Boquiabierto, le temblaban las manos.

—No estoy bien, no estoy bien —farfulló el señor Morson.

—Venga —dijo Roman—. Vamos. Levántese. Vamos a sentarnos en el bar. Lo invito a un café.

—Lo que necesito es un trago.

—Ya, bueno, tal vez.

Roman ayudó al señor Morson a recomponerse. Recorrieron el pasillo de luz y sonido, cruzaron un pequeño distribuidor y entraron en un diminuto restaurante interior, donde la camarera les dio una mesa para dos y les sirvió un café.

—Con leche. Mucha. Gracias —le dijo Roman.

La camarera dejó la cafetera y un cuenco con minúsculas dosis de plástico de leche semidesnatada.

—Gracias —dijo T. J. Morson, con la vista clavada en la taza de cerámica marrón—. Y gracias por devolverme las llaves de mi coche. —Su voz era pesada como un vertido de hormigón. Las sílabas parecían solidificarse conforme salían de su boca—. Bueno... —Levantó la vista y observó la habitación decorada al estilo *country*—. Se acabó.

—¿De qué está hablando? —preguntó Roman.

Morson hundió el rostro en las manos y luego subió lentamente las manos por su cara y su pelo.

—Se acabó —repitió.

—Mire —dijo Roman, que comenzaba a preocuparse—, es su cumpleaños. Debería irse a casa.

Pensó en toda la gente emocionada que esperaba en el salón de la casa de Morson, agazapada detrás del sofá, las sillas y la barra de la cocina con las luces apagadas.

—¿No debería de haber vuelto a casa hace ya un buen rato?

El señor Morson miró a Roman con el ceño fruncido, momentáneamente distraído.

—¿Quién es usted?

—Soy un amigo de Buzz y Willa —explicó Roman—. Mire, voy a contarle algo que lo animará. Tiene que irse a casa ahora mismo. No debería decirle nada de esto, pero le han preparado una fiesta sorpresa en su honor. Zola tiene la tarta. Incluso mientras estamos hablando, están en su casa, esperándolo. Tienen regalos para usted.

Contar todo eso a Morson le resultó sumamente difícil. Roman experimentó esa puñetera sensación de envidia al imaginarlo pisando la cálida y mullida alfombra. La algarabía de los amigos. La sopa de judías. La cerveza. La tarta.

El señor Morson no dijo nada.

—No puede dejarlos esperando así como así. —Roman percibió un tono de acusadora desesperación en su voz.

Morson sacudió la cabeza, como si su desgracia fuese una catarata cayendo sobre él. Su lustroso cabello blanco se erizó en el aire eléctrico. Roman tuvo ganas de alargar la mano y alisárselo, pero mantuvo la mano en la taza.

—Joder, no puedo volver allí —dijo Morson con desconsuelo—. Ellos no saben nada. Zola no tiene ni idea de todo esto... —Con la mano, señaló el casino al otro lado de las puertas acristaladas del restaurante—. Juego cuando ella está trabajando, cuando se supone que estoy en el trabajo, solo que, verás, yo no tengo trabajo. Se acabó. Ella no sabe que he firmado una segunda hipoteca sobre la casa, una línea de crédito, que he superado después. Que he vaciado cada una de nuestras cuentas. —Clavó en Roman una mirada feroz y enajenada—. No queda nada —dijo. Su boca semejó de pronto las aterradoras fauces de un tiburón, una V negra, ávida e impersonal. Una burbuja de saliva se le formó en la comisura de los labios—. Se quedarán con la casa y el coche. Se llevarán su coche. Y Kayla..., ay, ¡Dios mío!

Morson dejó caer el rostro entre sus manos ahuecadas. Roman pensó que o bien se derrumbaba y se echaba a llorar o bien se levantaba de golpe y se ponía a arrancar el papel pintado con las uñas. ¿Cuál de las dos cosas haría? Se sentía extrañamente distanciado. Tal vez así se sentía un loquero, mientras escuchaba las desgracias de un paciente detrás de la transparente pantalla de la inmunidad terapéutica.

Con un movimiento brusco y entrecortado, T. J. Morson agitó las manos.

—Ni siquiera fumo —dijo, como si rogara a Roman—. No bebo, pero... —De nuevo señaló con la mano las luces y las campanas al otro lado de la puerta—. Creo, sé que tuve la visión o lo que sea, de que al ser mi cumpleaños podía darle la vuelta a la tortilla si tan solo tuviese, digamos, unos doscientos dólares. Y sabía dónde podía encontrarlos. Así que hoy, después de que Zola se marchara a trabajar y Kayla acudiera a clase, regresé sigilosamente a casa y busqué en la habitación de Kayla. Tiene una libreta de ahorros de la que yo soy cotitular. Pero ¿dónde guardaba la libreta? Así que me puse a hurgar en los cajones y el armario. ¿Se lo puede imaginar?

La boca de Roman se abrió. Más de lo que te imaginas, pensó. Pero Morson prosiguió sin demora.

—Descubrí sus pequeños secretos. Los guardaba debajo de la cama, en una caja de puros que había forrado con una hoja de papel. Parece mentira cuando sabes lo dulce y buena que es Kayla. La caja llevaba una etiqueta escrita con rotulador violeta: «Jode a Kayla y estás muerto». Ella, que es tan buena estudiante, que siempre saca sobresalientes y notables, que jamás ha dado en toda su vida el menor problema. Así que ese mensaje tan violento..., vamos...

Morson se calló y tomó un sorbo de café.

—Le disgustó —dijo Roman.

—Sí —admitió Morson—. De todos modos, cogí la libreta. Saqué doscientos

dieciocho dólares que había ganado cuidando niños.

Roman asintió con la cabeza, se sirvió más café, añadió tres dosis de leche y lo removió. Y sin embargo, pensó, he aquí un hombre al que la gente le organiza una fiesta sorpresa.

Vació los sobres de azúcar, apuró el café y dejó el dinero sobre la cuenta.

—Tengo que salir de aquí —anunció a Morson, que lo observó fijamente durante unos instantes. Después, abrió los ojos y apartó la mirada con una leve y maliciosa sonrisa.

T. J. Morson salió de la cafetería detrás de Roman. Al pasar delante de las hileras de luces parpadeantes, de campanillas y aldabas que trinaban, dijo:

—Venga. Gano y vamos a medias.

Roman siguió caminando. Morson le agarró de la manga de la cazadora.

—Por favor —le rogó.

Roman se sobresaltó al verlo. Morson tenía los ojos en blanco. Sus labios estaban retraídos sobre las encías en un gruñido culpable. Roman se palpó el bolsillo y sacó una moneda de veinticinco centavos. Morson abrió la mano que guardaba las llaves del coche. Roman cogió las llaves y le dio la moneda a Morson, que no tardó un segundo en jugarla. Los dos hombres observaron los rollos decorados con distintos símbolos que giraban una y otra vez hasta detenerse y formar una hilera dispar.

—Bueno, ¿satisfecho? —preguntó Roman.

Morson se limpió lentamente las manos en las caderas y después siguió a Roman fuera; cruzó el aparcamiento resplandeciente y mojado hasta el Cherokee. Roman todavía tenía las llaves. Abrió las puertas y se sentó en el asiento del conductor. Con languidez, la mirada fija en algo invisible delante de sus ojos, Morson se acomodó en el asiento del copiloto y cerró los ojos. Pero de pronto, justo cuando Roman salía del aparcamiento y se incorporaba a la autopista, Morson musitó «De todas maneras, gracias», y abrió la puerta para tirarse. Roman consiguió agarrar a Morson por el cuello de su resbaladiza chaqueta y, mientras detenía el coche en el arcén, arrió al hombre hacia él con una fuerza tan asombrosa que la cara de Morson fue a golpear el lateral del volante. Hubo una repentina y sorprendente cantidad de sangre.

—No se preocupe —dijo Morson, con la nariz en las manos—, esto me pasa muy a menudo.

Había un gorro de lana de chica con rayas en la puerta del copiloto. Morson lo cogió y se lo llevó a la cara. Después, dijo:

—Mire, voy a limpiarme un poco.

De un salto bajó del coche con el gorro en la cara y desapareció.

Roman avanzó unos diez metros, se detuvo en un camino de entrada sin visibilidad y apagó el motor. Encontró la palanca junto a su asiento para reclinarlo unos centímetros. Descansó. Le inundó una energía llena de paz. A punto estuvo de dormirse. Transcurrieron quince minutos y luego media hora. El tráfico fluía, rugía a sus espaldas y seguía fluyendo. Unas pocas personas cruzaron delante de él al final de

un área de estacionamiento adicional. Subían rápidamente a sus coches y se marchaban. Roman cabeceó otros diez minutos hasta que despertó bruscamente. Encendió el motor y se marchó.

Mientras se incorporaba de nuevo a la autopista, una estridente ambulancia lo adelantó a toda velocidad. El casino estaba lleno de personas mayores y Roman se imaginó toda una película: un premio gordo, un anciano exultante que enseguida se llevaba las manos al corazón. Esa imagen le dio una idea, mientras se dirigía a la casa del señor Morson, de algo que podría decirle para desengancharlo del juego. No es que el señor Morson le cayera bien, pero sus amigos mostraban tal entusiasmo y tan buenas intenciones.

Roman alcanzó la parte delantera de la casa y aparcó en el camino de entrada, todavía vacío para engañar a Morson y hacerlo creer que la casa estaba desierta. Sin embargo, las luces estaban encendidas. La pequeña vivienda resplandecía. Roman subió las escaleras, empujó tímidamente la puerta y asomó la cabeza. Casi salió de un salto. Toda la gente que había conocido antes estaba de pie o sentada en posición de firmes en la sala de estar. A su vez le dirigieron la misma mirada.

—Ya estamos al tanto —anunció concisa la anciana que había estado bebiendo vino espumoso de fresas—. Llevaba encima el carné de identidad y el número de teléfono. Kyle ha llevado a Zola a urgencias. Zola acaba de llamar hace un par de segundos.

—Pasa —dijo Buzz—. Ponte cómodo. Te traeré una cerveza. De hecho —prosiguió—, vamos a comer. Es una especie de tradición comer todos juntos en un momento como este.

Roman se sentó al final del sofá y se retrepó en un cojín muy firme. Se miró las rodillas, después aceptó un tazón de sopa de judías cuando apareció en su línea de visión. El tazón estaba caliente y resultaba agradable entre sus manos.

—Le han contado a Zola que cruzó corriendo el cruce principal del casino. ¿Qué tiene? ¿Dos carriles? Tampoco es mucho.

—Cuatro carriles —puntualizó Roman.

—Ah —dijo alguien—. Vaya.

Sonó el teléfono. Buzz contestó y escuchó.

—De acuerdo —dijo.

Respiró hondo antes de colgar. Después, miró el teléfono con el ceño fruncido antes de hablar, dirigiéndose a todos los presentes:

—Zola ha dicho que no ingresó cadáver —explicó Buzz—, pero casi. No pudo hacerse nada por su vida.

Hubo un silencio. Al final, las cosas retomaron su curso. Pronto todo el mundo tenía tazones de sopa y pan, y estaba atareado en ponerse cómodo, extendiendo

servilletas en el regazo, colocando en equilibrio una taza de café y ofreciendo mantequilla a los demás comensales.

—No deberíamos comer la tarta.

—Estoy de acuerdo —ratificó Willa—. Deberíamos comer la tarta en la cena del funeral. ¿Vas a ir? —preguntó a Roman.

Él la miró.

—¡Esto no puede ser verdad!

Willa se disculpó.

—No se me da bien negar las cosas. Siempre las asumo enseguida. Soy así.

—No tienes que mirar tan adelante —dijo Buzz. Tocó el brazo de Roman—. De hecho, no pienses en mañana.

Buzz dejó su tazón de sopa y se dejó caer hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas. Ahuecó las manos, se las llevó a la cara y se inclinó como si fuese a vomitar. Permaneció así, sin moverse. Willa le pasó una mano por la espalda y le dio pequeñas y acompasadas palmadas. Miró a Roman.

—Venga, tómate la sopa —susurró—. Estará bien.

Roman se llevó una cucharada de sopa a la boca. Tardó un momento en darse cuenta de que sabía extrañamente bien. Algo le daba profundidad. Roman miró a Buzz, todavía encorvado. Su especialidad, recordó. Quizá Buzz cocía las judías a fuego lento con ajo o vino, o algún tipo de hierba aromática. Quizá fuese la pena o lo anómalo de la situación. Quizá Buzz había añadido unas gotas de un aroma ahumado líquido. O un hueso de jamón. O el hecho de que mezclara diferentes tipos de judías. Roman se terminó la sopa y dejó el tazón.

—¿Quieres más? —le preguntó Willa.

—Está rica —asintió Roman.

Willa se levantó para rellenar el tazón y Roman la sustituyó en dar lentas y acompasadas palmadas a Buzz en la espalda, dos o tres palmadas a cada respiración acompañada de un suspiro. Todavía sentía el brusco tirón cuando atrajo hacia él a Morson en el coche, la manera en que Morson se había retorcido y golpeado el puente de la nariz. Estaba el peso de Morson al perder el equilibrio, en sus brazos, el olor de su tónico capilar, de loción para después del afeitado, del humo del casino y del café en su aliento.

Ahora estaba tomándose la sopa de judías de Morson en compañía de los amigos de Morson y no había duda de que en dos o tres días iba a probar la tarta de Morson. Roman cerró los ojos. Sus pensamientos vacilaron.

—Vuelvo enseguida.

Dejó la cerveza, se levantó y atravesó el pasillo como lo haría un viejo amigo que conocía la casa. Abrió la puerta de la habitación de Kayla, entró, cerró la puerta detrás de él y se arrodilló en el suelo junto a la cama. Alargó la mano bajo la cama y, a tientas, encontró la caja que, según pudo comprobar cuando encendió el pequeño flexo, llevaba una etiqueta que efectivamente rezaba «Jode a Kayla y estás muerto».

La manipuló con cuidado. «No debiste joder a Kayla». Una bomba de relojería psíquica para la muchacha, al final, ¿no? Morson había dejado la libreta en su sitio. Roman pasó las páginas hasta llegar a la última página y arrancó un resguardo de ingreso. Era el mismo banco que el suyo. Cualquiera podría hacer una transferencia, supuso. Guardó la libreta en su sitio, dejó la caja de puros en el suelo y la deslizó de vuelta debajo de la cama. Se dirigió a la sala de estar, pasó detrás de una animada discusión sobre quién debía acudir ahora al hospital, a quién hacía falta y qué disposiciones había que tomar. En la cocina, se detuvo delante del fregadero para beber un poco de agua suburbana tibia y con sabor a química. Dejó las llaves del Cherokee en la encimera. Después, se escabulló por la puerta trasera.

La Cresta

Las manos de Jack estaban hundidas en los engrasados mecanismos de la sembradora de su tío, una máquina agrícola que estaban arreglando juntos, como siempre arreglaban las cosas, con cierres de plástico de paquetes de pan, cinta americana, saliva y a veces la tuerca o el tornillo correcto. Era agosto, no había canícula, sino que el tiempo era claro y fresco. Jack iba ahora por su tercera esposa, y si bien estaba perdiendo a Candice (en aquel momento seguramente estaba con un abogado, el suyo), no solía pensar en absoluto en su mujer. «Ella ya piensa en ella misma por los dos», había explicado a su tío Chuck con desánimo. Pronto se habrá marchado. No parecía capaz de conservar a su lado a ninguna mujer.

—¡Qué carajo! —Chuck manipuló con cuidado unas roscas aplastadas que había forzado—. No creo que esto vaya a funcionar.

Los dos hombres estaban tumbados sobre unas camillas de plástico violeta compradas en el supermercado Kmart y se deslizaban debajo de las tripas de diferentes máquinas en un sofocante taller mecánico de metal naranja. Sudor y grasa cubrían el cuello de Jack, además de una capa de arenilla, pero todo le sentaba muy bien. Siempre le había gustado arreglar cosas, las chapuzas, pero no el papeleo de los meses de invierno, las siembras, las cosechas frenéticas, la dependencia de las condiciones meteorológicas. Tampoco le gustaba lo relacionado con el dinero. Una porquería en cuanto se hacían los pagos por el material pesado. La agricultura le hacía pensar en escapar de ella. Pensó que debería volver a la obra. Solo quería ver a su tío. Como de costumbre, se había pasado a verlo y había acabado enredado en una chapuza interminable como siempre le sucedía con Chuck.

Chuck lo miró fijamente con cara larga, pero después suspiró y lo saludó. «Lárgate de aquí. Ve a jugar con camioncitos». Jack quería contarle allí mismo, en ese preciso momento, lo de la urbanización y las tierras, pero no fue capaz. Unos años antes, cuando los terrenos todavía eran baratos y Chuck había vivido por encima de sus posibilidades, Jack le había comprado el cuarto de su explotación justo al oeste de Fargo. Se la había arrendado y Chuck Mauser había sembrado toda esa parcela de flores. Girasoles. Ahora se hallaban en flor. Mañana, Jack cobraría el primer pago de la línea de crédito que había logrado tras muchos años de artimañas, politiqueo y súplicas. El banco terminó por ceder. Tenía que decir a Chuck que esos campos pronto iban a convertirse en una urbanización (una buena, «única y de alta gama»), pensó en decir, como si eso importase algo.

A la mañana siguiente, temprano, Jack aceptó el cheque del banco, firme y limpio en su sencillo sobre blanco. Lo cogió con los dedos, se lo llevó a la cara e inhaló el

penetrante olor a tinta y papel. Pero entonces, y esta repentina decisión iba a condicionar su vida durante los siguientes dos años, no ingresó el cheque en su cuenta. No, en vez de ponerlo inmediatamente a buen recaudo, Jack guardó el sobre en sus manos y salió por las puertas de grueso cristal y reluciente acero. Se dirigió a su coche. Dejó el sobre en el salpicadero y descansó los dedos sobre el papel fresco.

Jack regresó a la casa de Chuck con el reflejo del rectángulo blanco del sobre en el parabrisas. Mientras conducía y las casas desfilaban a ambos lados, viviendas nuevas, sus convicciones eran fáciles y sus pensamientos sencillos: Soy el hijo de puta más afortunado del mundo. Se le había metido una idea en la cabeza, un plan, y ahora estaba convencido de que iba a funcionar. Jack Mauser iba a poner en marcha algo grande.

Construcciones mauser & mauser. Dos veces Jack. Había duplicado su apellido porque le parecía que así daba la impresión de algo más estable, como si hubiera varias generaciones metidas en el negocio. Pero no había otro Mauser, ni ningún socio, solo él. A lo largo de los años, había acumulado el dinero y conseguido equipos humanos y maquinaria, él solo, creciendo de la nada, comenzando con una excavadora Cat de segunda mano y un par de muchachos que no lograban sacarse el título de secundaria. Había tenido suerte, pero su mayor secreto era que hacía trabajar a todo el mundo igual de duro que trabajaba él. Además, era capaz de arrastrarse y confabularse con lo mejor y lo peor de cada casa. Jack había montado mal que bien su propia empresa arañando dinero en el edificio monetario, las fachadas de piedra caliza de los bancos. Sabía cómo llevar un terno con corbata, cómo estrechar la mano y mirar a un banquero a los ojos y prometerle un calendario de pagos que no esperaba poder cumplir pero que cumplía al final, o casi, matando a sus trabajadores. Y el último secreto de su éxito: siempre pagaba a sus mejores subcontratistas lo mínimo necesario de todo lo que les debía para que continuaran trabajando para él en la siguiente obra. Los llevaba bien sujetos, trabajando a su lado, sin aflojar demasiado las riendas. Nunca pagaba a nadie todo lo que le debía, nunca saneaba sus cuentas. Las constructoras no hacían ese tipo de cosas. Eso pensaba Jack, al menos mientras seguían vivos. Mantenía un gran equilibrio de deudas y caminaba sobre el filo de la navaja. Aun así, siempre había alguien para ocupar su sitio, y siempre lo habría.

Jack había irrumpido con fuerza por puertas de cristales oscuros, atravesado vestíbulos polarizados, pisado las suntuosas alfombras del trigo, la riqueza de la remolacha y las lustrosas mesas de roble compradas con los intereses de créditos otorgados a granjeros del girasol como Chuck. Entraba con la arenilla de cavar fosas sépticas bajo las uñas y salía, una y otra vez, con esa suciedad convertida milagrosamente en papel verde y crujiente. Para Jack, cada día era el principio de una nueva andadura. El boom económico en la zona apenas comenzaba. Había una autopista por construir. El gobierno contrataba equipos locales. Jack no presentaba

una oferta demasiado cara ni tampoco demasiado barata, y sabía resistir con firmeza cuando era necesario, un truco que había aprendido en las mesas de keno.

Todo ese trabajo duro y esto era lo que tenía. Casi demasiado. En medio de la mayor obra de infraestructuras que había llevado a cabo hasta la fecha, una autopista, le concedieron el préstamo. Un enorme reintegro, la primera de la mayor suma de dinero que jamás había obtenido. El cheque. Más ceros alineados de los que había visto nunca. Y ahí lo tenían, vaciló Jack. Aquí estoy yo. Estuvo a punto de añadir «en Fargo», pero en cambio pensó: un indio. Esa parte de su historial era como una broma que gastaba en secreto a todo el mundo. A sus trabajadores. A su banquero. A los clientes gilipollas. Incluso a sus mujeres. Había pensado, de forma extraña a veces, cuando cruzaba las puertas de entrada de esos bancos: Que os jodan a todos. ¡Vuestras puertas se moverían en la otra dirección si supierais quién soy yo! Pero ¿quién lo sabía? Era un mestizo de ojos negros y pelo negro, de padre alto y fuerte y madre chiflada. Nunca pensaba en ella. Ni en él tampoco. Ambos carcomidos por el tiempo.

Jack enfiló un camino de tierra entre dos de sus campos, aparcó el coche, bajó las ventanillas y dejó que entrase el día de perfectos girasoles. Las hojas se rozaban en el aire inmóvil, dólares en una caja fuerte de cielo azul. Sus rollizas cabezas llenas a reventar, rodeadas de pétalos, recordaron a Jack a legiones de mujeres ricas con sombreros elegantes. Se retrepó en el cálido asiento, dejó que el sol lo calentara, se estiró y bostezó hasta que sus nervios zumbaron. Unos cañones de agua se dispararon; su puesta en marcha estaba programada con temporizadores para evitar que los mirlos revolotearan y se posaran en los cultivos. Chuck Mauser también había atado globos a las vallas y les había pintado ojos para que parecieran búhos. Los campos tenían un aspecto alegre, como un circo, y por supuesto los mirlos no tenían el más mínimo miedo. Jack podía oírlos mientras picoteaban, aleteaban, parloteaban y se alimentaban ruidosa y alegremente.

Chuck Mauser pasaba por allí y detuvo su camioneta cuando divisó a Jack, que se bajó del coche y se adentró en el campo con su tío; los dos hombres se pararon y removieron terrones de tierra con la punta de sus botas. Jack estaba incómodo. Le ardía la cara. Le zumbaban los oídos. Pensó en deslizarse de nuevo debajo de la sembradora e intentar arreglar esa bomba de gasolina del viejo John Deere o meterle mano al nuevo Steiger, para ver un poco cómo funcionaba, pero más que todo eso, lo que quería era un trago. Así que Jack y su tío hablaron de los cultivos, de los precios, del tiempo y entonces Jack anunció a Chuck que le habían concedido la primera retirada del crédito y le enseñó el cheque.

Chuck no pareció alegrarse. De hecho, ni siquiera miró a Jack. Solo clavó la mirada más allá del colorido lecho de flores. Jack no se había planteado qué suponía su buena suerte para su tío, pero ahora le molestaba la falta de interés de Chuck. La verdad era que Chuck Mauser no tenía más que esos campos, en un arrendamiento cuyo plazo había vencido hacía ya cuatro meses. Chuck sabía lo que se avecinaba y

lo había aceptado. Naturalmente, Jack tenía la intención de dejarle cultivar las tierras hasta el momento en que comenzase a construir un mes más tarde. Un granjero debía recoger su cosecha, por supuesto. Pero esos campos eran las primeras tierras urbanizables después del último centro comercial, entre el Dollarsave y ninguna parte. Cualquiera tonto podía darse cuenta de ello.

El tío de Jack entrecerró los ojos, apretó los labios en una mueca amarga y se rascó la barbilla. Se había afeitado de prisa y mostraba varios cortes. Pero tenía las agallas de sacar el tema.

—Entonces, ¿qué es lo que vas a levantar? ¿Una nueva urbanización?

Jack asintió. Chuck asintió. Los dos hombres permanecieron en la linde del campo asintiendo con la cabeza al igual que lo hacían los girasoles. Se encontraban allí de pie en un amplio entorno de entendimiento sereno y sin pensar, pero cada uno albergaba pensamientos diferentes. El granjero escrutó su horizonte personal con suma atención y dijo:

—Estos son buenos campos. De tierra fértil. Es una pena.

Jack dio un paso atrás, se tambaleó y hundió los pulgares en el cinturón.

—El emplazamiento, el emplazamiento, el emplazamiento —masculló.

Cuando bajaban la mirada al suelo, ambos veían dinero. Pero Chuck también pensaba en la lluvia. Levantó la vista como miran los granjeros al cielo, no para ver el fin de semana que se avecina sino todo su futuro. Una lluvia fina y constante, nada más, pero una lluvia que mojara, a conciencia, no una granizada. Por favor, nada de granizo que aplastase las flores. ¿De acuerdo? Solamente agua. Jack también pensaba en el agua. Agua de pozo, por ejemplo. Sin embargo, a Jack no se le pasaba por la cabeza que cavar pozos a través de esa rica corteza de tierra negra, aspirar el hundido acuífero en sus grifos y soterrados sistemas de riego y canalizarla en sus peras de ducha y en lavaplatos fuera un lujo temporal, que solo durase el tiempo que durara el agua allá abajo. El agua se agota. El viento se lleva la superficie fértil. Los árboles caen. La tierra perdura, pero de los dos solo el granjero sabía con qué facilidad podía volverse en contra de uno. Puesto que la parte ojibwe de Jack permanecía inaccesible, era un alemán con una trampilla en el alma, una vida interior que todavía le resultaba desconocida. Ambos hombres veían dinero cuando miraban a la tierra. Pero veían los campos repartiendo riqueza de modos diferentes. Muerta, viva, más o menos autónoma y poderosa.

—Sacarás buena tajada de esta cosecha —continuó Jack—, un año extraordinario. Te comprarás un pedazo de casa justo al final de este callejón sin salida. —Aplastó un terrón con el pie—. Vamos a construirla aquí mismo. Cada uno de tus nietos tendrá su propia habitación. Tu mujer tendrá una cocina de ensueño.

—No tengo esposa —recordó Chuck a Jack—. Tu tía no quiere volver. Las mujeres nos abandonan.

Había una insinuación subyacente. Nos abandonan del mismo modo que tú me abandonaste a mí, Jack. Pero Jack no tenía el menor sentimiento de culpa hacia su tío.

Solo ira. Él jamás había dicho que sería un pequeño granjero, ¿no? ¡Ni lo había dado a entender siquiera!

—Entonces cocinarán tus nietos —repuso Jack con una risotada, restando importancia a la pulla y la desgracia de Chuck—. Lo haremos todo a la altura adecuada para ellos: sus cuartos de baño, el fregadero, lo que sea, para que no tengan que subirse más a un taburete.

—Los niños crecen —apuntó Chuck.

—Gracias a Dios —asintió Jack, pero había un matiz en su voz, una inflexión malévola y Chuck se calló removiéndose, nervioso. Permanecieron en silencio hasta que Chuck Mauser, el pequeño granjero, se recompuso. Su voz chirrió, temblando casi de rabia, ante el cielo, ante el horizonte, ante las fachadas de las afueras de Fargo que avanzaban sigilosamente.

—Cuanto más lo llenes, más vacío estará.

Jack dio un par de pasos atrás.

—La gente tiene que vivir en algún sitio —sostuvo Jack, y consiguió mantener una voz lo bastante suave, aunque en su interior comenzaba a hervir.

Su tío y él quizá eran demasiado parecidos. Condicionada por la psicología barata que utilizaba con sus pacientes, Candice había aconsejado a Jack que memorizase un truco que lo ayudara a no perder los estribos cuando se hallaba en esa tierra de nadie entre sentirse normal y dejarse llevar. Le explicó a Jack que visualizara una jaula metálica, se imaginara mientras colocaba la tela metálica y después que entrara dentro de ese maldito chisme como un animal. Le dijo que podía caminar de un lado a otro dentro de la jaula, podía volverse loco, podía soltar la presión como si acabasen de capturarlo en plena selva. Lo único que debía hacer era permanecer dentro de la jaula: no podía saltar la valla, ni nunca dejarse salir.

Jack no estaba listo para eso. Subió al coche, dio marcha atrás y se alejó sin despedirse. Tenía el estómago revuelto de frustración, porque deseaba celebrarlo por todo lo alto, armar una buena junto a alguien, no atender los problemas de un granjero, los errores de un mozo de cuadra. Intentó tomar distancia, serenarse, ver la vida con las gafas de su tío. Sin duda el hombre necesitaba esos campos para salir adelante, seguramente se sentía una porquería cuando imaginaba una nueva casa que jamás podría permitirse pagar en esta vida, en este mundo, y Jack se lo había restregado en la cara. No miró atrás. Condujo hasta el pueblo y le habría gustado poder pasar a recoger a Candy e ir a su restaurante favorito, que se llamaba La Biblioteca, pero lo más probable era que Candy ya se hubiese marchado del despacho del abogado y que se encontrara en la biblioteca de verdad. Había vuelto a estudiar otro curso sobre alguna nueva técnica dental que, según afirmaba, mitigaría el dolor con pequeñas descargas eléctricas.

Quiero unas de esas, pensó Jack, o tal vez tomarme ese trago.

Jack pasó delante del bar, pero enseguida retrocedió, aparcó en el estacionamiento, entró y se sentó. La sala estaba en penumbra y tranquila, la gente

conversaba en voz baja. No sonaba la música, no chocaban entre sí las bolas de billar y el televisor era un parloteo sin sonido. Solo eran las once de la mañana.

Pidió dos cervezas y se las bebió. Se comió la hamburguesa. Otras dos cervezas. Sopesó qué hacer después: volver a la oficina, al banco o a la obra en marcha. Tenía mucho trabajo pendiente, mucha presión, montones de detalles que resolver, pero tenía la sensación de que debía vivir ese día de otra manera, al margen del tiempo, fuera de la rutina cotidiana. Cuanto más pensaba en ello, en la tranquilidad matutina de la taberna, más injusto le parecía. Recordó el duro trabajo que había hecho y anticipó todo el trabajo que lo aguardaba y, con eso en mente, se sintió con pleno derecho a disfrutar de los ceros de ese primer cheque que guardaba junto a su pecho, en el bolsillo interior de la chaqueta. Pensó en ir a los lagos, pescar, comer en restaurantes, disfrutar sin más del dinero, del grueso fardo de billetes que había retirado de su cuenta a cambio del sustancioso ingreso que haría más tarde.

—Debería, debería... —masculló entre dientes, mientras daba pequeños golpes en el cenicero con el estoque de plástico que había sujetado la hamburguesa—. Debería volver al trabajo —dijo con determinación, pero en lugar de eso, cuando la camarera se acercó, pidió una quinta cerveza.

La quinta siempre era la que hacía perder los estribos a Jack. Pesaba noventa y cinco kilos. Podía aguantar hasta cuatro, pero después patinaba en el cielo. Juró, mientras se servía la Blue Ribbon, que esa iba a ser la última.

Transcurrió una tarde. Una noche. Durmió. Despertó. Necesitó un empujoncito para empezar el día. Un huevo crudo en un vaso de Pilsener helada. Más de lo último. La mañana fluyó y se fundió con otra tarde. Una noche. Un cielo lleno de borrascas, una oscuridad tumultuosa y una chica demasiado joven. Un largo trayecto hasta Dakota del Sur. Era como si estuviese divorciado. Amaneció. De nuevo lo atenazó la necesidad, pero Jack estaba sin dinero y no encontraba el cheque.

Decidió irse a casa.

Había tenido encima las llaves del coche todo el tiempo, pero no podía recordar dónde lo había aparcado. Ahora caminaba hasta el aparcamiento de La Biblioteca para ver si estaba allí. Y así era. Además Candy, que estaba sentada en el asiento delantero, se encontraba leyendo un libro. Se había imaginado que Jack tendría que volver allí antes de irse a casa.

Jack se inclinó hacia ella por la ventanilla.

—Lo siento —dijo.

Ella apartó su aliento con la mano.

—Sube.

—¿Adónde vas? —preguntó él.

Su voz sonaba tan diminuta, tan imperceptible, tan culpable que ella pudo ignorarla al igual que había hecho con sus disculpas.

—Te llevo a la obra —dijo—. Tus cosas ya están allí en la caravana de la contabilidad.

—Venga ya, Candy. —Sufría—. Solo fue una aventurilla de una noche.

¿Lo era? Estaba perdido, no conseguía recordar.

Ella se volvió hacia él con gesto furioso.

—Lo mismo que esto —replicó—. Esta es la única vez que me deshago de ti.

Desconcertado y consternado por su estupidez, la necesitaba en ese instante, aunque comprendía su razonamiento. La seguridad que ella manifestaba lo desesperó por completo.

—¡Dime, tú solo dime! ¡Haré lo que sea por ti, nena!

Por alguna razón, esto último solo le causó risa, una risa sorprendente, libre, como si él le hiciera gracia. Tarareó una canción y a Jack se le pasó por la cabeza decirle que lo molestaba y que se callara, pero no lo hizo. Se puso a soñar que si mantenía la boca cerrada, ella daría media vuelta, lo llevaría a casa y le prepararía algo de comer. Se detuvo en el aparcamiento de la obra. Su coche ya estaba aparcado ahí junto a una excavadora y un par de tractores, por lo que él dedujo que tenía a alguna amiga compinchada. Jack notó cómo iba subiendo en él cuando ella le indicó con un gesto neutro de la mano que se marchara. Sintió el punto ardiente en la tripa, el vacío que desprendía la ira por sus brazos como una gelatina fría, y la rabia en su cabeza. Esa repentina sensación resultaba tan cegadora e inútil que incluso Jack se asustó. Intentó impedir que sucediera y se metió en la jaula como siempre le había aconsejado la mismísima Candy. En cuanto estuvo dentro del recinto alambrado, en su mente, Candy se alejó y se subió a su coche. Antes de poder saltar fuera de la jaula y llegar hasta ella, se halló solo en el aparcamiento de tierra. Su coche ya estaba levantando una polvareda en la carretera que iba hasta el pueblo.

Y se había llevado las llaves del coche de Jack. Quizá por error, pero no estaban en el contacto.

Bajó del coche tambaleando, dio media vuelta y fue a mirar por las ventanillas de los demás automóviles. Y maquinaria, hasta que al final se subió en una excavadora. Estaba de suerte. La llave plateada estaba metida en el contacto, la giró, arrancó el motor y salió tras Candy pisando el acelerador a fondo y dando tumbos, convencido de que la alcanzaría de alguna manera y le cortaría el paso antes de que tomase el desvío del pueblo. Le gritaría, razonaría con ella, lloraría, se tiraría de los pelos y se arrojaría a sus pies o debajo de las negras orugas de la excavadora. Se humillaría y comenzaría todo desde cero en cuanto dejara de estar loco, como lo estaba ahora mientras conducía y la máquina avanzaba. Era como si el poder de la máquina, la vibración y el peso de ella, las cosas que podía hacer con una palanca y un interruptor, formasen parte de su furia.

Se hizo demasiado grande para él, demasiado grande para la malla metálica que él había colocado para retenerlo, demasiado grande para todo. Rugía por encima de su cabeza y forcejeó débilmente durante un momento, y entonces se encontró fuera de la

jaula, más grande que la vida, en un traqueteo de hierro y más hierro por la carretera, blandiendo la espada en el aire y buscando no sabía qué, hasta que lo vio: campos.

Sus campos. Las flores miraron a Jack, rollizas y desaliñadas, cuajadas de luz.

—¡Hora de la cosecha! —chilló, mientras se abalanzaba con la hoja bajada, y siguió gritando, no sabía qué, mientras despejaba una franja de tierra tras otra y el aire sobre él se llenaba de remolinos de pétalos y pájaros frenéticos, mientras las semillas repicaban sobre el metal ardiente, mientras las semillas le caían a raudales por el cuello y dentro de la camisa, mientras las cabezas de los girasoles rebotaban en los guardabarros, rodaban bajo los rodillos y se levantaba tierra por todas partes, una enorme nube que lo envolvía en el aire de un mes de septiembre fresco y seco.

«No soy realmente un hombre destructivo. He construido más o menos todo lo que se pueda nombrar. Mirad alrededor de Fargo: bancos, la mitad del complejo hospitalario, la autopista, la urbanización Vistawoods Views, la residencia de ancianos, la mayor parte del centro comercial, casas y más casas. Veréis, fueron levantados, enclavados y puestos allí para perdurar por Jack Mauser. Trabajo sobre planos. Los convierto en realidad. Podría hacer igual conmigo mismo si pudiese encontrar a un tipo capaz de diseñarme. Pero como eso no es posible, siempre he dependido de las mujeres. En alguna parte de su fuero interno, creo (para eso son mujeres), tienen que saber. Porque si son capaces de concebir niños, por el amor de Dios, habrán de poder concebirme a mí.

»Y así es como empiezan los problemas: uno pone todas sus esperanzas en otro corazón».

Jack despojó casi un campo entero antes de que esa fuerza fría dejara de fluir por sus brazos. Resollaba y tenía la mirada clavada en las agujas y los indicadores del cuadro de mandos de la máquina. No oía nada a su alrededor, nada fuera de sí mismo, y entonces, poco a poco, su corazón se ralentizó y la adrenalina que lo había inundado se moderó, así que se retrepó en el asiento lleno de autocompasión. Examinó el revoltijo de tallos y plantas aplastados, donde los pájaros ya se posaban con graznidos hambrientos. A lo lejos, vislumbraba a su gente: su cuadrilla de obreros que se dirigía hacia él. El coche de Candy ya no se alcanzaba a ver.

El calor de la tarde se alzó por encima de los campos como un espejeante velo. Siempre había tenido la intención de construir la mejor casa de toda la urbanización para Candice. Ahora ya no la querría, pensó. Pero mientras estaba sentado ahí, las vio emerger a pesar de todo. Vio las molduras de piedra y los lucernarios, de estilo gótico, o las casas coloniales con postigos, los ranchos de tipo plantación con columnas a ambos lados de la puerta principal. Instalaría los buzones en pequeñas conejeras de ladrillo que no podrían ser derribadas por adolescentes armados con un bate de béisbol. Cubriría con césped grandes espacios y plantaría arces de siete años. Los garajes serían dobles o triples, algunos con bóvedas, y todos se abrirían de forma automática para recibir a sus dueños. Los ejecutivos comprarían estas viviendas, así

como los directores de escuelas, los propietarios de negocios de la zona y los granjeros pudientes que quisieran tener una casa en la ciudad durante el invierno. Llamarían a este lugar La Cresta. Simplemente La Cresta. No Jardines La Cresta, Fincas La Cresta, Cumbres La Cresta, Bosque La Cresta, ni La Cresta Vete A La Mierda. Su conjunto residencial evocaría la elegancia mediante la sencillez, como si solo significase la cima de algo, el lugar al que todos queremos llegar.

Best Western

Yo era una estudiante de Lengua Inglesa que había sacado pleno de sobresalientes en el instituto y que ahora trabajaba para pagarse la escuela universitaria^[11] cuando decidí abandonarlo todo y escapar con Ricky Zachs, el tenor principal del coro de Flathead Valley. Mi voz era correcta, nada más, pero era una pasable acompañante al piano. Rick y yo formamos un dúo, los Midnite Specials, y a través de una agencia nos contrataron para tocar en vestíbulos de hotel, bodas y bares con música en directo desde Oregón hasta los tristes, sombríos y boscosos pueblos de la península superior de Míchigan. Yo era una clarísima contralto. Mi voz no tenía ningún registro, ninguna planta de arriba, pero sabía cómo vestirme para sacar lo mejor de los focos y de mi peso. Llevaba circonitas en los dedos, de modo que mis manos centelleaban sobre el teclado. Home Ec me había enseñado dónde ponerme rayas verticales y dónde ponerme drapeados, dónde poner el énfasis, los trucos a la hora de elegir joyas para llamar la atención sobre los mejores rasgos anatómicos y desviar la vista de los otros. Yo aportaba el atractivo visual, pero la voz de Ricky nos sostenía. Un deje irlandés, un toque de alma húngara, incluso momentos de verdadero falsete, lo tenía todo, a Europa entera, solía pensar yo, un mundo del que Ricky sabía tan poco como yo, salvo que él era eso: una mezcla singular que le daba un aspecto atormentado y desgredado. Cuando cantaba *Volare*, se entregaba con pasión. Al mismo tiempo, era moreno de aspecto saludable con su gran cara cuadrada y una sonrisa franca de predicador.

Yo siempre había sido el tipo de chica a la que la gente considera atractiva aunque nunca guapa; el tipo que solo conseguía llamar la atención a base de mucho esfuerzo, que nunca daba por sentado el menor reconocimiento de su persona. Yo era el tipo de chica que se presentaba a una cita que consistía en seis rondas de minigolf. Siempre estaba enamorada. No podía evitarlo. Estrellas de cine, estrellas de rock e incluso rostros de anuncios. Capitanes de equipos de fútbol, todos los ayudantes de los entrenadores, profesores de educación cívica y luego profesores universitarios. Coleccionaba amores no correspondidos hasta que llegó Ricky Zachs. Había sido uno de esos a los que yo idolatraba desde la distancia, a pesar de que no siempre fue un tipo guapo.

Lo que pasaba con Ricky Zachs era que había tenido una infancia desgraciada. Durante toda la primaria, era el típico chico al que todos los demás hacen el vacío, el muchacho escuálido que se rinde sin pelear, llora, se chiva y muerde el polvo. Después, creció y mejoró hasta convertirse en un tío cachas. En segundo curso formó parte del equipo de fútbol y se resarcía a gusto. No había hecho amigos exactamente, sin embargo los tenía a todos impresionados. Para cuando terminamos el instituto,

había recorrido todo el abanico de novias disponibles, incluidas las bajitas estudiantes de cuarto año de enseñanza secundaria con la espalda arqueada. Tras graduarse, se encontró sin nada que hacer, trabajándose las chicas de los clubes de ocio aquí y allá, hasta que se fijó en mi espesa melena rubia.

—¿Cómo es que nunca salimos juntos en el instituto? —pregunta—. ¿Dónde estabas?

Debía de ser más o menos la única chica que quedaba a la que él nunca había pedido una cita, pero no dije nada. Nunca le conté cómo le solía observar, deseándolo solamente. Era un golpe de suerte. Yo era la última que quedaba y quizá eso ayudase. Habló de fugarse, de no tener que aguantar a la iglesia y a las tonterías de la comunidad, de una boda y todo eso. Y aunque yo ya tenía previsto un vestido de novia de raso blanco como el de la princesa Diana, con un diminuto y sofisticado tocado de diamantes y un largo velo de encaje, comprendí que escaparme con él podría ser la mejor opción para conservarlo a mi lado. Así que nos casamos en Vermillion, en Dakota del Sur, por una juez de paz con chanclas en los pies y cuya casa olía a encurtidos recién hechos.

Correspondida en el amor por mi primera vez en mi vida, soltaba chispas de felicidad. Las notaba. Cuando me fui de casa, nos escondimos durante un mes en Garden Court en Eugene, donde Ricky había ido a la universidad. Gastamos todos mis ahorros, nos ocultamos en una habitación con un estrecho balcón y cuadros de macetas de flores en las ásperas paredes tostadas. Las ventanas de doble acristalamiento daban a un área de estacionamiento. Una tarde, entramos en casa, agotados tras una audición en vivo, nos sentamos en nuestras idénticas sillas con brazos y nos servimos una Coca-Cola helada para refrescarnos. Permanecíamos callados. De hecho, el día no había ido bien. En la forma que tenía Ricky de evitar mirarme a los ojos, me pareció detectar cierto callado reproche. Yo había tocado mal algunas notas. Él había tenido que cantar por encima de mis errores. Malhumorado, miraba a la calle hacia el lateral del restaurante de pescado vecino. De pronto, tras doblar la esquina apareció una joven y alta rubia de piernas largas y piel morena con pantalón corto, que llevaba un estuche de violín en una mano y un gran refresco en la otra.

—Qué bien —masculló Ricky. Me di cuenta que se preguntaba si iría a ensayar. Era horriblemente sensible al ruido.

Detrás de ella, apareció por encima de un seto un chico que también llevaba un violín. Después, una docena más, algunos con violonchelos y otras chicas con todo tipo de instrumentos en estuches de cuero moldeado. Trompas, trompetas, tubas y lo más ominoso de todo, tambores.

—Debe de haber algún tipo de convención —dijo Ricky con disgusto.

Contemplamos cómo cruzaban el aparcamiento hacia nosotros, riéndose, fanfarroneando, chillando y dándose ínfulas unos a otros. Avanzaban en tropel hacia

Garden Court. Los oímos en las escaleras. Se precipitaron arriba y abajo con gran estruendo. Entraron en las habitaciones. Dieron portazos. Salieron de las habitaciones. Y, de nuevo, más portazos.

—No, no... —Ricky elevó el tono de voz, casi aguda, histérica—. Necesito dormir.

Dormir no era una mera rutina para Ricky, sino algo mucho más vital e impreciso. Nunca había pensado mucho en el sueño antes de dormir con él. El amor era algo que él daba por sentado, como la adoración. El sueño era algo que él debía cortejar. En recepción, había pedido la habitación más silenciosa que hubiese. Nada más entrar, dejó el equipaje en el suelo y movió la cabeza de un lado a otro con atención, aguzando el oído en busca del runrún del tráfico, gritos de alegría procedentes de la piscina exterior, pasos pesados en el piso de arriba o el quejido de la televisión en la habitación contigua. Incluso en el más hondo silencio de la noche, sin embargo, era cierto que para él dormir era todo un logro.

Durante esas primeras semanas, percibí su presencia a mi lado, hasta que me acostumbré. Tarareaba solo en voz baja, probando nuevos arreglos en su cabeza o revivía las tensiones del día, las peleas que a menudo mantenía con los encargados de los bares, discusiones que yo luego apaciguaba. Mientras me vencía el sueño, sentía cómo él contaba y relajaba cada parte de su cuerpo en una especie de ejercicio de yoga que había aprendido en los libros de Tarzán. A veces se introducía en los oídos tapones de espuma y algunas mañanas, al despertar, yo podía comprobar cómo él había conseguido ganar su batalla gracias a un antifaz de seda negra. Sostenía que la falta de sueño destruía el timbre de su voz, y fuera o no verdad, lo cierto es que destrozaba su actitud. Muy pronto comencé a intentar consolidar unas buenas ocho horas de sueño. Así que esa tarde en Eugene, cuando se volvió hacia mí, con sus impecables cejas desgreñadas y la boca media abierta, yo ya estaba cavilando.

Como siempre, nos encontrábamos en el ala de no fumadores. Él odiaba el humo. Respirar el humo de los cigarrillos, decía, era nuestro único riesgo laboral.

—Cambiémonos a una habitación de fumadores —propuse—. Son adolescentes. Se supone que ellos no fuman, ¿verdad?

Vi que sopesaba tan perniciosa alternativa. Cedió y aquella noche, en el bendito silencio con olor a rancio, sus nervios se templaron y con el ruido blanco de una cadena de radio sin emisión, Ricky se durmió en mis brazos. Era algo tan inhabitual que le sobreviniese el sueño con la cabeza torcida en un ángulo incómodo que no me atrevía a moverme, a pesar de que su cabeza suponía un cierto peso sobre mi pecho que debía levantar en cada respiración.

Aquella noche en Garden Court supuso un punto álgido. Debí de imaginar que nos dirigíamos hacia un bajón. La única naturaleza que conseguí vislumbrar en esos días conyugales fue el paisaje. Vuelve a mí con tanta claridad a veces. Momentos. Lugares. Allí estábamos, en el Knight's Inn en Detroit. Yo contemplaba el bulevar,

las plantas que rodeaban el aparcamiento y la piscina, el modo en que crecían los tejos entre las matas de petunias rayadas como caramelos y las amarillas bocas de dragón. Observaba los suaves contornos de los pinos cuando, de pronto, me entraron unas tremendas ganas de tumbarme. Era mediodía, el aparcamiento estaba tranquilo, pero Ricky se encontraba en nuestra habitación, en la cama, debajo de las cruzadas lanzas de la pared. Estaba recuperando el sueño atrasado. Yo también necesitaba dormir, pero no me atreví a volver a la habitación por miedo a despertarlo.

Los pinos medían dos metros de alto, tal vez más. Las ramas más bajas se tocaban entre sí, formando covachas. La corteza de los cedros y los jirones de madera que cubrían el suelo más abajo ofrecían un aspecto mullido y fresco. Resultaba tan apetecible que pensé, ¿por qué no? Podría elegir una tumbona junto a la piscina y dormir en ella. Nadie me molestaría. ¿Por qué no esa pequeña sombra, esa cueva debajo del árbol? Rodeé con cuidado las coloridas flores y me tumbé allí mismo. Y vaya si era cómodo. Fuera de las zonas verdes no parecía soplar la menor brisa. Sin embargo, debajo del árbol, percibí el suspiro de las agujas, oí el canto de algún minúsculo y desconocido insecto, nativo de Detroit, me imagino. Puede que hubiese un pájaro, un gorrión o algo parecido. Se percibía el aroma de la tierra y la intensa fragancia de las petunias. Cerré los ojos.

Mientras yacía allí, sentí en mis huesos la circulación más allá del bulevar, la vibración de la vida. Pasaron unas voces, pero yo me sentía segura. A mi alrededor las hojas hacían tictac y las flores canturreaban y absorbían la luz. El mundo estaba ebrio de luz. Yo me deslizaba en las profundidades. Debajo de la corteza resquebrajada, del plástico extendido para que no asomaran las malas hierbas, de la capa de cristales rotos, tierra vegetal y arcilla, visualicé una oscuridad tan absoluta que semejaba un entramado de aire.

Me sumí en un profundo sueño y no desperté hasta que se encendieron los aspersores y empaparon el suelo. Entonces, mientras me marchaba dando tumbos de vuelta a la vida normal, comprendí que Ricky se habría puesto absolutamente furioso si me hubiese visto, y me alegré de que no fuera así. No me planteé que resultaba muy extraño que yo durmiese al aire libre mientras que, dentro del motel, mi marido tenía para él solo dos enormes camas de matrimonio con colchas de terciopelo azul marino.

No, la situación no se me antojó en absoluto extraña. Proteger a Ricky del mundo se había convertido en algo normal para mí.

Los hechos solo comenzaron a esclarecerse en Minneapolis y Saint Paul en el Thunderbird. Estoy convencida de que el motel está maldito por los indios. Delante hay un jefe de nueve metros fabricado en fibra de vidrio. Eso para empezar. En el interior, hay esparcidos por todas partes diseños indios. Los felpudos para limpiarse los pies, las alfombras, las servilletas, todos están llenos de cuadrados y rombos de estilo indio. Extraño. Había un grupo de desgastadas figuras de yeso de indios con sus trajes tradicionales dentro de una vitrina. Los animales de los que vivía esa gente

aparecían disecados y escondidos en el techo, al acecho, dispuestos a saltar y atacar. Zorros, lobos, mapaches, ardillas y cabras montesas. La noche en que tocamos en el Thunderbird, la sala estaba llena de familias que acababan de ver cancelado su vuelo de Northwest. Ya os podéis imaginar qué clase de humor traían. Nuestro espectáculo no hizo más que proporcionarles un objetivo, una diana para su cabreo.

Sin embargo, las cosas que Ricky probó fueron una locura. Siempre me había dicho que meterse al público en el bolsillo era uno de sus puntos fuertes. Arrancó con un par de comentarios, hablando sobre su familia. «Mi tío era un submarinista de alta mar, pero era demasiado educado para poder durar. Conoció a una sirena y se quitó el sombrero ante ella. También tuve una tía, una solterona. Dejó que el polvo se acumulase debajo de la cama. ¿Y eso por qué? Había oído decir que el hombre está hecho de polvo». Llegó mi turno, su mujer. «Anoche no quería besarme. Me dijo: “Cariño, tengo los labios *moraos*”. “Bueno”, le respondí, “¡un *moreo* más no les hará daño entonces!”».

«¿Habéis venido hasta aquí en avión? Yo los odio. Me quedo en tierra firme. Cuanto más firme la tierra, menos me aterra...».

«No, ahora hablando en serio, amigos...».

Poco después de aquello, nos lanzamos con *Raindrops Keep Fallin’ on My Head*, *Let’s Fall in Love* y *I Fall to Pieces*. A continuación, Ricky preguntó al público si tenía alguna petición.

—Afina —gritó una voz en una mesa del fondo.

Se oyeron unas risas. Ricky me fulminó con la mirada y replicó:

—¿Queréis tararear unos compases?

Después, era como si hubiéramos iniciado una especie de moda, o tal vez fuese que nuestros pasajeros del avión se habían llevado un susto ese día y, ya sabéis, del mismo modo que uno se despierta por la mañana con una canción metida en la cabeza y se da cuenta de que es un comentario a su propia vida, ellos pidieron *Falling Rain*, *I Fall to Pieces* otra vez y *When Autumn Leaves Start to Fall*. Las cantamos una y otra vez, aceptando peticiones de números con la palabra *Falling*^[12]. Creo que hacer tanto énfasis en estrellarse contra el suelo debió de marcar la pauta. Morboso. Y cuando nos sentamos para tomar un descanso sucedió algo extraño. Por supuesto, Ricky no había dormido bien y además yo estaba hecha un manojo de nervios, pero me miró con gesto crítico.

—Se te ha corrido el pintalabios —dijo.

—¿Ah?

Tenía mi bolso. Saqué una pequeña barra de labios con espejo incorporado. Me miré los labios y me retoqué.

—¿Así estoy bien? —pregunté.

Pero no respondió que sí. Miró por encima de mi cabeza, examinando un águila disecada, y habló con voz onírica.

—Es tu boca, para ser sincero, tu boca está torcida en tu cara.

Me quedé estupefacta, y luego hundida de dolor.

—¿Qué? —dije—. ¿De verdad? ¿Lo está?

Ricky alejó de mí la silueta alargada de su mandíbula.

—Va a tono con el resto.

Me agarró del brazo y me levantó de un tirón. No tuve tiempo de reaccionar, o quizá estaba bloqueada. Antes siquiera de asimilar del todo su comentario, me encontré ante la muchedumbre alargando la abertura de *Snowbird*. Y entonces, esa noche, después de que tocáramos hasta que cerrase el salón y subiéramos a acostarnos, después de que yo colgara nuestra ropa, abriera las camas y aflojara las tensas y limpias sábanas, Ricky se metió en la cama sin más, cerró los ojos y se aisló de mi presencia. Apagué las luces. Aquella noche el aire estaba quieto y muy oscuro a nuestro alrededor. Las cortinas de la habitación protegían de las luces del aparcamiento. De vez en cuando oíamos a gente en el pasillo. Se cerraban puertas con un sonoro y diluido golpe. Las voces caían como piedras en la quietud.

—Por favor —dije. Aguanté la respiración mientras él se daba la vuelta en su duermevela.

El silencio se agudizó. No me atrevía a hablar o a hacer el menor ruido. Incluso el sonido de mi respiración, la irregular necesidad misma de respirar, incluso el frufrú de las sábanas parecían demasiado ruidosos.

Desde el día en que cumplí trece años y mi madre me dejó maquillarme, nunca he iniciado una mañana sin el ritual del delineador, rímel, colorete y barra de labios. La mañana siguiente fue la primera vez. Me olvidé de ello, ni siquiera me miré la cara y el pelo en el espejo. Ricky estaba abajo, desayunando. Eso significaba que debía de haber dormido muy bien. Después de dormir a pierna suelta, siempre se pedía el desayuno especial, que incluía filetes poco hechos, tortitas de patatas y tres huevos en lugar de dos.

Yo, tras pasar una reparadora noche y hacer el amor, solía bajar hecha una rosa, tan perfecta como podía. Ricky y yo nos sentábamos a la mesa uno frente al otro. Todo a nuestro alrededor nos resultaba interesante e intenso. Leíamos en voz alta lo que ponía en nuestro mantel individual y ojeábamos los sobres de azúcar. Incluso las palabras de la carta nos hacían gracia. Pero aquella mañana, mientras me aguardaba en la puerta junto al cartel de «Por favor, espere mesa», divisé a Ricky de espaldas. Estaba sentado solo en la barra. A todas luces no quería compañía. Estaba encorvado sobre la comida y sus codos se movían arriba y abajo, arriba y abajo, repetidamente. Estaba comiendo como un caballo mecánico, todo en él se concentraba en esa única tarea.

Di media vuelta y me marché. Unos redobles de tambor, un lejano aullido y una música de estilo indio salían de los altavoces. Era una música que me resultaba tan desconocida que no era capaz de decir si pretendía ser triste, alegre o algo más complejo. Me senté en el vestíbulo, cerca de la poco profunda pileta de azulejos

azules. Debajo de la superficie rizada del agua iluminada por los focos, destellaban unas monedas, cien, doscientas, cada una representando el deseo de una persona. Solo estaba yo y cien dólares de pequeños deseos. No pude resistirme. Saqué una moneda de veinticinco centavos. Quería acertar con mi deseo.

—Ojalá un rayo fulmine este lugar y lo deje hecho cenizas —dije.

Cuando lancé la moneda, la onda se expandió desde el pequeño plaf y siguió extendiéndose, cada vez más amplia, durante todo el día.

Ya había visto a Ricky hecho una furia. Una vez, en su ira había avanzado hacia mí amenazante y yo temí que fuera a pegarme, pero mantuvo las manos a lo largo del cuerpo. Nunca imaginé que pudiera lastimarme, no de verdad. Pero me equivocaba. Paramos de camino a Billings en uno de esos parques que hay al borde de la carretera. Preparé a Ricky un sándwich de carne y queso. Lo estaba cortando por la mitad con un pequeño cuchillo mondador que había comprado, cuando Ricky se acercó a mí por detrás, me agarró el brazo y me lo retorció de modo que el cuchillo salió disparado por la mesa, dando volteretas sobre la punta.

Me escuché gritar, chillar de verdad, y observé el cuchillo cuando cayó. Lo observé detenidamente porque el dolor en mi brazo retorcido me electrizaba. Las tablas de madera destacaban ante mis ojos. La textura del pan.

—¡Sorpresa! —dijo Ricky mientras me soltaba—. Ahora mismo te estoy leyendo la mente.

Me volví, meciéndome el codo.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué quieres decir? —imitó un agudo gemido.

Nunca antes me habían golpeado, hecho daño ni puesto la mano encima. Yo era como un bebé. Era incapaz de relacionar a Ricky con el fuerte dolor que experimentaba. En la mesa contigua nos observaba una mujer. Se la veía horrorizada, boquiabierta, a punto de decir algo, así que me encogí de hombros y le dije que no con la cabeza. Ante todo yo estaba tremendamente abochornada por el comportamiento de Ricky Zachs. Pero él solo dio un bocado al sándwich, masticó y, después, su cara se iluminó con su enorme sonrisa de capitán de equipo de fútbol, llena de teclas blancas. Me sujeté el brazo y lo miré a los ojos, y no sé. Le devolví la sonrisa. No sabía qué otra cosa hacer.

Seguí sonriendo mientras nos subíamos al coche y avanzábamos por la carretera. ¿En qué estaría yo pensando?, me pregunté. ¿Qué habría visto él? Ahora me resultaba fácil mantener la sonrisa. Me sentía animada. La sonrisa aparecía pintada ahí. Y entonces, justo antes de llegar a Billings, en una de esas enormes tiendas que hay en las estaciones de servicio donde venden de todo, las palabras comenzaron a pegarse a mis sentimientos. Fui al servicio. Cuando salí de la cabina, me detuve delante de una máquina expendedora de preservativos. «Instalada en este establecimiento para su

comodidad», rezaba el cartel en el frente. «Amor desenfrenado. Cincuenta centavos. Solo dos monedas de veinticinco centavos». Demasiado, pensé.

Salí por la puerta y me detuve junto a Ricky. Echaba monedas en la rendija de una caja de plástico repleta de pequeños animales de peluche: rinocerontes de felpa, elefantes rosas y ositos de rayas rojiblancas. Encima colgaba un pequeño brazo metálico articulado. Ricky lo manejaba con una palanca.

—¿Cuál quieres? —preguntó.

—Ninguno.

—Te aguantas —respondió Ricky.

La garra metálica se aprestó a descender sobre los peluches. Iba a por un osito azul con ojos de botón de zapato. El fondo de la caja estaba revestido con un espejo y reflejaba la escena de alguna manera desde otro espejo, uno de los trucos de dimensiones infinitas del cine. Los puntiagudos extremos de las pinzas rozaron la piel del peluche. Ricky tenía buena psicomotricidad fina, al menos eso decía él. Siempre ganaba premios en los puestos de las ferias lanzando pelotitas blandas a botellas de leche de madera y disparando contra patos de plomo. Una parte de mí admiraba el delicado manejo que hacía con los mandos cargados y otra parte observaba en el espejo cómo sucedía todo aquello.

Lo agarré el brazo, como si estuviese emocionada.

La grúa se balanceó, chocó de nuevo con el lateral de la caja, la garra rebotó y el rostro de Ricky se ensombreció de ira.

—Sube al coche —ordenó.

Pasé delante de él. Me alegraba. No soportaba la boquita cosida ni los ojos negros y conmocionados de aquel peluche.

Esa noche, tardé mucho tiempo en conseguir un pelo perfecto, de modo que unas suaves ondulaciones cayeran por mis hombros como una crin dorada. Elegí mi vestido de gasa roja con cuello de pico y una pieza de joyería muy espectacular: una gran punta de flecha de filigrana que colgaba de una gargantilla. Permanecí en el pequeño cuarto de baño alicatado delante del lavabo rodeada de todo mi equipo de belleza. Secador de pelo. Rulos eléctricos. Aerosoles. Un rizador de pelo. Estos objetos eran como armas defensivas. Se enfurecían, ardientes y femeninas.

Ricky no se acercó a mí. Se mantuvo sentado al otro lado de la puerta, en el balcón, en una silla de plástico trenzada. Tomaba pequeños sorbos de una taza de plástico mientras contemplaba lo que sucedía más abajo en el patio que rodeaba la piscina. Ya habíamos cenado y los rayos del sol eran largos y frescos. El agua se estiraba como una hoja centelleante. Había gente sentada en la terraza en sillas de plástico blanco, bebiendo también de una taza. Oí gritar a una de ellas.

—¿Os apetece uniros a la fiesta?

—No, gracias —escuché que respondía Ricky.

Yo sabía que, mientras los observaba, estaría preocupado por si más tarde esa

noche, quizá incluso después de la función, la fiesta seguiría adelante debajo de nuestra habitación. Yo también lo sabía. Podía oírlo: las voces elevándose, las risas, sonoras y ebrias. Él se quedaría atrapado, escuchando.

La lluvia inunda las huellas de Ricky. La suerte se escurre por los agujeros. Deja la cartera abierta con nuestro dinero encima de la cama, y yo meto casi todos nuestros ahorros en efectivo dentro de mi sujetador. Y cuando no regreso tras ir a buscar hielo para su copa, él se encuentra tirado en el Best Western de Billings con diez dólares, una maleta y sin cubitera. Al principio no puede creerse lo que ha pasado. Continúa sentado en el mismo sitio.

No tenía pensado quedarse allí. Esa nunca fue su intención. Aquel lugar era una parada, una estación de paso de camino a otra parte, un refugio temporal donde podría esperar mientras cambiaba su suerte y los daños se iban acumulando tras él.

En la lámina de agua con cloro más abajo, que no refleja nada, el cielo oscurece y las voces reverberan sobre los pequeños rizos. Las sombrillas en la terraza vuelcan mientras la gente baila al son de un equipo de música portátil. Una mujer pasa con hielo, y no soy yo. La noche envuelve a Ricky Zachs más y más. Observa cómo se van cerrando muchas puertas numeradas y al final decide entrar en nuestra habitación y hunde la cabeza en la almohada.

Piensa en la época en la que estaba en segundo curso y las chicas lo tiraban al suelo y le llenaban la boca de corteza. Piensa en la época en la que el profesor no lo dejaba ir al baño. Piensa en mí, en cómo se supone que yo he de cuidar de él, y planea cómo me va a arrojar al suelo en cuanto vuelva. Cree que voy a volver, pero entonces divisa una campana resquebrajada de escarcha blanca y brillante. Ve cabello rubio, un montón de latas atadas a un guardabarros que botan y chocan con un sonoro tintineo detrás de un coche color rojo vivo que se aleja a toda velocidad hasta desaparecer. Da vueltas en la cama, pero no logra pegar ojo. A medida que más y más gente se une a la fiesta más abajo, aumenta su ira. Las voces suenan ebrias y estridentes mientras la suya es hermosa, o lo era, porque conforme avanza la noche él siente cómo se oxida el suntuoso sonido.

Anna

Existe una clase de mujer que, si bien fue hermosa toda su vida, alcanza un estallido de gloria temeraria al aproximarse a los cincuenta. Un pez dorado que emerge entre profundas olas verdes. Así era Anna. Agitaba con indolencia sus pañuelos de cola. Y tenía experiencia. Un atrevimiento sexual que volvía a los hombres débiles. Su piel era como agua lisa, y tenía el cabello negro, ondulado y alborotado. Sus gélidos ojos de color marrón lago se movían con nervioso interés, e iluminaban, descartaban o salvaban a los hombres como si removiera una mano de póquer. Nariz pequeña, unos pómulos que dejan sin aliento y una sonrisa blanca extraordinaria.

También era calculadora. Ahí estaba el asunto. Si Anna decidía que te necesitaba, te deseaba, se apoderaba de tu corazón y lo mordisqueaba durante un tiempo.

Yo había visto cómo sucedía muchas veces porque soy amiga suya, un tono más pálida, un punto menos atractiva, más silenciosa, de ninguna manera tan llamativa como ella. Yo la hacía destacar, como un fondo neutro en un estudio fotográfico. No importaba lo que hiciéramos, desde tocar el tambor en un círculo en una *powwow* hasta almorzar o incluso pasear con los discmans por el camino del instituto, era predecible que los ojos de los hombres se deslizarían de mi persona hacia ella. Miraban a Anna con sorpresa, me oteaban rápidamente como si yo fuera un punto de referencia, y luego volvían inmediatamente a clavar los ojos en ella.

Por lo tanto, yo me hallaba en una buena posición para maravillarme desde fuera y simpatizar con Anna, desde un punto de vista íntimo, cuando ella comenzó a vivir con los dos hombres a los que llamábamos los hermanos Avetoros, Arnold y Whitey. Los hermanos eran los solteros todavía sin apresar más famosos de la zona. Se habían criado con Anna en el periodo en que los años setenta chocaban con los ochenta, produciendo una implosión de sexo y drogas que golpearon con fuerza Minneapolis y Saint Paul y, gracias a las mejoras en el transporte, también las reservas. Crecieron yendo y viniendo. Era bien sabido que los dos hombres se habían quemado por culpa del crac y las mujeres, y que se habían retirado, en estado de neurosis, a una pequeña vivienda del gobierno a la orilla de un lago cubierto de maleza. Ahora se habían vuelto formales. Eran abstemios y asiduos asistentes a las reuniones de Alcohólicos Anónimos, y buenos trabajadores. Arnold enseñaba en el instituto de la comunidad (matemáticas y a veces habilidades para la vida adolescente). Whitey se ganaba la vida con diversas actividades. Partía madera de fresno, recogía tendones, fabricaba cestas de abedul, pequeñas canoas, posavasos, marcos para fotos y también adornaba cestas de fantasía con púas de puercoespín cuando encontraba alguno atropellado en la carretera. Tenía suficiente talento artístico como para salir adelante, y un poco de

sentido comercial. En verano, seguía la senda de las *powwows* en su camioneta tuerta y destartada, equipada en la parte trasera con la capota de campin. Vendía sus cestas o las cambiaba por artesanía de abalorios, cedés de su música india preferida o por cornamentas talladas. Los vendía también. De una manera u otra, conseguía contribuir a los gastos de la casa tanto como su hermano Arnold. Ponía especial empeño en contárselo a la gente, porque su hermano daba la impresión de ser una persona muy estable y sólida. Whitey quería que se supiera que su hermano no le pagaba las cuentas, supongo. Salvo aquello, no había rivalidad entre ellos, al menos por lo que yo sé. Yo veía a Arnold de vez en cuando porque trabajo en la administración educativa, y todo el mundo veía a Whitey; omnipresente, estaba en todas partes. Entonces Anna perdió su empleo y se fue a vivir con ellos.

En realidad, fue más bien el empleo el que la perdió a ella. Remover papeles en la oficina de registro tribal siempre la había aburrido, pero cuando su jefe pasó a hacer otra cosa y ella no fue ascendida para sustituirlo, cuando en su lugar otra mujer ocupó ese puesto, ella renunció por falta de respeto. Eran tiempos críticos en otros aspectos también. Anna había tenido a sus hijos muy joven y Tito, su bebé, acababa de marcharse a estudiar a la universidad.

—¿Para qué voy a mantener una casa para mí sola? ¿Pagar un alquiler? Soy libre por primera vez en mi vida —dijo.

Estábamos cenando juntas en una mesa del Beyond's China Buffet. Solíamos quedar allí los domingos. Era nuestra noche de chicas, una manera de ponernos al día e intercambiar impresiones. Repasábamos todos los acontecimientos tanto de la semana como del fin de semana, de la misma forma que despejábamos el vestíbulo de zapatos y abrigos, lo cual era otra operación semanal. Después de charlar, nos encontrábamos preparadas para enfrentarnos al trabajo del lunes. Pero como Anna había renunciado a su empleo y no había encontrado otro todavía, y por lo tanto no llevaba a cabo una típica semana laboral, me preguntaba si el curso habitual de nuestra conversación podía cambiar. Por regla general, nuestra charla nos conducía hasta la siguiente semana, que anticipábamos juntas hasta el punto incluso de planearla. Pero esta vez las cosas podrían ser diferentes, me imaginé. Y así fue. Con el comentario de Anna sobre la casa, la rutina de nuestra amable conversación descarriló.

—¿Dejar tu casa?

Imposible. Anna era una obsesa del orden. Una mujer de su casa. Le encantaba limpiar y, más aun, organizar y colocar sus pertenencias una y otra vez a fin de conseguir el mejor efecto.

—¿Y dónde te irás a vivir?

—Allá donde el Creador quiera que yo viva. Hablo en serio. ¿Para quién debo mantener una casa? Creo que voy a meter todas mis cosas en un guardamuebles.

Sonrió al ver mi gesto.

—De una vez por todas voy a averiguarlo. Esta es mi oportunidad.

—¿Averiguar el qué?

—Todo lo que nunca pude averiguar porque me casé muy joven. Ya sabes, las cosas profundas de la vida y todo eso.

—Espera un momento —repuse—. Tampoco es que el matrimonio o los críos se hubieran interpuesto en tu camino. Has tenido dos maridos, no sé cuántos amantes, y te has llevado a tus hijos a todas las ceremonias habidas y por haber, has perseguido hasta la última danza del Sol y *powwow*. No puede decirse que las obligaciones te hayan cortado nunca las alas.

—Pero así es —sostuvo Anna—. Siempre quise vivir sin más complicaciones.

—¿Vivir haciendo qué?

—Abre la mente —me apremió.

Y torcí el gesto. Odio esa frase. La mitad del tiempo, la gente la emplea para justificar algo extraño o ilegal. Seguro.

—Será mejor que te diga que ya lo he hecho. Mañana voy a pedir a los Avetoros que me ayuden a almacenar mis cosas. Utilizaremos la camioneta de Whitey. Después, me mudaré a su casa.

Me quedé mirándola, sacudiendo la cabeza lentamente en un gesto de negación. Me devolvió la mirada y asintió con la cabeza al tiempo que se echaba a reír.

—Tú no vas a vivir con Arnold y Whitey.

Mi afirmación era categórica. Varias veces, con años de diferencia, se había liado con uno y luego con el otro. Les había partido el corazón, con alevosía, al menos seis veces a cada uno. Mudarse a su casa, incluso manteniéndose neutral, supuse, pagando el alquiler y nada más, sería sin lugar a dudas incómodo para todos. Pero resultó que Anna tenía en mente algo que iba mucho más allá que la mera incomodidad.

—Claro que sí. A ellos ya los conocemos, y a mí también. Ningún hombre por sí solo me va a bastar. Eso ya es algo evidente. Y con los tres cuidando de la casa, tendré tiempo para explorar mis límites espirituales.

—Tú no vas a... Espera, ¿no estarás hablando de mantener una relación?

—Toda la noche y todas las noches.

Parpadeó rápidamente.

—Y ahora me tomas el pelo.

Estaba recelosa. Desconcertada. El que Anna se fuera a vivir con los hermanos Avetoros no solo era algo difícil de aceptar desde un punto de vista personal. Había algo en ello que me ponía nerviosa en un nivel muy distinto. Era como si, al hacerlo, ella trastocara una dimensión básica del orden de las apariencias siempre precarias en nuestra reserva. Quizá fuese la convicción un tanto decrepita de que solo los jóvenes habían de derribar las cosas y nosotros, quienes habíamos vivido lo suficiente como para ser más sabios que ellos, debíamos enmendarlos. Ella era casi una anciana. ¿Es que ya no importaba la edad? ¿La experiencia? Era como si se hubiera planteado un interrogante como una pregunta abierta. Y si bien Anna era mi mejor amiga, yo estaba tan a oscuras como cualquiera.

Toda esta idea de Anna de vivir con los dos hermanos me tenía acongojada. Yo sabía lo que significaba «Toda la noche y todas las noches». Esos dos hermanos siempre se habían ido turnando, estaban acostumbrados a apartarse para dejar uno el sitio al otro y viceversa desde que dieron sus primeros pasos. Pero Anna no era ningún juguete, aunque a veces ella pudiera pensarlo. No era una bicicleta ni un coche ni una moto, todos esos caprichos que los hermanos habían tenido con uso compartido. Anna no era una casa. No podían dividir los rasgos de su persona como si fueran habitaciones y decidir quién ocuparía cuál. Yo vaticinaba que este asunto se terminaría complicando, las paredes se desintegrarían, las personalidades se confundirían y los límites se solaparían unos con otros. Anna ya se había esmerado en agotar a los dos hermanos, ¿y ahora qué? El desorden se haría interior. Podría mezclarse la rabia, o peor aún, una recaída, con alcohol o drogas. Todos estos miedos daban vueltas en mi cabeza, pero nada me preparó para lo que al final sucedió. La más inesperada de todas las opciones: nada.

Descolgué el teléfono muchas veces durante esa primera semana e incluso marqué el número, pero colgaba antes de que nadie contestara. Supongo que me sentía incómoda, a decir verdad, preocupada por si algún nervioso silencio en mi voz delataba mi malestar ante esa situación. Y un día llamó Anna, preguntándome por qué no la había llamado. No fui lo bastante rápida como para entablar con ella una conversación sobre mis verdaderos sentimientos y mascullé alguna excusa.

—Pues ven a casa —dijo—. Whitey ha sacado la barbacoa.

Y así fue. Llegué con una ensalada de patatas y me encontré siendo la cuarta en discordia de un feliz trío.

Tengo una hija de doce años y un hijo de catorce. Vivimos solos. Sin un hombre. Sencillamente he tenido más que suficiente en cuanto a emociones afectivas y no quiero correr riesgos con mi corazón. El amor siempre comienza como algo bonito. En la otra persona siempre surge alguna chispa, una pintura frágil. Eso se termina desgastando y lo que hay debajo se vuelve transparente con el tiempo. El padre de mis hijos viene a casa y siento un dolor en el pecho justo encima de mi corazón. Tienen tantas ganas de verlo y yo lo tengo tan calado. Veo el yeso resquebrajado que solo se mantenía entero gracias a la pintura centelleante, una cáscara, el idilio. Hace una promesa y sé que no la cumplirá. Finge que puede permanecer en un mismo lugar, asistir a sus obras de teatro y sus partidos de algún deporte. Yo espero sentada en la habitación de al lado. Hasta ahora, todo lo que describo es lo típico, y así seguiría siendo, triste pero banal, si no me volviese tan furiosa que el mundo se redujera a veces hasta ese comentario suyo, esa mirada, y tengo que salir a caminar durante kilómetros por el nuevo camino de motonieve a través del bosque. Tengo que caminar para apaciguar mi corazón embravecido y la rueda negra de mis

pensamientos.

Yo, Carleen Thunder, tan lastimada por la ira que a veces no logro expresarme con claridad, ¿qué tengo que decir sobre una situación que no esté coloreada con mis propios defectos y mi siniestro, envidioso y sufriente corazón? Por eso solo llevo la ensalada de patatas a la casa de los Avetoros y la dejo sin miramientos sobre la mesa de pícnic. Aunque Anna y sus amantes estén tentando el caos más absoluto, no valgo para mucho más, yo y los pinchos que me han salido, las púas.

—Tiene buena pinta —dice Whitey.

—Como la de mamá —añade Arnold y roba una cucharada.

Anna le da en la mano y él suelta un quejido:

—Ay, uy, ay.

—Ve a ablandar la carne —le ordena Anna.

Arnold obedece y se dirige a la barbacoa, que está ya casi lista. Comienza a espolvorear una mezcla de condimentos Adolph sobre los filetes hasta cubrirlos con esmero de manera uniforme. Luego golpea cada uno con el mango del cuchillo. Mientras tanto, Whitey dispone los platos de cartón y los cubiertos de plástico. Sujeta una pila de servilletas blancas con una piedra. Hay gaseosa en una nevera portátil, pero no cerveza. Cuando rompe una bolsa de hielo delante de su pecho parece como si estuviera desafiando a alguien. Pero todos los hielos caen sin más. Ensimismado, Arnold saca ahora pepinillos y pimientos amarillos de sus frascos comprados en la feria del estado y los coloca en un plato de cristal.

—Vaya barbacoa más elegante —observo.

—¿Un pepinillo? —pregunta Arnold.

No hay entre ellos la más mínima tensión que yo pueda percibir, sin embargo barrunto algo en el fondo. Un fallo eléctrico. Al final de la cena, advierto algo en ellos, en cada uno de ellos, que zumba. Pero es un sonido en sordina, como un despertador sonando dentro de una maleta. Oh sí, charlan, incluso se ríen y se mueven con normalidad, y bromean. Pero hay aquí y allá un vacío en suspensión. Whitey sacudirá la cabeza y preguntará «¿Por dónde iba?», y Arnold no tendrá ni idea. Y Anna intentará reírse, pero en medio de la carcajada se le olvidará. Mirará de hito en hito a uno de los hombres durante un momento y luego empezará un nuevo tema de conversación totalmente diferente. Yo procuraré mostrarme escéptica, escandalizada, preocupada, pero en el peor de los casos solo estoy confundida. Y también un poco triste por ellos. De pronto parecen haber envejecido a toda velocidad en sus pensamientos activos. O si no, es que están drogados con sexo.

En un aspecto, al menos, Anna ha envejecido menos de lo que ninguna de las dos se imagina. Transcurre un mes. Y otro, y otro más sin ningún incidente memorable, aunque a mí me parece que se ve a Anna un poco más cansada, algo demacrada. Los dobladillos de sus vestidos cuelgan y no los remienda. Abandona la costumbre que

tenía de teñirse mechones de pelo para disimular las canas. También deja de hacerse la manicura. De hecho, ahora lleva las uñas sin pintar y se las muerde hasta dejarlas cortísimas. Están deslucidas como escamas hechas jirones. Aquello me preocupa y así se lo digo.

—Pero ya no me importa tanto mi aspecto —responde.

Con otras mujeres, eso podría una ser buena señal, pero no con ella. Sobre todo y curiosamente porque tanto Arnold como Whitey se han vuelto más despiertos, más altos e incluso más musculosos. Quizá compitan el uno con el otro, yendo a cortarse el pelo y haciendo pesas, pero cuanto mejor aspecto tienen ellos, peor aspecto tiene mi amiga Anna. Ha perdido la forma esplendorosa, arrogante y divina con la que entraba antes en una habitación. Se viene abajo, está enfadada, y una de nuestras noches de domingo, que hemos retomado, descubro por qué.

—Estoy preñada.

Habla con voz agria mientras aparta un plato de fideos chinos.

—¿Cómo es posible?

Ambas creíamos que se nos había acabado lo de tener hijos, de hecho que ya no podíamos tenerlos, y habíamos bromeado ante las ganas que teníamos de ese momento en la vida cuando las mujeres se echan hacia adelante para llevar a cabo sus deseos y dar sentido a todo lo que las rodea. Ese era nuestro plan.

—Lo estoy y punto.

Lanza una mirada crítica a sus descuidadas uñas. Se ha puesto máscara sin antes empolvarse las pestañas y la pintura se ha corrido debajo de sus ojos. Su boca lleva demasiado pintalabios y muestra un cómico aspecto rollizo. Parece un pez de colores de dibujos animados.

—¿Cómo te encuentras?

No sé qué más decir.

—Me encuentro hecha una maldita birria.

Me gustaría decirle «¡Límpiate! ¡Esta no eres tú! ¡Reacciona!», y «Vas a estar bien». Quiero decirle todas las cosas que dos mujeres que han sido las mejores amigas durante muchos años podrían decirse. Quiero entablar ese tipo de conversación contundente y comprensiva. Pero también sucede otra cosa cuando dos personas se conocen tan bien: sabemos cuándo la otra no está siendo sincera. Y si yo le dijera todas esas cosas a Anna en su estado de ánimo actual, solo me miraría, entrecerraría los ojos y soltaría: «Y un cuerno». Ella sabría que cualquier manera positiva de enfocar su situación sería una estupidez. Además, ya era la comidilla de la reserva. Ahora resultaría desternillante. Va a tener un bebé cuando debería ser abuela, y nadie, y mucho menos Arnold y Whitey, sabrá cuál de los dos hermanos es el padre. Pero entonces, Anna de pronto hace algo que me hace comprender que, a pesar de la situación desesperada por la que está pasando, conseguirá salir adelante. Deja que las lágrimas se derramen. Así como lo digo. No llora ni solloza ni se le taponan la nariz. Nunca fue así. Bombea gruesas y vistosas lágrimas desde el fondo de sus ojos, como

una verdadera catarata, y exclama:

—Yo solo quería una oportunidad, una oportunidad para ser Anna, una oportunidad que nunca he tenido en la vida.

Quizá sea su forma de llorar lo que me arrebató el alma. La irritante verdad es que incluso aunque se abandone y tenga el aspecto de quien acaba de levantarse de la cama todavía parece el tipo de mujer a la que un hombre desea llevarse de vuelta a la cama. Yo solo soy Carleen, la que siempre atiende cuando Anna comienza a repasar la saga de su vida y los motivos por los que, a pesar de su atractivo físico, sigue teniendo la autoestima por los suelos. Sentada frente a ella a la mesa del Beyond's, la escucho desgranar las espantosas cosas que otras personas le han hecho, primero con una mano y luego con la otra, y empiezo a sentir pena, no por Anna sino por esa criatura que se convertirá en un bebé y luego en un niño y que la tendrá a ella como madre. Sé que Anna se las apañará para encontrar la manera de hacer exactamente lo que le dé la gana, sea o no bueno para el bebé. También se me antoja que la única razón por la que Anna mantiene su amistad conmigo es porque nunca me he interpuesto en su camino. Otras que han sido amigas suyas fueron apartadas en el mismo momento de llegar a tener algo que ella desease: un trabajo, un hombre e incluso dinero. Las personas que peor le caen son aquellas a las que debe dinero. Como yo nunca he tenido ni dinero ni un hombre ni un empleo envidiable, he mantenido mi lugar en su vida. ¿Y cuál es ese? Mientras, allí sentada, observo su boca que se mueve, comprendo que sí tengo un lugar, o una razón de ser, y es la siguiente: he de ver a Anna tal y como es en realidad. Ella no lo sabe, pero ese es mi cometido. Y algún día servirá para algo.

Después de los tres espantosos primeros meses, Anna se adapta a las turbulencias de hormonas antagonistas y se convierte en una versión aumentada de sí misma. Es una criatura elegante y exquisita. Su cabello le cae por la espalda, más espeso que antes, y tanto Arnold como Whitey la tienen en palmitas. La llevan a la peluquería. Le compran fruta fresca y ropa nueva. Cumplen todos sus deseos. Ella desaparece para pasar el último mes en una calma submarina y borda con abalorios de forma obsesiva, no solo una manta para el portabebés sino también un traje tradicional para ella, pues se ha imaginado a sí misma, o se ha visto en sueños, ataviada con un vestido de piel de ciervo con largos flecos, un abanico de plumas de águila y un cinturón con un cuchillo de desollar en una funda adornada con cuentas. Está teniendo numerosos sueños místicos ahora y, en vez de reírse de ella, la gente comenta lo fuerte que está y que es una señal que tenga un hijo a su edad.

¿Una señal de qué?, me pregunto. Pero pronto me llega la respuesta cuando comienza a dar a luz, cuando las cosas se tuercen y cuando tienen que trasladarla en helicóptero hasta el gran y amplio mundo, donde salvarán a su bebé de forma espectacular. Una señal de esperanza. También Anna sale de toda la aventura con

estilo y elegancia. La gente sacude la cabeza ante el secreto ahora desvelado del arreglo de Anna, pero en cuanto nace el bebé, aceptan de alguna manera hasta las alianzas más improbables. Y así sucede con los tres nuevos padres. Se presentan en las reuniones del consejo, obras de teatro, *powwows* y ceremonias. Anna pide a una anciana que dé un nombre ancestral al bebé. Es una niña, por cierto, y a lo largo de los seis meses que Anna permanece con ella, se hace patente que es una niña que sobrepasa la media, con un berrido vulgar y ensordecedor y un pelo que crece en todas las direcciones. No es una monada.

Recuerdo esos seis meses de gracia. Ese periodo de tiempo cuando las hormonas de la lactancia mantienen fuerte el sistema inmunitario y el cabello que ha permanecido espeso durante todo el embarazo todavía no se ha caído. Es la época en que el bebé tiene el poder de atracción de todas las criaturas adorables e indefensas. El tiempo en que la gente te presta atención, hace gorgoritos y dirige pequeñas miradas al diminuto bulto que llevas contigo. Una vez transcurridos esos seis meses, el bebé comienza a desarrollar personalidad propia y ya te conviertes en una madre corriente con un bebé corriente. Para algunas personas tu bebé y tú incluso llegáis a ser molestos. La magia se desvanece. El pelo clarea. Te salen manchas en la piel y el cansancio comienza a notarse. Todo eso le ocurrió a Anna, y encima su bebé no era adorable. Su bebé era beligerante y le salieron los dientes muy pronto así como ronchas en las mejillas y la frente. Con tres series de hermosos genes, sin duda lo superaría. Pero hoy por hoy se encontraba en una época complicada. Anna se pasaba el tiempo en la consulta de los médicos del centro de salud indio, y comenzó a dejar a la niña cada vez más al cuidado de sus padres. No lo había hecho en un principio; ellos no tenían experiencia alguna con bebés al fin y al cabo. Pero un día vino a mi casa y no traía a la niña con ella.

—Uy, son estupendos con ella ahora —afirmó. Había venido a hablar—. Me acaban de ofrecer un trabajo en Minneapolis.

Esperó ver qué efecto me producía. No sabía muy bien cómo reaccionar, salvo haciéndole un montón de preguntas. Era un buen trabajo, serio, en la oficina de asuntos tribales de la ciudad. Parecía el puesto perfecto para Anna. Incluso le dejaban un apartamento, una oferta completa. Además sería jefa de otra persona. Tendría una ayudante.

—Lo único es...

Me lanzó una mirada elocuente, pero yo no deseaba terminar la frase por ella. No me apetecía hablar de lo difícil que podría ser, o no, abandonar a sus dos maridos. ¿Quién sabía lo que ella había liberado en su casa y qué bombas de relojería dejaría tras ella al marchar? ¿Cómo se lo tomarían? ¿Serían capaces de volver a ser sin más los hermanos Avetoros, los dos solteros raros?

Pero como siempre, eso no era todo.

—No puedo llevarme a la niña conmigo, evidentemente. Tendría que dejarla en una guardería, y he jurado... —su voz adoptó un tono noble y altisonante—, ¡que

jamás la pondría en una guardería! —Anna sacudió la cabeza con vigor—. Demasiados microbios. Y todavía no se conocen los efectos de las guarderías en el desarrollo global de los niños.

—¿Entonces vas a dejarla con Arnold y Whitey?

—¿Crees que debería hacerlo?

Sabía que era el tipo de pregunta que ya tiene respuesta al formularla. Además, es mi papel como amiga suya ver a Anna tal y como es. Así que le respondí:

—Desde luego.

Anna no regresó, por supuesto; la ascendieron a un puesto en Washington. Hará de lobby para los casinos. Las cosas están más tranquilas por aquí, pero mucho menos interesantes. Las ronzas de la niña desaparecieron, el pelo se le tornó negro, y con dos padres que la adoran perdió su agresividad y se volvió una niña alegre y curiosa, que siempre va a algún sitio subida a sus hombros. Ellos han vuelto a estar solteros, pero ahora son mucho menos raros. Forman parte de las cosas. Necesariamente. La niña crecerá en el mundo y los arrastrará allí con ella. Al fin y al cabo, ella les debe su existencia y desarrollo a esos dos tipos. Incluso apartó a Anna de esos hombres. Y cuando tantos niños de por aquí se crían sin padre visible, ella tiene dos. Dos buenos padres. Cuando sea lo bastante mayor como para interrogarse y hacer preguntas, y querer saber todo sobre su madre, quién es y por qué la abandonó, allí estaré yo para contárselo.

Un día, mientras almuerzo junto al lago, alzo la vista y veo un avetoro de pie en el agua, protegido por un diminuto y joven sauce. Un avetoro es una garceta, una garza elegante y torpe. Mientras como un huevo duro, observo el pájaro que finge no cazar. Alarga el sinuoso cuello y se entrecruza con la sombra del sauce. Parece que escucha el agua y entonces se queda quieto. De pronto un pequeño pececillo se agita en su pico. Nunca se ve a esos pájaros atrapando los peces por la rapidez con la que se mueven. Después, recuperan su silueta pintada. Por supuesto, siempre pienso en los hermanos Avetoros cuando veo a su pájaro tocayo, pero esta vez me golpea una idea estrafalaria y me echo a reír.

Carleen, digo yo, Carleen, nunca habías caído en ello, ¿verdad? Nunca lo habías comprendido hasta que observaste al avetoro fingiendo no pescar.

En mi cabeza, el avetoro aparece con un fardo atado al pico como una cigüeña. Un fardo rosa. Un pájaro henchido de orgullo. Arrugo la cáscara de huevo con la mano. No puedo parar de reír. Anna no utilizó ni a Arnold ni a Whitey, fue al contrario. Ella no les arruinó la vida ni destrozó sus sentimientos. Eso ya lo había hecho en el pasado. Y mira por dónde consiguieron quedarse con el bebé de Anna prescindiendo de Anna además. Oh, no hicieron ruido y nunca se les vio atrapar a su presa. Esos avetoros, esos hermanos. Habían estado esperando durante años.

Cuentos de amor ardiente

Podría decirse que literalmente me entregué a fondo en mi trabajo. Mi aparato reproductor financió mi futuro médico. No estaba con nadie, nadie en plan serio, pero salía con chicos sin parar. Por ello me puse un diu Dalkon a mediados de los sesenta. Ese chisme estuvo a punto de matarme: útero perforado, infección fulminante e histerectomía. Me sentí afortunada, al principio, de solo acabar estéril. Le resté toda importancia. Para empezar yo no quería tener hijos, argumenté para mí; si no, ¿para qué habría utilizado semejante artefacto? Me hicieron falta seis meses para sentirme furiosa y, entonces ya se había presentado una denuncia colectiva. Una amiga de Baltimore me proporcionó la documentación y me uní a las demás demandantes. Transcurrieron dos años, obtuve mi título universitario e ingresé directamente en la facultad de Odontología. Cuando me licencié, tenía a la vez mi diploma de dentista y mi indemnización de A. H. Robins, un cheque entre las manos que me sirvió para abonar la señal de una vivienda y un local profesional. Me las apañé como pude y convertí la desgracia en oportunidad. Así soy yo: nunca me doy por vencida. Sigo adelante. Jamás me he detenido (ni por un duelo, ni por una tragedia, ni por una enfermedad, ni por un contratiempo, ni por Jack, ni por nadie).

Hablo de sobrevivir como si fuese algo fácil, pero por supuesto es la tarea más difícil del mundo. A veces necesitas un ángel, un poquito de gracia, un visitante de otra dimensión.

A veces necesitas un perro.

Estaba lidiando con las secuelas de la conmoción tras comprender y asumir verdaderamente lo que significaba el hecho de que nunca podría tener hijos. Intentaba superarlo de todas las maneras ingeniosas posibles, como aceptando un número de pacientes imposible de atender, luego nadando kilómetro y medio en la minúscula piscina del gimnasio, haciendo pesas, leyendo cada libro de autoayuda de la biblioteca de Fargo, Dakota del Norte, durmiendo cuatro horas y, después, vuelta a empezar con la primera cita de una larga jornada que comenzaba a las siete de la mañana y terminaba a las ocho de la tarde. Esa es la manera noruega de superar tiempos difíciles: negación, trabajo duro y más negación. Después se añadió el bourbon seco. Acudí a la consulta del doctor Hakula, un psicoterapeuta, seguí un programa en doce pasos y entré en contacto con mi fuerza superior. Después, mi fuerza superior se cortó y mi fuerza inferior volvió a mí con ímpetu. Volví a beber, pero menos que antes. Comencé a centrarme en mis pacientes. Me obsesioné con su bienestar. Viajé, vi los fiordos, Estocolmo y Copenhague. Después, regresé a casa. Considero mi vida con un antes del diu y un después del diu. Un día, leí mi horóscopo. «Sal fuera», rezaba. Me senté en mi cómoda y alfombrada casa, recién

construida, y miré a mi alrededor. Afuera, crecía el césped. La hierba estaba tan alta que se doblaba. ¡Hora de cortar!

El inmenso césped que rodeaba la casa de dos habitaciones venía equipado con un tractor cortacéspedes para cuidarlo y lo utilicé. Recorrí casi una hectárea, una magnífica terapia; después, me bajé de la máquina y metí la hierba en bolsas. Cargué las bolsas en el maletero del coche y me dirigí al vertedero entre el olor a hierba recién cortada. Había una zona de abono. Llevé la hierba hasta allí, detuve el coche y, cuando estaba descargando las bolsas del asiento trasero y el maletero, mis ojos se toparon con un hombre que bajaba de una camioneta. Era un individuo grandote y corriente, lo que me llamó la atención al principio, vestido de forma neutral. De la camioneta saltó un perro, también un perro de lo más corriente, pero con un aire despierto y picarón que me gustó. Con el hocico alzado, el perro brincaba examinando todo lo que le rodeaba. Avanzó al trote hasta el borde de la fosa y lanzó una mirada al fondo, contentísimo. Volvió la cabeza hacia su amo, que estaba cargando un arma.

La vista del perro y del hombre cargando la pistola no hicieron mella en mí, salvo que me chocó que se permitiera que la gente matara ratas. A ver, eso es lo que yo pensé en un primer momento. Esas prácticas eran peligrosas. No pensaba intervenir, pero entonces yo no sabía que Jack era Jack, claro. Habló con dureza y dio una orden al perro. El animal le lanzó una mirada llena de desdén, se acercó y puso la pata sobre la rodilla de Jack. Cuando este dio una patada al perro, el animal se sentó delante de él y levantó la cabeza, expectante.

—Muy bien —dijo Jack—. Muy bien, hijo de perra. Quédate ahí sentadito, chucho.

Jack sacó una galleta del bolsillo, se la dio al perro y, a continuación, mientras el perro la comía, dobló el codo y apoyó la pistola en el antebrazo. Dio un paso atrás y suspiró.

Me incliné por la ventanilla de mi coche y toqué el claxon. Jack miró a su alrededor hasta que me vio y yo le hice seña con la mano de que esperara. Subí al coche y recorrí los veinte metros que había hasta él. Mantener el coche cerca de uno en las situaciones potencialmente límite, esa es mi teoría: una piel metálica y una huida rápida. Aparqué el coche a su lado, pero no me bajé, solo bajé la ventanilla. Entonces fue cuando reconocí a Jack como el Jack con el que había salido en el instituto. Lo llamé. Él parecía estar atónito, alarmado e incómodo (del modo en que uno se siente después de tantos años), pero en absoluto avergonzado por lo que estaba a punto de perpetrar.

Le pregunté qué hacía, con tono afable, y él me respondió, con el mismo tono afable, que se disponía a pegarle un tiro a su perro cuando yo lo interrumpí, y qué tal estaba yo en estos tiempos.

—¿Ha hecho algo malo el perro? —pregunté.

Jack se acercó, levantó el bajo del pantalón y me enseñó la larga venda de gasa.

—Quince puntos.

El perro parecía muy orgulloso de sí mismo. Esbozaba una especie de sonrisa, una mueca extraña y vacilante.

—¿Sabes qué? En vez de matar al perro, ¿por qué no me lo vendes? —le propuse. Jack se echó a reír.

—Es un perro violento. —Su voz era como una palmadita en la cabeza—. Te arrepentirás de tenerlo.

Hurgué en el bolso y saqué diez dólares.

—Ni hablar —dijo—. Ya me estoy viendo una demanda así de grande.

—Prueba esto: ADPCA^[13].

—¿Eso qué es?

—¿Por los viejos tiempos?

Se acercó más.

—Olvídalo —dije—. Ya veo que tendré que ponerme seria.

Siempre guardaba un billete de cien dólares escondido en el apartado para fotos de mi cartera (algo que aprendí cuando viajaba). Lo extraje y agité ante él junto con el billete de diez dólares.

—Me vas a vender ese perro.

Jack miró el dinero con codicia, pero sacudió la cabeza y sonrió.

Cuando enseñó la dentadura, vi una caries que iba invadiendo la parte superior izquierda de su incisivo derecho.

—Abre la boca —ordené, dejando de un lado el modo encantador y guardando el bolso.

—¿Qué?

—¿Cuándo te cepillaste los dientes por última vez?

—¿Qué demonios...?

—Hablo en serio. Ahora soy dentista.

Dócil, solo medio burlón, Jack se inclinó junto al coche, con el arma colgando de la mano. Abrió la mandíbula de par en par. Examiné lo que podía ver a simple vista, mientras el perro nos observaba.

—Te propongo un trato —dije.

Cerró la boca, se enderezó y preguntó si era lo que se imaginaba. Me encogí de hombros.

—Es imposible saber lo que te pasa a ti por la cabeza, pero yo te propongo lo siguiente: tú me das el perro y yo te arreglo la boca. Yo no suelo hacer daño. Te juro que como te haga daño, podrás marcharte sin más. Me das pena, Jack, de verdad.

Asintió.

—Acabas de comprarte un buen montón de problemas —advirtió.

—Suele ser más barato. —Volví a mirar su pierna—. ¿Quince puntos?

—Más esto.

Levantó la mano para coger mi tarjeta de visita y la manga se deslizó por su

brazo, marcado con cicatrices de mordeduras.

Me llevé el perro a casa, y es verdad que mordía por puro miedo. Intentaba hincarte los dientes antes de que pudieras clavarle tú los tuyos. Lo comprendí. Tuvimos nuestras buenas peleas. A veces yo le agarraba una oreja con cada mano y él me enseñaba los colmillos, dispuesto a echármese encima, pero antes habría tenido que perder las orejas. O yo pisaba con fuerza el collar estrangulador si arremetía contra mí. No tardé mucho en tener calado a ese perro, y cuando al fin él me caló a mí, fue la relación perfecta. Pepperboy estaba hecho para proporcionar una devoción inconmensurable. Pero entonces, por supuesto, la vida se complicó.

Jack pidió una cita y acudió una mañana, más bien tarde. Abrió la boca y Andrea, mi higienista dental, intentó no reaccionar y solo le hizo las radiografías. Hicimos unas veinte. Seis piezas necesitaban endodoncia. Tenía un umbral de dolor que resultaba asombroso y lo que sí percibía lo trató con mucha rabia, supongo, y con Jack Daniel's. Decía que no podía precisar de dónde provenían esas sensaciones, que las sentía por todas partes. Decía que llevaba meses sin dormir, que el problema venía de muy atrás, de muchos años antes. Cuando apoyaba la cabeza en la almohada, era como si su cabeza creara una conexión eléctrica (como si todos sus dientes se afianzaran a su sistema nervioso y palpitaran sin descanso).

Pedí a Jack que se sentara y luego se tumbara en el gran sillón, y lo entumecí por completo. Cuando el dolor en sus dientes pasó, se le llenaron los ojos de lágrimas. Sentí mucha lástima por él, por ese tipo grandullón, mi antiguo novio y todo eso, convertido ahora en una piltrafa humana. Un cachorro. Lo atendí con especial delicadeza y, después, le anuncié que nos íbamos a ver bastante a menudo a lo largo de los siguientes meses.

Durante esas visitas, entre dos radiografías, mientras esperábamos a que la novocaína hiciera efecto, conversábamos. Me contó toda su vida desde que salió del instituto. En cuanto me habló de su reciente divorcio, entendí lo de sus dientes. Los divorciados suelen descuidarse la boca. Después de su primer matrimonio con Eleanor, Jack se pasó un año, luego dos, persiguiendo y atrapando en sus redes a todas las mujeres con las que se cruzaba. Durante esa época, por supuesto, dejó que su higiene bucal fuese degenerando. Sin mencionar el hecho de que siempre le habían gustado los dulces, un rasgo que había heredado de su padre.

Quedamos, era mi primera cita con Jack desde el instituto. Tan solo era un almuerzo. Había colocado la última corona en la última muela; se supone que era como para celebrar la nueva boca de Jack. En realidad, fue más bien una celebración en honor a la otra parte favorita de Jack. ¿Lo primero que me dijo?

—Me lo he tirado todo en Fargo.

Me lo anunció con tono trágico mientras estudiábamos la carta en una mesa pseudoantigua, decorada con barras de cobre y cristal esmerilado. El Old Broadway ofrecía grandes ensaladas, motivo por el que me gustaba comer allí. Cuidaba la línea.

—Esa declaración es tu mayor problema, Jack, si solo te tomaras un minuto para analizarlo.

Cuando comenzó a venir a verme, fue solo por los dientes, pero a lo largo de las visitas, empezó a pedirme una ayuda más enfocada a su vida privada. Al principio, reaccioné con gran recelo. Sabía quién era y cómo era, lo que solo suele pasar con los hombres que se han compartido con las amigas del instituto. Para mí, Jack era mucho más que transparente: era invisible, una especie de hombre-niño. Lo observaba cuando comía; no, radiografié la parte de él a través de la cual todavía no había mirado; casi pude ver el recorrido de la comida como en un esquema de ciencias naturales. Me dejó mareada. Jack devoró un enorme y compacto sándwich caliente de tres pisos que venía acompañado de una cesta de patatas fritas. Se tomó un par de tragos, un Bloody Mary y una cerveza, y una crema de postre. Era fuerte, pero en absoluto gordo, solo recio, robusto y musculoso, y en aquellos días su energía estaba mermada, pero era infinita. Decía que podía pasarse noches enteras durmiendo tan solo una hora o dos, trabajando las veinticuatro horas, animando a su cuadrilla o increpándola, maltratando a sus obreros en las obras de construcción para que hicieran esfuerzos de locos que a veces casi los mataban de agotamiento nervioso. Ya era conocido por terminar las obras dentro de plazos y presupuestos. En la construcción solo era necesario cumplir eso una vez para convertirte en una leyenda.

Supongo también que en aquellos tiempos yo lo veía como a un hombre que iba a ganar mucho dinero —no es que el dinero influyera en mis sentimientos, entendedlo, sino que simplemente sentía cómo se desprendía de sus hombros con un suave crujido cuando se enderezaba—. Tinta nueva. Papel. Pero su sonrisa era una imprenta de falsificador.

—Jack, cielo —le dije aquella primera vez, procurando no parecer que tuviese el más mínimo interés personal en los asuntos de su vida amorosa, que con toda sinceridad no deseaba abordar ni por casualidad—. Tal vez ya va siendo hora de que te des cuenta de que en el plano sexual eres un hombre de Neandertal.

Dejé que el comentario flotara en el aire un momento, pero Jack había desviado su mirada triste y sombría lejos de la mesa y ahora estaba puesta con lúgubre claridad en una camarera de anchas caderas, que le respondió haciéndole una peineta.

—Tienes razón —asintió Jack con determinación, al tiempo que hincaba el diente a su sándwich de tres pisos—. Me he enemistado con todas las mujeres que han pasado por mi vida, salvo tú. Comprometámonos o algo así, Candy.

Dejé el tenedor en el plato.

—Mírame.

Jack obedeció, dejó de comer y me mostró un rostro abierto desde el otro lado de la mesa. Sé el aspecto que puedo tener, imponente, sobre todo después de que dejara de beber. Soy una mujer recia con el pelo corto y liso y la cara repleta de pecas. La gente me encuentra encantadora. Mejor así. Me alegro de dar esa impresión. No lo soy, aunque ofrezco una cara de granjera que inspira confianza. Tengo muy buena

circulación. Siempre tengo una piel rosada y cálida. Debajo de todo eso, soy dura de roer.

—Soy el tipo de mujer que te dejaría tirado enseguida —informé a Jack—. Trátame bien y te haré infeliz.

Jack alargó las manos.

—¡No lo entiendo!

—Deja que te lo explique en dos palabras. No me interesas, Jack. Tú solo estás desesperado. Pero lo que necesitas es a alguien estable y fuerte y, sobre todo, indulgente.

Jack se puso a comer de nuevo, introduciendo la comida dentro de su cuerpo de forma constante y metódica.

—Debes de tener razón —asintió—. Estoy seguro de que sí. Pero el problema es que no me atrae el tipo de mujer que debería amar.

—Sigue mi consejo, o no lo hagas. Me tiene sin cuidado.

Jack alejó de sus labios el bocado de su tarta de crema de coco, bajó el tenedor lentamente, clavó los ojos en mí por primera vez y frunció el ceño.

—No lo dudo —dijo con voz dulce—. Pero ¿y tú qué? Las he pasado moradas, y es posible que haya aprendido algo sobre mis limitaciones. Quizá no te fíes de mí porque me conociste hace años. Me tomo el amor de juventud en serio. Pienso en ello. ¿Te has preguntado en alguna ocasión si quizá no estábamos hechos el uno para el otro? ¿Te has planteado que tal vez me conoces tan bien que estás absolutamente ciega y no ves lo mucho que he cambiado? Por supuesto que no me conoces del todo, ya no.

—Aquello ya se me ha olvidado.

—No es verdad.

Nos miramos fijamente por encima de los vestigios de nuestro almuerzo, los platos repletos de restos y los vasos empañados. Lo observé detenidamente en busca del menor indicio de que sus palabras fueran taimadas o arteras, pero esquivó mi mirada. No me ponderó ni esperó a conocer mi reacción, sino que volcó su atención en el grano barnizado de la mesa. Mientras yo esperaba, percibí ese diminuto movimiento, el chirrido del embrague, y de pronto algo pasó que no estaba ahí antes, un flogonazo de especulación, un aroma a lo desconocido, a la curiosidad, ese componente esencial de la atracción sexual.

—No jodas conmigo.

Creo que mi voz vaciló, aunque solo un poco.

Después, allí mismo, en la mesa, con la gente dando vueltas a nuestro alrededor sin advertir nada de nada, Jack alargó la mano como si tal cosa y tiró del cordón del cuello, el lazo de mi blusa de seda roja. Llevaba algo de alambicado encaje negro debajo, y cuando se abrió el escote, sentí cómo Jack asimilaba la existencia de esa prenda. Lo dejé mirar, con gesto frío, y luego volví a atarme el cuello.

—Esto es lo más que vas a llegar a ver —afirmé. Pero estaba turbada.

Era por su forma de sonreírme, una vez que hube acabado de hacerme el nudo, con ese gesto arrepentido pero sin reparos, a sabiendas de que tendríamos que ir más allá. Fueron la manera con la que atacó de nuevo la nata que coronaba el trozo de tarta y el modo en que me miró por encima de la masa. Fueron su mano firme en el tenedor, la sombra en el nacimiento de su cuello y los dos centímetros de pura preocupación entre sus cejas. Lo que me terminó de convencer no fue nada que yo pudiera nombrar ni que tuviese realmente un fundamento racional y, sin embargo, de pronto no hubo salvación posible. Con cada una de mis relaciones he experimentado algo parecido a ese momento de lucidez. Todo parecía demasiado real. Mi aprensión ante el futuro se me vino encima con todo su peso. Me temblaban las manos y mi ropa parecía demasiado pequeña y apretada. Pude notar las arrugas en mi cara, una quemazón en las sienes, la presión en el cráneo. No podía respirar, no podía llenar mis pulmones de aire. Me invadió una sensación de malestar y desesperación, y, después, al final, un amor puro, un manto de amnesia y esperanza.

La mujer antílope

Solía recorrer todas las *powwows* del oeste, aunque yo mismo sea un indio de ciudad, un maestro en las escuelas municipales. Llegaba a Montana (Arlee, Elmo y Missoula), me daba una vuelta por la reserva de Rocky Boy y luego bajaba hasta la feria de los crows. Me gustaba estar allí, en esa árida inmensidad; eso era al principio, claro, y hasta el año pasado. Resultaba relajante, todo un bálsamo, poder dejar que mi mente vagara por el misterio del horizonte donde el cielo se une con la tierra.

Ahora aquella línea y su mentira me inquietan.

El cielo y la tierra se tocan por todas partes y en ninguna parte, al igual que el sexo entre dos desconocidos. No existe ninguna definición ni unión segura. Como te dé por perseguir esa línea, se te escapará a la misma velocidad a la que ibas antes. Con el corazón desbocado y el aire quemándote en el pecho, seguirás adelante. Solo los seres humanos entienden el horizonte como un lugar en sí mismo. Pero al igual que el amor, nunca lo alcanzarás. Jamás lo atraparás. Jamás lo conocerás.

Los espacios abiertos le juegan malas pasadas al cerebro. Aparecen y desaparecen en un santiamén. Supongo que no deja de ser sorprendente que conociera a mi esposa en las llanuras, mi bienamada rosa, Ninimoshe, pariente cercana, novia enamorada, la única a la que consideraré siempre mía. No me concedo mérito alguno de lo que sucedió, ni culpa, ni tampoco me importa lo que la gente piense ahora de mí (evitan mirarme a la cara e intentan no pisar las huellas que voy dejando).

Solo quiero estar con ella, o estar muerto.

Jamás pensaríais que un hombre tan corriente como yo pudiera conquistar a una mujer que atrae las miradas de los demás en la calle. Sin embargo, hay circunstancias e hijas que triunfan, y algunas maneras de actuar. Y también puede que yo tenga ciertos talentos.

Estaba sentado bajo el toldo de rayas allá en Elmo, con la intención de vender tortugas talladas. Nunca se sabe lo que va a funcionar o lo que no. A veces compran mocasines para bebés, adornados con cuentas, del tamaño del dedo gordo del pie. O la moda son pañuelos baratos, corbatas de bolos o cascabeles. Puedo haberlo vendido todo antes del mediodía si calculo mal mi abastecimiento, mientras otra persona instalada a mi lado que se haya traído un camión entero amasa el dinero a manos llenas. En esas ocasiones, lo único que puedo hacer es mirar. Pero ese día, yo tenía las tortugas. Y esa gente estaba loca por las tortugas. Una señora compró tres (una de jade, otra de malaquita y la tercera de turquesa). Otra mujer adquirió siete, todas ellas pequeñas. Otra más compró un anillo de tortuga. Eran las mujeres las que compraban las tortugas, las que compraban todas las cosas.

También había vendido plumas de guacamayo, y había obtenido un buen precio por ellas. Tenía una caja de preciosas y antiguas joyas de los navajos, que habían sido empeñadas y que yo había mandado bendecir, porque el espíritu de las personas que habían llevado esas turquesas parecía habitar esas joyas, o al menos eso creo. Se obtiene una pieza de un pobre borracho a cambio de dinero para llenar el depósito, o directamente se roba sin más (lo que quiero decir es que llega a las manos de un comerciante de malas maneras y ha de vigilarse). Poseo una pieza rara que nunca he vendido, una pulsera antigua de plata adornada con una turquesa verde glaciador con forma de ala. He de confesar que solo puedo sujetar esa joya un instante, porque cuando saco brillo al adorno hay días que, en mis manos, parece cobrar una vida secreta, un dolor secreto.

Justamente cuando estoy guardando esa pieza antigua pasan delante de mí. Cuatro mujeres tomando unos helados granizados mientras se dirigen tranquilamente hacia los terrenos de la *powwow*.

¿Quién no podría fijarse en ellas? Levitan por encima de las demás montadas sobre unas piernas incansables y elásticas. Cuesta reconocer ahora de qué tribu es la gente, nos hemos mestizado tanto (por mi sangre corre un Buffalo Soldier, un soldado negro, estoy seguro, y por otra parte soy un ojibwe por los cuatro costados). Todo un Nanapush, una historia en sí misma. Estas damas no son desde luego de ningún lugar que yo conozca. Sus trajes de danza son sencillos: vestidos de piel curtida, joyas de hueso, una piel de ante blanca por delante y dos paños de piel de ante por detrás. Elegantes y con mucho estilo, marcan un nuevo criterio de sencillez. Hacen que todas las demás a su alrededor parezcan chabacanas o atrevidas, un poco ridículas en sus intentos de llamar la atención de los jueces.

Contemplo a estas mujeres que posan los labios en su helado. Agachan la cabeza con media sonrisa y besan suavemente los gránulos helados. Mientras sorben el zumo de lima y arándanos, sus ojos negros y tiernos no se despegan de la muchedumbre, y aun así siguen avanzando. Sin esfuerzo. Con facilidad. Esa falta de esfuerzo es lo que las vuelve tan encantadoras. Todos nos esforzamos demasiado. Esmerarnos desgasta nuestro filo y desluce a los mejores de entre nosotros.

Me impregno de esas mujeres como si fueran aire. Respiro hondo. Mi corazón se encoge. Algo en ellas se asemeja a las pulseras de antigua turquesa. A pesar de los secretos de esas gemas, hay veces en las que no puedo resistir tocar y acariciar su luz. Necesito estar cerca de esas mujeres y saber algo más. No puedo dejarlas solas. Miro lo que me rodea (la furgoneta, la tienda, el toldo, los abalorios, las sillas, los pañuelos, las joyas, las mesas plegables, una caja registradora y un par de tortugas) y me quedo sentado, lo más tranquilo que puedo, ante mi tenderete en medio de esos objetos. Aguardo. Pero cuando no reparan en mí, decido actuar con firmeza. Encargo a mis vecinos, una familia de Saskatoon, que vigilen mi puesto y sigo a las mujeres.

Al principio camino de puntillas, después alargó el paso, casi las pierdo, pero me da miedo acercarme demasiado y que me descubran. Terminan dando una vuelta a la

pérgola, entran en medio de un canto intertribal y, juntas, avanzan bailando al centro de la pista. Me apoyo en un poste para contemplarlas. A algunos bailarines se les ve sudar y pisotear con fuerza el suelo de serrín, de hierba, de hierba artificial o de gimnasio, qué sé yo. Otros bailarines se achicharran y sus rostros se ensombrecen con el esfuerzo. Y hay otros a los que uno nunca entiende cómo pueden moverse así, de dónde sale tal capacidad. Son uno solo con su esfuerzo. A aquellos se les entrega el corazón y eso mismo me sucede a mí: me arrellano en un banco para contemplar a esas mujeres y si bien suelo ensimismarme y las cicatrices que me han dejado los golpes de mi padre me molestan y me duelen, esta mañana estoy hecho de la madera más lisa. Bailan juntas formando una fila mientras susurran con voz viva y profunda, y sonríen con cautela porque son demasiado orgullosas como para querer mostrar toda su belleza. Tienen los pies livianos y la gravedad de la gracia perfecta.

Llevan el cabello peinado de maneras diferentes. La hija mayor tiene el suyo recogido en una sencilla trenza. La siguiente lleva un sofisticado moño. El cabello de la más joven está sujeto en una coleta lisa con una concha redonda. En cuanto a la madre (pues deduzco que debe de ser la madre, ante todo, por cómo se mueve, con la seguridad de la consolidada gracia de todas ellas), lleva una larga melena suelta.

Negro como el paraíso, con reflejos ruanos y arroyos morenos, olas tan profundas como corrientes, un río de fragante crepúsculo. En la mano derecha sujeta un abanico de plumas de un águila de cola roja. Esas aves siguen a los antílopes para caer sobre los ratones de campo que la manada en movimiento alborota. De pronto, cuando levanta el abanico en el aire, se me hiela la garganta. Oigo a lo lejos y en mi propia mente y corazón el agudo trino del águila precipitándose, un sonido solitario tan salvaje como los corazones salvajes.

De regreso detrás de mis mesas, más tarde, coloco cada artículo de manera atractiva. Me abastezco de té helado y gaseosa y me siento a esperar. Para vigilar. Para atraer también, si lo consigo, pero no hay mucho que yo pueda hacer para mejorar mi aspecto. Me he ensanchado en exceso de tanto sentarme en mi cómoda silla plegable, y soy demasiado alegre para que me consideren de una belleza peligrosa. Mi pelo, del que me siento orgulloso, es rizado y negro, y lo llevo recogido en una coleta o una trenza. Pero tengo las manos gruesas y torpes. El único ejercicio que hacen es recibir y contar dinero. Mis ojos resultan demasiado solitarios; mis labios, demasiado ansiosos por esbozar una sonrisa, y mi corazón, demasiado ardiente con tal de complacer.

No importa. Las mujeres se acercan caminando sobre la hierba pisoteada y, de todas formas, de nuevo no reparan en mí. Pasan por delante de los demás puestos, examinan algunas cintas de música y señalan unos cinturones con hebillas adornadas con cuentas y camisetas Harley. Se piden un refresco, comen tacos indios y compran unos *muffins* de arándanos en un puesto de comida. Vuelven para observar de pie las apuestas indias y el juego de los palillos. Desaparecen y vuelven a aparecer. La madre

examina el pie de su hija. ¿Se lastimó? No, solo es un trozo de chicle que se le ha pegado. Durante todo el día las sigo con la mirada. Durante todo el día no tengo el menor éxito, pero sí decido cuál de ellas quiero.

Hay quien prefiere ir a por la espiga, el brote, el precioso retoño, la más joven y deslumbrante, los ojos de los párpados más oscuros. Yo soy lo bastante fuerte, o al menos eso creo, como para ir a por la fuente: la madre. Es todas las demás resumidas en una sola persona, me parece. Es la visión sin diluir de sus distintas bellezas. La madre es la que quiero intentar conseguir. Mientras me duermo, me imagino estrechándola entre mis brazos, ese delicado poder. Mis ojos se cierran, pero aquella noche algo perturba mis sueños.

Estoy corriendo, corriendo y debo seguir corriendo. Me despierto, sobresaltado y jadeante. El campamento está a oscuras. Todas mis pertenencias pueden recogerse con facilidad y me digo que tal vez deba hacer caso al presagio. Levantar el campamento en ese mismo instante. Marcharme. Irme a casa. Volver a la ciudad, a Minneapolis, Gakaabikaang como la llamamos, donde todo está colocado pulcramente en filas y claramente etiquetado, donde uno puede esconderse del horizonte y olvidar. Sopeso la idea y entonces oigo los sonidos de una apasionada y solitaria canción del juego de los palillos que se eleva todavía, la voz de un anciano que derrama una despiadada ironía sin nada que se le atragante.

Me dirijo hacia la linde de la luna naciente.

Permanezco de pie mientras escucho la canción hasta que me siento mejor, ya preparado para instalarme y descansar. Mientras me abro camino entre las tiendas de campaña, sin embargo, diviso a las cuatro mujeres que caminan otra vez (pasan delante de mí a toda velocidad y sin hacer ruido esta vez, riéndose). Avanzan como una ola, vestidas con pálidos pliegues de calicó. Alargan el paso, luego aceleran más. Me lanzo al trote lentamente y, después, acabo corriendo tras ellas, primero a un ritmo normal y luego con más esfuerzo, poniendo todo el corazón en la persecución; todo mi cuerpo pedalea hacia delante, aunque ellas no parecen haber echado a correr. Su paso ágil las conduce hasta el límite del campamento, repleto de matorrales y salvia, malas hierbas y pastos demasiado consumidos, y desde allí hasta animadas colinas. Un plan se dibuja en mi mente. ¡Encontraré el lugar donde acampan y lo marcaré! Por la mañana me pasaré por allí con café y las cogeré desprevenidas. Pero sobrepasan el límite del campamento y de la última tienda. Yo también. Serpenteamos una y otra vez por espacios bañados por la luz de la luna, cada vez a más velocidad, pero es inútil. Me dejan atrás. Se adentran en la oscuridad de la noche.

Tengo el corazón encogido y desbocado, desbordante de anhelo, y necesito ayuda. Debemos estar cerca de la hora en que se tornará gris con el alba. Las noches de verano en la montaña son tan cortas que los pájaros apenas dejan de cantar. Sin embargo, al amanecer, el aire se aclara y refresca. Ahora el anciano, cuya aguda y cascada voz sonaba alegre mientras amasaba dinero en la tienda de las apuestas, finalmente enmudece. Lo conozco, es Jimmy Badger, o lo conozco de oídas en todo

caso, como un viejo hechicero del que se habla en voz baja con respeto. Adivino que su equipo ha ganado, porque los demás pliegan sus sillas con estruendo y se marchan entre gruñidos. Jimmy se apoya en un nieto. El muchacho lo sujeta mientras camina. El cuerpo de Jimmy está torcido debido a la artritis y los años. Respira con dificultad. Hacen una pausa, me acerco a él, le estrecho la mano y le explico que necesito un consejo.

Insta a su cansado nieto a que se vaya a la cama. Tomo al hechicero del brazo y lo acompaño por un terreno accidentado hasta el lugar donde está aparcada mi furgoneta. Saco una silla plegable, la abro y lo instalo en ella. Hundo la mano en mis reservas, encuentro una trenza de tabaco y se la doy. Después, añado unas madejas de abalorios y unos tres metros de regaliz para sus nietos. Una manta, que también le entrego. Saco otra manta, se la pongo sobre los hombros y sirvo café todavía caliente en el tapón del termo. El hombre se lo bebe clavándome sus penetrantes ojos. Es un hombre enjuto, que tiene en la mirada una expectante intriga, y sus retorcidas manos de jugador han adoptado formas inteligentes. Tiene boca de jugador de póquer y una mata de precioso pelo gris hierro que le cae por la espalda. Lleva un desgastado sombrero fedora adornado con abalorios y una cinta plateada, y una chaqueta vaquera nueva que sin duda ha ganado en las tiendas de *blackjack*.

Yo soy un ojibwe, le digo, así que no sé mucho de las llanuras. Soy más un indio de los bosques, un tipo criado en la gran ciudad. Explico a Jimmy Badger que poseo un permiso de caza ganado en la lotería y que voy a conseguirme un antílope. Necesito algún filtro de antílope, le digo. Sus hábitos me tienen confundido. Necesito un consejo sobre el modo de atraparlos. Me escucha con suma atención, luego esboza una leve y agradable sonrisa que deja al descubierto unos dientes resquebrajados.

—Hablas de los viejos tiempos —dice—. Todavía hay gente que caza antílopes, pero claro, los antílopes no saltan las vallas. Ahora son fáciles de atrapar. Basta con que los sigas hasta que lleguen a una valla. No saben saltar muy alto, ¿sabes?, solo brincan hacia adelante.

—Entonces me aventajarán —respondo—. Voy a cazarlos en un espacio abierto.

—Ah, vaya. Entonces la cosa cambia.

En ese momento, saca la pipa, deja que yo se la encienda y, durante un largo rato, permanece sentado fumando.

—Verás. —Lentamente endereza su encogido cuerpo—. Los antílopes son gente curiosa. Se acercarán para comprobar cualquier cosa que no entiendan. Agita un trapo en el aire allí donde te escondas, una bandera. Pero solo de vez en cuando, no de forma regular. Son seres curiosos, se detendrán, se fijarán. Pronto acudirán a investigar.

Al día siguiente, por tanto, monto mi tenderete exactamente de la misma manera que la víspera, solo que dejo a un lado un retal de romántico calicó, un algodón blanco con pequeñas rosas de pitiminí. Cuando las mujeres se acercan, dando vueltas

por los puestos nuevamente, agito la tela. Solo una vez. Llama la atención de la más joven, que me mira fugazmente. Pasan de largo. Y vuelven a pasar. Creo que he fracasado. Vuelvo a agitar la tela. La hija mayor se gira. Me observa por encima del hombro durante largo rato. Sacudo la tela. Sus ojos son penetrantes y atentos. Después, se echa hacia atrás, se ríe ante su madre y le tira de la manga.

Enseguida están conmigo.

Echan un vistazo a mi puesto. Al principio soy invisible, pero no por mucho tiempo. Una vez que consigo aproximarme lo suficiente, comienzo a cercarlas con mi palabrería de vendedor (se me da muy bien, tengo mucha labia para despertar el interés de los clientes). Mis productos son todos de primera calidad. Mis historias encierran historias. Mis bordados de cuentas están elaborados por parientes y amigos cuyas historias se ramifican en un conjunto de laberintos cada vez más complejos. Hablo con cada una de las mujeres, lanzo comentarios agradables y levanto una serie de vallas y cancelas. Son unas mujeres muy vergonzosas y educadas, tímidas, tal vez estrictas. Las muchachas solo hablan un poco y la madre nada en absoluto. Cuando no comprenden una broma, bajan las pestañas y se miran unas a otras con una complicidad mutua. Cuando se ríen, se tapan sus deliciosas y tranquilas bocas con la mano. Se le iluminan los ojos, maravilladas, cuando doy a cada una de ellas unos tubos de refulgentes abalorios, algunos botones de cuerno y una cinta de música tradicional.

Intentan esfumarse. Yo sigo hablando. Les pregunto si han comido ya, les digo que tengo comida y les muestro mis provisiones de alubias guisadas, maíz, pan frito y galletas de melaza. Les preparo unos platos llenos y pongo un poco de música en la radio del coche. Sigo hablando, sonriendo y contándoles mis chistes hasta que las chicas bostezan una vez. Las sorprendo bostezando, así que les abro mi carpa, plantada justo al lado, tan agradable y acogedora. Gustoso, las invito a echarse sobre la mullida montaña de mantas y sacos de dormir. Sus ojos negros destellan y, recelosas, miran a su madre, pero yo repelo su preocupación y les hago una seña para que entren con mi mejor sonrisa de comerciante.

A solas los dos. Ella y yo. La madre me escucha, amable y cariñosa. Dejo que mis ojos se detengan en ella un poco más, y más cerca, hasta que encuentran los suyos. Y cuando nuestras miradas se cruzan, nos miramos detenidamente, sin poder apartar la vista. Sus ojos son muy negros, llenos de una luz escarpada, y recelosos. Los míos son castaños, inquisitivos y ansiosos, estoy seguro. Pero aguantomos la mirada y solo puedo decir que no encuentro una excusa adecuada para lo que sucedió a continuación.

Nos subimos a la furgoneta mientras ella sigue presa de mi palabrería y mi mirada. Creo que se siente desconcertada por la manera en que yo la deseo, que no se parece a la de ningún otro. Lo sé en el fondo de mí. La deseo de una forma nueva, una forma de la que nunca le han hablado, una forma que no era la del padre de sus hijas. Segura, quizá desesperada. Tal vez incluso inapropiada, pero no sabe cómo

resistirse. Como digo, la hago subir a mi furgoneta. Comienzo poniendo una música lenta, que ella finge no haber oído nunca. Sonríe levemente, un poco nerviosa, y aunque no habla, no utiliza palabras al menos, comprendo sus miradas y sus gestos. Reclino el asiento de modo que le resulte agradable recostarse y contemplar las estrellas, y entonces la mimo.

—Estás cansada, duérmete. —Le doy una taza de té caliente—. Tus hijas están bien. No les pasará nada.

Toma pequeños sorbos de la infusión y me mira con un recelo soñador, como si yo fuese un ser nuevo en la faz de la Tierra. Su mirada se suaviza y separa los labios. Me he olvidado comentar que nosotros, los ojibwes, tenemos ciertas infusiones que solemos preparar para las ocasiones especiales. Esta es una de ellas. Una infusión de sueño, una infusión de amor. Ah sí, eso no es todo. Eso no es todo lo que me dijo Jimmy Badger.

—Eres artero como todos esos indios de los bosques —dijo Jimmy Badger—. Veo la treta típica del comerciante. Si estás pensando en esas mujeres, no lo hagas. Hace mucho tiempo, hubo un hombre como tú que siguió a los antílopes, atrajo a una hembra con un señuelo y consiguió derribarla. Le hizo el amor. En la primavera trajo hijas humanas al campamento. No pudieron seguir a los suyos cuando se trasladaron a mejores pastos y se repartieron por las llanuras. No te acerques a ellas si eso es lo que estás tramando. Pocos hombres saben manejar sus maneras amorosas. Además, son nuestras. Las necesitamos y cuidamos de esas mujeres. Descendientes.

—Puede que lo sean —repuse—. O puede que solo sean diferentes.

—Ah, diferentes —asintió Jimmy—. Desde luego.

Me dirigió una mirada penetrante, me atrapó con sus ojos y siguió hablando. Su voz sonaba lejana y autoritaria.

—Nuestras ancianas dicen que aparecen y desaparecen. Algunos hombres siguen a las antílopes y pierden el juicio.

Yo era terco.

—O quizá solo son una familia un poco fuera de lo habitual, o salvaje.

—Márchate —dijo Jimmy Badger—. Márchate ahora mismo.

Pero en el fondo de mi corazón, sabía que ya estaba atrapado. Los mejores cazadores dejan que su presa lleve la delantera y no al revés. Esos cazadores no se obligan a hacer cálculos ni a seguir sus huellas, simplemente se dejan llevar hasta el encuentro. Y eso mismo hice yo.

De pronto la tengo conmigo en la furgoneta, y está profundamente dormida. Me siento y la observo durante mucho tiempo. Estoy embrujado. Sus pestañas son tan largas que, bajo la luz de los focos de fuera, proyectan unas suaves sombras en sus mejillas. Su aliento desprende un aroma a hierba y su cabello, a savia. Me gustaría besarla eternamente. Mi corazón se desboca y se nota.

Arranco y me voy. Sí, eso hago. Me marcho con esta mujer mientras sus hijas respiran apaciblemente, allí, en la tienda de campaña, inconscientes. Dejo a las muchachas todos mis abalorios comerciales, extravagantes objetos empeñados y joyas, todo lo que estaba guardado en un rincón de la tienda. Los kilómetros desfilan, las carreteras vacías. Las montañas Misiones se encabritan ante nosotros, lanzando llamaradas de escarpadas caras rocosas. Después, llegamos más allá de esas montañas y nos adentramos en un paisaje de campo abierto. Mi bienamada se despierta, desconcertada y cansada. Le cuento chistes e historias, así como cosas divertidas que mis niños han hecho en clase. Durante el invierno soy maestro, como expliqué al principio. Ella reacciona tan comedidamente que me pregunto si fue a la escuela siquiera. Conduzco durante todo el día. Conduzco durante toda la noche. Solo cuando estoy tan agotado que se me nubla la vista, me detengo al fin.

Bismarck, Dakota del Norte, centro del universo. Centro neurálgico del espacio y el tiempo para mi Ninimoshe y yo. Vamos a acostarnos y alquilamos una habitación al final del motel. La dejo pasar delante y cierro la puerta detrás de mí; entonces se vuelve, de pronto comprende que la he atrapado. «¿Dónde están mis hijas?», lanzan sus ojos, con el miedo tan afilado como un hueso. «¡Quiero a mis hijas!». Cuando se abalanza, estoy preparado, pero es tan veloz que no consigo impedir que corra hasta la ventana, en retirada. Serpentea, fuerte y ágil, hacia la puerta, pero yo le cierro el paso e intento tranquilizarla. Me golpea con sus duros puños y se precipita directamente hacia el cuarto de baño, donde tira el espejo y se rompe un diente en el borde de la bañera.

¿Qué puedo hacer? Tengo esos metros de romántico calicó. Voy a por ellos. Los rasgo con cuidado, y con gran delicadeza le vendo los cortes. No sé qué otra cosa hacer, así que la ato. Despacio, paso una cinta por su boca sangrienta. Por último, ato nuestras muñecas juntas y, después, a su lado, en el paroxismo de la emoción, me duermo.

La adoro. Haré lo que sea por ella. Lo que sea, salvo soltarla. De todos modos, una vez que la he llevado a mi ciudad, las cosas mejoran. Parece haberse olvidado de sus hijas, de sus ojos anhelantes, del espacio abierto, del el aire. Además, le digo que mandaremos a buscarlas en avión. Pueden venir y vivir conmigo e ir a la escuela aquí mismo.

Ella asiente, pero hay algo desesperado en su mirada. Marca una y otra vez números de larga distancia, son llamadas por todo el estado de Montana, y todas esos números 406 aparecen en la factura. Nunca habla, aunque a veces me imagino que la oigo susurrar. Pruebo los números, pero cada vez que marco uno que ella ha utilizado, me responde el contestador automático indio. El número marcado no se encuentra operativo en estos momentos. ¿Entiende siquiera el teléfono? De todos modos, una noche me sonrío abiertamente a la cara, somos más o menos de la misma estatura. Hundo mis ojos en los suyos. Ella me quiere como yo a ella, puedo verlo. Quisiera

abrazarla y abrazarla, para lo bueno y para lo malo. Después de aquello, nuestras noches son algo que no puedo abordar durante el día, como si vistiéramos cuerpos diferentes, pieles encendidas de otras personas, como si viniéramos de otro tiempo y otro lugar. Nuestro amor es una ambrosía que duele, un viejo whisky letal, una maldición, algo demasiado hermoso para describirlo con palabras.

Llego al punto de no querer dejarla para ir a trabajar. Por la mañana ella permanece sentada en su sitio delante de la televisión, mirando con ensimismada fascinación, sobresaltándose levemente con las persecuciones de coches y empatizando con las escenas de amor. La sorprende mirándose en el espejo que he colgado en el salón e imita los gestos de las mujeres de las telenovelas, sus miradas de amor y sus mohines. Sus ropas. Abre mi cartera y coge todo el dinero. Le daría lo que fuese.

—Toma —digo—, llévate también mi talonario.

Pero prefiere tirarlo al suelo. Se desprende de sus viejas pieles y se compra unas nuevas, ceñidas y cubiertas de atrevidos diseños. Se ríe más fuerte, pero su risa es silenciosa y la sacude como un árbol en una tormenta. Bebe vino. Vestida con unos vaqueros negros, se le acercan los hombres en un bar en cuanto me doy la vuelta, de modo que nunca aparto la mirada. Permanezco pegado a ella, me aferro a ella y no la suelto, y por las noches a veces sigo atándola a mí con la tela de calicó.

Entre sollozos, entre sollozos, se pasa el día llorando. A veces la encuentro en un rincón, ebria, maravillosa en sus vaporosos picardías, riéndose e interpretando otra vez en play-back escenas de amor ante el espejo. Creo que haré algo, esto no puede continuar así. Ha enloquecido. Pero si la encierran, tendrán que encerrarme a mí también. Desatará su furia contra mí durante días con sus ojos, me enseñará los dientes, me pisará los pies con los tacones de sus botas si trato de acercarme a ella lo suficiente como para intentar robarle un beso. Después, con la misma presteza, cambiará. Se convertirá en la más cariñosa de las compañeras. Por la noche, veremos la televisión sentados juntos, rodilla contra rodilla, mientras yo preparo las clases del día siguiente. Sus ojos hablan. Sus largas y complejas miradas me cuentan historias: de los tiempos antiguos, de su pueblo. Los antílopes son las únicas criaturas lo bastante veloces como para atrapar el horizonte, me dicen sus miradas cargadas de sentido. «Vivimos allí. Justo allí donde el cielo se une con la tierra».

Le llevo hierba de búfalo, se la ato en el cabello, y después hacemos el amor y no paramos hasta que nos quedamos dormidos el uno en la almohada del otro.

Es invierno y la luz del día empieza a menguar. Ella se pone a comer y a comer y se infla ante mis ojos atiborrándose de patatas fritas y de vino, hasta que yo la insulto y le digo que está fea, que se busque un empleo, que adelgace, que vuelva a ser la persona que era cuando la conocí. Esos dientes siguen resquebrajados y, cuando sonrío, su sonrisa aparece dentada con odio, pero sus ojos todavía son pozos negros de amor y diversión. Se eleva en el aire en una danza, dando vueltas y vueltas de modo que no puedo atraparla, y una vez más acaba entre mis brazos y nos movemos,

nos movemos juntos. Está tan increíblemente rolliza que no consigo sostenerla por completo; sus pechos son redondos y puntiagudos, y esa noche, me asfixio, me hundo en las profundidades de su ser. Estoy perdido como nunca lo he estado y, a la mañana siguiente, a la tarde siguiente, me arrastra de vuelta a la cama. No puedo parar aunque estoy agotado. Ella continúa una y otra vez. Día tras día. Hasta que comprendo que intenta matarme.

Esa noche, mientras duerme, me deslizo hasta la cocina sigilosamente. Llamo a Jimmy Badger, consigo su número a través de una serie de terceras personas.

—Es ella o yo —digo.

—Vaya, al fin.

—¿Qué debo hacer?

—Envíanosla de vuelta, incauto.

Sus palabras arden detrás de mis ojos. Si ves una, estás perdido para siempre. Aparecen y desaparecen como sombras en las llanuras, dicen las ancianas. Algunos hombres las siguen y no regresan jamás. Y aunque regreses, nunca estarás del todo cuerdo. Sus hijas están furiosas. No tienen mucha paciencia, según Jimmy. Él sigue hablando y hablando. Paciencia, esa familia nunca la tuvo. Nuestra suerte está cambiando. Nuestras casas se han hundido bajo la nieve del invierno y nuestro negocio se va a pique. Nadie se detiene en la estación de servicio. ¡Tráenosla de vuelta!, insiste Jimmy. La desdicha flota en el aire. Los peces están blandos por dentro; alguna enfermedad. Sus hijas están furiosas con nosotros.

¡Tráela de vuelta, incauto!

No soy más que un muchacho de ciudad, le respondo, lento, obstinado y confundido. No sé lo que hacéis vosotros, allí fuera, en las llanuras donde no hay árboles ni bosques ni dónde esconderse salvo en la lejanía. Se puede ver demasiado.

¡Incauto, tráenosla de vuelta!

Pero ¿cómo puedo hacerlo? Ella, que yace a mi lado en lo más profundo de la noche, que respira plácidamente exultante de amor, confiada. Su mano en la mía, su maléfica pezuña.

La leche paterna

Scranton Fox

Hace mucho tiempo, durante una espectacular y cruenta incursión en un aislado poblado ojibwe considerado erróneamente hostil en la época en que los hambrientos sioux sembraban el terror, un perro, que portaba en el lomo un *tikinaagen* con marco de madera que encerraba a un niño envuelto en musgo, terciopelo y bordados de cuentas, fue conducido por el miedo al amplio esqueleto del mundo al oeste de río Otter Tail. Un soldado de la caballería, a quien la visión del perro con el niño atado a él y ambos desvaneciéndose en el horizonte inspiró una reacción humana, los siguió y nunca jamás regresó.

Lo que le sucedió pervive, aunque se diluye en la memoria más general, y yo lo relato aquí para que no se pierda para siempre.

El soldado raso Scranton Teodorus Fox era el benjamín de un padre cuáquero y una huraña madre poetisa que establecieron una pequeña comunidad en Pensilvania basada en la conversación inteligente. Un día, apareció en su campo de visión un miembro de una compañía de teatro itinerante. Sin máscara, la mirada teatral de la mujer se propagó por la frente de Fox como el fuego. Era alta, impresionantemente delgada, pálida y de pelo más claro todavía, de carácter decidido y sencilla en su divertido desprecio hacia Fox (tan joven, radiante y obediente). Para demostrar este su valía, le prometió una cita y, después, se dirigió hacia el oeste siguiendo la mirada que la joven le lanzó por encima del hombro. El carámbano se clavó en su corazón y se derritió, dejando un reguero de hielo y sangre. El camino era largo. La mujer se deslizaba bajo sus pasos como una serpiente en sueños febriles. Cuando al fin llegó al lugar donde ella debía de reunirse con él, no estaba, por supuesto. Furioso y contrariado, no siguió los radiantes pasos de su padre; se alistó en la Caballería de los Estados Unidos y lo enviaron a Fort Snelling a orillas del Misisipi en Saint Paul, Minnesota.

Allí, lo enseñaron a manejar el fusil, aprendió a remendarse los calcetines con la ayuda de un huevo de madera, comió enormes cantidades de judías mal cocinadas y lustró los arreos de cuero de sus oficiales, hasta que un día, en un estado de incómoda resignación, se enfundó el uniforme azul marino, ajustó la bayoneta al fusil y emprendió la marcha rumbo al oeste.

El pueblo que encontró su compañía estaba en calma, y luego ya no.

En un caos de rugidos de caballos, aullidos de perros, detonaciones de fusiles y pistolas y en medio de las volutas de humo procedentes de fogones, lo que soliviantó más a Scranton Fox no fue la muerte ni los gritos de los ancianos y de los pocos guerreros estupefactos al verse arrojados desnudos fuera de sus mantas, sino el salvaje silencio de los niños. Y el brusco desprecio que sintió por ellos. El inesperado y gélido odio. El placer de levantar el arma, apuntar y disparar. Corrían, veloces como sus madres, hacia una hondonada llena de matorrales y una ciénaga de hierba más allá. Cayeron dos. Fox se giró, sin saber a quién disparar después. Impaciente, clavó la bayoneta en una anciana que se abalanzaba contra él sin más arma que una piedra cogida del suelo.

Estaba constituida como las pacas de heno destrozadas que habían usado en los entrenamientos, pero su cuerpo se cerró rápidamente sobre la hoja. Fox se apoyó en ella para soltarse, afianzó su bota entre las piernas de la mujer para tirar de la hoja y sacarla de su vientre, y mientras lo hacía, intentó evitar sus ojos, pero no lo consiguió. Su mirada fue absorbida por la de la mujer y se hundió en el oscuro y solitario instante que antecedió a su nacimiento. Hubo una palabra que masculló en su lengua. Un gruñido de calor y sangre. Vio a su madre, sacó la bayoneta de un golpe seco con un grito desgarrador y echó a correr.

Fue entonces cuando divisó al animal, una perra callejera de color tierra que avanzaba a grandes pasos, que dio dos veces la vuelta al poblado con el niño en su lomo y no fue a ponerse a cubierto sino que salió a campo abierto. Lo hizo tanto para escapar de la funesta confusión que reinaba en ese poblado y de sus propios y siniestros actos como por empatía hacia el bebé, aunque vislumbró su rostro, desconcertado y tranquilo, y Scranton Fox echó a correr detrás de ambos. En apenas unos instantes, dejó atrás el alboroto de la muerte. Cuanto más lejos quedaba el poblado, más lejos quería él dejarlo, así que siguió avanzando. Corrió, caminó, y consiguió no perder la perra de vista gracias a que era primavera y la hierba nueva, después de que los rayos la chamuscaran, comenzaba tan solo a brotar. Luego crecería y alcanzaría una altura mucho mayor que la estatura de un hombre adulto.

De vez en cuando, conforme avanzaba el día, la perra se detenía para descansar y se estiraba, paciente, bajo su carga. Jadeante y con una amplia sonrisa, permitió que Fox se acercara, pero solo hasta cierto punto. Un collar de cuentas azules colgaba del cabecero del portabebés. Se balanceaba y repiqueteaba suavemente. Las manos de la niña estaban atrapadas en las telas. No podía alargar las manos hacia las bolitas y solo las miraba como si estuviese hipnotizada. El sol se volvió tórrido. Diminutas moscas negras se posaron en la comisura de sus ojos. Sorbían la humedad a lo largo de sus párpados hasta que, hacia el final de la tarde, el calor desapareció. Un viento gélido azotaba a Scranton Fox en una ráfaga constante. A pesar de ello, en la inmensidad vacía, los tres prosiguieron su infinitesimal avance.

El mundo se oscureció. Por miedo a perderlos la pista, Fox se entregó a fondo.

Cuando la noche descendió sobre ellos, el hombre y la perra se hallaron lo bastante cerca el uno de la otra para poder oír su respiración y así, con ese ritmo, se durmieron ambos. A la mañana siguiente, la perra permaneció cerca con su mejor sonrisa para conseguir sobras. Por miedo a asustarla con un disparo de fusil, Fox no había cazado ninguna presa, aunque había divisado muchas. Consiguió atrapar un conejo con una trampa y, después, con su yesca y pedernal, prendió un fuego y se puso a asarlo, ante cuyo olor la perra reptó hasta acercarse mucho. El bebé emitió su primer sonido, un difuso y susurrante quejido. La perra aceptó sobras y huesos, pero se mantenía alerta y desconfiada. Fox no pudo tocarla hasta el día siguiente, cuando pensó en lavarse por completo y aproximarse desnudo para reducir su olor de hombre blanco.

Así fue cómo al fin pudo desenvolver al bebé de sus telas y bañarla, una niña, y abrazarla. Nunca había hecho algo así. Primero intentó darle de comer un pequeño trozo de conejo. Era demasiado pequeña para conseguirlo. Dejó caer gotas de agua en su boca, se aseguró de que las tragaba, pero estaba desconcertado ante qué más podía darle de comer, y alarmado cuando, tras una noche de privación, su diminuto rostro se arrugó de hambre. Lo miró expectante y, al final, berreó con virulencia. Sorprendentemente, sus chillidos llenaron una inmensidad que nada más podía colmar. Resonaron, ahogaron cualquier otro sonido, y trajeron limpio el corazón de Fox a la superficie. Scranton Fox acunó al bebé, entonó obscenas canciones de regimiento, después conocidos himnos religiosos y, al final, recordó las nanas de su propia madre. Nada de eso funcionó. Cuando la acercaba a su pecho como hacían las mujeres, parecía como si la niña se pusiera más nerviosa, con un enorme anhelo, y se aferraba a él con la boca, desesperada, rugiendo de frustración, hasta que al fin, conmovido hasta la locura, Fox se desabrochó la camisa y la puso al pecho.

Se aferró a él. Inhaló. Succionó con furia. Todo el cuerpo de Fox se quedó asombrado, sobre todo el inofensivo pezón que él nunca había advertido ni apreciado hasta que, a pesar del dolor, le sirvió para proporcionarle paz. Mientras estaba sentado y la niña tomaba parte de él en su boca, miró a su alrededor por si acaso había algún testigo de ese acto que le parecía mucho más extraño que cualquier cosa que hubiese sucedido en esa tierra llena de cielo. Por supuesto, solo estaba la perra. Satisfecha, liberada, se repantigaba muy cerca, agradecida. Así transcurrió la tarde y después la noche. Scranton Fox tuvo que cambiar de pecho, tanto le dolía el primero, y se quedó dormido con la niña acurrucada a su lado y colgada de su inútil pezón.

La niña seguía ahí por la mañana, adherida a él, aunque la despegó para cazar una perdiz, asarla y untar sus escocidos pezones con la grasa. Aquello la hizo enloquecer por él. No era capaz de apartarla, así que se puso a caminar, sujetándola, todavía enganchada a él, hacia un enorme bosque de chopos que apenas vislumbraba a lo lejos. Un río. Un lugar donde acampar. Se instalaría allí durante un par de días, pensó, e intentaría enseñar a la niña a comer algo, pues temía que se muriese de hambre, aunque parecía, salvo cuando la separaba de su pecho, sorprendentemente satisfecha.

Colgó el collar de abalorios azules en el cuello de la niña. Ató el portabebés a su

propia espalda. Después, el hombre, la niña y la perra se adentraron más en aquellos páramos salvajes. Llegaron a unas colinas de arena, cubiertas de robles: un refugio. Cerca, cortó con esmero terrones de hierba con la hoja de la bayoneta y los amontonó formando un cuadrado, un espacio sin luz pero seguro y cálido. Acumulando disparos, logró matar un bisonte macho engordado a base de hierba veraniega. Lo desolló, secó la carne, asó los sesos, almacenó la grasa mezclada con bayas molidas en los intestinos, se sirvió hasta del último hueso y del resto de la carne, incluidos los cuernos, que talló y convirtió en cucharas, y los globos oculares, que lanzó a la perra. Una vez la lengua estuvo cocinada y tierna, y triturada en su propia boca, convenció a la niña para que la aceptara. Aun así, ella le prefería mucho más a él. Ahora que ya había sobrepasado todo juicio civilizado, esa lealtad lo llenaba de un gozo tierno y tonto.

Se lavaba todas las mañanas en el río. Una vez, mató un castor y se embadurnó todo el cuerpo con la grasa de la cola para repeler los mosquitos. El bebé siguió mamando y él le fabricó un cabestrillo con la camisa. Descansaba arrellanado en la entrada de su cueva de tepe, agotado y temiendo haber cogido unas fiebres. La situación era confusa. No sabía que rumbo tomar, cómo volver atrás, se preguntaba si habría salido una partida de hombres en su busca, y comprendió que, de encontrarlo, le esperaría un consejo de guerra. La niña seguía mamando y se negaba a soltarlo. Sus pezones se endurecieron. Le consumía la compasión, la niña succionaba tan ciegamente, con tanto vigor, y con una fe infinita. Se le antojó, en un lento atardecer, al bajar la vista hacia ella, hacia su pecho, que la niña le estaba enseñando algo.

Ese pensamiento le pareció absurdo cuando reflexionó sobre ello en un primer momento, pero después, tal y como sucede con las intuiciones cuando disponemos de un rato de soledad para asimilarlas, terminó por hacerse a la idea y prestó atención a la lección. La palabra «fe» lo tenía enganchado. La niña disponía de una reserva perfecta de ella. Mamaba con total sencillez y confianza, como si el gesto mismo fuese a colmar su deseo. Una mañana temprano, mientras estaba medio dormido y la niña yacía a su lado, notó un leve calor y, a continuación, un chorro en un lado de su pecho, una agradable quemazón. Pensó que se trataba de un sueño extraño y volvió a dormirse, solo para despertar ante un enorme eructo de la niña, cuyos labios se habían encogido sobre sus oscuras encías en una mueca de felicidad y cuyos puños por primera vez habían dejado de estar prietos mientras dormía, y que parecía, contra toda posibilidad, bien alimentada.

Pide y recibirás. Pide y recibirás. Esas palabras recorrían su cuerpo como un límpido arroyo. Se llevó la mano al pecho y entonces probó una diminuta y fluida gota de su propia leche, aguada y abominable, un regalo de Dios.

La Señorita Peace McKnight

El deber familiar estaba arraigado profundamente en la señorita Peace McKnight, así como la certeza de que si ella no se encargaba de aquello nadie más lo haría (es decir, cumplir con el deber de velar por el porvenir de los McKnight). El negocio ambulante de botones de su padre en Aberdeen había quebrado cuando se le acabaron las ovejas muertas (las suyas, cuyos huesos tuvo la brillante idea de utilizar tras una catástrofe durante una primavera). Serró botones con una herramienta de acero soldado concebida por él, los esmeriló hasta sacarles brillo con un pulidor hecho con arena fina pegada a un trapo, taladró unos agujeros con una barrena y un punzón que él mismo había inventado. Fue entonces la falta de esqueletos de ovejas lo que obligó a su hija a luchar contra el espíritu de la ignorancia.

Peace McKnight. Tenía la sólida constitución de una silla con apoyabrazos, sin embargo sacaba agua con sus delicadas muñecas y corría de un lado a otro del camino lleno de surcos bailando sobre unos tobillos blancos y redondos. Robusta, escocesa, el pecho turgente como el de una paloma buchona, cubierta por completo de pecas como un huevo, y con su ondulado cabello castaño oscuro recogido con el regalo de su padre (tres alfileres de hueso tallado), llegó a las Grandes Llanuras con la suficiente educación como para solicitar y obtener un título de maestra.

Al principio, su clase era insignificante y todos los alumnos eran casi adultos además. Tres hermanas suecas, enfermas de tuberculosis, a las que no les quedaba mucho de vida, un muchacho rudo y lleno de ira. Un alemán. Aunque hablara de la manera más sencilla y lenta humanamente posible, su clase clavaba en ella miradas de mudo recelo y los alumnos eran incapaces de seguir una sola lección. Tuvo que empezar desde el principio, enseñarles el alfabeto, los números, y acababa de llegar a la letra «v», a la palabra «gato», a la resta, que naturalmente se les daba mejor que la suma, cuando reparó en alguien de pie al fondo del aula. Silenciosa, atenta, observadora, llevaba allí cierto tiempo. La muchacha salió de la penumbra.

Tenía la piel cobriza y llevaba un colgante de cuentas de un vivo color índigo. Era delgada, con una cintura flexible y larga, un cuello grácil, y tenía unos diez años.

La señorita McKnight se ruborizó con el interés. Se sintió hechizada primero por la seguridad que desprendía la sonrisa de la niña, después porque daba por supuesto tener un sitio donde sentarse, estudiar y organizarse, y por último por su inteligencia y comprensión auditiva. La niña, si bien era callada, tenía una naturaleza ávida y curiosa. La señorita McKnight poseía un don pedagógico para corresponderla. A pesar de llevarse ocho años, inevitablemente se hicieron amigas.

Después, hermanas. Hasta finales de otoño, la señorita McKnight dormía en el vestuario de la escuela y se bañaba en el río cercano. Cuando el río se heló, sin embargo, un debate sacudió los escasos y diseminados hogares para decidir quién tenía espacio y medios suficientes como para mantenerla. Coral Fox intervino y dio la lata a su padre, que tenía fama de ser un tipo extraño y huraño, hasta que cedió y consintió en que la nueva maestra compartiera con ellos el pequeño camastro que había fabricado para su hija, siempre y cuando ella ayudara a Coral a cuidar de las

aves de corral.

Criaban sobre todo gallinas de Guinea procedentes de animales que Scranton Fox había comprado a una viuda polaca. Las pintadas vulturinas con manchas violetas oscuras eran medio salvajes y muy listas. La tarea de Coral consistía en espiar, acechar y seguir a las hembras hasta sus nidos escondidos. Las niñas, pues Peace McKnight todavía era medio niña mientras Coral Fox apenas comenzaba a convertirse en una mujer, pasaron los últimos retazos de su infancia riéndose ante las astucias de las aves y manteniéndose al acecho para poder capturarlas. Gordas, con manchas, enfurecidas con estridente orgullo de pintada, se comportaban como perros guardianes y gruñían encaramadas a los robles. En un poco de manteca de cerdo de un vecino, Scranton Fox freía tiras de calabazas tardías, colmenillas deshidratadas de las dunas de arena, setas de la tinta, champiñones silvestres, setas de ostra, bellotas trituradas y los huevos de las pintadas. Cocía panecillos dulces *bannock*, que regaba lentamente con miel de áster silvestre que había madurado en el tronco de un roble, oscura y acre como aguamiel.

La casa de terrones de hierba y tablas de madera tenía las paredes del interior encaladas y los profundos alféizares de las pequeñas y toscas ventanas contenían geranios y semillas germinadas. Por las noches, bajo los trémulos anillos y los halos de luz de la lámpara de queroseno, la señorita Peace McKnight percibía los ojos de Scranton Fox que la esculpían en el espacio. Su mirada era un calor que le subía y bajaba por la garganta, deteniéndose en otras zonas con el efecto de una suave caricia.

Scranton Fox

Era extraño, del mismo modo que su madre era extraña (escribiendo poesía en los márgenes de recortes de periódico, jirones de tela e incluso corteza). Su madre quemó la obra de su vida, sin embargo, y murió poco después, consolada por las cenizas de sus palabras pero todavía llorando por su hijo, que nunca le hizo saber que estaba vivo a pesar de haberle puesto su nombre a su hija: Coral. Sobrevive un poema. Un fragmento. Dice así: «Ven a mí, sombra inmaculada». Scranton Fox reza a un dios indeterminado, comulga con todas sus fuerzas con el espíritu cada mañana, en un arrebatado de ardor que le permite sobrellevar cada día difícil. Es ágil, casi tan moreno como su hija, barbado, fuerte y sereno. Posee más de una docena de libros y está abonado a publicaciones periódicas que presta a la señorita McKnight.

Quiere liberarse del peso de la soledad. Una esposa ayudaría.

Peace agita su melena rubia, siente los ojos de Scranton Fox sobre ella, agradece su fuego, y sonrío a los ojos de su hija, de una edad tan próxima a la suya que podrían ser hermanas, aunque al final no lo serán. Técnicamente, la señorita McKnight se

convierte en su madrastra. Sea cual sea la palabra, ambas jóvenes se comportan como las mejores amigas, dándose ahora la mano de camino a la escuela y haciéndose cosquillas en el cuello con los largos tallos de boutelouas, cocinando para Scranton Fox, pero también poniendo los ojos en blanco de vez en cuando ante él e intentando reprimir descorteses carcajadas.

Coral Fox

Las emociones se desenrollan dentro de ella como carretes de algodón.

Cuando él la mece, Coral recuerda el sabor de su leche (caliente y amarga como el zumo de diente de león). En una ocasión, le sujeta el talón en la palma de la mano y con la experta punta de un cuchillo de caza le extrae sin el menor dolor una astilla, larga, pálida y ensangrentada. Le enseña a redondear la «c» y añadir diminutas asas de tetera a la «a». Le acomoda el pelo detrás de las orejas. Le lava la cara con la áspera palma de su mano, pero con delicadeza, restregando su suave barbilla con su callo.

Es un hombre, aunque la haya amamantado. A veces, al otro extremo de la habitación, por la noche, mientras duerme, su padre jadea como si le hubiesen apuñalado, y muere dentro de sí mismo. Ella se despierta, sobresaltada y asustada, y piensa en ir a comprobar con la mano que respira, pero entonces sus irregulares ronquidos la arrullan. A la clara luz del día, con la vista puesta en las manchas de moho en el techo, Coral lo mira de reojo con orgullo mientras él parte el hielo en el cubo para el aseo, alimenta un brote de fuego oculto en la estufa y habla solo. Es su padre, su humano. Sin embargo, a veces, afligida por una angustiosa tristeza, aguanta la respiración para ver qué sucederá, si él la salvará. El calor le sube por las mejillas y separa los labios, pero antes de que su boca logre articular la menor palabra, todo se torna amarillo, se desmaya y le invade el azul, un azul puro, íntimo y extraño, el color de su collar de abalorios.

¿Os habéis caído alguna vez desde una gran altura y se os cortó la respiración de modo que, en el preciso balanceo de la sacudida, experimentasteis la sensación de que el tiempo se había detenido? A Coral Fox le sucedió cuando vio a su padre besar a la maestra. El mundo se detuvo. Sonó un enorme gong hecho de cielo. Un suspiro. Silencio. Después, las hojas volvieron a crujir, las pintadas se pusieron a cuchichear con insolencia y el fornido sabueso negro que había remplazado al perro indio se cavó un hoyo fresco en la arena. Deslizándose desde la precaria ventana hasta el banco detrás de la casa donde se sentaba por las tardes para desvainar los guisantes, desgranar el maíz, pelar las patatas para la cena, desplumar las gallinas y soñar, Coral Fox miró la piel morena dorada de sus brazos, los giró hacia arriba, los giró hacia

abajo y dobló sus bonitas y ágiles manos.

El beso había sido largo, lento y de interés e intensidad crecientes, más educativo que cualquiera lección que le hubiera dado hasta ahora la señorita Peace McKnight. Coral cerró los ojos. En su interior subía y bajaba a todas horas una silenciosa oscuridad. Un vacío puro, que burbujeaba y se deslizaba lentamente. Ahora, además del desconcertante cambio en la relación entre su amiga y su padre, había algo más. Le llevó un largo tiempo de reflexión y quietud entender la imprecisa y novedosa sensación de libertad y alivio.

Ozhaawashkwamashkodeykway

MUJER DE LA PRADERA AZUL

La niña perdida durante la incursión seguía sin tener nombre, todavía un medio espíritu; sin embargo, su madre la lloró durante un largo año y por poco murió de pena. Una persistente incertidumbre alargó el tiempo. Si Ozhaawashkwamashkodeykway estaba recogiendo guillomos, tenía miedo de encontrarse con los huesos de su hija. En el viento de las noches, oía los aullidos de un *pakuk*, un esqueleto de pequeñas ramas blancas. Cuando atizaba el fuego, la grieta de una llama le recordaba aquel funesto día, las masas de carne amontonadas incendiadas con una antorcha, sus túnicas y mantas consumiéndose, el hedor a pelo quemado y el hierro candente de los cañones de los fusiles. Por las noches, durante el primer mes después de aquel día, sus pechos crecieron, pálidos y duros, y su leche se atascaba y se cortaba dentro de ella, se derramaba debajo de sus ropas quemadas desprendiendo un olor a leche agria y humo.

Una vieja comadrona le dio un cachorro y ella se lo puso al pecho. Mientras enganchaba el diminuto y húmedo hocico a su pezón y mecía esa necesitada bola de piel, lloró. Durante toda la noche, el perrito alivió con misericordia los lacerantes dolores de sus pechos y, al amanecer, adormilada y relajada, terminó por estrechar junto a ella el dulce y tierno cachorro, inhaló su olor salado y se durmió.

Ceniza mojada cuando el cachorro destetó. Sangre. Comenzaron sus lunas y nada que apretara entre sus piernas podía detener el torrente de la vida. Comió arcilla blanca, se rascó con espinas de acacia y cuerno de toro para sentir alivio, se cortó el pelo, se lo dejó largo, volvió a cortárselo, se hizo pequeños cortes en los brazos hasta llegar al hueso, se colgó el cráneo de un bisonte en el cuello y, durante seis lunas, no comió otra cosa sino tierra y hojas. Debió de ser una tierra fértil, dijo su abuela, porque, aunque dormía poco y tenía aspecto cansado, Mujer de la Pradera Azul estaba tan sana como una búfala, y cuando su marido regresó de los arrozales salvajes de su familia, le regaló una noche de tal placer sexual que los ojos del hombre no

podieron apartarse de ella después de aquello, entrecerrados y ardientes. Se derretía cada vez que ella pasaba cerca de otros hombres y, por las noches, construían su propia tienda vibrante. La gente se mofaba en exceso de ellos y decidieron trasladarse más lejos, hasta el final de una isla, donde anidaban tímidos y sagrados somorgujos. Allí nadie los oía. En la soledad, hicieron el amor hasta quedarse demacrados y hambrientos, unos pálidos *wiindigoog* de ojos doloridos y lenguas en llamas. Aun así, no nació ningún hijo de su unión.

Para cuando su marido se marchó de nuevo con el trineo repleto de trampas, ella estaba tranquila. Durante ese invierno, la vida se volvió más cruenta. Las provisiones de la tribu habían sido quemadas por orden del ejército y en numerosas ocasiones durante sus famélicas noches, Mujer de la Pradera Azul soñaba con el recuerdo de la grasa de búfalo chorreando y formando riachuelos por todo el suelo, hundiéndose en la tierra, un oro grasiento procedente de pilas de carne en llamas. También seguía soñando con absoluta claridad con la joven y veloz perra parda, y el portabebés atado a su lomo. Soñaba con su bebé desconcertado, después berreando y, por último, cabalgando negra como el cuero con la boca estirada y abierta bajo el árido cielo. Soñaba que sus huesos traqueteaban en un atavío de terciopelo negro cuidadosamente cosido, repiqueteaban en el envoltorio de musgo que había menguado con el tiempo. Oía su cadencia, vio a la perra, sintió el vuelo del pequeño *pakuk*. Aulló y se arañó medio cegada y, al final, se despidió tan violentamente de su mente que los ancianos decidieron cambiarle el nombre.

Un fresco día de primavera bajo la luna germinal, celebraron un lastimoso festín (aunque nada les parece lastimoso a unos supervivientes). Bajo un sol sin fuerza, masticaron carne de tortuga de pantano, fochas asadas, taltuzas, lo que les quedaba de granos dulces de *manoomin*, bellotas y *puckoon* del escondite de una ardilla y brotes tiernos de dientes de león. El nombre de Mujer de la Pradera Azul se cubrió de sangre y ardió en llamas. Su nombre era antiguo y exquisito, y había pertenecido a muchas madres poderosas. Sin embargo, la mujer que encajaba con él se había marchado. No podía dejar de seguir los pasos de su hija y la perra. Otra persona había ocupado su lugar. ¿Quién? Hasta el momento no estaba claro. Pero los ancianos sí sabían, asintieron sobre ello, que el equivocado nombre mataría lo que había allí dentro y debía irse, como una vaina seca arrastrada por el viento. Como una cáscara de nuez. El cabello que se ha dejado crecer y sacrificado a la tristeza. Tenían que darle otro nombre si querían que ella volviese al mundo de los vivos.

El nombre que le pondrían habría de ser inédito. Nuevo. *Oshke*. Consultaron al más fuerte de los ponedores de nombres, el que soñaba nombres originales. Este ponedor de nombres no tenía nombre y no era ni hombre ni mujer, y así extraía su poder del entremedias. Este ponedor de nombres tenía unas trenzas largas y gruesas y una sonrisa dulce y tímida, unas maneras encantadoras pero también unos brazos fornidos con músculos fibrosos. El ponedor de nombres caminaba como una mujer y hablaba con la voz grave de un hombre. Se escondía, esquivo y coqueto, detrás de un

abanico y, sin embargo, aceptó soñar un nombre que encajara con la nueva criatura que habitaba dentro de Mujer de la Pradera Azul. ¿Pero qué nombre ayudaría a una mujer que nada conseguía apaciguar salvo otear el horizonte esquivo como una flecha? El ponedor de nombres se marchó, ayunó, cantó y soñó, hasta que tuvo claro que el único nombre que tenía algo de sentido era el nombre del lugar adonde había ido la vieja Mujer de la Pradera Azul para recuperar a su hija.

Otro lado de la tierra

En cuanto recibió el nombre del lugar hacia donde viajaba, fue capaz de estar en ambos sitios a la vez (seguía a su hija bajo el sol y al mismo tiempo molía *weyass* con unas piedras hasta convertirlo en raspaduras de *penmican*). Hurgaba en la densa maleza de su propia mente y también taladraba agujeros para coser nuevas y robustas suelas a sus viejos mocasines. Ayunaba y deambulaba, en busca de las más mínimas huellas que pudiera haber dejado la perra al deslizarse en el horizonte azul. Al mismo tiempo, molía arroz. Secaba y almacenaba cereales. Elaboraba azúcar de arce. Mataba pájaros. Domaba caballos. Su mente estaba presente porque ella siempre estaba en otra parte. Sus manos estaban llenas porque comprendían el significado del vacío. La vida era sencilla. Su marido regresó y, esta vez, ella lo atendió con una paciencia indiferente. Cuando él le preguntó qué había pasado con la pasión que antes sentía por él, ella señaló hacia el oeste.

El sol se ponía. El cielo era un cuerpo de fuego.

Hasta entonces, sin embargo, nadie había preguntado. ¿Qué le iba a pasar a la mujer llamada Otro Lado de la Tierra cuando Mujer de la Pradera Azul encontrase a Coral Fox?

Una perra llamada tristeza

La perra criada con leche humana creció y se volvió astuta y de un gris coyote, una hembra de fina osamenta y paso largo que seguía a Mujer de la Pradera Azul a todas partes. Se convirtió en su segundo pensamiento, se tumbaba delante de la puerta cuando ella dormía, justo debajo de la solapa exterior cuando llovía, pero no dentro. De hecho, nunca dentro de un habitáculo humano. Enorme cuando esperaba cachorros o delgada cuando los amamantaba, con los pezones colgando, la perra seguía a Mujer de La Pradera Azul. Cercana y silenciosa como una sombra, vivía al alcance de su mano, aunque nunca se tocaron después de que la perra tomara de los empapados e hinchados pechos de Mujer de la Pradera Azul el calor, la leche nocturna y la abrumadora tristeza.

Siempre allí, la perra aguardaba, levantando la mirada al acecho de cualquier desconocido, protegiéndola al anochecer, esperando una limosna y viviendo, paciente, a base de jirones de piel, entrañas y despojos. Y estaba preparada cuando Mujer de la Pradera Azul emprendió el camino hacia el oeste, siguiendo por fin la invisible e infinita senda que había tomado su hija en su huida.

Caminó durante horas. Caminó durante años. Caminó hasta que oyó hablar de ellos. Del hombre. De la niña y los abalorios azules que llevaba. De dónde vivían. Cuando llegó a ese lugar, se instaló en un promontorio cercano con la perra a su lado. Desde lejos, ambas vigilaron la casa (pequeña, inmaculada, un olor a fuego de chimenea hecho con finas ramas de roble que crepitaban). Nacimiento. Había un nacimiento en la casa, y una enfermedad también. Podía percibirlo. Silencio y, después, mucha agitación. Se colgaron trapos fuera. Agua se derramaba de unas palanganas, salpicando, o eran transportadas. Un grito estridente. De nuevo, el silencio. El día entero sobre la escasa hierba, bajo un sol de justicia y con los ojos entrecerrados, la perra y la mujer respiraron el aire la una de la otra, durmieron por turnos, esperaron medio en el cuerpo de la otra, la mujer, la perra, y después la hija.

Coral fox

Oyó cómo se aproximaban sigilosamente, el garabateo de las hojas y la suspirante reverberación del hallazgo. Se incorporó envuelta en su edredón de retazos; lo sabía. Al otro lado de la habitación, atrapada en un tornillo ardiente de fiebre, Peace mascullaba sin fin historias de botones y huesos de ovejas. Unos sonidos, un leve golpe. El tintineo de las cuentas. Por la mañana, ya no había ninguna Coral Fox en el camastro. Solo una nota, doblada dos veces, escrita con la misma caligrafía exquisita, aunque feminizada, de su padre.

Vino a buscarme. Me he ido con ella.

Scranton fox

Peace McKnight nunca había sido una persona devota, de modo que no había intimidad en la oración entre los recién casados. Su pasión física también padecía del lecho demasiado corto de Scranton Fox. Había, después de todo, poco espacio dentro de la casa de tepe, y Scranton Fox había dormido en un diminuto camastro a un lado de la habitación y su hija al otro lado. Ambos dormían encogidos como caracoles, como bebés en el vientre materno. Resultaba más difícil con dos personas en el lecho, sin embargo, y no transcurrió mucho tiempo hasta que, con la intención de conseguir un poco de descanso, Peace se deslizó en la cama abandonada de Coral y estableció

su residencia nocturna separada de su marido.

Aun así, había noches en que Scranton era azotado por el ardor y se instalaba con su mujer en incómodas y absurdas posturas de amor. ¡Si tan solo se le hubiese ocurrido pensar en utilizar la mecedora sin brazos delante de la chimenea! La mente de Peace entrevió esa posibilidad, pero era demasiado presbiteriana para mencionarla. Incluso el suelo, de tierra compacta cubierta de pieles, habría resultado preferible, por muy frío que fuera. Pero de nuevo no se atrevió a insinuar esa posibilidad a la mente de su marido. Además, tal y como resultó, tuvo todo el derecho de darle la espalda a los seis meses de matrimonio cuando el diminuto latido de una nueva vida se abrió paso en la cuna de sus caderas. Y él se retiró, escuchó el chirrido de su respiración, se preguntó qué habría sido de Coral e imaginó la nueva vida que estaba por llegar todo a la vez. Rezó. Escribió poemas mentalmente.

«Ven a mí, sombra inmaculada».

Una vez liberada de la enfermedad de la piel manchada, de los sofocos y las fiebres que le habían causado dolor en los huesos, en su debilidad Peace sentía todavía más celos de su marido. Durante el resto del embarazo, le obligó a dormir solo. Se puso de parto una mañana nevosa. Scranton Fox salió a buscar a la ama de casa sueca en plena ventisca que lo engullía todo y a punto estuvo de costarle la vida de no ser por el buen juicio de su perra, que olfateó bajo una intensa nevada el camino de vuelta hasta su casa. Llegó a la puerta. La golpeó varias veces, la agitó, zarandeó y cayó en el fragor de una escena sangrienta donde Peace McKnight imploraba a su desatendido Dios en unas súplicas vanas. Durante tres días, las labores del parto la sacudieron atrapada entre sus fauces. Sus alaridos sonaron más fuertes que el viento. Más broncos. Después, la voz se desvaneció, convertida en un rumor de huesos. Un susurro. La cara de la mujer se hinchó y se tornó de un color rojo oscuro, luego blanco y después gris. Puso los ojos en blanco, de tal manera que contempló sus propios pensamientos, desorientada por la agonía, hasta que, al fin, el niño se abrió paso fuera de ella. Un varón, rollizo y totalmente morado. No había el menor pulso en el cordón umbilical, pero Scranton Fox pensó en soplar su propio aliento en los pulmones del recién nacido. Respondió con un desconcertado berrido.

Scranton envolvió al niño en una piel de perro, besó a Peace y cerró sus párpados pensando, con tierno escalofrío, en su propia madre, en todas las madres, en las injustas limitaciones de nuestros cuerpos, en la imposible organización de nuestras tareas en la vida, y, por último, en la infinita iniquidad de Dios a quien ella había gritado tan en vano. «Mírala», chilló al invisible testigo. Y quizá Dios lo hizo, o la mente de Peace McKnight, destrozada sin piedad, terminó por asomarse de su escondrijo y ordenó a su corazón que latiera dos veces más. Un débil y evanescente hilo de oro se deslizó por una rendija de la ventana, aunque la nieve seguía cayendo, opaca. Peace vislumbró el injustificado fulgor, suspiró y miró hacia fuera. Y entonces, mientras abandonaba su cuerpo desgarrado para entrar en la absoluta quietud de su nueva alma, Peace McKnight vio cómo su marido se ponía a su hijo al

pecho.

Mujer de la Pradera Azul

Todo lo que hay en un nombre es una bocanada de sonido, el viento que cabe en los pulmones, y, no obstante, es un recinto etéreo. ¿Cómo es posible que la médula, el espíritu, la compleja telaraña de huesos, pelo y cerebro, queden comprimidos en una sílaba o dos? ¿Cómo es posible reducir el genio de la complejidad humana? ¿Cómo condensar la personalidad? A no ser que, claro, tu madre te dé su nombre, Otro Lado de la Tierra.

La que vino de ninguna parte y de una feliz suerte. Cuya madre la llevó en su vientre entre la mierda y el fuego. Es enorme como la mitad del cielo. Ha probado en la leche de los pechos de su padre el desconcertante odio de los suyos, y también la protección, así que cuando contrae las fiebres, no las padece como las padeció Peace. Aunque se detienen, montan un campamento, y Mujer de la Pradera Azul le habla con murmullos inquietos; la niña corre verdadero peligro.

Ambas acampan en un camino de sirga. El cielo se abre, resplandeciente, y la hierba aparece cosida con dobladillo, repleta de bayas. Mujer de la Pradera Azul recolecta con delicada rapidez y llena un *makak* recién fabricado. Seca las bayas al sol sobre haces de corteza, para que resulte fácil transportarlas. Tumbada con la cabeza en el regazo de su madre, ante la hoguera, Coral pregunta cuál era su nombre cuando era un bebé. Ambas conversan largamente, sobre todo por señas.

¿Comprende la mayor la pregunta? Su rostro arde. Mientras se hunde vertiginosamente en la tierra al lado de su hija, siente la obligación de darle el nombre que la trajo de vuelta. Otro Lado De La Tierra, dice con los dientes castañeteando. Ardiendo cada vez más, al principio perpleja y después horriblemente lúcida cuando divisa ante sí la puerta del oeste.

Las nubes son puros estratos. El cielo, una balsa de leche. La perra gris coyote aguarda pacientemente sentada.

Mujer de la Pradera Azul, enferma de muerte como bien sabe, alarga la mano a la izquierda y engancha sin mirar la nuca de la perra. Tira del animal hacia ella. Es la primera vez que toca la perra desde que tomó de su pecho la leche de la tristeza. Unos huesos blandos, un hocico blando en aquella época. Ahora un hueso duro de roer. Mujer de la Pradera Azul sujeta a la perra junto a ella cogiéndola bajo un brazo y, después, con el cuchillo en la mano, pasa la afilada hoja por el cuello palpitante. Parte por la mitad su apagado quejido. Recoge su sangre oscura. Mujer de la Pradera Azul extiende entonces la perra en el suelo, la desuella y destripa, le corta la cabeza y deposita el cadáver despedazado en un hondo contenedor de abedul. Lo cuelga sobre las llamas, a buena altura, añade piedras calientes, sabe cómo calentar agua de la

manera ancestral en ese *makak*. Alimenta el fuego con cuidado, lo debilita y pone la perra a hervir.

Una vez terminado y con la carne reblandecida desprendiéndose en jirones de los huesos, vierte la carne gris y la carne marrón en una bandeja de abedul. El vapor se eleva, el aroma de la carne es levemente dulce. Lentamente, hace una señal a su hija. Separa de las patas cocidas las agrietadas y ovaladas almohadillas. Se las ofrece.

Mujer de la Pradera Azul tarda dieciséis horas en contraer las fiebres y tan solo ocho más en morir de ellas. Durante todo ese tiempo, mientras agoniza, no deja de cantar. Es un canto melancólico, extraño, suave e inquisitivo. No suena como un canto de muerte; más bien posee la ternura y la intimidad de la seducción dirigida a la lejanía azulada.

Jamás expuesto a la enfermedad, sano, indefenso, su cuerpo es un receptáculo ávido para el virus. Se agarrota, su piel se torna morada, vomita un refulgente destello de sangre. Apasionada, sorprendida, fallece cuando su pecho se llena, golpeando y martilleando la tierra hueca con los talones. Al fin se queda inmóvil, con la mirada puesta en el oeste. Esa es la dirección hacia la que permanece sentada su hija durante todo el día siguiente, y el siguiente. Canta la canción de su madre, mientras le sujeta la mano con una de sus manos y, seria y distraídamente, come la perra con la otra, hasta que en el nebuloso torbellino de luz y por una tierra fértil y plana, unas criaturas de pelaje rojizo claro, con rayas blancas en el pecho y la cara, ojos profundos, curiosos, se detienen al pasar.

Los antílopes emergen de la franja de luz en el límite del mundo.

Una pequeña manada de dieciséis o veinte hembras aparece de pronto. Fascinadas, se quedan quietas para observar la mano de la niña y cómo hunde la manga blanca. Se alimenta. Hunde la mano. Se acercan. Cascos de metal lustrado. Orejas como diapasones. Dientes negros y terciopelo. Contemplan a Coral Fox. A la hija de Mujer de la Pradera Azul. A Otro Lado de la Tierra. Sin nombre.

Tiene diez años, recia de tanto correr tras las aves de corral y delgada por culpa de las fiebres. Ella no sabe lo que son esas criaturas oníricas a las que la canción de su madre y su mano, que sigue hundiéndose, han llamado. Se acercan más, y más, pastan cerca y doblan las patas bajo sus cuerpos para descansar con cautela. Las jóvenes maman de sus madres dadas a la fuga o escrutan a la niña con embelesada hilaridad, alejándose de un salto en cuanto ella advierte el bamboleante coqueteo. Por la mañana, cuando despierta, sujetando todavía la mano de su madre, la rodean por completo. Se inclinan hacia ella, resoplan de emoción cuando la niña se levanta entre ellas, silenciosa y pensativa. Relajada con su delicada precisión, se pasea en su compañía. Siempre en constante movimiento. Por la noche, se prepara un nido de sauce. Duerme allí. Sigue avanzando. Come huevos de pájaros. Un conejo cazado con lazo. Raíces. Se acuerda del fuego y asa un puñado de crías de urogallos. La manada se adentra más y más en el oeste, al paso y rompiendo a galopar. Cuando caminan, ella camina, a la zaga, con bayas secas en un saco fabricado con su vestido.

Cuando corren, ella corre con ellas. Desnuda, grácil, con las cuentas azules alrededor de su cuello.

El Gravitrón

Algunos sienten la atracción de la tierra con más fuerza que otros. Solo es agosto, pero las hojas ya empiezan a caer lentamente al suelo. Luminosas al principio, luego se oscurecen. Sopla una leve brisa, trémula en la hierba enhiesta, que alarga y aminora mis pasos. La gravedad tira con más fuerza. El instinto de plomo. El alma de la tumba. Y después, me lanzo perpleja en una veloz y breve carrera. ¿Y si? ¿Y si, con la misma certeza que la tierra tira de nosotros y estamos destinados a acabar dentro de ella al final, el cielo también tirase de nosotros al mismo tiempo?

No es de extrañar que estemos estirados de arriba abajo por cada extremidad de nuestro ser. No es de extrañar que el alma no pueda decidir dónde meterse. Y si existen personas a las que estas cosas no les preocupan lo más mínimo, como mi madre por ejemplo, que es cajera en un gran supermercado de precios bajos y sabe que estos cambian constantemente y sin embargo se fijan con gran precisión, pues hay otras como yo (su hija de cuarenta años). Tras un matrimonio sin hijos que nunca cuajó, camino alrededor del lago en medio de una paz asombrosa, sujeta tanto por el cielo como por la tierra, de tal modo que algunos días siento la perfecta suspensión, el equilibrio.

Por supuesto, basta un solo hombre para desequilibrarnos.

Allí estaba un buen día a las ocho de la noche cuando fui a recoger a mi madre al trabajo. Era esbelto, tal vez un corredor, tal vez un indio dakota, con trenzas, gafas, media sonrisa por encima de los seis melones cantalupos que llevaba en una cesta de plástico roja.

Unos melones que mi madre se negó a cobrar.

—Vuelve a dejarlos en su sitio. —Su afilado rostro, que se acercaba a los cincuenta, se alargó sombrío, molesto y mohíno, hirviendo de ira ante ese hombre—. Esperaré. Esos no están maduros. Hay que olerlos para saber.

Nos dejó atónitas a las dos entonces con su réplica tan directa. Su labia de seductor, aunque al principio fue tan al grano que no lo pillamos:

—Necesito una mujer.

—Mi hija aquí puede ayudarte. Sabe cómo elegir un melón.

—Me refiero a que *necesito* a una mujer.

—Fuera de aquí —aconsejó mi madre—. ¡Y no te acerques a mi hija!

Casi con admiración, desde luego con respeto, retrocedió desde la caja. Con paso ligero, dio media vuelta. Recorrió el pasillo con los melones. No era mayor, no era joven. Entre nosotras dos, el equilibrio. Reparé en él. En ese mismo momento decidí qué hacer con él.

O decidí qué intentar hacer con él. Dada la gravedad, dada la tierra.

—Tú sigue atendiendo a la cola. Yo iré a ayudarlo a elegir un melón —dije a mi madre, que, desesperada, me hacía señas para que no fuera.

Me lanzaba miradas furiosas con mensajes en código de barras mientras arrastraba comida para gatos y quesos por el escáner. Latas de alubias. Botellas. Artículos a granel. Llevaba trece años haciendo lo mismo, desde que se retiró de la política tribal. Un trabajo a tiempo parcial, pero le había gustado el cambio. La tienda, su tienda, era una cooperativa de los empleados. «Dueña», rezaba el distintivo que llevaba en la camisa de trabajo. «Aurora Davis», en letra impresa. Justo debajo, había escrito «Waubanikway, Mujer Aurora» con un bolígrafo negro que goteaba. Escribió su nombre indio porque lo anotaba en todo lo que podía, e insistía enormemente en que los *chimookomaanag* se acostumbrasen a su lengua del mismo modo que ella se había acostumbrado a la suya.

Pero el hombre, el hombre. Volví para encontrármelo olisqueando el aire por encima de los melones.

Me escrutó con la cabeza gacha y enarcó las cejas. Sus ojos eran de un castaño oscuro y brillante con profundos e irónicos destellos. Yo solo lo miré fugazmente, no me entretuve en sus ojos mucho tiempo (sin embargo, me invadió sigilosamente un suave calor e interés). Di un paso hacia él y mi corazón tronó. Lo notaba en mis zapatos, en la planta de mis pies, y avanzando hacia la punta de mis dedos: un pulso acelerado.

—Esa cajera de allí —preguntó, no obstante, dirigiéndose a mí—, ¿la conoces?

—Es mi madre —asentí, sin comprender.

Dio unos golpecitos en el melón.

—Así me enseñaron a mí. Está mal, supongo. Y me gusta la fruta madura.

De pronto me sonrió, con una agradable sonrisa, sencilla pero elocuente. Bajó la cara hasta la marca que rodea el pedúnculo del melón.

—Madura —dijo de nuevo.

—Madura.

Su actitud sensual me mareó.

—Tú todavía estás verde —dijo, con tanta dulzura que me sentí joven.

Mientras atravesaba el aparcamiento con mi madre, pensé que yo era una anomalía generacional. Una especie de mujer en discordia. Veréis, mi madre solo tenía dieciséis años cuando me tuvo. En los tiempos de antes, mi madre ya tendría la dentadura desgastada de masticar pieles curtidas. El sol habría quemado y requemado su piel hasta convertirla en jirones de arrugas. Se la consideraría una anciana, una señora mayor, que estaría más allá de cualquiera esperanza o deseo, y satisfecha con poder aconsejar a las más jóvenes y apasionadas. Pero ahora, gracias a su crema Wild Yam, un melón para pesar en cada mano, sus lentes de contacto desechables en los

ojos y el pelo cortado, arreglado y peinado con laca, mi madre es antimateria, no tiene edad. Serena y extremadamente competente. Sin embargo, aunque había vivido la revolución sexual, no parecía mostrar el menor interés por los hombres.

—Le gustas —digo de camino a casa mientras conduzco.

Airada, da un golpe en la ventana con ira, pero es demasiado lista y desencantada como para hacerse la tímida.

—Lo sé. Cuando avanzó en la cola después, con esos melones pegados al pecho, no se cortó para nada y me pidió salir.

No puedo evitarlo. Una punzada de celos me corroe el corazón.

—¿Así como así? ¿Tan pronto?

Levanta las manos, exasperada y resignada.

—Y se cree muy gracioso encima.

—¿Qué dijo?

—Que su reloj biológico avanzaba. Yo le dije que el mío necesitaba pilas nuevas. «Me gustaría cargarlas», respondió. Entonces, cuando me disponía a contestarle con una buena ocurrencia, me tiende, cómo no, la tarjeta de crédito para que la pase por la máquina.

—La mar de inocente, supongo. «Me gustaría cargarla aquí». Cuánta sutileza.

—¡Bah! Se las sabe todas.

—Todas como poco —asiento—. Pero tiene algo. Es mono.

—Es director de escuela.

—No jodas.

—Ya te he dicho que no hables así delante de tu madre.

—Tengo cuarenta años.

—Razón de más.

—Cuarenta años es la edad de la razón —sostengo con resignación—. Ese es mi problema. Demasiada razón.

—Demasiadas razones. Excusas. —Mi madre me aguijonea—. ¿Por qué no sales con él?

—Le gusta la fruta madura —respondo.

Entonces ambas estallamos de risa y no podemos parar, nos reímos a carcajadas en el coche de camino a casa donde él la llamará y la llamará hasta que al final reconozca, entre nosotras, que está harta de luchar contra la atracción magnética y que, de acuerdo, lo hará. La gran feria del estado está instalada. Ella irá si yo voy también.

Finales de agosto. Noche. Los puestos de cuajada frita fríen leche agria. Los buñuelos de patatas australianas. Los bares de chile con carne a la greña. Mientras comíamos algo alargado, sinuoso y azul, miramos los caballos que ensayan su espectáculo fuera del ruedo, en una pista cubierta de serrín. Tan delicados. Tan refinados. Los cascos como agujas de máquinas de coser. De hecho, realizan

elegantes puntadas, arriba y abajo, a lo largo de las vallas metálicas. Pasan tan cerca de nosotras que percibimos la respiración de sus bellos aterciopelados y el cálido aroma de sus lustrosos traseros y sus trenzadas crines, y presentimos la determinación de sus pequeños y tiesos jinetes.

Mamá está incómoda, incluso fría con Herman (que así se llama), Herman Migwans. No es un dakota en absoluto, sino un chippewa constituido a imagen del modelo masculino de los indios de antaño. Alto y esbelto. Menos mal que tiene una nariz gibosa y rota, si no sería casi tan atractivo como una estrella de cine. Aunque por otro lado, me digo tristemente que esa joroba en la nariz solo le da un aspecto de tipo duro y de matón callejero. Quizá mi madre se siente ofendida de que él la eligiera a ella y no a mí. Es posible que mi madre se muestre protectora. O podría ser que vive encerrada en el pasado. Piensa que ya ha terminado, acabado, finiquitado, con el amor y sus complicaciones. Nunca más. Un alivio. La entiendo y tiene sentido. Pero aquí está Herman, tan amable, con sus manos tirando mechones de algodón de azúcar de un cucurucho de papel para darle primero a ella y luego a mí. Y tan humilde. Mira los conejos de la tómbola de cada forma y tamaño, las esculturas de pan y las caras de Elvis hechas con judías y semillas, y no hace la más mínima broma sobre el tamaño de los atributos del premio gordo, un verraco. Tampoco parece sentirse totalmente superado en esa cuestión, como les ocurre a otros hombres, mirando al cerdo de reajo y por encima del hombro con envidia y fascinación. Pero a Herman le sentaría bien, reflexiono mientras camino detrás de ambos. Por derecho, ya que él solo es cinco años más joven que ella y diez más que yo, también forman la pareja adecuada. Por ello, me muestro esquiva, me mantengo aparte y me limito a seguirlos zigzagueando hasta los relámpagos de luz chisporroteante de la feria. Más allá de las camas elásticas y del puente chino surge ante nosotros, un instante después, el Gravitron.

Cuarenta años es la piedra angular de la sociedad, el caballete debajo del balancín de los jóvenes y los ancianos. Cuarenta años es el equilibrio. Lo que mi madre entendía como excusas es que yo no dejo de repetir que tengo cuarenta años para justificar no tener que tomar las decisiones de los viejos o los jóvenes. Nunca he estado antes en el centro de la vida y de la gente, no obstante, y ahora creo, en medio de la efervescencia de luz, música y bullicio de la feria, entre Herman y mi madre, que el centro no es un lugar tan invisible como me habría gustado. Observo a la gente que avanza como felices zombis hasta la entrada de la atracción: una densa multitud. Justo por encima de sus cabezas, veo salir y entrar una nueva multitud de gente un poco nerviosa, charlando, mientras unos aburridos empleados les ajustan los cinturones. El operador de la atracción parece excesivamente joven. Lleva pinceladas de una barba suave y rubia, el pelo recogido en una trenza y un pendiente. Ausente. Desaparece durante un minuto debajo de la máquina (para ajustar algún aparato esencial, supongo). Después, regresa de un salto a los mandos de la mesa de sonido y

comienza a gritar en el micrófono una extraña perorata a lo Wolfman Jack.

El Gravitrón arranca lentamente con el ronroneo de un motor gigante y las sacudidas de los engranajes. El bajo profundo cobra vida, vibra el rock duro y una llamarada de guitarras. De pie, atados con correas, con las manos junto al cuerpo, los pasajeros están sujetos por barras metálicas fijadas al interior de un gigantesco plato de tarta, que ahora comienza a girar y a dar vueltas sobre un fondo nocturno. Franjas refractivas de luces verdes. Ondas azules. Rosas. ¡Un expositor de tarta enloquecido que gira a toda velocidad sobre su base! Se inclina hacia un lado y otro, gira cada vez más rápido, y la gravedad es una mano que aplasta los rostros de las personas que chillan hasta convertirlas en una sola dimensión verde.

—Parece divertido —comenta mi madre.

Su tono es tan seco que me parece que lo dice de guasa, pero no bromea. Así es como en el siguiente turno me encuentro mirando sola y estupefacta a Herman y mi madre mientras entran en las jaulas, que ahora se cierran sobre ellos como garras alienígenas. De nuevo, la atracción cobra vida, y Herman y mi madre, aferrados a las barras y las correas, se funden en un difuso y único elemento cuando comienza la vuelta. Puesto que ya lo he visto antes, aparto la mirada un momento. Al volverme, mi mirada se cruza sin querer con la del operario, o no tanto con su mirada sino con su extraña y fija sonrisa con la que me atraviesa desde la diminuta jaula que habita junto a los engranajes y los motores que hacen funcionar el Gravitrón.

Me mira fijamente y yo también a él, hasta que me doy cuenta de que no me está viendo. Mira a través de mí como si estuviera trastornado, con todo el cuerpo inmóvil y petrificado, es un maniquí de una tienda de camisas.

Colocado, pienso con absoluta lucidez. Muy, muy colocado con una droga que todavía no existía cuando yo tenía veinte años.

—¡Oye, tú!

Agito la mano hacia él y le grito. Aparta bruscamente la mirada de ellos y con una estridente risa como la de Wolfman Jack, solo que más loca y más perversa, aumenta la velocidad de la atracción. Más rápido. Más alto. Zarandeados arriba y abajo, los pasajeros gritan con los ojos lanzando fuego. El operario comienza a soltar espuma por la boca. ¡La rabia! ¡Una sobredosis! Y se lía, habla sin sentido. Lo único que existe es el desenfrenado chillido que envuelve todo el espacio y penetra en el punteo funk de *Purple Haze* de Hendrix. Estoy convencida de que ha perdido el juicio. Doy un paso adelante. Otros, preocupados, hacen lo mismo. Rodeamos la cabina iluminada y empezamos a llamar a la puerta, y entonces descubrimos que está atrancada. Arañamos, golpeamos y chillamos como esos muertos vivientes de caras azuladas de las películas de terror. Él espupa escalofriantes gorjeos y declama a la vez que acelera las entrañas del Gravitrón.

Lo que sucede a continuación allí arriba es terrorífico, cuando los pasajeros comprenden ahora que algo se ha torcido de manera espantosa y la atracción, ya de por sí mortal, se ha disparado hasta lo insoportable y los arroja sin piedad a través del

tiempo y del espacio. Gritan. Vomitan. Borrosos. Son como esos tigres de los cuentos, transformados en mantequilla. Forman un solo rostro de horror espachurrado por el círculo interno del Gravitron. Van a morir. Daños cerebrales, órganos internos hechos papilla. Estoy tan aterrorizada que empuño una barandilla y, con la ayuda de otro desesperado ser querido que se ha quedado en tierra, comienzo a arrancar la barra de la pasarela. La usaremos para tirar abajo la ventana de plexiglás, golpear la puerta y, de algún modo, clavarla en el mecanismo. Pero no, aparece otra persona antes que nosotros. Con una llave de rueda, golpea y golpea la ventana hasta que esta estalla y entonces aparecen personas en los mandos, la atracción se ralentiza y cada pasajero recobra su nitidez y es la imagen misma de un terror descompuesto y deslumbrado, excepto uno.

Mi madre. Sale de su jaula sin tambalearse, no da ni un paso en falso. Ayuda a bajarse a un Herman muy mareado, renqueante, sudoroso y con la cara verde, y lo acompaña hasta un lugar en la hierba donde se sienta, lleno de un confuso agradecimiento mientras sus ojos siguen dando vueltas. Ella le acaricia la mano. Le estabiliza los hombros, lo rodea con su brazo y lo abraza de un modo tal como no recuerdo que me haya abrazado a mí nunca. Se comporta de una forma tan diferente, tan natural, tan real, tan cálida y desnuda que de pronto me viene la imagen exacta de lo que acaba de sucederle.

Mi madre ha sido escamada. Todas las escamas de los convencionalismos y del distanciamiento irónico han sido raspadas de su cuerpo. Toda la escamosa armadura que presenta ante el mundo. Se ha visto despojada por la fuerza centrífuga y su interior es un espacio donde todo está revuelto. La virulenta fuerza de la gravedad ha desatado todos sus hilos. Hay una sensación de incipiente asombro, esa agradable comodidad interior, ese repentino relámpago de ternura en su mirada cuando la fija en Herman.

Una semana más tarde. Numerosas llamadas de teléfono entre ellos. Muchos susurros a altas horas de la noche. Mi madre entra en la sala de estar y se sienta a mi lado en el sofá gris.

—Vale, de acuerdo. Supongo que no hay escapatoria.

Ni siquiera se me ocurre preguntarle si se refiere a lo que yo doy por sentado que ella se refiere. Sexo. Con un hombre. Herman. Decido fingir que su actitud de sacrificio es normal, y suspiro.

—¿Qué otra cosa puedes hacer?

—Es ley de vida, ¿no?

Asiento.

—Sí.

—No es que no existiera en el pasado... —Cuando prosigue, su voz se difumina —. Pero le dábamos otra importancia. Seguíamos ciertas reglas. El protocolo...

—¿Qué protocolo?

—Lo seguíamos a rajatabla.

—¿Había un protocolo? ¿Qué protocolo, mamá?

—No era un verdadero protocolo. Era más bien un supuesto protocolo, conductas aceptadas. Usos y costumbres que se transmitían de mujer a mujer.

—¿Dentro de la familia? ¿De la tribu?

—Ambas.

Su voz ahora es firme. Hemos cambiado los papeles, ella pasa de las preguntas a las respuestas. Y yo paso de dar consejos a pedirlos.

—Así que la abuela se sentaba con la muchacha un poco como nosotras, y le dejaría muy claro a la chica qué cosas podía o no hacer.

—¿Por ejemplo?

—Pasar por encima de un arroyo cuando tuviese el periodo.

—Nunca me has dicho nada de eso.

—Bueno, yo no creo en ello. Además, ¿cómo vas a describir eso a una chica que se cría en la ciudad? Tú nunca tuviste que cruzar un arroyo de todos modos.

—Había grietas en las aceras, alcantarillas, mangueras, ese tipo de cosas.

—Ahora me tomas el pelo. Te aseguro que esas cosas eran sagradas. Teníamos a otras mujeres en las que podíamos confiar, hija mía, y ahora mira. No hay ni una sola hechicera a quien preguntar.

—¿Preguntar qué?

—Si todavía puedo.

—¿Tener relaciones sexuales?

Su silencio habla por ella.

—Mamá, claro que puedes. Créeme.

Asiente, pero sigue sin hablar durante un rato, y al final farfulla en la florida tela de su regazo que ha concertado una cita en la clínica con una «especialista en mujeres». Si puedo llevarla en coche para ser un apoyo moral para ella. Nunca se ha hecho una revisión completa.

—¿Cómo? ¿Que nunca te han hecho...?

—No.

—Pero el médico... ¿No pueden...?

—¿Obligarme a hacerme un chequeo?

—Veo a lo que te refieres. Yo pensaba que era algo tan normal, tan inevitable, que ni siquiera se plantearía. Te harían una revisión completa. ¿Por qué?

—Yo sabía lo que sabía. Le dije al médico que era asunto mío, no suyo. La abuela me ayudó cuando te tuve. Pero ahora, los tiempos han cambiado. Creo que debería hacerlo. No es que tenga ningún problema, solo que quiero saber si yo...

Vacila.

—¿Estás sana?

—Si soy normal.

—Mamá, claro que eres normal.

—De acuerdo, pero solo quiero asegurarme.

De modo que por la mañana vamos en coche hasta la clínica, ella pasa casi una hora en el cuarto de baño, preparándose, restregándose a conciencia y duchándose, preocupándose. Cuando al final emerge, parece la misma, ni siquiera parece realmente mucho más limpia, y yo no puedo evitar preguntar:

—¿A qué ha venido todo eso?

Pero no me oye, está demasiado ocupada probándose y desechando ropa. Me mantengo al margen y dejo que vacíe todo el armario. Está tan nerviosa. Es como tener una hija caprichosa. Me ofrezco a acompañarla a la consulta, pero se desliza un bolso en el brazo con gravedad y sale, mascullando entre dientes, en voz baja y con aprensión.

Pasan las horas. Da un portazo. Está de vuelta. Hierve de rabia. Entra en casa pateando, tira las llaves sobre la mesa y se sienta. Echa humo. Despacio y con cuidado, lleno el hervidor de agua y preparo un poco de té. No quiero preguntar. Al final habla.

—¡Ese joven médico fue un descarado conmigo!

—¿Cómo?

—Yo estaba tumbada allí, tapada con esa sábana y él entró para la revisión. Cuando levantó la sábana, dijo: «Madre mía, ¡está deslumbrante!».

—¡Estás de broma!

Hace un mohín.

—Odio cuando dices eso. Claro que no estoy de broma. Así fue, tal cual, palabra por palabra: «Madre mía, ¡está deslumbrante!».

Por supuesto, yo no respondí nada. ¿Por qué crees tú que habrá dicho semejante cosa?

—Tal vez tú estás... —intento pensar— inusualmente mejor allí abajo que la media.

La verdad es que tampoco tengo la menor idea.

—¿Llevabas lencería de fantasía o algo así?

—No llevaba puesto nada, a ver. Nada en ese momento. No, fue una grosería por su parte.

—¿Te habías puesto algo de perfume entonces?

—Tampoco. Yo solo, bueno, me había echado un poco de ese aerosol femenino que anuncian. Lo cogí de tu lado del cuarto de baño, nada más.

Le dirijo una mirada socarrona.

—Yo no tengo ese tipo de cosas.

—No tienes.

—No.

—Entonces..., bueno, parecía un aerosol de los que anuncian. El mismo color.

—¡Mamá!

—¿Qué?

Voy a comprobar en el cuarto de baño mientras me acuerdo de algo y traigo el aerosol que lleva guardado ahí desde la última fiesta de Halloween, en la que me hice un peinado escarchado con purpurina dorada. Cojo el bote de purpurinas y se lo llevo.

—¿Esto es lo que te has puesto?

Asiente.

—Lee la etiqueta —le pido.

Lo hace, luego retrocede bruscamente y parpadea con aire pensativo.

Está el problema de adónde van a ir para hacer esa cosa sexual. Herman comparte su casa con un hijo y su familia, y mamá comparte la suya conmigo. En fin, no es que digan nada de manera directa, pero sé que debo encontrar un modo de volverme tan invisible y discreta como me gustaría ser.

Una tarde. Domingo. Pienso en la palabra «sobremesa». Contemplo los grandes espacios por la ventana de la segunda planta de la casa. Caen unos copos de nieve. Aun así, cojo mi abrigo en cuanto llega Herman y me voy a dar un paseo muy largo. Veo una película sobre un dragón sabio y saco dos libros de la biblioteca. Compro bicarbonato, sal de ajo y leche. Miro escaparates, admiro unos zapatos y al final camino lentamente de vuelta a casa, procurando no tiritar de frío cuando el sol desaparece. Llego a casa justo en el momento en que Herman sale, con aire muy serio y triste, doblegado por el peso del mundo.

—¿Y bien? —pregunto a mi madre en cuanto entro en casa.

—¿Y bien qué? —responde.

—Ah.

Deduzco que la tierra no ha temblado.

—¡No me vengas con «Ah»! ¡No tienes ni idea!

—¿No tengo ni idea de qué?

—¡Nunca me lo has contado!

Jamás la había visto en un estado así antes, advierto de pronto. Da saltos arriba y abajo y camina de un lado para otro. Está cubierta por una fuerte carga emocional fruto de un estallido. Percibo oleadas de sentimiento, banderas con bordes afilados, enormes sensaciones que manan de ella, liberadas. Vestida, pero con ninguna gracia, con el cuello metido para dentro, aparta mis manos de un manotazo cuando intento ponérselo bien. Se queda en un rincón de la habitación. Y es entonces, al ver cómo le tiemblan los hombros y la espalda, cuando comprendo que es demasiado grande para ella, demasiado enorme. Tira de ella con su inexorable peso. Ella cae dentro. La gravedad. No puede contener sus emociones por primera vez en su vida. Y en cuanto a mí, me quedo vacía, hambrienta y helada. Es terrible ver a tu madre enamorada. Las manos de Herman, su beso, su deseo casi desesperado, su desconcierto y, por primera vez, la ternura de un hombre, dice ella. No puede dejar de hablar. Tenemos estos cuerpos terrenales. No sabemos lo que quieren. La mitad del tiempo, fingimos que los tenemos bajo nuestro control mental, pero no es más que el espejismo de la gente

sana y segura. O amantes sosegados. No mi madre. Ni yo, jamás. Pues el cuerpo tiene emociones que genera y desarrolla sin preocuparse por nada ni nadie salvo por sí mismo. El amor es uno de ellos. Se remonta a algo muy antiguo que se teje en nuestro cerebro mientras crecemos. Irremediable. Abrasador. Banal. Él también lo siente o si no mi madre se volverá loca. Ya en la otra habitación, suena el teléfono; la está llamando. Y mientras mi madre camina hacia el teléfono con la mano extendida, parece encoger y caer en la constante fuerza de gravedad.

La historia de los Puyat

Sin duda habréis oído hablar del padre LaCombe, un misionero que se pasaba las noches en un ataúd para familiarizarse con su mortalidad y que era venerado por sus feligreses, ya que atraía la fortuna divina sobre las grandiosas y tumultuosas cacerías de bisontes. Aunque la historia de los Puyat comienza mucho antes de aquellos tiempos, la gran sorpresa en el corazón de su historia atañe a la caza. Desde la primavera hasta mediados del verano, los ojibwes de las llanuras y el pueblo michif cazaban el bisonte. Por muy arduo que fuera matar el animal, esas muertes eran fáciles comparadas con la enorme cantidad de trabajo que suponía desollar los animales y despiezarlos, preparar la carne y conservar las sobras en forma de *pemmican*. Este alimento duradero representaba su principal sustento durante el invierno y los desplazamientos. El animal era deshuesado, cocinado, pulverizado, triturado y mezclado con su propio sebo derretido y devuelto a su piel desprovista de pelos. El colosal, veloz y salvaje animal terminaba concentrado bajo una forma que una mujer podía llevar a su espalda, en caso de necesidad. Por regla general, la mayor parte del bisonte transformado se cargaba en fardos que se amontonaban en unas carretas de bueyes de madera del río Rojo, que chirriaban mientras atravesaban las llanuras ferozmente planas.

Sobre el fardo de arriba, en esta historia parcial que ahora relato, viajaba una muchacha en la que se concentraba la amargura de siete generaciones de campesinos franceses y otros tantos de antepasados ojibwes hostigados por sus enemigos. Sus padres (su madre, una muchacha del clan de la Grulla de inquieta y desasosegada energía, y su padre, bajito, arrogante y con las malas pulgas de la gente de Montreal) se odiaban de verdad. Al mismo tiempo, no podían soportar las frustraciones de la separación. Su hija, engendrada con una desbordante complejidad y a la que dieron el nombre francés de Pauline por deseo del padre, hervía bajo el sol del mediodía y consideraba el lento e inevitable devenir de sus padres tan insoportable que, al divisar una partida de bwaanag, una fuente de odio mortal, casi se alegró de poder anunciar a voz en grito su descubrimiento desde lo alto del fardo de pieles.

La partida de ojibwes y mischifs francoindios se detuvo alarmada. Todos los buenos tiradores estaban armados y se pusieron a cubierto. Los bwaanag hicieron lo mismo y, durante horas, sin disparar un solo tiro, los dos campamentos enemigos intercambiaron torrentes de insultos a voz en cuello, cada vez más asombrosos, enfurecidos y obscenos; por supuesto, ninguno de los dos bandos era capaz de entender al otro ya que no compartían la misma lengua, pero ampliaron enormemente los conocimientos de los niños y del sacerdote que los acompañaba. Este último, el buen misionero, cuyo trabajo consistía en bendecir la caza, se encontró en medio de

una enemistad tan antigua que ni siquiera su sagrada presencia fue suficiente para que las mujeres contuviesen su desprecio. Lo único que pudo hacer, por tanto, fue romper sus velas y amasar la cera de abeja para hacer tapones que introdujo en los oídos de los niños y en los suyos también. Y así, el primer recuerdo que guarda Pauline de lo que sucedió después no fue más que una visión silente.

En un momento dado, vio cómo su madre, furiosa y rota de dolor al recordar a sus hermanos muertos a manos de los bwaanag, se subía a los fardos y se desprendía de sus faldas. Mientras mostraba su desnudez, que enarbolaba con descaro, vociferó un desafío tan infame e inmediatamente comprensible que un bwaan se precipitó a descubierto y a punto estuvo de que lo mataran de una bala que le rozó y arrancó media oreja y de otra que reventó una cachiporra de madera que salió volando de su mano, de modo que sabiamente se replegó. En ambos bandos volvieron los gritos, pero había quedado claro para entonces que ambas partidas se hallaban regresando de una fructífera cacería y no solo se hallaban bajos de municiones sino que tenían más interés en abastecer de carne a sus propios campamentos que en cumplir con una venganza ancestral. Aun así, en represalia por la descarada afrenta de Anishinaabekwe, una mujer bwaan igual de furiosa levantó sus pieles de ante y gritó un desafío en su propia lengua y de una manera tan severa y feroz que uno de los hombres del bando de Pauline se abalanzó hacia adelante a descubierto y lo hirieron de gravedad en el muslo. La madre de Pauline se alzó más arriba sobre los fardos y otras mujeres la imitaron, de forma que la cacofonía de insultos cruzados se convirtió de pronto en un estruendo ensordecedor y los hombres, al ver a sus mujeres medio desnudas, completamente rabiosas, comenzaron a pensar que, comparados con ellas, eran más comedidos y racionales. El marido de la madre de Pauline, en concreto, sentía especial repugnancia ante la exhibición de su esposa. De hecho, al final la rabia le sacó tanto de quicio que levantó una bandera blanca, cuyo simbolismo era conocido desde hacía mucho gracias al protocolo de la caballería de Estados Unidos, y avanzó desarmado hasta el centro del campo. Al ser un canadiense francés y de una familia de comerciantes franceses, tenía suficientes conocimientos de la lengua bwaan como para hacerse entender. Cuando levantó las manos, se hizo un extraño silencio. Se dirigió a ambos bandos.

—¡No estamos aquí para luchar! ¡Escuchadme! Vamos cargados de carne para sobrevivir. Ambas caravanas harían mejor en marcharse en paz. Pero ya que son nuestras exaltadas mujeres las que buscan el derramamiento de sangre, y puesto que somos hombres franceses y ojibwes que siempre complacemos a nuestras mujeres, pues dejemos que dos de ellas compitan a muerte en una carrera. Quien gane la prueba, si estamos todos de acuerdo en ello, se cobrará la vida de la otra. Cuando se haya terminado esto, seguiremos cada uno nuestro camino y nos encontraremos para luchar, como hombres y guerreros, otro día.

La niña escuchó el discurso de su padre, al igual que los demás miembros de la tribu, con un íntimo sentimiento de júbilo, pues todos sabían que la madre de Pauline

era una corredora magnífica y sin igual. Había desafiado en carreras a todos los jóvenes que pretendían cortejarla y aseguraba que no se rebajaría a casarse con un hombre que no fuese capaz de ganarla. Había jurado que se desposaría con quien lo consiguiera. Su fanfarronada fue la razón por la que al final se casó con el poco atractivo e incluso feúcho *voyageur*, con piernas de ciervo, que era su muy despreciado marido. La había avergonzado cuando la ganó, un mal comienzo para un matrimonio. Desde aquel día, su velocidad no había hecho más que aumentar, al igual que la de él. Aunque se hinchó inmediatamente de orgullo al oír sus palabras, notó una repentina punzada en las entrañas por el hecho de que él, el padre de su hija, pudiera disponer de su vida con semejante arrogancia. ¿Y si por casualidad había alguien que corría más rápido entre las mujeres bwaan? La ira bullía en su interior. Fue entonces, mientras avanzaba hacia la pista de la carrera para tomar posición, cuando decidió perder la prueba. Por orgullo ante sus compatriotas, su hombre tendría que ofrecer su propia vida por la de ella. ¡Por fin, y qué bien merecido se lo tendría, se libraría de él para siempre!

Los bandos enemigos, tras depositar las armas, formaron dos filas a ambos lados de la línea de meta. La mujer bwaan que iba a competir era paticorta pero de complexión delgada. Ambas mujeres llevaban vestidos de fino calicó. En la línea de salida, se desprendieron de todo lo que pudiera entorpecerlas; la mujer bwaan se quitó una larga pechera de hueso, un cencerro sin badajo y un portabebés en el que estaba atado un niño regordete. Ambas mujeres depositaron sus cuchillos de desollar; sus miradas se cruzaron por un breve instante sobre las finas y afiladas hojas de acero en un oscuro acuerdo. Se apartaron. La madre de Pauline se sacó por encima de la cabeza y con cuidado un collar de cuentas usadas para el comercio, hilo a hilo y depositó esos abalorios de África, Venecia, Bohemia y Quechee de Vermont en las manos de su hija. Se desabrochó un ancho cinturón de cuero de bisonte macho con tachones de latón, pero no retiró de sus orejas los brillantes conos de los que manaban pequeños cascabeles de plata alemana, de modo que, cuando las mujeres echaron a correr, el rápido avance de su madre comenzó con una suave música que, a medida que su paso se alargaba, fue apagándose en el viento regular de sus movimientos.

Mientras corría, la madre de esta primera Pauline experimentó una tremenda sensación de bienestar y libertad. La tierra ronroneaba bajo su *makizinan* ese día. Alcanzó la curva un poco antes que su desesperada adversaria, asió con un gesto ágil el palo que debía recoger y descubrió en el trayecto de vuelta que le resultaba muy difícil obligarse a perder.

Cuando perdió, y aunque su madre la trataba sin cariño, Pauline escuchó, como si se elevara fuera de ella, un aullido animal que le desgarró el pecho. El increíble sonido le arrancó la respiración de cuajo. Sus pulmones se cerraron. Cayó sobre su madre en una neblina de motas amarillas y se aferró a su falda con tal fuerza que sus dedos atravesaron el suave tejido y sus nudillos encallaron en sus muslos. Entonces fue más el peso del horror que sintió su preciada hija que el amor que él sentía por su

despiadada esposa, o incluso el orgullo de hombre, lo que llevó al padre de Pauline a dar un paso adelante justo en el momento en que la mujer bwaan alzaba el cuchillo para ofrecer, tal y como había previsto su mujer, entregar su propia vida a cambio de la de ella.

La mujer bwaan retrocedió, sus ojos escudriñaron al hombre con la piel en la barbilla y a la niña, igual de fea que él, que sin lugar a dudas era su hija. Estaba ansiosa por matar a la mujer ojibwe, por las propias pérdidas causadas por la sangrienta e inmemorial enemistad entre ambas tribus, y porque había percibido, mientras corría a su lado, que la mujer contenía su poder y habría podido vencerla fácilmente. Semejante ignominia escocía su corazón de piedra de asar. Pero entonces, a medida que la pena de la niña se volvía con más violencia hacia su padre, a quien, con toda sinceridad, la pequeña prefería, la mujer bwaan decidió, recordando su propio dolor al perder a su padre a la misma edad que la niña durante un ataque nocturno de los ojibwes, que si podía conseguir equilibrar la tristeza de la muchacha con la suya propia, como un palo sobre un dedo, entonces quedaría liberada de su sed de venganza.

Se apartó para dejar que la otra mujer se levantase.

Un don para la agilidad de pensamiento, un cierto talento a la hora de hablar, un rápido manejo del lenguaje, todo eso se convirtió en una seña de identidad de los Puyat después de este espabilado francés, que habló entonces para salvar su vida. Habló con claridad, como si acabara de ocurrírsele la idea.

—Por supuesto, si alguno de vosotros, hombres bwaan panzudos consigue ganarme en una carrera, entonces cada uno de vosotros podrá matar la mitad de mí. La mujer podrá tener mi lado izquierdo para arrancarme el corazón, y comérselo también, si es que queda algo de él, al fin y al cabo, mi mujer lleva años afilándose los dientes en él. El hombre podrá quedarse con mi lado derecho, porque ahí se balancea *niinag*, largo y pesado. Cuando corro, tengo que atarlo o me golpea el muslo y me magulla. Pero hoy, puesto que podría ser mi última carrera, ¡dejaré que galope libremente!

Para cuando terminó de hablar, ambos bandos no paraban de reír y ya no cabía la menor duda de que la carrera se disputaría. El único problema que tenían los bwaanag era en la elección del corredor. Había dos y de igual valor. Uno era un recio cazador con pecho de toro y piernas abultadas con fabulosos músculos, y el otro era una mujer-hombre, un muchacho grácil y astuto que suspiró, con gravedad y seguro de sí mismo, se atusó el pelo y se miró en el espejo de mano de carey que le colgaba del cuello con una cinta de cuero. La mujer del cazador se negó a permitir que su valioso marido arriesgara la vida en tan ridículo juego, y le gritó, intimidó e incluso lo amenazó con su cuchillo, mientras los demás se perdían en discusiones vanas. ¿El muchacho que se acicalaba era un hombre o una mujer a efectos de esta carrera?

Algunos de los ojibwes, que veían en su actitud felina una amenaza, lo rechazaban como corredor masculino a cuenta de su espíritu femenino. Otros

recelaban del ceñudo cazador y argumentaban que puesto que el hombre-mujer correría con piernas que se alargaban bajo un pene tan inconfundible como el de su contrincante, era lo bastante varonil como para cumplir con los requisitos. La mujer del cazador terminó por ganar al propinar a su marido un golpe tan fuerte con la culata de su propia escopeta que este cayó desmayado y con arcadas. La mujer-hombre entrecerró los ojos delineados con negro de humo, se despojó con un movimiento de hombros de un pesado vestido de piel de ciervo delicadamente curtida y se quedó de pie, sorprendentemente puro y delicioso, sin nada más que unos calzones blancos de mujer rematados con puntillas. A la señal convenida, ambos se lanzaron a correr.

Se midieron mutuamente, tomando una zancada de ventaja y permaneciendo una zancada rezagada, acelerando o aminorando el paso para romper el ritmo del adversario, y descubrieron así que ambos iban a la par. Por consiguiente, sería una carrera de ingenio y no solo de fuerza. ¿Cuándo gastar sus últimas energías y cuándo conservarlas, adelantarse hasta el límite de sus fuerzas al principio para desanimar al otro o reservarse algo para el esfuerzo final? Cuando, a la mitad del recorrido, se apoderó del palo, el astuto montrealés decidió que se mantendría un paso por detrás, resollando, para confundir a su rival y entonces, en los últimos metros, señal de la cruz, beso de Dios, lo adelantaría como si fuese una flecha, sorprendiendo al bwaan, y le mostraría los talones de sus pies. Esta táctica habría funcionado mejor si no hubiera sido porque su oponente, cuyo trabajo en su condición de mujer era estudiar a los hombres y cuya próxima madurez sexual masculina le proporcionaba un desconcertante conocimiento de la naturaleza viril, leyó la mente del francés y aminoró el ritmo para conservar su propia capacidad para terminar ganando la carrera. Ambos sabían, por tanto, que sus estrategias se reducían a un final descarnado y ambos estaban decididos a correr hasta reventarse los pulmones y las entrañas para cruzar la línea de meta primero y seguir viviendo.

Pero a la hora de la verdad, el francés tenía más potencia y el hombre-mujer, tras perder por solo un dedo del pie, recogió sin detenerse y con elegancia su vestido de la hierba y siguió corriendo sin más, por las anchas llanuras hasta perderse en las colinas. Aquellos que deseaban salir tras él fueron retenidos por el sacerdote, que, aunque tardó en comprender el resultado de la apuesta y la sucesión de acontecimientos, soltó una diatriba inspirada en Dios que intimidó a los michifs ojibwes franceses hasta devolverles su buen juicio católico, de modo que no persiguieron al huido bwaan sino que aceptaron a regañadientes la diplomática declaración del sacerdote, según la cual la carrera había terminado en un perfecto empate. No había de derramarse sangre alguna.

Sin embargo, la mujer bwaan obtendría satisfacción por sus parientes. Abalanzándose hacia adelante con la velocidad de una flecha, hundió su cuchillo de desollar bajo las costillas del francés, el padre de Pauline, y dibujó un repugnante arco, de manera que el hombre se encontró arrodillado de pronto en posición de

oración con los intestinos brotando lentamente entre sus manos. Enseguida apareció su hija ante él para intentar colocarlos de nuevo con cuidado en sus exactos, misteriosos e intrincados pliegues, pero sin conseguirlo a medida que él se iba desplomando. Inclinado hacia un lado, se derramó alrededor de sí mismo. Mientras agonizaba, miró a su hija a los ojos y le dijo, con la lucidez de la última visión, que debía matar a su madre.

La orden que el padre había impuesto a su hija era imperecedera. Y no menos lo era la voluntad de la joven de cumplirla. Su intención se forjó en el calor de la pena y se templó en sus gélidas consecuencias. A pesar de su juventud, la muchacha albergaba una afilada certeza que aguardaba serenamente en su interior a que le llegara la hora. La madre de Pauline lo sabía. Por ello, un día, sin previo aviso ni mediar palabra, con tan solo un grito obsceno, arrastró a la niña hasta la pila de estiércol, hundió la cara de la niña que gruñía y le espetó con voz amenazante:

—Aquí acabarás como te enfrentes a mí.

Un error por parte de la madre desafiar a alguien tan parecido a ella misma.

A partir de ese momento, el hedor de la basura supuso un constante recordatorio. Lo siguiente que hizo la madre fue empujar a Pauline a la hoguera, y aquello también se convirtió en una parte inolvidable de la promesa. Las quemaduras de las brasas en su piel eran recuerdos. Así como la sopa que su madre se negaba a darle (una amarga ausencia en su estómago). Y los palos de madera que rompía en sus piernas y su espalda. El aire que le desgarraba el pecho cada vez que respiraba con la costilla rota, y la nieve ensangrentada. Lo único que su madre le dejó comer un invierno en que la carne escaseaba era la nieve ensangrentada que había debajo del animal muerto o despiezado.

Aun así, la muchacha sobrevivió con todo ello. Creció rápidamente con los golpes que no le alcanzaban y más rápidamente aún con los que sí recibía. Floreció con una energía retorcida y se volvió más alta que su padre y más malévola que su madre, hasta que un día, mientras la madre yacía debilitada por unas fiebres en un cobertizo de maleza, en la zona de caza con trampas, la hija le llevó un cuerno con un infecto y humeante estofado de corteza, conejo enfermo y un topo que un búho debió de soltar. Por mucho que su madre le clavara las uñas, mantuvo abierta la boca de la mujer y vertió el mejunje hirviendo dentro de su garganta, de modo que le quemó la garganta; la boca quedó seriamente dañada y lo único que pudo hacer la mujer durante tres días, en su agonizante delirio, fue susurrar el nombre de Pauline.

La niña se sentó lo más alejada posible de su madre, junto al fuego, envuelta en cálidas mantas y pieles. Contempló con satisfacción a la mujer que la había llevado en su vientre mientras esta tiritaba, castañeteaba como un sonajero de carey y lloraba según la fiebre hacía que se acalorara o se helara de frío. Tras reponerse, la mujer perdió un lado de la cara. Con los nervios destrozados por el calor interior, sus carnes se hundieron con un extraño y malintencionado gesto que la hizo de pronto aterradora

a ojos de los hombres, por lo que, aunque todavía podía correr, ya no había nadie que quisiera atraparla.

Al mismo tiempo, Pauline, que no había heredado nada de la gracia de su madre pero sí todo el vigor, el cuerpo achaparrado y los ojos saltones de su padre, se volvió irresistible para los hombres. Por todos fue sabido que fue cortejada al son de la flauta del amor. Ella ponía a prueba a sus pretendientes delante de la carpa, mientras su madre se consumía en un vacío oscuro. Los hombres regalaron a Pauline conchas y un vestido de calicó rojo que reflejaba el fuego. Le daban objetos de plata de cambio troquelados (búhos, tortugas, nutrias entrelazadas, osos y ranas cornudas). Le compraron carne, por lo que no volvió a pasar hambre. Un visitante nocturno llegó a colgar junto a su puerta un collar de cuentas de latón. Un buen hervidor. Pasteles de azúcar de arce. No le faltaba de nada. Los hombres la buscaban, a pesar de estar desconcertados por la fascinación que sentían por ella. ¿Era por su fina y alargada cintura ceñida en el calicó rojo? ¿Quizá fuese la manera con que miraba a los hombres, primero con descaro y luego apartando los ojos con rubor? No era su cara, o tal vez sí, pues la fealdad de su rostro infantil se había convertido en otra cosa: una fiereza, un encanto sexual desprovisto de la menor dulzura, una mirada que asimilaba cada detalle de un hombre y se regodeaba en todo ello. Una voracidad.

El apetito de la muchacha se convirtió en hambre feroz y luego en un vacío voraz que los hombres, tal y como descubrió, podían saciar durante unos muy breves instantes. Sin embargo, aunque ninguno se le resistía, ella permanecía inquieta, así que tomó el veneno y se puso a beber del mismo modo en que había empezado su madre hacía mucho tiempo. He aquí la terrible verdad: al crear ese vacío, la madre le había negado los medios para colmarlo. Pauline no podía amar ni ser amada. Había sido despojada de la capacidad tanto de dar como de recibir cualquier cosa profundamente buena.

Su madre bebió hasta que se le hundió la cara y la lengua se le quedó pegada al paladar. Su cerebro se apagó. Se volvió tan desvalida que no pudo moverse, ni siquiera cuando la invadieron los gusanos. Por ello, fue devorada antes de que su cuerpo fuera enterrado, descargando así a Pauline del peso de su condena. Una vez liberada, la joven se casó cuatro veces con diferentes franceses. Con cada uno de sus matrimonios, vivía siempre el principio como un perverso y prometedor paroxismo que se tornaba insoportable hasta terminar en una indiferencia tan profunda que, un día, esa indiferencia acabó extendiéndose a todo su ser. Recogía y bebía el zumo de la espina dorsal de bagres que, mezclado con alcohol puro, la mató mientras dormía.

Si habéis oído hablar de la caza de búfalos, quizá sepáis que la que yo describo, hace ya muchas generaciones de esto, fue una de las últimas. De hecho, justo después de aquella cacería, precedida por un enorme acto de contrición por parte del sacerdote, y la destrucción relámpago, que duró veinte minutos y dejó ochocientos animales muertos, el resto de la manada no huyó despavorido sino que reaccionó de

manera escalofriante.

Tal y como relataron numerosos testigos, los bisontes supervivientes deambularon en círculo alrededor de la matanza, sin pastar sino observando con una demente intensidad cómo, uno tras otro, rápida y meticulosamente, cada cadáver iba siendo despedazado. Incluso durante la noche, los búfalos permanecieron allí, y al alba siguiente, los intranquilos cazadores y sus familias descubrieron que no se habían movido y que parecían llorar a sus hijos y sus muertos, a todos los parientes que yacían ante ellos más o menos desmembrados, sin lengua, sin piernas, sin cabeza, desollados. Al mediodía descendieron las moscas. El zumbido era espantoso. El cielo se ensombreció. Fue entonces, cuando el sol alcanzó su cénit y en la luz se formaron jirones de cintas de insectos negros en danza, cuando los bisontes comenzaron a emitir un sonido.

Un sonido que nadie había oído antes; ningún bisonte lo había producido nunca. Nadie sabía lo que significaba, salvo un viejo y rudo cazador, que se tragó la respiración al oírlo y, según el sonido iba en aumento, se obligó a no gritar. Las lágrimas le caían por las mejillas y a lo largo del cuello, de todas formas, empapándole los hombros, pues el sonido iba cobrando fuerza hasta que todos los allí presentes terminaron perdidos en su inmensidad. Ese sonido, que solo se oyó una vez y jamás volvería a oírse, provocaba dolor en el cuerpo y hacía que se cerrara la mente. Una inconfundible y violenta zozobra, era como si la tierra misma sollozara. Una hembra y luego un macho cargaron contra los cadáveres. Después, hubo otra visión más que añadir al sonido nunca oído antes. Desde la cima de una elevación del terreno, el campamento de cazadores contempló sin comprenderlo cómo toda la manada, que todavía sumaba cientos de animales, se ponía en marcha. Lentamente al principio, después con más ferocidad, los búfalos comenzaron a pisotear, cornear e incluso morder a sus muertos, a aplastar en el suelo los huesos de sus hermanos con sus cascos de piedra, a lanzar al aire trozos de carne asesinada, e incluso, enseguida, a atropellar a sus propias crías. Y durante todo ese tiempo, profirieron un aullido tan terrible que todos los presentes quedaron sobrecogidos hasta el tuétano sin poder hablar de lo que vieron mucho tiempo después.

«Los búfalos se despedían de la tierra y de todo cuanto amaban», dijeron los antiguos jefes y cazadores una vez transcurridos muchos años hasta que pudieron contar lo que les partía el corazón. «Los búfalos enloquecieron de dolor al ver el final de las cosas. Al igual que nosotros, vieron el final de las cosas y como muchos de nosotros, muchos hoy día, ya no les importaba nada vivir».

¿Qué os dice eso sobre el gran dolor del final de las cosas que se vive en cada familia aquí en la reserva? La hija, por supuesto, era el perverso resultado de todo lo que había maleado a su madre. Era la esperanza, el veneno, lo que venía después, más allá del final de las cosas. Era el despojo de lo que sucedía cuando algunos miembros de nuestro pueblo, trastornados por la tristeza, pisoteaban a sus hijos. Así pues, la historia de los Puyat es la historia del final de las cosas. Está uncida a la desesperanza

y al violento deseo de las bestias pelirrojas por sacrificarse a sí mismas, un acto que los curas llaman suicidio y que nuestro pueblo raramente había puesto en práctica hasta ahora.

Le mooz

Margaret había agotado a tres maridos, y Nanapush había sobrevivido a sus seis mujeres. Eran ancianos cuando se instalaron en una cabaña en medio del monte. Además, al igual que Anishinaabeg en las primeras décadas del siglo pasado, después de haber conocido el hambre y la pena, sufrido terribles pérdidas, padecido auténticos robos por parte de agentes del gobierno y granjeros *chimookomaanag*, estaban cansados. Uno podría pensar que, al fin, tan solo desearían un poco de sosiego sin más pretensiones. Una pareja inofensiva. Tranquilidad. Compañerismo y poder dormir. Pero las cosas no fluyeron con placidez. La paz les fue esquiva. Pues Nanapush y Margaret hallaron una sorprendente calentura en sus corazones. Violenta y repentina, eclipsaba a veces en ternura tanto la edad como la ira. Entonces hacían el amor con asombrosa ansia y pureza, lo que los llenaba de estupor. Al mismo tiempo, tenía tendencia a inflamarse y escapar a su control.

Cuando su amor se incendiaba, Margaret y Nanapush se peleaban. Punzantes llamaradas de palabras laceraban su corazón y herían su lengua. El silencio era peor. Bajo su peso, que ardía a fuego lento, sus lúgubres miradas los chamuscaban. Tras unos días, sus mentes se marchitaban hasta convertirse en apagadas pavesas. Algunas noches silenciosas, permanecían tumbados uno junto al otro como dos troncos hechos ceniza. Casi temían moverse, por miedo a deshacerse en ligeros copos hasta desintegrarse. Era un amor joven, prendido en cuerpos ancianos y desgastados, y a veces los resquebrajaba como si fuesen demasiadas llamas en una vieja estufa de hojalata.

Para sobrevivir a su matrimonio, desarrollaron numerosas estrategias. Por ejemplo, raras veces colaboraban en alguna tarea. Cada uno cazaba, ponía trampas y pescaba en solitario. Ni siquiera conseguían llegar a entenderse llegar a un acuerdo en algo tan nimio como dónde y de qué manera debía colocarse una red. El fusil, que pertenecía a Nanapush, nunca estaba limpio cuando hacía falta. Las trampas se oxidaban. Le correspondía a Margaret frotar el cañón del fusil y ahumar las mandíbulas de acero. Preparar trampas de lazo juntos resultaba imposible, ya que, la verdad sea dicha, caían ambos en sus trampas una y otra vez a fuerza de vehementes comentarios y burlas acerca del lugar dónde podría saltar un conejo o de cómo colocar el lazo. Esa manera de evitarse no hacía más que fortalecer sus conductas individuales y así, cuando Margaret hizo encallar el viejo barco que hacía agua y saltó a la orilla, desesperada, en busca de ayuda, no hubo posibilidad alguna de alcanzar un acuerdo.

Margaret añadía a veces un toque de francés a su *ojibwemowin*, del mismo modo que hacían las esposas de habla elegante de los *voyageurs* franceses, como una pizca

de especias, con un «le» por aquí y un «la» por acá. Por ello, cuando se abalanzó con fuerza contra la cabaña gritando «le mooz», Nanapush se despertó, malhumorado, con una reprimenda en los labios, ya que siempre se alegraba de encontrar el menor defecto en su bienamada.

—¡Le mooz! ¡Le mooz! —le gritó Margaret a la cara.

Le agarró por la camisa con tanta fuerza que él pudo oír cómo se rompían los frágiles hilos.

—¡Booni' ishin!

Forcejeó para liberarse, pero Margaret le explicó rápidamente que había visto un alce^[14] cruzando a nado el lago y que esas eran sus provisiones para todo el invierno, pan comido. Gracias a la carne seca y almacenada de ese alce sobrevivirían.

—¡Arriba, vejestorio!

Agarró el fusil y lo arrastró hasta el barco antes de que él siquiera se preparase mentalmente para cazar el alce.

Nanapush alejó el barco de la orilla con el zagual, enfurruñado. Además de su innata propensión a enfrentarse, siempre se daba el caso de que si uno de los dos se mostraba especialmente interesado y obsesivo con una idea, el otro automáticamente iba a sentir lo contrario con tal de llevar la contraria. Si Nanapush pedía sirope de arce con la carne, Margaret le ponía cebolla silvestre. Si Margaret se deleitaba con un determinado color de una tela, Nanapush afirmaba que no podía mirar ese azul o rojo, que lo embrutecía y lo mareaba. Cuando se trataba de dormir sobre el elegante colchón de muelles que Margaret había comprado con el dinero logrado con la venta de corteza del último año, a Nanapush le encantaba la elasticidad de la cama pero ella se mostraba avara con ello, para no desgastarla. A veces, cuando ella se ausentaba, él se sentaba en la cama y saltaba, arriba y abajo, solo para molestarla. En cuanto a ella, cuando su marido comenzó a pedir astutamente más cebolla silvestre, pensó que él le había cogido el gusto y negoció, por ello, un pequeño tarro de sirope de arce, y así comenzó la siguiente y evidente fase de su enfrentamiento, que consistía en que cada uno solicitaba lo contrario de lo que en realidad deseaba a fin de conseguir lo que de verdad quería. Aquello desconcertaba a su viejo amigo, el padre Damien, pero ambos encontraron en esto una serena armonía. Por eso, cuando Margaret mostró aquella extrema determinación con el asunto del alce esa mañana, Nanapush no solo se sentía especialmente perezoso sino que tomó la decisión de creer que ella de verdad pretendía lo contrario de lo que vociferaba y, por lo tanto, se rezagó con el zagual e intentó contarle un par de chistes. Sin embargo, ella hablaba muy en serio.

—¡Rema! ¡Rema por lo que más quieras! —gritó.

—¡Soltad las amarras, muchachos, o soltad ventosidades! —se burló Nanapush.

A lo largo del verano, como no era el momento de contar *aadizookaanag* ojibwes, el padre Damien había intentado convertir a Nanapush contándole tantas historias de peces gordos como recordase, incluidas la de la multiplicación de los peces así como la del pez que se tragó a Jonás. Pronto, el padre Damien tuvo que ir más allá de la

Biblia. El cuento favorito de Nanapush era la del enorme e infernal pez blanco y del jefe que enloqueció persiguiéndolo por todas las latitudes de la Tierra.

—¡Gitimishk!

Margaret casi se ahogó de frustración, pues el alce había cambiado levemente de rumbo y no se estaban acercando a él lo bastante rápido para su gusto.

—¡Aye, aye Ahabikwe! —gritó Nanapush, mientras encendía su pipa al tiempo que ella daba rienda suelta a su furia remando con desenfreno.

Lo cierto es que Nanapush estaba encantado con la rabia de su mujer, ya que siempre que perdía el control durante el día solía perderlo también al ponerse el sol, así que ya anticipaba lo mucho que iban a gozar.

—¡Usa ese zagual o mis piernas van a quedarse cerradas para ti, so vago! —bramó.

Al oír esas palabras, puso manos a la obra y pronto llegaron a la altura del alce. Margaret se estabilizó y envió un lazo de sólida cuerda alrededor de la ancha y abierta cornamenta y, después, ató bien la cuerda a la proa del bote, que era algo parecido a una extraña canoa, con un fondo plano y resistente, un buen barco de carreras pero no muy fácil de maniobrar.

—Ahora —ordenó a Nanapush—. ¡Ahora coge la escopeta y dispara! ¡Dispara!

Pero Nanapush no lo hizo. Ya había matado un alce de aquel modo una vez en su vida y no tenía nada que demostrar. Alzó el fusil para comprobar que estaba cargado, pero como estaba disfrutando mucho del paseo que les ofrecía el diligente alce, decidió esperar.

—Vamos a darle la vuelta, mi dulce paloma —gritó a su amada—. Deja que él nos lleve a casa. Lo mataré en cuanto alcance aguas poco profundas, justo delante de nuestra cabaña.

Margaret conocía bien los peligros, pero no pudo sino reconocer que el plan que se le había ocurrido al perezoso de su marido era bueno y, por ello, tras usar más cuerda y tirar de un asta y luego de otra con todas sus fuerzas, consiguieron dar media vuelta al animal hasta colocarlo en la buena dirección. Nanapush se recostó, fumando la pipa, y se relajó en cuanto avanzaron rumbo a casa. El sol brillaba y el aire era fresco y puro. Todo parecía ir de maravilla entre ambos ahora. Margaret incluso le advirtió de la maraña de material de pesca que había alrededor de su asiento, y se percibía cierta ternura en su voz.

—Vas a pincharte —dijo—, so bobo.

En aquel momento, con la carne llevándolos directamente hasta la puerta de casa, aquello no le preocupaba mucho.

—Esta noche voy a freír los filetes de lomo con un chorrito de sirope de arce —dijo, la boca hecha agua—. ¡Abuelo, vas a comer de miedo! Uy... —gritó casi de admiración—. ¡Nuestro alce es tan gordo!

—¡Es un alce muy majo! —asintió Nanapush con pasión—. ¡Tienes buen ojo, *Mindimooyenh!* ¡Nuestro alce está jugoso!

—¡Asaré las costillas, usaré la grasa para cocinar las alubias y guardaré los sesos en un cubo para curtir ese pedazo de piel! Ay, *ishte*, marido mío, los ancianos sentirán envidia por el *makizinan* que voy a coser para ti.

—¡Qué hermosa eres, esposa mía! —Nanapush no cabía en sí de gozo—. ¡Mi querido tesoro!

Se miraron con enorme amor.

Mientras se comían con los ojos, aferrados a ese raro momento de mutua amabilidad, los cascos del alce golpearon el primer banco de arena cerca de la orilla, y Margaret gritó a su marido que apuntara con el fusil y disparase.

—Todavía no, amada mía —respondió Nanapush, confiado—, aún puede acercarnos un poco más.

—¡Cuidado! ¡Dispara ahora!

El alce se aproximaba, en efecto, a la orilla, pero el orgulloso Nanapush había decidido disparar contra el animal justo cuando este comenzara a sacarlos del agua, para convertir así la tarea de preparar y arrastrar el alce en un juego de niños. Lo tuvo en el punto de mira y entonces esperó mientras el animal se afianzaba en el suelo. Los pies del anciano se enredaron, de modo irritante, en los aparejos de pesca que él había tenido demasiada pereza en guardar, y tropezó mientras intentaba apartarlos.

—¡Margaret, agáchate! —gritó.

Justo cuando el alce pisaba tierra firme, Nanapush disparó, errando totalmente el tiro y aterrorizando al alce, que dio un pequeño brinco absolutamente inimaginable para un animal tan enorme y se lanzó por la ribera en línea recta. Tras retroceder para arrancarle de las manos el fusil a su marido, Margaret fue proyectada fuera del barco y afirmó más tarde que si el inútil cabezota de su marido no se hubiese empeñado en no soltar el fusil, ella habría podido desembarcar, apuntar y matar a ambos, tal y como se moría de ganas de hacer en ese momento. En cambio, mientras el alce se alejaba a toda velocidad con el barco todavía fuertemente sujeto a su cornamenta por tres cuerdas, ella se quedó atrás chillándole al idiota que saltara. Pero él no lo hizo y, en cuestión de segundos, el enfurecido alce, con el barco dando saltos tras él, desapareció en el bosque.

—Mi hombre es terco, de todas formas —dijo la mujer, mientras se limpiaba la falda y comprobaba que seguía entera y de una sola pieza, sin nada roto ni ninguna herida—. ¡Seguro que mata a ese alce!

Habló, expresando una esperanza que se correspondía más bien con su deseo, pero en su fuero interno se sintió invadida por tal mezcla de ansiedad y rabia que no supo qué hacer: intentar rescatar a Nanapush o cortarle en pedacitos con la pequeña hacha de mano que se sorprendió afilando mientras aguzaba el oído en busca de la segunda detonación de la escopeta.

¡Pum!

Sí. Ahí estaba. Menos mal que no había saltado del barco, masculló. Se puso en marcha con paso pesado hacia el ruido, cargada con correas y otro cuchillo afilado

más.

La verdad, que Nanapush no hubiera saltado del barco poco tenía que ver con su gran terquedad o valentía. Cuando el alce tiró de la embarcación por la orilla del lago con grandes sacudidas, los aparejos que ya se habían enrollado alrededor de su pierna volaron debajo del asiento cuando él botó en el aire y tres de los mejores anzuelos se le clavaron profundamente en el trasero cuando aterrizó, amarrándole firmemente. El sedal se enredó varias veces alrededor de él, rodeando la banqueta del barco. Lanzó un estridente grito de dolor, espantando aún más al animal, y forcejeó, clavándose los anzuelos todavía más, hasta que solo podía sujetarse a la borda con una sola mano, resollando de agonía, ya que con la otra mano intentaba llevarse el fusil al hombro y matar al alce.

Por supuesto, durante todo ese tiempo, el alce siguió corriendo desbocado. Perseguido por esa extraña y pesada cosa que chillaba, daba golpes y retumbaba, huía preso de un terror sordo a través de matorrales y ciénagas. Corría sin detenerse. Quienes divisaron a Nanapush, mientras recorría la reserva de arriba abajo, se quedaron un momento de piedra, fascinados, frotándose los ojos, y luego fueron a buscar a los demás, de modo que pronto el apuro en el que se hallaba Nanapush fue sabido y difundido en todas partes. Para entonces, el alce había alcanzado un suave trote y atravesó con suma comodidad granjas y prados, mientras el barco se elevaba en el aire y caía, desapareciendo detrás de él.

Nanapush intentó encarar el fusil, pero como no había nada adonde apuntar salvo el lomo del enorme animal, le aguijoneó el trasero y fue entonces, contaría Nanapush más tarde, cuando el alce comenzó a responderle y los perdigones pasaron zumbando rozándole la nariz y la ceja. Disparó de nuevo. Esta vez los perdigones del alce dieron todos en la diana. El barco se elevó mucho en el aire y se estrelló con un fuerte crujido cuando el alce se precipitó hacia adelante, arrancándole a Nanapush un gemido que recordarían siempre quienes lo oyeron (en varios kilómetros a la redonda) por la llana profundidad de su desesperanza. Muchos dejaron de hacer lo que estaban haciendo para quedarse boquiabiertos, o chillar, y otros buscaron a toda prisa sus rifles, pero llegaron demasiado tarde para disparar al alce y liberar a Nanapush.

Transcurrió un día. En su barquito de pesca tirado por el alce, Nanapush recorrió hasta el último rincón de la reserva donde había cazado, vio a todas las personas que había conocido y, después, fue a lugares que no había vuelto a visitar desde que era niño. En un momento dado, una familia que arrancaba raíces de espadañas se quedó atónita con la aparición del alce que arrastraba por la ciénaga un barco con un hombre postrado en el interior, pues, llegados a ese punto, el pobre Nanapush se había rendido y entregado al dolor que, al menos, confesó más tarde, compartía con el animal cuyo lomo había acribillado. Ya había intentado dejarse la mejor parte de su trasero en la banqueta de la canoa, pero por mucho que se esforzara, no lograba liberarse, así que había arrojado la toalla y se había dormido como siempre hacía en

momentos de estrés, con la esperanza de despertar con alguna idea de cómo poner fin a ese torturador paseo.

Pero cuando despertó, se dio cuenta de que el alce se dirigía hacia los lugares más remotos de la reserva, donde el pobre Nanapush estaba convencido de encontrar una muerte segura. De modo que comenzó a hablar con el alce mientras avanzaban a buen paso y las palabras manaron de su boca con fuertes sacudidas.

—¡Niiji! —gritó—. ¡Hermano, ve más despacio!

El alce volvió una oreja atrás para escuchar el sonido de la voz de aquella criatura, pero no se detuvo.

—¡No volveré a matar! —aseguró Nanapush—. ¡Ahora mismo mando mi escopeta al carajo!

Y la lanzó hacia un lado tras besar el cañón y fijarse bien en la zona. Pero, como si percibiera y solo sintiera desprecio por la hipocresía del hombre, el alce bufó y siguió avanzando.

—Te pido perdón —gritó Nanapush— a ti y a todos los alces que he matado y a los espíritus de los alces y al jefe de los alces y a cada alce que haya vivido o vaya a vivir en el futuro.

Como si estuviese levemente apaciguado, el alce aminoró el paso y Nanapush pudo al fin arrancar algunas bayas de los arbustos al pasar, llevarse a la boca un poco de agua de la ciénaga con la mano ahuecada y dormir, aunque, bajo la luz de la luna, el animal continuó pastando y caminando hacia alguna meta, pensó Nanapush que deliraba ya de tanto agotamiento y dolor. Quizá el otro mundo. Quizá este alce había sido enviado por el sabelotodo Creador para buscar a Nanapush y conducirlo de este novedoso modo hacia la vida de los espíritus. Pero, justo cuando se imaginaba o soñaba semejante cosa, apareció la primera luz del alba y, bajo esa luminosidad cada vez más intensa, vio que el alce tenía ciertamente un rumbo y una intención, y que ese objetivo no era otro que un alce hembra de tamaño y robusteza excepcionales, justo delante de ellos, que miraba por encima del hombro de una manera que, al parecer, hechizaba al alce macho, dado que el animal soltó un grito agudo de una intensidad viril que Nanapush identificó como pura lujuria.

Nanapush, que ahora deseaba haber apuntado a las enormes pelotas que colgaban del alce, lloró, exasperado.

—¿He de verme sometido a esto? ¿A esto también? ¡Además de todo lo que ya he sufrido!

Y Nanapush maldijo al alce, se maldijo a sí mismo, maldijo los anzuelos y maldijo a la persona que había construido con tanto cuidado un barco tan recio que no había forma de romperlo. Maldijo en inglés, ya que no existen verdaderas palabrotas en *ojibwemowin*, y por ello fue a Nanapush y no al demonio a quien Josette Bizhew oyó pasar junto a ella cerca de su aislada cabaña al alba, profiriendo toda clase de espantosas y novedosas imprecaciones, y fue a Nanapush, asimismo, a quien se oyó bramar entre las profundas hierbas de la ciénaga, bramar, aunque en este punto estaba

más muerto que vivo, por los escandalosos actos que se vio obligado a presenciar, ante sus mismísimas narices, mientras el barco se balanceaba y el alce macho, en el clímax de su pasión, copulaba con el alce hembra en pesadas embestidas y excitantes envites que propulsaron a Nanapush de un lado a otro pero sin conseguir soltarle de las terribles fauces de los anzuelos.

No, aquello no iba a suceder. Nanapush había de sufrir todavía todo un día más antes de que el satisfecho alce se tumbara para roncar y los miembros de la partida de rescate que había organizado Margaret se acercaran sigilosamente y mataran al animal allí mismo mientras dormía.

El alce, descubrió Margaret tras perseguirlo con el hacha de carnicero, había perdido una alarmante cantidad de grasa; la larga huida había vuelto la carne fibrosa y la mezcla de miedo y sexo consumado daba a la carne un cierto sabor agrio, por lo que mientras lo despedazaba torció el gesto, rezongó y se ensimismó en sus más hondos pensamientos, imaginando las dolorosas venganzas que infligiría a su marido, una de las cuales, a la hora de ejecutarla, acabaría por matarlo.

Mientras tanto, el padre Damien había seguido a su amigo lo mejor que pudo con el coche de la parroquia. Al oír el disparo de la escopeta, se detuvo en la carretera más próxima, y así pudo ayudar a quienes emergían del monte. Condujo a Nanapush, en pleno delirio, hasta la hermana Hildegarde, que tenía un excelente método para extraer anzuelos. En la escuela de enfermería, la hermana Hildegarde no se sonrojó al ver las nalgas desnudas de Nanapush que sobresalían y apuntaban hacia el cielo: limpió la zona con tintura de yodo y comprobó la solidez de sus pinzas.

El padre Damien entró en la sala de operaciones. Sintiendo un gran alivio por su amigo y cierta dosis de compasión, habló para intentar hacerle sonreír.

—No te avergüences de exhibirte de esta manera. Incluso la Virgen María tenía dos ancas, las suyas y las del asno que la llevó a Egipto.

Nanapush solo asintió con gesto indolente y apretó los dientes cuando la hermana Hildegarde empujó el anzuelo con las pinzas hasta que el extremo puntiagudo traspasó la dura piel y a continuación la mujer cortó la lengüeta y sacó el resto del anzuelo.

—¿Existe el menor riesgo de que esto afecte a mi virilidad? —preguntó con voz débil y ronca en cuanto acabó la intervención.

—Por desgracia no —respondió Hildegarde.

Las habilidades amatorias de Nanapush, enteras o mermadas, habían de permanecer sin poder ser corroboradas hasta después de su muerte. Pues Margaret se tomó su tiempo castigando a su marido. Lo ignoró, lo intimidó, y lo peor de todo, cocinó para él.

Era el invierno de las alubias instructivas, ya que cada vez que Margaret ponía a hervir una olla de legumbres duras como piedras sacadas del saco de alubias de veinticinco kilos que suponían su único sustento, además de las agrias fibras de carne,

recordaba a Nanapush cada estúpido momento decisivo del pasado otoño, cuando él debería de haber matado al alce, pero había fallado estrepitosamente.

—Y anda que —soltaba con desdén— no tenía la carne tierna y suave antes de que tú la convirtieras en jirones.

Nunca cocinaba las alubias para que estuvieran lo bastante blandas, tampoco, ya que era capaz de ordenar a su propio cuerpo que asimilara sin dificultad los tendones más correosos. Nanapush, en cambio, padecía tormentos digestivos de una naturaleza tal que pronto resultaron ser destructivos para la salud de ambos y estropearon su descanso nocturno por completo, dado que era entonces cuando se agolpaban en su cuerpo las violentas y explosivas flatulencias. Sus *boogidiwinan*, que siempre habían sido muy viriles, aunque lo bastante dóciles para permanecer bajo su control, arrollaron el poder de su *ojiid*, y no pudo hacer nada sino rendirse ante sus caprichos y su fuerza. Al menos era una forma de vengarse de Margaret, pensó, agotado, a punto de amanecer. Pero al mismo tiempo le preocupaba que ella pudiera abandonarlo. Finalmente, ella lo obligaba a dormir en una pila de pieles junto a la puerta para que no contaminara su florido colchón.

—Tesoro mío —le rogaba a veces—, ¿acaso no puedes perdonarme? Hierve las alubias un poco más, y el alce también. ¡Ten piedad!

La mujer solo enarcaba las cejas y su furiosa mirada semejaba una hoja de luz tan afilada como un cuchillo. Quizá estaba tanto más enfurecida porque se había ablandado con él durante ese paseo en alce por el lago, y ahora estaba decidida a castigarlo por ese lapsus de cariño tan poco habitual en ella. En todo caso, una noche cocinó las alubias justo lo suficiente como para ablandarles la piel, y la carne de alce que echó al potaje estaba cubierta por una capa de moho verdoso que, según sostenía, era medicinal, pero que en el caso de Nanapush, le hizo nudos a sus entrañas.

—Come, vejestorio.

Dejó el plato delante de él con brusquedad. Él vio que era implacable y entonces recordó la manera con la que había resuelto anteriormente el pleito del sirope de arce, y decidió hacer exactamente lo contrario de lo que sentía. Y así, resignado a sacrificar esa noche al dolor, desesperado, se propuso saborear las alubias con gran alevosía.

—¡Están excelentes, *niwiiw*, crujientes y deliciosas! ¡Minopogwud! —Engulló las alubias con el apetito de un niño y dio un bocado al mohoso alce como si se tratase de los mejores trozos—. ¡Howah! ¡Nunca había probado plato más succulento! —Se frotó la barriga y sonrió con falsa satisfacción—. *Nindebisinii*, mi preciosa cervatilla, ay, qué bien voy a dormir esta noche. —Entonces se arrebuja en las mantas junto a la puerta y esperó a que los dolores de los gases lo desgarraran por dentro.

Y llegaron. Aquella noche fue algo extraordinario. Margaret estaba convencida de que las latas de grasa en el alféizar tintineaban, y vio cómo un luminoso hedor se elevaba alrededor de su marido, lo vio con sus propios ojos, pero decidió taponarse los oídos con cera, girarse hacia la pared y hacer un agujero en la amalgama de barro que unía los troncos para poder respirar, y así se quedó dormida sin saber que la

sinfonía de sonidos que revolvió papeles y reventó la puerta por la mañana era la última declaración de su marido.

Sí, estaba muerto. A la mañana siguiente, cuando fue a sacudirlo para despertarlo, descubrió que el hombre yacía absolutamente sin vida. Soltó entonces un agudo chillido, por una pérdida catastrófica, y comenzó a sollozar con repentino horror ante la magnitud de su despiadada naturaleza. Lo besó por toda la cara, le dio palmaditas en las manos y el pelo. No parecía que la muerte se lo hubiera llevado, no, extrañamente tenía buen aspecto. Aunque se podría creer que una muerte de esa naturaleza lo habría marchitado como un saco vacío, dejándolo blando y arrugado, se mostraba prieto e hinchado, su boca dibujaba una línea firme y sus ojos estaban cerrados con fuerza como si sujetaran algo. Y estaba más tieso que un cuerno allí donde ella solía amarlo. ¡Debía de haber algún error! Quizá, pensó Margaret, loca de dolor, solo estaba profundamente dormido y ella podría amarlo para así desadormecerlo.

Trepó a la borda y se dispuso a montarlo hasta que también se desplomó, exhausta y llorando, sobre su pecho inmóvil. Era inútil. Su virilidad todavía se mantenía firme y enhiesta y, si bien ella perjuraba que la sonrisa triste de su rostro se había ampliado, no había ninguna otra señal de vida: ninguna respiración, ni podía detectarse el menor latido del corazón. Margaret cayó a su lado, inconsciente, y la encontraron allí, desgredada y totalmente congelada, por lo que en un primer momento el padre Damien creyó que ambos habían cometido un doble suicidio, como solían hacer algunos ancianos durante aquellos crudos inviernos. Pero pronto despertó. La cabaña se ventiló. El padre Damien, devastado por tal pérdida, sujetó la mano de su viejo amigo Nanapush durante todo el día y permitió que fluyeran sus propias lágrimas, empapando así su negra sotana.

Y así fue. El velatorio y el funeral se celebraron según las antiguas costumbres. Margaret preparó el cuerpo. Lo lavó, lo envolvió en su mejor colcha. Como no había forma de disimular su sólida erección, dejó que se erigiera ahí con altivez y decidió no avergonzarse del poderío sexual del anciano. Lo recostó sobre la cama que era su orgullo y lamentó amargamente haberlo obligado a dormir en el suelo a merced de las frías corrientes junto a la puerta.

Todo el mundo se presentó en casa esa noche, trayendo comida e incluso un poco de vino, pero Margaret no quiso saber nada de su consuelo. La pena se clavaba en lo más hondo de sus pulmones y el dolor irradiaba como los fulminantes rayos de una estrella. Se quedó sin aliento. Un velo pesaba sobre ella y la aturdió. Ante todo, deseaba expresar a su marido el inmenso y profundo amor que había sentido por él, pero había sido demasiado orgullosa y mezquina o, ahora comprendía, demasiado timorata, para demostrárselo mientras vivía. Lo había privado de semejante placer: ese enorme cuerno en sus pantalones, lo sabía ahora carcomida por la culpa, estaba ahí porque ella le había negado una satisfacción física desde aquel paseo en barco a remolque del alce.

—*Nimanendam*. Si solo volviese a mí, haría de él un hombre feliz.

Se sonó la nariz con un gran paño de cocina blanco y agachó la cabeza. ¿A quién regañaría? ¿Quién sentiría deseo por su viejo cuerpo de mujer? ¿A quién rechazaría ella? ¿Quién sufriría ahora por Margaret Kashpaw? ¿Qué sería de ella? Hundió el rostro en las manos y lloró con un abandono inusual. Toda la panda de amigos de Nanapush y sus seres queridos, arracimados en la casa, propusieron un brindis y un saludo por el anciano. Por último, el padre Damien habló al fin, y su discurso resultó tan elocuente que, en cuestión de segundos, toda la habitación estaba hecha un mar de lágrimas y sollozos.

Fue en ese preciso momento, en lo más hondo de su tristeza, justo en la hora en que todos sentían con más intensidad la pérdida de Nanapush, cuando se produjo una enorme explosión, una desgarradora detonación. Una feroz y nauseabunda nube empujó a los dolientes a buscar una bocanada de aire fresco. En cuanto se abrió la puerta y el frío puro del invierno entró a raudales en la habitación, todos regresaron dentro y descubrieron a Nanapush sentado muy erguido, todavía envuelto en la mejor colcha de Margaret.

—Es que ya no podía aguantarme más —declaró, avergonzado al ver tal aglomeración de gente a su alrededor.

Se dispuso después a beberse un vaso del vino del velatorio. Le retiraron la mortaja. Estiró los brazos. El vino lo volvió locuaz.

—Amigos míos —dijo—, cómo me llena el corazón de gozo veros a todos aquí. He visitado, desde luego, el mundo de los espíritus y allí saludé a mi viejo compañero Kashpaw. Vi a mis antiguas esposas, ahora casadas con otros hombres. Pluma estaba allí, y ahora me estaba haciendo un par de *makizinan* con un bordado de cuentas en las suelas, para que me los ponga cuando viaje allí definitivamente. Amigos míos, no temáis. Al otro lado de la vida, hay mucha comida y ningún agente del gobierno.

Después, Nanapush se levantó de la cama y paseó entre la gente, entregándoles saludos y mensajes de sus seres queridos ya fallecidos. Por último, sin embargo, cuando llegó a la altura de Margaret, que estaba sentada en una esquina petrificada ante la resurrección de su marido, le dijo:

—¡Ay, cuánto he echado de menos a mi mujercita! —exclamó abriéndole los brazos.

Pero justo cuando ella daba un paso adelante, entusiasmada ante su perdón, él se acordó de las alubias, dejó caer los brazos y dio un paso atrás.

—Por mucho que yo te ame —dijo entonces—, ¡prefiero irme al mundo de los espíritus que quedarme aquí contigo y comer tu comida!

Y con eso, se derrumbó de nuevo en el suelo, sin vida. Lo llevaron a la cama y una vez más lo envolvieron en la colcha, pero vigilaron su cuerpo de cerca, atentos a cualquier señal de resurrección. Sin embargo, nadie se creía todavía realmente que los hubiera abandonado y les llevó su tiempo (de hecho, estuvieron de celebración hasta bien entrada la noche) hasta que todos, incluida la pobre Margaret, confusos ahora

con una rabia y vergüenza adicional, tuvieron plena certeza de que se había ido de verdad. Por supuesto, en el instante en que todos habían aceptado la realidad de su fallecimiento, Nanapush se incorporó bruscamente otra vez y abrió los ojos de golpe.

—¡Ay, yai! —exclamó una de las ancianas—. ¡Aún vive!

Y, aunque todo el mundo supo disimular su contrariedad, fue inevitable que algunos dejaran escapar muestras de impaciencia.

—¡Si estás muerto, sigue muerto! —masculló alguien.

Nadie tenía el corazón tan duro como para expresar ese sentimiento abiertamente. Solo se produjo un lento pero continuo flujo de personas que abandonaron la casa y no transcurrió mucho tiempo hasta que incluso el padre Damien se marchó. Estaba encantado de haber recuperado a su viejo amigo, pero con su tacto habitual, intuyó que Margaret y Nanapush tenían muchas cosas que arreglar y necesitaban quedarse a solas para hacerlo.

Una vez que todos se hubieron marchado, Nanapush caminó hasta la puerta y la atrancó. Después, volvió hasta su mujer y habló antes de que ella pudiera decir una palabra.

—He vuelto por una sola razón, esposa mía. Cuando me fui y estuve lejos, sentí cómo intentaste reanimarme con el calor de tu cuerpo. Me alegré de que lo intentaras, mi corazón se llenó de gozo. Esta vez, cuando me he marchado con duras palabras en mis labios acerca de tu manera de cocinar, recorrí un buen tramo del camino hasta el mundo de los espíritus, pero no pude ir más allá, querida mujercita mía, porque te he hecho daño. He querido arreglar las cosas entre nosotros. He vuelto para amarte mucho.

Entre la confusión y la pena, el agotamiento y el asombro, Margaret no tuvo el buen juicio de hacer otra cosa más que echarse en brazos de su marido y permitir que toda la ternura oculta de su naturaleza se uniera al fuego que él había prendido, de modo que ambos disfrutaron juntos en la cama de muelles de las horas más hermosas y apasionadamente cumplidas que quizá hayan disfrutado nunca unos amantes en la Tierra. Cuando acabaron, se quedaron dormidos, y si bien solo despertó Margaret, su corazón estaba ahora en paz.

Margaret se negó a que Nanapush fuera enterrado en el suelo, sino que quiso ponerlo en lo alto de un árbol, como solía hacer su pueblo ancestral antes de la llegada de los curas. Un año más tarde, sus huesos y la raída colcha fueron colocados en una caja, que fue depositada debajo de una casa sepultura en la linde de su jardín. La casa sepultura estaba sólidamente construida, pintada con cuidado de un blanco resplandeciente y tenía una pequeña ventana con un alféizar donde Margaret siempre dejaba algo de comida. A veces, le ponía a Nanapush un plato de alubias mal cocinadas porque echaba de menos sus quejas, pero la mayoría de las veces cocinaba sus platos favoritos, condimentaba la carne con sirope de arce y lo mimaba y consentía de un modo que no se había atrevido a hacer en vida por miedo a que él se

aprovechara de ella, aunque ahora, sin él, en la simple tranquilidad de su interminable existencia, se preguntaba por qué eso había podido importar tanto.

Mujer desnuda tocando a Chopin

La calle que bordea el río Rojo sigue las curvas de un caudal poco profundo y fangoso, lleno de maleza, limo y meandros, y arroja a toda la población fuera de la precisa y rigurosa red del trazado del ferrocarril. El río se desborda casi cada primavera y arrastra los pequeños jardines locales en su torbellino, por mucho que se refuercen los márgenes con escolleras y elevados montones de hormigón procedentes de calles y cimientos reconstruidos. Es un río diabólicamente complicado, que hiela a traición, atraviesa todas las barreras y ahoga a una o dos personas cada año en su helada carrera. En algunas zonas es un río muerto, que solo alberga carpas y charrascos. En otras, es salvaje y atrae a los alces que bajan desde Canadá hasta los límites de la ciudad. En una época, cuando se comenzó a labrar las tierras por toda la ribera, vapores de ruedas y barcazas de cereales bajaban majestuosamente desde su origen hasta Winnipeg, pues el río fluye hacia el norte inextricablemente. Y, del lado de Minnesota, más allá de lo que ahora son los terrenos de la iglesia y el parque municipal, se extiende una granja generosamente a lo largo del río y tierra adentro en amplios campos abrasados por el sol.

La próspera granja pertenecía a una gente del este, que había vendido una fundición en Vermont y con el dinero compró la extensa llanura que bordeaba el río. Cuando la tierra era joven, consiguieron asombrosos cultivos: colinabos de casi treinta kilos, trigo de una exuberancia insoportable y mazorcas de maíz como cachiporras. Después, llegaron seis años de saltamontes en los que se comieron hasta los mangos de las hoces y los rastrillos, y también un soldado de la caballería acabó devorado parcialmente mientras yacía borracho en el camino de los insectos. La empresa sufrió pérdidas a gran escala. La granja se dividió al final entre cuatro hermanos, quienes vendieron después la mitad cada uno, de modo que para cuando Berndt Vogel escapó de las trincheras de la guerra en Europa, donde había sido triturado con virulencia en seis sitios de su cuerpo por un sable de la caballería británica, pero sin daños concluyentes, y luego pateado por la coza de un caballo de manera que su mandíbula ya no encajaba bien, solo quedaba disponible una hermosa y tranquila parcela. Durante el tiempo que le llevó reunir la cantidad de dinero (renunciando a las mujeres, bebiendo solo cerveza barata y trabajando las veinticuatro horas del día) para poder sustraer la granja del banco local, el precio fue cayendo más y más conforme la tierra se elevaba en un gran navío de destrucción. Velas de polvo llevaron más allá del horizonte la mitad de la fértil tierra de Berndt, pero permaneció la suficiente cantidad como para que pudiera plantar y cosechar seis campos.

Así que Berndt sobrevivió. En sus tierras se levantaba una granja con aspecto de

galpón, de la que solo servía todavía una pequeña parte, que albergaba a una vaca, gallinas y un cerdo deprimido. Berndt conservaba el resto en un estado razonable, no solo porque, como buen alemán, no debía de malgastar nada que se cruzara en su camino, sino porque además veía en esos majestuosos y polvorientos rayos de luz algo que podía venerar. Había albergado antaño tiros de grandes y azulados caballos percherones y caballos de tiro belgas. Solo quedaba un caballo, viejo y de un terciopelo áspero, pero los demás seguían moviéndose en la poderosa sincronía de sus sueños. Andaba siempre pendiente del único mastodonte que quedaba y se imaginaba su granja un día completa, inmensa y rebosante de actividad, con cuadrillas de hombres a sus órdenes, un edificio para la cocina, un barracón con literas, maquinaria, una mujer e hijos entregados enérgicamente al trabajo duro, y un jardín donde estarían sembradas las semillas de los geranios rosas y perfumados de su infancia, dando sus frutos.

Grande fue su sorpresa, por tanto, una tarde al descubrir en el umbral de su granja a una mujer descalza, hambrienta y desaliñada, como si la hubiera sembrado allí el viento e invocado en sus sueños. Era una flor pálida, casi calva y vestida con un andrajosos vestido. Pestañeó como un tonto ante esa visión. La luz caía a raudales a su alrededor como volutas de humo girando ante su gesto desvalido. Habló con una brusquedad grave y cavernosa.

—*Ich habe hunger.*

Por su acento, supo que era suaba y, por ello, intentó apartar ese pensamiento de su cabeza, susceptible de tener ciertas costumbres impetuosas en la cama. Continuó hablando, con voz ronca y autoritaria. Berndt se pasó la mano por los ojos. A través del vestido de gasa casi transparente, podía atisbar que sus pechos, de manera excitante, estaban sujetos contra su torso con prietas cintas de tela. Parpadeó con más fuerza. Al mirarla directamente a los ojos, experimentó el vértigo de enfrentarse a una hembra que no se sonrojaba ni apartaba los ojos, sino que le sostenía la mirada con una serenidad sincera y humana. Al principio pensó que debía tratarse de una mujer de vida ligera que se había escapado de un burdel (¿acaso había crecido tanto Fargo?). O había huido de un mal matrimonio, tal vez. No sabía que la había enviado Dios.

La hermana Cecellia

En el centro del pueblo, al otro lado del río, se levantaba un convento de ladrillos amarillos. Transportados desde Little Falls a través de media Minnesota por conductores devotos, todavía conservaba el sulfuroso tono dorado polilla de la arcilla de las afueras de esa población. La palabra «Fleisch»^[15] aparecía grabada en letras poco profundas en cada uno de ellos: Fábrica de Ladrillos Fleisch. Fueron ofrecidos a

las monjas a precio de coste. La palabra, por supuesto, estaba cubierta por el mortero cada vez que las monjas colocaban un ladrillo. Sin embargo, dado que la mujer había dispuesto algunos ladrillos desechados detrás del convento para formar los cimientos de un pequeño bebedero para pájaros, una de las monjas más jóvenes supo, al contemplar el mudo arreglo del muro del convento, que vivía rodeada de la secreta repetición de aquella única palabra.

Antaño había sido Agnes DeWitty y ahora era la hermana Cecellia, después de cortarse el pelo, recibir la comunión, vestir hábito negro y envolverse en un lino almidonado de un gélido blanco. No solo enseñaba música, sino que la vivía; existía por esas horas en que podía concentrarse en su ser (que era medio música, medio luz divina, y carne solo en la medida en que no podía evitarlo). Ante el teclado del piano, embelesada por las notas que se elevaban bajo sus manos, existía en su esencia una manifestación de un sonido imperioso. Sus manos eran largas, con gruesas venas, muy blancas, y destacaban contra su hábito. Las frotaba todas las noches con manteca de cerdo y cera de abejas para mantenerlas ágiles. Durante el día, cuando corregían trabajos o utilizaba la pizarra, movía las manos y tamborileaba con los dedos, interpretando una y otra vez complicadas partituras. No era difícil convivir con ella y su obediencia era absoluta. Solo que, y con creciente concentración, tocaba a Brahms, Beethoven, Debussy, Schubert y Chopin.

No era que descuidase sus otras obligaciones; más bien era la interpretación en sí misma, destilada de nostalgia, lo que preocupaba a sus hermanas. A través de su música, la hermana Cecellia exploraba profundos sentimientos. Hablaba de su fe y sus dudas, de su pasión como novia de Jesucristo, de su soledad, su vergüenza y su redención final. La música de Brahms que tocaba era reflexiva; la de Schubert, desconcertante. Debussy era pura naturaleza forzada y, no obstante, magnífica como un sabanero. Beethoven contenía todos los mensajes, pero les faltaba convicción a sus *crescendos*. Cuando llegaba el turno de Chopin, sin embargo, no empleaba los adornos floridos ni los interminables trinos ni las insípidas florituras tan habituales en su época. Tocaba con la máxima sinceridad. Y Chopin, interpretado con sencillez, abrumba el corazón. A veces alguna que otra pausa entre las lacerantes punzadas de las notas menores provocaba que una hermana que estaba fregando el suelo se pusiera a llorar en el cubo donde enjuagaba el trapo para que las tablas de madera del convento, regadas con lágrimas, crujieran en una lengua humana. El aire de la casa se había vuelto más denso con tanto suspiro.

La hermana Cecellia, sin embargo, se había vaciado. Consumido. Era como si su alma hubiera sido extraída pulcramente con una pajita para aspirarla y vaciarla en el verde estanque de silencio que se extendía bajo la ondulante catarata de notas. Un día, una agonía exquisita se elevó y se relajó, ascendió de nuevo más alto y cayó con más fuerza hasta que una lenta calentura se extendió por sus dedos, le recorrió los brazos y le escoció la punta de sus senos vendados, antes de bajar por su cuerpo a toda velocidad.

Las manos se despegaron del teclado; se agazapó como si la hubieran disparado, vio puntitos amarillos y sintió que la invadía una oleada de plenitud llena de paz, en la que entró en pleno éxtasis. Estaba encerrada en su música, retenida con total seguridad, en completa comunión. Era tanta su inocencia que no sabía que estaba experimentando un orgasmo, sino que creyó más bien que todo lo que había sentido era el resultado natural de ese nocturno en particular que acababa de interpretar con lo mejor de su talento (y así fue cómo sucedió). El espíritu de Chopin se convirtió en su amante. Sus notas bemoles la acariciaban. Sus redondas penetraban en su cuerpo como guijarros transparentes. Sus evocadores trinos semejaban el borboteo de una lengua. Sus pausas antes del amplio movimiento de notas descendientes casi la hacían enloquecer.

La madre superiora fue consciente de que debían tomarse medidas cuando ella misma despertó, con el rostro empapado en sudor y lágrimas, al son de ese suave e insinuante largo del *Preludio en mi menor*. En aquellas notas, recordaba la muerte de su madre y se sumergió en la interminable tarde de su pérdida. La madre superiora dejó que creciera entonces en su corazón una semilla de rabia contra el Dios que había arrebatado a su madre a una niña de siete años, de la que era, sin duda alguna, el mundo (corazón, brazos, consejos, alma), hasta que, llegada la noche, notó que la ira manaba con fuerza del tuétano ardiente de sus huesos y le puso fin.

—Ay, Dios, perdóname —rezó la madre superiora.

Pensó primero en unos homúnculos, pero en su lugar bajó corriendo a la sala de piano, y con todas las fuerzas que le permitían sus grandes y viejos brazos, recogió y escondió de Cecellia todas las partituras de música salvo las de Bach.

Después de aquello, durante algunas semanas, hubo cierto alivio. La hermana Cecellia se volvió hacia las *Invenciones a dos voces*. Sus dedos se movían por el teclado con la precisión de un insecto elaborando su nido. Tocaba cada pieza como si estuviese construyendo una caja hermética. Cuando Cecellia pasó a las otras obras de Bach, la madre superiora sacó sigilosamente del mueble donde se guardaban las partituras las *Variaciones Goldberg*, totalmente capaces de generar en la mente secretas complejidades, y las destruyó. La vida en el convento volvió a la normalidad. La cocinera, y todas se lo agradecieron, dejó de preparar la sopa de remolacha rancia con grasa de oca de su juventud y se limitó a las judías verdes demasiado cocidas, col hervida y patatas. Los suelos dejaron de quejarse y absorbieron la cera fresca. Las puertas dejaron de abrirse solas de par en par sin motivo aparente y se cerraban sin estruendo. El agua dejó de correr constantemente por las cañerías ahora que las monjas ya no recurrían a las nuevas instalaciones de fontanería para ahogar el sonido de sus emociones.

Hasta que un día la hermana Cecellia se despertó con un nudo en el pecho. Le atravesaron punzadas de dolor y la masa roja en su caja torácica se desbocó como un animal salvaje atrapado en una trampa de huesos. Su garganta se obturó. Lloró. Sus manos, atraídas hacia el teclado, flotaron en una apoyatura larga. Después, zas, estaba

en el corazón de una enérgica mazurca. La música volvía a ella. En el ambiente flotaba el aroma a suaves gardenias (su flor en el ojal cultivada en un invernadero). La seda de su espesa cabellera morena. El olor de su salón impregnado de su sensual sudor. Su voz (podía oírla), entusiasta y ligera. Era como si el compositor mismo hubiese entrado en la habitación. ¿Quién sabe? No había ciertamente corazón más desesperado, más terrenal y exigente que el de Cecellia. Por muy irrisorio que sea, sin embargo, algo debe de existir más allá de la tumba.

Fuera como fuera, ella tocó a Chopin. Tocaba con una naturalidad absoluta hasta que la madre superiora se vio obligada a bajar la tapa del teclado con cuidado y retirar el taburete. Cecellia levantó la tapa y tocó de rodillas. La pobre y escandalizada mujer la arrastró lejos del teclado. Cecellia volvió reptando. La madre superiora, sin saber qué más hacer, se derrumbó y apremió a la muchacha para que rezara. Ella misma comenzó a hablar, primero con temor y luego con seguridad, afirmando que era el mismísimo demonio quien había encontrado un camino hasta el alma de Cecellia a través de las centelleantes puertas de las semicorcheas. Sus temores se vieron confirmados cuando, apenas instantes después, la dulce hermana levantó los brazos y los puños y golpeó las teclas como si el instrumento fuese de piedra y lograrse colmar su sed gracias a esa roca. Pero solo brotó una extraña disonancia.

—Hija mía, querida hija mía —la reconfortó la madre superiora—, aléjate y descansa.

Jadeante, la joven monja se negó. Sus ojos grises y severos estaban delineados con un color rojo ahumado. Una sangre púrpura le perlaba los labios. Estaba asolada por el tormento.

—No hay descanso posible —afirmó.

Quitó los alfileres de su velo y desarmó con cuidado el hábito, dobló cada pieza con reverencia y las colocó en el banco del piano. La madre protestó con su voz más dulce y compasiva. Sin embargo, del mismo modo que, en lo más hondo de su interpretación, la Virgen se había hecho mujer, ahora la mujer del hábito se transformó en una mujer de carne y hueso. Se desnudó hasta quedarse en combinación, pero no fue más allá.

—Él no querría que yo saliera por ahí sin protección —explicó a la madre superiora.

—¿Dios? —preguntó la madre, desconcertada.

—Chopin —respondió Cecellia.

Mientras besaba los trémulos dedos de su querida madre superiora, Cecellia se arrodilló. Realizó una verdadera genuflexión, murmuró un acto de contrición y, después, abandonó el convento fabricado con ladrillos marcados con la palabra secreta sellada en el mortero amarillo y la música, su música, que la madre superiora guardaría desde entonces bajo llave, dada su capacidad para generar el caos.

La Señorita Agnes Dewitt

Por tanto, fue la hermana Cecellia, o Agnes DeWitt, oriunda del rural Wisconsin, quien se presentó ante Berndt Vogel en la cavernosa granja y dijo en el dialecto de su madre, ya que sabía reconocer a un alemán nada más verlo, que tenía hambre. Quería preguntarle si tenía un piano, pero le resultó evidente que no lo tenía y además estaba agotada.

—*Jetzt muss ich schlafen* —dijo tras comerse medio plato de papilla de avena hervida con leche fresca.

Así que el hombre la condujo hasta su cama, la única que había, en la esquina de la habitación por lo demás vacía. Se dirigió al establo, que le encantaba, se tumbó, se cubrió con paja y permaneció despierto toda la noche escuchando el siseo de los ratones y adivinando el silencioso y depredador vuelo de las lechuzas de los campanarios y el rígido y errático aleteo de los murciélagos. Cuando amaneció, había decidido casarse con ella si es que ella lo aceptaba, tan solo para poder quitar los alfileres y después desenrollar la larga venda de tela que le envolvía el pecho. Ella rechazó su proposición, pero sí le contó quién era y de dónde venía, y en ese primer resumen que hizo de su vida llegó a la conclusión de que no debía volver a casarse nunca más, puesto que no solo había unido su alma a la de Jesús, sino que ya le había sido infiel, con su amante fantasma, el compositor polaco. Ya había llevado una existencia demasiado dolorosa como para convertirse de nuevo en esposa. Al explicar todo eso a Berndt, sin embargo, no había hecho más que mover su primera ficha en una larga partida de palabras y gestos que ambos jugarían a lo largo de varios meses. Lo que ella ignoraba era que acababa de abrirse a un adversario tenaz y despiadado.

La pasión de Berndt Vogel lo invadió por completo, en cuerpo y alma. Se preparó. Por mucho que hubiera arrastrado arcones de municiones del ejército por el barro después de que los caballos murieran con un sufrimiento atroz, por mucho que hubiese visto cómo sus mejores amigos se convertían, chillando, en una masa pulposa, por mucho que hubiera convivido íntimamente con frenéticas hordas de ávidos piojos y rollizas ratas alimentadas con comida espeluznante, estaba muy poco preparado para los tormentos que le tenía destinado el amor. Ella, en cambio, también había aprendido de su dosis de disciplina. Además (ya que, desde los cuatro años de edad, el corazón de su género es estirado, golpeado, moldeado y templado en vista de la ardiente tarea que le espera), era una mujer.

Ambos cerraron un trato provisional y formaron un hogar. Ella seguía durmiendo en la cama de la vivienda. Él permanecía en el establo. Transcurrió un mes. Tres meses. Seis. Cada mañana, ella encendía la estufa y cocinaba; después, calentaba agua en una gran tina para hacer la colada y barría los fríos suelos de linóleo. Los lunes, cosía. Se pasaba todo el martes horneando pan. Los miércoles, batía la mantequilla y fregaba la casa. Los jueves, vendía la mantequilla y los huevos. Cada

viernes sacrificaba un pollo. Los sábados, caminaba hasta el pueblo y practicaba en el piano que había en el sótano de la escuela primaria. Los domingos, tocaba el órgano para la misa y, después, a última hora de la tarde, comenzaba las labores de la siguiente semana. Berndt le pagaba un sueldo. Al principio, ella se gastaba el dinero en ropa. Cuando con sus ingresos se hubo comprado zapatos, medias, un nuevo juego completo de ropa interior de algodón y luego también de lana, telas para confeccionarse dos vestidos para todos los días (una con un estampado de hojas entremezcladas y diminutas bayas azules y la otra con una enredadera de hiedra), un jersey y, por último, un abrigo para el invierno, después de hacerse con una manta, un peto acolchado y un par de botas, decidió que iría a por el piano.

Así fue cómo Berndt pensó que conseguiría empujarla al matrimonio, pero ella resultó ser demasiado astuta para él. Era a última hora de la tarde y el jardín era un lugar agradable con el sonido de los saltamontes. Estaban sentados en el porche tomándose un vaso de limonada. De vez en cuando, en las viejísimas altas hierbas de casi dos metros que resistían en la linde del jardín, una luciérnaga parpadeaba o una paloma soltaba sus cinco notas huecas.

—¿Por qué tantos cantos de pájaros tienen cinco? —preguntó distraídamente.

—¿Cinco qué? —inquirió Berndt.

Bebieron sin prisas, ella con el vestido de bayas y ramitas que le afinaba la cintura. Él observó con desilusión que ella ahora llevaba ropa interior femenina normal y que había dejado de vendarse los pechos. Quizá, pensó, podría convencerla para que retomara sus viejas costumbres, al menos de vez en cuando, tan solo para él. Era una esperanza vana. Se la veía tan cómoda, tan libre. Había engordado un poco y había perdido su anémica palidez. Tenía la mandíbula cuadrada de un varón y un cuello fuerte y grácil. Sus brazos estaban morenos y musculosos. Al sol, su fino cabello, que se alargaba formando rizos, brillaba con chispas de luz de un tono verde dorado y sus ojos eran de una engañosa claridad.

—Puedo enseñar música —le dijo—. Piano.

Había decidido que lo mejor era sugerirlo de un modo meramente práctico, como una simple manera de ganar dinero. No dijo que en realidad sabía tocar ni tampoco mostró el menor placer ni fervor, aunque con solo pensarlo le dolía cada uno de los diminutos músculos de la mano.

—Sería una forma de conseguir un poco de dinero.

Dejó que lo asimilara. Quizá podría haberse creído la desinteresada propuesta de la mujer, solo que los inquietos dedos de la señorita DeWitt la delataron, y él advirtió sus insistentes movimientos. Estaba tocando el *adagio* de la *Patética* en los reposabrazos del sillón, una pieza de su infancia, que de vez en cuando se apoderaba de ella febrilmente.

—Necesitaría un piano —le dijo.

Ella asintió con la cabeza y sostuvo su mirada de ese modo distante e insoportablemente sexual, que lo había atravesado la primera vez que la vio.

—Es el tipo de cosa que un marido regala a su esposa —se atrevió a decir.

Los dedos de Agnes se detuvieron. Bajó los ojos con desdén.

—Puedo caminar hasta el pueblo y utilizar el piano de la escuela. Ya he hablado con el director.

Berndt observó el hueso de su tobillo en forma de luna y su pie calzado en el zapato marrón de tacón grueso que se había comprado. Ansiaba tener ese pie en su regazo, desatar los cordones con los dientes, recorrerle la pierna con la mano mientras le cubría el muslo de besos y respirar los delicados pliegues de la tela de bayas.

Le propuso matrimonio una vez más. Le ofreció su corazón. Su fe. Su granja. Ella lo rechazó todo. Sencillamente iría a pie hasta el pueblo. Él le hizo saber que le gustaría comprarle el piano, que no se trataba de eso, pero no había tienda alguna en muchos kilómetros a la redonda donde lo pudiera adquirir. Ella sabía lo que se hacía y, con exasperado ardor, le describió la manera en que se las arreglaría, con la ayuda de su dinero, para encontrar y luego conseguir el mejor piano al mejor precio. Juró que no compraría el instrumento en Fargo sino en Minneapolis. Desde allí, lograría que se lo llevaran por menos dinero de lo que costaba el suplemento por el transporte. Cogería el tren hasta Minneapolis, haría todas las gestiones en un día y volvería por la noche para no tener que gastarse un centavo más ni en comida que no pudiese transportar con ella ni en una habitación de hotel. Cuando él se resistió, ella le anunció que se marchaba. Se buscaría una pequeña habitación en el pueblo y alumnos a quienes dar clase.

Dejó entrever su desesperación. Una cierta tensión en los dedos la traicionó, y fue tanto el evidente amor que Berndt sentía por ella y su deseo de que fuese feliz como el miedo a que lo abandonase lo que al final lo llevó a dar su brazo a torcer. En los seis meses que llevaba conociendo a Agnes DeWitt, la mujer se había convertido en una persona con la que había que contar e, incluso él, que sabía de desesperación y abnegación, encontraba muy difícil estar cerca de ella. Se mató a trabajar y la granja prosperó. Dormir en el establo no era fácil, pero había adosado a una pared un pequeño dormitorio para él y un trabajador contratado e instaló una estufa que calentaba al rojo vivo en las frías noches; solo que, a veces, mientras contemplaba adormilado los refulgentes costados de hierro, no podía evitar que sus dedos recorriesen el áspero colchón en una pálida imitación de lo que haría, si alguna vez llegaba a acariciar sus caderas. Él también practicaba.

El Caramacchione

El piano cruzó las llanuras de trigales asoladas por la sequía como un escudo, un objeto negro puesto bocabajo, una langosta de ébano. Agnes se hizo amiga de un camionero de Morris y el hombre le ofreció un buen precio por un transporte lento.

Ambos habían de acompañar por todo Dakota del Norte el último gran piano fabricado por Caramacchione. Fue enviado a Minneapolis y estaba sin vender hasta que entró en la tienda Agnes con su calcetín de lana repleto de dinero. Acompañó el instrumento hasta la granja durante la canícula. A aquel piano le encantaban las altas temperaturas. Se afinaba solo los días de bochorno. Y así, a medida que avanzaban por la planicie, la señorita Agnes DeWitt se subió a la parte trasera del carruaje y tocó para las nubes.

Tuvieron que desmontar una fachada de la casa para meter el piano en el salón y, al día siguiente, se necesitaron cuatro hombres fornidos para lograrlo. Para cuando el instrumento se instaló junto a la ventana, Berndt quedó convencido de su necesaria presencia, y se sintió orgulloso. Despidió a los hombres, aunque el lateral de la casa permanecía abierto a la arremolinada luz de las estrellas. Unas brisas oscuras agitaban las cortinas; le pidió que tocara algo para él. Obedeció. La música se apoderó de ella y ya no se detuvo, era incapaz de hacerlo.

Bien entrada la noche, pasó del último acorde del sencillo *Nocturno en do menor* al atento silencio de Berndt. Tres lentos aplausos de sus fuertes manos murieron en la expectante quietud. Los ojos de Berndt se posaron sobre ella y Agnes le dirigió a su vez una mirada larga y misteriosa de dulce consideración. La fachada de la casa dejaba pasar un buen retazo de luz de luna. Las arañas tejían sus fosforescentes telarañas sobre un espacio negro. Berndt hizo un repaso de lo que sabía: ella no se casaría con él porque ya había estado casada y había sido infiel, al menos mentalmente. Deseaba a toda costa evitar confundirla, provocar su rechazo, estropear la atmósfera que se había creado con el bramido de los chotacabras que entraban volando y salían a toda velocidad, por el susurro de los robles negros y los sauces y por la fragancia de los marchitos pétalos de los escaramujos del último verano. Su valor se arrastraba por los suelos. Preso de pura necesidad y excitación, terminó por ponerse de pie ante Agnes y, con un hilo de voz, le pidió:

—*Schlaf mit mir. Bitte. Schlaf mit mir.*

Agnes lo miró a la cara, al fin abiertamente, y le mostró la pesada carga emocional que llevaba consigo. Del mismo modo que había hecho con la madre superiora, comenzó a desvestirse lentamente, doblando cada prenda con cuidado; solo que no se detuvo al llegar a la combinación sino que continuó hasta que se desprendió de su amplio y vaporoso pololo y se sentó al piano, completamente desnuda. Su cuerpo presentaba un pálido y plateado tono rosado, y sus manos, cuando empezaron a moverse, se elevaban y caían con la fluidez del agua.

Conforme le iba envolviendo la música, a Berndt Vogel le resultaba evidente que estaba viviendo algo por lo que tendría que haber pagado a una prostituta en Fargo (si es que había prostitutas en Fargo) una cuantiosa suma de dinero. Un mechón de pelo le caía por la espalda, serpenteante. Sus blancas nalgas parecían elevarse por encima del invisible banco. Sus piernas se movían como las de una nadadora, y él juraría haberla oído gemir. Contempló sus dedos que se deslizaban con frenesí como pálidas

sombras sobre las teclas, y descubrió que su propio cuerpo respondía como si él yaciera entrelazado en una maraña con ella bajo un manto de música y estrellas. Su respiración se tornó más y más entrecortada, ronca y áspera. Fuera de control, jadeó dolorosamente y se entregó a algunas furtivas grietas de medios tonos y a la ira que se abría bajo el hielo de las notas agudas.

Conmocionado, debilitado y mojado, Berndt se levantó y se escabulló por la pared abierta. Pisoteó inútiles surcos de cultivos hasta que se permitió derrumbarse en el sordo fervor del trigo nocturno. Era cierto que el corazón era un mentiroso y un embustero, ¿verdad? Y si bien las melodías que había compuesto Chopin eran él tanto como su cuerpo, resultaba que Berndt acababa de ver cómo la mujer que amaba había hecho el amor con un hombre muerto. Más aun, mientras la miraba, se había sumergido en una extraña excitación que superaba su voluntad y había derramado su semilla en el suelo que Agnes había fregado y encerado esa misma tarde. Ahora, mientras escuchaba la música, pensó en regresar allí. Se imaginó la harina de los blancos hombros de Agnes. Cerró los ojos y se adentró en el desconcertante pozo que se abría entre sus piernas.

La Gracia

Vinieron entonces sus mejores años. Juntos, construyeron una buena vida donde el erotismo se fundía con lo cotidiano, de manera que cada tarea y cada pequeño gesto de bondad poseía una intensa carga sexual. Algunas mañanas, ambos salían del dormitorio tambaleándose, desorientados, todavía medio ebrios con el perfume y el insólito ardor del cuerpo del otro. Estos periodos de frenesí les sucedían muy a menudo, como temporadas de buen o mal tiempo. Se veían arrastrados, se sumergían y desaparecían por completo en su propia voracidad, hasta que la vaca mugía para que la ordeñaran o el trabajador que tenían contratado golpeaba con ganas la cancela exterior mientras blasfemaba. Si nada más se interponía entre ellos, solo se detenían por puro agotamiento. Después, se miraban el uno al otro con gesto extraño, inquisitivo, como si la otra persona fuese un perfecto desconocido, y poco a poco volvían a tratarse normalmente, es decir de un modo indolente y distraído, pero con la seguridad de quienes piensan igual. Incluso cuando discutían, lo hacían con una celeridad impaciente. Estaban ansiosos por llegar a la parte emocionante de la pelea, cuando perdían la compostura y se acercaban el uno al otro con un estremecimiento de furia que terminaba tornándose en deseo sexual, de manera que podían mostrarse un poco crueles antes de entregarse a la ternura.

Agnes DeWitt era demasiado joven para comprender el valioso don que compartía con Berndt. Poseía con tanta facilidad un amor desconocido para la mayoría de los seres humanos y por el que están dispuestos a morir o perder el juicio

quienes sí lo conocen. Y Agnes no había hecho nada salvo llegar a la granja de un buen hombre que tenía un don singular para los afectos cotidianos, así como para las tonalidades más profundas del amor humano.

Durante el otoño y el invierno, Agnes DeWitt dio clases de música y, a pesar de que no estaban casados, incluso los católicos y los niños asistían a ella. Eso se debía al hecho de que era bien sabido por todos que el primer compromiso de la señorita DeWitt había sido con Jesucristo. Era comprensible que no fuese a aceptar ningún matrimonio más y, además, aunque no comulgaba con la sagrada forma en la lengua, se presentaba en la iglesia cada domingo por la mañana, fiel y devota, para tocar el órgano. Así, cuando el cura habló desde el púlpito, su referencia quedó muy clara:

—Jesús insistió en que María Magdalena se incorporase al sagrado cuerpo de su iglesia y se dice que en sus manos había música celestial. Su corazón albergaba sin duda alguna la llama divina, y ella fue amada y perdonada.

Por ello, cada mañana, la señorita DeWitt tocaba el órgano de la iglesia. Por supuesto interpretaba a Bach con una pureza de intención eximida de todo sentimiento oculto, pero con rigor y en honor a Dios.

Arnold el actor Anderson

Muy poco tiempo después del inicio de su felicidad, los campos y los pueblos fueron víctimas de una banda de atracadores de bancos que poseía un veloz automóvil Overland. Esto sucedió antes de que algunas poblaciones tuviesen siquiera un sheriff, menos aún un coche comunitario para perseguir a precursores de delincuentes como Basil el Búho Banghat, los Ma Barker's Boys, Alvin Karpus o Henry LaFay. El primero y más insidioso de todos estos hombres era Arnold el Actor Anderson.

El Actor y su banda de rufianes saqueaban los campos a voluntad, surgiendo de la nada y cayendo sobre los pueblos con una facilidad despiadada. El coche, cuyo color siempre cambiaba según los testimonios, era una vez blanco, después gris, incluso azul, y siempre se detenía en la calle con el motor encendido, delante de las puertas de los bancos. El pasajero que se bajaba a veces era un anciano; otras, una mujer embarazada o un joven inválido, alguien que inspiraba en los demás una conducta de educado altruismo. El buen samaritano abría las puertas e incluso escoltaba al Actor hasta el cajero, donde el objeto de la obra caritativa se enderezaba, se quitaba el disfraz, gritaba a su banda con voz sonora y procedía a desvalijar el banco. Todo terminaba en un santiamén. A veces, por supuesto, algún empleado del banco o algún intrépido bienhechor oponía cierta resistencia y entonces el atraco podía saldarse con una o dos muertes, ya que el Actor, que utilizaba los disfraces y era el cerebro de las fechorías de la banda, era absolutamente despiadado y no tenía el menor aprecio por

la vida humana. Se decía que podía mostrarse encantador mientras mataba a la gente, incluso gracioso. En los últimos dos años, ocho personas habían perdido la vida riéndose a carcajadas.

Una luminosa y embarrada mañana de primavera, la señorita DeWitt retiró el dinero ganado con la venta de huevos y mantequilla de la grieta que había entre dos piedras en el silo subterráneo. Anunció a Berndt que iría andando al pueblo para depositar el dinero por el pago de la hipoteca. Él asintió, distraído. Le acarició el brazo. Ella lo empujó y él perdió el equilibrio; entonces Agnes aprovechó para escabullirse por debajo de su brazo y salir corriendo por la puerta burlándose de sus torpes saltos y gritos. Aminoró el paso y avanzó con cuidado por los surcos del enlodado camino. La enorme bóveda del cielo extendía su amenaza gris azulada por el noroeste, pero el mal tiempo se hallaba lejos, el viento soplaba con poca consistencia, el aire estaba húmedo y claro y los capullos se rajaban en una tenue y verde neblina. Los primeros tulipanes de Agnes se sonrojaban ante los labios verdes, listos para florecer. Bajo los duros pastos y boutelouas, los nuevos brotes de hierba cobraban vigor y reunían sus impacientes fuerzas. Pensó en la cabeza de Berndt echada hacia atrás y en los tendones que se tensaban desde la esquina de su mandíbula hasta amarrarse en su pecho. La manera en que casi lloraba cuando embestía con su cuerpo hambriento el suyo una y otra vez, y la forma en que la miraba de reojo después, con avidez, hasta que volvían a empezar. La necesidad que tenía de acariciarlo la recorrió como una ola y tuvo que detenerse, distraídamente, para pasarse la mano por la cara, y a punto estuvo de renunciar a hacer ese recado, pero al final siguió adelante.

El banco era un sólido bloque cuadrado de caliza de Nebraska, con grandes ventanales y profundos alféizares dorados y picaportes de latón en las puertas. El alto techo presentaba un repujado ornamental en estaño blanco que ponían de relieve unas gruesas molduras de corona y, en el centro, había un medallón de haces de trigo. En verano, unos enormes ventiladores movían el aire estancado. Las colas, delimitadas por cordones de terciopelo y las escupideras, así como los mostradores de mica y granito rosa y gris y las cajas de los cajeros, parecían atrapados en un tenue y ordenado silencio mientras, en el exterior, el ruido de la ciudad seguía, un tanto errático. Existía un fuerte contraste entre la acción de retirar el dinero, un asunto bastante embarullado y desordenado, y la de ingresarlo, una empresa basada en la satisfactoria premisa de que el esfuerzo humano, la lucha, incluso el tiempo, podían cuantificarse, contarse y almacenarse nítidamente en una caja fuerte.

Afuera, el día en que la señorita DeWitt se dirigió al pueblo con prontitud, las calles mostraban un aspecto inusualmente tranquilo y ordenado. Incluso el vagabundo que dormía apoyado en el joven olmo tenía los brazos cruzados pulcramente, y el único automóvil aparcado, con el motor encendido, era un coche elegante del tipo (pues sí, pensó ella extrañamente) que usaría un obispo. De hecho, ¿quién más que un

cura podría bajarse del asiento trasero apartando con el pie la sotana negra que llevaba? Mientras dirigía una tímida y vacilante mirada al banco a través de unos diminutos anteojos sin montura, recorrió la acera y subió las escaleras. De camino, se inclinó ante la señorita DeWitt, que lo siguió con gran respeto. Mientras avanzaban juntos por el vestíbulo entre los cordones de terciopelo, ella le dijo con voz alta y clara y en tono divertido:

—Señor, ¿a qué viene tanta farsa? ¡Usted no es cura en absoluto!

Ante lo cual el encorvado anciano se enderezó, creció de forma mágica y se pasó la mano por la cara de una manera muy parecida a como había hecho ella misma en la carretera para borrar sus pensamientos. Solo que él borró su personaje. Se quitó las gafas y de debajo de la sotana sacó una pistola de cañón corto con la que apuntó directamente a la frente de la señorita DeWitt.

—Muy bien —dijo.

No hubo ninguna otra señal perceptible, pero de pronto otro cliente masculino sacó a su vez un arma, apuntando primero a la barbilla de una cajera pelirroja y rubicunda y, después, al pecho de un airado joven de pelo moreno. El joven corazón de esta antigua estrella de béisbol primero se conmocionó y luego se hinchó. Quería ser un héroe, pero luchaba por saber cómo lograrlo. ¡Necio! ¡Necio!, deseaba gritarle la señorita DeWitt. Pero resultaba evidente desde el principio que él poseía la adecuada cantidad de terquedad como para que lo mataran. Y así fue. Cuando se desplomó sin vida detrás de su caja de hierro, con la boca abierta para asimilar el remate final de un chiste, el dinero se volvió más difícil de sacar. Pidieron a una mujer de rostro puntiagudo y crispado que abriera el cajón del hombre y la advirtieron de que no se le ocurriera activar la alarma. Cuando lo hizo a pesar de todo, ordenaron a los dieciocho clientes, incluida Agnes, que se juntaran en una esquina detrás de un cordón de terciopelo. A la señorita DeWitt le dio por pensar que eran exactamente como un rebaño de ovejas con ojos inexpresivos. Se oyó un grito fuera. Era el sheriff, Manolenta Johnny Mercier, que realmente era lento y torpe, con su ayudante, ambos con las armas en la mano. Aguardaban detrás de la puerta mientras conminaban a gritos a los ladrones para que se rindieran.

La señorita DeWitt, y posiblemente los demás también, supo entonces a ciencia cierta que el sheriff no era más que un aficionado y que aquí los profesionales eran los que se encontraban dentro del banco. En efecto, el Actor seguía indicando a la mujer de rostro puntiagudo que fuera añadiendo más y más billetes. Después, en su negra y deslucida sotana con sus reveladores pliegues, unas arrugas que ninguna ama de llaves que se precie, ya fuese monja católica o seglar, habría consentido que él vistiera, así como esos ridículos zapatos episcopalianos marrones, el hombre se abalanzó contra el grupo arracimado con la agilidad y la gracia del lobo y eligió justo detrás del cordón a la señorita DeWitt.

La eligió como quien elige a una pareja de baile. Hizo todos los ademanes salvo inclinarse: se acercó a ella y le cogió la mano con una cortés pero perentoria firmeza,

de modo que no habría desentonado con su personaje que ambos irrumpieran en la pista de baile y comenzaran a bailar un lento vals. Y desde luego parecía como si ambos estuvieran entregados a una especie de danza cuando salieron por la puerta. Solo que él la sujetaba del lado equivocado. Cuando ella tropezó, quizá a propósito, negándose a dejarse dirigir por el atracador, él la retuvo con más fuerza. Cuando tiró de ella contra la puerta del coche en que él ya había entrado y mientras ella intentaba recobrar el equilibrio en el estribo, él gritó:

—Si se le ocurre seguirme, sheriff, le vuelo los sesos a esta mujer.

Después, el andrajoso vagabundo que había estado sentado con los brazos pulcramente cruzados en un lado de la calle aceleró el coche con un rugido. El sheriff Manolenta Johnny, firmemente anclado en el suelo, levantó el arma, apuntó con precisión a lo largo del cañón, apretó el gatillo y alcanzó a la señorita DeWitt. Recibió el disparo en la cadera. Sucedian tantas cosas a la vez (más tiros, un alocado bandazo para evitar un camión que transportaba hielo, dos niños tirándose en las raíces de un lila y pura velocidad) que sintió el impacto como un golpe resonando en sus huesos, pero sin causarle dolor, hasta que el coche chocó con un enorme accidente del terreno que por poco envía a la señorita DeWitt volando por la ventana abierta del lado del conductor. Enseguida se vio arrojada a un estado de agonía casi místico. Los cielos parecieron abrirse. Cayó un telón de estrellas negras. Oyó el ruido del motor y, luego, más tarde, nuevos disparos desde una sorda lejanía. Pesados acordes musicales se deslizaban en un espejismo auditivo, un batiburrillo de notas espectaculares. Sujeta al estribo por un brazo que parecía tejido con despiadado alambre, mientras avanzaban a una velocidad onírica por el firme, suave y compactado por la apisonadora de la carretera que conducía fuera del pueblo, en un estado de lucidez y clarividencia se dijo: «Estoy secuestrada. Me han disparado».

Mientras el coche la iba sacudiendo, comenzó a perder seguridad. En medio del dolor, se imaginó a sí misma de vuelta en el convento, en su habitación del tamaño de un armario. Cerró la puerta, reptó como un perro por los húmedos matojos de la inconsciencia y permaneció allí hecha un ovillo y sin conocimiento. De vez en cuando, experimentaba un fagonazo de gracia. Era capaz de enderezarse. Con gesto adusto, escrutaba el paisaje que iban dejando atrás y encontró una áspera dulzura en las pálidas nubes de un verde primaveral. El brazo del ladrón la agarró por la cintura. Ella se aferró al portaequipajes. Su pelo, suelto y ondeando hacia atrás, semejaba un corto estandarte en el viento fresco y húmedo.

El Actor tomó la vieja carretera de Patterson, por lo que ella entendió que él conocía la zona y por lo que supo también que si tomaban el desvío pasarían delante de uno de los campos de Berndt, sus campos, donde era probable que Berndt estuviese trabajando. Se le aceleró el pulso, esperanzada. Pero el conductor vestido con harapos no giró y entonces ella pensó enseguida y con gran alivio que así Berndt no correría peligro. Justo cuando estaba pensando esto, el coche pasó a toda

velocidad primero delante del trabajador que tenían contratado y luego, un poco más lejos, delante de Berndt que estaba montando en su caballo grande y parsimonioso mientras avanzaba con paso lento. Arrastraba tras de sí una grada para repararla. Agnes intentó esconderse cuando llegaron a su altura, pero todavía se hallaba en equilibrio en el estribo, por lo que fue él quien la vio acercarse por la carretera como si de un mascarón de proa se tratara. Ella se mantenía muy erguida en posición de firmes, con la pierna semejante a una baliza de sangre. Berndt se detuvo. Se le desencajó el rostro con la conmoción, sin comprender nada. Ella pasó a toda velocidad lo bastante cerca como para que sus manos se rozaran y luego desapareció, engullida por el horizonte.

Berndt Vogel

Berndt siguió al coche, no porque detectara miedo en los ojos de Agnes (no había ni un ápice, solo una ensoñadora concentración), sino porque comprendió de pronto toda la película. No temía por ella. Tras haberla conocido por primera vez casi desnuda en la nebulosa luz de su propia granja, sabía que sobreviviría a esta prueba. Siempre existía un aspecto de ella que él no podía alcanzar. Verdaderamente tenía la impresión de que se trataba de una mujer hecha de imposibilidad. Mientras soltaba la grada y luego daba media vuelta a su caballo para seguirlos, no tenía una conciencia precisa del peligro al que se exponía ni de cómo la rescataría, sino que actuó por puro instinto y locura. Aunque puso al caballo a buen paso, pronto perdió de vista el coche. Tuvo que mantener un ojo en el camino para, en cada cruce, saber por la huella de los neumáticos si no se habían desviado de la carretera principal. Y así fue, alejándose más y más de él por momentos. Él avanzaba, a la zaga, preguntándose con una inútil desesperación dónde se encontraría Manolenta Johnny. ¿Persiguiéndolos? No exactamente. Al intentar requisar un coche, su ayudante y él se toparon con cierta resistencia, no tanto por la falta de acuerdo del propietario acerca de la necesidad de prestar su vehículo sino porque era conocido que Manolenta Johnny era un pésimo conductor. Además, dos o tres ciudadanos que se habían aproximado pensaron que causaría más estragos persiguiendo al Actor, pues seguramente remataría a la señorita DeWitt, o se mataría a sí mismo, a su ayudante o a cualquier transeúnte que se encontrara a tiro de piedra.

Berndt se hallaba, por lo tanto, lejos de cualquier otra forma de ayuda. Mientras avanzaba tras las huellas del coche del Actor, se puso a reflexionar. Al recordar algunas noticias sobre atracos en la zona, adivinó lo que estaba sucediendo. Su equilibrio se tambaleó y experimentó una oleada de terror por Agnes tan intensa que fustigó tanto al pobre caballo que se puso a echar espuma por la boca. En cuanto el percherón se lanzó a un rápido galope, Berndt se dio cuenta de que reventaría a su

montura si continuaba así. Era inútil correr ahora, y además, con cada kilómetro que recorría obtenía una ventaja diferente. El coche terminaría, tarde o temprano, por quedarse sin gasolina. El caballo, si Berndt tenía cuidado de no agotar toda su energía, duraría. Y además, Berndt contaba con la ventaja del lamentable estado de la carretera. Era primavera y resultaría sorprendente que algún coche consiguiese atravesar el enorme socavón causado por las lluvias, que Berndt sabía que se encontraría unos diez kilómetros más adelante.

El caballo azul

El coche del Actor avanzaba veloz por el silencioso paisaje hasta que, tal y como suponía Berndt, se dieron de bruces con el socavón. Desconcertado, el coche se caló con una gran sacudida. El Actor tiró de Agnes con brusquedad para meterla en el asiento trasero y el conductor aceleró dos veces sin éxito. Con un fabuloso sobresalto, el potente motor arrancó y con un bandazo lograron liberarse, pero solo para acabar al otro lado de la carretera en un aprieto mayor. Por mucho que los tres hombres empujaran, gritaran, lanzaran improperios y dieran patadas al vehículo, este no se movía un ápice. Mientras daba vueltas preso de la rabia y la frustración, el Actor divisó a lo lejos el caballo con su jinete.

—Cuidado —dijo.

Los hombres y él se transformaron de pronto en unas personas más mansas y corrientes y se pusieron a trabajar con un celo inútil para intentar liberar las ruedas atrapadas en el barro. Deteniéndose a su lado, Berndt se ofreció a ayudarlos como quien no quiere la cosa. Las palabras no se le atragantaron en la garganta. Estaba tranquilo. Tocó el ala de su sombrero de granjero y echó un vistazo al asiento trasero del coche. El Actor había extendido una manta sobre las piernas de la señorita DeWitt y la mujer tenía buen aspecto, aunque estaba algo pálida y desorientada.

Berndt no podía adivinar que el Actor, con la intención de ocultar el dinero robado, había sacado fajos enteros de la bolsa de lona. Durante el trayecto, había ido metiéndose dentro de la camisa todos los billetes que era capaz. Había escondido la bolsa debajo de la manta, junto a la señorita DeWitt, a quien había amenazado para que no intentara bajarse del coche. Dirigió a Berndt una sonrisa afable, este saludó con la cabeza a la señorita DeWitt y se puso manos a la obra.

Al enganchar con gran diligencia el buen animal al guardabarros del coche y hacer gran ostentación empujando al caballo y llevándolo al límite de sus fuerzas, Berndt aparentaba querer ayudar a la banda. Sin embargo, poco a poco, mediante empujoncitos y pequeñas señales, consiguió en realidad que el caballo los fuera hundiendo más y más en el fango. Muy pronto se encontraron en una situación

todavía más desesperada que antes. En un principio, el Actor no se dio cuenta de la jugada, pero después sorprendió una mirada cómplice entre el granjero y la rehén que traicionaba su relación. Justo cuando se acercaba para coger las riendas y preguntar sobre ello, apareció al fin Manolenta Johnny en el coche del cajero fallecido.

Los representantes de la ley se detuvieron cerca de los ladrones y caminaron hacia ellos con cautela, pistola en mano.

—¡Estáis perdidos! —gritó Manolenta Johnny.

—¡Alto, imbécil!

Mientras se agachaba para ponerse a cubierto detrás de la puerta del coche y apuntaba a la cabeza de la señorita DeWitt con la pistola, el Actor vio al sheriff.

—¡Atrás! ¡Atrás! —ordenó Berndt a Johnny con aspavientos.

—¡Voy a matarla, juro que lo haré, maldita sea! —gritó el Actor.

Ajena a sí misma, Agnes notó cómo su boca se abría y manaban palabras de ella. Habló con el Actor, quien vociferó de nuevo, amenazante. Sin embargo, Manolenta Johnny era duro de oído además de lento y continuó avanzando. Berndt vio cómo el pulgar del Actor levantaba el percutor de la pistola. Lo golpeó justo cuando el arma se disparaba, por lo que lo último que alcanzó a ver Agnes DeWitt del Actor fue la mirada impávida que este le dirigió. El último pensamiento que tuvo hacia él fue de estupor: que él no considerase que sus palabras ni su vida tuviesen la menor importancia ni la menor utilidad, que ni siquiera hubiese vacilado un segundo en ponerle fin, poner fin a esas miles de horas de tediosa e intensa práctica de piano, poner fin a la vibrante música que sus manos eran capaces de crear, poner fin a los episodios de voracidad y éxtasis entre los brazos de Berndt, y remontándose más en el tiempo, en el convento donde las hermanas ya habían descosido, planchado e hilvanado de nuevo su hábito para otra aspirante. Nada de todo eso tenía la menor influencia, ni siquiera la montaña de oraciones por las almas como la de él ni los vívidos intentos por implorar a la Virgen María para que intercediera. Nada importaba. Nada de todo eso. Y más allá aún, su infancia, los tejados cubiertos de alquitrán de su granja, el pan extraño de las crueles visiones de su madre, los aterradores gestos de amor de su padre y todo el valioso batiburrillo de su más tierna infancia, sus pensamientos, su lechosa piel de bebé, sus gorgoritos, todo eso no era nada ante su gélida determinación de matarla.

Aquello la golpeó como una sorpresa y una pena, y comprendió que lo que estaba viendo en el Actor en ese momento y sin ambages era la razón por la que amaba a Chopin con tanto fervor. Y a Dios. Ahora debía entregarse por completo a la voluntad de Dios, fuese la que fuese. Y, de hecho, fue justo entonces, mientras se preguntaba si esa voluntad era que ella muriese, cuando la pistola se disparó, la bala la alcanzó en el nacimiento del pelo y la oscuridad estalló detrás de sus ojos.

Mientras Berndt se precipitaba a su lado, el Actor atrapó las riendas con seguridad y a duras penas logró auparse a lomos del caballo, ancho como una mesa. Lo aguijoneó, dio un desesperado puntapié en el costado del animal y se marcharon,

aunque el caballo ralentizó el paso en cuanto pisaron el campo de tierra arcillosa convertido en un barrizal, sin un solo árbol y con el vasto horizonte como único límite. Berndt primero besó a Agnes con un extraño mugido de dolor y luego siguió al Actor, dejando a los otros dos ladrones, Manolenta Johnny y su ayudante vociferando y apuntándose unos a otros sin saber a quién disparar. Berndt avanzó en línea recta. Tal y como había pasado cuando el coche lo había adelantado a toda velocidad, comprendió que su ventaja residía en la distancia cada vez mayor que los separaba. Él sabía lo agotado que estaba su caballo y también sabía que él, Berndt, podía agacharse de vez en cuando para limpiarse los pies, pero su caballo no. El Actor tendría que desmontar o el caballo terminaría por aminorar el paso hasta detenerse, atrapado por el barro.

Y así fue: una persecución a cámara lenta.

Allí, en aquel paisaje vacío, eran la señal de una extenuante persecución: el hombre que avanzaba con paso pesado a lomos del caballo y el otro que marchaba detrás también con paso pesado. En esa llanura y bajo ese cielo encapotado, parecían eternos, destinados a seguir avanzado pesadamente sin que nada los detuviese. Los terrones de barro en los cascos del caballo pronto fueron unos pasteles densos y espesos. Aun así, continuaron, sin descanso, cada vez más lentamente. Y después, más lentamente todavía, de modo que el Actor agujijoneó el animal con una indignación tan salvaje que el costado del caballo sangró. Cada vez más despacio. Berndt no dejaba de acercarse. El Actor le gritó al oído del caballo. Con un frenético movimiento ondeante de sus músculos, el animal intentó deshacerse de la tierra. Pero solo consiguió hundirse todavía más en ella. Furioso, el Actor vio en vano que el caballo estaba atrapado, se bajó y pegó la pistola contra el ojo del animal.

La detonación resonó como un crujido. Otro crujido más tenue resonó contra el espejismo del horizonte. Cuando el sonido del eco se desvaneció, el caballo estaba muerto. Berndt vio cómo su cabalgadura caía de rodillas en el barro arcilloso, tal y como los animales veneran a Jesús. Entonces, a la pena y rabia de Berndt se sumó un sentimiento de estupor y desdén que lo capacitaron para lo que hizo a continuación.

La primera bala que disparó el Actor alcanzó a Berndt en el pecho, atravesándolo sin tocar un solo órgano vital. Berndt simplemente notó una sorprendente quemazón que lo desgarraba. Se tambaleó, dio un paso atrás y siguió avanzado. Cuando la siguiente bala lo golpeó letalmente, pareció absorberla y fortalecerse. Se enderezó para seguir caminando y saltó fuera del barro. Verde de miedo, el rostro del Actor se crispó y el hombre le disparó a bocajarro. La cámara vacía repiqueteó en el preciso momento en que Berndt lo atrapaba por los hombros y le hablaba a la cara.

—Si no hubieras matado a mi caballo, ahora no tendrías que morir —dijo Berndt, exponiendo de manera abstracta un hecho por el que quizá pretendía decir que habría preferido entregar al Actor a los rigores de la Justicia o que tal vez Berndt hubiese preferido morir en lugar del caballo, o incluso que la última bala podría haber sido su propio tiro de gracia.

Como todavía le quedaba un hilo de vida, Berndt puso las manos sobre la cara del Actor con un obstinado cansancio, clavó los pulgares en los ojos del bandido y apretó, apretó con la templanza inexorable de un padre, apretó hasta que estuvo claro que la puntería del gánster quedaría destrozada para siempre. Después, Berndt se desplomó hacia adelante en la tierra arcillosa casi líquida, clavando al Actor en el suelo de cuerpo entero.

Transcurrieron varias horas hasta que alguien consiguió alcanzar el lugar de los hechos y, durante todo ese tiempo, Alvin el Actor Anderson fue incapaz de zafarse del cuerpo del hombre muerto. Centímetro a centímetro, con creciente parsimonia y pequeños ruidos de succión, la tierra fue cubriendo al Actor y penetrando en él; engulló primero sus talones, su espalda, sus codos y luego se detuvo en sus orejas, de manera que su cuerpo se llenó de un denso y espeso mantillo. Al final, no pudo oír su propio grito. La tierra le colmó la nariz y, después, su boca crispada y girada hacia arriba. Por mucho que escupiera, la tierra seguía entrando y el barro se deslizaba por su garganta. Poco a poco, con una lentitud infinita, bronquio tras bronquio, la tierra fue cerrando cada pasaje de sus pulmones, taponándolos. La tierra lo engulló. Cuando al fin llegó el primero de la partida de hombres reunida a regañadientes, este pensó en un primer momento que el atracador había escapado, pero luego vio que solo las manos del Actor, aferradas a los brazos y la espalda de Berndt, como si fueran una balsa, asomaban todavía extendidas por encima de la línea del horizonte.

Frédéric Chopin

Cuando Agnes volvió en sí, estaba otra vez en el convento, con la herida de la cabeza vendada y las manos todavía reproduciendo frenéticamente los grandiosos fragmentos de un concierto inconsciente. Mientras Agnes recobraba fuerzas, ¿soñaba con Berndt? ¿Se lo imaginaba penetrándola mientras ella lo recibía? ¿Anhelaba sentir su mano ahuecada en el pecho? Sí y no. Pensaba en la música. En Chopin. En Berndt. En Chopin.

Berndt había dejado un testamento en el que declaraba que ella era su concubina y le dejaba la granja y todo lo que contenía.

Allí crio gallinas enanas de cresta rosa, dominicanas y rojas. Continuó tocando el piano con una solitaria intensidad, que absorbía su espíritu.

Un año más o menos después de la muerte de Berndt, sus alumnos observaron que Agnes se detenía en mitad de una clase y sonreía por la ventana como si diera la bienvenida a un invitado largamente esperado. Un día, los niños del vecindario fueron a buscar el habitual pedido de huevos y se quedaron atónitos al ver a las dominicanas con sus motas blancas y negras aleteando, asustadas, alrededor de la señorita DeWitt, que se hallaba de pie sobre la hierba, majestuosa.

Alta, delgada, con las piernas levemente dobladas, los pechos asomando apenas a los lados y un destello velloso sobresaliendo en el centro de su cuerpo desnudo. Miró a los niños con lejana amabilidad y preguntó:

—¿Cuántas docenas?

Y se alejó a buscar los huevos.

Aquel episodio fue la comidilla de los salones. La gente lo achacó a la muerte de Berndt y a una recaída nerviosa. Solo perdió a un alumno luterano o dos. Continuó tocando el órgano en misa, y, en su casa, en las noches muy muy oscuras, a Chopin. Y si alguien le preguntaba (algún alumno inocente y demasiado joven para comprender el significado de la palabra «discreción») por qué a veces no llevaba ropa, la señorita DeWitt contestaba que se desnudaba cuando tocaba la música de cierto compositor con el alma despojada. Agnes asentía con la cabeza, meditabunda, y sostenía con la mayor rotundidad que cuando se abraza una música como esa, hay que estar desnudo. Y luego, acariciaba las teclas.

Shamengwa

I

En la linde de nuestra reserva vivía un anciano que tenía un brazo torcido a lo largo del cuerpo semejante a un ala y que llevaba por ese motivo el nombre de una mariposa: Shamengwa. Al margen de su brazo, era un anciano con una increíble buena planta. Cualquiera podía darse cuenta de que había sido un hombre apuesto; todavía lucía un cuerpo esbelto, garboso y de mediana estatura. Su cabeza estaba coronada por una asombrosa y espesa cabellera blanca, de la que se sentía muy orgulloso. Cada pocas semanas se la recortaba y peinaba su hija Geraldine, que viajaba desde el monte solo para ese menester.

Shamengwa era un hombre refinado, que se arreglaba pulcramente cada día para hacer frente a la vida. En la lengua ojibwe que se habla en nuestra reserva, *owehzhee* es uno de los términos que describe la forma en que los hombres se acicalan: se depilan cualquier pelo que esté fuera de su sitio, se cepillan cada diente uno por uno, se dibujan una raya precisa en el pelo y, en estos días, marcan una buena arruga en la parte delantera de sus vaqueros, para demostrar que, por mucho que el gobierno haya intentado destruir su hombría por todos los medios, son invencibles. *Owehzhhee*. Todavía tenemos buen aspecto y lo sabemos. Nunca se vio al anciano desaliñado pero, aun así, había algo más.

Tocaba el violín. ¡Cómo tocaba el violín! A pesar de tener un brazo tan torcido y desfigurado que había que arreglar sus camisas y ajustarlas con alfileres en ese lado para acomodarlas a su silueta retorcida, mostraba una gran agilidad con ese brazo, incluso cierta fuerza. Desde muy joven, Shamengwa se ataba el codo con la ayuda de un pañuelo de seda blanca, en una postura que le permitiera mover por las cuerdas del violín la elegante mano y los finos dedos al extremo del brazo tullido. Con la otra mano, movía el arco. Cuando intento explicar el sonido que producía, tengo problemas con las palabras. Cuando Shamengwa tocaba el violín, el interior se transformaba en el exterior. Sin embargo, el cambio de interior a exterior no lo dice todo. La música era más que música, al menos la que estamos acostumbrados a escuchar. El sonido conectaba al instante con algo profundo y alegre: aquellos poderosos fogonazos de verdadera sabiduría que se nos brindan para sobrellevar la vida cotidiana. La música ocultaba también el fondo de nuestros miedos. Las cosas que habíamos vivido y que no queríamos que volvieran a ocurrir. Las fantasías hechas añicos, los anhelos inconfesables, el miedo y los placeres inauditos. No se puede vivir en ese acorde. Pero, de vez en cuando, algo se quiebra como el hielo y

nos arrastra al río de nuestra existencia. Nos volvemos conscientes. Y esa toma de conciencia se incardinaba, de alguna manera, en la música, o en la manera en que Shamengwa la interpretaba.

En consecuencia, Shamengwa no siempre era bienvenido a las fiestas. La salvaje alegría que despertaban sus gigas y bailes escoceses arrojaba de pronto a la gente contra las rocas de sus peores recuerdos y las personas acababan aturdidas, confusas y llorando sobre sus cervezas. Suele pasar: a veces las emociones de la gente se vuelven en su contra. En algunas ocasiones, Geraldine, una mujer entregada y voluntariosa que seis años atrás había dado a luz a un bebé, había abandonado al padre de la criatura y se había sacado un título en Pedagogía, lo llevaba en coche a concursos de violín, donde podía tocar en escenarios más apropiados para un recital. Incluso había ganado premios, algunos trofeos baratos obtenidos en certámenes locales: placas grabadas y pequeñas copas de hojalata colocadas sobre un pedestal de plástico. Guardaba estos galardones en una balda triangular colgada en lo alto de un rincón de su casa. Nunca les limpiaba el polvo, y a veces, cuando su nieta le pedía que los bajara para poder jugar con ellos, se hacían pedazos. A Shamengwa le daba igual. Sin embargo, su violín era la niña de sus ojos.

Trataba a su violín con la misma devoción que dedicamos a nuestros tambores, a los que consideramos seres vivos y a los que debemos brindar comida, agua, protección y amor. Mimaba su instrumento, lo limpiaba con cariño con un suave pañuelo de algodón y por las noches lo guardaba con cuidado en un armario, en un estuche de cuero que mantenía siempre bien lustroso, al igual que sus zapatos. El estuche tenía un forro de terciopelo que, con el paso del tiempo, se había descolorido y había perdido su intensa tonalidad carmesí para mostrar un veteadado y aguado tono morado. Yo no entiendo de violines, pero se decía que el suyo era excepcionalmente hermoso; por regla general, se sabía que su violín era antiguo y muy valioso. Por ello, cuando una mañana Geraldine fue a cortar el pelo a su tío y descubrió a Shamengwa postrado en el suelo, con la mano buena amarrada a la espalda y los pies atados, no le sorprendió descubrir que el cerrojo del armario estaba roto y el violín había desaparecido.

Soy un juez tribal y siempre termino enterándome de las cosas por lo que se comenta en los tribunales o entre la policía tribal. Chismorreos, rumores, maledicencias, estupideces o simplemente informaciones erróneas. Siempre aguzo el oído e incluso tomo notas de lo que oigo por ahí. A veces no es cierto o resulta exagerado, pero en otras ocasiones igual de numerosas contiene una semilla de verdad útil. Por ejemplo, en este caso, el nombre de Corwin Peace estaba en boca de todos, aunque no existiese prueba alguna de que hubiera cometido el robo.

Corwin era una de esas personas con las que me encontraba a todas horas. Era un mal bicho que solo esperaba ir de mal en peor. Un error, pero un error que intentábamos reparar una y otra vez debido a su extrema juventud. Algunos lo

consideraban carente de cualquier cualidad que compensara sus defectos. Un sociópata. Un avezado manipulador, peligroso al abusar de las drogas cada fin de semana. Otros sentían lástima por él o culpaban de su conducta al alcoholismo de su madre. EAF, SAF y TDA^[16]. Llevaba esas iniciales detrás de su nombre lo mismo que la gente educada añade sus títulos a los apellidos. Aun así, quedaban unos pocos que veían en él algo que se podía salvar, tal vez la idea más peligrosa de todas. Era un traficante de poca monta con una sucesión interminable de novias. Por desgracia, era muy guapo, con los rasgos típicos de un retrato de Edward Curtis, aunque el crac y el vodka ya le empezaban a pasar factura y se le notaba algo abotargado.

Las drogas siguen ahora las antiguas rutas del comercio de pieles y, donde antaño Corwin habría viajado sentado sobre una paca de pieles de búfalo o castor, cantando canciones de viajes a las chirriantes ruedas de una carreta de bueyes, hoy conducía un Impala 1991 al que le faltaban los tapacubos y que arrastraba la parte de atrás. Conducía a toda velocidad y drogado hasta las cejas, pero muy pocas veces lo pillaban, porque solía viajar a horas estrambóticas. Conducía sin carné porque se lo habían retirado hacía mucho tiempo. Por CBED^[17]. Y siempre andaba buscando dinero, timando a la gente, apostando, jugando al billar e incluso trabajando muy de vez en cuando en un empleo que lo horrorizaba y lo situaba detrás de una barra, friendo tiras de pollo chinas. Era uno de aquellos a los que yo seguía de cerca la pista, porque me imaginaba que sería testigo del descenso a los infiernos de su vida. Quería asegurarme de que si tenía que encerrarlo, podría hacerlo y dormir con la conciencia tranquila esa misma noche. Hasta la fecha, había confirmado esa premisa.

Los días pasaron; Corwin mantuvo un perfil bajo y retomó su puesto en el restaurante. Hizo uno de esos intentos por enderezar su vida que animaban a todos sus potenciales salvadores. Se enderezó, se mantuvo sobrio, hizo gala de sus mejores modales y, cuando se le preguntaba, se mostraba convincentemente optimista respecto a su futuro e indulgente con sus errores.

—Soy un gilipollas —admitió—. Pero nunca he caído tan bajo como para quitarle el violín al viejo.

Aunque lo había hecho, claro. Y mientras esperábamos a que moviera ficha, ahí estaba el anciano, que rápidamente empezó a decaer. No me había dado cuenta de lo mucho que me gustaba oírlo tocar: a veces fuera, en el césped lleno de maleza del patio trasero al atardecer, a veces en aquellos pequeños conciertos, y otras para un grupo de personas que se reunía. Al cabo de varias semanas, se abrió en mí una grieta de tristeza y sufría con un sorprendente desgarró la pérdida de Shamengwa, que compartía sinceramente, de tal modo que tenía que ir a buscarlo para sentarme a su lado, como si llorar juntos la ausencia de su música pudiera ayudar. Además quería saber si, en el caso de que no apareciera el violín, podríamos hacer una colecta para comprarle uno nuevo, tal vez incluso mejor. Así que una tarde me senté en la pequeña sala de estar de Shamengwa e intenté buscar una oportunidad para plantearse.

—Por supuesto —empecé—, creemos saber quién se llevó tu violín. Lo tenemos

vigilado.

Shamengwa se peinó el pelo hacia atrás con su mano elegante y dijo, como había repetido tantas veces:

—Me golpeó por la espalda.

Al caer al suelo, se había partido el pómulos y el globo ocular de ese lado de la cara presentaba todavía un rojo furioso. Se movía con lentitud, con movimientos entumecidos y dolientes: la rigidez de un anciano. Se sentó pausadamente en una mecedora acolchada de color marrón. Me miró, o más bien miró más allá de mí. Muy pronto comprendí que, aunque hablara despacio y respondiera a las preguntas, no estaba del todo pendiente de la conversación. De hecho, solo estaba medio presente, y ligeramente despeinado e irascible también, algo desconocido en él. Tenía la camisa mal abrochada, con los cuadros torcidos, y no se había afeitado esa mañana. Su aliento olía agrio y no parecía nada contento de que hubiese ido a verlo.

Permanecimos sentados en un desafiante silencio hasta que Geraldine trajo dos humeantes tazas de té bien cargado y azucarado y fue a por otra para ella. La mano de Shamengwa tembló al levantar la taza, pero se bebió el té. Su rostro se relajó un poco y decidí que no habría mejor momento para exponerle mi idea.

—Tío —dije—, nos gustaría comprarte un nuevo violín.

Shamengwa no dijo nada, pero dejó la taza y cruzó las manos sobre el regazo. Miró más allá de mí y frunció el ceño, pensativo.

—¿No le gustaría tener un nuevo violín? —apelé a Geraldine.

Negó con la cabeza, como si estuviera a la vez molesta conmigo y exasperada con su padre. Permanecimos en silencio. No sabía qué hacer. Shamengwa se había recostado en la mecedora y había cerrado los ojos. Pensé que tal vez intentaba deshacerse de mí. Pero yo era testarudo y no quería marcharme. Quería oír de nuevo la música de Shamengwa.

—Ay, cuéntaselo, papá —dijo Geraldine al fin.

Shamengwa se inclinó hacia delante y apoyó la cabeza sobre las manos, como si estuviera rezando.

Entonces me relajé y comprendí que estaba a punto de escuchar algo. Era el sobrecogedor momento de recogimiento antes de perder la compostura que yo tan bien conocía, justo antes de que el testigo se venga abajo y la verdad salga a la luz. Estoy familiarizado con ello y, aunque en este caso no se tratara exactamente de una confesión, resultó ser una historia poco conocida en la reserva.

II

Mi madre perdió a un hijo varón de difteria cuando yo apenas tenía cuatro años, contó Shamengwa, y fue esa pérdida lo que llevó a mi madre a volcarse en la iglesia. Antes, recuerdo a mi padre tocando antiguas canciones francesas, música tradicional escocesa y gigas, pero después de la muerte del bebé mi madre lo obligó a que dejara

el violín y recibiera la comunión. De la misma pena, mi madre se tornó adusta y muy estricta tanto con mi padre como con mi hermana mayor y conmigo. Donde antes había un hogar alegre, que a la gente le gustaba visitar, ahora todo era silencio. Nada de vino ni música. Hablábamos en voz baja porque, según mi madre, nuestro ruido le hacía daño y mi padre, antaño un hombre muy divertido al que le encantaba bailar, dejó de reír o gastar bromas.

No creo que mi madre tuviera intención de que las cosas fueran de aquella manera, pero el dolor que sentía estaba por encima de sus fuerzas. Como si su corazón también estuviera enterrado bajo esa pequeña y blanca lápida del cementerio católico, se volvió insensible y fue distanciándose de nosotros. Ahora que soy un hombre viejo y conozco los caminos del sufrimiento, comprendo que mi madre sintió demasiado, amó demasiado y tuvo miedo de perdernos del mismo modo que había perdido a nuestro hermanito. Pero un niño pequeño no es consciente de estas cosas. A mí solo me parecía que, junto con el bebé, había perdido su amor. Sus fuertes abrazos, sus besos, el olor a jabón de su cara, su voz tranquilizándome: todo eso se había acabado. Ahora era como una estatua en una iglesia. De vez en cuando, la encontrábamos en la cocina, de pie, inmóvil, mirando fijamente a través de la pared. Al principio, le tocábamos la ropa y le acariciábamos las manos. Mi padre la besaba, le susurraba algo al oído con cariño, le peinaba el pelo como formando un chal sobre sus hombros. Después, cuando ya nos habíamos dado por vencidos, solo la rodeábamos como si fuera un tocón. Mi hermana se hizo cargo de la cocina y poco a poco fuimos aceptando que la alegre y cariñosa madre que habíamos conocido ya no regresaría jamás. No intentábamos sacarla de su ensimismamiento. Pasaba la mayor parte de su tiempo en la iglesia, sujetando en la mano derecha su rosario de plata y marfil, mientras su mano izquierda iba desgastando las cuentas hasta que estuve convencido de que acabarían por desaparecer entre sus dedos.

Vivíamos aquí mismo, pero en aquellos tiempos todavía nos rodeaban árboles y matorrales. No había casas al oeste. Llevábamos nuestros caballos a pastar donde se halla ahora el Dairy Queen. Un día, mientras el resto de la familia estaba en el pueblo y yo me había quedado en casa por culpa de un resfriado, me puse nervioso. Empecé a fisgonear, y pronto encontré el violín que mi madre había obligado a mi padre a dejar de tocar. Allí estaba. Me encontraba a solas con él. Para entonces yo tenía unos cinco o seis años, pero sabía sujetar un violín y recordaba cómo mi padre había manejado el arco. Ese día conseguí sacarle algunos sonidos, pero nada satisfactorio. Aquellos sonidos me hicieron estremecer. Con cuidado, guardé el violín mucho antes de que mis padres regresaran a casa, y volví a meterme bajo las mantas cuando llegaron al patio. Fingí que estaba durmiendo, no tanto porque necesitara mantenerme en el papel de niño enfermo, sino porque no soportaba volver a esa situación. Algo había cambiado. Algo había trastocado la naturaleza de todo cuanto conocía. Este profundo cambio se debía al violín.

Después de aquel día, procuré quedarme solo en casa el mayor tiempo posible. En

cuanto todo el mundo se había marchado, sacaba el violín de su escondite y lo afinaba a mi gusto. Aprendí a tocarlo nota a nota, y comencé a unir esos sonidos. La sucesión de notas que obtenía despertaba mis ansias. Pronto me produjo un verdadero tormento tener que guardar el violín cuando mi familia volvía a casa. A veces, cuando el viento acompañaba, lo sacaba a hurtadillas de la casa y me iba a tocar al bosque. Siempre ponía especial atención en que el viento empujara mi música hacia el oeste, donde nadie pudiera oírla. Pero un día puede que el viento cambiara de dirección. O tal vez el oído de mi madre se había hecho más fino que el de mi hermana o mi padre, pues cuando volví a casa la descubrí mirando fijamente por la ventana, hacia el oeste. Estaba agitada y con la respiración acelerada.

—¿Lo has oído? —exclamó—. ¿Lo has oído?

Por miedo a que me descubriera, respondí que no. Estaba muy alterada y a mi padre le costó mucho trabajo tranquilizarla. Cuando por fin se durmió, mi padre se quedó sentado a la mesa con la cabeza entre las manos. Caminé de puntillas por la casa y realicé todas mis tareas. Me sentía muy mal por no contarle que lo que mi madre había oído no era otra cosa que mi música. Pero ahora, cuando echo la mirada atrás, considero que mi silencio fue la primera decisión que tomé como verdadero músico. Un artista. Seguir tocando era para mí mucho más importante que el sufrimiento de mi padre. No dije nada, pero me transformé en alguien todavía más sigiloso y reservado.

Al fin y al cabo, se trataba de una cuestión de supervivencia. De no haber encontrado la música, habría muerto de silencio. Hay formas de sentirse abandonado aunque nuestros padres se encuentren a nuestro lado.

Poseíamos dos vacas y yo me encargaba de ordeñarlas por la mañana y por la noche. Era una suerte, porque si mis padres se olvidaban de cocinar, al menos tenía leche. No puedo decir que padeciera jamás algún tipo de calambre estomacal a causa del hambre, pero sí sufría otro tipo de carencias. Me sentía solo. Fue más o menos por aquella época cuando recibí una tremenda coz de una vaca, un accidente, puesto que solía ser mansa. Tal vez una picadura de avispa la llevó a arremeter contra mí por sorpresa. Me golpeó el brazo y, si bien yo no tenía forma de saberlo, me lo fracturó. ¿Si fue doloroso? Vaya, desde luego. Lo recuerdo muy bien. Pero a mis padres no se les ocurrió llevarme a un médico. Supongo que ni se dieron cuenta. Se lo conté a mi padre, pero solo asintió con la cabeza, dándome a entender que me había oído, antes de seguir con lo que estuviera haciendo.

El dolor de mi brazo me mantenía despierto por la noche y recuerdo que, cuando no lograba abstraerme, gemía bajo las mantas junto a la estufa. Pero aun peor me resultaba la inutilidad de mi brazo a la hora de tocar el violín. Intentaba levantarlo, pero volvía a caer como una muñeca de trapo. Al final di con la solución: una tira de trapo, que he utilizado desde entonces. Empecé a atarme el brazo roto tal y como lo hago ahora. Yo no tenía ni idea, por supuesto, de que el hueso se soldaría de esa manera y de que, como resultado, se me consideraría un inválido permanente. Solo

sabía que con el brazo bien sujeto podía tocar, y el hecho de poder hacerlo me salvó la vida. De modo que, al igual que a la mayoría de los artistas, el arte me deformó. Me moldeó.

En el colegio me dieron el nombre que llevo ahora: Shamengwa, la mariposa negra y naranja. Fue una broma sobre mi «brazo ala». No obstante, aunque una monja me explicara que la imagen de una mariposa en una pintura de Nuestra Señora representaba al Espíritu Santo, no me gustó el nombre al principio. La vergüenza que sentía por mi brazo tullido me llevaba a evitar a la gente, incluso ya de mayor, y no hice amigos. Amigos humanos. Mi verdadero amigo era mi violín, además, y era el único amigo que yo necesitaba de verdad. Y entonces perdí a ese amigo.

Mis padres habían ido a misa, pero ese día de invierno hubo algún problema con la estufa de la iglesia. La nave se había llenado de humo al inicio de la misa y todo el mundo tuvo que regresar a casa. Cuando mis padres llegaron, yo estaba en plena interpretación. Escucharon, de pie en el umbral, petrificados de sorpresa por lo que estaban oyendo. No sé cuánto tiempo permanecieron ahí. No había oído la puerta y, con los ojos cerrados, tampoco había reparado en la luz que se filtraba. Al final percibí la brisa fresca que me envolvía y me di la vuelta; nos quedamos mirándonos con una grave conmoción, que mi padre rompió al fin cuando preguntó:

—¿Desde cuándo?

No respondí, aunque deseaba hacerlo. *Desde hace siete años. ¡Siete años!*

Dejó pasar a mi madre. Cerraron la puerta. Después, dijo con una voz dulce y preocupada:

—Continúa.

Así que seguí tocando; cuando acabé, no pronunció una palabra.

Tras ser descubierto, pensé que lo peor había pasado. Pero a la mañana siguiente desperté con un silencio donde antes solía oír los ruidos de mi padre, percibí una ausencia antes incluso de saberlo con plena seguridad y supe que lo peor estaba aún por llegar. Mi música había despertado algo en él. Esa fue la razón por la que se marchó. Pero no sé por qué tuvo que llevarse el violín. Cuando descubrí que faltaba, se me cortó la respiración, me quedé sin poder pensar ni sentir nada. Durante un tiempo después de aquello, me comporté igual que mi madre. En nuestra pérdida, nos habíamos aislado de las rutinas reales, alegres y normales de la vida. Podría haber seguido así, uniéndome a mi madre en el oscuro banco del que no quería volver. Habría vivido de esa manera tan mortecina de no haber sido porque tuve un sueño.

Fue un sueño sencillo. Una voz. «Ve al lago y siéntate junto a la roca de la orilla sur. Espera allí. Iré a ti».

Decidí seguir aquellas instrucciones. Me llevé unas mantas, un trozo de cecina y una hogaza de pan *bannock*, y me senté en el líquen verdoso y lleno de costra de la roca en la orilla sur. Era una roca plana que sobresalía del agua y que resbalaba suavemente por los bordes en una profundidad verde oscura. Desde la roca, podía ver

todo lo que sucedía sobre el agua. Dejé un poco de tabaco para los espíritus. Me quedé esperando allí el día entero. Me devoraban los mosquitos. El viento retumbaba en mis oídos. No sucedió nada. Cuando cayó la noche, me acurruqué y me dormí. A la mañana siguiente, continué allí. Y al día siguiente también. Era la primera vez que dormía en la orilla del lago y comprendí por qué la gente decía que no tenía fin, aunque estuviera rodeado de rocas. Pero en él nacían y desembocaban ríos, había corrientes secretas, lo afectaban seis tipos de condiciones meteorológicas diferentes en la superficie y bajo el agua se hallaba un terreno sumergido. Cada ola rompía procedente de algún lugar oculto y se retiraba hacia otro misterioso. Contemplé unos pájaros desconocidos para mí y de plumaje extraño, que volaban de paso hacia otra parte. Al escuchar el murmullo del agua, por primera vez me sentí reconfortado por sonidos que no fueran las notas de mi violín. Me relajé. Pensé en quedarme allí para siempre, contemplando la línea azul del horizonte. Nada importaba. Cuando un pequeño fragmento de la línea del horizonte se desprendió, oscureció y avanzó despacio, solo lo observé con escaso interés. La mota parecía avanzar y retroceder a la vez. Iba y venía cabeceando entre el oleaje. La perdí de vista en varias ocasiones hasta que se acercó de golpe, arrastrada por una ola.

Era una canoa. Pero o el tripulante se había quedado dormido en el fondo o la embarcación navegaba a la deriva. Cuando se aproximó lo suficiente, llegué a la conclusión de que se desplazaba sin rumbo. Se deslizaba sobre el agua con gran levedad, virando de un lado a otro. Sin embargo, por mucho que pareciera vacilar, siempre terminaba progresando en dirección a la roca de la orilla sur, directamente hacia mí. La observé hasta que pude comprobar con claridad que no había nadie en el interior. Entonces volvieron a mí las palabras de mi sueño. «Iré a ti». Me tiré al agua con entusiasmo y nadé hasta la canoa; como todos los chicos, había aprendido a compensar y, si bien mi estilo era algo peculiar, yo era fuerte. Pensé que quizá habían atado mal la embarcación y se habían soltado las amarras, pero no tiraba de ninguna cuerda. Tal vez un fuerte oleaje la había llevado desde una playa donde su propietario la habría dejado, convencido de que estaba en lugar seguro. Conseguí empujarla hasta la orilla y después la arrastré hasta inmovilizarla en una grieta entre dos rocas. Solo entonces miré en el interior. Atado a un travesaño en la proa había un estuche negro con forma de cuerpo de mujer sellado en los laterales mediante dos cierres de latón.

—Así fue como el violín llegó hasta mí —concluyó Shamengwa alzando la mirada para observarme fijamente. Sonrió, movió su delicada cabeza y habló con dulzura—. Y por eso jamás tocaré otro violín.

III

Corwin cerró la puerta que daba acceso a su habitación. No era realmente su habitación, pero unas personas le permitían quedarse en el sótano de su casa a cambio de ciertos favores. De pie sobre una tabla apoyada en unos caballetes, empujó con las

manos abiertas la placa de espuma del falso techo. Movi6 la placa a un lado y anduvo a tientas entre los cables y bajo una plancha aislante de fibra de vidrio amarilla, hasta que localiz6 el asa del estuche. Lo baj6 y lo llev6 hasta el trozo de gomaespuma que le servía de colch6n y a trav6s del cual podía sentir cada noche c6mo el duro frío del suelo de cemento se colaba por sus piernas. Había robado el violín del anciano porque necesitaba dinero, pero no se había parado a pensar en d6nde podría venderlo ni en qui6n se lo compraría. Despu6s, tuvo una inspiraci6n. Una de las mujeres de la casa viajaba a Spirit Lake todos los fines de semana para quedarse con la familia de su novio. Escondería el violín en el maletero y le pediría que lo llevase. Lo dejarían en el centro comercial Miracle Village Mall con el violín y se lo vendería a algúnamante de la música.

Corwin se baj6 del coche y llev6 el violín al centro comercial. «Existen dos tipos de personas», se dijo, «los que dan y los que toman. Yo soy de los que toman. Hay que dar a Corwin lo que le corresponde». Su películafavorita en aquel momento trataba de un policíacon una manera muy retorcida de mirar el mundo, por lo que resultaba imposible determinar si era bueno o malo; solo se sabía que era capaz de apoderarse de la voluntad del otro mediante la palabra. Corwin sentía fascinaci6n por el lenguaje. Lo inhalaba de las películas, de las letras de las canciones de rap y de rock, y de la televisi6n. Se restregaba en su interior, palabra tras palabra. A veces pensaba que escribía poemas en su mente, pero los versos luego no se plasmaban en el papel. Las palabras se pegaban unas a otras formando extrañas constelaciones y pergeñaban dibujos que cruzaban a toda velocidad sus ojos cerrados hasta resbalar por sus sienes en la oscuridad de su cuello. Por ello, cuando franque6 las puertas herméticas y entr6 en el inmenso y cálido espacio de la plaza central donde se hallaba la zona de restaurantes, su mente balbuceaba.

Sentado en la plaza central, mientras observaba a los clientes con aspecto distraído, comprendió que ninguno de ellos le compraría el violín de buenas a primeras. Se levant6 y entr6 en una tienda de música. Intent6 mostrar el instrumento al encargado, pero este solo dijo:

—No, no compramos instrumentos de segunda mano.

Corwin sali6 y abord6 a un par de personas. Todas se alejaron desconfiadas o le dijeron que no sin más.

«Calma», se dijo Corwin y volvi6 a sentarse en el banco, que había decidido considerar suyo. Fue allí donde se le ocurri6 la idea que se convertiría en una mina de oro. Record6 una escena de un programa de televisi6n, del videoclip de un músico callejero en la ciudad. Tocaba el saxof6n o un instrumento similar, y tenía a sus pies el estuche abierto. Una mujer se detenía, sonreía y echaba un d6lar en el estuche. Corwin sac6 el violín y coloc6 el estuche abierto a sus pies. Cogió el violín con una mano y el arco con la otra. Produjo un espantoso y extraño ruido. El chirrido retumb6 por toda la zona de restaurantes y varias personas apartaron los labios de los

envoltorios de papel de lo que comían para mirar a Corwin. El muchacho les devolvió la mirada, glacial y desafiante. Fue un momento de cierto histrionismo: lo tenía. Un público. Tenía que actuar de inmediato o lo perdería. Instintivamente realizó una larga y florida reverencia, como si aceptara una ovación. Hubo unos murmullos divertidos. Una persona incluso aplaudió. Aquellos sonidos tuvieron un impacto inmediato en Corwin Peace; resultaban más poderosos que cualquier droga que hubiera probado hasta entonces. Lo invadió una oleada de entusiasmo desconocido y volvió a levantar el instrumento. Echó hacia atrás su cabellera y empezó a tocar un silencioso y rápido pasaje de música.

La mímica fue impecable. ¿Dónde la había aprendido? No lo sabía. No rozaba siquiera las cuerdas con el arco, y sin embargo tocaba música. La melodía rebotaba a su alrededor y entre sus oídos. Apenas podía mantener el ritmo de lo que oía. Su cuerpo rebosaba teatralidad. Cuando la música cesó en su cabeza, se agachó y se abrió completamente de piernas, un número que había aprendido en los videos de Prince. Alzó el violín y el arco por encima de su cabeza. Le llovieron los aplausos. Una maraña de un sonido deslumbrante.

Detuvieron a Corwin Peace en un centro comercial de Fargo mientras fingía tocar el violín y lo llevaron ante mí. Dispongo de un amplio abanico de posibilidades a la hora de dictar sentencia. A mi pesar, me intrigaba el comportamiento inusual de Corwin respecto al instrumento, y decidí sentar un precedente. Primero, conseguí el visto bueno de Shamengwa. Después, condené a Corwin a que aprendiera con el viejo maestro. Dos horas cada mañana, seis días por semana. Más tres horas de ensayo después del trabajo. O aprendía a tocar el violín o al menos cumpliría una condena. A decir verdad, no sabía bien a quién castigaba, si al muchacho o al anciano. Pero al menos empezamos a oír el sonido del violín desde la casa de Shamengwa.

Estábamos a mediados de septiembre en la reserva. Los días amanecían frescos y las tardes eran cálidas. Las hojas aún se mostraban densas y desprendían su última y sobrecogedora fragancia. Ya se había segado todo el heno. El arroz salvaje estaba aplastado. Los radiadores de las oficinas tribales se encendían por la noche, pero al mediodía todavía teníamos que abrir las ventanas para refrescar el ambiente. Entonces se colaban a través de ellas el humo de las hogueras que iban apagándose y las emanaciones del diésel, y de vez en cuando, el chirriante murmullo de la música de Corwin desde los pies de la colina. Las primeras semanas no resultaron nada prometedoras. Después, los días se tornaron constantemente fríos y cerramos las ventanas, de modo que hasta que llegó la primavera solo tenía noticias de los progresos de Corwin a través del agente de libertad condicional del chico. No albergaba muchas esperanzas. Hasta que no llegó la primera tarde calurosa a principios de mayo, no abrí la ventana y pude escuchar a Corwin tocando de verdad.

—No estuvo mal del todo —dije esa noche cuando fui a visitar a Shamengwa—. He oído a tu alumno.

—Es torpe a más no poder, pero tiene pasión —respondió Shamengwa llevándose la mano al pecho.

Podía darme cuenta de que se sentía orgulloso del muchacho y me autoricé a pensar que tal vez un acto tan utópico como juntar a un anciano y a un delincuente juvenil duro de roer había funcionado, o al menos no había acabado en un rotundo fracaso.

De hecho, las clases y la relación entre ellos perduraron después de cumplirse la condena. Llegó el otoño y volvimos a cerrar las ventanas. En primavera las abrimos y, en un par de ocasiones, pude oír tocar a Corwin. Y entonces Shamengwa murió.

Tuvo una muerte tranquila, el tipo de fallecimiento que todos solemos rogar a san José para nosotros: mientras dormía, con el violín junto a su lecho y bien arropado. Lo encontró Geraldine por la mañana.

Se organizó un gran funeral con el habitual velatorio, donde multitud de personas hicieron cola hasta su cuerpo para llenar el ataúd de flores, tabaco de pipa y pequeños obsequios que acompañaran a Shamengwa en su sepultura. Geraldine depositó una mariposa monarca en su hombro. Explicó que la había encontrado esa misma mañana en la rejilla del radiador de su coche. A la mitad del oficio, se levantó y sacó el violín del féretro, donde lo había depositado junto al cuerpo de su padre.

—Hace unos meses, mi padre me dijo que, cuando muriese, debía darle este violín a Corwin Peace —explicó Geraldine a la concurrencia—, y por ello se lo ofrezco ahora. Ya le he preguntado si querría tocar hoy para nosotros una de las piezas preferidas de mi padre.

Corwin había permanecido sentado al fondo de la iglesia y se dirigía ahora hacia la parte delantera, cabizbajo y con las manos en los bolsillos. Me sorprendió su gesto compungido. Me incomodaba ver una exhibición de sentimientos tan explícita en alguien que siempre había sido tan volátil. Pero pareció dominar sus emociones en cuanto levantó el violín y se puso a tocar. Interpretó una melodía conocida por todos, una canción típica de nuestro pueblo que empezó suave y lentamente hasta estallar en una extraña virulencia, que nos aceleró el corazón y nos dejó sin aliento. Corwin tocó con pasión, si bien con cierta imprecisión, pero había la suficiente energía y prestancia del anciano en su música como para hacerle saltar las lágrimas a todo el mundo cuando acabó.

Y entonces nos asestó el golpe. En medio del sonido de los pañuelos de papel que enjugaban lágrimas o sonaban narices discretamente, Corwin se quedó de pie con el violín colgando en una mano junto a su cuerpo y miró a su maestro en el féretro. Junto al ataúd había un ornamentado comulgatorio. Corwin levantó el violín y lo estrelló contra la barandilla, una, dos y hasta tres veces para romperlo a conciencia. Yo estaba en la primera fila y salté de mi banco como si me hubiese preparado para algo así. Agarré el brazo de Corwin mientras el muchacho depositaba con cuidado el violín otra vez junto a Shamengwa. Pero enseguida lo solté, pues comprendí que ya había terminado. Mi atención se trasladó de Corwin al violín, porque observé que

algo sobresalía del amasijo de madera: un pequeño papel enrollado. Saqué el papel. Era una hoja muy vieja, revestida de una caligrafía rotunda y antigua. Un tanto sobrecogido, el cura retomó el oficio. Guardé el rollo de papel en el bolsillo de mi chaqueta y regresé a mi sitio. No es que me olvidara de leer la nota, pero ocurrieron tantas cosas inmediatamente después del funeral, entre el entierro ventoso y la cena con seis variedades diferentes de panecillos fritos en el salón del Knights of Columbus, que no tuve ni un momento para sentarme tranquilamente y concentrarme. No fue hasta la noche, cuando ya me encontraba por fin en casa acomodado en mi sillón, con una potente lámpara encendida detrás y la luz alumbrando por encima de mi hombro, cuando pude leer al fin lo que el violín había estado ocultando todos esos años.

IV

Yo, Henri Baptiste Parentheau, también conocido como Billy Peace, lego a mi hermano Edwin este mensaje, que es la historia del violín que, en este día del Señor del 20 de agosto de 1897, envió por las aguas para que lo encuentre.

Una pequeña recapitulación para empezar: tras leer acerca de la misión de LaFontaine con los iroqueses, en la que el sacerdote consiguió evitar que le arrancaran el hígado ante sus propios ojos tocando una flauta con gran destreza, nuestro padre Jasprine pensó que sería una sabia idea aprender a tocar un instrumento antes de aventurarse en los páramos más allá del Lago de los Bosques. Por ello, partió con la música como protección. Había estudiado violín y se llevó consigo el noble instrumento, que tocaba menos que correctamente. A decir verdad, habría sido mejor que no impusiera sus escasas dotes musicales a los ojibwes. No obstante, como murió joven y dejó el violín a su monaguillo, mi padre, no debería hablar mal del buen Jasprine. En cambio, debería darle las gracias por tantos momentos de dicha que este violín ha proporcionado a mi familia. Debería alegrarme por todas las horas felices que mi padre dedicó a afinar y después a tocar el instrumento, y por la devoción que más tarde mi hermano y yo le profesamos. Sin embargo, como las cosas acabaron tan dramáticamente entre mi hermano y yo por culpa del instrumento, ahora me gusta imaginarme que jamás hubiese aparecido ante nosotros, no haberlo conocido nunca, no haber tocado su música ni comprendido su voz. Pues cuando mi padre murió, nos legó el violín a mi hermano Edwin y a mí, con una cláusula que estipulaba que, en el caso de que fuéramos incapaces de acordar quién de los dos se lo quedaría, habríamos de competir por él, como verdaderos hijos de las grandes aguas, en una carrera de canoas.

Cuando mi hermano y yo oímos esta estipulación, no dijimos nada. No había nada que decir, pues al igual que era cierto que nos queríamos mucho, ambos deseábamos ese violín. Los dos habíamos dedicado años a tocarlo, habíamos susurrado nuestro desaliento a su corazón y nos habíamos apropiado de su gozo. Ese violín había

aliviado nuestras horas más difíciles y había seducido a nuestras esposas. Pero ya nos habíamos cansado de compartirlo. Y si había de pertenecer a uno de los dos hermanos, yo decidí que sería mío.

Dos noches antes de que sacáramos al agua nuestras canoas, diseñé un plan que no podía fallar. Cuando la luna se ocultó detrás de unas nubes y el mundo se tornó sombrío, me acerqué a la ribera con un recipiente de hojalata lleno de brea caliente. Había decidido interferir en el equilibrio de Edwin. Nuestras canoas habían sido construidas con tanto esmero que los lados de la embarcación eran iguales centímetro a centímetro. Al espesar las juntas de un lateral con una gruesa capa de brea, desequilibraría las remadas de mi hermano, al menos lo suficiente como para darme cierta ventaja (de eso estaba seguro).

El lago es una gran extensión de agua salpicada de islas. Sobre él rondan pájaros que lanzan sarcásticos o tristes graznidos humanos. Es fácil perder de vista a los demás y el sonido viaja, distorsionado, reverberando en los acantilados. Hay cuevas que albergan el espíritu de niños pequeños, esqueletos voladores, húmedas ciénagas y sombríos cambios de tiempo. Lo amamos y conocemos sus secretos, al menos una parte de ellos. No todos. Y no el secreto que yo mismo desencadené.

Habíamos de zarpar de la ribera norte y cruzar el lago hasta la orilla sur, donde nuestros tíos habían encendido unas hogueras y llevado el violín, envuelto en una tela roja dentro de su elegante estuche. Partimos juntos, entre bromas. Edwin, ¿recuerdas cómo remábamos a través de los dos primeros estrechos, riéndonos mientras exagerábamos nuestro esfuerzo, y yo comenté, sintiendo cierto remordimiento por lo que había hecho con la brea, que tal vez deberíamos compartir el maldito instrumento después de todo?

Te reíste y respondiste que nuestros tíos, que nos esperaban al otro lado, se sentirían muy defraudados y que, cuando ganaras la competición, las cosas volverían a ser como antes, con la diferencia de que ya todos sabrían que Edwin era el remador más veloz. Yo juré lo mismo. Después, viraste bruscamente detrás de una roca plana y tomaste lo que debiste de considerar tu atajo secreto. Mientras remaba, tuve que detenerme en varias ocasiones para achicar agua. Al principio pensé que había provocado una pequeña fisura en el casco, pero después lo entendí. Mientras yo aplicaba una capa adicional de brea a tu canoa, tú agujereabas el fondo de la mía. No corría en realidad ningún peligro, y cuando el viento cambió de repente y se levantó la tormenta, sin truenos ni relámpagos, solo una tromba de lluvia gélida, me eché a reír y te di las gracias. Pues el agua que entraba ayudaba a estabilizar la embarcación. La línea de flotación fue bajando y pude mantener el rumbo. En cambio tú te fuiste a pique: era mucho peor desequilibrarse. Debiste de volcar.

Las hogueras se apagan y no quedan más que brasas en la orilla sur. Me envuelvo en las mantas, pero no duermo. Estoy vigilando. Al principio, cuando se espera a alguien, cualquier sombra se convierte en su llegada. Después, las sombras se

transforman en la sustancia misma del terror. Salimos a buscarte, gritamos tu nombre hasta que nuestras voces se desgastaron y no fueron más que susurros. No hubo respuesta. En el sueño de un anciano todo gira en la otra dirección, en el sentido opuesto al sol, en el sentido contrario a las agujas del reloj, lo que significa que el sueño proviene del mundo de los espíritus. Y entonces te ve, ahí, en su sueño, caminando también en la dirección equivocada.

Los tíos han regresado a sus cabañas, a los pastos, a sus hijos y esposas. Me he quedado solo en la orilla. Cuando cae la noche, canto por ti. Cuando amanece, grito a las aguas. Me responden unas gaviotas blancas. A medida que pasa el tiempo, empiezo a aceptar lo que hice. Empiezo a conocer la verdad de las cosas.

Me han dejado el violín. Todas las noches toco para ti, hermano, y cuando ya no pueda tocar más, amarrearé el violín a la canoa y te lo enviaré, para que te encuentre allá donde estés. No tendré que agujerear el fondo para que viaje por el lecho del río. Tus agujeros bastarán para hundirla, hermano, como mi ardid bastó para hundirte a ti.

V

Por supuesto la canoa no se hundió en el fondo del lago. Tampoco se extravió. La canoa y su violín encontraron a un Peace después de todo, mediante la persona de Shamengwa. Ese violín había buscado durante mucho tiempo, no me cabía la menor duda. Pero lo que no podía quitarme de la cabeza, lo que me despertaba por las noches, después de haberla leído, era la fecha de la carta: el año 1897. El violín había llamado a Shamengwa y lo había atraído hasta el lago en un sueño más de veinte años después.

—¿Qué te parece eso? —comenté a Geraldine—. ¿Puedes explicar algo así?

Me miró muy fijamente.

—No sabemos nada —respondió.

Me casé con ella. Acogimos a Corwin. El violín descansa bajo tierra en los brazos del hombre al que salvó, mientras el muchacho al que también salvó toca ahora por dinero y prospera aquí en la faz de la tierra. Yo hago mi trabajo. Lo hago lo mejor que puedo para no equivocarme en mis pequeñas decisiones, e intento no ahondar en las grandes cuestiones, las reflexiones más profundas. Pues estoy condenado a vigilar esta diminuta parcela de tierra, a juzgar sus miserias y contar sus historias. Eso es lo que soy. *Mii'sago iw*.

El chal

Entre los *anishinaabeg* de la calle donde vivo, se cuenta cómo una mujer amó a un hombre que no era su marido y se marchó al monte para dar a luz a su hijo. La mujer se llamaba Aanakwad, que significa nube, y al igual que una nube, era cambiante. Malhumorada y taciturna en un momento dado, con el labio inferior proyectado hacia delante y los ojos lanzando rayos y centellas. Un instante después, se agitaba el cabello delante de la cara y soplaba para levantarlo, provocando auténticas carcajadas en los niños. Porque también tenía dos hijos de su marido, un vehemente niño de cinco años y una espabilada niña de nueve.

Cuando Aanakwad regresó del bosque con el recién nacido aquel otoño, la mayor se convirtió en una segunda madre, incluso se despertaba por las noches para cambiar al bebé y ponerlo al pecho de su madre. Aanakwad dormía en medio de los berridos, sin apenas despertarse. No era que no quisiera a su bebé, sino todo lo contrario: lo quería demasiado, al igual que amaba al padre, y no a su marido. La pasión la fue carcomiendo y sus sentimientos se tornaron insoportables. Si hubiera podido liberarse de ese amor desatinado, lo habría hecho, pero el pensamiento del otro hombre, que vivía al otro lado del lago, no la abandonaba jamás. Se volvió un cielo gris, miraba las paredes con gesto monótono y a veces lloraba durante horas con el rostro hundido entre las manos. Poco después, ya no pudo levantarse para cocinar o para mantener la cabaña limpia, y aquello supuso una carga demasiado pesada para la niña, que, agotada, se acurrucaba cada noche envuelta en su chal de cuadros rojos y marrones, y se quedaba dormida, hasta que el marido debía despertarla para que fuera a espabilar a su madre, pues él temía el mal genio de su mujer, y era él quien enfurecía a Aanakwad por el mero hecho de ser quien era y no el otro.

Al final, a pesar del amor que sentía por Aanakwad, el marido tuvo que admitir que su vida juntos ya no valía la pena. Y fue él quien mandó a buscar al tío del otro hombre. En aquellos tiempos, nuestro pueblo estaba muy diseminado, a lo largo de las orillas del lago, en las islas e incluso en las llanuras. Por aquel entonces no había carreteras, tan solo caminos, aunque teníamos caballos y carretas y, trineos para el invierno. Cuando el tío llegó para llevarse a Aanakwad, en su carreta equipada con cuchillas, no resultó nada fácil porque su marido y ella habían discutido hasta el último momento por los hijos, habían peleado con fiereza hasta que el marido terminó por rendirse. Volvió el rostro hacia la pared y no se movió para mirar cómo su hija, a quien adoraba, se sentaba en la carreta junto a su madre, envuelta en una manta escocesa. Se marcharon enseguida, con sus fardos y bolsas, sin molestarse en calentar las piedras para tener los pies calientes. El padre se había tapado los oídos, de modo que no oyó llorar a su hijo cuando este comprendió de pronto que él se

quedaba atrás.

Cuando el tío chasqueó las riendas y el caballo avanzó a trompicones, el niño intentó saltar dentro de la carreta, pero su madre apartó sus manos de las tablas de madera gritándole «*Gego, gego*», y el niño cayó brutalmente al suelo. Pero había algo en él que se resistía a que ella se marchara. Se levantó rápidamente y, aunque solo llevaba ropa ligera, salió corriendo detrás de la carreta por encima de los montículos de nieve. Los caballos aceleraron. Le dolía el pecho, pero aun así se obligó a seguir adelante. Nunca había corrido tan rápido, con tanta fuerza y fervor, pero estaba decidido y se negaba a creer que la creciente distancia que lo separaba de la carreta fuese real. Continuó avanzando hasta que se le bloqueó la garganta, todo se tornó rojo y en el gélido aire sus pulmones se cerraron. Después, mientras se desplomaba sobre la nieve dura como la madera, alzó la cabeza. Observó cómo desaparecían la parte trasera de la carreta y las diminutas siluetas de su madre y su hermana, y algo en él se derrumbó. Algo se quebró. En ese momento, realmente le daba igual estar vivo o muerto. Así, cuando divisó a lo lejos las formas grises, las sombras, que, livianas, surgían de los árboles que bordeaban el camino, no sintió miedo.

Lo siguiente que supo el niño fue que su padre lo había envuelto en una manta y lo estaba llevando a casa. El pecho de su padre era grande y, aunque ya escupía la sangre de la tuberculosis que escribiría el fin de su historia, todavía era un hombre fuerte. Tardaría muchos años más en morir. Durante aquel tiempo, el padre contaba al muchacho, que se había olvidado por completo de ese episodio, que al principio, cuando habló de las sombras, el padre pensó que le había visitado el *manidoog*. Pero después, cuando el chico describió las formas, el padre comprendió que no eran espíritus. Intranquilo, decidió coger el fusil y volver a ese camino. Encendió la chimenea en la cabaña, acomodó a su hijo junto al fuego y salió de nuevo a la nieve. Puede que esta historia se difundiera por nuestros asentamientos porque el padre tuvo que contar lo que había visto, una y otra vez, para liberarse de ello. Quizá, al igual que ocurre con todos los sueños aterradores, *amaaniso*, tuvo que hablar de ello para destruir su poder, aunque en este caso nada podía impedir que el sueño fuese real.

Las huellas de las sombras eran huellas de lobos y, en aquella época, cuando nuestros fusiles se habían llevado todo su alimento para el comercio de pieles, los lobos eran audaces y habían abandonado el viejo y tácito acuerdo que existía entre ellos y los primeros seres humanos. Durante un tiempo, hasta que lo comprendimos y dejamos que aumentara el número de presas, los lobos nos cazaban. El padre se precipitó hacia adelante cuando divisó las huellas. Pudo ver dónde la manada, desesperada, había intentado rajar los tendones de las patas de los caballos. Luego, donde habían saltado para alcanzar la parte trasera de la carreta. Aceleró el paso hasta llegar al lugar donde el camino terminaba en el amplio y vacío hielo del lago. Allí, vio lo que vio, todo esparcido, con los cuervos ocupándose de los magros y tristes

restos dejados por los lobos.

Durante un tiempo, el muchacho no comprendió lo que había sucedido. El padre se guardó para sí lo que sabía, al menos durante ese primer año, y después, cuando su hijo le preguntó acerca del destrozado chal de cuadros de su hermana y por qué lo guardaba en la casa, el hombre no dijo nada. Pero lloró cuando el chico le preguntó si su hermana no tendría frío. Fue solo después de que su padre se viera debilitado por la enfermedad cuando empezó a relatar la historia, demasiado a menudo y siempre de la misma forma: contaba cómo, cuando los lobos se habían acercado, Aanakwad les había arrojado a su hija.

Cuando su padre pronunciaba esas palabras, el niño se quedaba inmóvil. ¿Qué habría sentido su hermana? ¿Qué se habría clavado en su corazón? ¿Se habría roto algo dentro de ella también, como le había pasado a él? Incluso entonces, sabía que ese lugar roto en su interior no se arreglaría nunca, salvo de una manera espantosa. Pues seguía viendo a su madre dejando al bebé y cogiendo a su hermana por la cintura. Veía a Aanakwad arrojando a la niña fácilmente por encima del lateral abierto de la carreta. Veía el chal marrón con las rayas rojas que se desplegaba y salía volando. Veía las sombras, los lobos abalanzándose a la vez, veloces y ávidos, mientras la carreta con las cuchillas desaparecía a lo lejos, para siempre, pues ni su padre ni él habían vuelto a ver a Aanakwad.

Cuando yo era niño, mi propio padre nos aterrorizaba con sus borracheras. Esto fue después de que perdiéramos a nuestra madre, porque antes de aquello, las únicas veces que era consciente de que él tocaba el *ishkodewaaboo* era en ocasionales fines de semana cuando volvían a casa tarde o, a veces, cuando la gente se congregaba para la recolección de bayas y nos íbamos al monte y acampábamos con los demás. Hasta la muerte de nuestra madre cuando no se dio a la bebida en serio, de modo constante, dejándonos solos en casa durante días y días. Bebía tanto que, cuando volvía a casa, saltábamos por la ventana y nos escondíamos en el bosque mientras él llegaba como un ciclón llamándonos a voz en grito. Solo regresábamos después de que se hubiera quedado totalmente dormido.

Éramos tres: yo era el mayor con diez años, mi hermana y mi hermano mellizos, de solo seis. Sorprendentemente se me daba muy bien cuidar de ellos, creo, y como aprendimos a sobrevivir juntos durante esos años de continuas curdas, siempre hemos estado muy unidos. Se llaman Doris y Raymond, y se casaron con un hermano y una hermana. Cuando nos juntamos, lo cual sucede a menudo ya que vivimos en la misma calle, hay momentos mientras conversamos y jugamos a las cartas, e incluso en ocasiones cuando nos tomamos alguna cerveza ligera, en que sacamos a relucir aquellos días. La mayoría de la gente comprende cómo era. Nuestra historia no es algo inusual. Pero a nosotros nos ayuda contrastar nuestros diferentes puntos de vista.

¿De qué otra manera podría yo saber, por ejemplo, que Raymond me vio la primera vez que escondí el cinturón de mi padre? Se lo quité de la cintura mientras

dormía la mona y después lo enterré en el bosque. Luego, seguí haciéndolo. Nuestro padre no lograba comprender por qué siempre le robaban el cinturón cuando se iba a beber al pueblo. Incluso llegó a acusar del robo a sus amigos de *shkwebii*. Pero yo tenía mis buenas razones para hacerlo. No solo le daba vergüenza, después, salir con los pantalones sujetos por una cuerda, sino que además no podía, en un arrebato de ira, quitarse el cinturón y chasquear la hebilla ganchuda en el aire. Ya no podía pegarnos con él. Por supuesto, al ser un hombre de recursos, usaba otras cosas. Había una tabla de madera. Una rama de sauce. Y también estaba él mismo: sus manos, sus puños y sus botas. Y objetos que podía arrojar contra nosotros. Pero al final nos resultó fácil zafarnos de él, y con el tiempo, apenas sufrimos alguna magulladura o algún arañazo. Teníamos nuestro escondrijo en el bosque, incluso con una pequeña hoguera para las noches gélidas. Le quitábamos dinero cada vez que podíamos, sacándolo de su zapato donde creía guardarlo a buen recaudo. Para nosotros él se convirtió en algo que debíamos evitar, superar con nuestra astucia y explotar. Sobrevivimos a su costa como si se tratara de una caprichosa y peligrosa profesión. Supongo que dejamos de pensar en él como en un ser humano, en absoluto como en un padre.

Di el estirón mucho antes que algunos muchachos y, una noche, cuando tenía trece años y Doris, Raymond y yo estábamos sentados sin hacer nada lamentando no tener que llevarnos a la boca más que las gachas de avena y la leche concentrada que nos daba el gobierno y que yo había escondido para que nuestro padre no las vendiera, lo oí llegar por la carretera. No paraba de gritar y hacer mucho ruido de camino a casa, y Doris y Raymond me miraron y se abalanzaron hacia la ventana del fondo. Cuando vieron que yo no me retiraba, se detuvieron. «Vamos, rápido». Intentaron tirar de mí. Los aparté y les dije que se largaran a toda prisa. Yo me quedaba. «Creo que ahora puedo hacerle frente», fue lo que les dije.

Era corpulento; el alcohol todavía no lo había desgastado. Su nariz había sido aplastada hacia un lado en una pelea y después golpeada hacia el otro lado, de modo que ahora estaba recta. Le faltaban la mitad de los dientes y desprendía el olor previsible tras llevar borracho cinco días seguidos. Cuando entró por la puerta, se detuvo un momento, con los ojos enrojecidos e hinchados, como dos diminutas rendijas. Después, vio que lo estaba esperando y me dirigió una sonrisa perversa. Mi primer puñetazo lo sorprendió. Había estado ensayando con un saco relleno de paja, y luego con una tabla de madera forrada, para endurecerme los puños, y me había vuelto tan rápido que me movía ágil como las llamas del fuego. Aún no era tan fuerte como él, y me llevaba unos diez kilos de ventaja. Sin embargo, algo de daño le haría, de eso estaba seguro. Le enseñaría a no meterse conmigo. Lo que yo no había previsto es que le cogería gusto a pelear.

Hay algo terrible cuando uno se pega con su propio padre. Lo vi de repente con el segundo puñetazo que le propiné: una especie de pavoroso deleite. Un poder surgió de mis entrañas y me puse a bailar ante él, ligero y aturdido, pletórico de una justicia

embriagadora. He aquí el asunto: yo quería destrozarlo, acabar con él. Quería reventarlo a golpes. Matarlo si era preciso. Un puñetazo por Doris, una patada por Raymond. Y durante todo ese tiempo, yo permanecía callado, luego gritaba, de nuevo me callaba, en esa felicidad colmada de rabia que al mismo tiempo me llenaba de desesperación, hasta el punto, podría decirse, que me separé de mí mismo.

Se abalanzó hacia mí, se desplomó sobre una silla que ya estaba rota y después me lanzó los trozos. Yo agarré una de las patas y le golpeé con tal fuerza en la oreja que su cabeza giró y se volvió hacia mí, ensangrentada. Me observé a mí mismo golpeándolo una y otra vez. Sabía lo que estaba haciendo, pero no del todo, no en el sentido habitual. Era como si estuviese apoyado en la pared, muy tranquilo, con los brazos cruzados, sintiendo lástima por los dos. Vi al muchacho, la pata de la silla y al hombre que se doblaba y caía con las manos levantadas como pidiendo clemencia. Después, también vi que, durante un buen rato, el hombre más corpulento no se había molestado en devolver los golpes.

De pronto, era mi padre otra vez. Y cuando me arrodillé a su lado, yo era su hijo. Alargué la mano en busca del trapo más cercano y atrapé el trozo de manta que mi padre siempre guardaba con él por alguna razón. Mientras lo cogía y le limpiaba la sangre de la cara, le dije:

—Se te ha torcido la nariz otra vez.

Me miró, sin alterarse y perplejo, como si nunca hubiese tomado un trago en toda su vida, y yo volví a limpiarle la cara con ese trozo de manta deshilachada. En realidad, era un chal, una de esas mantas chales que usaban las mujeres antiguamente. Quizá fuese una vez una manta escocesa. Todavía podían verse las rayas, algunas rojas en el desgastado fondo marrón. Mi padre miró mi mano fijamente cuando acerqué el trapo a su cara. Yo estaba casi seguro entonces de que le había noqueado demasiado fuerte y ahora sí que había perdido el juicio por completo. Sin embargo, con delicadeza apretó una mano en mi muñeca. Con la otra, cogió el chal. Lo arrugó y se lo llevó a la frente. Era como si estuviese rezando, como si le viniesen pensamientos que quería recoger en ese trozo de tela. Durante un buen rato permaneció en el suelo así; y yo, agachado sobre él, lo dejé tranquilo, respirando apenas. Algo me decía que debía quedarme sentado allí sin moverme. Y luego, al final me dijo con una nueva y sobria voz, que oiría de allí en adelante:

—¿Sabías que tuve una hermana?

Hubo un tiempo, cuando el gobierno desplazó a todo el mundo más allá de los límites más remotos de la reserva, por los caminos, hasta los pueblos y las viviendas. Al principio, parecía una buena cosa y luego todo se torció. Poco después, se habría dicho que todo aquel que se preciaba estaba borracho, moría asesinado, se hallaba al borde del suicidio o se había esfumado. Por lo visto, no quedaba nadie de los de antes (la gente de antaño, los *gete-anishinaabeg*, que son amables más allá de la amabilidad y harían lo que fuese por los demás). Fue durante esa época en que mi madre murió y

mi padre nos hizo daño, como ya he contado.

Hoy día, paulatinamente, ese periodo de desesperanza se ha ido disipando, liberando de su peso a los supervivientes. Pero todavía tenemos penas que nos han transmitido generaciones pasadas, penas que debemos sobrellevar además de las nuestras, y crueldades alojadas allí donde no podemos olvidarlas. Tenemos la necesidad de olvidar. Siempre caminamos en el filo del olvido.

Algunos lograban escapar, como mi hermano y mi hermana, ahora casados y que llevan una vida tranquila al final de la calle. Y yo, hasta cierto punto, aunque prefiero vivir solo. E incluso mi padre, que hace poco conoció a una mujer. Una vez, cuando evocó el pasado y volvimos sobre esta historia, le dije por fin las dos cosas que llevaba pensando desde hacía mucho tiempo.

Primero le dije que guardar el chal de su hermana estaba mal, porque nunca se guarda la ropa de los muertos. Ahora había llegado el momento de quemarlo, le dije. De enviarlo para arropar su espíritu. Y él asintió.

La otra cosa que le dije tenía forma de pregunta.

—¿Nunca te has planteado, considerando lo compasiva y lo valiente que era tu hermana, que pudo haber sopesado toda la situación? Sabía que los lobos solo tenían hambre. Sabía que su necesidad no era más que necesidad. Sabía que tú estabas allí atrás, solo en la nieve. Comprendió que el bebé que ella quería no sobreviviría sin su madre y que solo el tío conocía el camino. Vio con total lucidez que una persona de la carreta tendría que entregarse o todos morirían. Y en ese momento de clarividencia, siendo ella quien era, de la antigua forma de *Anishinaabeg*, que vela ante todo por el bien de los demás, ¿no crees que saltó, padre y hermano de esa muchacha? ¿No crees que levantó el chal y echó a volar?

La mujer del carnicero

He aquí una extraña y paradójica verdad: la experiencia de felicidad que ha vivido un hombre es capaz de matarlo posteriormente. Si bien no había mostrado el menor indicio de no ser más que un borracho cualquiera, Roy, el padre de Delphine Watzka, era mucho más que eso. Era un peligroso romántico. Durante toda su vida, había amado apasionadamente, incluso de forma desinteresada, con toda la profunda gratitud de un sorprendido polaco. Pero la mujer a la que amó y con la que se casó, Minnie Watzka, Kust de soltera, ahora solo existía en la persona de su hija Delphine y en las fotografías. Minnie había muerto cuando Delphine era muy pequeña, y después Roy se entregó al culto de esas imágenes. Algunas noches, encendía una hilera de cirios en el tocador, bebía sin cesar y hablaba con Minnie, hasta que desde lo más hondo de su ebriedad ella le respondía.

Durante los primeros años tras la muerte de Minnie, Roy entraba y salía de la bebida con la capacidad de recuperación de un hombre con un hígado sano. Se mantuvo sorprendentemente ebrio, incluso durante la prohibición, tomando de todo. Tónico para el pelo, agua de azahar, jarabes para la tos de cualquier tipo, incluso los elixires mensuales de las mujeres alimentaron sus rituales de duelo. Progresivamente fue destruyendo el órgano que había confundido con el corazón. Cuando Delphine cumplió doce años, su padre bebía para satisfacer una necesidad causada cada vez más por el alcohol y menos por el recuerdo de su madre. Después de aquello, conocía a su padre principalmente como un guiñapo alcoholizado. Su casa era un caos. Ahora Delphine era una mujer adulta y el hombre iba apagándose. En la primavera de 1936, abandonó la escuela de secretariado en Minneapolis y regresó a su granja de Minnesota para cuidar de él.

De camino al pueblo para hacer las compras, Delphine pensó en su madre. Solo poseía un medallón con una diminuta fotografía de Minnie, y mientras había estado fuera, se dio cuenta de que había echado de menos las otras fotografías. En ese estado de nostalgia por ver el rostro de su madre se hallaba Delphine cuando entró en la carnicería Waldvogel y conoció a Eva Waldvogel.

El primer verdadero encuentro espiritual que mantuvieron fue acerca de la manteca de cerdo.

—Me voy a llevar un cuarto de kilo de manteca de cerdo —dijo Delphine.

Estaba agotada mentalmente por la obstinación de su padre que, al estar muriéndose de todas maneras, insistía en querer matarse de una forma más agradable bebiendo aguardiente.

Se había pasado todo el día borracho, tendido bajo las moreras, riéndose solo

mientras intentaba coger la fruta con la boca. Ahora estaba manchado de morado por el zumo.

—Es que hay manteca y manteca. —Eva metió la mano en la vitrina de cristal, refrigerada con un ventilador eléctrico—. Mi marido se formó como maestro carnicero allá en Alemania, y tiene una manera secreta para derretir la grasa. Pruebe esto —le ordenó, tendiéndole una pequeña sartén. Delphine pasó la punta del dedo.

—¡Tan pura como la mantequilla!

—Apenas salada —susurró Eva, como si esas palabras no fueran destinadas a todo el mundo—. Pero necesita un frigorífico para mantenerla fresca.

—No tengo —reconoció Delphine—. Bueno, tuve uno, pero, mientras estaba fuera, mi padre lo vendió.

—¿Y quién es su padre, si me permite la pregunta?

A Delphine le gustaron las maneras directas pero educadas de Eva y admiró su enorme moño de pelo rojizo y dorado, recogido con dos lápices amarillos. Los ojos de Eva eran de un color azul descolorido y muy claro con motas verdes. En uno de sus ojos brillaba una extraña y reluciente veta que se convertiría en una raya negra cuando la vida abandonara su cuerpo, como una luz que se apaga detrás del resquicio de una puerta.

—Roy Watzka —dijo Delphine despacio.

Eva asintió. El nombre parecía decirle todo cuanto necesitaba saber.

—Acompáñeme. —Eva hizo un gran gesto circular con el brazo detrás del mostrador—. Voy a enseñarle a preparar la mejor tarta de carne picada que haya comido jamás. El secreto está en ese condenado sebo.

Delphine se colocó al otro lado del mostrador y pasó por delante de una oficina abarrotada de papeles y facturas, unas pequeñas taquillas que guardaban delantales y paños limpios y una estantería repleta de distintos objetos donde se alineaban unas figuritas hechas de porcelana alemana. Eva y ella entraron en la cocina, que aparecía inundada de luz que se filtraba por enormes ventanales en medio de gruesos muros. El tiempo se detuvo para Delphine. Recorrió la habitación con la mirada y experimentó una increíble expansión de todo su ser.

Había una balda con grandes cuencos de barro cocido para la masa del pan y un recipiente extraíble para la harina. Unos armarios de madera pintados de un sorprendente color verde hacían juego con el linóleo del suelo. Una pesada y lustrada picadora de carne estaba atornillada a la encimera. La mesa, redonda, estaba cubierta con un hule de cuadros. En cada cuadrado bordado de rojo podía apreciarse el dibujo de un racimo de uvas azules, un melocotón jugoso y rosado, una manzana o una pera verde y delicada. En los alféizares descansaban unas macetas de geranios que florecían rojos y terriblemente exuberantes.

De pronto, rebosante de felicidad, Delphine se sentó en una silla con un respaldo cuadrado y robusto, mientras Eva sacaba con una cuchara granos de café torrefacto para verterlos en un molinillo y luego se ponía a molerlos. Manó un maravilloso

aroma. Delphine inspiró profundamente. Con manos ágiles y seguras, Eva vació el estrecho cajón de madera lleno de café recién molido en una cafetera de esmalte azul claro con manchas blancas y negras. Abrió un grifo del fregadero y obtuvo agua de allí, no de una bomba de agua, y a continuación puso la cafetera en el fogón y encendió el quemador de una cocina de gas de un blanco impoluto, adornada con unas volutas cromadas que formaban el nombre de *Magic Chef*.

—Dios mío —suspiró Delphine.

Se había quedado sin palabras. Pero eso no importaba, porque Eva ya había sacado un lápiz de su cabellera y una libreta para anotar la receta de la tarta de carne picada. Eva hablaba muy bien inglés, pero su caligrafía tenía el viejo y recargado estilo alemán, y su ortografía era pésima. Delphine se sintió agradecida por este último y pequeño defecto, porque Eva parecía una mujer tan habilidosa, tan segura de sí misma (también era la madre de dos fornidos e inteligentes varones), que habría sido en caso contrario un modelo inalcanzable para Delphine. Ella (que no había tenido una madre y mucho menos una hermana; que había limpiado cosas vergonzantes en casa de su padre; que se había endurecido a fuerza de pasar hambre y frío; a la que la flor y nata del pueblo consideraba menos que nada, pero que sin embargo sabía escribir correctamente) ganó confianza gracias a la receta con mala ortografía.

La siguiente vez que Delphine entró en la carnicería Waldvogel, reparó en el alegre tintineo de la campanita de la tienda. Supuso que se trataba de la primera de muchas veces que haría sonar esa campanita al entrar en la tienda. La vez siguiente, ya había adquirido un nivel de confianza tal que entró por la puerta trasera.

Al igual que la ocasión anterior, Delphine enunció lo que quería comprar y, al igual que en aquella oportunidad, Eva la invitó a tomar café. En la estantería de productos de limpieza del hogar de Eva, no había un solo detergente lo suficientemente fuerte para la tarea que debía acometer Delphine para hacer habitable de nuevo la casa de Roy, así que Eva quiso elaborarle un preparado de su invención.

—Primero, un buen lavado con vinagre y agua. Después tendría que encargarse para usted amoniaco de uso industrial; pero tenga cuidado con las emanaciones. Y tal vez, si eso no fuera suficiente, sosa cáustica.

Delphine negó con la cabeza rotundamente. Se moría de vergüenza y se sentía incapaz de confesar a Eva que temía que su padre fuese a beberse el producto. Eva tomó un sorbo de café. Llevaba el pelo recogido en un curioso moño con unos suaves tirabuzones que le caían a los lados. El moño tenía la forma de un ocho, que Delphine sabía que era el antiguo signo de la eternidad. Eva se levantó y se alejó. Cruzó las baldosas de linóleo verde para aplastar con el puño una masa de pan que se había levantado. Mientras Delphine la observaba, le vino a la cabeza un pensamiento peregrino: la idea de que tal vez los momentos vividos con gran intensidad (como

este, cuando Eva se giró y el sol iluminó su cabello y durante ese instante el símbolo refulgió) eran eternos. Esos momentos iban a alguna parte. A un archivo de momentos que existían fuera del alcance del tiempo y que Dios no podía hurtarnos.

Bueno, *era* Dios, ¿no?... los pensamientos de Delphine seguían su curso con obstinación... quien creaba el tiempo y el fin de todo. «Respóndeme a esto», deseaba preguntar Delphine a su nueva amiga. «¿Por qué nos ha sido dada la maldición de poder imaginar la eternidad cuando sabemos que jamás podremos llegar a conocerla, cuando nosotros mismos somos seres limitados?». Quería preguntárselo, pero de pronto le dio un ataque de timidez, y fue en ese estado de introspectiva inhibición cuando conoció al marido de Eva: Fidelis Waldvogel, maestro carnicero.

Antes de verlo, percibió su presencia, como una descarga eléctrica en el aire cuando las nubes están bajas. Después, sintió una gravidez. Un campo de gravedad le recorrió el cuerpo. Intentó ponerse en pie, para sacudirse esa sensación, cuando el hombre ocupó de pronto todo el marco de la puerta.

No se trataba de su estatura. No era extremadamente alto, ni ancho. Pero emanaba de él una gran fuerza, como si hubiese otro hombre mucho más poderoso en su interior. Una mano roja, gruesa y maltrecha, colgaba a un lado como un garfio; la otra sujetaba en equilibrio sobre el hombro una pieza de carne. El cuarto de ternera debía de pesar cincuenta kilos o el doble. Lo llevaba sin esfuerzo apenas, aunque las venas de su cuello palpitaban, llenas de sangre espesa, como un toro. Miró a Delphine con sus ojos azules casi blancos. Sus miradas se cruzaron. Las mejillas de Delphine se encendieron y fue la primera en apartar los ojos. Unas nubes pasaron delante del sol y las bocas rojas de los geranios en el alféizar bostezaron. El fogonazo de su mirada impulsó a Delphine a coger uno de los cigarrillos de Eva. Para encenderlo. Él apartó la mirada y habló con su mujer. Después se marchó sin pedirle que se la presentara.

Aquella brusquedad, que rayaba en la mala educación, le vino muy bien a Delphine. Desde ese momento no deseó conocerlo. Esperaba poder evitarlo. No importaba, siempre y cuando pudiera seguir siendo amiga de Eva, e incluso desempeñar el trabajo que pronto le iba a ofrecer para atender a los clientes.

Y así fue. A partir de ese día, Delphine utilizó la puerta trasera que daba a la caldera y al lavadero, a las estanterías de herramientas y a los delantales blanqueados con lejía que secaban despacio en tendederos o perchas. Atravesó el pasillo atestado de papeles y material diverso y cogió de una percha junto a la puerta de la tienda el delantal que Eva le había dado, azul con minúsculas florecitas blancas. De ahora en adelante, oiría la campana de los clientes desde el otro lado del mostrador.

Al cabo de una semana, Delphine había conocido a la mayoría de los clientes habituales. Después conoció a Tante Marie-Christine, que no era una clienta sino la hermana de Fidelis. Una tarde, Tante entró con paso firme en la tienda, con un solo tintineo, como si la campanita hubiese enmudecido ante su elegancia. Se dirigió directamente al otro lado del mostrador, al panel corredizo de la vitrina donde se guardaban las salchichas, lo abrió con gran estruendo y sacó una loncha de la mejor

mortadela, y la guardó en el bolso. Delphine se apartó y observó la escena (en realidad, dio un paso atrás y miró con envidia el calzado de la mujer). Aquellos zapatos estaban hechos de cuero italiano, fino y flexible, y abotonados con habilidad. Se ajustaban al largo y estrecho pie de Tante con una distinguida precisión. No poseía tal vez un rostro seductor, pues en eso se parecía a Fidelis y reproducía sus rasgos más agresivos (el fuerte cuello, una mandíbula demasiado severa y unos ojos que en él resultaban autoritarios en ella eran de un azul tan fantasmagórico que ponía los pelos de punta a Delphine). Aun así, sus pies eran finos y bonitos. Presumía de ellos, y todos sus zapatos eran de la factura y el cuero más caros.

—¿Quién eres? —preguntó Tante, alzando la cabeza antes de salir como un torbellino con su abrigo de piel, sin dignarse a aceptar una respuesta.

La pregunta quedó flotando en el aire durante mucho tiempo después de que Tante se fuera a invadir la cocina de Eva. «¿Quién eres?» es una pregunta que tiene una respuesta larga o una respuesta corta. Cuando Tante la dejó caer en el aire, Delphine se quedó reflexionando sobre el sentido más amplio mientras restregaba los mostradores de la carne y se disponía a fregar el suelo.

«¿Quién eres, Delphine Watzka, hija de un borracho y secretaria que ha tirado la toalla, criatura con vientre de acero y corazón que anhela a una madre? ¿Quién eres, quién eres, tú que naciste polaca mugrienta en la mugre polaca? ¡Tú que tienes el sótano de tu casa repleto de botellas vacías y un padre borracho tirado en el suelo! ¿Qué te hace pensar que perteneces a algún lugar que se halle cerca de esta casa, de esta tienda y, sobre todo, de mi hermano Fidelis, que es el amo y señor de todo cuanto hace?».

Cuando Tante se marchó altivamente con una hogaza de pan recién horneado de su cuñada bajo el brazo y se llevó además una botella de leche, Delphine lo anotó en un papel. «Tante se ha llevado una botella de leche, una loncha de mortadela de primera calidad y una hogaza de pan». Y no hizo nada más. Cuando Tante se enteró de que Delphine había anotado los artículos, se puso furiosa. Tante no cogía las cosas. A su parecer, se las debían. Había dado a su hermano en una ocasión quinientos dólares para comprar material, y aunque él se los había devuelto, la mujer continuaba cobrando los intereses de variopintas maneras para recordarle así su abnegada generosidad.

Los dos hijos de Eva, Franz y Louis, no querían a Tante. Delphine se daba cuenta de ello. No es que supiera mucho de niños. No había estado con niños muy a menudo. Pero ya que estos muchachos eran hijos de Eva, quería conocerlos y saber quiénes eran.

Con catorce años, Franz era un joven muy fuerte y atlético, con un típico temperamento americano, orgulloso y afable, perfectamente transparente y opaco al mismo tiempo. Sus pensamientos y sentimientos más profundos eran inexistentes o permanecían ocultos; Delphine no sabría precisarlo. Siempre le sonreía y la saludaba solo con un levísimo acento alemán. Jugaba al fútbol y de hecho era algo parecido a

un héroe en el pueblo. El segundo hijo era más retraído. Louis poseía cierta querencia hacia la filosofía y una naturaleza monacal, aunque jugaba con total desenfreno a la menor ocasión. Sus notas eran sobresalientes un año y catastróficas al siguiente, según sus propios intereses. Había heredado las largas manos de su madre, su sedoso cabello rojizo y dorado, sus finas mejillas y sus ojos que miraban a veces divertidos y con triste curiosidad, como si dijeran: «Vaya espectáculo más estúpido». Louis era educado, aunque de un modo más mesurado que su hermano. Realizaba con presteza los recados de su padre, pero sentía verdadera adoración por su madre. Eva le acariciaba a menudo el pelo, tan parecido al suyo, con los rizos cortados. Cuando lo abrazaba para darle un beso, el chico se apartaba, como correspondía a un varón, pero con una suavidad que demostraba que no quería herir sus sentimientos.

Mil novecientos treinta y seis fue un año de extremos. Aquel invierno, Minnesota había padecido una ola de intenso frío. Ahora, resollaba y se marchitaba bajo los efectos de un calor asfixiante. A medida que la ola de calor se prolongaba, limpiar se tornó más difícil. Eva, que se enorgullecía de salir airosa ante cualquier escollo que se cruzara en su camino, no lograba hacer funcionar la carnicería con la eficiencia que siempre exigía. Ahora que Delphine se hallaba cerca de Eva desde primeras horas de la mañana, era testigo del sufrimiento de su amiga. Eva tenía el rostro muy pálido a causa del esfuerzo diario, y a veces le anunciaba que necesitaba acostarse un minuto para descansar. Cuando Delphine iba a echarle un ojo, a menudo encontraba a Eva sumida en un sueño tan profundo que no tenía corazón para despertarla. Al cabo de una o dos horas, Eva se despertaba de todos modos, con una energía frenética, y volvía al trabajo.

Fregaban los suelos del matadero con lejía todos los días. En caso contrario, el olor a sangre fresca se tornaba rancio y apestaba. Las vitrinas de la carne se refrigeraban al máximo y aun así estaban tibias, y había que comprobar constantemente que la carne no se estropeará. Solo compraban una ínfima cantidad de leche para vender, porque a menudo se agriaba simplemente en el trayecto de camino a la tienda. Casi no almacenaban mantequilla ni manteca de cerdo. El calor aumentó y se volvió de una intensidad atroz. Los muchachos dormían al raso en el tejado en ropa interior. Eva también subió allí a rastras un colchón y unas sábanas, y durmió con ellos mientras Fidelis permanecía abajo, cerca de su fusil, por miedo a que les robasen.

Cuando Delphine se dirigió al trabajo, una hora antes del amanecer, el aire ya se presentaba cargado y metálico. Si estallaba, sería de forma violenta, dijo Fidelis a nadie en particular. Mientras el hombre afilaba a conciencia las hojas de cuchillos y serruchos, de espaldas a ella, se puso a cantar, y Delphine se dio cuenta, con una extraña emoción, de que tenía una voz muy hermosa. El calor la aturdió y la voz de Fidelis la afligía, sonando tan pura en una habitación resbaladiza por la sangre. Con un gesto brusco, golpeó un jamón contra la encimera metálica y el hombre se calló.

Fue un alivio no tener que escucharlo.

El cielo se oscureció, las hojas se volvieron pardas, y no pasó nada. La lluvia flotaba dolorosamente cerca en la capa gris plomiza que se extendía por el cielo, pero no se movía nada. Ni la menor brisa. Ni una pizca de aire. Delphine se lavó la cara y se ató el delantal que colgaba, flácido, junto a la puerta. Al final del día, quitó la cera del linóleo del suelo para aplicar una nueva capa. El suelo ya estaba seco cuando dio la vuelta al cartel que colgaba en el cristal de la entrada para cambiarlo de «Abierto» a «Cerrado». Ahora, en un cubo especial, mezcló cera para suelos y pintó el pavimento con una larga brocha; pintó de atrás hacia delante con perfectas pinceladas. Pintó hasta encontrarse pegada al mostrador y colocó una caja de cartón en la entrada para que los muchachos no ensuciaran la superficie húmeda. Se retiró. Colgó el delantal, se despidió rápidamente y volvió a casa para derretirse de calor. Acudiría a primera hora de la mañana del día siguiente, antes de que abriera la carnicería, y aplicaría otra capa más. Dejaría que se secara mientras tomaba su café matutino con Eva. Después, entre cliente y cliente, frotaría ese linóleo con una gamuza y mucho esfuerzo hasta sacarle brillo. Eso era lo que había planeado, al menos, y todo lo que ella había planeado terminó por suceder, pero a lo largo de varias semanas y bajo unas circunstancias radicalmente distintas.

A la mañana siguiente, mientras Delphine esperaba sentada en la cocina, el calor ya azotaba las paredes. El intenso y negro café hizo sudar a Delphine. Bebió agua de una jarra que Eva había dejado encima de la mesa y se secó el cuello y las sienes con un paño de cocina.

—Escucha —Eva había pasado en vela gran parte de la noche para preparar el pan de toda la semana aprovechando el relente nocturno—. No me siento muy bien.

Lo dijo de una forma tan despreocupada, sin darle importancia, que Delphine apenas se fijó en sus palabras, pero entonces Eva repitió la misma frase, como si no recordara lo que acababa de decir.

—No me siento muy bien —susurró de nuevo.

Apoyó los codos en la mesa y cogió la taza de porcelana china con las dos manos.

—¿Qué quieres decir con que no te sientes muy bien?

—Es la tripa, tengo dolores. Estoy como abultada. —Unas gotas de sudor perlaban el labio superior de Eva—. Vienen y van. —Eva respiró hondo y aguantó la respiración antes de soltar el aire—. Aquí. —Se apretó un paño de cocina en la cara para secarse el sudor—. Es como un calambre del periodo, pero yo no soy muy regular..., también va y viene.

—Quizá simplemente se te está retirando pronto.

—Sí, creo que sí —dijo Eva—. Mi madre...

Pero entonces sacudió la cabeza y, con una amplia sonrisa, habló con una voz aguda y extraña:

—¿No odias a las quejicas?

Eva se levantó de un salto. Se golpeó con torpeza contra la encimera antes de precipitarse hacia el horno y moverse con rapidez por toda la cocina, como si un movimiento sin fin fuera capaz de conjurar el dolor que la atenazaba. En cuestión de segundos, parecía haber vuelto a ser la eficiente y resuelta Eva.

—Voy a la tienda a lustrar el suelo —anunció Delphine—. Con este calor ya debe de estar seco.

—Muy bien —respondió Eva.

Pero cuando Delphine pasó delante de ella para dejar la taza de café en el fregadero de esteatita gris, la mujer del carnicero tocó una mano de Delphine. Sin asomo de gravedad, con una voz extrañamente indolente, pronunció las palabras que, a pesar del intenso calor, dejaron helada a su amiga.

—Llévame al médico.

Después, Eva sonrió como si se tratara de una enorme mascarada, se tumbó en el suelo, cerró los ojos y se quedó inmóvil.

Fidelis había salido temprano para entregar un pedido y no aparecía por ninguna parte. Tampoco se encontraba en casa cuando Delphine regresó de la consulta del médico. Para entonces, Eva estaba bajo los efectos de la morfina en el asiento trasero y tenía en la mano un fajo de instrucciones que indicaban a quién buscar. Y qué podía hacerse. El viejo doctor Heech llamaba por teléfono a la clínica para pedir a un cirujano que se prepara para atender a una paciente llamada Eva Waldvogel.

Delphine encontró a Louis y le entregó una nota para Fidelis. Louis la dejó caer y la recogió; sus ágiles dedos infantiles estaban, por una vez, torpes del susto. Salió corriendo hacia el coche y se deslizó en el asiento trasero, donde lo encontró Delphine abrazando a Eva mientras ella suspiraba bajo el efervescente alivio de la droga. Estaba tan agradablemente serena que Louis se quedó tranquilo y Delphine pudo alejarlo sin dificultad, temiendo que Eva despertara de pronto, ante el niño, y volvieran sus dolores. Por lo que Delphine había podido deducir hasta el momento, Eva debía de haber estado sufriendo unos dolores considerables durante muchos meses. Su enfermedad se hallaba en un estado grave y avanzado, y Heech, mostrándose preocupado y cariñoso con Eva, a quien quería mucho, la había reprendido con la desesperación de un médico airado ante su impotencia.

Mientras acompañaba a Louis a casa, Delphine intentó acariciarle el cabello. El chico se apartó bruscamente, aterrorizado por tan inusual gesto de cariño. A sus ojos era, por supuesto, la clara señal de que algo malo, real e irreversible le pasaba a su madre.

«Fidelis», había escrito Delphine en la nota, «he llevado a Eva a la clínica Mayo, al sur de Minneapolis, donde Heech dice que podremos encontrar asistencia de urgencia. Eva ha perdido el conocimiento esta mañana. Es cáncer. Puede hablar con Heech».

Fue de camino a la clínica Mayo cuando Delphine escuchó de verdad cantar al

carnicero por primera vez; pero solo era en su cabeza. Lo escuchó de nuevo como si fuese un disco tranquilizador en un gramófono, mientras no soltaba el pie del acelerador del De Soto del doctor Heech y llevaba la aguja del contador a marcar casi ciento sesenta kilómetros por hora. El mundo se tornó borroso. Los campos giraban como los radios de las ruedas. Divisó fogonazos de casas, vacas, caballos y establos. Luego llegó el intenso tráfico intermitente de la gran ciudad. Y durante todo el trayecto, escuchó una y otra vez la canción que no había oído cantar realmente a Fidelis la víspera misma, en el suelo de cemento del matadero, cuando se había sentido demasiado aplastada por el calor para admirar el dulce optimismo de su voz de tenor. «*Die Gedanken sind Frei*», había entonado, y las paredes habían hecho reverberar cada nota más alta que la anterior, como si estuviera cantando bajo la bóveda de una hermosa iglesia. ¿Quién podría imaginarse que un matadero tuviese la acústica sagrada de una catedral?

La canción no paraba de darle vueltas en la cabeza mientras conducía y, gracias a los escasos conocimientos de alemán que poseía, Delphine tradujo la letra: *Die Gedanken sind frei, wer kann sie erraten, Sie fliehen vorbei wie nächtliche Schatten*. «La mente es libre..., pensamientos como las sombras de la noche». Los cultivos resecos giraban surco tras surco en los campos, por el conducto de ventilación soplaba un aire caliente todavía más caliente y el viento tronaba por las ventanillas bajadas. Incluso cuando por fin empezó a llover, Delphine no cerró las ventanillas. Avanzaban tan veloces que las gotas de agua le impactaban en la sien y la mejilla como pequeños balines y la mantenían despierta. De vez en cuando, en el asiento de atrás, Eva emitía algún ruido. Tal vez la morfina, al tiempo que aliviaba el dolor, entumecía su autocontrol, pues, en el crepitar húmedo del viento, Delphine advirtió un gemido que parecía brotar de Eva. Un rugido tal, como si su dolor fuese un animal con el que forcejeara hasta vencerlo.

El primer tratamiento después de la operación de Eva consistió en introducirle en el útero unas bombas metálicas y huecas, fundidas en plata alemana, que contenían radio. Durante las semanas que Eva pasó en el hospital, le extraían los tubos, los rellenaban y se los volvían a introducir. Cuando la mandaron a casa, desprendía un cierto olor a asado carbonizado.

—Huelo a quemado —dijo—, como un plato mal cocinado. Ve a comprar un poco de agua de lilas a la farmacia.

Delphine compró una enorme botella violeta de agua de flores para lavarla con ella, pero tampoco cambió gran cosa. Durante días, evacuó carbón y sangre, y el olor a quemado seguía persistiendo. El cáncer se extendió. El doctor Heech le aplicó entonces el tratamiento de radio mensual mediante el uso de largas agujas de oro de veinticuatro quilates, impregnadas de radio, que clavaba en el nuevo tumor con unos fórceps para no quemarse los dedos. Eva recibía ese tratamiento en su consulta, atada a la camilla con correas y con una dosis de éter para aguantar la inserción, y después,

cuando despertaba con una hipodérmica de morfina, Delphine se quedaba a su lado, pues las agujas debían permanecer en el mismo sitio durante seis horas seguidas.

—Parezco un maldito alfiletero —dijo Eva en una ocasión, incorporándose levemente.

Después se dejó caer y volvió a sumirse en un sueño agitado. Delphine intentaba leer, pero sentía punzadas de dolor en su propio estómago conforme entraban las agujas, incluso un solidario sudor debido a la morfina. Pero siguió adelante, y mientras se dirigía a la casa de Eva todos los días, mascullaba a Dios la oración que consideraba más adecuada en esas circunstancias. «Te escupo a la cara». No era una gran ofensa, no reflejaba la profundidad de sus sentimientos, pero al menos no era una hipócrita. ¿Por qué habría de fingir rezar siquiera? Ese era el territorio de Tante.

Tante había reunido a una multitud de piadosas damas luteranas, las cuales acudían varias tardes por semana para convertir a Eva, que era católica. Cuando Eva estuvo demasiado débil para echarlas, Delphine hizo lo que se le ocurría con tal de impedir que se arremolinaran alrededor de la cama como una bandada de buitres y que juntaran sus huesudas garras en un jubiloso y absorbente círculo de oraciones. Darles de comer era su mejor estrategia, pues se alejaban rápidamente en cuanto sabían que había algo de comer en la cocina. Después de que se hubieran atiborrado del dolor de Eva y de su tarta *linzertorte*, cuya receta había legado a Delphine, Tante las acompañaba fuera paso a paso.

Delphine lavaba con lejía los delantales ensangrentados. Frotaba los calcetines mugrientos. Los calzoncillos sucios y los petos de un solo tirante de los chicos. Sacó sus buenos trajes de la naftalina, los ventiló y planchó. Almidonaba los gruesos cuellos blancos de las camisas de algodón de Fidelis y todas las mañanas le planchaba una, tal y como había hecho Eva. Se llevaba las sábanas, el sudor, la mierda y la sangre, siempre la sangre omnipresente. Las toallas y los manteles. Encargarse de la colada era una especie de regalo de despedida. Puesto que en cuanto Eva se marchara, Delphine también se iría. Fidelis contaba con más gente para ayudarlo. Delphine estaba segura de que Tante encontraría en el cuidado de los muchachos y su hermano un perfecto escaparate para sus beaterías.

A pesar de ser un borrachín insoportable, nadie en el pueblo sentía aversión por Roy Watzka. Había varios motivos. Primero, su notable caída hacia la desidia vino causada por una pérdida. El hecho de que hubiera amado hasta la autodestrucción alimentó cierto acto reflejo en el corazón de muchas mujeres, y le conseguía dádivas con facilidad cuando andaba escaso de dinero. Las mujeres le preparaban bocadillos de carne de cerdo o alubias frías, que envolvían cuidadosamente para que pudiera tomarlos tras una buena curda. La siguiente razón era que Roy Watzka tenía la capacidad de trabajar duro y sin descanso en esas raras y esporádicas ocasiones en que se encontraba sobrio. Era capaz de realizar un esfuerzo descomunal. Además

contaba buenas historias. No era un borracho mezquino ni un alborotador, y nadie dudaba de que, si bien Delphine aguantaba mucho más de lo que le correspondería a una hija, el hombre la quería.

Eva sentía aprecio por él, o al menos lástima, y era una de las personas que siempre le habían dado de comer. Ahora que ella tenía problemas, Roy se presentaba en la carnicería por un motivo bien distinto. Acudía casi todas las tardes, a veces sudoroso y apestando a alcohol. Pero, una vez allí, estaba dispuesto a hacer lo que fuese. Movía el retrete exterior de sitio. Recogía las vísceras con una pala. Antes de marcharse, se sentaba junto a Eva y le contaba historias delirantes de aventuras que le habían sucedido en su juventud: sobre el cerdo domesticado al que enseñó a leer, cómo extraer el veneno de una serpiente de cascabel, la historia del verdadero hombre lobo al que conoció y que le había enseñado palabras en la lengua de los licántropos, o el nombre en latín de las flores y su origen. Delphine, que escuchaba a veces, se alegraba por la habilidad de Roy para distraerla y al mismo tiempo estaba resentida. Se había pasado toda la vida limpiando tras sus pasos, y su padre nunca se había sentado y hablado así con ella.

Sentadas juntas en unas sillas rotas en el jardín de Eva, Delphine y Eva sujetaban entre los pies una botella de la tostada cerveza casera de Fidelis. Ahuyentaba a los mosquitos quemando un poco de citronela en un cubo y con unas ramitas de albahaca que Eva había cortado y esparcido en el cabello de ambas. Delphine llevaba un vestido sencillo, un delantal y unos zapatos planos y verdes; Eva se había puesto un camisón con un ligero chal de lana encima, los pies desnudos en unas chanclas japonesas. Las babosas estaban desnudas. Cornudas y débiles, vivían en medio de la espesura de heno y de periódicos hechos jirones, que Eva había extendido en el suelo como un mantillo. Ya habían devorado muchos de los nuevos brotes desde las hojas más tiernas de arriba hasta el suelo, y Eva había jurado destruirlas.

—Su último festín —anunció Eva, señalando la planta de judías mientras vertía unas gotas de cerveza en el molde para tartas—. Ya están condenadas.

La cerveza estaba fresca, recién sacada de la vitrina frigorífica que acababan de instalar en la tienda. Parecía un desperdicio malgastar la frescura de la cerveza en una plaga. Sin prisa, las dos mujeres fueron sorbiendo la bebida, mientras los rayos del sol se filtraban, oblicuos, por las vallas del corral.

—Tal vez deberíamos haber aplastado estos bichos simplemente con sal —observó Delphine.

Pero entonces pensó súbitamente: La muerte de Eva está próxima, y podemos permitirnos ayudar a que los indefensos tengan una muerte dulce. No dijo nada.

El jardín de Eva, había llegado a la conclusión Delphine, reflejaba el lado oscuro de su genio organizador. El jardín poseía toda la rudeza y sensación de caos que no tenía la casa de Eva. Había prosperado a base de desechos. Restos de los pucheros, hojas de té y peladuras de pepino, todo ello acababa en la tierra, enterrado al azar o a

veces simplemente amontonado. Todo se pudría bajo el sol abrasador de Minnesota. El método de Eva consistía en no tener ninguno. Dejar que la naturaleza siguiera su curso. Tenía manzanos que habían crecido del corazón de las frutas. Los rosales, que se erizaban junto a los canales de desagüe donde se recogía la sangre del ganado, lucían tal manto de flores enormes y exuberantes que resultaban siniestras. El perro de los chicos desenterraba viejos huesos que el antiguo perro había enterrado, y se negaba a volver a enterrarlos. Será espantoso cuando llegue la primavera, pensaba Delphine, y se derrita la nieve, ver la inmundicia de fémures y clavículas, con las cabezas de los huesos y las articulaciones. Como si los diseminados muertos, levantándose para presentarse ante el Juicio Final, tuviesen que intercambiar las partes de su cuerpo hasta que encajaran.

Delphine siempre había sido propensa a pensar en el destino, pero esa propensión se agudizó con la enfermedad de Eva, que no dejaba de recordarle su condición mortal, a la vez que se maravillaba de que se pudiese vivir siquiera. La vida era una excelente proeza de tremenda osadía, se dio cuenta, improbable y tan inaudita como un festín de babosas.

Eva se inclinó hacia delante, hizo saltar un pequeño terrón con el desplantador y apisonó en el hueco su botella de cerveza llena en tres cuartas partes a modo de trampa.

—Morid felices —animó.

Delphine le entregó también su propia botella, vacía en tres cuartas partes. Eva plantó esta última junto a un montículo de calabacines que, llegado el otoño, dominarían todo el jardín, aunque ella no llegaría a verlo. Se recostó contra la lona entrecruzada del respaldo de la silla y abrió otra botella con un tenedor. Era un buen día, un día muy bueno para ella.

—Me marchó —anunció Delphine, pero permaneció sentada al lado de Eva durante la puesta de sol hasta que se hizo de noche.

Era como si ambas supieran que no volverían a conocer un momento de paz como ese en las semanas venideras y que recordarían estas horas durante noches espantosas. El aire que se tornaba azul a su alrededor mientras salían las mariposas nocturnas, invisibles y ciegas, revoloteando en torno al farolillo con postigos al otro extremo del patio.

Delphine cerró los ojos y su mente se espabiló y sus sentidos se despertaron. Percibió lo rápido que se formaban y se consumían las cosas, todo lo que había a su alrededor. Todo ocurría más allá de su campo de visión, fuera de su control. Tuvo la sensación de que podría flotar a la deriva como una barca de piel, para no regresar más, dejando atrás tan solo su vestido arrugado y sus desgastados zapatos verdes.

Oyó la voz de Eva.

—Ojalá sea cierto lo que he leído, que la mente permanece en su sitio. El cerebro. Los ojos con los que leer.

A veces Delphine creía que a su amiga no le importaba convertirse en un animal o

una planta, que todo este tiempo dedicado a pensar, comprender y vender carne de cerdo y harina de sangre fuese un esfuerzo vano. Eva había tratado su propia muerte con un despreocupado desdén, pero esa declaración revelaba un cierto temor que no había mostrado anteriormente. O un deseo.

—Tu mente permanecerá intacta —aseguró Delphine—, así que vas a estar contemplando desde allí arriba, mientras rasguebas el arpa, todas las estupideces que cometen las personas.

—Jamás sabré tocar el arpa —respondió Eva—. Creo que me darán un maldito mirlitón.

—Guarda una nube para mí y tocaré una canción contigo —dijo Delphine.

No tenía mucha gracia, pero se rieron con excesivo alboroto, rieron hasta que se les humedecieron los ojos, y entonces suspiraron y se quedaron sumidas en un profundo silencio.

—Los niños están jugando en el huerto. Los hombres ya están medio achispados —informó Delphine.

Era el primer fin de semana de septiembre y era festivo. Eva se incorporó sobre los codos con dificultad. Delphine la ayudó a sentarse y a mirar por la ventana de la pequeña habitación contigua a la cocina donde Fidelis le había instalado la cama. Eva esbozó una leve sonrisa, luego se recostó, agotada y asintiendo a lo que veía.

—Los hombres son tan necios —susurró Eva—. Se creen muy listos al esconder el *everclear*^[18] entre las matas de grosellas.

No había salvación posible. Ya nadie lo dudaba. Pero aunque los últimos días habían supuesto una pesadilla, Eva se negaba a morir de una manera morbosa. A veces se reía del dolor con una carcajada macabra y se burlaba de su estado, y más ahora que su final estaba cerca.

Había cerrado la tienda a las doce. Ahora todo el pueblo estaba de fiesta. Fidelis había sacado en el jardín las viejas sillas y la antigua mesa en la que dispuso un poco de mortadela y salchicha seca, una sandía, cuencos con galletas saladas y, debajo de un tomatero, botellas de cerveza que se enfriaban en una cuba con hielo, para rebajar el alcohol que Eva sabía que escondía. Una y otra vez los hombres deslizaban disimuladamente el brazo en la mata de grosellas para sacar la botella. Con un furtivo vistazo hacia la casa, se la llevaban a la boca. Incluso Fidelis, siempre tan fuerte y decidido, se comportaba como un niño culpable.

Las voces de los hombres se elevaban y disminuían, entre sonoras risas provocadas por grandes chanzas, discusiones de envidia ante los escándalos perpetrados por el gobierno, y a veces incluso callaban o permanecían aletargadas, dirigiendo una mirada vacía e interrogante al enrevesado follaje. Roy estaba allí, intentando hacer durar una cerveza sin apurarla de un trago. Como siempre, Fidelis era el centro de estas reuniones, sonsacando a los hombres historias cada vez más atrevidas o retándolos a pruebas de fuerza.

En la cocina, Delphine troceaba un poco de mantequilla para añadir a la harina y preparar una masa. Había decidido cocinar unos pasteles para la cena del día festivo, que les vendrían bien a los hombres para cortarles la borrachera. Había puesto patatas a cocer y tenía un bote de barro cocido con alubias bañadas en mostaza fuerte, azúcar moreno y melaza residual. Por supuesto, había salchichas. Delphine añadió una pizca de sal, envolvió la masa en papel encerado y la guardó en el frigorífico. Después, atacó la fruta, cortando finas medialunas de melocotones sacados de una caja y quitando la piel a los trozos rosados más duros. Es casi la hora, pensó, casi la hora. Pensaba en el dolor de Eva. Su propio sentido del paso del tiempo estaba ligado a la duración de una dosis de vino de opio, aromatizado con clavos y canela, o una fuerte dosis de morfina que el doctor Heech le había enseñado a administrar, pero sin abusar, le había advertido, salvo al final, porque incluso la morfina deja de hacer efecto.

Al oír a Eva moviéndose en la cama, Delphine abandonó de inmediato la preparación de los pasteles. Puso a hervir un poco de agua para esterilizar las agujas hipodérmicas. Había preparado una ampolla la víspera y la había guardado en el frigorífico: la solución a un treintavo, que el doctor Heech había asegurado que Delphine inyectaba a Eva mejor que cualquier enfermera. Delphine se sentía orgullosa de ello, sobre todo porque odiaba las agujas, las aborrecía y sentía un doloroso vacío cuando llenaba las jeringuillas y notaba cómo penetraban en su propia piel en el momento en que inyectaba la dosis a Eva.

Ahora, cuando echó un ojo a Eva, supo que iba a necesitar un alivio muy pronto, en cuanto el agua llegara a hervir, no tanto por el reloj sino por la lúcida virulencia del sufrimiento que reflejaba la mirada de Eva, por la boca entreabierta y el ceño fruncido. Delphine pensó en distraer a su amiga dándole un masaje en sus manos llagadas.

Eva gimió cuando Delphine masajeó el hueco entre los nudillos, y luego la frente de Eva se relajó; sus párpados traslúcidos se cerraron, empezó a respirar más tranquila y preguntó con un hilo de voz:

—¿Cómo están esos malditos idiotas?

Delphine echó un vistazo por la ventana y observó que los hombres estaban en plena efervescencia. El sheriff Hock se había unido a ellos y Fidelis gesticulaba de pie mientras se mofaba de la enorme panza del hombre. Enseguida se pusieron todos a compararse las barrigas. En la alargada luz del atardecer, el rostro de Fidelis resultaba un tanto macilento por el consumo de alcohol y la compañía de los otros hombres, a la que no estaba acostumbrado, ya que en los últimos tiempos la lucha de Eva por morir le había aislado del mundo.

—Están enseñándose sus enormes barrigas —explicó Delphine.

—¡Al menos no enseñan lo que tienen más abajo! —exclamó Eva con voz ronca.

—¡Ay, qué vergüenza! —se rio Delphine—. No, no se han sacado la picha. Pero aquí está pasando algo. Mira, voy a ayudarte a que te incorpores. Están más que

graciosos.

Cogió más almohadas de las estanterías, acercó la cama a la ventana y colocó a Eva de modo que pudiera ver lo que sucedía en el jardín. Ahora daban la impresión de estar haciendo apuestas. Blandían billetes entre risas. Estaban ebrios pero no tanto como para no poder mantenerse en pie, aunque sí lo bastante para hablar a voz en grito. No paraban de bromear. De repente, los hombres limpiaron con gran estrépito la mesa de vasos y botellas, galletas saladas y salchichas, trozos de queso cheddar y platos. Después, el sheriff, que había sido actor y había interpretado papeles de gordos en obras locales se tumbó sobre la mesa, bocarriba. La mesa no era tan larga como él, de modo que tenía el aspecto del casco de un barco en equilibrio en el dique seco, con los pies enfundados en unas botas que apuntaban hacia el cielo y la cabeza colgando del otro extremo. Su estómago formaba un montículo. Fidelis se encontraba al otro lado de la mesa, justo debajo de la ventana de Eva. Se había desabrochado los botones superiores de la camisa blanca y arremangado sobre sus poderosos antebrazos.

De pronto, Fidelis se agachó sobre el sheriff Hock, adoptando la posición en cuclillas de un levantador de pesas, y estiró los brazos con furia a ambos lados. Despacio y con firmeza, agarró un aro con la boca que, según las mujeres pudieron advertir, había sido fabricado con ese único fin, en el grueso cinturón del sheriff Hock.

Se produjo un momento de silencio. No pasó nada, hasta que ocurrió algo increíble. Fidelis reunió toda su fuerza. Era como si el mismo suelo traspasara su poder a Fidelis y flexionara. Sus mandíbulas se tornaron blancas como el hueso sobre el aro del cinturón; los brazos se tensaron en el aire, y el cuello y los hombros se ensancharon de forma asombrosa hasta que logró levantar al sheriff Hock de la mesa. Sujetando el aro con los dientes, movió al Falstaff del pueblo. Apenas un centímetro. Después, Fidelis descansó. Una repentina marejada de ciego bienestar recorrió todo su ser. Tras incorporarse a medias y manteniendo el equilibrio, alzó un poco más al sheriff.

En ese instante de colosal esfuerzo, Delphine vio la verdadera faz del carnicero: el rostro animal, con las orejas ardiendo, los tendones del cuello a punto de estallar, y por último los ojos enloquecidos y desorbitados que se deslizaron hasta la ventana para comprobar si Eva estaba mirando. Fue entonces cuando a Delphine la azotó un sentimiento de atroz compasión. Hacía todo esto por Eva. Intentaba distraerla, y Delphine comprendió que Fidelis la amaba con la impotente y feroz devoción canina que le llevaba a hacer cosas que parecían estúpidas. Levantar a un hombre adulto con los dientes agarrándolo por el cinturón. Una necedad. Para mostrar claramente que toda su fuerza no significaba nada. Ante la enfermedad de Eva, era tan débil como un niño.

Después de que Fidelis soltara al sheriff en medio de enormes carcajadas, Delphine volvió a la cocina para buscar la medicina. Abrió la puerta del frigorífico.

Echó un vistazo y buscó con una mano inquisitiva. La morfina, por la que Fidelis había trabajado con total abnegación para poder pagarla y que Delphine guardaba celosamente, había desaparecido. El frasco, el polvo y la otra jeringuilla. No podía creerlo. Buscó otra vez, y otra más. No estaba, y Eva ya se agitaba en la habitación contigua.

Delphine salió corriendo e hizo señas a Fidelis para que se apartara de los hombres. Se estaba limpiando la cara y el cuello del sudor que seguía chorreando.

—La medicina de Eva ha desaparecido.

—¿Desaparecido?

No estaba tan borracho como ella se imaginaba, o tal vez el esfuerzo realizado para levantar al sheriff le había devuelto a un estado de sobriedad.

—Desaparecido. No está en ninguna parte. He buscado. Alguien la ha robado.

—*Heiligeskreuz Donnerwetter...* —comenzó a decir mientras daba media vuelta.

Era solo el principio de lo que se disponía a decir, pero Delphine se marchó antes de que prosiguiera. Volvió junto a Eva y le dio lo que quedaba del vino de opio. El brebaje fue bajando cucharada a cucharada, y en un relámpago todo subió de nuevo.

—Qué desastre —masculló Eva—, soy peor que un bebé que vomita.

Intentó reír, pero lo que surgió fue un gemido sorprendido y ahogado. Entonces empezó a respirar con dificultad, con pequeñas inspiraciones entrecortadas que le servían para no gritar.

—*Bitte...*

Puso los ojos en blanco y su cuerpo se arqueó en la cama. Pidió con el gesto que le pusiera un paño enrollado entre los dientes. Subía, subía en ella como una violenta tempestad. Nadie podía impedir que estallara. Delphine tardaría horas en conseguir otra receta del doctor Heech, dondequiera que estuviese celebrando ese día festivo, y luego habría que encontrar al farmacéutico. Delphine llamó a voz en cuello a Fidelis por la puerta que daba al jardín y luego salió corriendo en la otra dirección. Mientras corría, le empezó a dar vueltas en la cabeza un pensamiento. Decidió seguir su intuición. En vez de dirigirse directamente a casa de Heech, aceleró la furgoneta de la carnicería hasta detenerse junto a la pequeña casa de Tante, a dos manzanas de la iglesia luterana donde esta rezaba todos los domingos para que la deplorable mujer católica con la que su hermano se había casado renunciara a toda idolatría y culto de santos, antes de que sus sobrinos hicieran la confirmación.

—*Was wollen Sie?*

Cuando Tante abrió la puerta a Delphine, su rostro revelaba señales de saberlo todo y Delphine comprendió que había acertado. Delphine recordó cómo la mujer había cloqueado con sus compañeras meapilas acerca de la dosis de medicina, mientras discutían en voz baja al tiempo que aplastaban con la yema de los dedos migas de tarta de limón.

—*Wo ist die Medizin?* —preguntó Delphine, primero en un tono normal.

Tante mostraba cierta predilección por el áspero alto alemán ante Delphine y

fingió tener grandes dificultades para entenderla. Cuando Tante torció el gesto en una sonrisa helada, Delphine gritó:

—¿Dónde está la medicina de Eva?

Delphine dio un paso adelante por la puerta y apartó a Tante para dirigirse directamente al frigorífico. Mientras avanzaba, seguida de una Tante indignada que arrastraba los pies, pasó delante de una mesa donde había un largo y estrecho objeto envuelto en un pañuelo. Delphine lo cogió instintivamente, lo desenvolvió y a punto estuvo de dejar caer la aguja hipodérmica que faltaba.

—¿Dónde está?

La voz de Delphine era implacable. Se volvió, blandiendo la aguja, hasta encontrarse como en una obra de teatro, avanzando con aire amenazador. Esa sensación de estar en plena representación dramática le otorgó el derecho a pronunciar unas palabras que habría deseado que alguien hubiese escrito para esa circunstancia.

—Vamos, vieja zorra, a mí no me engañas. ¡Así que siempre te has drogado en secreto!

Delphine no lo pensaba en serio, pero quería indignar a Tante hasta tal punto que confesara dónde guardaba la morfina. Pero cuando Tante la miró boquiabierta, sin poder recobrar lo suficiente para responder, Delphine, asqueada, se precipitó de nuevo al pequeño frigorífico de Tante y hurgó en el interior. Sin ningún reparo, echó fuera todos los alimentos de Tante, incluso rompiendo los huevos, hasta que se giró para encararse con la mujer. La cabeza le daba vueltas con desesperación.

—Por favor, tienes que decírmelo. ¿Dónde está?

Tante ya había recuperado el control de sí misma. Incluso habló en inglés.

—Tendrás que pagarme esos huevos.

—De acuerdo —aceptó Delphine—, tan solo dime dónde está.

Pero Tante, que ahora tenía la sartén por el mango, disfrutaba del momento.

—Dicen por ahí que es una adicta. Eso no puede ser. ¿La mujer de mi hermano? Es una vergüenza para todos nosotros.

Delphine comprendió que había sido muy tonta al enfrentarse con la única persona capaz de proporcionarle morfina rápidamente. Se había desenmascarado y se arrepintió de su falta de mesura y se volvió más humilde.

—Ay, Tante —suspiró—. Vamos, conoces la verdad. Tante, nuestra Eva seguramente no saldrá adelante y está sufriendo muchísimo. Tú solo la has visto cuando está tranquila, así que, claro, ¿cómo puedes saber cómo va creciendo ese dolor atroz? Tante, ten piedad de la mujer de tu hermano. No tiene nada de vergonzoso aliviarla, Tante, lo ha dicho el doctor.

—Creo —dijo Tante, una silueta negra y bien perfilada— que el doctor no se entera de nada. Siente lástima por ella, y es una drogadicta, no cabe la menor duda. Mi buena amiga la señora Orlen Soven puede atestiguarlo.

—Tante, Tante por el amor de Dios...

Delphine le suplicaba de verdad desde lo más hondo del corazón. Pensó en dejarse caer de rodillas. La diminuta y helada boca de Tante se tensó.

—Además, eso ya no importa. Lo he tirado todo por el desagüe.

Delphine se giró y descubrió en el borde del fregadero de porcelana de Tante la ampolla y el frasco que habían contenido la morfina, recién lavados, secándose bajo unos rayos de sol. Ante esa visión, perdió el control y no sabía muy bien lo que estaba haciendo. Era fuerte, de repente increíblemente fuerte, y cuando agarró firmemente a Tante por el corpiño hasta empujarla hacia delante, le espetó a la cara:

—De acuerdo, ahora vendrás conmigo y la cuidarás durante este trance. Te vas a enterar.

Tante fue incapaz de oponerse, mostrando una resistencia muy endeble frente a la fuerza cada vez mayor de Delphine, cuando esta la arrastró hasta el coche, la empujó al interior antes de arrancar a toda velocidad y, después, la dejó sin miramientos delante de la casa.

—No tengo tiempo de entrar. Ayúdala tú. Quédate tú a su lado. ¡Tú! —vociferó Delphine, mientras hacía rugir el motor.

Después desapareció, y Tante, con el gesto adusto y petulante de una mujer al fin autorizada a tomar las riendas, entró en la casa por la puerta trasera.

Tardó horas, en efecto, y en ese tiempo, Delphine rezó de verdad. Rezó como si hablara en serio. Rezó de todo corazón, maldijo, juró, imploró al demonio, hizo tratos con él y rompió a llorar en las frustradas ocasiones en que le indicaban una dirección y terminaba en otro lugar. Resultó imposible encontrar a Heech, ni tampoco al farmacéutico. Regresaba a la casa con las manos vacías, furiosa y convertida en un mar de lágrimas, cuando de pronto divisó a su padre que caminaba por la carretera, dando tumbos, con los pantalones caídos y la camisa desabrochada colgándole de sus diminutos y encorvados hombros. Conforme se acercaba a él, miró en derredor para comprobar si alguien más estaba mirando, pues una rabia feroz se apoderó de ella y la invadió un repentino y violento deseo de atropellarlo. Redujo la marcha para seguirlo, pensando en lo fácil que resultaría. Estaba borracho una vez más y no se daría ni cuenta. Después, su vida sería mucho más fácil. Pero cuando llegó a su altura, la sorprendió cruzarse con su mirada y descubrir lo lúcida que era. Nervioso, su padre arrastró los pies hasta la puerta lateral y Delphine vio que tenía un objetivo: vagabundear por ahí en busca de algún trago en un momento como ese... Pero la botella que llevaba en la mano no era del aguardiente habitual sino un frasco de medicina rectangular de vidrio marrón en el que podía leerse «sulfato de morfina». Para conseguirlo, había forzado la entrada de la farmacia y serrado los barrotes del armario donde el farmacéutico guardaba los remedios que, por ley, debía poner bajo llave.

Mientras frenaba en seco, bajaba de la furgoneta de un salto y corría hacia la casa, alcanzó a oírlos desde la calle: los agudos y fúnebres alaridos del sufrimiento de Eva

en un estado avanzado, un gemido estridente de una blancura plateada. Se precipitó dentro de la casa, resbaló sobre un montón de latas de conserva tiradas por el suelo, que se habían caído de las estanterías, y entró en la cocina. Allí se hallaba Tante, lívida y conmocionada, hundida e impotente en la esquina de la cocina, en el suelo. Louis y Franz lloraban aferrados a su madre, que hurgaba en un cajón buscando un cuchillo. Todo su ser estaba concentrado en esa necesidad. Ni siquiera Franz con toda su juventud y fuerza era capaz de sujetarla.

—Ya, ya —dijo Delphine, apareciendo en el lugar del drama. Había aparecido en tantos escenarios de devastación en su propia casa que ahora, como siempre, supo desenvolverse enseguida con eficacia. Con paso raudo se acercó a Eva—. Amiga mía —le arrebató el cuchillo y continuó—, ahora no. Ya llegará el momento. Tengo la medicina. No dejes a tus hijos en este estado.

Entonces Eva, que seguía desvaneciéndose y gimiendo con cada embestida de dolor en su interior, dejó que la tumbaran en el suelo.

—Trae una manta y una almohada —ordenó con dulzura Delphine a Franz—. Y tú —dijo a Louis—, sujétale la mano mientras preparo esto y repítele sin cesar: «Mamá, te está preparando la medicina. Ya viene. Ya viene».

Revival Road

Desde el cielo, nuestra carretera debe de tener el aspecto de una larga cuerda lanzada al suelo al azar, un objeto de inescrutables bucles y signos de interrogación a medio terminar. Pero hay un diseño en Revival Road. El inicio de la carretera está pavimentada, aunque con un material de calidad inferior al de la carretera principal, que serpentea hacia el sur desde nuestra ciudad universitaria hasta los pueblos y las ciudades industriales de Nuevo Hampshire. Cuando el pueblo tiene dinero, la carretera también se cubre con una fina capa de gravilla. A lo largo del verano, esos fragmentos de piedra se funden en el asfalto reblandecido, consiguiendo una superficie lisa donde los coches pueden aumentar la velocidad. Sin embargo, a mediados del invierno, el hielo se ha infiltrado bajo la calzada, haciendo una demostración de fuerza y creando baches que obligan de nuevo a los coches a ir más despacio. Yo me alegro cuando esto sucede, porque los niños caminan por esta carretera hasta la parada de autobús más abajo. Pasan por delante de nuestra casa con sus perros, enfundados en abultados anoraks de un brillo chillón (rosa fosforito, amarillo fosforito y azul fosforito). Van cambiando de forma y crecen ante mis ojos, convirtiéndose en los jóvenes conductores de los veloces coches que evitan por los pelos a los niños más pequeños, quienes, a su vez, crecerán y se largarán de allí en coche.

Un día en pleno invierno, uno de estos jóvenes conductores se presentó ante nuestra puerta, llamando con tal vehemencia que mi madre me llamó, asustada. Salí corriendo del sótano donde teníamos la lavandería y lo encontré de pie detrás del cristal de la contrapuerta de atrás, sin chaqueta y temblando de frío. Reparé en que le faltaba un dedo de la mano que tenía alzada, y reconocí al hijo de Eyke, ahora un adulto, tras dejar muy atrás los años en que jugaba con la sierra mecánica de su padre. Pero no con el nuevo coche de su padre, comprado a crédito. Davan Eyke se había llevado el coche de su padre a escondidas para dar una vuelta prohibida y había perdido el control mientras bajaba la cuesta junto a nuestra casa. El vehículo había patinado hacia un empinado barranco bordeado de abedules y, por un golpe de suerte, se había detenido, atascado entre dos troncos. Los árboles sujetaban ahora como si fueran tornillos de banco el caro y blanco automóvil, que todavía no se había terminado de pagar. Sin la menor abolladura. Ni el menor arañazo. De momento. Davan tenía la esperanza de que si yo enganchaba una cadena a mi Subaru y subía la cuesta marcha atrás, conseguiría liberar el coche suavemente.

La cadena se partió. Así como muchas otras a lo largo de la tarde. Abajo de la carretera, un montón de turismos, furgonetas, material diverso y gente se fue aglomerando. Conforme desatascaban el coche, lo zarandeaban, tiraban de él, lo

empujaban y lo soltaban, conforme probaban otras ideas y luego las descartaban, y conforme se iba desgastando el aspecto nuevo del automóvil, Davan comprendió que su plan había fracasado y comenzó a desesperarse. Con la mirada vacía, observó cómo un camión volquete liberaba a medias el coche de su padre con un cabrestante antes de dejarlo caer de golpe sobre un costado y arrastrarlo con un fuerte chirrido por una franja de gravilla que había esparcido el encargado de obras municipales para facilitar la tracción.

A lo largo de los años, nuestro pueblo, famoso por la suavidad y el dramatismo de su luz, había atraído a artistas de las grandes ciudades de la Costa Este. La mayoría llegó a gozar de cierto éxito comercial, puesto que Nuevo Hampshire no cobra impuestos sobre la renta (prefiriendo miles de otras formas menos efectivas de conseguir fondos), los artistas llevan una vida más opulenta aquí, aunque se aburren un poco. En materia de compañía, se ven obligados a depender de gente del pueblo como yo, una antigua maestra de escuela, despedida por insubordinación y una amante del arte medio educada. Abajo de todo, al final de nuestra carretera, en una amplia casa de ladrillos de estilo Cape Cod a la que se encuentra adosada una cochera de tablillas de madera blanca (convertida ahora en un taller), vive uno de estos artistas.

Kurt Heissman es un hombre imponente, antaño muy aclamado por sus instalaciones de piedra, pero ahora bastante olvidado. Sus obras suelen incorporar enormes fragmentos de pizarra o granito de la zona, y de vez en cuando contrata a hombres jóvenes de por aquí para que lo ayuden con la ejecución. Sus ayudantes viven en su propiedad (hay una pequeña cabaña al abrigo del viejo pino blanco) y se espera de ellos que estén disponibles para trabajar a cualquier hora del día o de la noche. No hay forma de saber cuándo terminará por llegar la inspiración para encajar una piedra en determinada posición encima de otra.

Heissman aprecia sobremanera las gruesas chaquetas de cuadros que se venden por correspondencia y sus movimientos son pesados y reflexivos. Su cabello cano está cortado a cepillo, con el mismo corte que le había hecho en tiempos el Tío Sam. Aunque le gusta quejarse de su falta de energía, se mantiene notablemente en forma a sus cincuenta años. Extraña y sorprendentemente, sus manos son delicadas y pequeñas. Sus pies parecen los de una chica con sus botas de cordones cuidadosamente atados, contrastando con el resto de su persona, de constitución tan ruda y fornida. He oído decir que el tamaño de las manos y los pies de un hombre es un indicador fehaciente del tamaño de su sexo, pero con Kurt Heissman no era el caso. Si esta afirmación puede parecer grosera, me tiene sin cuidado: me limito a citar un hecho. Me encanta la manera en que está constituido este hombre.

Las piedras que va juntando para un posible uso me intrigan. A veces, creo saber qué es lo que tanto lo atrae. Dice que los japoneses poseen una palabra para nombrar la esencia aparente dentro de una roca, y supongo que yo lo amo por esa capacidad

que tiene para vislumbrar tal esencia. Solo que a veces desearía ser yo misma una piedra. Entonces él me vería tal y como soy: un granito de tono melocotón con vetas de furiosa mica. Pierdo levemente el equilibrio. Me inclino hacia él, más y más. ¿Debería intentar enderezarme? No se trata de una elección estética.

Cuando Davan Eyke se vio obligado a marcharse de casa después del accidente, no se fue muy lejos, tan solo hasta la pequeña cabaña de invitados de Kurt Heissman debajo de las ramas del hermoso y envolvente pino. El árbol presenta una forma de una potencia inusual, y Heissman y yo a menudo hemos especulado acerca de la edad que tendrá. Ambos estamos muy seguros de que había sido un pequeño brote, demasiado joven y blando para molestarse con él, cuando los agentes del rey inglés marcaron por primera vez los árboles más altos y más erguidos de los bosques de Nueva Inglaterra para destinarlos a los astilleros de la Royal Navy, donde se convertirían en mástiles de los que colgarían enormes velas. Cualquier gran pino que crezca en la actualidad era un retoño cuando se cortó a hachazos la bóveda de pinos, tan enorme y espesa que ni un solo rayo de luz iluminaba los siglos de agujas de bronce que se acumulaban debajo. Este árbol se dividía a la mitad del tronco en tres partes que formaban una enorme corona. En esa bifurcación hay un nido de cuervo, algo inusual, ya que los cuervos suelen temer a los habitantes del noroeste debido a su larga memoria colectiva de los fusiles, las redes y los venenos con los que estuvieron a punto de ser erradicados.

Los cuervos observaron la escena cuando Davan Eyke se trasladó allí, pero es que lo observan todo. Son unos pájaros dicharacheros y muy inteligentes, y enseguida supieron que Davan Eyke causaría problemas. Por ello, interrumpían su sueño soltando ramitas y piñas sobre el pintado techo de hojalata de su cabaña; se sentaban en el dintel, robaban pequeñas cosas que él iba dejando en el jardín (lápices, monedas, su reloj de pulsera) y las escondían. También se reían. La risa de un cuervo es un sonido insoportablemente humano. Es posible que lo conozcáis si lo habéis oído en vuestra propia garganta, el ruido producido por esa palabra típicamente alemana *Schadenfreude*. Quizá la risa de los cuervos, con su grave carraspeo, nos recuerde la profundidad de nuestra propia oscuridad humana. Por supuesto, no hay nada humano en ello y su origen sigue siendo misterioso, al igual que el corazón de todo lo que es salvaje. Davan Eyke se molestó, no obstante, lo suficiente como para ir a quejarse de los pájaros a Heissman.

«Acostúmbrate a ellos», fue lo único que respondió el artista a Davan Eyke.

Heissman me lo cuenta un día cuando le llevo el correo, algo que hago a menudo cuando él se siente a punto de entregarse a alguna obra ambiciosa. En aquellos momentos, no puede o no quiere romper el hilo de su concentración desplazándose hasta la oficina de correos. Hay demasiado en juego. Podría ser el día en que su talento renazca dolorosamente del sufrimiento en que se vio sumido.

—Tengo en mente una percepción del equilibrio, aunque todo el asunto debe estar

brutalmente fuera de lugar y resultar absolutamente disfórico.

Suele hablar así, de forma pomposa, divertido por sus propias ocurrencias, con los ojos brillantes bajo sus gruesas cejas grises.

—Desmañado —respondo, para bajarle los humos—. Incluso puede que feo.

En su autosatisfacción queda algo más que la huella dejada por el reprimido niño granjero de Kansas que era cuando se marchó de casa para ir a Nueva York por primera vez. Aquel niño yacía enterrado bajo numerosas capas; ahora lo cubre un baño de falso tedio europeo, un esmalte craquelado de agresividad viril, un toque de luteranismo moralizante y un estrato de extrema tristeza por culpa de la pérdida no tan reciente de su segunda esposa, fallecida en un accidente de coche en la Costa Oeste.

—¿Sabías —dijo Heissman en una ocasión— que una piedra puede encajarse en el chasis de un coche de tal manera que, al apretar el acelerador, el pedal se bloquea y lanza el coche a una velocidad asombrosa?

Ese había sido el meollo del golpe de mala suerte que había matado a su mujer. Una broma de colegas en Montana, cerca del lago Flathead. Piedras en la carretera principal. Cuando ella pisó el freno, cuenta Heissman, la velocidad del coche aumentó. No era una mujer hermosa, en las fotos, pero se la veía enérgica, inteligente y deportista. Se parece a ella su hija Freda, una niña que da la impresión de haberse comprometido a no vestir más que los colores negro y morado desde que conoció a Sarah Lawrence. Cuando Heissman cuenta que Freda viene a casa a pasar el fin de semana, siempre habla con voz cariñosa, casi evocadora. En aquellos momentos muestra tal anhelo que yo haría lo que fuese por oírlo hablar igual de mí. Pero así son las cosas. Me digo que él no ve a Freda como a la egocéntrica y malhumorada hija que es en realidad sino como a la reencarnación de su fallecida esposa. Pero no me gusta Freda y yo a ella tampoco.

—No funciona —anuncia Heissman ahora, refiriéndose a Davan Eyke—. No debería contratar a lugareños.

Hago caso omiso del uso que da a la palabra «lugareños». Al fin y al cabo, yo también lo soy, aunque en la cabeza de Heissman yo pertenezco tanto al lugar como al más amplio mundo, ya que pasé varios años en Londres, viviendo en una espantosa soledad en los límites del Soho, y sin lograr sacarme el diploma.

—No necesitarías contratar a nadie si usaras piedras más pequeñas —respondo, con voz falsamente despectiva.

Nuestra amistad se basa, en parte, en que finjo no tomarme en serio su trabajo, o su fracaso a la hora de trabajar, ni que me importe que hagamos o no el amor, cuando en realidad ambos sabemos que valoro mucho su obra y que estoy secreta y desesperadamente enamorada de él, sin la menor esperanza de ser correspondida. Él cree que soy vulnerable. Yo me protejo con cada truco que conozco.

—Ese tipo es un inútil descerebrado —prosigue Heissman.

—Pensaba que ya lo sabías cuando lo contrataste.

—Supongo que debería de haberme dado cuenta con tan solo mirarlo, pero la verdad es que no miré.

—El único trabajo que ha tenido en su vida ha sido cortar el césped, y la mitad de las veces rompía el cortacésped. Ha roto tantos en esta carretera que la gente dejó de contratarlo. Aun así —explico a Heissman—, no es mala persona, está lejos de ser malo. Solo es... —Intento dar con lo que le pasa a Eyke—. Que nada le importa. —Mi defensa es pobre y mi amante no se lo traga.

—Yo estaba desesperado. Estaba trabajando en *Construcción número veinte*.

Número veinte es el título de una obra que le encargó hace muchísimos años una gran compañía de cereales de Minneapolis para el recinto de la empresa. Todavía no está acabada.

Davan Eyke llega y yo me quedo para observar a los dos hombres que luchan con el acero y la piedra. Eyke parece menudo al lado de su jefe. Juntos, sin embargo, sacan piedras del bosque, arrastran y levantan con palancas bloques de un mármol claro traído de las canteras de Rutland. Si Davan tuviera sentido artístico, sería un trabajo ideal, una oportunidad para vivir cerca de un maestro y poder aprender de él. Pero dado el caso, el entusiasmo de Davan pronto da paso al rencor que siente y transfiere de su padre a su jefe.

Mi madre suspira y tuerce el gesto cuando le anuncio que Freda Heissman viene a ver a su padre y que él nos ha invitado a cenar. Heissman a menudo nos invita a cenas que dejan de celebrarse en cuanto aparece Freda por allí. Freda despotrica contra mí; sospecho que más de una vez ha incitado a su padre a que ponga punto final a su amistad conmigo. Hay en Freda una soterrada energía, un asombroso sentido de la teatralidad, una manera de hacer las cosas corrientes con una enorme convicción. La primera vez que la vi, costaba creer que las manchas desparramadas sobre una hoja de papel y los aprobados de los proyectos de ciencias que presentaba con tanto arrojo eran simplemente correctos. Sin embargo, al mirarla a través del filtro de la imagen de su fallecida madre, Heissman se convenció a sí mismo de que es extraordinaria.

No debería mostrarme tan dura con Freda, supongo. Pero ¿es apropiado que los jóvenes sean tan decepcionantes? En cuanto a Heissman, ¿por qué no puede verlo? He deseado vivamente que ella encontrara novio, y sin embargo, en este país la conciencia de clase está tan arraigada que ninguno de los dos pensamos en Davan Eyke, tanto para descartarlo como para favorecer semejante emparejamiento. Allí estaba él, soportando de mala gana lo que le rodeaba, lanzando guijarros a los pájaros que lo molestaban, pero dado que no pertenecía a la élite intelectual (como nosotros) que vive en Revival Road, no se nos pasó por la cabeza.

Esta es la clase de familia a la que pertenece: los Eyke. Su padre es un mecánico un tanto chapucero al que contratan de forma esporádica. Su madre conduce el camión de gas del pueblo. En el patio de tierra compacta de su vivienda, llevaba atada

muchos años una perra, un animal precioso, medio pastor alemán y medio husky, con un ojo marrón y otro azul. Jamás soltaban a la perra de una corta cadena que la mantenía atada al tronco de un árbol. Vivía en ese diminuto radio bajo todas las condiciones meteorológicas posibles, pacientemente, soportando cada tedioso momento de su vida sin mostrar el menor indicio de maldad.

Supongo que yo no soy mucho mejor que los Eyke. Una vez llamé a la sociedad protectora de animales, pero cuando nadie acudió y la perra seguía enrollando la cadena alrededor del árbol, primero en una dirección y luego en la otra, no volví a hacer nada. En vez de enfrentarme a los Eyke (algo que me resultaba impensable, puesto que el señor Eyke no solo se llevaba nuestra basura sino que además cortaba nuestro césped y mantenía nuestros árboles en buen estado, desbrozando todas las malas hierbas que crecían a los pies de los troncos), me callé. De vez en cuando, llevaba a la perra algún hueso al pasar, y sentía cierto desprecio por los Eyke, del tipo que se suele experimentar hacia quienes maltratan a los animales.

Ese es un error que lamento haber cometido tratándose de los Eyke. El otro es mi miopía respecto a Davan y Freda.

Un turbulento flujo de hormonas recorre esta carretera de arriba abajo. Durante mis paseos, he visto cómo la adolescencia arroja hacia el cielo a cada niño del vecindario como una planta ebria de sol. La mayoría de las casas de esta carretera están rodeadas de árboles oscuros y una enmarañada maleza. No hay dos casas que se encuentren a un grito de distancia. Sin embargo, uno sabe, simplemente con saludar con la mano a los padres cuyos atormentados ojos asoman al otro lado del parabrisas de sus coches. Uno oye, cuando las nuevas bicicletas todoterreno y motocicletas rompen el silencio, cuando los radiocasetes truenan, encaramados a unos hombros recientemente musculados. Los coches familiares, cuyo recorrido era antaño tan predecible, ahora dan bandazos y levantan polvaredas mientras suben y bajan la colina a toda velocidad. Estos son malos tiempos y uno aparta los ojos de las casas que los albergan. Los mismísimos cimientos de esos hogares parecen menos seguros. El amor flaquea y termina por estallar. Nubes de vapor se elevan de las cunetas y los vecinos sensatos no hacen preguntas.

Eso fue lo que le sucedió a Davan, un muchacho recio con pecas, que creció de golpe convirtiéndose en un adulto temerario con una mandíbula interminable. Mi madre sostiene que supo que era el fin cuando comenzó a destrozar los cortacéspedes, golpeándolos contra la hierba y las piedras con tanta brutalidad que se doblaron las hojas de la máquina; sin aspavientos mandó arreglar nuestro cortacésped y no volvió a contratarlo. Se dejó crecer el pelo moreno hasta que le llegó a los hombros, y una barba le pobló la cara con aspecto de suciedad. De manera alarmante, Davan recorría la carretera a pie de vez en cuando, vestido con traje de camuflaje y cargando la ballesta y las flechas de su padre, con las que atravesaba marmotas. Aquella fase pasó y luego cayó en un estado de estupor lleno de ira, que le duró varios años y culminó

con el daño que le causó al coche nuevo de su padre al incrustarlo entre los árboles. Era el objeto más caro que su familia había comprado nunca, y puesto que se marchó de casa poco después de aquello, resultaba evidente que no se lo habían perdonado.

Freda Heissman, en cambio, había superado la adolescencia a las mil maravillas. Después de algunos años tormentosos en el instituto tras la muerte de su madre, se decidió por un modo de funcionar que consistía en conseguir pequeñas cosas con gran estilo, ya que, tal y como he comentado, no poseía el menor talento y, en el mejor de los casos, era una estudiante mediocre. Sin embargo, daba la impresión de comerse el mundo, y de hecho así fue. Aun así, el que la admitieran en una prestigiosa universidad no dejaba de ser un misterio para todo aquel que la conocía. Sus profesores, incluida yo, estábamos pasmados. Quizá fuese la entrevista, sugirió una mujer a mi madre.

Más tarde, en la húmeda y efervescente oscuridad de la primavera, Heissman entró en nuestra casa por la puerta mosquitera de atrás, de la que tiene una llave. Es la única puerta de la vivienda que se abre con esa llave, y yo dejo que siga siendo así por la siguiente razón: en caso de que yo me cansara, tuviese un momento de lucidez o autodisciplina, o el buen juicio de impedir que Heissman venga a visitarme por las noches, sería muy fácil. Los honorarios de un cerrajero, nada más. Una llave tirada a la basura. Sin tener que dar ninguna explicación. Aunque mi madre debe de intuirlo, debe de imaginarse, debe de saber sin mencionarlo nunca que se producen las visitas nocturnas de Heissman, no hablamos de ello ni lo hemos hecho nunca. La habitación de mi madre se encuentra al otro extremo de la casa. Vivimos cada una nuestra vida en muchos aspectos, y aunque así es como preferimos vivir, hay momentos en que me supera la necesidad de confiar mis sentimientos a alguien.

Cuando él entra en mi habitación, tengo la sensación de despertar en una orilla extraña e improbable. Como si de pronto se extendiera el océano ante mí. Tierra adentro, uno se olvida. Después, de pronto nos encontramos avanzando con el agua hasta la cintura en medio del fuerte oleaje. Hay tanto sentido, tanta voracidad en nuestras bocas y piel. ¡Esto es la felicidad!, me repito una y otra vez. He tenido amantes, y muchos, y lo que más me gusta es la naturaleza singular del sexo, rica en revelaciones y confesiones. La busco, se la exijo a Heissman, y durante unas horas, se muestra desnudo ante mí, pura sinceridad y deseo. Me pide cosas. «Pon las manos aquí». En nuestra desnudez, somos lo opuesto a lo que somos durante el día.

Los cuervos son los pájaros que más echaré en falta cuando me muera. Ojalá la oscuridad en la que debemos hundir nuestra mirada estuviese constituida por la luz negra de su ágil inteligencia. Ojalá no tuviésemos que morir nunca y nos convirtiéramos en cuervos en su lugar. He observado a esas aves con tanto detenimiento que noto cómo sus plumas negras asoman bajo mi piel. Para volar de un árbol a otro, el cuervo planea en el aire como un águila. Yo planeo de ese mismo

modo mientras duermo, entre un día y otro. Cuando somos jóvenes, pensamos que somos la única especie que merece la pena conocer. Pero cuanto más conozco a la gente, más me gustan los cuervos. En esta casa, que se abre por la parte de atrás a un enorme campo y a un estanque, vivo en su territorio. Hace algunos años, había ocho o nueve ejemplares que vivían en el pino blanco de Heissman. Hoy día solo quedan cuatro allí y otros seis viven en alguna parte en la densa arboleda que se extiende más allá de mi prado. Dos formaron su nido en el pino. Criaron tres polluelos. El otro cuervo, lo mató Davan Eyke.

Uno podría preguntarse cómo es posible que un joven indisciplinado, altamente desagradable y con una coordinación no especialmente buena consiguiera atrapar y matar a un cuervo. Son unos pájaros terriblemente cautos. Por ejemplo, al tener una larga experiencia con cadáveres envenenados, nunca son los primeros en probar bocado de la carroña sino que dejan que los oportunistas arrendajos azules coman hasta saciarse. Solo cuando comprueban que los atrevidos y glotones arrendajos han sobrevivido, los cuervos los expulsan de allí y se disponen a comer. Davan tuvo que utilizar la ballesta de su padre para matar un cuervo. Un día, cuando Heissman estaba fuera, se sentó en la escalera de entrada de su pequeña cabaña y esperó a que los pájaros se juntaran formando su habitual círculo de escarnio. Mientras entre ellos se mofaban de él saliendo de entre las ramas, Davan levantó lentamente la ballesta. Se habrían esfumado ante la visión de un fusil. Pero no estaban familiarizados con otras armas. Desconocían el uso y el alcance de una flecha. Uno de ellos se aventuró demasiado cerca y la flecha de Davan lo atravesó por completo. Heissman llegó en coche y encontró a Davan de pie ante el pájaro. Sorprendentemente no estaba muerto. Con cierta fascinación, Davan observaba la lucha del animal con el asta de la flecha, cuya punta se había clavado en el suelo. Heissman se acercó, partió la flecha y, con sumo cuidado y de manera horrible, la fue sacando del cuerpo del pájaro. Durante un instante, el cuervo se desplomó en el suelo, sin fuerzas, y luego se recompuso y se alejó, adentrándose en el bosque para morir. Por encima de nosotros y fuera de nuestro alcance, los demás pájaros volaron describiendo un círculo. Por una vez, estaban en silencio.

—Déjame ver el arco —dijo Heissman en tono despreocupado. Davan se lo tendió, dispuesto a señalarle sus maravillosas y letales características—. Y las flechas. —Davan también se las entregó—. Volveré enseguida —añadió Heissman.

Davan esperó. Heissman cruzó el patio hasta la pila de leña, se dio la vuelta y ajustó la flecha en la ranura. Después, levantó el arco. Davan se apartó, miró en derredor en busca del objetivo, miró de nuevo a Heissman con cierto recelo y luego se tocó el pecho conforme el escultor lo apoyaba en el hombro. Disparó. Davan saltó detrás del pino blanco y se escabulló en la espesura. La flecha se clavó en el árbol, justo detrás de su hombro. Después, depositó el arco en el tocón que utilizaba para partir la leña. Con el hacha partió el arma en dos perfectas mitades. Acto seguido, colocó las flechas, como un manojo de cebolletas y las fue cortando en pequeños

trozos. Entró en la casa y me llamó por teléfono.

—Si ves a ese muchacho pasando delante de tu casa a todo correr —dijo—, esta es la razón.

—¿Le has disparado?

—No con la intención de darle.

—Aun así, Dios mío.

Incómodo, Heissman no volvió a hablar del tema.

Davan había ahorrado suficiente dinero de lo que le pagaba Heissman (o eso pensábamos) para comprarse un viejo Toyota, de un color rojo polvoriento con una mancha de óxido en la puerta justo donde una abolladura había levantado la pintura. El coche escupía gravilla y humo en la carretera cada vez que iba y venía al pueblo. Se había instalado de nuevo en su antigua habitación en la casa de sus padres y retomó la tarea de dar de comer a la perra todos los días, aunque jamás la desataba del árbol.

El arce de la perra desarrolló grandes placas de musgo de color pardo y se desprendió de sus ramas muertas. Envenenado con excrementos, con la base bañada en orina y con una ceñida cintura estrechada tras el continuo roce y desgaste de la cadena, el árbol se había tornado amarillo con los años hasta ser el primer árbol de toda la carretera en volverse de un llamativo y enfermizo tono naranja. Hasta que de pronto, un día, esa misma primavera, se desplomó y la perra se alejó tranquilamente, como el cuervo, para adentrarse en el bosque, arrastrando tras ella la cadena de un metro. Solo que la perra no se murió. Quizá siempre hubiera estado loca, o quizá fuera ese instante después de que se cayera el árbol, cuando, mientras se liberaba nervioso, el animal dio un paso más allá del radio de tierra compacta en que había vivido desde que era una cachorra regordeta. Quizá ese paso, esa patita pisando la hierba, recorrió la espina dorsal del animal, anegando su cerebro de una nueva luz y la perra no fue capaz de contener tal aluvión de información. Comoquiera que fuera, el resultado de ese segundo no habría de verse hasta unas cuantas semanas más tarde, un tiempo que Davan aprovechó para levantar una polvareda alrededor de Freda con cierto éxito, haciéndole visitas a escondidas y llevándola con él en secreto a fiestas locales, donde al principio ella gozaba de su estatus de estudiante universitaria y de la pequeña sensación que causaba con su forma de vestir de Nueva York. Después, en un momento dado, algo hizo que abriera los ojos: cierto sentimiento de lástima o una toma de conciencia. Antes de ello, yo no había advertido nada destacable en la hija de Heissman, salvo su ropa. Su falta de amabilidad, su pereza, su exagerada autoestima, todo eso era típico de las chicas de su edad. Pero de pronto, le sobrevino esa apremiante necesidad de cuidar y salvar a Davan Eyke, un brusco desbloqueo de compasión que la llevó a sincerarse con su padre, un arrebató de humanidad que aterró por completo a Heissman.

Me bajo del coche con el correo y descubro a Heissman, de pie como un bloque de piedra, delante de Davan, que se encorva ante el hombre de más edad con obstinada indolencia. Encerrados en su espacio de hombres, no reparan en mí. Por supuesto, Heissman le está diciendo a Davan Eyke que no quiere verlo cerca de Freda. Seguramente le estará llamando algo desagradable o le estará profiriendo algún tipo de amenaza, porque Davan da un paso atrás y lo mira con atención y las manos arriba, como si estuviera preparado para detener un puñetazo que nunca llega. En cambio, Heissman lo tira al suelo de una patada con una pasmosa facilidad que sorprende a Davan Eyke. Desde el suelo, sacude la cabeza, desconcertado, ante los pies de Heissman. Cuando Heissman alza la pierna, tomando impulso hacia atrás para golpear de nuevo, me adelanto. La patada se detiene a mitad de camino. Davan se levanta. Ambos se miden con la mirada mientras el odio se va tejiendo entre ellos; casi puedo ver la negra telaraña entre ambos.

—Págame lo mío —dice Davan mientras retrocede.

—Primero jura que no volverás a verla.

Davan suelta una risotada, ronca y carrasposa, la risa de un cuervo. Todavía puedo oírla a través de la ventanilla del coche cuando da marcha atrás y se aleja a toda velocidad.

No comprendo por qué Heissman odia tanto al muchacho; es como si hubiera perforado un pozo surtidor en el artista y ahora, en un maremágnum de frustrada energía, Heissman se pone a trabajar. Termina *Número veinte*. Crea y apenas duerme. Apenas me ve.

Es difícil para una mujer asumir que se lleva bien con su propia madre. De alguna manera parece una forma de traición. Tan pocas lo hacen. Para poder formar parte de la compañía de las mujeres, convertirnos en adultas, atravesamos un periodo en que nos vanagloriamos de haber sobrevivido a la indiferencia, la ira y al amor asfixiante de nuestras madres, al enorme peso de su tristeza, a su tendencia a empinar el codo o a no probar ni una gota de alcohol, a su calidez o frialdad, a sus cumplidos o críticas, a sus incoherencias sexuales o a su embarazosa transparencia. No basta con que nuestras madres hayan sudado la gota gorda, padecido los dolores del parto, traído al mundo a sus hijas noblemente o bajo anestesia general, o ambas cosas. No. Deben ser responsables de nuestra vulnerabilidad psíquica por el resto de sus vidas. Está muy bien que perdonemos a nuestros padres. Todas lo sabemos. Pero nuestras madres están sometidas a unos niveles de exigencia que escapan a toda norma. Sencillamente tienen la culpa de todo.

Yo lo rechazo, mientras mi madre se sienta ante mí. Acaba de operarse de la vista. Tiene los ojos cerrados bajo pequeños protectores de plástico y vendajes de gasa. Cuando le cambio la gasa y le pongo las gotas dos veces al día, se me antoja que hay algo en la desnudez de su rostro y en sus ojos cerrados que evoca a un animalillo

recién parido. Siempre ha tenido la piel muy limpia y muy fina. A menudo me ha olido a jabón, pero ahora le ha añadido una colonia ligera, que le ayuda en su ceguera a seguir el rastro de sus pasos por la casa con seguridad, gracias al olfato.

De ese modo sé que ella sabe que él ha estado aquí. Anoche, abandonó el estado de euforia maniaca en que llevaba flotando entre un mes sin inspiración y el siguiente. Es por la mañana. Incluso a mí la casa me huele de otra manera después de que Heissman me haya hecho el amor durante toda la noche; está más viva, más despierta, con un delicioso y fresco aroma viril. Aun así, para mí, convertirme abiertamente en la amante de Heissman alteraría el equilibrio de nuestras vidas. Mi estancado amor secreto y el desprecio que no escondo son el único control que tengo sobre él, mi único poder. De modo que las cosas siguen igual. Mi madre y yo llevamos una vida tranquila juntas. No me aterra, como podría sucederles a otras, su creciente dependencia de mí. Tan solo tengo el extraño e inmaduro deseo de que si ha de adentrarse en la muerte, esa montaña agreste, me lleve con ella. Que no me deje arañando el cerrado filón de piedra.

En esta carretera, la primavera comienza con una tromba de agua oscura y fango resbaladizo, y le sigue un calor seco, que resulta perjudicial para nuestros pozos y estanques, pero que es maravilloso de contemplar en el bosque. Unos nuevos sonidos (el exultante croar de los sapos mirones, ese electrizante gemido sexual, y el ulular de los cárabos) nos despiertan con sobresalto, provocando burbujas de tensión en la sangre. No puedo imaginarme cambiando la cerradura. Sin mediar palabra, sin hacer el menor ruido, doy vueltas alrededor de Heissman, arrastrando mi cadena.

Durante todo el mes de marzo, no hay señales de la perra que se liberó del arce muerto, y mi madre y yo solo podemos suponer que la han acogido en algún sitio como si fuera un perro callejero o, quizá, que le han disparado desde el porche trasero de alguna granja porque perseguía un ciervo. Así es seguramente cómo sobrevive, si es que lo hace, deslizándose por un hueco de la valla del coto de caza y alimentándose de faisanes criados a mano y de la carroña de animales víctimas del invierno.

La perra vuelve a aparecer en pleno ardor de abril. Durante esa semana, las hojas brotan de los capullos y el aire se llena de una amarga e intangible película verdosa, que se dulcifica y oscurece en ese breve lapso. Una suave noche, el cocker spaniel de mis vecinos que viven más arriba en la carretera, los que talaron de forma indiscriminada veinte hectáreas de madera para la construcción en cuatro espeluznantes días, ha sido devorado. El perro se pasa la noche fuera en el corral vallado y, a la mañana siguiente, desde la puerta trasera, Ann Flaud, todavía en bata, tira de la correa del perro hacia ella. Tintinea por el suelo. Al final de la cadena cuelga un collarín vacío, medio roído.

Queda poco más por encontrar. Tan solo una mancha de sangre y dos largas y castañas orejas, semejantes a dos manoplas. Se culpa de ello a los *coydogs*^[19] (esos

seres míticos evocados con cada desaparición), y luego a los satanistas. Yo sé que ha sido la perra. La he visto en la linde de nuestro prado, corriendo a grandes zancadas sobre sus largas y flexibles patas de loba. No tiene aspecto de estar hambrienta. Está viva: gorda, lustrosa y enorme.

Una noche, toma para cenar un ternero, arrancado al suplicio de su jaula en una de las granjas que todavía están en activo tras sobrevivir a los años ochenta. Roba sebo de los comederos para pájaros de la gente, come basura, topillos y ranas. Desaparecen algunos gatos. Ahora se la ve con frecuencia, sin atraparla nunca. La gente levanta vallas alrededor de sus gallineros. No es hasta que la perra se topa con el autobús escolar, con las fauces abiertas, el ojo triste de un marrón líquido y el ojo hambriento de un azul cristalino clavados en las puertas del vehículo en el momento en que se abren de golpe, cuando la policía estatal interviene.

Una batida de voluntarios armados con escopetas y agentes de la policía local peina los bosques. Aparcado en esta carretera, un agente que tiene un vago recuerdo de un robo de coche en Concord lanza una comprobación acerca del coche rojo de Davan Eyke cuando este pasa por delante a toda pastilla. Eyke se dirige a la casa de Heissman, donde Freda, vestida de una manera menos atrevida que de costumbre, se come el esmalte negro de sus uñas mientras lo espera para darle consejos. Se van a pasear al bosque, dejando el coche en el camino de entrada, a la vista del taller de Heissman. Regresan y, entonces, a pesar de las órdenes expresas, intransigentes y categóricas de Heissman, Freda hace exactamente lo que a veces le da por hacer a la gente joven: todo lo contrario. El corazón humano es tan inextricable como nuestra carretera. Sube al coche con Eyke.

En el registro policial, resulta que el coche es robado, y cuando, una hora más tarde, deshace el camino a toda mecha desde la casa de Heissman, el agente enciende la sirena y arranca rápidamente para perseguirlo. Se produce un peligroso juego de pilla-pilla, que los periódicos llamarán «una persecución a gran velocidad». Por nuestras estrechas carreteras, llenas de curvas cerradas, bajadas repentinas y cuestas empinadas, la velocidad es una perspectiva espeluznante. Davan Eyke se precipita a todo gas por la carretera principal, gira bruscamente a la izquierda en la calle Tapper y lanza el coche por un estrecho camino de grava que se utiliza sobre todo para pasear a los caballos. Sube y baja la colina como disparado por un tirachinas, desemboca en la carretera más ancha y luego prosigue hacia Windsor, cruzando el puente cubierto más largo, hasta Vermont, donde, en el primer semáforo, hace chirriar los neumáticos entre dos coches al doblar bruscamente a la izquierda para evitar el semáforo en rojo. Ahora, en la pequeña carretera asfaltada, el coche alcanza una velocidad de más de ciento sesenta kilómetros por hora. La policía no puede hacer mucho más que seguirlo tan rápido como se atreven.

Otro giro a la izquierda, y parece que Davan esté decidido a dirigirse de nuevo a toda potencia hacia Claremont, en el lado de Nuevo Hampshire. El coche policía

avisa por radio a sus compañeros que se encuentran más adelante cuando Davan toma una curva sobre dos ruedas y se precipita hacia el puente que cruza el ancho y tranquilo Connecticut, que marca la frontera entre Nuevo Hampshire y Vermont. Es una tarde fría y húmeda de finales de primavera y, según reza el cartel que se vuelve borroso ante los ojos de Davan, es posible que el hielo llegue al puente antes que a la carretera. Y así es. El coche pisa una placa de hielo a una velocidad de quizá ciento noventa kilómetros por hora y sale disparado en línea recta por encima de una barandilla no muy alta. Una mujer que avanzaba por el carril contrario dirá más tarde que el coche rojo iba a tal velocidad que parecía flotar en el aire y planear sobre el río. También jura que vio, antes de que el coche saliera volando, la blanca flor de un rostro pegada a la ventanilla. Nadie vio nada después de aquello, aunque un pescador, que sacaba su barca del agua en la orilla debajo del puente, advirtió de pronto una enorme sombra a su espalda, como si una nube se hubiese desplomado del cielo o un pájaro le hubiese rozado con el ala. Se volvió demasiado lentamente, por mucho miedo que sintiera, como para ver nada, salvo el río y su flujo eterno. El impacto del pequeño coche sobre el agua es tan brutal que no deja ni el menor rizo en la superficie para marcar el paso de un estado en movimiento a un estado de absoluta quietud. Es como si el coche y sus ocupantes hubieran sido pulverizados sin más, reducidos al instante a sus elementos esenciales.

A los quince minutos del aviso por radio, todas las furgonetas y todos los coches de nuestra carretera reúnen a sus pasajeros con sus armas de fuego para abandonar rápidamente la batida en busca de la perra y dirigirse a la escena más trágica que se desarrolla en el puente. Aunque no encuentran los restos del coche hasta pasados varios días y se necesitan cuatro buceadores para localizar y recuperar el vehículo, la policía hace una visita a Heissman a raíz del testimonio de la mujer. Convencidos de que Freda se ha caído por encima del puente también, me llevan con ellos para dar la mala noticia a mi amigo.

Espero a Heissman en el borde del prado, con la mano apoyada en el tocón de la primera rama de un viejo pino. Oigo a los cuervos, en lo más hondo del bosque, el chirriante graznido de su pregón, y se me ocurre que quizá aparezca junto a Freda. Pero no lo hace, llega solo, arrastrando los pies, cuando lo llamo. Por primera vez en nuestra vida en común, siento que estoy a una altura sorprendente, incluso experimento cierto poder, hasta más inteligencia de la que suelo admitir que tengo. Siento una repugnante omnipotencia.

Se sobresalta al ver mi gesto desnudo y pregunta:

—¿Qué pasa?

—El coche de Davan —le informo— se ha caído por el puente.

No sé qué esperar de Heissman en ese momento. Cualquier cosa menos su despreocupada y extrañamente impasible falta de reacción. Por lo visto no tiene ni la menor idea de que Freda pueda estar en ese coche. Incapaz de continuar, permanezco

callada. A pesar de toda su hosca gravedad, Davan tan solo había sentido y expresado un tímido amor por la hija de Heissman. Era una emoción que era capaz de sentir, al igual que el miedo que le hizo pisar el acelerador. «El acelerador», pienso, «el acelerador y la piedra atascada».

Miro a Heissman fijamente. Se me encoge el corazón. Me doy la vuelta y me adentro en el bosque. Al principio pienso que me voy para sufrir como el cuervo, pero, conforme avanzo más y más, comprendo que estaré bien y que le seré leal y patológicamente fiel. Esa verdad me hace aterrizar. Me siento más viva. La hierba cruje bajo mis pasos y la nueva polvareda que levanta se arremolina en mis tobillos. En una alargada y pequeña hondonada de un campo que desemboca en una densa arboleda, me detengo y respiro con cautela.

Cada vez que se abandonan tierras desbrozadas, cuando se sale de un lugar esculpido, labrado o diseñado por un ser humano para adentrarse en el bosque, debes dejar algo de ti mismo atrás. Es esa pérdida, creo, incluso más que la dificultad de caminar por la maleza, lo que lleva a la gente a no salirse de los caminos marcados. En el bosque, no hay ningún camino correcto, por supuesto, ninguna senda que seguir salvo la ley de la espesura. Uno debe dejar atrás la idea de que las cosas están bien. Solo hay que mirar a su alrededor. Así son las cosas. Retorcidas, caídas y partidas en la raíz. Lo que mejor crece lo consigue a costa de lo que hay debajo. Un abedul blanco se alimenta de la pulpa de un viejo abeto canadiense y mantiene la parra que acabará asfixiándolo lentamente. En la madera muerta de otro árbol crecen unos hongos tan negros como las pezuñas del diablo. Por encima se encuentra la bóveda de altos pinos que susurran, se estremecen e impiden que la luz se filtre y alcance sus propias ramas bajas.

No se vuelve a ver a la perra y jamás regresa a Revival Road, ni vuelve a matar a ningún spaniel ni a ninguna gallina más, no vuelve a aparecer cerca de la casa donde su naturaleza degeneró, no vuelve a aullar en el parque ni a hacerle daño a un niño. Sin embargo, por las noches, cuando estoy acostada sin haber echado el cerrojo y aguardo, me imagino que se detiene en la linde de mi prado, recelosa ante tanto campo abierto, y entonces se precipita a grandes zancadas con su larga cadena levantando chispas en los rocosos salientes y las gruesas piedras que se asoman. Me muero de ganas de mirarla a los ojos, pero si me encontrase cara a cara con ella, jadeante y con su fuerte hocico, lustrosa de sangre, ¿me vería con el ojo marrón o con el azul? ¿Cuál de ellos me liberaría?

Heissman se ha debilitado y me necesita ahora. Mi madre me dice sin venir a cuento:

—No es el que tú te crees.

Le pongo la mano en los hombros para tranquilizarla. Me aparta con un gesto porque intuye, un poco decepcionada, que en realidad lo conozco bien. Vergüenza, placer, fealdad y pérdida: todos son el calor en la noche que templen los lazos. Y luego están el perdón, cuando una persona es imperdonable, un hombre que llora

como un niño y la casa oscura que engulle los gritos cavernosos.

El tambor pintado

Acudieron a mí para que me hiciera cargo de la sucesión de John Jewett Tatro justo después de su funeral presbiteriano. Una mañana encapotada de primavera, me dirigí a hacer el inventario de la vivienda. El cielo mostraba un color gris amenazante, aunque los sauces relucían repletos de tiernos capullos, y unas nubes de flores de manzanos silvestres flotaban entre los pinos huecos. Mantuve las ventanillas un poco bajadas mientras conducía por las carreteras secundarias hasta la casa de los Tatro y respiré el aire húmedo. Los Tatro siempre habían sido demasiado tacaños como para mantener su carretera en buen estado y los últimos cuatrocientos metros se habían borrado parcialmente, dejando al descubierto el fondo pedregoso. Unos pantanos y estanques cubiertos de maleza chapoteaban cerca de allí, a cada lado. Mientras avanzaba a trompicones, las ranas enmudecían un instante, por lo que tenía la impresión de ir empujando un muro de sonido. En cuanto me detuve, las ranas volvieron a croar. Mientras recorría el camino de baldosas hasta donde me aguardaba la sobrina nieta de Tatro, me detuve un momento, atrapada por aquel frenesí. La primavera en Nuevo Hampshire puede ser desconcertante: virginal y descaradamente sexual al mismo tiempo.

La casa de los Tatro ya no era majestuosa. La vivienda original del siglo diecinueve había sufrido tantas reformas y ampliaciones que su estilo había quedado sepultado. Aquí una cornisa, acá un saliente. El edificio se había convertido en un enorme batiburrillo de tablillas de maderas, con unas contraventanas chapadas en aluminio, atornilladas a las viejas ventanas de cristal esmerilado y un porche cubierto, añadido a la fachada de forma desconcertante. Los muros estaban pintados del color rojizo oscuro de la sangre seca. El aspecto general era el de una vivienda destartada y triste, pero la mujer que me recibió se mostró bastante alegre y el interior de la casa era cómodo aunque sombrío. Comenzamos nuestra primera inspección informal. Las habitaciones estaban impregnadas de un olor al que me he acostumbrado por mi trabajo. Es un aroma indefinible, en realidad, una mezcla de naftalina y aceite de cítricos, de polvo y cuero cuarteado. El olor de las cosas viejas. Reparé en que se había ido añadiendo a lo largo de los años un número desorbitado de armarios por toda la casa, incluida la planta baja.

La sobrina, que se llamaba Sarah, era una mujer agradable, de mandíbula cuadrada, cabello castaño claro y ojos azules. Tenía unos treinta y cinco años, quizá fuese diez años más joven que yo, el tipo de mujer que se ofrece voluntaria para supervisar el recreo o para realizar los proyectos artísticos de la escuela primaria. Conocía muy bien a esa clase de mujer. Yo misma había intentado ser una. Y mi madre también. Pero nuestra fascinación por las cosas de la vida o, para ser más

exactos, por la segunda vida de las cosas, siempre nos había apartado de ese camino. Mi madre había puesto en marcha el negocio y ahora lo llevábamos juntas desde hacía casi dos décadas. Somos imparciales, discretas, honestas y competentes. Somos muy conocidas en nuestra zona de Nuevo Hampshire, y muy respetadas, creo yo. Nuestro sexo ofrece una cierta ventaja. Por regla general, es la mujer de la familia la que acaba con el engorro de encargarse de todo lo relacionado con la herencia de las propiedades y de todos los bienes, y nosotras también somos mujeres. Comprendemos lo que supone enfrentarse a una montaña de decisiones insignificantes cuando una está en pleno duelo. Cuando me siento con Sarah para formalizar las cosas ante una taza de café, noto el reconfortante e inmediato sentimiento de solidaridad que suelo experimentar con otras mujeres en momentos como ese: hay compasión, por supuesto, pero también un poco de alivio. ¡Por fin, poder seguir adelante! Incluso hay cierta emoción ante la idea de la tarea que nos aguarda. Vaciar una casa puede dejar a uno hecho una piltrafa, pero siempre surgen hallazgos inesperados durante el proceso. Algunos de valor: una mesa Shaker auténtica oculta bajo una capa de pintura de leche, unas figuras de porcelana, preciosas o empalagosas, pero que resultan ser antiguas, y valiosas figuritas Hummel entre los desportillados saleros y pimenteros. Una vez, un viejo cubo olvidado en una esquina de la despensa resultó ser un Leder pintado a mano, valorado en una fortuna. También aparecen primeras ediciones: un Mark Twain dedicado, un Wharton, incluso un Salinger como nuevo; nunca se sabe lo que saldrá a la luz, incluso en el montón de objetos menos prometedores que haya. Luego, otros descubrimientos son reveladores: diarios, fajos de cartas de amor, una caja repleta de documentos pornográficos antiguos que muestran adiestrados ponis, certificados que pormenorizan sorprendentes causas de fallecimientos o nacimientos desconocidos. Los contenidos de una casa pueden desencadenar todo tipo de revisiones de la historia familiar.

Detrás de mi impaciencia por hacerme cargo de la sucesión de los Tatro, había un hilo de conexión que remontaba a varias generaciones. Mi madre y yo nos especializamos en antigüedades amerindias. En *La historia de Stiles y Stokes*, un libro publicado bajo suscripción por nuestra sociedad histórica local, hay un capítulo entero dedicado a la familia Tatro y, dentro de ese capítulo, un párrafo sobre el bisabuelo del recién fallecido Tatro. Jewett Parker Tatro fue un agente de la Oficina de Asuntos Indios en la reserva ojibwe de Dakota del Norte, donde mi propia abuela había nacido y donde vivió hasta los seis años de edad, cuando se la llevaron al este y la inscribieron en la escuela india Carlisle en Pensilvania. Allí aprendió a coser de manera muy elaborada, a sumar y restar, a hacer la colada, a fregar el suelo, a leer, escribir y recitar pasajes de la Biblia y sonetos de Shakespeare, odas de Keats y la Declaración de Independencia. La escuela Carlisle también fue el lugar donde se enamoró.

Mi abuela permaneció en el este junto al joven maestro con el que se casó al poco tiempo de graduarse, aunque volvía de visita y trajo al mundo a mi madre en su

propia parcela asignada. Pero realmente nunca hemos sido gente del este. La relación entre los Tatro y la reserva nos interesaba porque no era infrecuente en aquellos tiempos que los agentes de la Oficina de Asuntos Indios acumularan grandes colecciones de objetos de arte y, por supuesto, siempre nos habíamos preguntado si la casa de los Tatro albergaba ese tipo de tesoros. Si bien tuvimos pocos indicios en vida de los últimos dos hermanos Tatro (fallecieron ambos en un plazo de dos meses), y al principio no vi nada que me llevara a creer que aquellos armarios contuvieran algo más exótico que revistas, ropa y discos de fonógrafo, habían corrido muchos rumores. Y hasta lo que nosotras sabíamos, nunca se había donado una gran colección Tatro a ningún museo, sea municipal, estatal o universitario. Estaban todos esos armarios y los gruesos muros de las habitaciones de la planta baja. Además estaba el carácter de los Tatro, desde luego, que había que tener en cuenta.

Eran listos y astutos, unos tramposos tranquilos e implacables, y verdaderas urracas que actuaban sigilosamente. Frecuentaban los mercadillos. Compraban la comida a granel. Se desplazaban a dedo cuando la gasolina era cara, aunque no eran pobres. Guardaban las gomas elásticas del brócoli y de los plátanos, cuando se ofrecían semejantes lujos. Hervían la savia de sus árboles y robaban el maíz de los campos de sus vecinos. Recogían brotes de helechos, arrancaban la fruta de los árboles atrofiados, y mataban y asaban mapaches. Cada otoño adquirían y salaban un cerdo, que devoraban desde el hocico hasta el jarrete a lo largo de un año. A mis ojos, los Tatro eran el tipo de viejos y rácanos solterones yanquis que guardarían una notable colección de objetos valiosos, tan solo porque jamás se les habría ocurrido desprenderse de nada. Sencillamente se habrían aferrado a sus cosas (cogiendo moho en medio de bolas de naftalina y almacenadas entre bloques de cedro) hasta el día del juicio final.

Curiosamente quizá, la casa en la que vivo con mi madre no está abarrotada de cosas. No es que nuestra vocación nos haya vuelto esnobs. Más bien nos refrena el constante recuerdo de nuestra propia mortalidad. Esforzarse por poseer algo de un valor extraordinario suele parecernos absurdo, dada nuestra biodegradabilidad. Aun así, hay unos pocos objetos que nos han resultado irresistibles. Su naturaleza sin duda revela que somos más cautivas de nuestros orígenes de lo que admitimos: un refulgente jarrón de bodas María Martínez de doble cuello; un portabebés ojibwe con su manta de terciopelo bordada con abalorios y con un elaborado diseño; tres exquisitas alfombras de los navajos; una bandolera que seguramente llevaría el último jefe guerrero ojibwe, el mismísimo Baganogizhig; unos tarros de semillas; varias cajas de púas de puercoespín talladas; y algunas pesadas y antiguas turquesas que deben ser lustradas continuamente. Sí, nos gustaría dejar despejado nuestro camino al cielo, para recorrer una senda sobria y auténtica. Sin embargo, somos humanas.

Sarah Tatro no tenía la intención de permitir que el edificio y sus pertenencias la atraparan. Mientras nos tomábamos el café (en unas de esas gruesas tazas blancas seguramente hurtadas en una de las cafeterías de la zona por uno de los tíos), me dijo

que estaba ansiosa por vaciar la vivienda y ponerla a la venta. Su franqueza me agradó pero, al mismo tiempo, la idea de que la casa de los Tatro pudiera cambiar de dueños después de casi doscientos años me llenó de cierta melancolía. No es habitual que una propiedad permanezca dentro de una misma familia tanto tiempo; y, sorprendentemente, yo me sentía tentada de disuadirla de romper con el pasado y de seguir adelante con su vida, a fin de cuentas. Me contuve. Saqué mi libreta y comencé a elaborar una lista aproximada del contenido de la casa. Más tarde, se unirían a mí dos ayudantes, pero al principio prefiero trabajar sola, al igual que mi madre. Me gusta hacerme una idea de los objetos de una casa y del punto de vista de la persona que, aunque cómodamente instalada en el otro mundo, todavía merodea en la manera con la que nos ocupamos de sus bienes. Me gusta hacer las paces con los muertos.

Le pregunto a Sarah si su tío abuelo tenía alguna afición especial o alguna colección que pudiera requerir un tratamiento o una valoración particular.

—Pues no lo sé, hay tantas cosas por todas partes. —Hizo un aspaviento—. Tantos viejos juegos de vajilla. También poseía un buen número de armas. Algunas son antiguas. Y los armarios de la planta baja están empotrados muy profundamente en las paredes. Están atestados de cosas. De verdad, a saber lo que hay.

Estaba sola y pronto me encontré inmersa en los placeres de mi oficio. Las penas de los extraños forman parte de mi negocio y, si tuviese que analizar los motivos que me han llevado a elegir este oficio, podría descubrir que en sus pérdidas yo hallo un poco de consuelo, como si la constante proximidad con la muerte me protegiera a mí y a mis seres queridos. El mobiliario de las dos primeras estancias de la planta baja se encontraba en buen estado y era de buena calidad, aunque no había ningún «hallazgo». Como cabía suponer, los Tatro no habían sido en absoluto bibliófilos, y tampoco había gran cosa en el aspecto decorativo: lámparas, jarrones y figuritas. Sin embargo, en las paredes colgaban seis bonitos cuadros pintados por artistas de la zona y también había un boceto al óleo, una especie de dibujo preparatorio, realizado por Maxfield Parrish. En cualquier otra ocasión, tan solo ese descubrimiento me habría alegrado el día. En este caso, también indicaba la propensión de los Tatro a aferrarse a las cosas, ya que Parrish era un artista muy conocido y su obra se habría podido vender con facilidad. Intenté no crearme falsas esperanzas, pero cuando abrí la puerta del primer armario, mis dedos se movían con torpeza de la emoción que sentía. Rápidamente repasé todo lo que alcanzaba a ver. Las típicas cajas de revistas. Pilas de cortinas y desgastados y raídos forros. Un gran número de botas de todo tipo, que tenían un montón de años. Abrigos con naftalina fabricados en toda clase de tejidos, desde lana hasta piel de mofeta. El armario seguía y seguía, hasta que rápidamente decidí dejárselo a mis ayudantes. El siguiente armario estaba atestado de discos. Sobre todo de setenta y ocho revoluciones, de swing o de bandas musicales. Comenzaba a temer que los rumores no fueran más que eso, cuando, al lanzarme a

unas anchas estanterías empotradas en la pared, encontré el primer indicio, suena extraño decirlo, de vida.

Algunas herencias cobran vida y otras no. Algunas posesiones tienen poca personalidad y otras, mucha. Hay un momento en el que todavía pienso, uno que por poco se me pasó por alto. Hace años, abrí un pequeño cofre de madera que contenía lo que parecían ser unos pañuelos envueltos en papel de seda, nada más que pañuelos, con las iniciales de su dueño: L. M. B. Me disponía a vaciar la caja y añadir el contenido a la ropa blanca cuando descubrí una etiqueta. Sujeta con un alfiler en cada pañuelo de algodón, de lino, de encaje y bordados, había una etiqueta cortada con cuidado con una fecha escrita con una caligrafía femenina. Un nombre, o varios nombres, aparecían escritos. Y ocasiones especiales: «Bautismo de Teddy», «Boda de Venetta y John Howard», «Funeral de Teddy», «Velatorio del hermano de Adamantine», «Primera ópera», «Brazo roto». Y debajo de todo, quizá el pañuelo que había iniciado la colección, un pequeño y cuadrado paño de niño etiquetado con torpeza con «Entierro de mi madre». Recuerdo haberme quedado sentada con los pañuelos de L. M. B. mientras que daba vueltas a mi alrededor el resto procedente de las tasaciones y las clasificaciones. Aquella caja contenía las lágrimas de toda la vida de una mujer. Atravesé diferentes fases emocionales. La primera fue la exultación ante la novedad de semejante idea, y experimenté la apremiante necesidad de enseñarles la caja a mis ayudantes. Después, me dominó la irritación. Casi nunca pienso en los no indios como en «blancos»; al fin y al cabo, yo mismo tengo la piel clara. Pero sentí un repentino latigazo de prejuicio que me sorprendió: Tan típico de una mujer blanca, tan tacaña con sus lágrimas que se las ha guardado, pensé. Luego, me recompuse y permanecí allí un rato más, sujetando la caja, que era muy liviana y de una vieja madera de pino barnizada, y mientras daba la vuelta a los pañuelos uno tras otro. «El bendito nacimiento de Theodore», «La cena del lecho de muerte de la tía Lilac». ¿Qué era una cena del lecho de muerte? «La boda del primo Franklin con Milred Vost». Más funerales. Dejé que las demás trabajadoras fueran a atacar la siguiente habitación y fue entonces, mientras estaba sentada con las penas y alegrías de L. M. B., cuando mis propios ojos se me llenaron de lágrimas. No eran muchas. Ya no soy del tipo de mujer que llora con facilidad. Pero cuando sentí esa oleada de tristeza, eché mano enseguida a uno de esos pañuelos, me enjuagué los ojos y añadí mis propias lágrimas a la caja. Después, cerré el cofre. Sabía que lo que acababa de suceder era lo correcto. «Lágrimas vertidas por L. M. B.», podría haber escrito en un trozo de papel. Tendría que comprar yo misma el cofre, pero aquello parecía la forma adecuada de cerrar la colección. Había oído decir que la dueña se había convertido con los años en una anciana cascarrabias, crítica, meapilas y proclive a quejarse por teléfono a los padres de los muchachos que atajaban por el césped de su jardín delantero o que le estropeaban los tulipanes. Pero a eso me refiero con cobrar vida.

La herencia de John Jewett Tatro comenzó a tomar un cariz similar cuando conocí

a una muñeca con la cara de piel de cervatillo y ojos de azabache. Supe que la muñeca era especial nada más tenerla entre mis manos. La caja de zapatos había sido guardada por error en la estantería de los zapatos, y cuando la abrí, me llegó el inconfundible olor a piel ahumada, un olor que solo podía haberse acumulado, molécula a molécula, a lo largo de los años. Cuando extraje la muñeca del envoltorio, el esquivo aroma a humo se desvaneció y apareció la muñeca, exquisita. La piel perfectamente curtida que formaba su propia piel había conservado su suavidad de alguna manera, aunque, por unas leves manchas oscuras en los brazos y en la falda, advertí que había sido un juguete muy querido. Sus labios rojos de púas de puercoespín estaban cosidos dibujando una sonrisa serena y divertida, y los abalorios de sus ojos estaban colocados en bias para darle una mirada vivaz. Su espesa melena negra procedía de la crin de un caballo y estaba recogida en dos trenzas. Su vestido también estaba fabricado con una piel curtida, decorado con trozos de conchas y las antiguas cuentas llamadas «amarillo traslúcido», «rojo rubí con corazón blanco» y «azul alemán». Llevaba un ancho cinturón tejido, al que iba atado una vaina que sujetaba un diminuto cuchillo de desollar. Sus mocasines llevaban bordados de flores y en el brazo llevaba un anillo de plata que se usaba para el comercio a modo de brazalete. De sus agujereadas orejas de piel de cervatillo colgaban unos minúsculos pendientes, unos cascabeles de halcón tan sorprendentemente pequeños que bien podrían fijarse en los cuellos de currucas. Sujetaba una cesta de mimbre del tamaño de un dedal, tejida con tanto arte que me eché a reír de puro placer. Extraje del todo la muñeca y se la enseñé a Sarah.

—¡Anda, si está aquí!

Sacó la muñeca del envoltorio y la manipuló con un cariño lleno de familiaridad, alisándole la áspera melena y acariciando las cejas de pelo de caballo bordadas por encima de los refulgentes ojos.

—Mis tíos solían dejarme jugar con ella cuando me portaba muy bien.

—Es muy buena, ¿sabe? Me refiero a que es muy valiosa. Deberíamos pedir a un conservador de museo que le eche un vistazo.

—¿Ah, sí?

Sarah estaba sorprendida, pero no especialmente contenta. Creo que sentía lo mismo que yo respecto a la muñeca. Era algo personal: el placer de poseer esa muñeca no tenía nada que ver con su valor.

—¿Había más objetos, me refiero a amerindios, de aquella época? —pregunté—. ¿Sus tíos los guardaban todos juntos en alguna parte? ¿En un armario? ¿En unos baúles?

—Ay, sí, claro, se me había olvidado por completo. Uno de los Tatro de antaño vivió con los indios —explicó—. Había un montón de artesanía con abalorios y cosas así. Venga conmigo arriba, se lo enseñaré.

Mientras subíamos las escaleras, intenté respirar despacio. Por supuesto había un desván: una alargada e inacabada estancia recubierta de papel alquitranado, repleta de

sencillas estanterías de madera y atestada de viejas maletas. La mayoría de esos artilugios se hallaba en las maletas, me explicó Sarah. También había unos objetos de mayor tamaño, envueltos en viejas colchas y mantas de caballos. Los descubrimos rápidamente: un portabebés no tan bueno como el mío, unos cedazos de corteza de abedul, un reposapiés bordado con cuentas y un tambor. Las maletas contenían algunas valiosas muestras de prendas con aplicaciones de encaje y bolitas de finales del siglo diecinueve y principios del veinte. Había mocasines, polainas, taparrabos adornados con abalorios para las ceremonias, una chaqueta y dos bandoleras (en un estado de conservación excepcional y de gran valor). También había un número de artículos de menor importancia: pequeños bolsos como los que se vendían antes a los turistas, una cinta para penacho del que se habían quitado las plumas, petacas de tabaco, correas de transporte tejidas y alfombrillas de caña. Una vez que desenvolvimos todo, extendimos las cosas sobre las maletas, cubrimos los bordes de cajoneras y estantes, pero terminamos por detenernos. La colección no tenía fin.

—Enhorabuena —anuncié, y debió de haber cierta emoción en mi voz.

Sarah Tatro parecía desconcertada.

—¿Enhorabuena por qué?

—Seguramente podrá jubilarse —respondí—. O al menos tomarse unas largas vacaciones. Se acabaron las llamadas de teléfono que la despiertan de madrugada.

—¿Cree que todo esto tiene algún valor?

—Muchísimo.

Sarah se dejó caer sobre un baúl y hundió la cabeza entre las manos.

—¿Quiere decir que estaban sentados sobre una fortuna todo este tiempo?

No respondí y, al cabo de un rato, ella negó con la cabeza y soltó una breve carcajada, sin gracia.

—Eran tan tacaños que tomaban gachas de avena para cenar. Y untaban el pan con margarina y no con mantequilla. Los impuestos sobre esta propiedad se habían vuelto enormes, por supuesto, y ellos querían conservarla. Así que vivieron a lo pobre. Pero al final... —Su voz se animó—. Tengo que decir que creo que disfrutaban con su avaricia. —Y se rio con más soltura—. Es probable que también disfrutaran con lo que tenían aquí. Se ve que repasaron todas estas cosas. Comprobarían que no tenían moho ni bichos, supongo, y volvían a envolverlos bien. Pusieron trampas para ratones. Fíjese. —Me enseñó la fecha de un periódico que había servido para proteger una pequeña cesta de mimbre—. Es del año pasado.

—Es una suerte —respondí—. El ácido de los periódicos podría haber destrozado esa cesta.

Me aproximé para examinar mejor la pequeña cesta de hierba dulce enrollada y cosida y fue entonces cuando me acerqué al tambor.

No soy una sentimental. ¿Cómo podría serlo? He visto cómo los objetos más íntimos cambiaban de manos, indiferentes al amor que una vez se les prodigó. Algunas personas creen que los objetos absorben la esencia de sus dueños. Yo

procuro evitarlo. Y sin embargo, cuando me acerqué al tambor, juro que sonó. Un profundo, grave y sonoro rumor. Me detuve en seco, mirando el tambor fijamente. Lo oí, sé que lo oí, y sin embargo Sarah Tatro no.

—Me marchó —anunció—. Hay demasiado polvo. Volveré después por la tarde. Tengo que hacer unos recados en el pueblo.

Me quedé, por lo tanto, a solas con el botín de los Tatro. Seguí con los ojos clavados en el tambor, o en lo que alcanzaba a ver, ya que se encontraba envuelto en gran parte en una colcha descolorida. Mi imaginación no suele jugarme malas pasadas ni suelo oír voces. Tenía que haber alguna explicación. Algo que se había movido y había golpeado la piel. Un cambio en la presión del aire. La colcha no tenía nada de particular, un sencillo conjunto de parches cuadrados, cosidos a máquina y acolchados con hilo. Me acerqué hasta el tambor y retiré la tela por completo. La luz en el desván provenía de dos bombillas desnudas que se encendían tirando de unas cadenas y proyectaban unas sombras afiladas. La cara del tambor refulgió, enorme, con al menos un metro de diámetro. El alce que se había desollado para fabricarlo debió de ser gigante. Sin embargo, había cierta delicadeza en el tambor, pues presentaba una decoración muy elaborada: una correa y una falda bordadas con cuentas, unas borlas de hilos rojos y unos pequeños conos de hojalata o cascabeles cosidos alrededor. En la cara superior había cuatro anchas lengüetas repartidas a la misma distancia. En las lengüetas índigo había cuatro cruces tejidas con cuentas de latón. En el centro del parche del tambor, estaba pintado un pájaro en un azul más claro. Eso era todo. Pero los detalles del pájaro, las faldas de florecillas rojas, los cascabeles, combinados con el tamaño del tambor, le otorgaban un aire insólito de fuerza y a la vez de dulzura.

Arrimé una silla plegable, me senté y tomé nota de los detalles. Mi mano se demoraba en la página. Este era el tipo de hallazgo que debería de haberme emocionado, sin embargo me sentía incómoda y nerviosa. Miré a mi alrededor. Puse la mano en el tambor y entonces tuve, como un nervio que me atravesara, una indiscutible certeza. Fue algo visceral. No se trataba de un pensamiento sino de puro instinto. Cubrí de nuevo el tambor y salí para asegurarme de que Sarah se había marchado. Cuando comprobé que el garaje estaba vacío y que me hallaba sola, abrí la puerta trasera y subí directamente al desván. Envolví el tambor en la colcha, afianzándolo bien, y luego lo saqué de la casa, lo coloqué en el maletero de mi coche y lo oculté cubriéndolo con la pantalla antirrobo que siempre utilizo cuando aparco en las subastas importantes.

Trabajé durante el resto de la tarde sin pensar en lo que había hecho. Cuando mis pensamientos amagaban con tornarse hacia el tambor, apartaba cualquiera reflexión más profunda. Lo que acababa de hacer, o me disponía a hacer, era seguramente un delito y podría llevar el negocio a la quiebra. La facilidad con la que lo había hecho no dejaba de asombrarme. Para una persona que jamás había robado nada en toda su vida, ni siquiera una chocolatina, marcharse alegremente de la casa de un cliente con

un objeto de semejante valor podría ser una señal de locura. El principio de una crisis nerviosa. Pero yo no me sentía así. Me sentía muy lúcida. Y me preguntaba si las demás personas que cometían actos irracionales y delictivos experimentaban esa serena aceptación de una parte de sí mismos, desconocida hasta entonces.

El crepúsculo iba desplegándose, gélido y azul, cuando llegué a casa. Dejé el tambor en el coche, envuelto en la colcha, debajo de la estirada cortina de plástico. Todavía no quería meterlo en casa. Necesitaba pensar: no en si lo que había hecho estaba bien. Para entonces ya había concluido que no lo habría hecho de no ser que, en algún nivel, estuviese bien. Aunque la explicación de cómo eso estaba bien se escapaba fuera de mi alcance. Lo que de verdad me preocupaba era saber si podría mantener el tambor oculto o si me descubrirían. Estaba casi segura de que Sarah Tatro no había reparado en el instrumento; de hecho, parecía mostrar indiferencia por todos los objetos de su tío, salvo por la muñeca con la que había jugado de niña. También estaba bastante segura de que ella era la única persona que tenía algún conocimiento de la colección de sus tíos. E incluso ella se había olvidado de su existencia. Tenía que llevarme el tambor esa misma tarde, si es que había de llevármelo. Sabía que, una vez los objetos fueran catalogados y tasados, el tambor habría obtenido un precio solo al alcance de los coleccionistas más pudientes o de los museos. Sin embargo, yo no quería el tambor. ¿Qué iba a hacer con algo así? ¿Dónde lo guardaría? No me había llevado el tambor para mí. Me tranquilicé a mí misma en ese punto mientras me sentaba a cenar con mi madre.

—Te noto rara —observó—. Y bien ¿qué tal fue?

Tomé la ensaladera de sus manos y comencé a servirme hojas en mi plato.

—Bueno, estaba todo allí —respondí.

—¡Ah!

Dejó el tenedor en el plato. Yo había tomado un bocado de espinacas, pero de pronto me sentí demasiado cansada incluso para masticar. Me arrellané en la silla. Después, eché la cabeza hacia atrás y estiré los brazos.

—Me he pasado toda la tarde encorvada sobre la libreta. Es un auténtico botín. Antiguo. Y me refiero a antiguo antiguo. Tatro se marchó con todo. Muñecas, artesanía de abalorios, portabebés. Todo lo habido y por haber.

—Así que se quedó con todo lo bueno. Tenía buen ojo.

Nos quedamos sentadas con la comida entre las dos. El pelo de mi madre, lacio y recogido en un moño, estaba totalmente blanco. Me tuvo a una edad ya muy tardía, cuando había perdido toda esperanza de quedarse embarazada. Fui un regalo. Es bonito que te cuenten, a lo largo de toda tu vida, que eres un regalo para alguien. En ese momento nos sentíamos muy felices, aunque no sé muy bien por qué. Quizá se debiera a que se habían cumplido nuestras expectativas secretas.

—Había un tambor —dije.

Apartó el plato y se inclinó hacia mí, con los codos sobre la mesa. Sus ojos eran

dos hendiduras estrechas que subían en la comisura. El iris, de un color castaño oscuro, mostraba el aro azul blanquecino de la vejez, pero su mirada todavía era penetrante. Estaba esperando a que yo le describiera el tambor.

—Uno de los tambores grandes —comencé.

Tamborileó con los dedos sobre la mesa.

—¿Estaba vestido?

—¿Qué?

—¿Si estaba decorado?

—Sí.

—¿Cómo?

Le conté lo de las cruces.

—No son cruces, no cristianas. Son estrellas. ¿Estaba pintado?

—Había un pájaro. Un pequeño pájaro azul.

Cerró los ojos y presionó dos dedos entre las cejas. La observé detenidamente, porque suele hacer esto cuando intenta dar forma a un pensamiento. Al fin, habló. Habló durante mucho tiempo, y solo puedo resumir lo que dijo: el tambor es el universo. La gente que ocupa su sitio a cada lado representa a los espíritus que se sientan en las cuatro direcciones. Un tambor pintado, en particular, se considera un ser vivo y debe ser alimentado al igual que se alimenta a los espíritus: con tabaco y un vaso de agua depositados al lado, y a veces un plato con comida. Nunca hay que poner un tambor en el suelo, ni dejarlo solo, y siempre hay que cubrirlo con una manta o una colcha. Es sabido que los tambores curan, y que también matan. Se funden con su guardián. Son fabricados por importantes motivos y por personas que sueñan los detalles de su fabricación. No hay dos iguales, pero cada tambor está emparentado con los demás tambores. Se hablan unos a otros y ofrecen sus cantos a los seres humanos. Me dijo que debería de tener cuidado cerca del tambor. Le inquietaba su presencia en la colección.

—Está más vivo que un conjunto de huesos humanos —sostuvo para terminar.

Después se fue a la cama, yo despejé una mesa auxiliar en una esquina de mi habitación y entonces metí el tambor en casa y lo coloqué con cuidado sobre la mesa, guardando el equilibrio. Arrimé dos sillas a cada lado. Cada vez que lo tocaba, aunque fuera solo para dejarlo en su sitio, sonaba. Una nota aguda y hueca. O un sonido grave y vacilante, como una pregunta en el aire. Un leve golpecito en el lateral provocaba reverberaciones. Tenía una sensibilidad exquisita para ser un instrumento tan poderoso y yo me preguntaba cómo sonaría si se golpeara con fuerza, por varias personas y al unísono. Apagué la luz y me metí en la cama. Por las noches suelo dejar la ventana un poco abierta, una pequeña rendija, incluso en invierno. La oscuridad bullía de música primaveral y, de vez en cuando, en el corazón del bosque, un cárabo norteamericano chillaba como una mujer sufriendo. Pensé que quizá soñara (por muy pragmática que me considere, había sido un día muy largo y extraño). El hecho en sí de haber robado el tambor sin la menor vacilación a floraba y se sumergía en mi

conciencia. Por mucho que me sintiera justificada por la historia, me juré a mí misma que no rehuiría la culpa ni buscaría una explicación racional a mi conducta.

Lo cual no significaba plantearme siquiera hacer lo correcto y devolver el tambor a Sarah Tatro.

Lo único que tengo son las vidas de los demás. Lo que yo hago les pertenece a ellos y a mi madre: su negocio, su legado, su sangre. Incluso la caja de lágrimas en mi armario pertenece a otra mujer: L. M. B. Pero ahora he robado el tambor. Y me da por pensar, mientras permanezco tumbada en la oscuridad de mi habitación, que mi hurto instintivo significa algo tan esencial que podría llamarse supervivencia. Me he apartado de las reglas y las leyes, y respiro un aire nuevo y enrarecido. Ese robo es solo el primero de muchos más que llevaré a cabo; aunque no de objetos. Hay otras cosas que yo necesito y que debo tener, otras cosas que me llevaré. Pensamientos, planes, rabias íntimas e incluso alegrías, que todavía me son desconocidas.

Normalmente suelo dormir a pierna suelta, pero esta noche, durante toda la noche, parezco estar a la escucha. Pensando. Flotan hacia mí tantas ideas a medio formar, antes de alejarse.

Nuestra vieja casa hace tictac. No de manera regular, no como un reloj, sino suavemente y por todas partes, como si los listones de madera de las paredes cambiasen de temperatura o el yeso se contrajera o la tierra se moviera bajo los cimientos de los bloques de granito. De vez en cuando, los pequeños sonidos que hace la casa reverberan dentro del tambor. Lo mismo que mi respiración. Oigo cómo sube y baja. Entra y sale. Algo grande, algo liviano. Me vuelvo pesada, y luego tan inerte que mi cuerpo parece no tener vida. Entre dos respiraciones, dejo de sentir. Y luego mi pecho se hincha de nuevo: una resurrección.

Hay otra cosa que hace esta casa en el corazón de la noche. Ya lo he oído antes y ahora aguardo a que ocurra. La casa libera los pasos de todo el día. De la mañana a la noche, pisamos minuciosamente las anchas y viejas tablas de madera, recorriendo la casa de una habitación a otra en nuestros quehaceres cotidianos. Las tablas tardan horas en reajustarse, para que los clavos suban de nuevo con un chirrido y las viejas fibras de pino recuperen su elasticidad. Cuando lo hacen, reproducen el sonido de las pisadas. Por las noches, nuestro laberinto de caminos se desanda de forma audible. Estoy acostumbrada a ello, así como mi madre, pero a veces algún invitado insomne se asusta. Puedo comprenderlo. Porque ahora, cuando me levanto en la penumbra y me detengo en el umbral de la puerta de mi habitación, percibo los distintos crujidos de pasos que avanzan hacia mí, me adelantan y se dirigen hasta mi cama. Siento el aliento de mis propios pasos, como si mi yo muerto y mi yo vivo se cruzaran brevemente en esa puerta que lleva al sueño.

Hasta namaste, baby

Todos los días, cuando termino de trabajar (vendo luminarias industriales), me purifico con una pequeña oración, aunque no sigo ninguna religión particular. Cierro los ojos mientras cojo la chaqueta de la percha o mientras apago el ordenador, y dejo que mi mente explore el pensamiento secreto de la nada. Esta práctica me la enseñó Sonia, mi mujer. Mi intento suele resultar efectivo para borrar los pequeños problemas y los números a la baja que podrían preocuparme, y así puedo disfrutar de mi paseo nocturno hasta casa. Aunque mi empresa está situada en un gran centro comercial con multitud de productos, justo detrás de los contenedores de basura del supermercado hay un carril bici que va hasta una manzana de distancia del bloque de viviendas donde resido en las afueras. De camino, si se me ha dado bien sentir la nada, consigo percibir la presencia y luego la pérdida de cada nuevo instante que transcurre. Puedo observar las hojas que se agitan y oír el gorjeo y el cricrí de los grillos y las chicharras. El martilleo de los sitas. La rabiosa indignación de los cuervos. O, en esta época del año, en noviembre, la austera belleza de los árboles despojados de sus hojas. Para cuando llego a casa, suelo sentir la suficiente paz como para ayudar a mi mujer en su búsqueda por concebir un hijo.

Sonia es profesora de yoga en un spa suburbano llamado El Bosque. Curiosamente, El Bosque taló un bosque de verdad de viejos robles y carpes para instalarse en un buen lugar cerca de la autopista. El centro ahora está rodeado de unas arboledas curvilíneas de álamos larguiruchos. Cuando está sola, Sonia practica una forma de yoga muy disciplinada llamada Iyengar. Pero para los clientes del spa, dirige una clase de relajación más suave. Aunque da clases por la noche, Sonia suele tomarse un descanso temprano para cenar y hacer el amor conmigo.

Cenamos rápidamente la comida que uno de los dos ha preparado a toda prisa y, después, nos dirigimos al dormitorio. Aparta el edredón verde y coloca una almohada debajo de sus caderas para levantar la pelvis en la posición óptima. La penetro y me muevo hasta que eyaculo. Ella permanece tumbada con las caderas levantadas durante entre cuarenta y cinco minutos y una hora. A veces la acaricio mientras yace así. A veces nos contamos nuestro día y hacemos planes: adónde nos mudaremos cuando tengamos más dinero, a quién invitaríamos si alguna vez organizáramos algo en casa. Nos reímos de la familia y nos preguntamos si tendremos un perro o no.

Este intento por engendrar un hijo comenzó hace ocho meses. Desde que empecé esta búsqueda, he experimentado un enorme sentimiento de culpa por esta verdad que conozco y que soy incapaz de compartir. Soy estéril, y lo sé porque me analizaron el esperma cuando participé en unos ensayos científicos en la universidad; era el tipo de cosa que sonaba como una buena idea para unos amigos de borrachera que querían

pagarse una partida de pesca. En fin, no cumplí los requisitos para el experimento. Y aunque Sonia y yo llevamos juntos desde el penúltimo año del instituto, jamás se lo he contado, ni a ella ni a nadie.

Sonia tiene un cuerpo realmente precioso, musculado y flexible, moldeado, por supuesto, por su trabajo, y no me cuesta mucho esfuerzo hacer el amor con ella casi todos los días. Pero además estoy enamorado de ella de una manera normal aunque con un cariño que a veces se vuelve un poco loco: nos vamos de viaje, el tiempo cambia, nos miramos de un modo extraño y el flechazo comienza otra vez, como en el instituto. Sin embargo, desde que nos hemos lanzado en este empeño, siento que la estoy mintiendo cada vez que nos rozamos. He empezado a anhelar los días de su ciclo cuando su cuerpo es infértil o no receptivo, porque me recuerda que no soporto la idea de decirle la verdad.

Mientras voy camino a casa esta noche, respirando el aire fresco y suave, decido que nada más entrar por la puerta se lo contaré sin rodeos, se lo soltaré sin más, diré lo que tenga que decir. Después, podremos comenzar de cero y afrontar las consecuencias.

Por lo tanto, cuando subo las escaleras en torno a las seis de la tarde, estoy preparado con las palabras en los labios, pero Sonia abre la puerta y se pone a bailar arriba y abajo agitando la varita de plástico de una prueba de embarazo.

—¡Positivo! —grita—. ¡Positivo! ¡He dado positivo!

Cuando lo asimilo, me caigo literalmente al suelo. Me arrodillo ante ella en la entrada, aferrado a sus piernas. A ella le encanta mi reacción o la manera en que ella la interpreta, y me acaricia el pelo y me susurra, muy emocionada. Más tarde, quiere hacer el amor. Su piel posee un tono dorado y su corte de pelo ligero con las puntas rubias confiere a su cabeza el aspecto de un pequeño sol. Una belleza especial irradia de sus ojos castaños, cálida y tentadora. Le digo que me da miedo molestar al embrión y me marchó por donde he venido, atravesando las zonas de césped y grava de la arquitectura paisajista hasta donde la ciudad termina. Más allá de donde estamos se extiende una ciénaga asilvestrada donde un promotor inmobiliario ha obtenido la licencia para drenar. Yo soy el segundo hijo de un granjero, el que se va a Minneapolis y Saint Paul, se busca un empleo en la construcción, en ventas o se hace maestro. Tengo náuseas a no poder más. Tengo que sujetarme a los delicados juncos para no caerme.

Durante toda esa noche, no pego ojo. Mis pensamientos ascienden y caen con cada respiración. Cada vez que Sonia se remueve a mi lado bajo la sábana, siento como si ambos nos enredáramos más y más en la retorcida tela.

La clase semanal de yoga que atiende para mantener al día su nivel de competencia se reúne a la mañana siguiente en un antiguo local comercial en la zona elegante de Minneapolis, al lado de una tienda de discos. Espero al otro lado de la

calle mientras me tomo un capuchino de cuatro dólares veinticinco, hasta que la veo entrar. Pago, cruzo la calle y me detengo delante del escaparate. Estoy allí por la forma que tiene de hablar de su profesor: con demasiada displicencia. Con información ambivalente: es muy duro, es muy majo. Es increíble o es ni fu ni fa. Ahora veo cómo se acerca a un hombre, supongo que es el profesor, ya que el tipo se gira hacia ella y se aparta de un pequeño escritorio donde se amontonan pilas de papeles y camisetas. Hay una diminuta caja de caudales y un calendario de mesa. El hombre se levanta y rodea la mesa. Lleva puesta una camiseta sin mangas de color naranja, que reza en la parte delantera «Namaste» con letra florida. Su pantalón corto para correr es corto. Muy corto y sedoso. Tiene un aspecto ridículo. Tal y como cabría esperar, es flexible, aunque también es bastante musculoso.

Ella se lo está contando, me digo, ¡se lo está contando!

Este es el momento de la verdad. Pero aunque ella esté hablando y gesticulando con gran emoción, el tipo de momento guarda las distancias. Asiente con la cabeza y escucha. Su sonrisa es un destello blanco, apenas un fogonazo. En una esquina, hay unos pocos alumnos más con ropa elástica haciendo lo que deben de ser ejercicios de calentamiento. Sonia se calla y se dispone a alejarse, cuando él la coge del brazo. Pero no es un gesto anodino. Es un gesto lleno de significado. Lo que me demuestra que él es el que habla: justo cuando alarga el brazo para retenerla, recorre con la mirada al mismo tiempo a los demás alumnos para cerciorarse de que nadie está mirando. Mientras la sujeta del brazo, se encuentra ese poquito demasiado cerca de ella, en su espacio vital, y cuando le habla, la mira fijamente a los ojos.

Eso me basta. *Hasta namaste, baby*. Ya no hay duda. Me alejo, subo al coche y arranco. Muy pronto me encuentro en el I-94 rumbo al oeste, creo, y pienso, qué carajo. Iré a ver a mis padres. De modo que me dirijo a Dakota del Norte. Las cuatro horas transcurren como si nada. Porque no es nada; estoy atrapado en el éxtasis de ese instante que busco cada día. Ese instante nada. Casi he llegado a mi pueblo natal, Mooreton, y atravieso una población más grande, cuando, a un lado, diviso una tienda que se llama Armería Lock'n Load. En realidad, lo que no era más que un escaparate vacío la última vez que pasé delante tiene ahora en la ventana un enorme cartel de cartón blanco, escrito con rotulador en letras negras cuidadosamente delineadas. Aparco el coche y me bajo. La apóstrofe antes de la «n» representa a una diminuta pistola de vaquero, dibujada por un niño.

Suena un timbre cuando entro en la tienda y un hombre bajito con el pelo moreno cortado a cepillo me pregunta qué puede hacer por mí. Parece fofo y pálido con su camiseta negra, aunque quizá en otro tiempo levantara pesas. Tiene ese aspecto de jugador de fútbol bajo y fornido de instituto, pero los músculos de su cuello y sus hombros van cayendo hasta juntarse en el estómago. Le explico que necesito una pistola. Adopta un gesto entendido y cómplice, y asegura que será un placer ayudarme.

Me froto la barbilla y doy una vuelta por la pequeña habitación cuadrada. Hay

fusiles y escopetas de caza expuestos en unas vidrieras. Las municiones descansan en unas estanterías detrás del mostrador. Un surtido de cuchillos de caza forma un círculo, dibujando una flor de hojas.

—¿Prácticas de tiro al blanco?

—No. Tengo que matar a un tipo que hace yoga.

—Algo para defender el hogar, entonces.

Asiento.

—Le sugiero una caja fuerte que pueda cerrar con llave y tener en la mesilla de noche. Y podría guardar esto en el interior.

Extiende la mano debajo del mostrador y saca un Rossi negro, un .38 especial y lo deposita sobre el cristal.

—¿Es usted ya propietario de algún arma?

—No.

—Bienvenido al club. ¿De dónde es?

—De Minneapolis, pero me crié por aquí.

Cojo el Rossi y el hombre me enseña cómo tirar hacia atrás el martillo y cómo cargarlo. Me informa del campo de tiro que hay cerca y me recomienda que siga un curso de seguridad en el manejo de armas de fuego. También me dice que para salir por Minneapolis con esta arma escondida, necesito pedir un permiso. Le pregunto por los fusiles de la vitrina.

—Esos puede llevárselos a casa sin más —explica.

—¿Y cruzar los límites del estado?

—Siempre y cuando pase por caja.

Dejo el Rossi y le entrego mi carné de conducir. Mientras se atarea en el ordenador, voy sopesando cada fusil, uno tras otro. Hay algo triste, reconfortante, obstinado, lento y demasiado personal en cada uno de ellos. Los dejo en su sitio hasta que me topo con una escopeta de pistón de calibre 12 de líneas puras. Me viene a la memoria el viejo y destartado calibre 12 que tuvo mi padre una vez.

—¡Está limpio! —anuncia el armero—. Ni siquiera una multa de aparcamiento sin pagar.

Cojo la nueva versión de la escopeta.

—Buena elección. No hay nada más disuasorio como el sonido de ese pistón.

Lo compro. Me vende el Rossi también, y municiones. Una caja de balas para cazar ciervos para la escopeta. Me llevo todo y lo guardo en el maletero del coche; luego prosigo hasta Mooreton. Mis padres viven en las afueras del pueblo, donde la granja linda con la última calle hacia el oeste. Mi hermano se hizo cargo de la granja cuando se jubilaron. Detrás de su casa hay una pequeña franja de jardín y luego casi un kilómetro de girasoles. Las cabezas marchitas y negras cuelgan con pesadez de los tallos huecos, contemplando la tierra.

Mi madre aguarda en las escaleras delante de la casa. Lleva un vestido suelto de cuadros rosas y una rebeca ajustada. Sus tobillos descienden en línea recta hacia los zapatos.

—¡Ay, Dios mío! Gene, sal rápido. ¡Es Dave!

Me bajo del coche. El olor a tierra de noviembre que brota de los campos me resulta familiar, gélido y limpio. Rodeo los hombros de mi madre con el brazo y entramos en casa juntos. Mi padre sale del cuarto de baño. Está encorvado y avejentado, pero cuando me ve, todo su rostro vuelve a dibujarse alrededor de una enorme sonrisa que la gente dice que yo he heredado. Se cepilla los dientes con pasta con blanqueador porque se siente orgulloso de cada uno de sus dientes. Su rostro ha encogido un poco, y por primera vez alcanzo a ver el contorno de su cráneo.

—Has adelgazado, papá.

—Casi me pillas con los pantalones por los tobillos. He estado enfermo con gripe. Menuda cagalera. Pero ya estoy bien. Acabo de plantar uno muy duro, Betts.

—Ay, qué bien, papi. ¿Tienes hambre, Dave?

Mi hermana reprende a mis padres por la manera con que hablan de sus intestinos, pero a mí no me molesta. Me siento y charlamos, como solemos hacer, poniéndonos al día, dejando algunas cosas claras y solucionando otras. Galletas, café y bizcocho de café. Mi hermano Glen llega, pero se marcha para ir a buscar a su hija a un club de debate en el pueblo. Traen la sopa. Con fideos *spaetzle* alemanes. Judías blancas. Más café. El final de la tarde se aproxima.

—Bueno, tengo que marcharme.

—¿Te vuelves a Minneapolis? No vas a llegar antes de que se haga muy de noche.

Les explico que me he tomado el día libre, pero que debo entrar a trabajar al día siguiente a las ocho. Tenemos una importante reunión con todo el personal.

Están acostumbrados. Mi madre levanta las manos y sacude la cabeza. Mi padre asiente. Mientras me inclino hacia adelante para darle un abrazo, extiende de pronto los brazos, me coge por los hombros, me mantiene a distancia y me observa entrecerrando los ojos. Tiene una mirada sagaz.

—Aquí hay algo más, me apuesto lo que quieras.

—Yo también lo creo, Gene —refrenda mi madre. Como no abro la boca, su semblante también se cierra—. Pero déjalo tranquilo. Ya nos lo contará a su debido tiempo, como siempre hace. —Me da una palmadita en el brazo—. ¿Verdad que sí, Dave?

Abandono Mooreton y me dirijo de vuelta hacia el este, hasta que de repente tomo un desvío. La carretera se estrecha y serpentea hasta una gravera: el lugar donde Sonia y yo solíamos venir con el coche cuando íbamos al instituto. Yo cogía el coche

los fines de semana. La recogía en el pueblo, pero no íbamos a ninguna fiesta, o si no, nos marchábamos pronto. Nos enrollábamos hasta que se empañaban los cristales y luego abríamos las ventanillas un dedo hasta que teníamos demasiado frío. Aquello duró dos meses, lo que me pareció una eternidad. Después de que comenzáramos a acostarnos juntos, ya no pudimos parar y ni siquiera fingíamos que nos íbamos de fiesta o al cine. Salíamos directamente del pueblo a la menor ocasión y veníamos a esta gravera.

Ya nadie excava grava aquí, y no es más que un agujero lleno de agua fría y negra. Lo rodean unos árboles. Ha crecido un bosque. Justo después de la gravera se extienden altos campos de rastrojos de maíz. En cuanto aparco el coche, lo comprendo todo: por qué me detuve y compré las armas, por qué fui a ver a mis padres y por qué he venido hasta aquí. Lo único que no sé es qué arma utilizar. Me bajo y abro el maletero; saco cada arma con sumo cuidado y las cargo bajo la luz crepuscular. Me tiemblan las manos, así que las froto para calentarlas. Llevo el Rossi a la franja boscosa, pero enseguida regreso y cojo la escopeta. No puedo decidirme. Me encuentro en medio del bosque, sopesando un arma en una mano y meciendo la otra, cuando de pronto oigo unos disparos al otro lado de los maizales, rápidos, pum, pum, pum. No me he olvidado de la temporada de caza, ni tampoco me he acordado de ella. Pero ahora me asusto momentáneamente, porque voy vestido de marrón. Después, me echo a reír ante la ironía de mi preocupación, dado que avanzo hacia la gravera con las dos armas de fuego, y que de manera regular levanto una de las dos, el Rossi, y me apunto a la sien.

Con el Rossi apoyado en la sien, observo la hierba parda, los surcos levemente aplastados y una lata de Pabst oxidada. Escucho mi propia respiración, como si sonara lejana, cuando se oye un estruendo. Bajo el arma y caigo de rodillas. Unos ciervos, cuatro, cinco o tal vez seis, huyendo de los cazadores, se precipitan por el aire. Se elevan a mi alrededor y por encima de mí. Unos ojos profundos, precisos y serenos. No se oye ni un ruido. Hay un olor a hierba, un fuerte aroma a almizcle. Después, detrás de mí, sus cascos golpean el suelo.

Al cabo de un rato, me levanto y doy media vuelta. Somos motas de polvo esparcidas sobre la faz de la tierra. Me llevo las armas de vuelta al coche, quito los cargadores y las guardo de nuevo en el maletero. Después, me dirijo a la casa de Glen. Sigue en el pueblo para recoger a su hija, así que deposito las armas en una estantería alta en su garaje con todas las municiones y me marchó.

Bien entrada la noche, Sonia y yo nos metemos en la cama. Pasamos la primera hora desde que yo llegara en la misma habitación, en el mismo sofá, escuchando música y sin hablarnos. Ahora que estamos acostados el uno junto al otro en la oscuridad, lo suelto.

Le cuento que sé lo suyo con el profesor de yoga.

—No puedes volver allí nunca más —sentencio.

Al principio, ella lo niega, pero mi seguridad vence su resistencia. Tengo una sensación de poder y una sensación de paz. No estoy enfadado, no soy tonto y no soy suicida. No soy ninguna de esas cosas. Duermo a pierna suelta sin soñar nada. Al despertar, la oigo en la cocina. No pienso hablarle durante toda la mañana, ni siquiera para contestarle cuando me diga adiós. Pero no me dice adiós. Solo sale por la puerta. En el trabajo, tomo mi tiempo para guardar todas las fotos de Sonia que tengo en la mesa. Sonia riéndose. Sonia de perfil. Sonia con el gato que rescató. Sonia y yo. Detrás de nosotros, las aguas de un lago.

Necesito decirlo varias veces: no soy ninguna de esas cosas. Sin embargo, esa misma tarde, en lugar de mi momento nada, pienso en la camiseta del tipo del yoga. La sangre hierve en mis oídos. Cojo el coche, me dirijo de nuevo al local en el barrio elegante y aparco en la plaza que hay justo detrás y que pone «reservado». Me quedo de pie junto al coche, y cuando él llega en el suyo, espero hasta que deja de gesticular detrás del volante y se baja del vehículo. Lleva un pantalón de chándal gris y una sudadera con capucha, y deja el motor en marcha.

—Por favor, quite el coche de ahí. Es mi plaza —dice.

—Soy el marido de Sonia —respondo.

Avanzo hacia él con los brazos extendidos y de un golpe lo lanzo contra el lateral de su coche, pero no soy bueno peleando y no sé qué debo hacer ahora, salvo utilizar los movimientos de lucha libre que aprendí en el instituto e intento derribarlo. No lo consigo. Cuando estoy a punto de lograrlo, se endereza con gran flexibilidad e, incómodo, intenta hablar como una persona razonable. Al final, termino por propinarle un puñetazo y mis nudillos rozan sus dientes. Abre los ojos como platos. Tiene los ojos marrones, como ella, y su cara posee unos rasgos severos y hermosos, lo cual será bueno para el bebé, me digo. Comienzo a golpearle con los nudillos, los codos e incluso la cabeza. Soy una máquina ridícula. Pronto le empiezan a sangrar la boca, los oídos y la nariz, mientras tiene arcadas y pide ayuda; y de repente gente de todo tipo aparece en el callejón junto a nosotros, alumnos de yoga, que me clavan los dedos con sus escuálidos brazos y me dan patadas con sus pegajosas zapatillas de yoga.

Esa noche, Sonia se muestra desconcertada.

—¿Por qué lo hiciste? —pregunta una y otra vez—. ¿Por qué?

—Ve con él si quieres —respondo—, pero te advierto algo: lo que empieza con un engaño termina con un engaño.

Quiere quedarse conmigo y me dice que me quiere, pero a medida que pasan las semanas, me doy cuenta de que no puedo estar cerca de ella. Una noche me toca y yo le aparto la mano; tan solo con ese gesto, me digo, en lo más hondo de mí lo nuestro se ha acabado. Permanecemos tumbados en silencio, con los brazos extendidos a lo largo del cuerpo como dos momias, y parece como si estuviéramos enterrados en el aire, en la triste oscuridad, y siento tal desolación que sé que voy a venirme abajo.

—Esto no va a funcionar —digo al fin—. Tendrás que volver con él.

—Pero yo no lo quiero —responde, con un tono tan razonable como el de él.

—Entonces ¿por qué tuviste que emponzoñarlo todo?

Es incapaz de contestar. Pero yo tampoco soy capaz de decirle la verdad sobre mí. He decidido no contárselo, jamás lo sabrá, jamás le hablaré del experimento en la universidad.

—¡Estoy segura de que no es suyo! El niño es tuyo. Estoy segura de ello —grita de repente.

Me quedo callado, consciente de que esto es justo lo que quería escuchar.

Comienza a contarme más cosas y le digo:

—¡No, cállate, joder! No quiero saberlo.

Pero ahora la tristeza rezuma de mis huesos. La atraigo hacia mí y ella abre las piernas y me abraza la cintura.

—Está bien —le digo, con voz despiadada y rota—, reclamo a ese niño. Ese niño es mío. Tú eres mía.

Mi rostro se hunde en el suyo y comprendo que lo que estoy haciendo surge de aquel lugar de locura donde me hallaba antes de que los ciervos pasaran por encima de mí, bendiciéndome misteriosamente.

—El niño es tuyo, y yo soy tuya —dice.

Después, con voz más triste, más suave y más furiosa, me dice que preferiría morir antes que volver a hacer lo que hizo. Que ella no es así. Escucho todo lo que tiene que decir. Pero yo sé que ella es así. Las personas son sus actos. No cambian. Hay un punto débil, un punto de podredumbre, una tablilla oculta en una hermosa tarima. Y sé, mientras la beso y me sumerjo en ella, que volverá a hacerlo. Llegará un momento. Volveré a experimentar ese desarreglo de todo lo que creía comprender. Mi mundo se pondrá patas arriba. Echaré las tripas detrás de la tienda de algún fontanero, o de una ciénaga convertida en urbanización o de un taller de yoga. Pero también sé que transcurrirá bastante tiempo antes de que la abyección, la vergüenza y la gratitud se desvanezcan de su corazón y vuelva a aburrirse. Después, pongo la mano donde anida el bebé y me imagino el remolino. Los ciervos planean sobre nosotros. Estoy seguro. Los años antes de que todo aquello ocurra serán unos años maravillosos.

El futuro hogar del dios viviente

Mientras recorro el largo pasillo verde savia del hospital Fairview Riverside en Minneapolis para hacerme una ecografía fetal de nivel dos, te prometo lo siguiente: seré una buena madre, aunque no haya dado una a derechas hasta ahora. Te he estado siguiendo la pista con mi libro de segunda mano de *Guía de la clínica Mayo para un embarazo saludable*, así que estoy preparada. Serás feo, pero claramente humano. Has pasado de renacuajo a algo vagamente humanoide y has perdido tu rabo embrionario. Has reabsorbido las membranas entre los dedos de los pies y de las manos y te han crecido las pestañas, las orejas y un diminuto esqueleto. Has desarrollado un cerebro de doscientas cincuenta mil neuronas por minuto. Me he saltado las páginas sobre espina bífida, síndrome de Down y la trisomía 13. Sé que estás bien. Ya puedes entrecerrar los ojos, fruncir el ceño, sonreír, tener hipo y quizá lo estés haciendo mientras deslizo la mano por la barandilla que recorre la pared.

—Dios... Deberían llamar al útero simplemente... Dios —digo a la delgada enfermera que tiene el cuerpo de una bailarina de ballet y toda la pinta de ser vietnamita—. Así se podría decir que su útero estaba colmado con un bebé, o que su Dios tenía fibromas, o que hubo que practicarle una diosectomía, ¿no le parece?

—Disculpe, ¿qué ha dicho?

—¿No le parece?

—Por supuesto.

El perfecto acento amable de la gente de Minnesota resulta sorprendente en boca de una mujer tan exótica y elegante. Se inclina sobre el impreso al mismo tiempo que yo. Hay una cantidad de preguntas, todas relacionadas con enfermedades hereditarias del corazón o del hígado, cánceres e incluso hábitos adictivos.

—Soy adoptada —le informo.

—¿Conoce a sus padres biológicos?

—Mi madre biológica me escribió una carta hará cosa de un año.

La exquisita enfermera espera.

—Nos escribimos —explico con un hilo de voz, lo que es una pequeña mentirijilla, aunque todavía conservo una carta suya. Una página, a la que nunca contesté.

—Bueno, supongo que podría usted preguntarle, de todas maneras —asiente—. Esa información podría serle muy útil a su bebé. —Me mece el codo—. Tiene usted un nombre precioso. Cedar Hawk Songmaker^[20]. ¿De dónde le viene? ¿De su tribu?

A la mayoría de la gente le llama la atención mi nombre.

—Songmaker es un antiguo apellido británico.

—¿Y qué hay de Cedar? ¿Y de Hawk?

—Mi nombre indio es Mary Potts —le digo. Baja la vista de nuevo hacia el impreso con gesto pensativo: su rostro esboza una permanente y enigmática sonrisa.

Como Mary, me apartaron de mi madre Potts por nuestra mutua adicción a una sustancia que le gustaba más que yo. Como Cedar, soy la hija adoptiva de una pareja progresista a la que he defraudado. En cuanto a la carta de mi madre Potts, abrí el sobre, leí lo que contenía y exclamé «¡A la mierda!» antes de arrugar la hoja, tirarla a la basura y recuperarla después. Sé perfectamente dónde está la carta: en casa.

—Lo haré. Se lo preguntaré —digo enérgicamente, mientras la enfermera me conduce hasta una habitación en penumbra.

—Tiene un pelo precioso, de todas formas.

Me lo alisa por la espalda.

Después de que me haya ayudado a subir a la alta camilla que semeja una mesa con un taburete plegable, me siento expuesta y temblorosa. Otras mujeres traen a sus amigas, incluso tal vez a un marido. Pero mis amigas han muerto o están en la cárcel. Mis padres se han distanciado de mí y todavía no saben que estoy embarazada. Estoy a punto de perder el empleo que conseguí falsificando mis referencias. Además, hace cinco meses, me olvidé de preguntarle el nombre a tu padre, un hombre con el que estuve una sola noche.

Me subo la camisa hasta debajo del pecho. El médico, alto, con actitud profesional y gesto serio, me estrecha la mano. Tiene la palma dura y seca. Se sienta en un taburete junto al sillón giratorio justo al lado de mi muslo derecho, donde una ecografista, una rubia fibrosa, pulsa unas teclas y ajusta la pantalla del ordenador.

—Vamos allá —dice el médico.

La ecografista deposita un pegote de gel transparente sobre mi piel y maneja la sonda como si fuera un grueso lápiz. Lo he leído todo sobre ese chisme y sé que la sonda contiene transductores que emiten y reciben sonidos. La máquina ya está emitiendo ondas sonoras con unas frecuencias que van de uno a veinte millones de ciclos por segundo. Imposible oírlas, claro. Apoyada sobre los codos, observo el ordenador que interpreta las señales que rebotan sobre ti.

—Lo notará frío —advierte la mujer, y me separa las piernas.

Estiro el cuello hacia la pantalla. La ecografista mueve la varita con cuidado y se detiene en dos ocasiones.

—Ahí estás —dice cuando te encuentra.

Gira el transductor hacia un lado de mi vientre y continúa moviéndolo. Al principio solo se ve la masa borrosa y gris del útero, y de pronto la pantalla se torna antracita y, saliendo de la oscuridad, aparece tu manita agitándose. Se ve con mucho detalle, en tres dimensiones, y yo diviso minúsculas arrugas en la palma de tu mano y pulseras de arrugas en la muñeca antes de que tu mano desaparezca en la nieve de la pantalla. Hay algo en tu mano, y durante un instante estoy alterada. Quiero bajarme de la camilla. Quiero decir «Ya basta, es suficiente», pero al mismo tiempo, quiero

volver a verte.

—¿Se puede ver el sexo? —pregunto—. ¿Lo pueden ver?

Pero nadie en la habitación me escucha, nadie me oye. Veo el arco que dibuja la columna vertebral, una diminuta serpiente blanca, y de nuevo tu mano se abre de golpe, como presionando la oscuridad. La ecografista roza los huesos de la rodilla y un codo. Después, se adentra en la espesura de tus costillas. El corazón, dice. Veo las cavidades de las cámaras, una neblina gris, después las válvulas de tu corazón que chasquean como un hombrecillo tocando el tambor. Tu corazón entero aparece ahora en la pantalla y la mujer hace algo con el aparato de modo que tu sangre se convierte en luz que entra y sale de tu corazón. La sangre que sale es un fuego dorado y la que entra es un fuego azulado. Veo el fuego de la vida titilando por todo tu cuerpo.

Murmuro algo, o suspiro, y tengo ganas de gritar. La habitación se abre. Tengo la sensación de que el tiempo se ha modificado, que estamos en una corriente que no conduce a ninguna parte, como si esta habitación del hospital se hubiese abierto de pronto de par en par al universo.

—¿Pueden hacer eso otra vez? —murmuro.

Pero el médico está ahora muy concentrado, señalando algo y asintiendo con la cabeza.

—Ahí —dice.

Y entonces la ecografista pulsa una tecla.

—¿Se puede ver si es niño o niña? —pregunto alzando la voz.

Pero ninguno de los dos me responde. La mujer está absorta, totalmente concentrada en lo que está viendo. Ahora se encuentran en el interior de tu cabecita, observando hacia arriba desde debajo de la mandíbula y luego examinan la estructura de tu cerebro, que se me aparece como un torbellino de hielo contenido en un perfecto círculo de ceniza blanca. Me da la impresión de que tus pensamientos ya se están organizando y reorganizando, y mientras me lo imagino, también comprendo que hay algo que está mal, algo no marchaba bien. El ambiente ha cambiado; el médico no abre la boca. La imagen se ha detenido. La están mirando y mirando. No dejan de mirarla.

—¿Niño o niña?

De pronto tengo la garganta seca y una gran desazón. Ya no veo nada en la pantalla, solo marcas blancas. Después, pequeñas crucecitas negras. Aun así, no parecen capaces de apartar los ojos de la pantalla hasta que grito:

—¿Qué coño pasa aquí?

Ambos se vuelven hacia mí y veo que están pensando qué decirme.

—No estamos seguros —responde el médico con mucha cautela.

Tiene los ojos muy abiertos y la mirada fija.

Algo se resquebraja dentro de mí, una grieta oscura, y el miedo se filtra en mi corazón. De repente me siento extremadamente serena.

—Tiene el síndrome de Down.

—No. No creo. ¿Conoce usted sus antecedentes genéticos...?

—Es adoptada —interviene la enfermera.

—¿Qué ocurre? —les pregunto.

El médico coge la mano de la ecografista, que parece petrificada, y con delicadeza retira la sonda de mi cuerpo. Es un hombre amable, ahora me doy cuenta, un hombre con aspecto corriente de la misma edad que mi padre Songmaker, con un rostro cuadrado y ajado y unos ojos grises que la luz de la pantalla ilumina.

—No estoy seguro —explica con suavidad—. ¿Conoce a sus padres biológicos? ¿Sería posible conseguir información?

Me levanto rápidamente mientras intercambian impresiones, me pongo la camisa a toda prisa y abandono el hospital tambaleándome, deseando emborracharme de la peor manera posible, tomarme un par de Ativans y relajarme. Y al despertar, ya no estar embarazada. Me tiemblan las manos y las llaves repiquetean entre mis dedos. Antes incluso de que consiga arrancar el coche, tengo que abrir la puerta y vomitar. «Esto no ha ido bien», me digo al alejarme del hospital. «Esto no ha ido nada bien». Supongo que es un ataque de pánico; las lágrimas me escuecen en los ojos y me duele la sensación de ser de nuevo una niña atrapada en un problema gigantesco. Supongo que son esas cosas las que me hacen girar el volante y me convencen de que debería responder a esa carta o, incluso de hacer antes una llamada telefónica.

Mis padres adoptivos son Sera y Alan Songmaker. Somos ratones de iglesia en un barrio acomodado. Mis padres heredaron mucho dinero, pero hicieron gestos extravagantes a favor de causas que ya no existen hoy día, elecciones de las que todavía se ríen en la cena, brindando por las grandes sumas perdidas con vino barato vendido a granel. Ambos descienden de aquellos magnates sin escrúpulos que esquilmaron las tierras de Minnesota despojándolas de sus añejos bosques, que vaciaron las minas de cobre de Red Cliff, asolaron los yacimientos de hierro de Iron Range, colocaron raíles y construyeron líneas de ferrocarril que todavía marcan las dos Dakotas como enormes puntos de sutura a lo Frankenstein. Toda esa acumulación de riqueza se fue consumiendo en casa de Sera y Alan Songmaker. Ya no les queda nada, salvo la vieja cochera donde me crie, que fue separada de la antigua y enorme mansión familiar. Esa «belleza georgiana de perfectas proporciones», de la que he oído hablar hasta la saciedad, fue derribada y sustituida por un edificio de ladrillo con dieciséis apartamentos.

Alan todavía está resentido por ello. Cuando vendió la mansión a la ciudad, era para convertirla en un museo. Pero la administración cambió y el nuevo gobierno municipal vendió a su vez la propiedad durante el declive de los años setenta, cuando todo el mundo se mudaba a los suburbios. Ellos se quedaron para vivir cerca de un amplio lago verde, que ha sido invadido recientemente por unas algas exóticas y arroyuela. Y, en 1988, me adoptaron. Durante una de las muchas ceremonias que Sera se inventaba y organizaba, inspiradas en sus eclécticas lecturas sobre cultura indígena

y Rudolf Steiner, depositamos tabaco sagrado alrededor de la casa y después manchamos de savia unas velas blancas, que clavamos en el suelo y encendimos. Comimos pan, queso Jarlsberg, yo bebí cerveza de jengibre y mis padres tomaron vino. En la sombra del complejo de apartamentos, nos envolvimos en mantas sobre la hierba y cantamos canciones de manifestaciones por la paz hasta quedarnos dormidos. Eso fue antes de que yo cayera en desgracia, antes de que les hiciera infelices, antes de que me hiciera mayor. Es uno de los mejores recuerdos de mi vida.

Detengo el coche en la entrada y mis ojos vuelven a nublarse. Lágrimas de pánico. Es un error venir aquí y lo sé. Mientras me dirijo hacia la puerta de atrás, tengo la intención de contarles lo tuyo a mis padres enseguida. Pero no están en casa. Utilizo la llave que ellos no saben que tengo y entro en la cocina, me sirvo un vaso de leche porque se supone que tengo que beber leche. Me la tomo mientras miro por la ventana trasera. En el jardín de atrás, Sera ha plantado brotes de cinias, margaritas, salicarias y digitales. Hace un tiempo excepcionalmente cálido para un mes de septiembre, y una suave brisa agita la pesada masa de hojas en los árboles centenarios que bordean nuestro camino de entrada.

Me arrastro a la planta de arriba hasta mi antigua habitación y abro la maleta donde arrojé la carta sin miramientos. Ahí está, todavía arrugada en una funda de zapato.

Me gustaría conocerla si fuera posible... Nunca me he olvidado... La abuela sigue viva... Mi hija Mary y yo somos ahora las dueñas de la estación de servicio Superpump... Esperando saber de...

La aliso y la bajo a la cocina. Hay un número de teléfono abajo del todo y lo marco.

—¿Boozhoo?

Bien, pienso. Habla francés.

—*Bon jour* —digo.

—¿Diga?

—Hola.

—¿Quién es?

—Soy, eh, Mary Potts, originalmente. Recibí una carta de Mary Potts Senior hará cosa de un año; se puso en contacto conmigo por el hecho de que es mi madre biológica. ¿Eres...? Me refiero a que no sueñas como Mary Potts Senior, quizá seas...

—¿Qué coño es esto?

—No, quiero decir que tengo una hermana pequeña...

—¡Mamáaaaa! ¡Hay una loca hija de puta al teléfono que dice que eres su madre y que le escribiste el año pasado!

Murmullos. Una vez. «Dame eso». Un sonido seco y chisporroteante cuando alguien deja caer el teléfono. Una voz temblorosa que pregunta: «¿Quién es, cielo?». Una voz de mujer. «¡Nadie!». De nuevo la primera voz. «Largodeaquícoño». Un grito

furioso que se va apagando y termina con un estruendo: ¿un portazo?

—¿Mary Potts Senior? —pregunto a la respiración cavernosa al otro lado del teléfono.

—Al habla. —Un susurro. Un sonido ronco cuando carraspea—. Sí, soy yo. La que te escribió.

De repente me entran unas terribles ganas de llorar, me duele el pecho, no puedo respirar, me estoy derrumbando. Lo único que quizá pueda vencer lo que estoy sintiendo ahora mismo es una rabia loca y simultánea que hierve dentro de mí y me hiela la voz.

—Por casualidad, ¿estarás ahí mañana?

—¿Ahí?

—En casa.

—No tengo nada que hacer.

—Entonces me pasaré por allí. Iré a verte. Necesito hablar contigo.

—Vale.

«¿Quién es, cielo?». La voz de una anciana. «¡Nadie!», grita de nuevo.

Hago caso omiso al hormigueo que siento en la garganta, la reacción ante la segunda vez que dice «nadie».

—¿Quién te llama «cielo»? —pregunto.

—Es mi nombre —responde Mary Potts Senior—. Todo el mundo me llama Cielo.

—Ah.

Su voz suena tan humilde, tan susurrante, tan asombrada y tan asustada. Siento un arrebató de algo, tal vez más rabia, que me hace temblar, pero solo se materializa en una gramática fría y extrañamente complicada.

—Pues estoy segura de que resulta de lo más apropiado, Cielo. No obstante, creo que te llamaré Mary Potts Senior sin más, si te parece bien.

—Pero yo no soy la mayor. Lo soy casi, pero aún no. La abuela todavía vive.

—Está bien, Mary Potts Casi Senior. Y ahora, ¿podría pedirte instrucciones para ir a tu casa?

—Claro que puedes —responde Mary Potts, o Cielo, pero luego se calla.

—¿Y bien? —digo con voz gélida.

Cielo ahora se pasa de lista.

—Dijiste que si podrías pedir. ¿Estás pidiendo?

Experimento una punzada de lo que ha de ser un odio instantáneo, porque fue ella quien me escribió, fue ella quien me pidió que me pusiera en contacto con ella y fue ella quien me parió y luego me abandonó. Pero puedo soportar sus mezquinas manipulaciones.

—Tú solo dímelo —digo con una voz serena y neutra—. Llegaré desde Minneapolis.

Más tarde, estoy a punto de abandonar la casa, pero entonces, la educación que recibí de niña se impone. «¡Déjanos siempre dicho adónde vas!». Dejo una nota para mis padres. «Queridos Sera y Alan, o sea mamá y papá. Estoy embarazada. Me voy a ver a mi madre biológica porque necesito información. Vuestra otrora hija, Cedar».

Subo a mi Chevy Cavalier antiguo, el coche que jamás morirá. Es de un color rojo clásico y oscuro con cuadros rojos a juego colocados en el centro de los tapacubos. Me encanta mi coche, aunque no tenga airbags y el cinturón de seguridad semeje un extraño aparejo que probablemente me estrangularía si frenase en seco. Tomo la autopista, donde solo hay un poco menos tráfico que de costumbre, y me dirijo hacia el norte hasta mi reserva natal Potts. Siempre que viajo por estas autopistas de cuatro carriles me invade la misma sensación extraña, como si avanzara y retrocediera al mismo tiempo. El futuro podría verterse en el pasado, y sería algo así, con mi coche sirviendo de cuello de botella que conectase uno con otro.

Me reconforta ver cómo las cosas desfilan demasiado veloces para poder asimilarlas. Solo permanecen unas impresiones superficiales. Pinos, arces, centros comerciales en el borde de la carretera, compañías de seguros y talleres de tatuajes. Las malas hierbas en la cuneta y la gente que entra o sale de sus casas. Tablones de anuncios parroquiales: «¡Por fin el final de los tiempos!», «¡Preparaos para el arrebatamiento!». En un enorme y vacío campo se eleva hacia el cielo un cartel plantado en el suelo que reza: «Futuro hogar del dios viviente».

No es más que un campo yermo, en barbecho y lleno de maleza, que se extiende hacia el pálido horizonte.

Se me despeja la mente y al cabo de unas horas llego a la reserva. Paso por delante de la gasolinera Superpump de los Potts sin detenerme, aunque aminoro un poco la velocidad. «Bueno, allí está», pienso al pasar, «mi propiedad ancestral», una marquesina iluminada.

Cruzo un puente con un hilo de agua por debajo, lo justito para que sea considerado como un río. No hay ningún desvío durante un buen rato. El desvío a la izquierda que tomo al final me lleva por delante de seis viviendas. Cinco se ven limpias y ordenadas, en buen estado, con un jardín cuidado y un comedero para pájaros; están decoradas con osos negros, arces o traseros de señoras agachadas con pololos de lunares, todo de contrachapado. Un jardín está atestado de sorprendentes trastos: tres piscinitas de niños de plástico azul y rosa chillón, colocadas en vertical, una cama elástica disparatada donde brotan churros de espuma, coches averiados, barcos agujereados que se están arreglando, supongo, cortacéspedes amontonados, tractores cortacésped un poco oxidados y parrillas de barbacoa. Unos perros surgen de las zanjas al azar, aquí y allá, y se lanzan tras el coche intentando morder las ruedas con agresividad. Al fin, llego a un puente y un río grande. Un río de verdad. Por fin uno con agua que corre. Y un desvío a la izquierda al otro lado con una

prometedora carretera que sé que desemboca en una casa amarilla.

Y allí está. Giro en el camino de grava delante de la casa amarilla donde vive mi familia biológica (una vivienda bastante nueva de tres o cuatro dormitorios). Delante hay una bañera puesta al revés en la que se apoya una estatua de plástico de la Virgen María, una rampa para sillas de ruedas, una caseta para perros, la destartada furgoneta negra con floripondios violetas en un costado y una novísima furgoneta al otro lado junto con el esqueleto flexible de madera que debe de ser el armazón de la cabaña de sudación. Y allí, con la edad que corresponde más o menos, está Mary Potts Casi Senior. Maneja una manguera, una manguera de jardín suelta con la que está atizando el polvoriento cojín de un sofá. Esboza una sonrisa maliciosa y burlona cuando llego con el coche y termina de propinar al cojín unos últimos golpes.

Aquí está la mujer que me ha traído al mundo.

—*Holee...*

Extiende los brazos y avanza hasta el coche. Lleva una ajustada camiseta de tirantes negra que deja ver los tirantes rosas de su sujetador y un pantalón pirata deshilachado y negro. Su cuerpo bien proporcionado como el de un oso es puro músculo y tiene un rostro bonito con rasgos regulares. Es mucho más guapa y más joven de lo que yo me imaginaba. Conserva todos sus dientes y tiene unos pequeños ojos negros alegres y esquivos. Su melena castaño oscuro con mechas rojas está recogida en lo alto de la cabeza con una de esas pinzas para el pelo de plástico azul, y lleva pendientes de perlas. Parecen perlas de verdad. Me bajo del coche.

Nos quedamos mirándonos, totalmente incómodas. Para mí este no es momento para abrazos, y tampoco sé qué hacer con las lágrimas que anegan los ojos de mi madre biológica.

—Bonitos —digo, mientras le toco los pendientes—. Bonitos pendientes.

Ella solloza y aparta la mirada, pestañeando.

Reparo en que está masticando un cordón de zapato. Ella se da cuenta de que yo me he dado cuenta y dice que lo hace cuando intenta dejar de fumar. Después, me sonrío un poco, pero con el cordón en la boca resulta muy raro.

—Te pareces a... —dice.

—¿A quién?

—No importa.

—¿A quién? ¿En serio?

—Pues a mí.

—En absoluto —respondo enseguida, sin pensar, como un acto reflejo.

Baja la vista y se mira los pies. Después, se da la vuelta y su recogido tiembla un poco, y se aleja, lo que me permite advertir que, aunque es más bien recia arriba y abajo, tiene las nalgas planas y firmes de una mujer mucho más joven. Enfundada en esos ajustados pantalones piratas negros, no puedo evitar desear, por un instante, haber heredado su culo. Yo soy tan fofa y redonda por todas partes. Cuando no sigo a mi madre biológica (me he quedado observando cómo se mueve su trasero,

seguramente como hace mucha gente), mira por encima del hombro y señala la casa con la cabeza. Camino tras ella, subo la rampa para sillas de ruedas, cruzo el pequeño porche y entro por la puerta principal. La casa tiene una gruesa moqueta y desprende un olor a cosas silvestres: corteza tal vez, o alpiste para pájaros, o bayas hirviendo... y a humo de cigarrillo.

—¿Quieres fumar? —dice—. Tengo una lata de café llena de arena allí fuera para las colillas. Pero aquí dentro no fumo.

Bueno, pues alguien sí que fuma, pienso.

Dejo mi mochila y mi ordenador portátil al lado de la puerta y me siento a la mesa de formica moteada. Observo, mientras prepara en silencio un té muy cargado. Me sirve una taza de té azucarado y toma asiento frente a mí.

—Has salido bonita —suelta sin más, y acto seguido vocifera a la otra habitación—: ¡Ha salido bonita!

—¿Quién está allí?

—Ah, tu abuela. Es vieja, me tuvo cuando tenía cincuenta y tres años, te lo juro, así que no se te olvide. ¡Usa condones hasta los sesenta años, ja!

—Ciento y medio —dice una pequeña voz aguda detrás de la esquina.

Una minúscula anciana, morena y encorvada, mueve su silla de ruedas poco a poco; avanza la silla de ruedas por la moqueta y dobla la esquina.

—Aquí está —anuncia mi madre biológica—. Mary Potts Muy Senior.

—Porrrrrr favorrrrrr —ronronea la anciana, o zumba, mientras se acerca lentamente. Me levanto y la empujo hasta la mesa.

—Mary Ignatia —dice la abuela, a la vez que asiente con la cabeza sabiamente, mientras la aparco—. Ciento un años.

—Todo el mundo me está volviendo loca —protesta mi madre biológica, a nadie en particular—. Y ella —me señala—, ella me llama Mary Potts Casi Senior. Le parece gracioso.

—No me parece gracioso —respondo—. Es que no sé cómo llamarte. No eres ningún cielo para mí.

—Jejejeje.

La anciana abuela se ríe agitando la mano hacia una taza de té que Mary Casi Senior desliza sobre la mesa con cuidado. No soporto todo esto y decido acabar con ello cuanto antes. Me inclino hacia adelante y me dirijo a mi madre biológica.

—Dos cosas. Primero, ¿por qué me abandonaste? Segundo, quiero saberlo todo acerca de las enfermedades genéticas de la familia.

Ambas mujeres han enmudecido ahora y sorben el té con los ojos puestos en la mesa. Mi madre biológica estudia las motas de la formica como si estuviera adivinando el futuro en el diseño de los puntos. Al fin, suelta uno de sus suspiros (empiezo a conocer sus suspiros), y se pone a toser. Calienta para hablar. Tras varios comienzos fallidos, habla:

—No fue porque yo era muy jovencita —dice—. Evidentemente. —Otro gran

suspiro. Vuelta a empezar—. Fue porque..., fue porque... yo era una tonta. No pasa un solo día desde entonces sin que yo haya pensado..., sin que yo haya pensado en lo estúpida que fui.

Me mira sin más.

—Estúpida —repite y asiente con la cabeza. Enrosca y desenrosca el dedo del asa de la taza—. Tomaba drogas. Aunque no durante el embarazo. Después. Me follaba a todos los capullos que se me ponían por delante. Una tonta de remate —susurra—. Pero no pasa un solo día sin que piense en ti.

¿Ni un solo día? ¡Ni una sola hora, no te jode!, me digo. *Yo te necesitaba. Te necesitaba.*

—Pues has pensado en mí más que yo en ti —digo, encogiéndome de hombros.

Nadie habla después de esto. Nos encontramos más o menos en un punto muerto. Sus lágrimas se secan y permanecemos sentadas en silencio.

—Tienes una buena familia, desde luego, forradita de dinero —dice, mientras se sacude y se endereza—. Me mandaron fotos durante dos años. Después, les escribí y les dije que ya no más, que no podía soportarlo.

—¿Que no podías soportarlo? —Siento cómo mis ojos se entrecierran y crece esa cosa dentro de mí, esta cosa que conozco bien y por la que repito mantras y respiro hondo para evitarlo: la ira. Sube, efervescente, como una gaseosa que se agita—. ¡¿Que no podías soportarlo?!

—Perdí... —comienza.

—¿Perdiste qué?

Pero se oye el ruido de un motor que se detiene con un rugido afuera, seguido de unos pasos, unos pasos rápidos y sordos. A mis espaldas suena un fuerte portazo y me giro para ser testigo de la teatral entrada de la Princesa de los Malditos, la Pequeña Mary.

—¿Ella también es una Mary? —No me lo puedo creer—. ¿Qué? ¿Es que no tienes ningún sentido de la originalidad?

Sueno exactamente como mi padre, Alan, pero me da igual. Mary Potts Casi Senior me mira y se encoge de hombros, con gesto contrito, mientras su hija no entregada en adopción entra muy erguida sobre los tacones de ocho centímetros de unas botas negras, luciendo unas medias de rejilla rotas, demasiados piercings como para contarlos, una larga melena con mechones en punta de color violeta. Las puntas caen de forma cómica por la humedad y no sobresalen en pincho salvo por un diminuto flequillo. Sus ojos aparecen rodeados con nitidez con pintura roja: ¿un rotulador Magic? ¿Un rotulador Sharpie? Las pupilas son negras y brillantes. Se tambalea en el umbral, visiblemente colocada.

—Buuueeno —dice.

—Esta es tu hermana —dice mi madre biológica, señalándome con la cabeza. Su mirada es tierna—. De la que te hablé anoche.

—Ah, *nadie*.

Pequeña Mary nos mira con aire ausente y esboza una sonrisa malévola. Sus dientes parecen afilados, ¿es posible? Sus incisivos son un poco más largos que los caninos, y se ven muy blancos en contraste con el pintalabios negro, como unos elegantes colmillos. Es guapa, como su madre, más guapa que yo, pienso, haciendo automáticamente lo que suelen hacer las chicas. Quién es la más guapa. Supongo que las hermanas se están comparando todo el tiempo y en este preciso momento me alegro de no haber tenido antes una hermana en mi vida. Me alegro de no haber tenido a esta madre y a esta familia, salvo quizá por la abuela. Pienso en Alan y Sera y en todo lo que compartimos, y ahora se me llenan los ojos de lágrimas. Me vuelvo hacia mi madre biológica y extendiendo los brazos. Separo sus dedos del asa de la taza de té. Sujeto sus dedos y, con cariño, cojo su mano en la mía.

—No pasa nada, Cielo. De verdad, no pasa nada —digo con absoluta sinceridad—. Con tan solo mirar a Pequeña Mary me doy cuenta de lo buena madre que habrías sido.

Mi hermana Mary tiene dieciséis años y resulta, después de que Mary se marcha y nos ponemos a hablar de verdad, que mi madre Potts cree que, aunque Pequeña Mary no va muy bien en el colegio, no toma drogas; no bebe alcohol ni tampoco fuma. Cielo, de hecho, sacude la cabeza, maravillada, y se saca el cordón de zapato de los dientes.

—Sé que pretendías que tu comentario fuese sarcástico, ya sabes, irónico, qué sé yo. Buena madre. Ya sé que no soy la mejor madre del mundo. Lo sé. Pero la Pequeña Mary se porta realmente muy bien. Es la única chica de toda su clase que no folla ni se droga. Aunque dice que está a punto de venirse abajo.

—Y quién puede culparla. —Me trago las ganas irresistibles que me entran de tirarme al suelo y partirme de risa.

Al cabo de un rato, Cielo se va al cuarto de baño. La casa queda en silencio. No sale. Después, la oigo susurrar, como si estuviera hablando por un teléfono móvil. Pequeña Mary está sentada delante de la televisión y me ignora por completo. De ella mana un extraño olor, más que el olor silvestre que percibí nada más entrar en la casa. Esta vez es un penetrante hedor a pies, además de algo que se está pudriendo lentamente. Detrás de ello, advierto que la puerta de su habitación está abierta. Por el marco puedo verlo: el tipo de espectáculo ante el cual uno no puede más que quedarse boquiabierto, como con un accidente de coche. Solo que esto parece un vertedero alucinante. Me quedo ahí de pie durante un momento, pasmada ante tanto desorden, y después veo que la silla de ruedas de la abuela se encuentra pegada a la mesa y ella se ha quedado dormida muy erguida. Paso por delante de Pequeña Mary y me siento a la espera de que la abuela se despierte.

Mientras duerme, la observo. Nunca he visto a nadie tan mayor. La abuela Mary Ignatia tiene una piel muy suave, más suave que la de un bebé, y sus manos son unas pequeñas, delicadas y encogidas garras. Sus ojos están cubiertos por delgadas

membranas de piel. Pienso que quizá pueda ver a través de los párpados, de lo transparentes que son. Sé, por lo de antes, que es capaz de mirarte fijamente durante un buen rato sin pestañear. Veo que no ha permitido que nadie le corte el pelo en mucho tiempo. Puede que cien años enteros. Lo lleva recogido en una delgada trenza plateada que se enrosca hasta formar un moño. Sus orejas sobresalen un poco, ya que su cabello es muy fino. Un par de pendientes con forma de conchas blancas le cuelgan de los lóbulos, que son delicados y tersos como dos pétalos. Lo más llamativo de todo, compruebo cuando bosteza, es que parece conservar todavía toda su dentadura. Aunque los años han ennegrecido sus dientes, aún se ven fuertes.

De pronto me mira, con esos ojos brillantes tan acerados como dos clavos. La abuela Mary Ignatia se echa a reír, con una risa agradable y susurrante, cuando ve que me he sobresaltado. Tiene una risa de antaño, muy dulce, que se expande como por entrecortadas ráfagas. Nos reímos juntas y le pregunto por sus dientes. Me explica que tuvo un abuelo cien por cien francés que le enseñó la importancia de frotarse bien los dientes con una ramita de sauce pelada. Toma una galleta de la mesa y me muestra cómo es capaz de morder y masticar con el vigor de una jovencita. La fuerza de sus dientes, afirma, es la clave de su longevidad.

—Estoy embarazada —le anuncio en voz baja, para que mi recién hallada hermana no me oiga—. ¿Hay enfermedades en la familia? ¿Anomalías genéticas? ¿Alguna cosa que mi bebé podría heredar?

Al principio, su gesto no cambia. Se me ocurre que quizá mi identidad, el momento en que nos encontramos en el tiempo, el fangoso río de la realidad, todo eso está envuelto en sombras. Pero después, extiende su pequeña y atrofiada garra y me dice:

—Perdimos a algunos.

—¿Perdisteis a algunos? ¿Qué quiere decir?

La abuela Ignatia deja caer la cabeza y se sumerge en un sueño rígido e inmóvil. La llevo en su silla de ruedas hasta su habitación y la ayudo a ponerse de pie junto a la pequeña cama individual; después, la acuesto lentamente sobre el colchón, levanto sus piernas y las coloco con esmero. Sus brazos semejan unas alas de pollo morenas y desplumadas, suaves y flácidas. La cubro con una alegre colcha en distintos tonos de calicó amarillo que forman una nube dorada.

Cuando salgo de la habitación, mi hermanita está sentada otra vez al calor de la televisión. Lleva puesto tanto delineador negro que sus ojos son un fuego sin llamas que brillan de forma endemoniada en la pantalla cambiante. Cuento los piercings que lleva (sus orejas tienen seis o siete cada una) y los pendientes parecen tuercas y clavos torcidos. Ha peinado con fijador el flequillo hacia arriba, formando la cresta negra de un pájaro carpintero. El resto de su larga y fina melena (a la que ha hecho repetidas permanentes, que ha descolorido y teñido con esas mechadas violetas o que ha desteñido una y otra vez) le cae por la espalda como una cortina muerta y arrugada. Ha hecho algunos retoques a su atuendo, sin embargo, y se ha añadido un lazo rosa

en el pelo. Lleva puesto un picardías inapropiadamente sexi, calcetines tobilleros y merceditas blancas. El contraste mona/maléfica produce un efecto todavía más espeluznante que cuando iba vestida de gótica absoluta. Es una especie de gatita de pesadilla.

—Hola.

Me siento a su lado. Ella ni se inmuta.

—Hola —digo de nuevo—. ¿Qué haces?

—¿Tú qué crees?

—Me refiero en general, ¿qué haces en general?

Me mira con un profundo desprecio, sus ojos echan chispas detrás de esa gruesa máscara. Sus labios se despegan para soltar un gruñido y el lazo rosa que lleva en el pelo cabecea como una siniestra mariposa. Asiente con la cabeza mientras habla, como dándose la razón.

—Tú lo que eres es una puta asquerosa. Me das asco, zorra impostora. Tú no eres mi hermana, eres una ETS. Eres una puta sífilis.

Su atuendo me sigue desconcertando: entre vampiresa y muñequita bonita. Pero el odio que exhala es sencillo. Predecible. Aparto la mirada e intento contener el mío.

—Sufres un autorrechazo desplazado —le digo—. Tus sentimientos no tienen nada que ver conmigo. Yo nunca te he hecho daño.

—Y he oído cómo le contabas a la abuela que estás preñada, pero es que se te nota a la legua —suelta con una mueca de desdén—. Eres un pedazo de puta.

—¿De veras? ¿Por qué crees que el hecho de que esté embarazada me convierte en una puta?

Tengo el corazón acelerado pero mantengo la voz tranquila. He comprobado que la mejor manera de repeler la hostilidad es haciendo preguntas. Pero Pequeña Mary es como un político, experta en el arte de no contestar a las preguntas que se le hacen y en no salirse un ápice de su guion. Sigue a la ofensiva. Lleva en la pierna un ligero de encaje blanco.

—Te dieron en adopción, te criaste con los ricachones y ahora te crees más lista que nadie, pero ¡tuviste relaciones sin protección! ¡Oh!

Abre sus pintarrajeados ojos como platos y frunce los labios como una muñeca de madera.

—Estás obsesionada —le digo y, para mi malestar, me chirría la voz—. Tienes el cerebro atrofiado por la metanfetamina.

—¡Sí! —Levanta los puños—. ¡Sí! ¡Venga, vamos!

Pero después se desploma y, en un típico alarde de patológico desequilibrio emocional, rompe a llorar. Unos lagrimones le caen de los ojos.

—No se lo digas a papá. No se lo digas a mamá, ¿vale?

—Creo que ya lo saben. Viven contigo. Huelen tu habitación. Yo puedo olerlo desde aquí.

—¿Me puedes ayudar a limpiarla, porfi?

Me la quedo mirando boquiabierta. Es todo tan raro que podría encandilarme, de un modo extraño, si no existiese ese dormitorio. Ese desorden antinatural. Aun así, me levanto y la sigo cuando se dirige hacia la puerta abierta.

La habitación de Pequeña Mary apesta a calcetines sucios, sangre seca, queso podrido, sudor de chica y desodorante Secret. La ropa sucia tirada en el suelo nos llega hasta las rodillas; la ha ido amontonando y pisando, formando una especie de piso de aglomerado. Entre las estratificadas capas de ropa, diviso bolsas de patatas fritas y palomitas, así como latas de refrescos que ni siquiera se ha terminado. Una pequeña nube de moscas bebés revolotea en círculo sobre un Sunkist de naranja. Hay cosas amontonadas formando un ovillo, pegadas juntas con adhesivo con purpurina, lanzadas contra la pared y espachurradas en las ventanas. Unos confetis de lata cuelgan de la lámpara ventilador de fantasía y hay tangas tirados por doquier. Tangas rosas con purpurina, negros, de lamé dorado, con lentejuelas, de encaje tipo telaraña, con cremallera y tangas con pequeños diablillos de adorno. Se ha desnudado lanzándolos de una patada a las aspas del ventilador de techo. Las cortinas están enredadas en las torcidas barras y hay cristales rotos por toda una esquina.

—Es tarea de tu madre hacer que limpies todo esto —digo con voz tenue.

—Ya, puede —responde Pequeña Mary—. Leyó en alguna revista para padres que es mejor saber elegir las batallas con los adolescentes y que la habitación de un adolescente es su propio espacio privado. Pero yo... —Le tiembla la barbilla y su boca maquillada cae—. No sé cómo hacerlo..., es demasiado...

—No puedo enfrentarme a tu habitación —le digo ahora.

Pero intento ser amable. Por lo visto, padece algún tipo de inestabilidad mental hereditaria y todo ha salido a relucir en la leonera salvaje que es su habitación. Tangas. Oscuridad. Caos. Mientras me invaden unos pensamientos apocalípticos, Pequeña Mary toma una profunda y llorosa inspiración, pasa por delante de mí y entra en ese noveno círculo. Doy un paso atrás cuando la puerta de la habitación se cierra despacio, me alejo con paso vacilante y me siento en el sofá. Me aparto del sitio caliente que acaba de dejar vacío, imaginándome un tanga que se me habría pasado por alto. Al cabo de un rato, tras observar la nada tras la nada en algún canal para adolescentes, donde emiten por enésima vez un programa de citas, decido que le dejaré una nota a Cielo. Me levanto, cojo mi bolso, saco un bolígrafo y busco un trozo de papel donde escribirla. Mientras anoto las palabras «Ha sido un verdadero placer para mí conocerte al fin», sale Cielo del cuarto de baño con el teléfono móvil pegado a la oreja. Mira por la ventana y yo sigo su mirada. Diviso un Volvo antiguo idéntico al de Alan y Sera. Después, pasmada, veo cómo mis padres adoptivos se bajan del Volvo. Primero Alan y, a continuación, Sera. Sin dirigirme una sola palabra, Cielo sale a recibirlos. Avanzan hacia mi madre biológica, ambos con la mano extendida.

Deben de haberse preocupado por mí. Deben de haber conocido a Cielo desde siempre, o al menos haber mantenido el contacto. Aunque el cómo y el por qué no

importa mucho en este momento, solo cuenta el hecho de que están aquí.

Desde el ventanal de la casa, los veo en el camino de entrada, ahora juntos, hablando y gesticulando, una fantasmagoría de padres, que no entiendo pero que está pasando. Ahora caminan juntos hacia la casa. Yo soy el centro de algún vórtice. La cabeza me da vueltas. Tengo la correa de mi mochila en una mano y ahora con la otra levanto mi ordenador portátil y me pongo a caminar lentamente marcha atrás, guiándome de alguna manera por el salón gracias a una memoria soterrada, sin chocar con nada, en franca retirada. Alargo la mano detrás de mí y noto un picaporte. Lo giro y entro marcha atrás en la habitación: el dormitorio de Pequeña Mary. Cierro la puerta y examino la estancia.

El reverso de la puerta está empapelado con corazones verdes pintados a mano con rotuladores Magic, un cartel de Siouxsie and the Banshees, una camiseta de Alien Sex Fiend, un tanga con pequeños clavos plateados de verdad, sujeto con una chincheta, varios posavasos de cerveza alemana, y a saber qué más. Y perifollos también. Cubos llenos de perifollos: montones de volantes y lazos rosa chillón. Me doy la vuelta. Pequeña Mary está sentada sobre la descomunal pila de ropa que seguramente sea su cama. Nos miramos. El delineador se le ha corrido por la mejilla dibujando dos surcos como las lágrimas de un payaso trágico. Cuando abre la boca, pienso que va a gritar o soltar un agudo do a voz en cuello, cualquier cosa menos hablar con voz normal y dirigirse a mí como una persona normal por primera vez.

—¿Has cambiado de idea? ¡Guay! Sé que es mucho pedir —dice—, pero esto es como toda una declaración de intenciones. Qué maja. Gracias.

Bajo la mirada. A mis pies hay una caja de grandes bolsas de basura negras, puestas ahí sin lugar a dudas por Cielo a modo de sutil indirecta. Me agacho, dejo mi mochila y el ordenador donde espero encontrarlos después y saco la primera bolsa de plástico de la caja.

Lentamente me enderezo. Al otro lado de la puerta, oigo que se abre la otra puerta, seguido de unos pasos que se arrastran y unas voces.

—Vamos a poner toda la ropa sucia de color en esta —digo mientras sujeto la bolsa—. Y la que necesita lejía, la ropa blanca, en esta. —Entrego a Pequeña Mary una segunda bolsa de basura. Su lazo rosa cabecea de nuevo, muy mono y extrañamente recatado.

—Tu aspecto tiene un punto provocador. Me gusta —le digo.

—Gotlolita —responde.

—¿Lolita? ¿Has leído el libro?

—¿Qué?... Es un *look* que vi en internet.

—Ya.

Coge la bolsa y me mira entre agradecida y temerosa. Todavía no tengo que agacharme. Puedo recoger una prenda negra y flácida, tras otra y otra, de montañas de ropa que me llegan por la cintura y de perchas colgadas de la pared. Rezo para que, conforme vaya excavando más y más hondo, no aparezcan condones usados ni

vómito añejo ni enormes insectos en medio de la montonera que, según veo, me tocará despegar del suelo, capa tras capa.

Ahora los oigo en la cocina, los dos juegos de padres chocando tazas y preparando té, juntos mientras charlan.

A mis pies se extiende una fina capa de mariquitas asiáticas de doce puntitos de la infestación del último otoño, pero están muertas y reducidas a polvo. Hay tangas que semejan agregados pétreos, pegados entre sí formando ladrillos estampados. Los echo en la bolsa sin miramientos.

—¿Y qué? —dice Pequeña Mary, sacudiendo las copas de un sujetador con forma de cuarto de luna de una talla 36A—, ¿ya tienes el nombre?

—Mi bebé tiene algo que no está bien —le cuento—. Lo vieron en la ecografía.

—¿Ah, sí?

De pronto flaqueo y la cabeza me da vueltas. Mi visión se estrecha. Me envuelve la oscuridad y las sombras.

—Mamá perdió a dos bebés antes de tenerme a mí —dice Pequeña Mary—. Por eso soy una niña mimada. Me contó anoche que llegó a pensar que perder a los bebés había sido un castigo por haberte abandonado.

—¿Tiene un nombre lo que les pasó?

—Es algo con trece. Mala suerte. Dijo que prometió ponerme el nombre de Mary por ti, si vivía.

—Eso tiene sentido.

Nada tiene sentido, y me apoyo en la pila de porquería más voluminosa, percibiendo el entumecido filo del inicio de una emoción tan poderosa que no tiene nombre.

—¡Oye! No pensarás llamar a tu bebé Mary, ¿verdad?

Me derrumbo sobre las cosas que tengo en el regazo.

—¿Ya has pensado un nombre? ¿En caso de que sea niña?

Levanto un retazo de una *culotte* de encaje rojo y leo la etiqueta.

—Victoria.

—¡Hala! —exclama mi hermana—. ¡Qué bonito!

Se inclina hacia delante y me rodea con los brazos. Mientras me abraza, comenzamos a balancearnos de adelante hacia atrás. Mi hermana me está meciendo entre sus vivarachos brazos de Gotlolita, que huelen a niño y que resultan extrañamente reconfortantes. Lleva puestos unos guantes raídos y deshilachados a los que les ha cortado los dedos. Laca de uñas verde desconchada en los dedos. Un espeluznante olor a almizcle, sulfuroso, dulce, un tanto volcánico; un perfume que me consuela y me irrita al mismo tiempo, hasta tal punto que rompo a llorar, no por autocompasión, sino con el sentimiento de haber alterado por accidente algo y haber entrado en un lugar inmenso. No sé qué gigante habita este amplio y futuro hogar. No sé si la puerta se abre hacia dentro o hacia fuera. Me aferro a mi hermana mientras espero a que la bisagra chirríe.

Belleza robada a otro mundo

Mientras recorría las estanterías de la biblioteca del University College de Londres, se me acercó un atractivo doctor euroasiático que fingió estar interesado en el libro que yo estaba hojeando: *The Milk of Paradise*^[21] de M. H. Abrams. Estábamos en 1979 y yo participaba en un programa de intercambio de la universidad. El doctor me dijo que le gustaría hacerme una tortilla. Por alguna razón, quizá por esa novedosa forma de ligar mediante una tortilla, accedí a acompañarlo hasta el final de la calle y, tras cierto titubeo y después de que me asegurara que su compañero de piso estaba en casa, a subirme a su coche, un Mercedes-Benz marrón. Mientras nos dirigíamos a su casa, me di cuenta de que estaba haciendo una tontería y algo peligroso, y aunque no fuese algo extraño sí era totalmente contrario a la educación que había recibido en el Medio Oeste. Tanto más cuando llegamos a su apartamento y resultó que su compañero de piso vivía en el apartamento de al lado. Había un sólido muro entre ambos, seguramente impenetrable a los gritos, así que pedí al doctor que me presentara al vecino para que, en caso de que yo «desapareciera en la noche londinense» tal y como nos había advertido de forma inquietante el rector en la reunión de presentación, al menos hubiera alguien que pudiese identificar mi rostro en las fotografías de las noticias. Después, entré en el apartamento del doctor, que en realidad parecía totalmente inofensivo.

Fuimos a la cocina. Cascó los huevos con gran pericia en la sartén, con una sola mano, y no troceó la cebolla o los pimientos con un gran cuchillo de cocina, como yo temía, sino que tan solo añadió un poco de queso, que ralló de un enorme trozo con un pequeño rallador de aluminio. Comí, y mientras lo hacía, pensé que tal vez fuera verdad que me había llevado al otro extremo de la ciudad solo para prepararme una tortilla. Pero cuando me la acabé, me preguntó si quería darme un baño mientras él respondía a algunas llamadas de teléfono, y de nuevo supe que hacía una tontería y que debería marcharme. Se mostró encantador y convincente. Como si tranquilizara a un caballo asustadizo, me condujo suavemente hasta un cuarto de baño muy masculino, totalmente alicatado con azulejos negros y blancos, donde destacaba una magnífica y honda bañera. La puerta tenía un sólido pestillo.

Fue la bañera lo que me convenció para que me quedara. Yo vivía en la residencia de estudiantes más barata que había, un edificio que apestaba a desinfectante. Las mohosas duchas supuraban tan lentamente sobre tu cuerpo que tardabas media hora en enjuagarte. Hacía meses que no me daba un baño de verdad, algo que pudo resultarle patente al doctor, ahora que lo pienso, y enseguida ansié meterme en la bañera. Permanecí ahí durante una hora y no quería salir. Fortalecida por el purificador remojo, tampoco estaba dispuesta a acostarme con él, por mucho que me

engatusara enseñándome dónde guardaba lo que él llamaba pesarios, algo que yo no había visto en mi vida. Las bolitas de gelatina con aspecto ridículo enfriaron por completo mi interés.

Dormí en el sofá y me quedé muy contenta cuando me dejó de nuevo delante de la biblioteca. No quería que él supiera dónde vivía. Pero había cometido el error de decirle mi nombre y, de algún modo, consiguió acceder a los registros de la universidad y se presentó en mi residencia. Rondaría los treinta años (como ya he dicho, era un doctor muy joven), pero yo acababa de cumplir los diecinueve y a mí me parecía un hombre mayor. Aun así lo acompañé hasta mi habitación, que tenía una vista impresionante sobre la torre de la sede de correos, pero tenía una compañera de habitación de verdad y vivía en una habitación que era la mitad de grande que su cuarto de baño. Mi amiga estaba allí, estudiando, respondió a una señal que habíamos pactado entre nosotras y no se marchó.

Descubrí poco después que yo había cometido un hurto, y me avergüenza tener que confesar que nunca pude enmendarlo. Es lo único que he robado en toda mi vida. Cuando el doctor ligó conmigo, guardé el libro que estaba hojeando, el pequeño libro de bolsillo titulado *The Milk of Paradise*. Lo sujetaba entre otros libros míos, y fui consciente de ello cuando abandoné la biblioteca. Podría haberlo devuelto, haberlo deslizado sigilosamente en el hueco de la estantería, pero me olvidé de ello por completo. Después, unos días más tarde, durante una clase sobre Samuel Taylor Coleridge, ante unos cien estudiantes, el profesor se quitó las gafas, nos escrutó de uno en uno y luego declaró:

—Uno de ustedes es un ladrón.

Después, se explayó con tanta virulencia sobre el egoísmo y la inmoralidad que suponía robar un libro, el mismísimo que yo me había llevado y tenía desde luego intención de devolver, que me quedé pasmada, puesto que ¿quién se habría imaginado que un solo libro, y uno tan pequeño además, fuera a echarse en falta de la biblioteca tan rápidamente y que encima fuera motivo de un sermón de media hora?

Solo que ahora, por supuesto, ya no encontraba el libro por ninguna parte. Entonces caí en la cuenta de que me lo había llevado al apartamento del doctor, así que lo llamé por teléfono. Cuando le pedí que me lo enviara por correo, en lugar de devolvérmelo en persona, pareció ofenderse. El libro jamás llegó. Yo nunca lo volví a llamar. Además, como no existía ningún buzón para las devoluciones de libros, habría tenido que devolverlo a escondidas o entregarlo en mano a algún bibliotecario, y seguramente habría sido incapaz de hacerlo por miedo a que me descubriesen. Sin embargo, *The Milk of Paradise* descansa ahora en una estantería colgada en medio de otros libros *best-sellers*. Que haya vuelto a mis manos es el meollo de mi historia.

Tal y como he dicho, es un libro breve, que comenzó de hecho como un ensayo de M. H. Abrams para un curso de introducción general a la literatura inglesa en Harvard y que luego amplió para convertirlo en una tesis publicada en 1934. Mi versión del libro, editado de nuevo con un prólogo del autor en 1969, tiene una

cubierta muy de su tiempo: se ve a un Coleridge sentado con la mirada vacía y la frente desprendiendo varios arcoíris y demonios verdes y psicodélicos con barbas doradas. Sujeta una pequeña pipa blanca, aunque en realidad no fumaba opio sino que tomaba láudano, que venía en forma líquida y se administraba gota a gota.

Aunque me doctoré y dejé a Coleridge atrás con un poco de pena, permanecí en contacto con *The Milk of Paradise* de diferentes maneras. El título se refiere a un verso de *Kubla Khan* y describe la leche de la amapola del opio, fuente del láudano que Coleridge tomaba con frecuencia, primero para aliviar sus dolores reumáticos y más tarde para intentar mitigar el sufrimiento mental originado por su adicción. Resulta que he desarrollado cierto interés por determinados aspectos de la química del cerebro relacionados con la drogodependencia y he escrito un considerable número de artículos que muestran cómo algunas sustancias adictivas, derivados opiáceos en particular, interactúan con el cerebro a nivel molecular; y así fue como acabé una vez más en presencia del doctor hacedor de tortillas que se había quedado con el dichoso libro y que se llamaba Walter Ing.

Esta vez yo me encontraba en un suburbio de París, asistiendo a una conferencia en compañía de un gran número de eminencias cuyos intereses eran similares a los míos. Siempre me sorprende la timidez, incluso la modestia, en nuestra forma de vestir y comportarnos, como si tuviéramos que compensar por la notoriedad, por mínima que sea, del campo de estudio que hemos elegido. Hay un viejo castillo en esta localidad, donde Mata Hari fue asesinada. Pero por mucho que yo quisiera visitar ese castillo, teníamos una agenda muy apretada y además, cada vez que llegaba al vestíbulo, me topaba con otros conferenciantes y terminaba inmersa en conversaciones que siempre acababan con alguien sugiriendo irnos a comer o a cenar. Como vivo sola y siempre anhelo una buena comida, siempre me uno al grupo. Así fue como acabé sentada a una alargada y estrecha mesa frente al hombre en cuya bañera me había bañado veinticinco años atrás.

Nuestro baile de reconocimiento resultó muy cómico. Él sacudió la cabeza y aventuró un «Qué extraño...». Yo me retrepé en la silla y murmuré: «Estoy segura...». No conseguía situarlo y nos llevó casi toda la exquisita comida (yo tomé una ensalada de berenjenas con salmón elaborada como ninguna otra que hubiese probado) hasta que repasamos nuestros respectivos pasados, dándole vueltas a por qué nos sonaba tanto a cada uno la cara del otro, hasta que aterrizamos en Londres. Ambos habíamos tomado un poco de vino. Dije:

—Tortilla.

Y me eché a reír. Él seguía confundido hasta que le describí nuestro encuentro en la biblioteca. Entonces soltó el tenedor y se llevó la mano a la frente. La dejó allí como si estuviese restañando una herida de sangre y exclamó:

—¡Eres aquella chica, la de la habitación con vistas a la torre de correos!

Enseguida comenzó a disculparse por haberme intentado seducir. Dijo que pensó

que yo era un miembro de la universidad, lo cual era una excusa risible y así se lo hice saber. Entonces insistió en que solo había subido a mi dormitorio para disculparse; yo le volví a decir que eso tampoco era verdad y que además todavía tenía mi libro. Contestó que no lo recordaba y, cuando le manifesté que me importaba bien poco además, tanto que tuviese el libro como cuáles hubieran sido sus verdaderas intenciones, se mostró aliviado y se recostó en la silla.

Walter Ing poseía un leve acento australiano. Se había criado allí, explicó, aunque sus padres, ahora fallecidos, se habían trasladado a Londres. De hecho, vivía actualmente en Nueva York y, además, pronto debía participar en un trabajo de investigación de un año de duración en la clínica Mayo, que se halla a hora y media en coche al sur de Minneapolis, donde yo imparto clases en la universidad y llevo a cabo mis investigaciones. La cantidad de coincidencias me intimidaron al principio pero, al cabo de un rato, me acostumbré a ese estado de cosas y acepté servir de guía al doctor Walter Ing por la zona cuando viniese a visitarnos, lo cual no iba a tardar mucho en ocurrir.

Un mes más tarde, tenía una cita para acompañar al doctor Ing. Desde nuestro encuentro en Francia quizá ambos habíamos encogido al mismo ritmo. Estoy acostumbrada a considerarme una persona alta, así que pensaba que Walter Ing también era alto, puesto que no recordaba que fuese más bajito que yo. Pero cuando miré por la ventana de mi casa y lo vi bajarse de una berlina beis con un ramo de flores envuelto en un triángulo de papel de estraza en las manos, me pareció un tanto diminuto. Vestía con el mismo formalismo que en mi recuerdo (un abrigo de piel de camello, una bufanda gris claro e incluso guantes). Yo había vuelto a mi aspecto informal de Minnesota: jersey, falda y botas flexibles. Enseguida tomé la decisión de no acostarme con él. Se le cayó un guante y se agachó para recogerlo. Me invadió ese sentimiento de compasión que una siente cuando observa a un hombre que no sabe que lo están observando y juzgando, pero entonces Walter Ing me sorprendió. Se enderezó con el guante en la mano y no miró hacia la puerta sino que alzó la vista hasta la ventana donde me había apostado. Me miró directamente a los ojos. Intercambiamos la misma mirada pensativa que habíamos cruzado por encima de la mesa en aquella conferencia. Estaba a punto de convertirse en una mirada incómoda, incluso beligerante, cuando de repente esbozó una gran sonrisa y agitó el paquete ante mí de una forma tan alegre y tranquilizadora que yo le sonreí también, y me reía levemente cuando abrí la puerta para maravillarme por las flores y hacerlo pasar.

Decidimos ir en su coche, que era nuevo y austero, un tipo de automóvil fiable con tapicería de tela. Por lo visto, había alquilado el coche para todo el año en que estaría destinado aquí. Atravesamos Dinkytown, aparcamos y visitamos los monumentos de rigor; después, pasamos por el museo Weissman, cuya fachada recuerda un conjunto de latas blandas, flexibles y brillantes. Cenamos en un

restaurante en el centro, decorado con pequeños azulejos que parecen las espaldas de tornasolados escarabajos. Me gustaba la forma en que el rostro de Walter había envejecido, de manera tan simétrica; las arrugas que rodeaban su sonrisa semejaban estrictos paréntesis, unos perfectos surcos de patas de gallo, y la frente se veía serena. Su pelo cano era un poco demasiado largo y suelto, y le rozaba el cuello de la camisa, pero los investigadores pueden permitirselo. Tenía una boca cuidada, una piel satinada y unas manos sorprendentemente duras. Para relajarse fabricaba muebles. Me enseñó fotos de algunas piezas: copias de Biedermeier. Había más fotografías en el pequeño sobre que había sacado: ¿serían de sus hijos?, ¿de su mujer?, ¿de su novia? Titubeé, pensé que me las iba a enseñar, pero entonces dobló el sobre y lo guardó de nuevo en el bolsillo de su traje.

—Bueno —dije, cuando acabamos de comer—, ¿nos vamos?

—Me gustaría volver a verte —dijo Walter.

Señalé con la cabeza el lugar donde había guardado las fotografías.

—Pero tal vez no estés libre —dije.

Sonrió y sacó el sobre. Eran fotografías de un elegante y majestuoso gato abisinio azul.

—Temía que pensaras que soy un poco raro —se justificó.

Sacó la cartera y me enseñó las fotos de graduación de instituto de dos niños, dos rostros típicamente americanos de los años cincuenta, adorables y llenos de pecas. Estaban terminando el primer y tercer ciclo de la universidad, ambos en Massachusetts. Se había divorciado hacía seis años, y no había otra mujer en su vida en la actualidad.

—Y ya puestos, y no es que me lo estuviera esperando, pero toma.

Me entregó una hoja de papel. Entrecerré los ojos para leer, bajo la tenue luz de la vela de la mesa, una serie de resultados de diferentes pruebas sobre las más frecuentes enfermedades de transmisión sexual, en que aparecían marcadas todas las casillas negativas. Me eché a reír.

—Lo siento —dije devolviéndole el informe—. Yo no tengo uno de estos documentos. Llevo sin mantener relaciones sexuales desde que la detección de algunas de estas enfermedades se ha extendido de forma habitual.

Es posible que en mi rostro se dibujara una leve sombra de tristeza, o nostalgia. Me rozó la mano con cariño y dijo:

—¿Tienes una bañera?

Soy una mujer tímida, física y socialmente. Al final nunca perdí del todo mi tosquedad provinciana. He tenido pocos amantes. Algunas dolorosas experiencias en mi juventud fueron más que suficientes. Nunca tuve ganas de exponerme otra vez al sufrimiento. Así que cuando accedí a que Walter me desnudara fue en parte porque llevaba tanto tiempo sin acostarme con nadie que me preguntaba sinceramente si yo todavía funcionaba. Si era capaz siquiera de reaccionar al contacto de un hombre. Las

cosas no salieron nada mal, aunque estoy segura de que Walter solo fingía estar encantado con todo lo que tenía que ver conmigo. Pero entonces, de manera inesperada, después de que todo parecía haber terminado, me atrajo hacia él y me miró a los ojos del mismo modo que cuando me había mirado por la ventana. Y cuando lo hizo, sentí cómo algo crecía dentro de mí para ir a su encuentro. Era como si dos seres, que no tenían nada que ver con las personas que eran en su trabajo cotidiano y sus familias, se reconocieran; era otra forma de conocer al otro.

Un denso silencio se extendió entre nosotros. Esos dos seres, que no éramos nosotros sino que habitaban nuestros cuerpos, habían comprendido algo en el otro. He intentado entender lo que era, o es. No tengo palabras para eso o las palabras suenan huecas y necias. Era una negociación muda llevada a cabo por dos sombras interiores. ¿Hay algo, me pregunto ahora, en todas mis investigaciones favoritas que pueda explicarlo? ¿Qué fue lo que se decidió? ¿Se trataba, en el sentido más puro de la palabra, de química? ¿Esos seres interiores y poéticos estaban compuestos realmente de interacciones de elementos que comunicaban entre sí de manera demasiado compleja como para que la conciencia los pudiera aprehender? ¿Acaso es eso lo que significa «bendecir sin saberlo»?

En medio de tanta tensión dramática, Walter y yo nos echamos a reír y a sonreír. Sin dejar de mirarnos. Después, observé cómo la sonrisa se borraba de su cara como el aliento de un espejo. Me besó, profundamente, y la noche continuó. Cabeceamos y nos despertamos cada una o dos horas. No dejamos de descubrirnos mutuamente y, aunque mi cuerpo estuviese torpe, desacostumbrado a las caricias y él siempre tuviese frío mientras yo le cubría con más y más mantas, nos despertamos a la luz del día y no comenzamos en absoluto con nuestra jornada habitual.

Walter y yo llevamos juntos casi un año, yendo y viniendo de Minneapolis a Rochester. Ha viajado a Arizona para conocer a mis padres, quienes, como tantos habitantes de Minnesota, se han jubilado buscando latitudes más cálidas. Sus hijos nunca vienen a vernos, pero me cuenta las novedades de sus ajetreadas vidas. Paso al menos un fin de semana al mes en su casa, un apartamento subalquilado de Rochester. Su gato se quedó con su exmujer y hemos adoptado uno que va y viene con nosotros. A veces, mientras permanecemos en la cama, desnudos y agotados después de haber hecho el amor, el gato pasa por encima de nuestros cuerpos con el desdén de un emperador y luego se arrebujá entre las piernas de Walter y ronronea.

Un día, cuando Walter me pregunta si he leído alguno de los estudios que se han realizado sobre la química del cerebro en el amor romántico, lo miro y me echo a reír. Ambos sabemos que el área tegmental ventral y el núcleo caudado experimentan un fuerte estímulo cuando una persona se enamora. El núcleo caudado posee una densa extensión de receptores de dopamina, un neurotransmisor crucial que nos permite vivir durante un cierto tiempo a toda marcha y exalta los momentos en que estamos junto al objeto de nuestro amor. Dice, como si tal cosa, que si pudiéramos curar las

adicciones, podríamos tratar el amor. Sería más fácil tratar el amor romántico que un virus. Los enamorados desesperados y despechados podrían tomarse una píldora que los alivie. Reflexiono sobre ello unas semanas más tarde, cuando Walter me deja.

Se vuelve a Nueva York para intentar que le envíen aquí sus pertenencias y organizar el traslado. Pero está fuera lo que me parece una eternidad, unas dos semanas, y durante todo ese tiempo siento que la capacidad que tuve una vez para vivir sola felizmente y hallar seguridad en la rutina cotidiana se ha visto aniquilada. Estoy nerviosa y me cuesta mucho concentrarme. Me obsesiono con las llamadas de teléfono de Walter, buscando significados ocultos en sus palabras o un leve temblor en su voz. Me doy largos baños calientes cada noche, para tranquilizarme y también porque el cuarto de baño es un espacio pequeño donde no voy a dar vueltas sin rumbo. Cuido del gato y, mientras le cepillo el pelo distraídamente, se me humedecen los ojos. No sé qué hacer conmigo misma. Tomo un solo plato para cenar: seis naranjas o una bolsa de galletas saladas. Tarta de zanahoria. Un melón entero. Cuando Walter llama y me anuncia que todavía va a necesitar una semana más como mínimo, pienso que está intentando suavizar el golpe y que no sabe cómo anunciarme que no va a volver. Cuelgo y me quedo sentada, aturdida, con la mirada clavada en el teléfono. Me llama otra vez y me dice que me ha reservado un billete de avión barato por internet. Que si puedo ir el fin de semana.

Le pregunto si debo llevar el gato.

—No —responde—. ¿Puedes buscar a alguien para que lo cuide?

De pronto tomo una larga y silenciosa inspiración. Estoy asombrada al darme cuenta de que por un momento me he imaginado que me pedía que fuera con él tan solo para llevarle el gato.

Walter no cree que algún día se consiga un medicamento perfecto contra las adicciones, porque la adicción en sí misma es algo muy complejo, que implica comportamientos adquiridos, experiencias, sentimientos y recuerdos, así como también una vulnerabilidad genética específica. Sus investigaciones son muy concretas e incluyen análisis de ADN para aislar y estudiar ciertas enzimas heredadas que procesan las drogas, bien con una inusual avidez bien con una pasiva indiferencia. Se imagina un mundo donde se analizaría a los bebés en busca de vulnerabilidades adictivas para tratarlos en el útero.

Mientras vamos trabajando, día tras día, mes tras mes, seguimos una cómoda rutina. Por las noches, música. Lectura. Un pequeño fuego en la chimenea. Cama. Por las mañanas, té con leche y miel. Nos gusta humeante, cargado y espeso. Como lo tomábamos en Londres. Nos gustan la avena cortada al acero para nuestras gachas y la fruta de temporada. Pomelos rosados en invierno. Frambuesas en pleno verano. Con el tiempo, si una relación funciona bien, una sustancia llamada oxitocina desempeña un papel en los tiernos sentimientos del apego. Ambos estamos de

acuerdo en que, técnicamente hablando, ambos somos adictos el uno del otro. En nuestro caso es una adicción positiva, recíproca y que seguramente nos lleve a una vida más larga y más feliz. Pero tras su ausencia cuando estuvo en Nueva York, también soy consciente del miedo que siento de perder a Walter. Tengo miedo de la misma manera que lo tiene un adicto a la heroína. Jamás podré volver a mi vida pre-Walter sin sentir a cada instante la falta de Walter. A veces me corroe por dentro. Apremio a Walter para que conduzca con cuidado, evite la mantequilla y renueve su vacuna contra el tétanos. A veces, cuando lo miro, me lo imagino muerto y se me llenan los ojos de lágrimas. He trabajado con cadáveres, por supuesto, y puedo imaginarme con facilidad la ausencia de vida en el cuerpo de Walter, los miembros rígidos y profundamente gélidos y la piel grisácea.

He trabajado con los receptores del péptido CART^[22]. El péptido CART es una molécula que está presente de forma natural en el cerebro humano y resulta prometedora, o al menos podría incidir, en el desarrollo de lo que podría ser una medicación perfecta para contrarrestar y curar la adicción a la cocaína. He tenido sueños donde lograba descubrir un antídoto a las adicciones: uno mucho más efectivo que el mejor fármaco que poseemos en la actualidad (la metadona o la buprenorfina para la dependencia a los opioides) y con muchos menos efectos secundarios que el antagonista opiáceo naltrexona.

En mis sueños, la gente no se muere de deseo ni se vuelve presa de un ciclo de desesperada necesidad. Son capaces de tomar drogas sin duraderos daños físicos ni mentales. A veces, me encuentro en medio de una multitud de personas a las que he salvado, y me inunda la emoción. Me recorre un sentimiento de satisfacción. Miles de cerebros funcionando sin problemas. Noto el zumbido del pensamiento. El murmullo de la energía neuronal. Intrincadas señales que van y viene a toda velocidad. A veces me desmayo de verdad mientras duermo, de pura alegría. A veces me despierto a mí misma soñando que me he desmayado de esa manera, y me siento muy feliz hasta que caigo en la cuenta de que en realidad no he curado nada de nada.

Un día, resulta que ambos caemos enfermos a la vez. Es un virus de la gripe común y debimos de haber estado expuestos al mismo tiempo ya que nuestros síntomas comienzan a la misma hora y son idénticos. Primero los espantosos dolores en las articulaciones, el dolor de garganta y el malestar general; luego, la fiebre y las horribles náuseas, y ahí se acaba lo mío al cabo de unas treinta y seis horas. Pero Walter no se recupera cuando yo me curo; permanece enfermo durante casi dos semanas. Durante ese tiempo, me pide que mire en la balda de arriba de su librería, donde descubro *The Milk of Paradise*.

—Lo he tenido siempre —dice—. Te lo robé.

Se lo había quedado como recuerdo de nuestro encuentro, y ahora quiere devolvérmelo. Miro dentro del libro y veo que ha utilizado como marcapáginas el

margen roto de un periódico que se ha vuelto quebradizo y que lleva escrito mi nombre y apellido.

La vista de mi nombre, escrito de su puño y letra hace tanto tiempo, me altera. Me pone mal cuerpo, ya que me recuerda aquel día en el que Walter fue a la universidad para localizarme y dar con mi paradero. En el 49 de Grafton Ways, allí vivía yo, a dos pasos del museo del juguete Pollock. El museo del juguete, con sus diminutos pasillos y antiguas muñecas de ojos opacos, me parecía irresistiblemente macabro. Lo visitaba una y otra vez. He conservado algunos de los preciosos bufones recortados, payasos de la corte y decorados de papel para obras en miniatura. Al reflexionar sobre el museo del juguete y la atracción que ejercía sobre mí, me asombra pensar que mi impulso de subirme al coche de Walter estuviese relacionado de alguna forma con la ávida pasividad de esas muñecas. Por primera vez, intento preguntar a Walter acerca de su vida en Londres. Asegura no recordar gran cosa. Fueron tiempos convulsos, se limita a decir. Mirando el trozo de periódico roto, me pregunto qué motivó su impulso para cometer ese pequeño robo.

Me ve mirándolo fijamente.

—Sí —dice—. Debí de saber entonces que un día lo significarías todo para mí. He salido con muchas mujeres. Si no, ¿por qué habría anotado y guardado tu nombre?

Me trago mi brusco arrebató de ira. Así que, ¿se veía con muchas mujeres? Sé que los pequeños pinchazos en mi corazón no son razonables y procuro mantener la voz serena.

—Puede que escribieras mi nombre porque yo era la única que no se acostaba contigo.

Walter sonrío de una manera que se me antoja un tanto engreída.

—Quizá eso me hiciese un poco más interesante.

—¿Tuviste el presentimiento de que nos atraeríamos tanto el uno al otro?

—Estoy segura de que sí. Y ahora no sé lo que haría sin ti, de verdad que no lo sé.

Toma una breve inspiración, que parece quedarse atascada en su pecho. Hay algo mucho más desesperado en su voz que lo que justifica esta tediosa enfermedad.

—Estar enfermo es un rollo —digo mientras le cojo la mano.

No responde, pero aprieta mis dedos con tanta fuerza que tengo que sonreír mientras sacudo la mano con suavidad para liberarme.

Como enfermo, Walter se comporta de una forma muy diferente a la mía. A mí me gusta que me dejen tranquila, a él no. Nunca he cuidado de una persona enferma en realidad, no a alguien a quien quiero y no en mi casa. Así que estoy sorprendida, al día siguiente, cuando, en el momento en que me dispongo a salir de la habitación tras llevarle un vaso de agua, Walter me dice que se siente solo y me pide que me quede a su lado y hable con él. Tengo que obligarme a dar media vuelta y a sentarme al lado de la cama. Pero voy a llegar tarde al trabajo y estoy ansiosa por volver allí: estoy muy contenta con algo que estoy haciendo. No me gusta que me arrastre de vuelta a

la habitación del enfermo. Creo que percibe que estoy ausente mientras hablo con él, pero también lo tranquiliza tenerme cerca aunque yo no quiera estar ahí.

Tiene mala cara y le brotan diminutos parches de una barba blanca de varios días. Los años han sembrado sus sienes de pecas y tiene el pelo levantado en un lado. Su nariz está blanca como el hueso. Respira más bien rápido, pero asegura que se encuentra mejor. Mientras permanezco junto a él, se me ocurre que posiblemente tenga hambre y le digo que voy un momento a prepararle algo de comer. Sonríe, pero su mano se aferra extrañamente a la mía. Le sonrío y le acaricio la mano. Le digo que no se preocupe y a continuación me dirijo a la cocina. Le preparo una tortilla. A menudo le he tomado el pelo con aquella curiosa forma de ligar, y pienso que se reirá cuando le lleve este plato. Me llama. Estoy decorando el plato con un poco de albahaca cortada y le respondo alzando la voz que ya voy. Pero todavía tardo unos dos o tres minutos hasta entrar en la habitación. Me mira en silencio con la mano en el corazón. Aún no está muerto. Eso le llevará lo que queda del día y de la noche.

Estoy sentada muy cerca de su cama en el hospital, en uno de esos incómodos sillones reclinables de plástico. Los hijos de Walter aún no han llegado; lo harán en coche mañana por la mañana desde el aeropuerto de Minneapolis. En realidad, yo no debería pasar la noche en esta habitación, pero he recurrido a mis prerrogativas como médico. No me iré de su lado, aunque he descubierto que Walter no es exactamente quien decía ser. Oh, es el doctor de la tortilla, desde luego. Pero Walter no estaba allí investigando, sino que estaba siendo tratado de una cardiomiopatía restrictiva, una rara enfermedad cardíaca. No se lo había contado nunca a nadie; sus hijos no tenían ni idea. De hecho, había venido aquí para morir y tal vez incluso diseñó el plan en el momento en que se sentó frente a mí en aquella conferencia en París. He traído *The Milk of Paradise* para leerlo mientras espero junto a él, y me llaman la atención poderosamente las últimas líneas, donde Abrams se refiere a los poemas de Coleridge como a oasis en nuestras polvorientas vidas y dice: «No hay nada aterrador en su rica extrañeza. Más bien, han de ser amados tanto más debido al pavoroso precio exigido por la belleza robada a otro mundo».

El lento dolor de la abstinencia ya ha comenzado. Tal vez por compasión, Walter lo empezó devolviéndome el libro, y quizá el que mencionara a otras mujeres fuese una manera de echar la arenilla de alguna realidad sobre lo que yo podría pensar de él. Le estoy agradecida por ello, porque, mientras aguardo a su lado, reconozco que en vez de temer su inminente pérdida, me habita la rabia. Me hizo amarlo. Es como si me hubiese inoculado, a sabiendas, alguna peligrosa enfermedad y ahora decidiera abandonarme. Embustero, pienso, y veo todas esas muñecas que esperan a que alguien las acoja entre sus manos. Aun así, mientras escrudiño su rostro, todavía siento la misteriosa afinidad que somos incapaces de definir del todo.

Oigo los murmullos, los jadeos, la respiración agitada, el tartamudeo de las interferencias, los minúsculos pitidos de las máquinas que registran la presencia de

vida en Walter. Observo las pantallas atentamente, los niveles de oxígeno en su sangre, el irregular contoneo de su corazón, los crujidos de las paredes y las válvulas osificadas del corazón. A veces, estoy a punto de adormilarme, pero entonces me despierto sobresaltada y me enderezo. Toco a Walter, su muñeca, su pierna cubierta por una sábana. Su piel presenta ya la indiferencia cérica de los cadáveres, aunque la sangre todavía fluya por debajo y su débil pulso aguante.

Al despertar antes del alba, lo odio por mostrarme lo cerca que está ese otro universo. Pero entonces abre los ojos y los clava en los míos. Me conmociona descubrir que me hallo en dos mundos a la vez. Su mirada me dice que no he de temer esa proximidad, y luego un fogonazo eléctrico y lleno de paz fluye hacia mí, desde Walter. Me ofrece esta cosa inefable y yo la acepto. Cuando las enfermeras se precipitan en la habitación, se detienen en seco.

Les informo de que se ha ido.

Habíamos convenido en que sería así. Nada extraordinario. Le cierro los ojos con un suave roce de la mano y explico a las enfermeras que necesito estar a solas con Walter. Mis ojos se cierran, mi cerebro se nubla con un soñoliento velo. Siento la imperiosa necesidad de deslizarme en la cama junto a él y dormir. Las enfermeras desconectan a Walter de la máquina. Toman notas entre ahogados murmullos y, por fin, se marchan, echando la cortina, cerrando la puerta con un suave clic y alejándose por el pasillo sin hacer ruido.



LOUISE ERDRICH (Little Falls, Minnesota, 1954) es novelista, poeta y escritora de libros para niños; descende de emigrantes franceses y alemanes y de nativos americanos de la tribu ojibwe, y esta diversidad cultural heredada de sus antepasados se refleja vivamente en su creación literaria. Actualmente vive en Minneapolis, Minnesota, donde es propietaria de la librería independiente Birchbark Books. Su novela *La casa redonda*, ha sido galardonada con el premio más prestigioso de las letras estadounidenses, el National Book Award.

Notas

[1] American Legion: Organización de veteranos de las dos guerras mundiales. (*N. de la T.*) <<

[2] Distintas hermandades norteamericanas. (*N. de la T.*) <<

[3] *Shell* en inglés, que también significa cáscara. (N. de la T.) <<

[4] En inglés *whale* (ballena) y *wail* (lamento) se pronuncian igual. (N. de la T.) <<

[5] En castellano en el texto. (N. de la T.) <<

[6] En castellano en el texto. (N. de la T.) <<

[7] En castellano en el texto. (N. de la T.) <<

[8] *Pemmican*: una masa compuesta de carne seca y pulverizada, bayas y grasa. (N. de la T.) <<

[9] Juego de «calentamiento» que se realiza antes de la sesión regular programada. (*N. de la T.*) <<

[10] «País del gran cielo», lema de Montana. (*N. de la T.*) <<

[11] Community College: en Estados Unidos universidades públicas de ciclo corto. (*N. de la T.*) <<

[12] *Fall* significa «caer» en inglés. (N. de la T.) <<

[13] Asociación para la Defensa y Prevención de la Crueldad contra los Animales. (*N. de la T.*) <<

[14] Alce en inglés se dice *moose*, de ahí el título «afrancesado» de *Le mooz*. (N. de la T.) <<

[15] Significa «carne» en alemán. (*N. de la T.*) <<

[16] EAF, Efectos del Alcohol sobre el Feto; SAF, Síndrome de Alcoholismo Fetal; TDA, Trastorno de Déficit de Atención. *(N. de la T.)* <<

[17] Conducir Bajo los Efectos de las Drogas. (*N. de la T.*) <<

[18] Alcohol de 95°, elaborado a partir del grano del maíz. (*N. de la T.*) <<

[19] *Coydog*: híbrido entre un coyote y una perra doméstica. (N. de la T.) <<

[20] Significa Cedro Halcón Compositor de Canciones. *(N. de la T.)* <<

[21] *La leche del paraíso. (N. de la T.)* <<

[22] CART: Cocaine and Amphetamine Regulated Transcript (Transcripción Regulada de Cocaína y Anfetamina). (*N. de la T.*) <<